



Historia física y política de Chile

Historia VI

Claudio Gay



BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

INICIATIVA DE LA CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN,
JUNTO CON LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
Y LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

COMISIÓN DIRECTIVA

GUSTAVO VICUÑA SALAS (PRESIDENTE)
AUGUSTO BRUNA
XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
JOSÉ IGNACIO GONZÁLEZ LEIVA
MANUEL RAVEST MORA
RAFAEL SAGREDO BAEZA (SECRETARIO)

COMITÉ EDITORIAL

XIMENA CRUZAT AMUNÁTEGUI
NICOLÁS CRUZ BARROS
FERNANDO JABALQUINTO
RAFAEL SAGREDO BAEZA
ANA TIRONI

EDITOR GENERAL

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EDITOR

MARCELO ROJAS VÁSQUEZ

CORRECCIÓN DE ORIGINALES Y DE PRUEBAS

ANA MARÍA CRUZ VALDIVIESO
PAJ

BIBLIOTECA DIGITAL

IGNACIO MUÑOZ DELAUNOY
I.M.D. CONSULTORES Y ASESORES LIMITADA
GESTIÓN ADMINISTRATIVA
MÓNICA TITZE

DISEÑO DE PORTADA

PEZESPINA

PRODUCCIÓN EDITORIAL A CARGO
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA
DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

PRESENTACIÓN

La *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* reúne las obras de científicos, técnicos, profesionales e intelectuales que con sus trabajos imaginaron, crearon y mostraron Chile, llamaron la atención sobre el valor de alguna región o recurso natural, analizaron un problema socioeconómico, político o cultural, o plantearon soluciones para los desafíos que ha debido enfrentar el país a lo largo de su historia. Se trata de una iniciativa destinada a promover la cultura científica y tecnológica, la educación multidisciplinaria y la formación de la ciudadanía, todos requisitos básicos para el desarrollo económico y social.

Por medio de los textos reunidos en esta biblioteca, y gracias al conocimiento de sus autores y de las circunstancias en que escribieron sus obras, las generaciones actuales y futuras podrán apreciar el papel de la ciencia en la evolución nacional, la trascendencia de la técnica en la construcción material del país y la importancia del espíritu innovador, la iniciativa privada, el servicio público, el esfuerzo y el trabajo en la tarea de mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

El conocimiento de la trayectoria de las personalidades que reúne esta colección, ampliará el rango de los modelos sociales tradicionales al valorar también el quehacer de los científicos, los técnicos, los profesionales y los intelectuales, indispensable en un país que busca alcanzar la categoría de desarrollado.

Sustentada en el afán realizador de la Cámara Chilena de la Construcción, en la rigurosidad académica de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y en la trayectoria de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos en la preservación del patrimonio cultural de la nación, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* aspira a convertirse en un estímulo para el desarrollo nacional al fomentar el espíritu emprendedor, la responsabilidad social y la importancia del trabajo sistemático. Todos, valores reflejados en las vidas de los hombres y mujeres que con sus escritos forman parte de ella.

Además de la versión impresa de las obras, la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile* cuenta con una edición digital y diversos instrumentos, como *softwares* educativos, videos y una página web, que estimulará la consulta y lectura de los títulos, la hará accesible desde cualquier lugar del mundo y mostrará todo su potencial como material educativo.

COMISIÓN DIRECTIVA - COMITÉ EDITORIAL
BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE

GAY, CLAUDIO, 1800-1873.

HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE: SEGÚN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPÚBLICA DURANTE DOCE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA / CLAUDIO GAY. -- PARÍS: MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO, [184-] 30 v. ; 24,5 cm.

v. 1-8. HISTORIA DE CHILE – v. 9-10. DOCUMENTOS SOBRE LA HISTORIA, LA ESTADÍSTICA Y LA GEOGRAFÍA – v. 11-18. BOTÁNICA -- v. 19-26. ZOOLOGÍA – v. 27-28 AGRICULTURA – v. 29-30 ATLAS.

BOTÁNICA-CHILE – ZOOLOGÍA-CHILE – AGRICULTURA-CHILE-HISTORIA – CHILE-GEOGRAFÍA HISTÓRICA-MAPAS

© CÁMARA CHILENA DE LA CONSTRUCCIÓN, 2007
MARCHANT PEREIRA 10
SANTIAGO DE CHILE

© PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 390
SANTIAGO DE CHILE

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 2007
AV. LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS 651
SANTIAGO DE CHILE

REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL
INSCRIPCIÓN N° 168.204
(OBRA COMPLETA)
SANTIAGO DE CHILE

ISBN 978-956-8306-08-3 (OBRA COMPLETA)
ISBN 978-956-8306-14-4 (TOMO SEXTO)

IMAGEN DE LA PORTADA
CASACA DE BERNARDO O'HIGGINS. MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

DERECHOS RESERVADOS PARA LA PRESENTE EDICIÓN

CUALQUIER PARTE DE ESTE LIBRO PUEDE SER REPRODUCIDA
CON FINES CULTURALES O EDUCATIVOS, SIEMPRE QUE SE CITE
DE MANERA PRECISA ESTA EDICIÓN.

Texto compuesto en tipografía *Berthold Baskerville 10/12,5*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTA EDICIÓN, DE 1.000 EJEMPLARES,
DEL TOMO VI DE LA *BIBLIOTECA FUNDAMENTOS DE LA CONSTRUCCIÓN DE CHILE*,
EN VERSIÓN PRODUCCIONES GRÁFICAS LTDA., EN DICIEMBRE DE 2007

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CLAUDIO GAY

HISTORIA
FÍSICA Y POLÍTICA
DE CHILE

TOMO SEXTO

HISTORIA



SANTIAGO DE CHILE
2007



CLAUDIO GAY.

DE LA HISTORIA NATURAL
A LA HISTORIA NACIONAL.
LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA
DE CLAUDIO GAY Y LA NACIÓN CHILENA

Rafael Sagredo Baeza

INTRODUCCIÓN

En los inicios de la república, cuando todo estaba por hacerse, ¿en qué consistía el Chile de entonces?, ¿cómo era el territorio bajo la jurisdicción del nuevo Estado?, ¿cuáles las características físicas, económicas, culturales y sociales del conjunto bajo su soberanía?, ¿cuál la noción existente acerca del número y distribución espacial de sus habitantes?, ¿cuáles sus principales recursos económicos? A éstas, y muchas otras interrogantes, buscaba dar respuestas el gobierno chileno cuando en 1830 decidió la contratación de Claudio Gay. Afortunadamente para Chile, el naturalista no sólo cumplió con creces la tarea que se le encomendó, además, con los conocimientos que generó sobre la historia, el territorio y el mundo natural y cultural del país, contribuyó decididamente al proceso de organización republicana, al ejercicio de la soberanía estatal y a la consolidación de la nación.

La tarea científica desplegada por el naturalista en Chile permite apreciar desde un ángulo inédito el proceso de construcción de la nación y de organización republicana. Gay orientó parte importante de su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana. Además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país gracias a sus informes científicos y representaciones cartográficas.

El cuadro del sabio, que desde 1846 engalana el Museo Nacional de Historia Natural, representa muy bien los principales temas que ocuparon al científico. En él Gay aparece sentado junto a una mesa en que se aprecian un mapa de Chile, un vegetal monocotiledón en la forma de una flor con su tallo, su microscopio y papeles; sobre ellos, la mano izquierda del científico sosteniendo su lupa. En la derecha, el naturalista tiene una pluma.



Claudio Gay (1800-1873), óleo sobre tela de Alexandre Laemlein, 1845. Museo Nacional de Historia Natural. El pintor hace resaltar en su retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría.

Es el sabio en su gabinete, revestido del prestigio que le otorga su saber y de la dignidad y respetabilidad que le proporcionan una vida consagrada al trabajo científico, en su caso, sobre Chile.

Qué duda cabe que los objetos con los que se retrata a Gay pretenden mostrar, cuando no simbolizar, sus preocupaciones, quehaceres y honores. Ahí están la pluma con la que entonces componía su monumental obra sobre Chile. La flor que muestra su condición de botánico y la lupa -pudieron ser sus instrumentos de física, su barómetro o su rosa de los vientos- que ilustra su calidad de científico. Los papeles bajo su mano muestran su contracción al estudio, cualidad propia de todo hombre de ciencia. Pero también está la cinta de seda roja en el ojal izquierdo de su pecho. Ella representa la Legión de Honor, en el grado de caballero, con que había sido distinguido por sus servicios eminentes a Francia en el ámbito de la historia natural.

Creemos que con la sobria y elegante levita oscura con que el artista retrata a Claudio Gay no sólo muestra al hombre de facciones acentuadas y rostro inmutable; o al científico, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo, fue capaz de aportar al conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. También al naciente Estado, a la nación chilena cuyas aspiraciones y valores republicanos vio encarnadas en Claudio Gay de forma tan evidente como para materializarlas en una obra de arte que presidiera una de las instituciones esenciales de la cultura nacional, como lo es el Museo Nacional de Historia Natural, que el propio sabio fundó.

El pintor hace resaltar en este retrato al hombre de ciencia, serio y circunspecto que, consagrado al estudio, sin embargo fue capaz de aportar a la formación de la nación a través del conocimiento concreto del país que se delinea en el mapa de su autoría. Que no fue otro el objetivo que tuvo el quehacer científico de Claudio Gay en Chile.

Trabajos de naturalistas como los de Claudio Gay en Chile, Agustín Codazzi sobre Nueva Granada, Alcide d'Orbigny respecto de Bolivia, o la de Antonio Raimondi en relación al Perú, permiten apreciar el papel determinante que éstos tuvieron en el reconocimiento científico de los países que exploraron, pero también en la conformación de nacionalidades, el desarrollo de identidades regionales, la integración de pueblos y sociedades o, esencial, en la identificación de un destino, futuro, común. Ahora como estados nacionales.

Estas obras, concebidas originalmente como historias naturales, debido a las necesidades de las autoridades republicanas terminaron transformándose también en historias nacionales, en las que la narración del pasado acompañó y complementó las descripciones científicas y las representaciones cartográficas. Entre los ejemplos que se pueden citar, el quehacer y la obra de Claudio Gay constituye uno de los más ilustrativos, tanto por su gestación y preparación, como por su culminación, la *Historia física y política de Chile*, la primera narración histórica del pasado chileno elaborada en el periodo republicano.

UN CIENTÍFICO EN CHILE

Según sus principales biógrafos, el arribo de Claudio Gay al país en los primeros días de diciembre de 1828 fue consecuencia de su contratación como profesor del Colegio de Santiago, cuyas actividades docentes se iniciarían en marzo de 1829. El naturalista, que lograría fama gracias a sus investigaciones sobre Chile, había nacido en marzo de 1800 en Draguignan, departamento del Var, en la Provenza, en medio de una familia de pequeños propietarios agrícolas¹.

Consta que desde su infancia, Gay demostró una inclinación por el estudio de las ciencias naturales, que se manifestó en lecturas sobre botánica elemental y en herborizaciones, así como en periódicas excursiones alrededor de su pueblo natal. En ellas, que con el paso de los años se fueron ampliando a prácticamente todo el departamento del Var y a parte de los Bajos Alpes, el joven se preocupaba de recolectar material botánico y zoológico y de averiguar sobre la mineralogía y la geología de los sitios visitados. En el diario que se atribuye, Gay evoca esta época: “a penas me sentí capaz de identificar unas cuantas plantas, mi pasión por la botánica me empujó a atravesar los límites severos de las montañas de los Alpes, del Delfinado, de Saboya y de parte de Suiza. En esos lugares reuní una colección de plantas que unidas a las que me regalaron otros botánicos, aumentaron considerablemente mi herbario”².

Completada su primera educación, alrededor de 1820, Gay arribó a París para seguir estudios superiores de medicina y farmacia. Sin embargo, su curiosidad por el cultivo de las ciencias pudo más que la práctica profesional y comenzó a concurrir a los cursos públicos de ciencias naturales del Museo de Historia Natural y de la Sorbonne³. En aquellos años, aprovechaba sus vacaciones para emprender excursiones destinadas a herborizar fuera de Francia, o para cumplir comisiones encargadas por el Museo. Recorrió Suiza, una parte de los Alpes, el norte de Italia, una porción de Grecia, algunas islas del Mediterráneo y el norte de Asia Menor. Durante sus años en París, entre 1821 y 1828, además de la botánica y la entomología, sus aficiones preferidas, Gay también se adentró, como autodidacta, en el estudio de la física y la química, para más tarde seguir cursos de geología y de anatomía comparada. De esta manera adquirió vastos conocimientos y también se inició en la investigación científica al lado de eminentes maestros de los Jardines del Rey y de la Escuela de Minas. Sus conceptos a propósito de su paso por el Jardín Botánico y Museo de Historia Natural de París son elocuentes: “Las abundante colecciones de objetos de ciencia natural, el alto nivel científico de los cursos que allí se realizaban, el interés de los profesores por facilitar mis estudios, todo ello

¹ Carlos Stuardo Ortiz es quien más acabadamente ha investigado acerca de la vida del científico. En su obra póstuma *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, se reproducen numerosos escritos de Gay, o concernientes a su labor en Chile, así como diversos textos relativos a su persona.

² Véase Claudio Gay, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*, p. 88.

³ En su diario escribiría: “El estudio de la medicina me pareció el más seductor y el que estaba más de acuerdo con mis gustos. Desgraciadamente mi pasión cada vez mayor por la historia natural me hizo abandonarlo y eso es algo que lamentaré toda mi vida”. En Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 90.



Alexander von Humboldt (1769-1859), el sabio prusiano, autor de numerosas obras sobre América, representó el principal modelo para los naturalistas que como Claudio Gay arribaron a América luego de la Independencia. En David Yudilevich L. (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802)*, antología.

contribuyó poderosamente a hacerme amar una ciencia a la que ya me había dedicado por mi cuenta, estudiándola con mi propio esfuerzo”⁴.

Como acertadamente hace notar Stuardo Ortiz, Gay se vio favorecido por el ambiente científico existente en París en las primeras décadas del siglo XIX. Entonces diversas instituciones, como la Sociedad Philomática, la Sociedad Linneana, el Museo de Historia Natural y la Facultad de Ciencias de la Universidad de París, tenían como objetivo esencial promover el desarrollo de las ciencias naturales.

Junto con beneficiarse de las actividades que en ellas se realizaban, Claudio Gay recibió la influencia de grandes investigadores y maestros como Alexandre Brongniart en Mineralogía, Pierre-Louis-Antoine Cordier en Geología, André-Marie-Constant Duméril en herpetología, Georges Cuvier en Anatomía Comparada, René-Louiche Desfontaines y Adrien de Jussieu en Botánica, Pierre-André Latreille en Entomología, André Laugier o Louis-Nicolás Vauquelin en Química y Joseph-Louis Gay-Lussac en Física, entre otros.

Los detalles del origen de la preocupación de Gay por nuestro país, y de su venida a Chile, permanecen todavía inciertos en muchos aspectos, aunque se sabe que su arribo fue consecuencia directa de haber aceptado la oferta del periodista y aventurero Pedro Chapuis, que en 1828 organizaba en París un grupo de pro-

⁴ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 89.

fesores para establecer un colegio en Santiago, y que, según Gay, contaba con el patrocinio del gobierno chileno⁵.

Los testimonios aparecidos en la prensa nacional a propósito de la llegada de Chapuis y demás profesores sólo aluden al arribo de una “sociedad de profesores de ciencias” que vienen “con el objeto de fundar un nuevo establecimiento de educación”, sin dar mayores noticias de las motivaciones cada uno de los “socios”, aunque sí de sus aptitudes. Sobre Gay, en el aviso que Pedro Chaupis publicó para dar a conoer su iniciativa, de lee: “doctor en ciencias. Miembro de varias sociedades, corresponsal del Museo y profesor de física, química e historia natural”⁶.

En el diario que presumiblemente comenzó al momento de iniciar su viaje a Chile, Gay alude a sus intentos frustrados por pasar a América, hasta que le avisaron “que se estaba formando en París una sociedad de personas con la intención de fundar una Univeridad en Santiago de Chile, bajo la protección especial del gobierno francés y del chileno”; entonces, declara, “el placer unido al interés de descubrir un país aun no conocido por los naturalistas, me hizo aceptar sin ninguna vacilación la proposición que me hicieron de nombrarme profesor de química y de física”⁷.

Años después, y al comienzo de su monumental obra, el naturalista afirmó que fueron sus maestros en París quienes le habían señalado la república de Chile como la más a propósito para satisfacer las exigencias de una desmedida curiosidad que lo impulsaba a investigar las producciones de algún remoto clima que no pareciera muy andado; consejo que siguió, comenzando desde entonces a tomar nota de lo muy poco que se había dicho de la historia y de la geografía de esta parte de América. Más tarde escribiría, en el prólogo del tomo I de la *Historia Física y Política de Chile*, que había sido en medio de esa situación que “una circunstancia imprevista se adelantó a mis deseos llevándome a las afortunadas costas de ultramar mucho antes de lo que yo presumiera”⁸.

Además de sus motivaciones particulares, es preciso tener presente que en el ambiente científico y oficial del París de la década de 1820, “entre los diversos países que sería importante explorar en interés de la historia natural, el Perú y Chile pueden ser colocados en primera fila, en todo sentido”, pues se afirmaba, “la parte de América meridional que ocupan estas dos vastas regiones no ha sido visitada

⁵ En su diario el naturalista relata que en un encuentro con Chapuis en París, éste “me hizo ver un discurso del presidente Pinto en que solicita profesores de anatomía y de química para una escuela de medicina”. Véase Gay, *Diario de..., op. cit.*, p. 103.

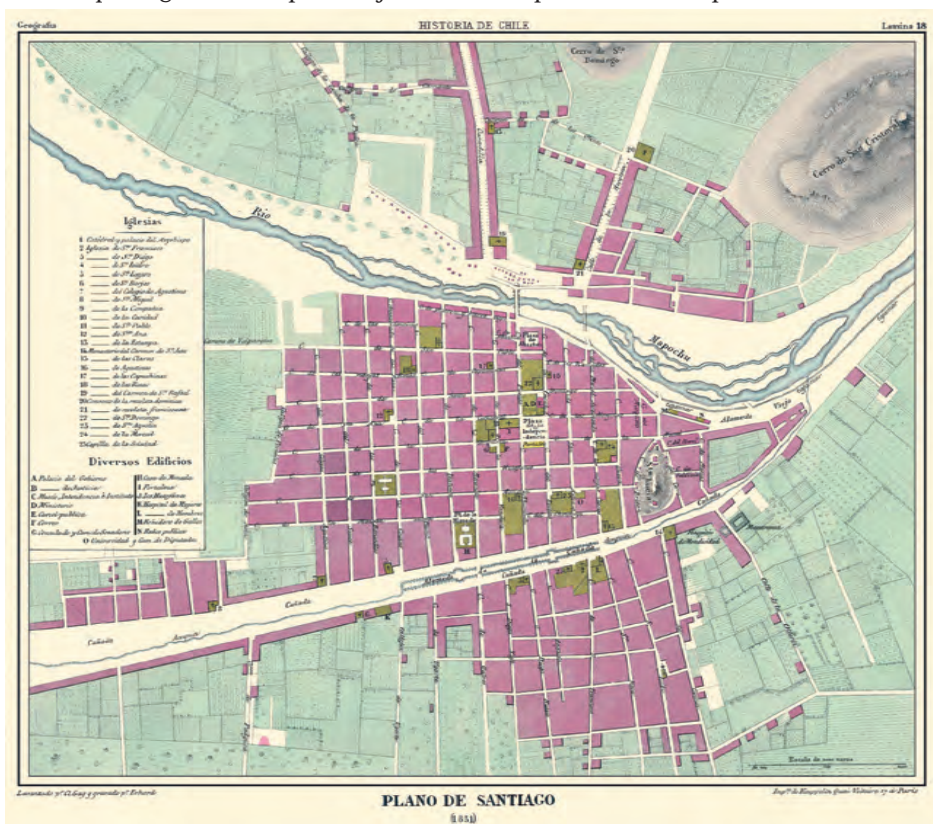
⁶ Véanse *La Clave de Chile* del 11 de diciembre de 1828 y del 17 de febrero de 1829, y la *Gaceta de Chile* del 31 de diciembre de 1828.

⁷ Gay, *Diario de..., op. cit.*, p. 91.

⁸ En su manuscrito sobre los araucanos, todavía inédito, Claudio Gay relaciona su arribo a Chile con la política francesa respecto de Latinoamérica, ahí escribió: “En esa época las repúblicas americanas habían sido más o menos reconocidas por las potencias europeas. Francia era una de las más atrasadas en ese justo deber... por ese mismo motivo decidí crear en Santiago un colegio universitario compuesto únicamente por profesores franceses. Habiendo sido designado para la clase de física y química me encontraba en condiciones de realizar mi pasión por los viajes...”. Agradecemos a Luis Mizón el darnos a conocer este texto, así como su traducción. Como se advertirá, la versión del naturalista difiere bastante de la ofrecida por todos los estudiosos de su vida y obra.

aún sino por un número muy pequeño de viajeros, y sus exploraciones, por lo demás asaz incompletas, se remontan ya a una época muy alejada⁹.

Para comprender cabalmente la presencia de Claudio Gay en Chile es necesario atender el interés galo por explorar América meridional, que en su caso sin embargo no se materializó en ningún apoyo oficial, aunque si en el estímulo de sus profesores y de la Academia francesa; pero también a las urgencias y necesidades del naciente Estado chileno, cuyos dirigentes, aun antes de la independencia, y con mayor razón después, venían insistiendo en la necesidad de crear instituciones de enseñanza y de fomentar el reconocimiento geográfico del territorio. Aunque no está acreditado el apoyo oficial al colegio para el cual había sido contratado Gay, lo cierto es que el Estado chileno, y sus autoridades, frecuentemente aludían, y seguirían mencionando, la urgencia de contar con nuevas instituciones educativas; interés que seguramente personajes como Chapuis buscaron aprovechar.



La inclusión del plano de Santiago en su *Atlas de la historia física y política de Chile*, muestra que Gay apreció la situación preeminente de la capital en el país.

⁹ Carta de la Administración del Museo de Historia Natural de París al ministro del Interior, fechada el 25 de noviembre de 1825, y generada por la expectativa de que el naturalista Alcide d'Orbigny se dirigiera a América en misión científica. Citada por Pascal Riviale en su obra *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, p. 34.

Contratado como profesor de física, química e historia natural, Gay vio en su viaje a Chile, más que el inicio de una carrera destinada a la docencia, la posibilidad cierta de dedicarse a la investigación en un país casi total y absolutamente desconocido para los hombres de ciencia europeos. Además, veía en él la materialización de sus aspiraciones pues, había escrito en su diario, “desde que me consagré al estudio de las ciencias naturales, que son verdaderamente sublimes, nació en mí el deseo de viajar, que al parecer forma parte de ellas”¹⁰.

Instalado en Santiago, Claudio Gay, junto con atender sus clases en el Colegio de Santiago, se dio tiempo para recorrer diversos sitios y recolectar material científico, llegando a formar en corto lapso colecciones de plantas, de animales y de rocas.

Más entusiasmado con sus excursiones que con sus clases, a la vez que revelando los motivos que lo habían traído a Chile, el propio Gay escribía a Alexandre Brongniart el 9 de diciembre de 1829 que a pesar de que “no disponía más que de un día a la semana en provecho de las ciencias” y que, sobre todo al comienzo de su estadía, no le era posible más que “visitar solamente los alrededores de Santiago o realizar un viaje rápido a la orilla del mar o a la cordillera”, ya había realizado “una buena serie de observaciones que bastarán para dar a conocer estas comarcas tan poco visitadas por los naturalistas”¹¹.

El celo y la pasión que Gay mostraba por la historia natural, expresada en su inagotable actividad y dedicación al estudio, no sólo llamaron la atención de los pocos sujetos con interés por las ciencias naturales existentes en Santiago. También llegó a conocimiento de las autoridades, en las cuales rondaba la idea de estudiar científicamente el país, una antigua aspiración que no había podido materializarse por falta de una persona idónea para acometer la empresa¹². En el Chile de la organización republicana, donde todo estaba por hacerse, y en medio de las tribulaciones políticas y la pobreza del erario, hubo gobernantes que tuvieron plena conciencia de la necesidad de conocer cabal y científicamente el territorio y la realidad nacional. Entonces, ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado sistemáticamente las especies naturales; y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la república¹³.

¹⁰ Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 88.

¹¹ Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 2.

¹² Guillermo Feliú Cruz en su ensayo crítico “Claudio Gay, historiador de Chile”, señala que el botánico Vicente Bustillos, el canónigo de la catedral José Alejo Bezanilla, el conservador de la Biblioteca Nacional Francisco García Huidobro y el médico francés Carlos Bouston, fueron los primeros amigos del científico en Chile, y quienes advirtieron al gobierno de su presencia y de la posibilidad de confiarle el estudio de la naturaleza del territorio nacional.

¹³ La preocupación de los gobiernos por conocer la geografía nacional, y con ellas las riquezas del territorio, se había hecho presente ya en 1823. Entonces se contrató al aventurero Juan José Dauxion de Lavaysse para que realizara un estudio científico del país. El mismo año, otro decreto comisionó al ingeniero militar José Alberto Backler D’Albe y al ingeniero geógrafo Ambrosio Lozier para que levantaran la carta corográfica y geodésica de Chile. Como se sabe, ambas empresas fracasaron y no

Alentado por sus cercanos, en julio de 1830 Gay redactó una presentación dirigida al Vicepresidente de la República a través de la cual ofrecía sus servicios para trabajar en la preparación de una historia natural, general y particular de Chile; una geografía física y descriptiva del país; una geología que haría conocer la composición de todos los terrenos, la estructura de las rocas y la dirección de las minas; y una estadística completa de las actividades productivas y de la población. Además de los trabajos nombrados, el científico se comprometía a formar un gabinete de historia natural que contuviera la mayor parte de las producciones de la república, con sus nombres vulgares y científicos, así como una colección, tan completa como fuera posible, de todas las piedras y minerales que pudiera recolectar; analizar químicamente todas las aguas minerales que encontrara; a elaborar cuadros estadísticos de todas las provincias; hacer un catálogo de todas las minas; preparar planos de las principales ciudades y ríos, así como de todas las haciendas que pudiera visitar; y, finalmente, si el gobierno así lo quería, instruir a dos alumnos en todas las ciencias sobre las que él se ocupaba. Es decir, Gay se obligaba a una tarea monumental, la cual le llevaría casi toda la vida.

A cambio de sus trabajos, los cuales, declaraba, sólo podrían ser publicados en Europa, el naturalista solicitaba auxilio para continuar sus investigaciones y el auspicio del gobierno para las obras que proponía. Se mostraba dispuesto a que se nombrase una comisión que inspeccionara lo realizado por él hasta entonces y los trabajos que en adelante emprendería, así como también a demostrar los medios que poseía para llevar adelante sus estudios. A este último respecto, y para avalar su petición, Gay hacía saber al gobernante que las ciencias naturales habían sido objeto de sus preocupaciones desde temprana edad y que había elegido a Chile como escenario de sus investigaciones con el único fin de satisfacer su interés científico,

“y el deseo que tengo de hacerme útil dando a conocer a la nación chilena, las producciones de su industria y de su territorio, y poniendo a la vista de las otras un país muy poco conocido, pero sin embargo muy digno de serlo por su feliz posición, por la riqueza de la tierra y por los extraordinarios productos de su agricultura”¹⁴.

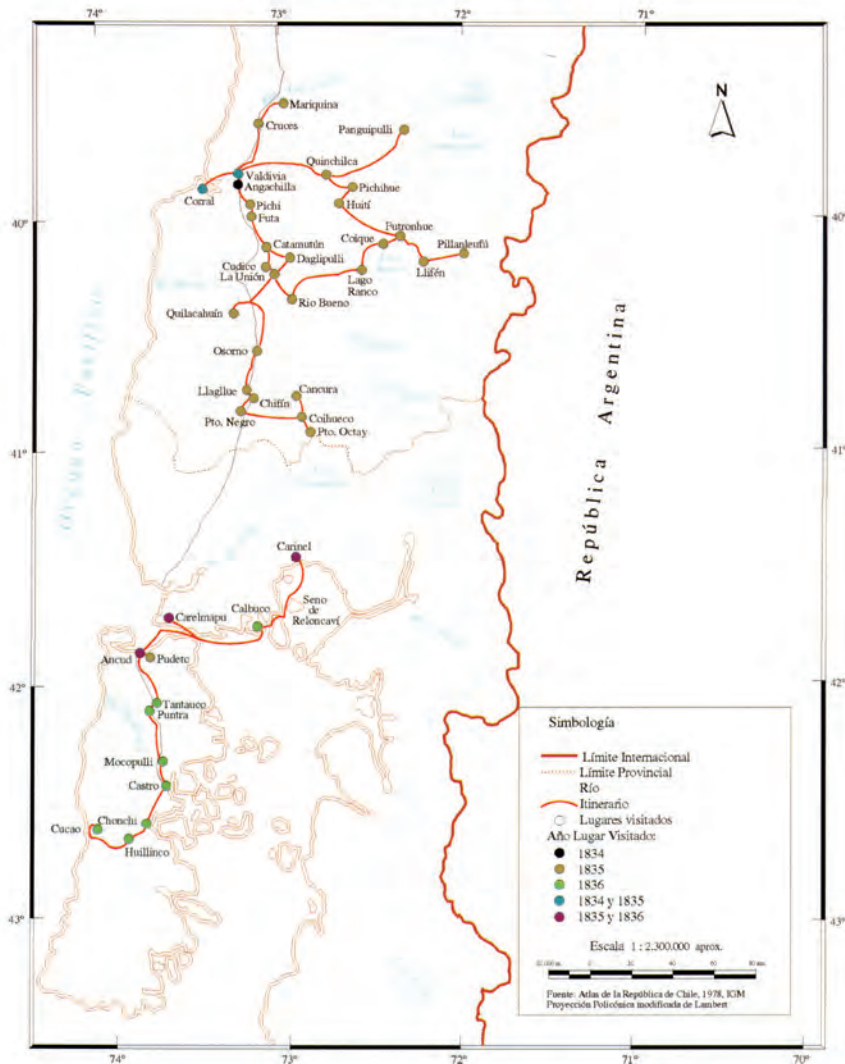
Un elemento decisivo en la determinación que el gobierno tomó, finalmente, fue el trabajo ya adelantado por Gay en el país, que demostraba su capacidad de naturalista. Como el propio científico lo hacía notar, y quienes lo auspicaban sabían,

pasaron de ser simples ensayos. Barros Arana, en su trabajo *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, ofrece un completo panorama de los esfuerzos del Estado “por hacer estudiar y por dar a conocer la geografía de nuestro país y las producciones de su suelo”.

Los afanes republicanos por conocer los territorios sobre los que comenzaban a ejercer soberanía están estrechamente relacionados y son una herencia del espíritu ilustrado que, a lo largo del siglo XVIII, había llevado a las potencias europeas a organizar, financiar y promover expediciones científicas a suelos y costas americanas, entre otras razones, para obtener ventajas económicas de ellos. Al respecto véase la obra de que somos coautores con José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*.

¹⁴ El texto a través del cual Gay ofreció sus servicios al gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, pp. 87-90.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Valdivia - Chiloé



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

en el lapso de un año había podido investigar acerca de la historia natural y la geología de los alrededores de Santiago; describir y pintar la mayor parte de los objetos relacionados con ellas; preparar un plano de la ciudad capital y cartas geográficas del territorio; analizar las aguas minerales de Apoquindo; recopilar estadísticas del país en casi todas las administraciones y, por último, recorrer parte del litoral central y de la cordillera frente a Santiago. De este modo, escribió en su ofrecimiento, no tenía más trabajos en la capital y se encontraba listo para emprender investigaciones en la provincia, las cuales estaban postergadas por falta de recursos.

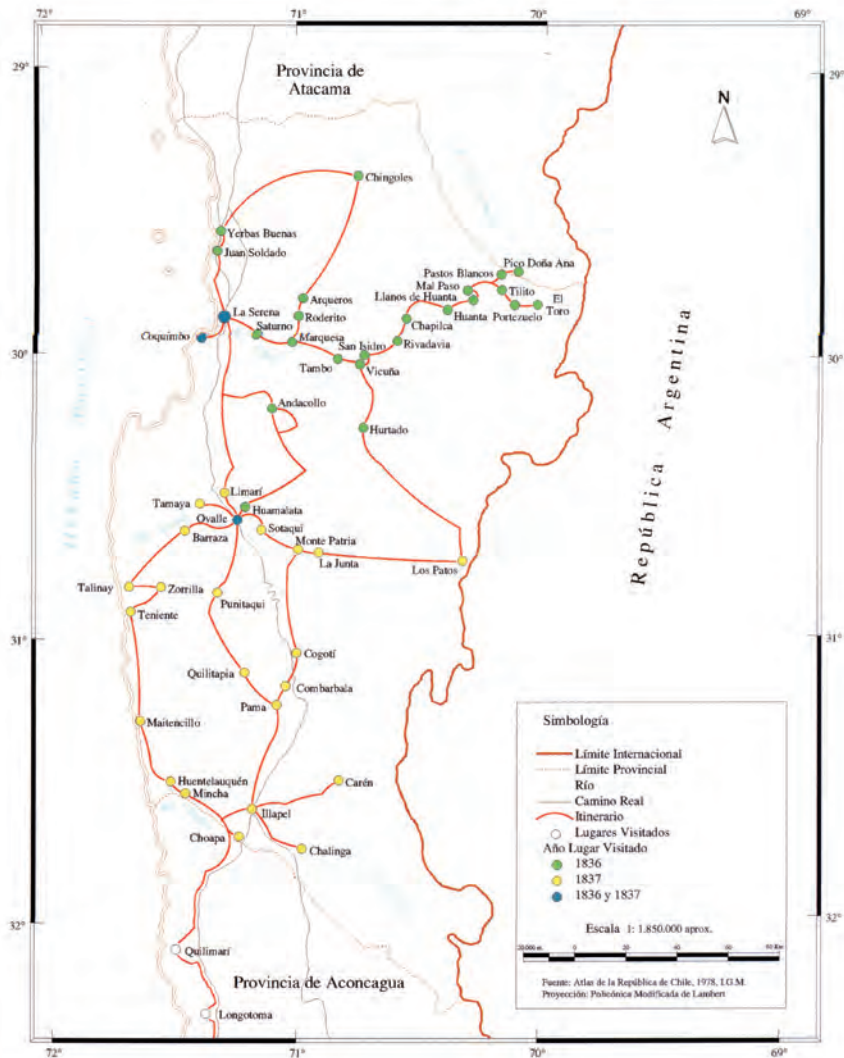
En pago de sus servicios, Gay no pidió al gobierno ni grandes salarios, ni demasiados favores, “sino sólo su protección cerca de las autoridades provinciales y los gastos indispensables de los viajes que mis investigaciones me obligan a hacer”. Como garantía de los recursos que se le entregarían, ofrecía “depositar en el lugar que se sirva designarme, una parte de mis colecciones, y a más mi biblioteca compuesta de cerca de cuatrocientos volúmenes, obras científicas y escogidas”, todos los cuales quedarían en poder de la Biblioteca Nacional si no cumplía con las obligaciones contraídas.

Atendidos los antecedentes, no debe extrañar que en septiembre de 1830 se autorizara al ministro del Interior, Diego Portales, para suscribir un contrato con Gay en virtud del cual quedaría sellado el viaje científico por el territorio. Como justificaciones se esgrimían, tanto la importancia de la iniciativa, como las cualidades de Gay para verificarlo con ventaja para el país. Además, y recogiendo la proposición del francés, el ministro había conformado el 31 de julio de 1830 una comisión científica destinada a verificar la calidad de sus trabajos. Ésta emitió un informe favorable con fecha 13 de agosto del mismo año en que se afirmaba que “todo hace esperar ventajas del viaje proyectado”.

De acuerdo con el contrato firmado el 14 de septiembre de 1830, Gay quedó obligado a hacer un viaje científico por todo el territorio de la república, en el término de tres años y medio, con el objeto de investigar la historia natural de Chile, su geografía, geología, estadística y todo aquello que contribuyera a dar a conocer los productos naturales del país, su industria, comercio y administración. Además, al cuarto año, debía presentar un bosquejo de las siguientes obras: una historia natural general de la república que contuviera la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales, acompañados de láminas coloreadas proporcionadas a los objetos que describa; una geografía física y descriptiva de Chile, con observaciones sobre el clima y temperatura de cada provincia, y adornada con cartas geográficas de cada una, y con láminas y planos de las principales ciudades, puertos y ríos; un tratado de geología relativo a Chile; y una estadística general y particular de la república, ordenada por provincias. También se comprometía a formar un gabinete de historia natural con las principales producciones vegetales y minerales del territorio y un catálogo de todas las aguas minerales existentes en el país, con sus respectivos análisis químicos¹⁵.

¹⁵ El texto del contrato entre Gay y el gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio..., op. cit.*, t. II, pp. 91-93.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Coquimbo



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

Considerando que uno de los propósitos del Estado chileno al confiar a Gay la comisión que éste se comprometía a realizar era la de “dar a conocer las riquezas del territorio de la república, para estimular la industria de sus habitantes y atraer la de los extranjeros”, el científico se comprometió también a publicar su obra tres años después de concluida su labor.

Gay recibiría ciento veinticinco pesos mensuales durante los próximos cuatro años; los instrumentos para sus observaciones geográficas; un premio de tres mil pesos, si cumplía con lo prometido; y la promesa de la autoridad de hacer llegar a los intendentes de las provincias, a los gobernadores de los pueblos y a los jueces territoriales, una circular para que facilitasen todas las noticias que requiriese para el puntual desempeño de su trabajo¹⁶.

LA EXPLORACIÓN DEL TERRITORIO

Concluidos los trámites administrativos y los preparativos indispensables para emprender el viaje científico, Gay se dispuso a acometer la exploración del territorio nacional, empresa que inició por la provincia de Colchagua en diciembre de 1830. Instalado en San Fernando, durante meses realizó cuatro salidas por la jurisdicción provincial que lo llevaron a reconocer la laguna de Tagua-Tagua y sus alrededores, la cordillera de la zona a través del curso del Cachapoal y el de su afluente el río Cipreses, el volcán Tinguiririca y, por último, la costa colchaguina siguiendo el curso de los ríos Tinguiririca y Rapel hasta el Pacífico. Luego de una breve estadía en Santiago destinada a ordenar el material recolectado, a comienzos de julio de 1831, Gay emprendió viaje al norte, en un recorrido que lo llevó por Colina, Polpaico, Til-Til y la cuesta de la Dormida hasta Puchuncaví.

¹⁶ No sobra señalar que las diligencias destinadas a contratar a Claudio Gay se realizaron casi exactamente después de la visita a Chile del naturalista Alcide d'Orbigny. Éste había sido enviado por el Museo de Historia Natural de París para realizar una misión científica que, prolongándose entre 1826 y 1833, lo llevó a explorar Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Bolivia y Perú.

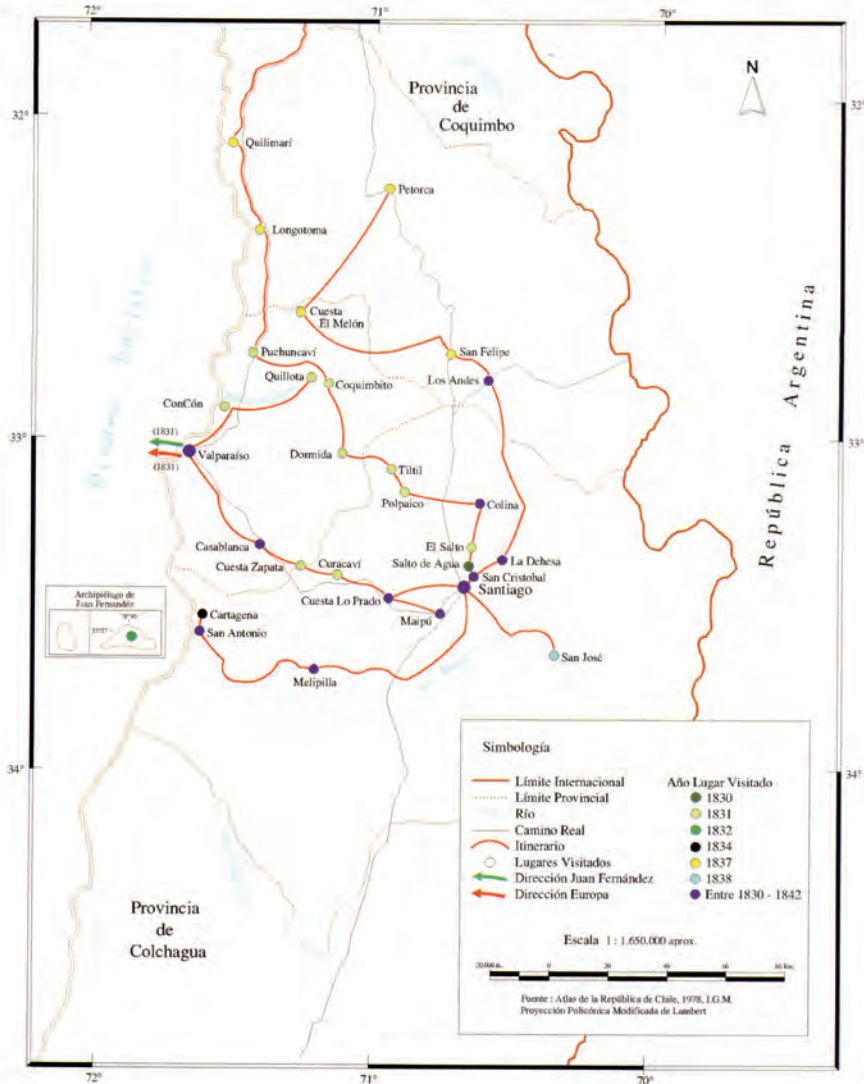
El autor de *Viaje a la América meridional*, arribó a Valparaíso el 16 de febrero de 1830, puerto del que salió el 8 de abril luego de visitar también Santiago. En la capital del país permaneció sólo ocho días, en los cuales no sólo recorrió sus alrededores y conoció diversas personas, también, realizó una ascensión a los Andes en compañía de Claudio Gay.

Fue al momento de salir de Chile que d'Orbigny recibió, a través del cónsul francés en el puerto, la carta del general Santa Cruz, entonces Presidente de Bolivia, invitándolo a investigar las riquezas naturales del país del altiplano, adelantándole que le conseguiría, como efectivamente ocurrió, todas las facilidades deseables para sus exploraciones y estudios.

En su monumental obra, publicada entre 1835 y 1847 en nueve tomos y 11 volúmenes, d'Orbigny refiere que su corta estadía en Chile no le permitió “generalizar mis observaciones, lo que me obliga a pasar por alto lo que podría decir de Chile”, agregando todavía: “por lo demás, no quiero usurpar el derecho que una larga permanencia en la República de Chile da al señor Gay para describirla”.

Según relata Claudio Gay en su diario, conoció a D' Orbigny en septiembre de 1828, en su viaje hacia Chile. Ahí escribe que “durante los ocho días que me quedé en Buenos Aires no dejé un solo día de ir a verlo y de discutir con él ciertos puntos de historia natural”. Véase Gay, *Diario de...*, *op. cit.*, p. 126.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincias de Aconcagua - Valparaíso - Santiago



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

En diciembre de 1831, y a la espera de poder abordar un barco para Europa, a donde se dirigía para comprar instrumentos y libros adecuados para su trabajo, Gay exploró los sitios cercanos a Valparaíso y realizó un viaje al archipiélago de Juan Fernández, que se extendió hasta mediados de febrero, zarpando hacia Francia el 14 de marzo de 1832.

De esta época datan algunos testimonios de Diego Portales sobre Gay que no sólo muestran su preocupación por el quehacer del científico y su carácter irreverente, también las iniciativas y actividades del naturalista y la impresión que causaba entre la población. El 21 de diciembre de 1831 Portales escribe a su amigo Antonio Garfías que Gay está en Valparaíso imposibilitado de salir para Francia por falta de buque, y que quiere visitar las islas de Juan Fernández aprovechando el próximo viaje de la *Colo-Colo*. Entonces le pide que le comunique al Ministro del Interior que “si no hay algún motivo que demore el viaje, sería bueno y conveniente que pasase a botar al tal mr. como cosa pérdida en aquellas playas”. El 19 de enero relata que “el dueño de la posada donde reside Gay, ya está loco, porque todo el día hay en ella un cardumen de muchachos y hombres que andan en busca de mr. Gay”; pues “siempre que sale a la calle, los muchachos le andan gritando mostrándole alguna cosa: señor esto es nuevo, nunca visto, usted no lo conoce; y anda más contento con algunas adquisiciones que ha hecho, que lo que usted podría con \$100.000 y platónicamente querido de todas las señoritas de Santiago”¹⁷.

En París Gay fue recibido entusiastamente por sus maestros, con los cuales mantenía contacto epistolar, y frente a quienes, ahora personalmente, desplegó el fruto de su trabajo científico en Chile. En esa ocasión obsequió al Museo de Historia Natural parisino minerales, fósiles, semillas y colecciones de especies recolectadas en Chile, también algunos de los dibujos y pinturas que había realizado hasta entonces. El reconocimiento por su labor fue inmediato y se materializó, entre otras medidas, en que el gobierno francés lo distinguió con la cruz de la Legión de Honor.

En Europa, adquirió numerosos instrumentos para sus observaciones, los más modernos existentes en la época. Agujas para medir la declinación magnética, imanes, agujas para levantar planos, instrumentos para calcular la latitud, cronómetros, microscopios, telescopios, barómetros, termómetros, higrómetros, eudiómetros, areómetros, un aparato para observar la electricidad atmosférica y hasta una cámara oscura, probablemente una de las primeras que llegó al país, fueron algunos de los aparatos adquiridos por encargo del Estado chileno.

Pero el sabio no sólo volvió con todo lo necesario para sus investigaciones, también con una esposa pues se había casado con Hermance Sougniez. Su matri-

¹⁷ Véase *Epistolario Diego Portales*, t. I., pp. 148 y 174. Esta fuera de duda la valoración que Portales hizo de Gay, incluso pensó aprovechar sus conocimientos para fines personales. Así se lo hace saber a su amigo Garfías cuando el 4 de julio de 1834 le escribe sobre un posible viaje con el científico: “yo tengo el interés de que el hombre analice una palma, y vea si será posible hacer con éste árbol en Chile lo que se hace en el Río de Janeiro de extraerle parte del jugo sin matar el árbol, pues si consigo esto, no doy a Pedegua por \$80.000”. El texto citado en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II., p. 507.

monio, por lo demás muy desgraciado y que culminaría en divorcio 1845, mereció un comentario del irreverente ministro Diego Portales quién, en carta a su confidente Antonio Garfías le mandó decir: “a Mr Gay que no me olvido de su encargo, y que cuando se aburra con la francesita me la mandé para acá”¹⁸.

Provisto de los instrumentos científicos necesarios para sus trabajos, así como de material para incrementar el gabinete de historia natural, Gay se trasladó a Melipilla y Casablanca en junio, para regresar a Santiago y dirigirse a Valdivia en octubre del mismo año, llegando a la bahía de Corral a fines de mes. Luego de remontar el río Valdivia y de recorrer y explorar los sitios aledaños a la ciudad del mismo nombre, en enero de 1835 se dirigió a investigar en los contornos del lago Ranco. Concluida esta expedición tomó rumbo a Osorno con el propósito de alcanzar hasta el lago Llanquihue, en cuyos márgenes permaneció hasta mediados de febrero. De regreso en Valdivia, en abril, se embarcó hacia el lago Panguipulli para asistir a la ceremonia de entierro del cacique Cathiji, de la cual da cuenta en una de las conocidas láminas de su *Atlas*. Permaneció en Valdivia todo el invierno de 1835, aprovechando su estadía para realizar breves excursiones a Corral, destinadas, entre otros objetivos, a levantar planos de los fuertes de la bahía. También desde Valdivia realizó una excursión al volcán Villarrica en octubre de 1835, alcanzando las nieves eternas del mismo.

En los últimos días de noviembre de 1835 Gay se encontraba en la isla de Chiloé, instalado en Ancud. Desde aquella ciudad realizó breves excursiones a las cercanías, como a Pudeto, y, atravesando el canal de Chacao, exploró el lado norte del seno de Reloncaví, visitando los poblados de Carelmapu, Calbuco y Carinel. A mediados de febrero de 1836 se dirigió hacia el sur de la isla grande, alcanzando hasta Queilén, luego de pasar por Puntra, Mocopulli, Castro y Chonchi. De regreso al norte, se dedicó a herborizar en las orillas del lago Huillincó y en las cercanías de Cucao. Luego de su larga estadía en la isla de Chiloé, y previa escala en Valdivia y Talcahuano, el 17 de mayo recalaba en Valparaíso.

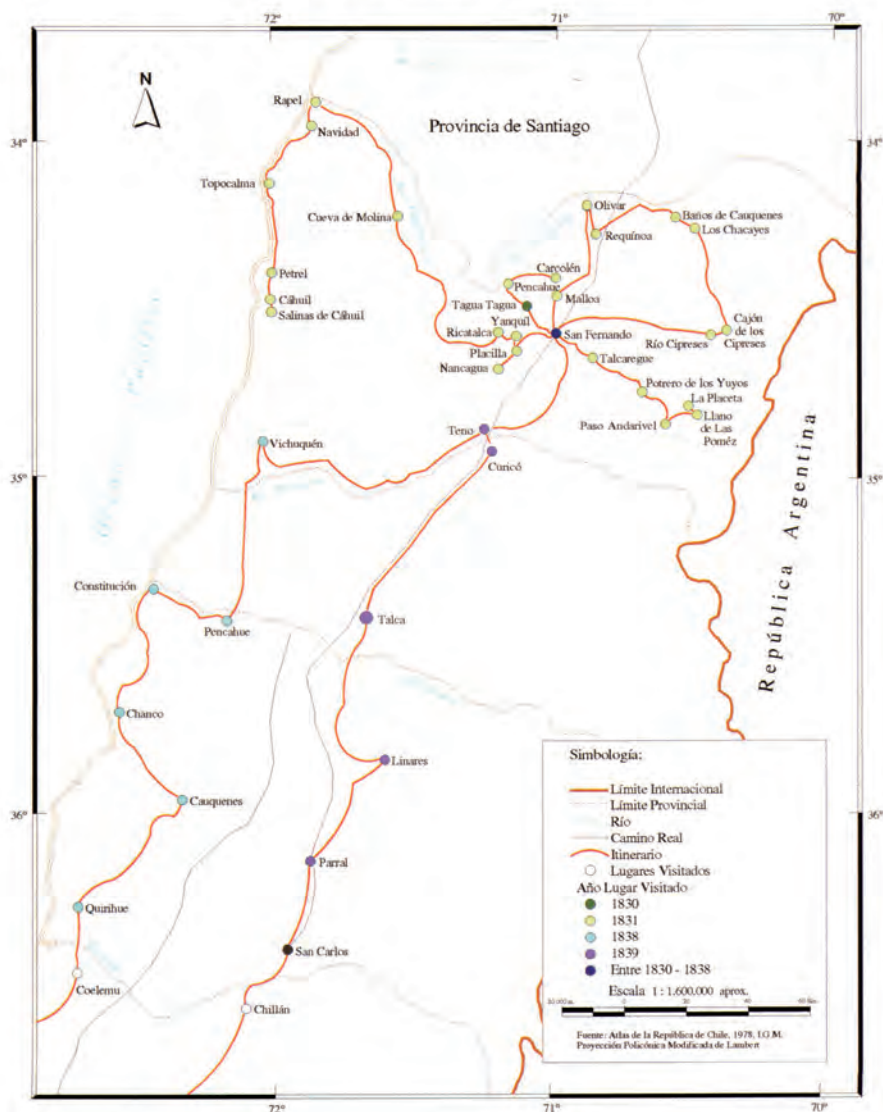
La siguiente etapa de su recorrido lo llevó a la provincia de Coquimbo, instalándose en La Serena en septiembre de 1836. Visitó las minas de Arqueros y zonas aledañas como Chingoles, Yervas Buenas, Juan Soldado y Los Porotos. Luego, en noviembre, se dispuso a recorrer el valle de Elqui. Pasó por Saturno, Marquesa, Tambo, Vicuña, San Isidro, Rivadavia, Chapilca y Guanta, sitio desde el cual inició el ascenso de la cordillera, alcanzando hasta Tilito, a 4.000 metros de altura. Siguió a la cordillera Doña Ana, volviendo por los Baños del Toro y Rivadavia, arribando finalmente a La Serena a comienzos de diciembre de 1836.

A fines del mismo mes reinició sus excursiones dirigiéndose hacia Andacollo y a las minas de sus alrededores. Recorriendo la zona pasó por Huamalata y Ovalle, visitando también las minas de Tamaya para, ya en enero de 1837, internarse en la cordillera siguiendo el curso del río Rapel. Entonces su itinerario lo llevó por Sotaquí, Monte Patria, La Junta, Arcos, Rapel y el sendero cordillerano que sale

¹⁸ Véase correspondencia fechada en Valparaíso el 20 de junio de 1834, en *Epistolario...*, *op. cit.*, t. II, p. 496.

Expedición Científica de Claudio Gay

Provincias de Colchagua - Talca - Maule



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay. 2004.

de Las Mollacas y conduce al paso de Valle Hermoso. A su regreso, bajó por el río Hurtado para arribar a Vicuña, pasar por El Tambo, y terminar en La Serena los primeros días de febrero. Desde esta ciudad, y llevado por su afán de conocer los yacimientos de mercurio existentes en esas latitudes, emprendió viaje hacia el extremo sur de la provincia de Coquimbo. Punitaqui, Quilitapia, Pama e Illapel fueron visitadas por el naturalista hasta fines de abril, permaneciendo en Illapel durante todo el invierno, explorando los parajes aledaños a aquel pueblo y excursionando hasta La Serena pasando por Combarbalá, Cogotí y Ovalle. En otra oportunidad, ahora a principios de la primavera, Gay salió de Ovalle y tomó la ribera sur del río Limarí hasta Barraza, marchando por Zorrilla y Talinay, alcanzando luego hasta Maitencillo, pasando por El Teniente, llegar a Mincha y de ahí dirigirse nuevamente a Illapel.

Los últimos días de septiembre de 1837 se dispuso a volver al sur, viaje que iniciado en Illapel, continuó por el curso del río Choapa hasta llegar a Huentelauquén en la costa. Desde este punto siguió hacia el sur visitando Longotoma y Petorca, poblado al que arribó en los primeros días de octubre. La siguiente etapa lo llevó por la cuesta del Melón y San Felipe para alcanzar Los Andes a fines del mismo mes, lugar en que permaneció hasta comienzos de diciembre.

Durante el mes de enero y parte de febrero de 1838, el sabio francés se dedicó a excursionar en los parajes cordilleranos frente a Santiago, internándose por el cajón del río Maipo, pasando por San José de Maipo y El Volcán, hasta llegar al volcán San José.

Incansable, en septiembre de 1838 salió de Santiago con destino a las provincias del llano central. San Fernando, Vichuquén, Pencahue, Constitución, Chanco, Cauquenes, Quirihue, Coelemu, Rafael, Tomé, Penco y Concepción vieron llegar al naturalista. Entre octubre y noviembre visitó la costa de Arauco hasta Tirúa. En diciembre se encontraba en Nacimiento, visitó la cordillera de Nahuelbuta para luego emprender viaje a Los Ángeles a fines de mes. Más tarde se internó hacia Santa Bárbara llegando hasta Trapa-Trapa. De regreso en Los Ángeles, a fines de enero de 1839, salió hacia Antuco, Laguna de la Laja y la Sierra Velluda. Luego de subir el volcán Antuco, regresó por el pueblo de Tucapel hacia el Salto del Laja, de ahí siguió a Yumbel y La Florida, para llegar a Concepción en los últimos días de febrero.

En marzo siguiente se encontraba en Chillán, ciudad desde la cual tomó hacia el norte por el llano, pasando por San Carlos, Parral y Linares, llegando a Talca el 31 del mismo mes. Su excursión prosiguió por Curicó, Teno, San Fernando, Rancagua y Maipú, culminando en Santiago a mediados de abril. En este viaje, además de sus tareas científicas habituales, dibujó algunos paisajes que luego incluyó en su *Atlas* como láminas. Entre ellas: “Los pinares de Nahuelbuta”, “Laguna del Laja”, “Volcán Antuco”, “Salto del Laja” y “Molino de Puchacay”.

Luego de un viaje al Perú iniciado en marzo de 1839, que le significó alejarse poco más de un año y cuyo propósito fue revisar los archivos limeños en busca de documentación relativa a la historia de Chile, se dirigió a Copiapó en diciembre de 1841. En la provincia de Atacama visitó Caldera, Cerro Ramadillas, la capital provincial, Tierra Amarilla, Nantoco, Totalillo, Hornito y Chañarillo. A conti-

nuación pasó a La Pucheta y alcanzó hasta La Puerta, La Capilla, Potrero Grande y Amapolas. Siguiendo el curso del río Manflas llegó hasta La Jarilla y a Vallenar. Más tarde pasó a Freirina y en enero de 1842 llegaba al puerto de Huasco para regresar al sur. Con esta última excursión, y luego de cuatro o cinco intentos fallidos por llegar a la provincia de Atacama, finalmente Gay cumplía su íntimo anhelo de “no dejar ningún punto de Chile sin haberlo realmente visitado”, como se lo hizo saber a Ignacio Domeyko en carta fechada el 8 de diciembre de 1841. Al respecto, no debe olvidarse que en esa época el desierto de Atacama era el límite septentrional del país, y que todavía no se iniciaba el esfuerzo destinado a asegurar la soberanía nacional sobre el estrecho de Magallanes y su entorno.

Durante sus excursiones, y gracias a haber permanecido sucesivamente en cada una de las provincias que componían la república, las cuales recorrió minuciosamente, Gay recogió la mayor parte de las especies animales y vegetales existentes en el territorio considerado chileno en ese entonces. Llamando la atención sobre este aspecto de su quehacer, el naturalista explicó que la única forma de acceder al conocimiento de los ejemplares de una región era permaneciendo “más o menos tiempo en cada provincia, estudiando cuidadosamente y bajo un punto de vista comparativo y sobre todo geográfico, cuantos objetos haya obtenido a fuerza de investigaciones y cacerías: solo así puede conocerse bien la fauna de un país”¹⁹.

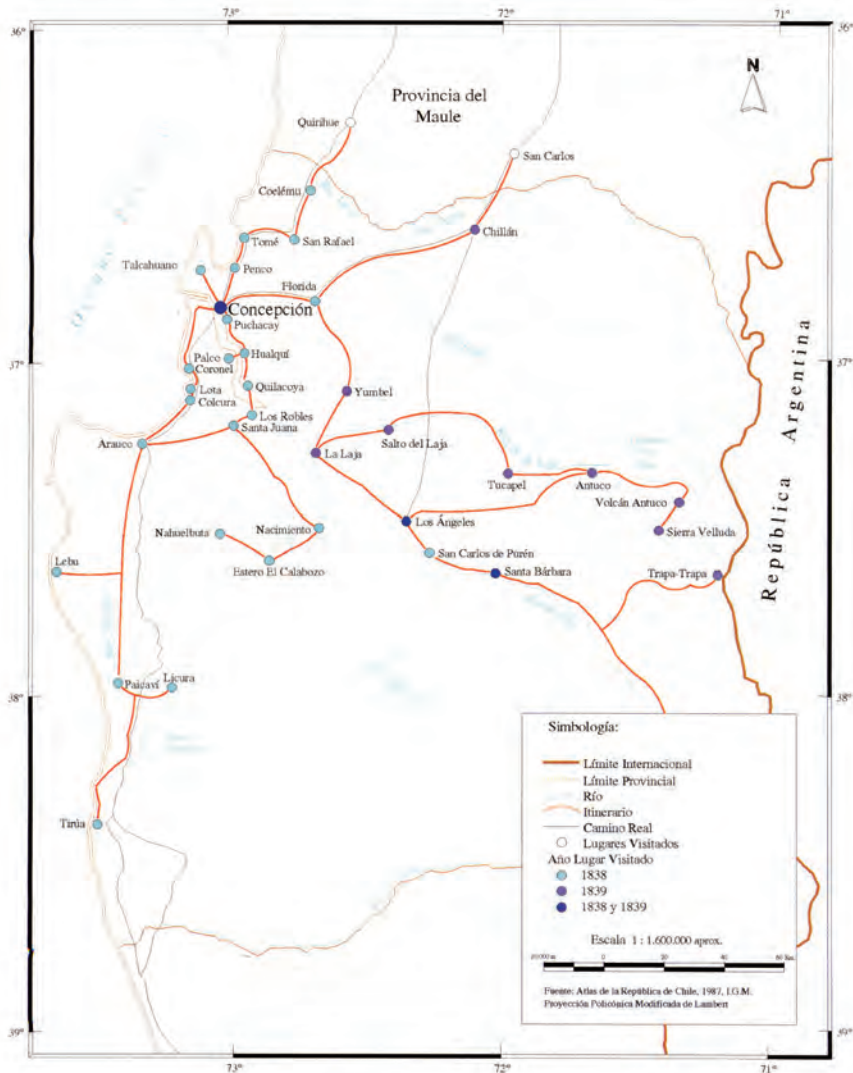
En el cumplimiento de su comisión, desarrolló un patrón de conducta que cumplió rigurosamente durante sus excursiones, y que explica el éxito final de su empresa científica. En cada lugar que visitó o recorrió, procedió a examinar y estudiar las especies naturales, recolectando todas aquellas que le resultaban de interés. Preocupación especial mostró siempre por herborizar y por observar la adaptación de las plantas en las regiones altas de las cordilleras. Fijar con exactitud la situación de los puntos geográficos, auxiliado por los modernos instrumentos adquiridos en Europa, fue también objeto de su atención. Los estudios geológicos y el levantamiento de la respectiva carta geográfica de la zona visitada constituyeron otras de sus ocupaciones permanentes. En los lugares en que existían procedía también a analizar las aguas termales, determinando, entre otras características, si eran sulfurosas o salinas. La recopilación de estadísticas, de documentación y de todo tipo de noticias de los parajes y poblados recorridos, fueron también actividades características suyas. Por último, sus observaciones climáticas y sus mediciones meteorológicas, así como las destinadas a determinar el magnetismo terrestre, fueron otra constante de su acción.

Pero, y como ha sido señalado, en todas partes Gay conversaba con la gente y observaba las formas de vida y los métodos de trabajo, práctica que no sólo fue muy útil para la preparación de su texto sobre la historia y agricultura chilena, sino en especial para obtener antecedentes de los hechos históricos e identificar los rasgos propios del pueblo chileno²⁰. Incluso, en el texto de su historia, Gay

¹⁹ Claudio Gay, *Historia física y política de Chile, Zoología*, t. I, pp. 5-6.

²⁰ En el prólogo de la *Agricultura*, el científico alude a “sus largos viajes por Chile, cuando visitaba sus inmensas haciendas..., pensé estudiar minuciosamente... como un simple capítulo de una obra

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Concepción



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

ocasionalmente apoya la narración de los hechos con su propio testimonio a propósito del conocimiento de sujetos protagonistas de los hechos. Por ejemplo, en el tomo VIII, cuando abordando algunos episodios de la “Guerra a Muerte” en la década de 1820, recuerda “el tiempo de mis expediciones a las altas montañas de Nahuelbuta”, oportunidad en que lo acompañó uno de los militares que participó en aquellas campañas, y que “por la noche, bajo los pinos y al lado de la llama, me contaba con cierto placer y animación todas las peripecias de aquellas guerras y la parte activa que en ellas había tomado”, a continuación de lo cual narraba la historia basado en ese testimonio²¹.

Durante los períodos de sedentarismo, el naturalista procedía a ordenar, clasificar, describir, dibujar y acondicionar las especies y objetos recolectados, redactar los informes científicos para el gobierno chileno y mantener viva su correspondencia con sus colegas europeos, a los cuales informaba detalladamente de sus estudios y de las novedades que iba descubriendo en su recorrido por el país. Ejemplo de lo que afirmamos, así como de la admiración que nuestra realidad física le provocó, es un párrafo de uno de sus textos. En él, y refiriéndose a la vida natural en las islas de la entonces existente laguna de Tagua-Tagua, escribió que era tal la infinidad de “especies nuevas, tanto para mí como para la ciencia, que ellas hacen de este país una mansión de delicias y admiración, en que la naturaleza ha hecho todo el costo, y sólo espera la mano del hombre para disputarle la belleza y la hermosura a los encantadores alrededores de Como, de Constanza y aun de Ginebra”²².

En sus viajes por el país Claudio Gay no sólo debió enfrentar todo tipo de adversidades, producto de la falta de vías de comunicación o de albergues adecuados, además, sufrió los rigores de las condiciones ambientales extremas de algunas de las regiones. Según testimonios de quienes lo conocieron, como relata Barros Arana:

“era un hombre infatigable en el trabajo, que pasaba días enteros sobre el caballo sin demostrar el menor cansancio, que trepaba los cerros más altos o bajaba a los precipicios más profundos a pie o a caballo sin arredrarse por ningún peligro, que soportaba el hambre y la sed, el frío y el calor sin quejarse de nada, y siempre con un incontestable buen humor, que dormía indiferentemente al aire libre o bajo techo, y que su salud vigorosa no sufría nunca ni las consecuencias de la mala alimentación ni los resultados de las agitaciones y desarreglos de aquellas penosas exploraciones”²³.

Muestra de su pasión por la ciencia, en cada una de sus excursiones cumplió fielmente con lo prometido al gobierno, desarrollando a plenitud sus observa-

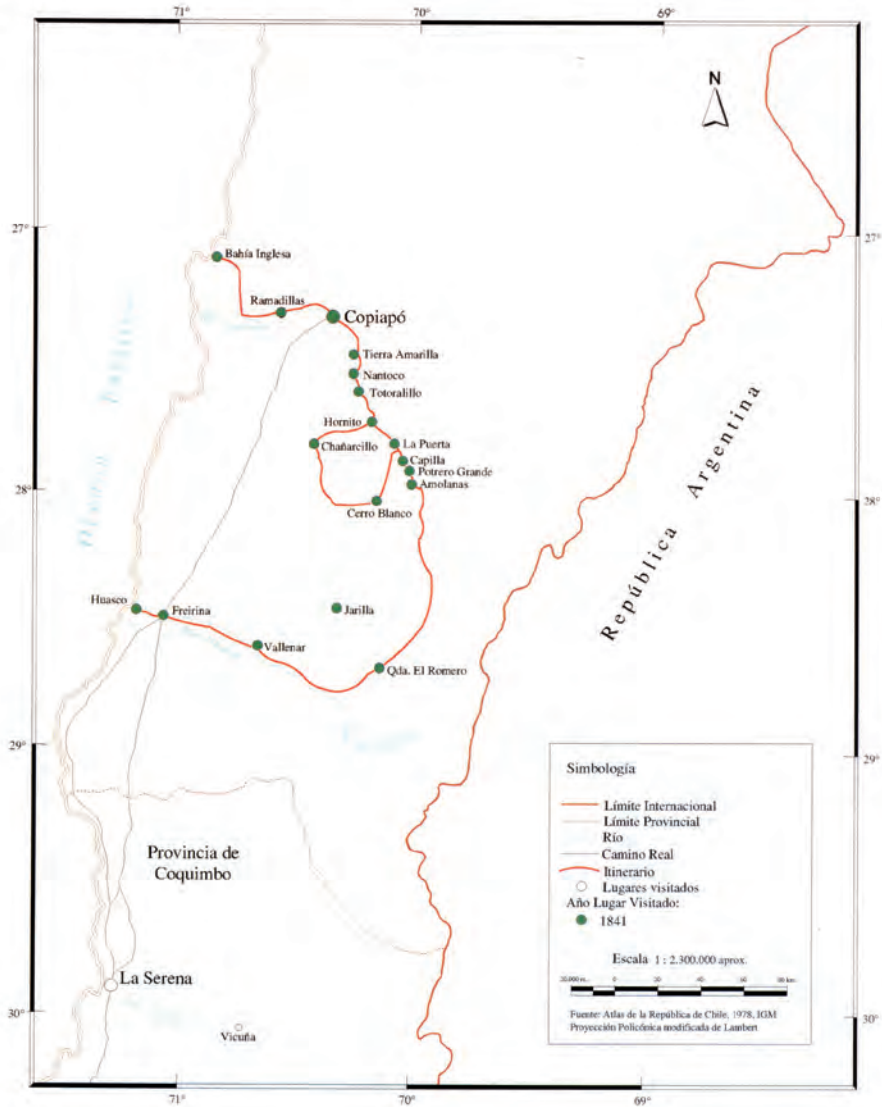
general sobre Chile..., pero a medida que se extendían mis investigaciones, mis notas se aumentaron de tal manera y llegaron a ser tan interesantes, que ha concluido por tomar la proporciones de un libro de abultado volumen”.

²¹ Gay, *Historia física...* *op. cit.*, t. VIII, p. 278. Otro caso similar, en el mismo volumen, p. 341.

²² El párrafo en su “Viaje científico. Informe a la Comisión Científica sobre sus exploraciones de la provincia de Colchagua”, en Stuardo Ortiz, *Vida de...*, *op. cit.*, t. II, p. 94.

²³ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 284.

Expedición Científica de Claudio Gay Provincia de Atacama



En reedición del *Atlas de la historia física y política* de Claudio Gay, 2004.

ciones, mediciones, recolecciones y estudios²⁴. Aun en medio de las limitaciones presupuestarias, las alteraciones políticas experimentadas por el país o la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, Gay, paciente, sistemática y casi anónimamente, durante aproximadamente una década, llevó a cabo su comisión, sentando las bases del desarrollo científico del país y recopilando antecedentes que más tarde serían los fundamentos de la nacionalidad chilena. Una tarea que a pesar de carecer de sucesos espectaculares o llamativos, tuvo importancia fundamental en el desenvolvimiento de la nación. Concluida ella, ahora sólo quedaba el trabajo, no menor, de dar a conocer el fruto de sus investigaciones por el territorio nacional a través de la respectiva publicación, la cual, como sabemos, incluyó la primera historia nacional del país.

LA HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE

De acuerdo con su propio testimonio, Gay había elegido Chile como teatro de sus investigaciones “no solamente por la riqueza de su suelo y la variedad de su clima, sino también porque era un país desconocido absolutamente a los naturalistas”²⁵.

Sus afirmaciones tenían fundamento pues, si bien más de una expedición de carácter científico había arribado al territorio de la gobernación durante la Colonia, la más importante de ellas la encabezada por Alejandro Malaspina entre 1789 y 1794, lo cierto es que a comienzos de la década de 1830 los resultados de sus observaciones permanecían casi absolutamente inéditos y desconocidos para los científicos europeos. Contribuía al desconocimiento de Chile el que expediciones como la de Alexander von Humboldt, que gracias a sus publicaciones difundió notablemente la realidad natural y cultural de una importante porción del continente americano, no alcanzaron esta región. Por otra parte, Charles Darwin, que en los años de 1830 visitó y recorrió el país, tuvo objetivos muy diferentes de los que Gay se propuso, como lo demuestran los trabajos que ejecutó luego de su viaje en el *Beagle*.

Concluida la etapa de la investigación en terreno, que implicó también la prospección del material documental existente en los archivos públicos y en los privados, donde revisó, tomó nota o hizo copiar las piezas que le interesaban, para luego estudiarlas e informarse convenientemente de su contenido, Gay inició las tareas destinadas a publicar el fruto de sus años de trabajo. Antes de volver a Francia, permaneció en Chile cerca de dos años trabajando en reunir todavía más información sobre el país, clasificando y distribuyendo los objetos que había recolectado

²⁴ No debe olvidarse que a Claudio Gay se debe también la organización del Museo de Historia Natural, del que fue su primer director, y al cual se destinaron las colecciones que su trabajo proporcionó, así como los objetos y especies que periódicamente hizo llegar desde Europa una vez de regreso en Francia.

²⁵ Véase el texto de julio de 1830 en que ofrece sus servicios al gobierno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 88. Lo que en 1830 no sabía era que la historia civil de Chile también era ignorada, no sólo por los extranjeros, también por los propios chilenos, y que sería él quién también llenaría este vacío.



Mariano Egaña (1793-1846), jurista, político y destacado hombre público, en su calidad de Ministro de Culto e Instrucción pública del presidente José Joaquín Prieto, alentó a Claudio Gay a escribir la historia política de Chile. memoriachilena.cl

y ocupado en arreglar el Museo de Historia Natural que había creado. Fue en esa época, además, que redactó el *Prospecto* de su *Historia física y política de Chile*, que se publicó en *El Araucano* del 29 de enero de 1841²⁶.

En él, junto con resumir las tareas científicas emprendidas bajo el auspicio del gobierno, defendía la edición que proponía tanto por el provecho que ella prestaría, como por la urgencia de dar a conocer el fruto de su quehacer científico para ventaja de los propios habitantes de Chile. Años después, y en correspondencia al ministro de Instrucción Pública fechada en París el 15 de junio de 1848, confesó que

“confiado en las promesas del gobierno francés de ayudarme en los gastos de la publicación, sólo se había decidido a publicar el *Prospecto* de su texto cuando varios chilenos movidos por un sentimiento de patriotismo, me aconsejaron hacerlo argumentando que encontraría en Chile un número de suscriptores suficiente para cubrir los gastos de una edición en español, y que sería una vergüenza para el país que se le publicase en otro idioma siendo la empresa tan eminentemente nacional”²⁷.

²⁶ El texto del *Prospecto*, como tantos otros debidos a la pluma de Gay, se encuentra reproducido en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 274-283.

²⁷ El texto de la carta en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 134-137.

En su propuesta, el naturalista explicaba que editaría su obra sobre Chile dividida en varias secciones, a saber: la flora, la fauna, la minería y geología, la física terrestre y meteorológica, la estadística, la geografía, la historia y las costumbres y usos de los araucanos. Todas estas materias se editarían en cuadernillos o fascículos de 136 páginas, de tal modo que cada cuatro se iría formando un volumen. Pero el plan no se limitaba sólo a la identificación y descripción de las especies y objetos recolectados y a la elaboración de los estudios realizados según su idea original. El sabio francés tuvo clara noción de la necesidad de acompañar sus textos de “una gran cantidad de láminas iluminadas”, no sólo de los animales, plantas y restos que el mundo natural le proporcionaría; también, “con láminas de vistas, vestuarios y planos de las principales ciudades”, es decir, con dibujos que ilustrarían la sociedad y sus habitantes.

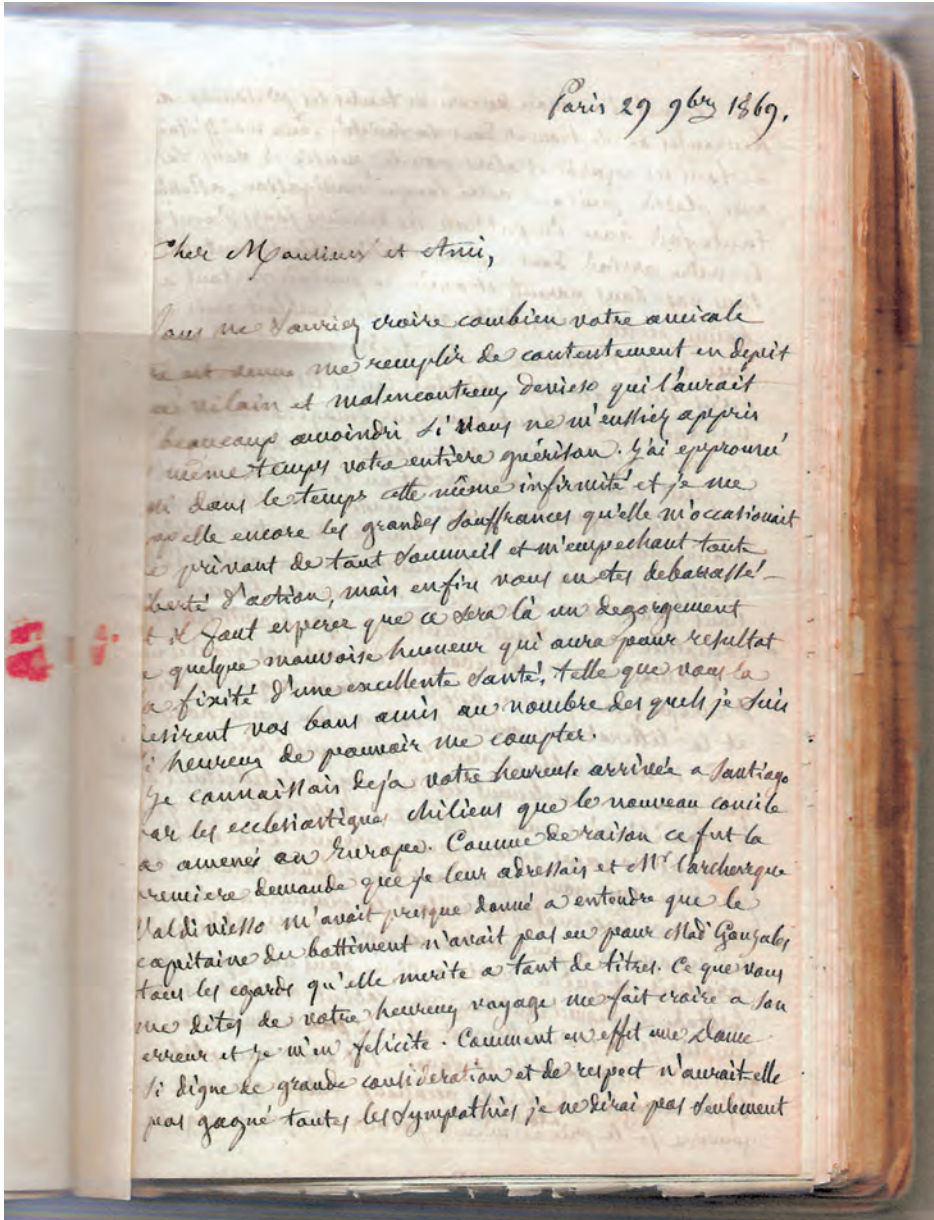
Instalado en París en octubre de 1842, inició la tarea destinada a dar a la prensa su trabajo. Junto con informar a la Academia de Ciencias y a la Sociedad de Geografía acerca de sus exploraciones y de sus planes de publicación de sus investigaciones sobre Chile, se ocupó de buscar los colaboradores para la redacción de su *Historia*, tarea que le demandó muchas diligencias y no pocas fatigas en virtud de la escasez de recursos.

En enero de 1843, en carta dirigida al entonces ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt, Gay informaba sobre la imposibilidad de obtener financiamiento del Estado francés para imprimir su obra, concluyendo que sólo podrá contar con los “únicos recursos de Chile”. Ellos sólo provendrían de las suscripciones que había logrado levantar luego de publicar su *Prospecto*. Gay sumaba no más de “800 o 900 suscripciones”, entre las cuales se contaban las tomadas por el Estado²⁸. En efecto, la confianza que el trabajo emprendido por Gay daba al gobierno de Chile, además de la inversión ya realizada en sus investigaciones, llevó a la firma de un contrato entre ambos por el cual el Estado se comprometió a adquirir cuatrocientos ejemplares de la obra, especificándose que del total, “200 serán con láminas iluminadas [coloreadas], 50 de lujo y 150 serán con láminas negras”²⁹.

En diciembre de 1843 Gay pudo disponer de textos y láminas para iniciar la impresión de la primera entrega de su *Historia* cuyo primer cuadernillo, con 130 páginas, salió de la imprenta en marzo de 1844. En agosto siguiente llegaron a Chile los primeros pliegos de la obra que era esperada con ansiedad, tanto por los suscriptores como por el gobierno. En esta primera entrega el sabio abordaba

²⁸ Además de los destinados a las bibliotecas y a los establecimientos educacionales públicos, los ejemplares que el gobierno adquirió entonces fueron utilizados para difundir el conocimiento sobre Chile en el mundo. Por ejemplo, se entregó a comisiones científicas que, ocasionalmente, arribaban al país y que luego los depositaban en las bibliotecas de sus países de origen. Así lo demuestra la carta de agradecimiento que la Dirección de la Academia Imperial de Ciencias de Viena dirigió al Presidente de la República de Chile el 28 de octubre de 1868. En ella se acusa recibo y se ponderan los ejemplares de la obra de Gay que los miembros científicos de la fragata *Novara*, de paso por Chile en 1859, habían llevado al Imperio de Austria.

²⁹ El texto del contrato de suscripción de la obra por parte del gobierno chileno, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 314-316.



Primera plana de una carta de Claudio Gay fechada en París en 1869.

la historia civil del país, desde la situación española previa al descubrimiento de América, hasta los comienzos de la conquista de Chile.

Superando los contratiempos, lenta pero sistemáticamente, venciendo todos los obstáculos que se le presentaron, entre 1844 y 1871 fueron apareciendo las sucesivas entregas que terminaron conformando una monumental obra de 28 tomos: ocho referidos a la historia, otros ocho a la botánica, también ocho para la zoología, dos de documentos históricos, y dos para la agricultura. Todos ellos, acompañados de dos tomos de láminas que constituyen el *Atlas*³⁰.

Las contrariedades, que fueron numerosas, no amilanaron a Gay que en numerosas ocasiones reiteró la importancia de su texto y su compromiso de concluirlo. En septiembre de 1845 se quejaba ante Manuel Montt del tiempo que le quitaba la revisión de los textos y traducciones de sus colaboradores, aunque, escribía, no le importaba y deseaba “ardientemente conducir a buen fin una obra que no puede sino hacerme mucho honor”, agregando: “ningún país de las dos américas, y aun de varias partes de Europa, podrán ofrecer una semejante”³¹. Años después, en agosto de 1850, insiste ante su protector que pese a lo contratiempos, él continuará poniendo todos sus esfuerzos “para terminar felizmente este gran trabajo, que si bien poco apreciado hoy, estoy seguro más tarde recibirá una aceptación más digna del trabajo y de las inquietudes que me da”³².



Al centro de la lámina “Entierro del cacique Cathiji”, que da cuenta de una ceremonia en la que Gay participó como testigo privilegiado, y de la cual también dejó un informe escrito, puede reconocerse la silueta del naturalista. *Atlas de la historia física y política de Chile*.

³⁰ De la *Historia...*, según se deduce de la información disponible, se tiraron 1.250 ejemplares, cuatrocientos para el gobierno chileno, y el resto para ser comercializadas por su autor.

³¹ El texto de la carta, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, pp. 74-83.

³² El texto de la carta, en *op. cit.*, t. II, pp. 113-116.

Como es conocido, y salvo por el interés y apoyo que constantemente recibió de Manuel Montt, por lo demás siempre inmerso en tareas de gobierno que lo absorbían, entre los chilenos Gay tuvo no pocos críticos, e incluso opositores a su obra cuando ésta comenzó a publicarse. Si al principio se le reprochó el estilo, luego fueron ciertas imprecisiones en la información y algunos errores en sus mapas, culminando las críticas con las quejas “por el atraso que he puesto en terminar mi obra”.



Boceto de Claudio Gay delineado en terreno. Más tarde sería utilizado para la composición, en París y por artistas, de la lámina de su *Atlas*, “Pinares de Nahuelbuta”. Archivo de la Société d’Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

Buscando una explicación para las contrariedades, el hombre de ciencia confesaba a su protector que tal vez “yo debiera haber pensado también un poco en el espíritu económico de los chilenos”, y haber publicado esta obra en una escala mucho más modesta, “no obstante la alta posición de Chile, que puede hoy marchar de frente con Brasil, México, Cuba, etc., cuyos gobiernos no han retrocedido ante los gastos de empresa semejante”³³.

Reflexionaba también sobre la alternativa de haber disminuido el volumen del trabajo y sólo haber publicado información sobre las especies más notables y útiles, y aun, sobre la posibilidad de haber dado a sus descripciones una forma sencillamente literaria, novelesca en ocasiones y siempre pintoresca. De esta forma, le aseguraba a Montt, “mi obra habría agradado momentáneamente, para ser dejada

³³ En carta a Manuel Montt fechada el 14 de noviembre de 1853. Véase Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, p. 124.

de mano más tarde, pero no importa, habría producido efecto, satisfaciendo todo lo que hubiera pedido una persona que no hubiera tenido en vista sino la especulación”. Reaccionando a sus propias palabras, y de paso mostrando el camino que debe seguir un verdadero estudioso, Claudio Gay le explica al presidente Montt que en lo que se refiere a él, le hubiera sido imposible obrar de una manera distinta a lo hecho pues, aclara, “habiendo reunido con solicitud y trabajo tantos materiales, he querido publicar un trabajo de valor permanente, y realizarlo tal como la ciencia lo exige, así como las necesidades del país”³⁴.

CLAUDIO GAY HISTORIADOR

Como se habrá advertido, en su propuesta original al gobierno chileno el naturalista no incluyó la preparación de una historia civil. En su ofrecimiento escribió que sólo trabajaría en una “Historia Natural, general y particular de la República de Chile”, que contendría “la descripción de casi todos los animales, vegetales y minerales de todo el territorio, con sus nombres vulgares, utilidades y localidades”³⁵. De hecho en los planes del científico no estaba la tarea de investigar el pasado de Chile y su única alusión a la historia en sentido clásico se encuentra cuando, refiriéndose a sus trabajos de geografía física y descriptiva, alude a que los mismos tendrán “consideraciones sobre la historia de las ciudades”.

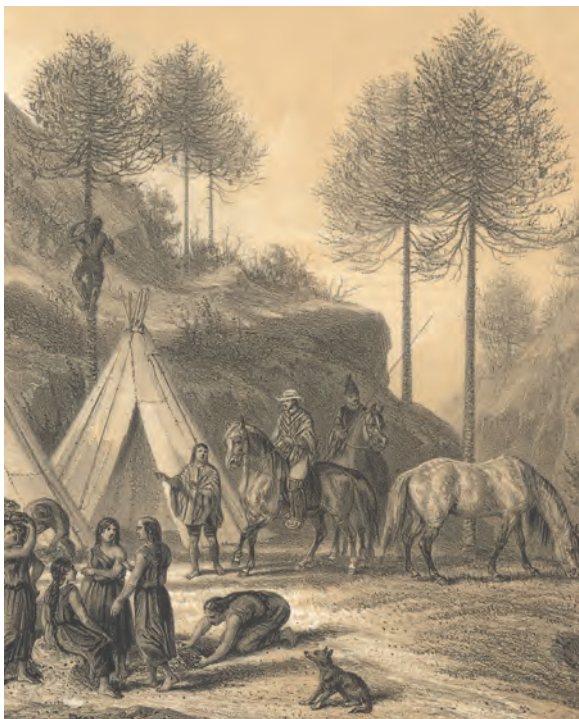
Sería el gobierno chileno, a través de su Ministro de Instrucción Pública, el que sugeriría a Gay la conveniencia de redactar una historia nacional que se incluyera en la magna obra que estaba preparando³⁶. El impulso vino de Mariano Egaña, y el momento en que éste se produjo puede ayudar a explicar la actitud del secretario de Estado pues fue en 1839, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido en el mes de enero de aquel año en el conflicto militar que lo había enfrentado contra Perú y Bolivia en la llamada, en Chile, Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Alentados por el éxito militar del “Ejército Restaurador” encabezado por el general Manuel Bulnes, y estimulados por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se desencadenó luego de la Batalla de Yungay que liquidó las aspiraciones del Mariscal Andrés de Santa Cruz, ánimo que se prolongaría durante prácticamente todo el año hasta que el 18 de diciembre de 1839 el general vencedor y sus tropas entraron en Santiago, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la república que había conquistado la

³⁴ Véase Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia de...*, *op. cit.*, p. 124.

³⁵ Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 88.

³⁶ Véase Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, pp. 10-11. Francisco Antonio Encina también atribuye a Egaña la acción para “comprometer al naturalista francés... a completar su ardua tarea con una historia civil de Chile”. Según este autor, sin embargo, la petición de Egaña fue hecha en 1838 y Gay comenzó a acumular los materiales en aquel año. Véase Francisco A. Encina, *Historia de Chile*, t. XI, p. 38 y t. XII p. 463.



Fragmento de la lámina “Los pinares de Nahuelbuta”, en *Atlas de la historia...*

gloria en los campos de batalla³⁷. Entonces, relata Diego Barros Arana, “el triunfo se celebraba en todas partes con un contento enloquecedor”. Para el historiador, explicando la reacción popular, y de paso ofreciendo antecedentes que explican la conducta de Egaña, “ni aún en los días gloriosos de la Independencia, la alegría nacional había tomado esas proporciones y esa espontaneidad, porque entonces una parte no pequeña de la población conservaba aun sus simpatías por la causa de España. Ahora, el triunfo reciente era celebrado en todos los hogares”³⁸.

El sentimiento patriótico que el triunfo de las armas chilenas fomentó vino a acrecentar la noción de comunidad que el terremoto del 20 febrero de 1835 también había permitido expresarse. Como antes, y en muchas ocasiones después, la catástrofe natural que destruyó numerosas poblaciones del centro sur del país tuvo el efecto de potenciar el sentido de pertenencia a una nación, entonces, en proceso de formación. Ambos eventos, el desastre telúrico y el militar glorioso, con su potencial unificador, además, producidos en una década marcada por el gobierno del omnipotente ministro Diego Portales que con su secuela de persecuciones y arbitrariedades, cuando no de crímenes, no había contribuido precisamente al clima

³⁷ A falta de fuentes de primera mano, deducimos nuestra interpretación de la información que ofrece Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 13-15.

³⁸ Diego Barros Arana, *Un decenio de la historia de Chile*, t. 1, p. 93.

de encuentro nacional³⁹. En este contexto, el triunfo de enero de 1839 no podía ser desaprovechado⁴⁰. La nación que se proyectaba hacia el futuro necesitaba de una historia que contribuyera a consolidarla.

Hasta entonces, pensaban sus autoridades, Chile no contaba con una historia concebida con criterio moderno, propio del siglo XIX que, alejada de las preocupaciones de naturaleza religiosa, narrara los sucesos después de haberlos confrontado con las fuentes. El ministro Egaña quería una historia que respirara sentido crítico, ajena a la incertidumbre, la leyenda, la imaginación y la tradición, y pensó que el único que entonces podía escribirla era, precisamente, el científico Claudio Gay. Muy probablemente el influyente Andrés Bello también estuvo tras esta aspiración de los gobernantes de la época. Así se deduce, entre otros antecedentes, de sus palabras una vez aparecida la obra de Gay, cuando resumió las necesidades que venía a llenar el trabajo de naturalista, entre las cuales estaban

“la historia de los estados erigidos en el Nuevo Mundo, desde su ocupación por la España hasta la revolución que les ha dado una existencia independiente; la política del gobierno que las tuvo tres siglos bajo su tutela; la naturaleza de los elementos con que se emprendió y llevó a cabo esa revolución; el carácter peculiar de ésta, injustamente calumniado por la parcialidad o la ignorancia; sus resultados, su porvenir... en la parte, no la menos gloriosa, que en este grandioso panorama toca a Chile”⁴¹.

La primera reacción de Gay a la petición que se le formuló refleja bien su formación como naturalista, pero también su visión eurocéntrica, pues preguntó a Egaña si acaso creía que el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no sólo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo al improvisado historiador, y creemos que el de la historiografía nacional, cuando escribió: “Ciertamente, ese aporte es algo. La civilización española se salvó en Chile de pasar a manos de los holandeses o de los ingleses en la época del filibusterismo. La guerra de Arauco durante casi tres siglos hirieron aquí de muerte el concepto imperial castellano al doblegar el orgullo de las armas españolas, que desde entonces perdieron fe en la invencibilidad. Después, fue en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de América: Chacabuco y Maipú. La expedición Libertadora del Perú hizo imposible la continuación del imperio español en este continente. Además, actualmente es Chile el único país organizado en estos momentos que existe en América, sometido a un régimen

³⁹ Existe consenso entre los estudiosos respecto de que luego de la muerte de Portales el gobierno depuso su política autoritaria, dictatorial, y dio paso a una de templanza y conciliación que, además, se potenció con el triunfo militar de 1839.

⁴⁰ Según Francisco A. Encina, “del campo de batalla de Yungay surgió, por primera vez desde la independencia, un vínculo que unió a todos los chilenos con un lazo común por encima de las discordias anteriores”. Véase Encina, *Historia...*, *op. cit.*, t. IX, p. 495.

⁴¹ La reseña de Bello se titula “Historia física y política de Chile por Claudio Gay”, entrega 1ª, y apareció en el diario oficial *El Araucano* el 6 de septiembre de 1844. Véase *Obras Completas de Andrés Bello*, t. XXIII, pp. 127-132.

político y respetuoso de su sistema republicano. Es, pues, algo de lo que Chile ha dado a la civilización europea”⁴².

Como se apreciará, la noción sobre la excepcional situación y trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las elites chilenas de la época aun antes que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad, del contexto local e internacional existente entonces y que éstas vivieron intensa y dramáticamente; como su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación lo habían demostrado. Pero también de la ponderación que el abate jesuita Ignacio de Molina había hecho de Chile en su leído *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, publicado en español en 1788, verdadero resumen de la conciencia criolla local, para la cual Chile, en palabras de Molina, era “el jardín de la América meridional, ...extendiéndose... mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles”⁴³.

Precisamente por todo lo anterior es que era preciso escribir una historia de Chile. Como Mariano Egaña se lo hizo saber a su amigo Claudio Gay, era “una necesidad nacional”, pues esa ponderación de la realidad natural y del pasado chileno, pero en especial de su ordenada evolución luego de la independencia, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. Gay tomó la recomendación del ministro Egaña como una verdadera orden, convenciéndose de que, en medio del precario nivel intelectual nacional, efectivamente era el único que entonces podía escribir una historia de Chile, poniendo ahora en ella el método y rigor que caracterizaba sus investigaciones en el ámbito de la historia natural. Debe haber contribuido a su decisión el que durante sus excursiones por el país, mucho antes de pensar siquiera en escribir una historia de Chile, y sólo llevado por su curiosidad y espíritu de investigador, tomara notas de sus conversaciones con toda clase de personas que podían ilustrarlo con sus informaciones y declaraciones sobre lo que habían visto u oído sobre el pasado chileno. Con esas anotaciones, que por lo demás se encuentran por cientos en su archivo, Gay terminará enriqueciendo su obra con las costumbres, el folclore, las creencias y supersticiones populares, la música, el canto, la comida y las fiestas locales, entre otros muchos elementos que no sólo aportan información histórica, antropológica o etnográfica, además, constituyen parte fundamental de la cultura nacional⁴⁴.

Por último, y como el propio Gay lo confesaría muchos años después de haber iniciado su obra histórica, a pesar de que la opción de escribir la historia civil se le presentó en momentos en que “todas mis tareas se encerraban en el estudio de las ciencias naturales y geográficas”, incidió en su decisión el consejo de los que llama “algunos grandes patriotas, a quienes se les figuró, por la naturaleza de la mayor

⁴² El texto es citado por Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 14-15.

⁴³ Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*, p. IV.

⁴⁴ El Archivo Claudio Gay, depositado en el Archivo Nacional de Chile, consta de 70 volúmenes de documentos de las materias más diversas, todos recopilados por el naturalista durante sus viajes y estudios en Chile.

parte de mis ocupaciones, que mis publicaciones serían nuevas para el país, y, por consiguiente, poco apreciadas, me animaron a añadirles una historia civil, con el objeto de darles un interés general que estuviese al alcance de la generalidad de lectores”⁴⁵. Esta declaración complementa, a la vez que muestra como Gay también construía una “historia” de su propia labor, los planteamientos que ofrece en el prólogo del tomo v de su *Historia*. Ahí afirma que finalmente se decidió por preparar la historia política al constatar “el sentimiento de admiración” que despertaron en él los “nobles y generosos hechos” de los patriotas durante sus “largos viajes por la república, cuando visitaba con respeto religioso los campos de batalla empapados aun de la sangre de tantas víctimas de la libertad chilena”. Situación que lo estimuló al contrastar este sentimiento contra “la especie de indiferencia” con que los chilenos de aquella generación dejaban de recoger y compulsar preciosos documentos para formar con ellos un cuerpo de historia, que sería un monumento de gloria y de justicia, y un verdadero cuadro nacional representando el heroísmo, la fuerza de alma y las virtudes cívicas de sus actores”⁴⁶. Como se apreciará, si no al principio, durante su larga ejecución, Gay tuvo plena conciencia de que su obra sobre Chile sería un instrumento de formación de la nación.

Tomada su determinación, el acopio de materiales, en este caso de documentación que buscó en archivos públicos y entre las familias protagonistas de la independencia, fue el primer paso dado por Gay para fundar su historia; el mismo que lo llevó al Perú en junio de 1839, aprovechando así la presencia chilena para revisar archivos y recopilar memorias, correspondencia, informes y crónicas en el antiguo virreinato del cual Chile había formado parte⁴⁷.

En su “Informe al ministro de instrucción pública sobre el viaje al Perú”, junto a las noticias concretas de su búsqueda de documentación relativa a la historia de Chile, Gay ofrece luces sobre su concepción de la historia y respecto de sus obligaciones como estudioso del pasado, las cuales tienen el valor de haber sido planteadas al comienzo de su trabajo como historiador y no como explicaciones *a posteriori* para justificar su obra y sus resultados.

La investigación sobre la base de la pesquisa y revisión de manuscritos originales es su gran preocupación, lamentando por ello muy sentidamente el incendio que en 1821 había consumido los archivos del virreinato, tanto como los saqueos que posteriormente habían sustraído del conocimiento de los historiadores los acervos documentales que se habían salvado del primer desastre. Especial preocupación mostró Gay por hacerse de documentos oficiales y de epistolarios de personalidades del gobierno colonial que le permitieran “aclarar” lo que llamaba “puntos importantes de la historia de Chile”. La compulsión de documentos, la obtención de estadísticas relativas a Chile o de noticias sobre los indios chilenos fueron también el centro de sus afanes como investigador.

⁴⁵ Estos conceptos en el prólogo del tomo v de la *Historia física y política de Chile, Historia*, publicado en 1849, p. xv y xvi.

⁴⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, pp. xiv y xv.

⁴⁷ El texto del informe mencionado, en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. ii, pp. 266-273.

Je vous remercie des details que vous me donnez sur
 les progrès toujours croissans d'un pays que j'ai tant
 de motifs a aimer et a m'interesser. Des nos amis
 dans laph Larrain n'en avoit parle avec un grand
 contentement de satisfaction ce qui me fait regretter
 de n'être pas témoin visuel de ce bien etre general.
 Ce que je regrette le plus dans ma vieillesse est de
 desespérer de revoir votre beau pays que j'ai tant aimé
 et tant étudié. Avant d'avoir de part pour Notre Mont.
 l'evêque Salas me disoit que si a son retour la
 France étoit dans la terreur dont la bourgeoisie
 nous menace il m'enleveroit pour m'amener dans
 ma seconde patrie et je vous assure qu'il n'auroit
 pas grande peine tant j'ai plus de confiance a l'amitié
 d'un homme qu'à l'amitié française bien que trois ou
 quatre jours je de ne en cérémonie de ~~demain~~ chez
 ces magnats de fortune et de plaisir. Sans toute la
 journée dans la solitude de mon cabinet j'ai besoin de
 faire de grandes lectures d'histoire et d'art pour ce motif
 que je me rends a ces devoirs ce qui ne conviendrait guere
 a un gendre qui aspirent a une amitié de cour et non de bouche.
 Je me recommande toujours a vous d'accord
 avec les amis Domeico et deuy. Vicuña pour les publications
 qui se font a Santiago de concepte du 17^{me} de Juin. Depuis 1766
 je n'ai plus reçu ni les memoires des Ministres, les ballets, les
 festivals de los camaros, les annales de l'Université, la statistique
 etc etc etc. A cette époque on fit un envoi a l'Institut de France
 et par une singulière confusion on lui a envoyé les papiers
 qui m'étoient destinés. Aussi pour les historiens de Chile la
 bibliothèque de l'Institut possede l'ouvrage d'Oliveros jusqu'a la
 page 256 et moi le restant il en est de même du Continente Felix
 dont je ne possède que depuis la page 321, les cahiers precedents
 de trouvant également a l'Institut. Il ne manque aussi les cartes publiées
 par
 Je n'ai pas besoin de vous dire Cher Monsieur et excellent
 ami que je suis entièrement a votre disposition et que je vous en
 fais sans vouloir m'occuper en quoi que ce soit. En attendant croyez a ma
 vive amitié et respectueux, mais de continuer la votre dans toute votre
 Mais hommages tres respectueux a Madame Gauspary et un bon abrès a la douce
 et intelligente Mercedes et a vos jeunes fils que j'espère bientôt connaître
 a votre très dévoué partisan et ami Gay

Mais l'avis amical a nos amis M. de Babelot, M. de Montigny, M. de Jaurès, M. de Vieux, M. de Mont, et de tous les personnes qui se rappellent de moi.

Manuscrito autógrafo de Claudio Gay.

Interés mostró también por acopiar noticias sobre la que llama “historia de la independencia”, para lo cual tuvo la fortuna de dar con epistolarios de autoridades monárquicas de la época de las luchas militares entre patriotas y realistas, los cuales demostraban, como Egaña se lo había señalado, la trascendencia de la batalla de Maipú sobre la suerte de América y las naciones que surgieron como consecuencia de la gesta libertaria. Ya entonces Gay pudo concluir, como lo expresa en su informe, respecto de la “parte activa y decisiva” que le cupo a Chile, valorando así a una sociedad que hasta ese momento sólo se había mirado “como una parte integrante del Perú o como una de sus lejanas provincias”. Ponderando los testimonios, en un rasgo que le fue característico, agregó que “tal vez el amor propio de ciertos pueblos no querrá reconocer esta gran influencia, pero será siempre confesada por las correspondencias de personajes que por su posición y sus opiniones no pueden sino merecer plena y completa confianza de parte del historiador imparcial”. Estas y otras informaciones, como por ejemplo las que sus conversaciones con Bernardo O’Higgins le procuraron, formaban para Gay “la base de una buena historia de esa brillante época de la independencia”, sin duda ya, y aun antes de comenzar a escribir su obra, el punto culminante de la misma.

De este modo, el naturalista convertido en historiador debido a las urgencias del Estado nación para el cual prestaba sus servicios, hizo saber que su método sería el propio del positivismo, es decir la recopilación y crítica de los documentos que acopiaba, los cuales le servirían de material para la elaboración y redacción de su obra luego de un esfuerzo desapasionado por establecer los hechos. Así, y como se ha establecido, “Gay tuvo el mérito de señalar una orientación metodológica para el cultivo de la historia”, estableciendo que antes de emprender una síntesis o una interpretación filosófica del pasado, era preciso realizar el esfuerzo de investigación, acopio de documentos, catalogación de archivos y elaboración de monografías, entre otros requisitos para llegar a un adecuado conocimiento de los hechos⁴⁸.

La defensa que años después hizo de su obra, a propósito de algunas críticas que se dejaron oír luego de la aparición de la parte histórica, confirman lo que afirmamos. En septiembre de 1845 escribió, dirigiéndose al entonces Ministro de Instrucción Pública, Manuel Montt:

“me reprochan escribir más bien una crónica que una verdadera historia, y agregan que no conozco bastante la filosofía de esta ciencia [la historia] para ser capaz de publicar una buena obra. Sin duda, me gustan mucho esas brillantes teorías engendradas por la escuela moderna... Pero antes de ahondar esta clase de materias, los señores periodistas debieran preguntarse si la bibliografía americana, y en particular la de Chile, ha avanzado bastante como para suministrar los materiales necesarios para este gran cuadro de conjunto y de crítica”⁴⁹.

⁴⁸ Sergio Villalobos R., *Historia del pueblo chileno*, p. 11.

⁴⁹ La carta de Gay a Montt en Feliú Cruz y Stuardo Ortiz, *Correspondencia...*, op. cit., pp. 74-83.

Aludiendo a los europeos que se le señalaban como ejemplo, advertía que quienes se ocupaban de los cuadros de conjunto, “dejándose llevar por su sola imaginación, por su solo genio”, actuaban sobre la base de “millares de memorias particulares, trabajadas con el cuidado más tenaz por monografistas tan pacientes como concienzudos”, inexistentes en el Chile de entonces. De ahí que, continuaba, “querer obrar de esta manera para la historia de Chile sería querer principiar por donde se debe terminar, querer dogmatizar en un plano calculado sobre el de otras naciones acerca de los acontecimientos más oscuros y los menos conocidos”. Considerando que en Chile los hechos de su pasado no habían sido discutidos ni comentados, y que “se han adoptado de buena fe y sin crítica los resúmenes que por copia han sucedido hasta nosotros” preguntaba, “¿y es con esa clase de materiales con que se querría escribir una historia de Chile fundada en los preceptos de la escuela filosófica moderna?”. Su respuesta no debe extrañar: “No sé si me engañe, pero me parece que esa clase de trabajos, por otra parte siempre útiles, no pueden en el estado actual de nuestro conocimiento del país formar parte de una obra seria”. Para Gay la “historia era una ciencia de hechos, tal como han ocurrido”, los cuales se determinaban a partir de los documentos; en su concepto, “los únicos capaces de darnos resultados satisfactorios” si se buscaba, como se le había pedido, elaborar una historia mucho más “completa que la de mis antecesores”.

En este aspecto, la obra histórica del naturalista correspondía más o menos exactamente con lo que en su época se consideraba un buen trabajo historiográfico. Como se ha afirmado, “el escribir basándose estrictamente en fuentes originales era para aquel entonces algo enteramente nuevo”, y Gay lo hizo⁵⁰. Obviando las diferencias, en especial en orden al estilo literario de las mismas, el texto de francés estaba concebido con los mismos principios que la obra del norteamericano William Prescott *Historia de la conquista del Perú*, la cual en Chile fue muy ponderada por Andrés Bello que, también, había valorado los primeros tomos de la *Historia* de Gay⁵¹.

Éste trasladó al estudio del pasado nacional las tareas propias del método científico, las mismas que había repetido una y otra vez durante sus exploraciones por el territorio nacional. Para escribir su historia reemplazó los años de herborizaciones, acopio de muestras, mediciones, recolección de restos, observaciones y descripciones minuciosas sobre el terreno, por la revisión de archivos, la búsqueda y compulsión de manuscritos, el cotejo de documentos y las entrevistas con contemporáneos y protagonistas de los procesos que marcaron su época. Toda la información recopilada y seleccionada, sometida a una rigurosa crítica, permitió al sabio, como lo señala en el prólogo de su *Historia*, escapar de toda especulación,

⁵⁰ La cita en Donald H. Cooper, “Claudio Gay, científico e historiador”, p. 243. Sobre los modelos historiográficos europeos entonces vigentes, véase Cristian Gazmuri R., *La historiografía chilena (1842-1970)*, pp. 52-54.

⁵¹ Guillermo Feliú Cruz, en su *Historiografía colonial de Chile*, pp. 52-53, compara la obra de Gay con la de Prescott. Para apreciar el trabajo historiográfico de Prescott, véase el documentado libro de Iván Jaksic, *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*.

determinar los hechos que constituían la historia de Chile, desechar los sucesos inverosímiles y corregir las interpretaciones ligeras, satisfaciendo así “las esperanzas que el patriotismo chileno ha puesto en esta obra”⁵².

LA HISTORIA DE CHILE

En la parte propiamente histórica de su monumental obra, Gay abordó el pasado chileno desde los primeros momentos de la dominación española en Chile, hasta el cambio de década entre la de 1820 y 1830, momento culminante del proceso de organización nacional que sucedió a la Independencia.

Pero Gay no sólo puso límites temporales a su *Historia*, también territoriales, pues con su quehacer también definió el espacio nacional, sustrayéndolo a la visión geográfica continental prevaleciente hasta 1810. El naturalista geógrafo marcó el territorio donde se desenvolvería la “historia de Chile”, favoreciendo de paso el carácter centralista y capitalino de la historiografía nacional al haber identificado el llano central, cuyo centro es Santiago, como el ámbito característico de desenvolvimiento de la sociedad chilena. En este sentido, la historia de Chile, como la de muchos otros estados en América Latina, también es fruto de la materialización de un espacio, un territorio, una unidad geográfica identificable gracias a sabios como Gay, y, por tanto, necesitada de un pasado que la legitimara y dotará de contenido histórico.

El primer mérito de la *Historia* de Gay es que al momento de publicar su obra, nadie había emprendido la historia completa de las centurias coloniales, y menos, abordado la etapa republicana de Chile. Para el periodo colonial, el texto tenía el valor de haber sistematizado el conocimiento que se tenía sobre la época, sometido a crítica las crónicas coloniales y, esencial, haber utilizado una gran cantidad de documentos que, como la correspondencia del conquistador Pedro de Valdivia, permanecía absolutamente desconocida para los estudiosos del pasado de Chile. En este plano, se ha juzgado que en general Gay “había acometido un trabajo serio, profundo, investigado en fuentes inéditas de primera mano, y expuesto con método y claridad el asunto”. Más todavía, que había percibido que las crónicas no eran las únicas fuentes a que debía recurrirse para hacer una historia verdadera con criterio científico, comprendiendo que “sólo en la compulsión de documentos era posible fijar la exactitud o certidumbre del conocimiento histórico”⁵³.

En los tomos I a IV de la *Historia* los chilenos conocieron por primera vez y de manera sistemática, completa y acabada, su pasado colonial. Ahí estaba el cuadro histórico de las alternativas de una sociedad a la que, se deduce de la lectura de la obra, las adversidades habían desafiado una y otra vez, imponiéndole sacrificios tremendos que ésta había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo el “acontecer infausto”, característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas

⁵² Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, pp. V-XVI.

⁵³ Feliú Cruz, *Conversaciones...*, *op. cit.*, pp. 65 y 73.

distintivas, y motivo de orgullo, de la nueva nación. Tanto como la idea de la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propias de los habitantes de Chile. Así, por ejemplo, refiriendo las alternativas de la expedición de Diego de Almagro y su encuentro violento con los indígenas del norte, anima el relato concluyendo: “estas fueron las primicias de la sangre chilena y española que regó aquella tierra de libertad, aquel suelo de probado valor y exquisito heroísmo”⁵⁴.



Dibujo autógrafo de Claudio Gay del puerto de Talcahuano. Durante sus excursiones por el territorio nacional, el naturalista tomó apuntes que más tarde aprovecharía para componer su monumental obra. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

En contraste con la época de libertad que se vivía luego de la independencia, la obra del naturalista, como después la de los historiadores clásicos del siglo XIX, muestra el periodo colonial como una etapa de usurpación, desfavorable para los americanos, tanto como para sostener, como lo hace en el último tomo que dedica a ella que: “hasta ahora, la historia del reino de Chile ha sido puramente la historia de su infancia y de los males infinitos, increíbles que ha tenido que resistir para hacerse adulto, fuerte y capaz de existir por sí solo”, profetizando que en razón de todos los elementos de su creación y de su naturaleza, Chile estaba destinado a “su duración futura o su perpetuidad de existencia”⁵⁵.

⁵⁴ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. I, p. 113.

⁵⁵ *Op. cit.*, t. IV, p. 5.

En conceptos que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, y que muestran elocuentemente el propósito esencial de su texto, el naturalista, luego de completar el relato de la época colonial, concluía que

“el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos; en la unanimidad de sus miras; en la probidad y celo de sus administradores; en la perseverancia heroica de unos y de los otros en luchas contra adversidades que hubieran podido desanimarlos mil veces por una, mil veces que los hallaron sin el menor auxilio para contrarrestarlas, abandonados a sí mismos y al sólo impulso de sus brazos y de sus corazones; y, en fin, en la noble ambición de ilustrarse ansiando, pretendiendo y obteniendo a fuerza de constancia y de una conducta política fundada esencialmente en los más escrupulosos principios de honradez, los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado”⁵⁶.

En el resto de la sección histórica, en especial en los tomos V y VI, Gay aborda la Independencia, periodo al cual prestó especial dedicación en virtud del interés con que esta sección era esperada, precisamente por, en sus palabras, “ser la revolución chilena, sin disputa, la parte más noble, la más importante y la más gloriosa de su historia”. En este contexto, el autor la presentaba como “emblema del gran movimiento social que ha sacado al país de sus pañales y le ha hecho crecer de repente, comunicándole bastante fuerza para conquistar su nacionalidad, que el egoísmo le había negado hasta entonces”⁵⁷. Aun antes de escribirla, la historia de la nación chilena había sido trazada por sus elites, cuando encargaron su obra a Gay, y por éste cuando concluye el último tomo dedicado a la colonia, ahí se lee en el último párrafo:

“A la gloria de la conquista mas portentosa de cuantas se leen en historia alguna, gloria a la cual sería inútil buscar un parangón, los Chilenos han añadido la de la perseverancia más heroica en formar solos una grande y noble nación, solos, luchando contra resistencias internas y contra envidias extrañas; luchando contra los hombres y contra los elementos, sin haber desmayado nunca, y la civilización, y el mundo entero, y el cristianismo, les deben gracias y alabanzas que, a la verdad, la civilización y la religión mismas, lejos de negárselas, les tributan alta y universalmente”⁵⁸.

Como se comprenderá, la historia de la independencia y los primeros años de vida republicana, narrados en los tomos VII y VIII, y en especial el papel de sus actores, fue apreciado por la elite chilena prácticamente como una crónica de su pasado, muchos de cuyos miembros ofrecieron su testimonio en calidad de protagonistas de la que Gay califica como la etapa más “gloriosa” del pasado nacional.

⁵⁶ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 4-5.

⁵⁷ *Op. cit.*, t. V, p. V.

⁵⁸ *Op. cit.*, t. IV, p. 498.

El naturalista, sin duda atento a la reacción del grupo gobernante que le había encargado la “historia de Chile”, dado las facilidades para su ejecución, financiado sus trabajos y prestado declaración, se sintió comprometido con ellos⁵⁹.

Pero también con una realidad que para el científico, conservador en materias políticas, resultaba evidente. Por ello en 1849, en el prólogo del tomo v de su obra, y a propósito de la trayectoria de la joven república, señaló que “mientras sus vecinas gimen aun bajo el azote de la anarquía, Chile, fuerte y tranquilo, prosigue en su alta misión, esparciendo en los diferentes ramos de la prosperidad social las mejoras morales y materiales que parecen emanar directamente de un poder superior y absoluto”⁶⁰. Para la obra de la elite no escatima elogios “sería difícil hallar un país en donde los que mandan hayan abusado menos de su poder y autoridad”; valorando que “animados, al contrario, de las mejores intenciones, e imbuidos de la más escrupulosa probidad, se han entregado constantemente al servicio público”. De ahí que no fuera casual que la revolución en Chile “aparezca coronada de una aureola de gloria que, muy ciertamente, debe lisonjear sobre manera el amor propio de los habitantes”⁶¹.

Por lo anterior, y por su formación científica, es que Gay narró, narró y narró hechos y hechos. Evitó los juicios y los pronunciamientos, en especial si éstos debían caer sobre individuos. Lo dicho se aprecia en el tono general de su obra, como en los calificativos que aplica a determinados periodos históricos y grupos de la sociedad. Esta característica, también, aunque más moderadamente, fue seguida más tarde por Diego Barros Arana en su *Historia general de Chile* que, en 16 volúmenes, fue publicada entre 1884 y 1902.

Todo lo dicho reviste gran importancia en razón de algunas de las notas distintivas de la historiografía chilena en tanto historia aristocratizante, elitista, capitalina, política y, esencialmente, triunfalista; en el sentido de la valoración que corrientemente se ha hecho de la trayectoria nacional que, normalmente, se ha presentado como responsabilidad prácticamente exclusiva de las elites nacionales⁶². En rigor, se ha confundido la historia de la elite con la historia de Chile, siendo ésta una forma de legitimación de la preeminencia como sector social de la primera. Sin duda Gay contribuyó también a esta noción al privilegiar, y no podía ser de otro modo dado la época en que escribió, el documento como materia prima de la historia. La base de su obra histórica fue el testimonio oficial, sellado y firmado, aquél que

⁵⁹ Según Barros Arana, Gay “no quería herir las susceptibilidades de los descendientes de los personajes cuyos hechos narra”. Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401.

⁶⁰ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. v, p. XIII.

⁶¹ *Op. cit.*, t. v, pp. XII y XIII.

⁶² Sin duda, desde sus orígenes, la historiografía chilena ha sido poco analítica, también en el sentido de crítica, respecto del pasado nacional y del papel de los grupos dominantes en el mismo. Las condiciones en que nació, las características de sus cultores, tanto como la necesidad de contribuir a la consolidación de la nación a través de una historia edificante y heroica que insuflara espíritu patriótico, explican el tono de la mayor parte de ella; cuando no la especie de “censura” que impidió una historia menos complaciente debido a que podía poner en cuestión la que se sostenía era la obra de las elites nacionales, es decir, la organización republicana y la consolidación nacional.

esencialmente emanaba de los agentes del Estado, de los gobernantes que, mayoritariamente pertenecían a la elite.

Resultado de todo lo anterior, en el siglo XIX la elite chilena no sólo dominaba el presente, además, protagonizaba el pasado de la nación, su obra, que a través de la construcción de su historiografía ayudaba a consolidar. De este modo no es casual que Gay escribiera que para la historia de la independencia, además de los documentos, se sirvió de “repetidas conversaciones que he tenido con testigos de la revolución”, y que en definitiva advirtiera que la historia de esa etapa, “en resumen y en general, será un registro de sus nobles y brillantes hechos”⁶³. Sobra señalar que la historiografía clásica chilena siguió muy de cerca esta idea de la historia, como las obras de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui lo demuestran. El método positivista, la crónica política y militar y el protagonismo de los personajes de gobierno es lo que caracteriza la obra de estos autores, haciendo de la trayectoria de las elites y de sus logros, la historia de Chile. Como se comprenderá, el que hasta bien entrado el siglo XX los cultores de la historia nacional fueran, precisamente, miembros de lo que tradicionalmente se ha considerado elite chilena, contribuyó también a prolongar esta concepción de la historia. Ellos escribieron sobre el grupo al que pertenecían por razones vinculadas a su condición social y su ideología política, o relacionadas con los desafíos de la época en que vivieron. Aunque también porque entonces, la historia, la historia verdadera, como estudiosos como Gay lo habían demostrado, era la de los grupos en el poder⁶⁴.

En la época, la ponderación de los tomos referidos a la independencia fue, en general, positiva. Al decir de Diego Barros Arana, en una muestra decisiva de que el método y concepción de Gay habían calado hondamente en los historiadores clásicos, “los sucesos están distribuidos con método y contados con claridad: hay allí investigación propia, confrontación de autoridades y noticias importantes que en vano se buscarían en otros libros y que Gay había recogido de boca de los mismos autores”⁶⁵.

Numerosas y diversas son las evaluaciones que se han hecho de la sección histórica de su obra, tanto por sus contemporáneos como por críticos posteriores⁶⁶. Sin

⁶³ Las palabras del naturalista en el prólogo de los tomos dedicados a la independencia. Véase Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, t. V, p. XXI.

⁶⁴ Para una caracterización de la historiografía chilena decimonónica en relación a este punto, véase Rafael Sagredo Baeza, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, pp. 103-107.

⁶⁵ Barros Arana, *Don Claudio...*, *op. cit.*, p. 401-402. Los textos de Barros Arana sobre Gay y su obra datan de 1875.

⁶⁶ A nuestro juicio, los trabajos de Cooper, *op. cit.*; Francisco A. Encina, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena” y Guillermo Feliú Cruz, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873*, son los que más rigurosa y certeramente han analizado la obra historiográfica de Gay, destacando sus méritos y explicando sus falencias.

Para la historia contemporánea de la historiografía, el interés por la obra de Gay recae esencialmente en lo relativo a al método positivista, narrativo y crítico que más tarde sería seguido por los llamados “historiadores clásicos”, por ejemplo, véanse Villalobos R., *op. cit.* y Gazmuri R., *op. cit.* En la perspectiva de la historia de la ciencia, pueden consultarse los trabajos de Zenobio Saldivia Maldo-



Fotografía de Diego Barros Arana (1830-1907), autor de la *Historia general de Chile* publicada entre 1884 y 1902, la máxima expresión de la escuela historiográfica positivista nacional, continuadora, por su método e intención, de la obra iniciada por Claudio Gay. Biblioteca Nacional de Chile.

embargo, y más allá de los errores fácticos puntuales que se le han reprochado, el mal uso de algunos de los materiales que recopiló, el escaso vuelo interpretativo del trabajo, lo precipitada que resulta en ocasiones, la falta de equilibrio en la composición, la cruda redacción de muchas de sus partes e, incluso, el que el propio Gay, luego de visitar los archivos, señalara que ella no tenía gran valor como conocimiento histórico pues muchos documentos la contradecían, lo cierto es que el texto resulta esencial en tanto ofreció la primera visión de conjunto del pasado de Chile, transformándose así en un instrumento esencial en el proceso de conformación de la nación. Ahí está su verdadero mérito.

En la que llamó historia física de Chile, Claudio Gay abordó esencialmente la descripción de la flora y fauna de Chile bajo los rótulos de botánica y zoología, destinando 8 volúmenes a cada una de las secciones de esta parte de su texto, ofreciendo lo que consideraba “el catálogo más completo de las especies que habitan esta gran república”⁶⁷. Con ellos pretendía llenar los vacíos que sobre estas materias existían en las obras que, como las de Molina y Ruiz y Pavón, habían antecedido a la suya; pero también, y esencialmente, publicar una obra “de entera utilidad para los americanos, y sobre todos para los chilenos”, que ahora contarían con una

nado, *La ciencia en Chile decimonónico* y *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, pero también el de Mario Berríos C. y Zenobio Valdivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.

⁶⁷ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, Zoología, t. 1, p. 6.

flora y fauna que les permitiría conocer a fondo nociones de “gran provecho para la moral, para la industria, y para la pública felicidad”⁶⁸.

En la historia natural Chile también sobresalía pues, como Gay lo explicaba, tenía un carácter particular derivado de las barreras naturales que cerraban todo su contorno, transformándolo en una “región enteramente natural”. “De ahí nace, explica, el que sean exclusivamente de ese país muchos de los productos naturales, y hay géneros particulares, que con todo de contar con numerosas especies, allí se encuentran concentrados por no haber podido salvar las imponentes barreras que los guardan”⁶⁹. En lo que desde Pedro de Valdivia en adelante constituye un verdadero estereotipo o lugar común, el naturalista francés también señalaba el clima como otra cualidad propia del territorio nacional. De este modo, calificativos como el de “hermoso” o “delicioso” país que aplicó a Chile no nos deben sorprender si consideramos que su objeto de estudio constituía un espacio natural de una “prodigiosa feracidad” que él, el científico, daba a conocer ofreciendo una acabada descripción de sus especies vegetales y animales.

Gay consideró pertinente ofrecer una descripción muy lata de las familias, de los géneros y después de las especies que estudió, tanto como de sus rasgos distintivos, las características de su ambiente natural y los límites extremos de su hábitat. Pero también, cuando correspondía, nociones respecto de las virtudes medicinales de algunos vegetales, como del empleo y utilidad que se les podía dar a determinadas especies en los diferentes ramos de la industria nacional. Por último, pero no menos importante en razón de su efectos sobre la noción de lo chileno, “deseando que fácilmente se llegue al conocimiento de las especies”, entregó a los pintores la responsabilidad de grabar las láminas con las imágenes de plantas y animales.

Para justificar la inclusión las láminas que terminaron formando el *Atlas*, en el *Prospecto* de su trabajo Gay explicó que una obra como la suya “no puede carecer de estampas, indispensablemente necesarias para que se entienda la explicación de ciertos fenómenos y para facilitar el estudio de todo cuanto concierne a la geografía y a la historia natural”. Por ello informa:

“desde el momento en que arrostré la empresa sentí la necesidad de una colección semejante y, bien que mis numerosas ocupaciones consumieron casi todo mi tiempo, no he dejado por eso de dibujar los objetos vivos, principalmente aquellos que no era posible conservar con sus caracteres peculiares de forma y colorido”⁷⁰.

Las estampas, que cubren aspectos históricos, culturales y geográficos, además de reproducir especies de los mundos animal, vegetal y mineral, fueron preparadas por Gay por considerarlas indispensables para facilitar la inteligencia y el estudio de la geografía y de la historia natural de Chile. De este modo, aunque ellas son parte integrante de su monumental *Historia*, lo cierto es que por sí mismas

⁶⁸ Gay, *Historia física...*, *op. cit.*, *Botánica*, t. I, pp. 15-16.

⁶⁹ *Op. cit.*, *Botánica*, t. I, p. 4.

⁷⁰ Véase el *Prospecto* en Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio...*, *op. cit.*, t. II, p. 282.

Preguntas que han de contestar los gobernadores departamentales, poniendo sus contestaciones en el blanco que se deja al frente o márgen de cada una de ellas.

Al Gobernador del Departamento de Carahmapu

1.ª ¿Cuáles son los límites del departamento al oriente, al poniente, al norte y al sur?

*Al oriente son las cordilleras de Atacama donde se divide con el departamento de Calbuco. Al Poniente playas de Carahmapu en la marina.
Al norte el río Maipo que corre en las montañas que van para Asuncion.
Al sur la costa que va para Calbuco y la abarca.*

2.ª ¿En qué lugares del departamento hai y cuantos Conventos.

No hai ninguno convento.

Iglesias.

Una en Carahmapu.

Capillas.

Una en Manillar.

Oratorios.

Ninguno.

Curas.

Uno.

Sotacuras.

Ninguno.

Clérigos.

Id.

Relijiosos y su órden?

Un religioso de la Merced que es el cura.

3.ª ¿Cuáles son las enfermedades mas comunes en el departamento?

Catarrhos crónicos dolores de estomago y resaca en tabacallos.

4.ª ¿Cuántos médicos o cirujanos hai?

Ningunos.

5.ª ¿Si hai algunas aguas minerales y en qué lugar?

Ningunas.

6.ª ¿Cuántos mendigos o pordioseros habrá poco mas o ménos?

Habran como doce o cabroca.

7.ª ¿Cuántos negros y negras?

Ningunos.

8.ª ¿Qué número de minas se trabajan?

Ningunas.

9.ª ¿Cuántas de cobre y con cuantas barras?

Id.

10.ª Cuántas de plata y con cuantas barras?

Id.

Questionario, verdadera encuesta, con las respuestas de la autoridad competente, que Claudio Gay entregaba para obtener información de cada una de las localidades que visitó durante sus exploraciones por el territorio nacional. Archivo de la Société d'Études Scientifiques et Archéologiques de Draguignan et du Var.

representan un testimonio de primer orden para el conocimiento de la evolución chilena. Ellas constituyen un elocuente repertorio de imágenes en las que está plasmado el Chile de las primeras décadas de la república, tanto en su realidad material, natural y cultural, como en la profundidad de las costumbres, mentalidad, valores y formas de ser que ellas reflejan.

A través de las láminas publicadas Gay ofrece una visión ilustrada, gráfica, del país. Una imagen que conforma un registro fundamental para la historia de la representación iconográfica de Chile en la etapa de su consolidación como nación. Es decir, cuando la noción sobre lo chileno estaba en gestación, tanto para los nacionales, como para los extranjeros ante los cuales Gay daba a conocer el país.

El *Atlas* de Gay ofreció por primera vez para Chile, y como nunca antes había ocurrido, la fuerza de la imagen como instrumento de divulgación. No sólo del conocimiento científico, también de la fisonomía y naturaleza de una sociedad que se da a conocer a través de la representación de sus modelos sociales, ambientes propios, tareas y diversiones características. Por ello es que en el contexto de la evolución republicana, el quehacer de Claudio Gay tiene el mérito de ser uno de los factores esenciales del proceso de conformación de una imagen de Chile.

Para la sociedad, y todavía por muchos años, el conjunto del trabajo de Gay constituyó, como lo valoró un periodico en 1863, un verdadero “monumento histórico y científico”, por el cual éste debía ser apreciado como “uno de los hombres que ha empeñado con más justos títulos la gratitud de la patria”⁷¹. Para otros, se trataba de un “célebre autor de la mejor historia de Chile que poseemos”⁷². Realidad que sólo comenzaría a cambiar en 1884 cuando apareció el tomo primero de la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.

LA OBRA DE CLAUDIO GAY EN LA ACTUALIDAD

El conocimiento y la divulgación de la obra desplegada por el naturalista hará posible apreciar el papel de los emprendedores y de los científicos, como lo fue Gay, en la historia nacional. Además, gracias a la reedición de su *Historia física y política de Chile* el sistema educacional nacional, en particular, y la sociedad, en general, ahora cuentan con un instrumento de aprendizaje de primer orden, para una variedad de disciplinas, y que permite ilustrar numerosos contenidos transversales y formar en valores fundamentales promovidos por el sistema nacional de educación.

Considerando que Claudio Gay orientó su quehacer como hombre de ciencia a generar un sentimiento de nacionalidad gracias al conocimiento de la realidad natural y cultural del Chile que nacía a la vida republicana, además de proporcionar instrumentos para el gobierno del país a través de sus informes, proyecciones científicas y representaciones cartográficas, no se exagera al sostener que su obra constituye los cimientos del Chile republicano. En ella se resume el conocimiento

⁷¹ Los conceptos en *La Tarántula* de Concepción del 28 de octubre de 1863.

⁷² Véase *El Porvenir* de Chillán del 8 de octubre de 1863.

existente en su época, y sobre ella se levantará el trabajo de quienes lo sucedieron en la tarea de inventariar y proyectar Chile, lo que lo transforma en un referente indispensable por la magnitud, amplitud y heterogeneidad de sus investigaciones.

La posibilidad de contar con los textos de Gay significa dotar al país, y con él al sistema educacional, universitario y científico nacional, de las fuentes que harán posible mostrar y educar, de una manera concreta y ejemplar, acerca de la trascendencia del quehacer científico, así como del estudio, la investigación y el trabajo sistemáticos. Todos, elementos esenciales a la hora de formar a la población de un país que aspira a ocupar un sitio en el mundo desarrollado a través de agregar valor a sus riquezas naturales por medio de la ciencia y la tecnología, entre otros medios.

Reeditar por primera vez la *Historia física y política de Chile*, que a pesar de ser conocida como la obra de un solo autor es, en realidad, el resultado del trabajo de más de 30 de reputados científicos del siglo XIX, permitirá mostrar en nuestro mundo globalizado una de las raras iniciativas en que Chile capturó la atención del mundo. En efecto, no es sólo que en la redacción de la *Historia* de Gay participaron numerosos académicos, es también que entonces, mediados del siglo XIX, Chile fue uno de los pocos países de Hispanoamérica que tuvo una obra de esta magnitud. Transformándose de este modo en un referente para las demás naciones del continente americano. Es decir, prácticamente desde cualquier ángulo de las preocupaciones de la sociedad chilena actual, Claudio Gay y su obra es un ejemplo y antecedente esencial. Incluso, también en un aspecto como el del idioma en que se escribió pues, a petición de los chilenos, entonces y ahora casi totalmente ignorantes de otros idiomas, fue compuesta en español, limitando así sus posibilidades de ser conocida en Europa, y con ella Chile y sus recursos; lo que a su vez no favoreció la inversión extranjera, tan importante entonces como hoy, pero tampoco la inmigración, en aquella época esencial para el país.

Desde otro ángulo, hoy, cuando la sociedad chilena se ofrece diversa y heterogénea, cuando los procesos de democratización han hecho posible la expresión de variadas voces, que a su vez representan a también numerosos y diversos actores y grupos de la sociedad; cuando la globalización ha estimulado la mirada comparativa, inclusiva y regional, pero también las identidades locales y particulares; cuando por lo señalado resulta imposible hablar de la existencia de una sola versión de la historia de Chile como la de Claudio Gay lo fue alguna vez; incluso así, constituye un referente. En efecto, y tal como se experimenta en estos tiempos, su trabajo, su énfasis, a veces exageración, por ponderar esa realidad que es Chile no está muy alejado de lo que es posible advertir en la actualidad con las “escuelas historiográficas” que buscan relevar nuevos actores y grupos como “el sujeto popular”, localidades y regiones del país, o niños, mujeres y mapuche, entre otra serie de sujetos antes inexistentes para los estudiosos, o integrados en la “gran” historia nacional, de la que la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay es la primera versión

Por último, cuando celebramos el bicentenario de la Independencia, los 200 años del hito en que se data el inicio del proceso de organización republicana y de

construcción de la nación, el ejemplo de trabajo que Claudio Gay ofrece permite renovar los modelos sociales.

Si se toman los que hasta ahora se han exhibido como ejemplo, se trata esencialmente de figuras militares y autoritarias, de épocas de turbulencia y conflictos; exiliados, muertos, asesinados, o suicidas, por alguna causa que la historiografía más tarde interpretó como razón patriótica, nacional, republicana o de Estado. Como si sólo este modo de servicio a la patria, a la nación o al Estado fuera la única forma de entrega a la sociedad; como si sólo las batallas y las muertes heroicas, la creación de instituciones jurídicas o el ejercicio del poder político, fueran las únicas fuentes de trascendencia histórica.

Que la generación que luchó y alcanzó la independencia elevara este tipo de sujetos a la categoría de figuras de la historia para celebrar su propia gesta, entre otros medios a través de la *Historia* de Gay, es entendible; incluso lo es el que en función del proceso de construcción nacional se utilizaran las hazañas militares y a sus protagonistas para crear un sentimiento de comunidad. Lo que parece menos comprensible es que todavía esos sigan siendo los únicos modelos, como si la formación de la nación y la existencia de la república todavía estuvieran en duda. Como si no hubieran transcurrido el tiempo y la historia entre 1810 y la actualidad. Como si nuestra sociedad se hubiera petrificado en la independencia y en sus consecuencias.

La trayectoria y trabajos de Claudio Gay permiten mostrar el valor del trabajo sistemático, el espíritu emprendedor y el papel del conocimiento científico, el arte y las humanidades en nuestra trayectoria como sociedad, todos elementos indispensables en una comunidad que aspira al rango de país moderno. Constituye un ejemplo concreto de la importancia de la ciencia y la constatación, más allá de cualquier duda, de la proyección política, cultural, económica y social de la investigación y el saber.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónino, Antonio y Francois-Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Archivo Nacional, *Catálogo del Archivo de Claudio Gay*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1963.
- Barros Arana, Diego, *Don Claudio Gay; su vida y sus obras*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911, tomo XI.
- Barros Arana, Diego, *Historia general de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2000-2006.
- Barros Arana, Diego, *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, en *Obras completas de Diego Barros Arana*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación "Barcelona", 1913, tomos XIV y XV.
- Bello, Andrés, *Obras completa de... Temas de historia y geografía*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo XXIII.

- Berríos C., Mario y Zenobio Saldivia M., *Claudio Gay y la ciencia en Chile*, Santiago, Bravo y Allende Editores, 1995.
- Burucúa, José Emilio y Fabián Alejandro Campagne, “Mitos y simbologías nacionales en los países del cono sur”, en Antonio Annino y Francois Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 433-474.
- Colmenares, Germán, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores S.A. 1989.
- Cooper, Donald B., “Claudio Gay, científico e historiador”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 127, Santiago, 1959, pp. 228-245.
- Encina, Francisco A., *Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891*, Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952.
- Encina, Francisco Antonio, “Breve bosquejo de la literatura histórica chilena”, en *Historiografía chilena*, separata número extraordinario de la revista *Atenea*, Santiago, Editorial Nascimento, 1949, pp. 27-68.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Claudio Gay, historiador de Chile. 1800-1873. Ensayo crítico*. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile. 1808-1826*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo, *Historiografía colonial de Chile*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1957.
- Feliú Cruz, Guillermo, “Perfil de un sabio: Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Carlos Stuardo Ortiz, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973, t. II, pp. 11-82
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, “Claudio Gay a través de su correspondencia”, en Guillermo Feliú Cruz y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962, pp. VII-LXXXIV.
- Feliú Cruz, Guillermo y Carlos Stuardo Ortiz, *Correspondencia de Claudio Gay*, Santiago, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1962.
- Gay, Claudio, *Historia física y política de Chile*, París, Casa del autor, 1844-1871.
- Gay, Claudio, *Agricultura chilena*, Santiago, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA), 1973.
- Gay, Claudio, *Atlas de la historia física y política de Chile*, Santiago, LOM Ediciones y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Gay, Claudio, *Diario de su primer viaje a Chile en 1828*. Investigación histórica y traducción de Luis Mizón, Santiago, Ediciones Fundación Claudio Gay, 2008.
- Gazmuri R., Cristián, *La historiografía chilena (1842-1970)*, Santiago, Taurus y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2006, tomo I.
- Jaksic, Iván, “*Ven conmigo a la España lejana*”: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispánico, 1820-1880, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- Lomné, Georges, “El espejo roto de la Colombia bolivariana (1820-1850)”, en Antonio Annino y François Xavier Guerra (coordinadores), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 475-500.
- Molina, Juan Ignacio, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reyno de Chile*. Madrid: Antonio de Sancha, 1788, edición facsimilar, Santiago, Pehuén Editores, 2000.
- Mizón, Luis, *Claudio Gay y la formación de la identidad cultural chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.
- Orbigny, Alcide d’, *Viaje a la América meridional*, La Paz, Instituto Francés de Estudios Andinos y Plural Ediciones, 2003.
- Riviale, Pascal, *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.
- Sagredo Baeza, Rafael, “Elites chilenas del siglo XIX. Historiografía”, en *Cuadernos de Historia*, N° 16, Santiago, 1996, pp. 103-132.
- Sagredo Baeza, Rafael y José Ignacio González Leiva, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español*, Santiago, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2004.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La ciencia en Chile decimonónico*, Santiago, Ediciones Universidad Tecnológica Metropolitana, 2005.
- Saldivia Maldonado, Zenobio, *La visión de la naturaleza en tres científicos del siglo XIX en Chile: Gay, Domeyko y Philippi*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 2003.
- Stuardo Ortiz, Carlos, *Vida de Claudio Gay. Escritos y documentos*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina y Editorial Nascimento, 1973.
- Torres Marín, Manuel, *Así nos vió la Novara. Impresiones austríacas sobre Chile y el Perú en 1859*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1990.
- Universidad de Chile, *Anales de la Universidad de Chile. Edición facsimilar del primer número de los “Anales de la Universidad de Chile*. Santiago, Impresos Universitaria S.A., 1998.
- Universidad Diego Portales, *Epistolario Diego Portales*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Villalobos R., Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Santiago, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1980.
- Yudilevich L., David (ed.), *Mi viaje por el camino del inca (1801-1802), antología*. Santiago, Editorial Universitaria, 2004.

HISTORIA
FISICA Y POLITICA
DE CHILE

SEGUN DOCUMENTOS ADQUIRIDOS EN ESTA REPUBLICA
DURANTE DOZE AÑOS DE RESIDENCIA EN ELLA

Y PUBLICADA

BAJO LOS AUSPICIOS DEL SUPREMO GOBIERNO

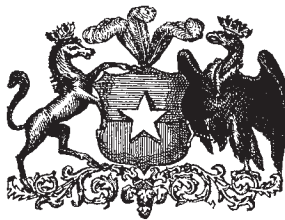
POR CLAUDIO GAY

CIUDADANO CHILENO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES CIENTIFICAS NACIONALES Y ESTRANGERAS
CABALLERO DE LA LEGION DE HONOR.

TOMO SEXTO.

—
HISTORIA



PARIS

EN CASA DEL AUTOR.

CHILE

EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE SANTIAGO.

—
MDCCCLIV

HISTORIA DE CHILE

CAPÍTULO XXXIII

Estado de los ejércitos y de la provincia de Concepción, cuando O'Higgins fue elevado al poder militar. Reformas que hace este jefe. Liberalidad del plenipotenciario Cienfuegos con los prisioneros de los Carrera. Su vuelta a Talca. Tendencias sediciosas de los partidarios de los Carrera y disposiciones del gobierno con este motivo. Principio de federación en la provincia de Concepción y su fin. O'Higgins es nombrado intendente de la provincia. Desea separar a los hermanos Carrera del teatro de la guerra. Síntomas de mala inteligencia entre O'Higgins y Carrera y principio de los dos partidos a que éstos dieron nombre.

El teatro de la guerra fue constantemente, desde la invasión de Pareja, la provincia de Concepción en grave daño del país y de sus habitantes. Extenuados de fatiga los patriotas por los temporales, las continuas marchas y la falta frecuente de víveres y caballos, no es de extrañar que la mayor parte de ellos olvidasen sus deberes y fácilmente se entregasen a la indisciplina, que es el síntoma más significativo de la próxima ruina de un ejército. El de que tratamos se componía, como antes hemos visto, de elementos completamente heterogéneos: había en él pocos veteranos y muchos milicianos, los cuales como soldados temporeros, no podían tener ni el entusiasmo, ni la resignación, ni la disciplina de aquéllos, y de aquí la desmoralización en las filas, la violación de las leyes en administraciones que estaban exhaustas de recursos y el desorden en todo¹.

No era mucho mejor la disciplina de los realistas. Entre éstos había también muchos nacionales, que como de costumbre eran poco aptos para la guerra. A pesar del entusiasmo que el clero y los frailes franciscanos procuraban inspirarles, no era grande el fervor que tenían por su causa, y en todos sus actos manifestaban una secreta tendencia a la desertión. Para remediar tan grave desorden y evitar en lo posible toda seducción, Sánchez, luego que se levantó el estado de sitio, empleó

¹ O'Higgins decía al gobierno en una comunicación oficial: "las tropas de estas divisiones se hallan desnudas, mal pagadas y con créditos pendientes a su favor, de lo que resulta a primera vista un aspecto poco satisfactorio. Víveres ningunos, caballos para entrar en la acción menos, etc.". En carta particular escrita a su amigo el vicario castrense don Casimiro Albano, se expresaba en estos términos: "Ud. conoce la situación lamentable en que se encuentra nuestra fuerza armada, que no me atrevo a llamar ejército, porque nada veo en su material y moral que merezca este nombre".

parte de sus tropas en cortas expediciones militares, enviándolas por destacamentos contra el enemigo y consiguiendo de este modo que tuviesen una vida agitada y aventurera, que es lo que da el ser a un ejército y forma el alma del soldado. De estas guerrillas se hicieron notables las de Lantaño, Elorreaga, Urrejola, Barañaño, Pablo Asenjo, Castilla y otras, por su audacia y su actividad en perseguir los convoyes de los patriotas y atacarlos hasta en sus atrincheramientos. Tal fue el origen de las numerosas escaramuzas, que a la larga despertaron en el corazón de ambos partidos una pasión violenta de odio y de animosidad, causa de todas las guerras de represalia que produjeron la ruina del país.

Lo más sensible en semejante lucha era que la devastación de esta provincia desgraciada se consumaba alternativamente por dos ejércitos compuestos en su mayor parte de soldados que habían nacido en ella, de los cuales muchos habían estado unidos con los lazos de la amistad y algunos lo estaban con los vínculos del parentesco. Por parte de los realistas, preciso es confesarlo, el deseo de venganza no era ni tan profundo ni tan general: había en ellos más reserva y más moderación, porque estando provistos de lo necesario, obraban sólo contra el enemigo, nunca contra la propiedad, a menos que las circunstancias lo exigiesen: les dominaba además una influencia esencialmente religiosa y estaban mandados por oficiales entendidos y bien disciplinados. No sucedía lo mismo por parte de Carrera, a quien la Junta Gubernativa, sea por impotencia, por inercia o quizá por cálculo había casi abandonado a sus propios recursos, obligándole de este modo a hacer continuos pedidos a los habitantes de la comarca, ya llenos de ansiedad y de desconfianza en el porvenir. Porque a pesar del cuidado que ponía en la elección de las personas encargadas de ejecutar sus órdenes, a pesar del rigor que desplegaba en ciertas ocasiones contra los autores de algunas exacciones, quiso la fatalidad que los mismos oficiales que merecieron su confianza abusaran de su posición y contribuyeran con su sed de riquezas a agravar los males de la guerra, y a sumergir la provincia en un estado tan deplorable, que tenía que pedir víveres a Valparaíso la que había provisto antes a esta ciudad de grandes depósitos. Todo esto contribuyó poderosamente a enajenar las voluntades del país, a aumentar el número de los enemigos de la patria, y hasta a producir numerosas defecciones entre los que Martínez de Rozas había sometido por el ascendiente de su genio y que movidos de un sentimiento de verdadero patriotismo se habían unido al partido de la revolución.

Tal era el estado de las cosas cuando O'Higgins tomó el mando del ejército. Su misión era escabrosa, difícil, pero no superior a sus fuerzas. Poseía en alto grado lo que es muy necesario en una revolución, el sentimiento del propio deber; y reuniendo las dos cualidades que constituyen la fuerza de un soldado, es decir, el valor que emprende y la voluntad que persevera, no debía serle difícil ganar las simpatías de un ejército que tantas ocasiones había tenido de apreciar su intrepidez y su sangre fría, y de desarrollar en él, el espíritu de cuerpo, esta gran virtud guerrera que el desorden había extinguido casi del todo. Natural y vecino de la provincia de Concepción, donde era dueño de vastas propiedades, tenía también derecho a

la estimación de sus conciudadanos, porque éstos estaban acostumbrados a vivir en su sociedad y a apreciar su carácter generoso y desinteresado del que tenía dadas repetidas pruebas, ya renunciando su sueldo, ya haciendo donativos de gruesas sumas de dinero, ya mermando considerablemente el numeroso ganado de sus haciendas para dar de comer a los soldados y para proporcionarles caballos.

Tan brillantes cualidades unidas a un ardiente patriotismo y a la firmeza de principios, no dejaban notar su falta de experiencia la que en mucho mayor grado que él poseía su antecesor, quien en cambio carecía de aquella bravura atrevida que en último resultado es la que distingue al verdadero general, sobre todo en guerras de tan escasa importancia.

Como la Junta le había revestido de plenos poderes, lo primero que hizo fue, dar nueva organización al ejército y nombrar jefes con quienes pudiese contar. Dio el mando del cuerpo de dragones y del de húsares de la Victoria a Rafael Anguita, el de granaderos a Enrique Campinos, puso la Guardia Nacional a las órdenes del capitán don José María Benavente y reformó en gran parte el plan de don José Miguel Carrera. Semejante política era quizá necesaria para hacer odioso este General a los ojos del soldado, como se le había hecho ya a los del público, a lo que contribuyó mucho el cura Cienfuegos, quien no se contentó con desaprobador por su parte la organización del ejército, sino que hasta mandó poner en libertad a más de doscientas personas entre hombres y mujeres, que la justa severidad de Carrera tenía detenidas en las prisiones o en los pontones de Talcahuano, en Tumbes y en la isla Quiriquina.

Esta gran liberalidad del plenipotenciario que visiblemente aspiraba a la reputación de clemente, no mereció la aprobación de todos los patriotas, porque entre los prisioneros se contaban muchos criminales y de éstos algunos tan infames que habían conspirado a favor de ambos partidos, por lo cual eran más culpables y más temibles. En su natural sencillez, el buen padre, como le llamaba Carrera, creía que bastaba un simple juramento de fidelidad para atraerlos, sin reflexionar que semejantes ligaduras son superfluas entre hombres honrados, y completamente inútiles cuando se trata de perjuros que han dado pruebas de infidelidad. O'Higgins, que conocía mejor el corazón humano, era uno de los descontentos: quería una amnistía, pero no tan general y tan completa, porque opinaba que la generosidad llevada al exceso es siempre funesta a las revoluciones. En esta ocasión como en otras muchas, conoció que a pesar de la influencia de Cienfuegos en una provincia en que era muy querido y estimado, sus inconsecuencias podrían ser perjudiciales al restablecimiento del orden y determinó alejarlo de allí. So pretexto de una conspiración de Carrera y de que su voto era necesario en la Junta, le hizo partir el 6 de febrero para Penco viejo y el 10 para Talca, escoltado por un destacamento de ochenta soldados, privándose así de un auxiliar sumamente precioso que con los medios que le daba su santo ministerio hubiera podido separar la causa realista de la causa religiosa, estrechamente ligadas y confundidas en la mente de aquellos buenos campesinos.

Luego que O'Higgins quedó de único jefe de Concepción continuó sus reformas, procurando dar nueva organización a su pequeño ejército. Aunque, más

reservado que Cienfuegos en atacar los actos y proyectos de Carrera, no usaba menos que aquel la segur siempre que podía hacerlo sin comprometer a las claras su delicadeza. Los partidarios de Carrera que, aunque eran muchos, no veían con indiferencia estos actos de hostilidad. Si la proclama de la Junta no les había agradao, menos podía ser de su gusto la del nuevo general, quien con maligna intención insertó en ella algunos pasajes de la del virrey de Perú a los chilenos, en que los dos hermanos mayores eran tratados de jóvenes caprichosos, ligeros y licenciosos y acusados como autores de la ruina de la provincia. Llenos de indignación murmuraban contra el nuevo estado de cosas, y el acto de deponer Carrera su poder lo consideraban, no como la desorganización de su partido, sino como una simple necesidad del momento que había de desaparecer bien pronto. Empezaban a olvidar por otra parte ellos y muchos de sus soldados el carácter turbulento de su General, y confiaban en poder sublevar con el tiempo a fuerza de celo y de actividad el ejército y hacer una la suerte de éste y la de su verdadero jefe para abrirle así el camino, imponérselo por segunda vez y que apareciese a sus ojos con la aureola y el prestigio de una víctima. Con objeto de cortar este funesto resultado y quizá una guerra civil, la mayor de todas las calamidades en aquellas circunstancias, se hicieron las reformas, destituyendo a ciertos oficiales, destinando a otros a Talca con el pretexto de que organizasen un cuerpo de reserva, y favoreciendo de todas maneras a los enemigos de Carrera, especialmente a los que por su audacia o por sus resentimientos eran los más aptos para menoscabar su reputación. Entre los últimos se contaban algunos militares y no pocos paisanos que habían sido perseguidos por realistas o por contrarios a su partido, y otros como Miguel Zañartu, el presbítero Isidoro Pineda, Fernando Urizar, Antonio Mendiburu y Santiago Fernández, que siempre desaprobaban la severidad que desplegó contra sus conciudadanos y la tolerancia que tenía con los excesos de sus soldados. Como las personas citadas pertenecían a las primeras clases de la sociedad y las conocía mucho O'Higgins, formaron desde luego su principal círculo y no tardaron en ser sus más íntimos consejeros.

Otro motivo de temor para el gobierno era una junta que había en Concepción nombrada por los vecinos, e igual casi a la de Santiago en la naturaleza e importancia de sus atribuciones. No fue otro el origen de semejante junta que los antiguos celos ambiciosos, de que ya hemos hablado, que la provincia de Concepción tenía de la de Santiago y que la arrastraban por instinto a ser independiente de ésta en administración y en política. La junta de Talca no podía ver con indiferencia el principio de un federalismo que con razón consideraba como un elemento de gran desorden, y se propuso disolverla, no valiéndose de amenazas ni mucho menos de violencias que la hubieran colocado en un grave conflicto, sino ganando con habilidad algunos de sus miembros y ofreciéndoles empleos a la par honoríficos y lucrativos. Con este sistema y separando algunos de sus miembros esta asamblea llegó a disolverse por sí misma, reemplazándola el gobierno con una intendencia igual en todo y por todo a la que existía en la época del sistema colonial. Como era de razón, O'Higgins fue nombrado intendente.

A pesar de tantas reformas restaba todavía una cosa que hacer y era alejar todo lo posible a los hermanos Carrera del teatro de la guerra, donde su presencia era

un foco perenne de desorden y de conspiración. Juan José había marchado en los mismos días que Cienfuegos llevándose siete mil pesos de sueldos atrasados, pero los otros dos continuaban en medio de unos soldados insubordinados, siempre dispuestos a la rebelión y que abandonaban sus banderas con un atrevimiento que el temor al castigo no era bastante a contener. La Junta no cesaba de hablar de esto a O'Higgins, manifestándole que era necesaria la marcha de los hermanos Carrera para restablecer el orden, que les hiciese saber estas medidas garantizándoles la conservación de sus títulos y asegurándoles que irían al extranjero encargados de misiones de alta importancia y que en caso de resistencia emplease la fuerza. Como lo que se quería era un destierro y no era regular que Carrera quisiese pasar por esta humillación, rehusó lo mismo que sus hermanos la misión que se les ofrecía, prometiendo retirarse a su hacienda de San Miguel tan pronto como rindiese sus cuentas y terminase el inventario de los útiles y pertrechos de que era responsable, pues tenía gran interés en ponerse a cubierto y hacer ver a sus enemigos que los gastos habían sido muy módicos y muy inferiores a lo que debieran. En este intervalo su posición respecto a O'Higgins fue la de simple amigo, pero la amistad era en ambos aparente, porque a uno le hacía traición un vivo sentimiento de amargura y al otro ese espíritu de temor y desconfianza que caracteriza a los jefes revolucionarios elevados repentinamente al poder, y que les inclina siempre a pensar mal y a suponer torcida intención en sus adversarios. El antagonismo, como era consiguiente, no tardó en manifestarse a las claras. Reducido en un principio a meras impresiones de la rivalidad y del amor propio, sin que el desacuerdo llegase al corazón, tomó bien pronto la impetuosidad del odio y la venganza y acabó por producir los dos partidos, de carreristas y o'higginistas, que las circunstancias agitaron de una manera tan dolorosa y que el tiempo, los adelantos y la paz no han extinguido del todo en el país.

CAPITULO XXXIV

Posición de los dos ejércitos. José Miguel Carrera propone inútilmente la toma de Arauco. Llegada a Chile del brigadier don Gabino Gaínza y de un refuerzo de tropas. Parte para Chillán y después para Quinchamalí. O'Higgins se ve rodeado de realistas por todas partes. Principio desgraciado de su mando. José Miguel y Luis Carrera se dirigen a Santiago con varios amigos y son hechos prisioneros por los soldados de don Clemente Lantaño. Toma de Talca por Elorreaga. Muerte del coronel don Carlos Spano.

Las disensiones entre los oficiales generales del ejército de los patriotas y la indisciplina y desertión de sus soldados, estimulaban el entusiasmo de los realistas y les infundían confianza para emprender continuas expediciones, que mandaban oficiales celosos, entendidos y valientes. Los misioneros franciscanos por su parte no perdonaban medio, según costumbre, para que fermentase el sentimiento religioso que conduce a la exaltación, y ya en el confesionario, ya en el púlpito y a veces hasta en proclamas, se aprovechaban de la ignorancia supersticiosa del pueblo y apelaban a su fidelidad como un principio de derecho natural, divino y humano². Su acción no se limitaba a la cuidad de Chillán, sino que recorrían una gran parte de la provincia y hasta se arriesgaban a penetrar en las poblaciones indias para interesar a la barbarie en su causa y servirse de ella como fuerza brutal contra un país ya medio arruinado, imprudencia que ya hemos desaprobado y que lamentamos mucho que le haya cometido una clase de la sociedad que tiene por guía los más puros sentimientos humanitarios, y que mejor que ninguna otra debería conocer los inconvenientes que llevaba consigo el despertar la codicia feroz de estos salvajes.

De su mediación se valía Sánchez para enviar sus correos y mantener una correspondencia más o menos expedita y siempre muy expuesta, porque las cartas tenían que atravesar un vasto territorio habitado por tribus de diferentes bandos,

² “El confesionario y púlpito de los misioneros eran banderas de enganche, etc.”. Documentos de la historia manuscrita de Martínez. Véanse también los documentos sobre la guerra de la Independencia por el reverendo padre fray don Juan Ramón, guardián del colegio de Chillán, en que estos misioneros de paz relatan detalladamente con una satisfacción particular todo lo que hicieron a favor del ejército real.

frecuentemente en no muy buena armonía y por lo regular enemigas de los españoles. Así es que la posesión de Arauco era para él de la mayor importancia, pues por de pronto le aseguraba un punto de comunicación con las autoridades de su partido, y más tarde un sitio de desembarco para las tropas que había pedido y que esperaba con gran ansiedad. Porque a pesar de que hasta entonces se había sostenido con honor y con una cierta satisfacción, no dejaba de conocer que en el aislamiento y abandono en que se hallaba desde la pérdida de Talcahuano, no podría resistir mucho tiempo a los patriotas, si no recibía pronto los auxilios que sin cesar reclamaba a Valdivia, Chiloé y sobre todo a Lima, centro principal de todas las operaciones del mar del Sur.

Don José Miguel Carrera conocía muy bien la situación embarazosa de Sánchez y las ventajas que podía sacar de la ocupación de Arauco. Su primer pensamiento fue, pues, reconquistar esta plaza, y al efecto comisionó a Urizar, quien, como ya hemos visto, sólo llegó hasta el río Carampangue, que no pudo pasar. Este contratiempo no lo detuvo. Sabiendo que además de la fuerza del enemigo, mucho más numerosa de lo que pensaba, tenía que combatir a los habitantes de todo el país que formaban causa común en su resentimiento por tantas exacciones como habían sufrido, creyó indispensable ir en persona con todas las tropas de Concepción, acampadas de su orden con este objeto en el cerro Chepe. La Junta Gubernativa, que era la que debía suministrar todo lo necesario para esta expedición, se hizo sorda al principio a las proposiciones de Carrera, y acabó por desecharlas con el pretexto de que Sánchez podía aprovechar su ausencia corriéndose hacia el norte y apoderarse de la capital, en la que había pocas tropas, muchos realistas y fríos o mentidos patriotas. Carrera tuvo, pues, que desistir de su proyecto o por lo menos aplazarlo para época más favorable, considerando siempre esta conquista como preliminar indispensable de sus futuros triunfos. Desgraciadamente la desunión que por esta época trabajaba a los dos poderes y poco después la precisión en que se vio de dimitir al mando paralizaron todos sus esfuerzos y los hicieron completamente inútiles, sin que se aprovechara de ellos su sucesor, quien más conocedor que la Junta, estaba en el caso de calcular su gran importancia. Pero a O'Higgins le preocupaba demasiado en estos momentos su nueva posición para que pensase en semejante conquista cuando tenía que atravesar todas las tempestades que suscita un partido vencido, que cuenta con una gruesa fuerza y gran prestigio, y, aunque sabía que Carrera tenía muchos enemigos en Concepción, hasta el punto que una noche lo salvó de los puñales que le asestaban viles asesinos³, y por más que se hubiese reducido mucho el número de sus partidarios, todavía había entre éstos algunos de carácter inquieto y que excitados por la presencia de sus jefes o quizá por sus conversaciones y sus consejos, se propasaban a algunos actos de insubordinación poco tranquilizadores para su porvenir y para el ejército. Sabía además que a ciertos cuerpos de este ejército se les estaba continuamente hablando en favor de Carrera, que la desertión se favorecía de mil maneras y que sólo se esperaba ganar algunos batallones para marchar sobre Santiago y deponer a la Junta Gubernativa

³ Conversación con el señor O'Higgins.



Colección Museo Histórico Nacional

reemplazándola con un nuevo poder. Todo esto contribuía a que la posición de O'Higgins fuese tan difícil como equívoca y que gastase el tiempo en desbaratar estas peligrosas intrigas, contentándose con hacer algunas reformas útiles a su partido y dejando a un lado la conquista de Arauco, cuyas ventajas no desconocía, y a la que fue impulsado por la Junta Gubernativa, la cual se decidió al fin cuando supo que iban a llegar tropas realistas a las costas de Chile.

Estas tropas, procedentes unas de Chiloé y otras de Callao, desembarcaron en efecto a fines de enero de 1814. Las primeras que llegaron se componían de setecientos milicianos a las órdenes del coronel Montoya, y las demás apenas contaban ciento veinticinco hombres, si bien todos soldados escogidos pertenecían en sus cuatro quintas partes al regimiento real de Lima, con dos piezas de campaña. En los buques que condujeron las últimas tropas iban además oficiales y personas de mérito, tales como don Matías de la Fuente, don José Antonio Rodríguez, auditor de guerra, y otros. Iban también don Gabino Gaínza, brigadier de los ejércitos reales y coronel del regimiento de infantería del infante don Carlos, a quien Abascal enviaba a Chile a tomar el mando en jefe del ejército de operaciones, en reemplazo de Sánchez, que era de edad muy avanzada, y tenía una educación vulgar y escasos talentos militares. Ésta fue una falta del Virrey, quien debió ser más justo con este oficial, despreciando los dichos de los envidiosos y los ambiciosos y reflexionando que si Sánchez carecía en efecto de las cualidades necesarias para mandar un ejército por insignificante que fuese, tenía dadas pruebas de actividad, se había sostenido con honra en la difícil posición en que lo colocó la muerte de Pareja, y reunía sobre todo la gran ventaja de conocer bien el país y el instinto de adivinar con frecuencia el mérito de las personas que asociaba a su suerte.

Gaínza estuvo pocos días en Arauco, adonde fue a unírsele el coronel don Luis de Urrejola, quien le informó del estado de apuro en que se hallaban los patriotas, y sus desavenencias, y le manifestó la necesidad de atacar a Mackenna, que de Quirihue había ido a fortificarse a la hacienda del Membrillar, situada a las inmediaciones en la parte baja del punto en que se unen los ríos Ñuble e Itata. El 8 de febrero partieron juntos yendo a pasar el río BíoBío por la pequeña plaza de Santa Juana. Cuando hubieron llegado a Rere incorporó la caballería de Elorreaga a las tropas que llevaba, las dirigió hacia la parte del Membrillar, no dejando en Rere más que cien hombres al mando de Castilla, y se volvió a Chillán sin más objeto que darse a reconocer por general en jefe del ejército y capitán general del reino. Tres días después fue a Quinchamalí a reunirse al ejército y combinar con los oficiales superiores un ataque contra Mackenna, fortificado a pocas leguas de su campamento.

A la sazón el ejército de O'Higgins, a quien Mackenna no cesaba de pedir auxilio, se hallaba rodeado de un cordón de tropas realistas unidas íntimamente por numerosas guerrillas que estaban siempre en campaña. Así es que en San Pedro, que sólo está separado de Concepción por el BíoBío, se hallaba el valiente Quintanilla a la cabeza de cien soldados y sostenido por los de Colcura y Arauco; Talcamávida y Santa Juana eran el punto de reunión de estas guerrillas mitad chilenas, mitad indias, que tan intrépidas en el ataque como ligeras en la retirada, no

temían llegar hasta las avanzadas de los patriotas, a las que no cesaban de hostigar y de incomodar. En Rere estaban las tropas de Castilla y en Chillán los setecientos hombres que Gaínza había dejado al mando del coronel Berganza, después de haber dado orden de aumentar las fortificaciones de otros tres castillos y de cinco trincheras. Por último el grueso del ejército estaba acampado en Quinchamalí pronto a marchar al punto que fuese necesario. Para completar más esta especie de bloqueo, bien que no entrase en la intención del General en Jefe, las dos fragatas la *Sebastiana* y el *Potrillo* que habían conducido las tropas a Arauco, se colocaron en la embocadura de la bahía de Talcahuano con intención de apoderarse de los buques que llevaban víveres a la plaza y la abastecían, o de auxiliar las operaciones del ejército de tierra. Entre Gaínza y estos buques mediaba una correspondencia muy seguida por medio de las guerrillas que mandaban Lantaño y Barañaño.

En medio de tantos elementos de temor y de peligro, O'Higgins, para sostener y mejorar la moral de sus tropas, creyó conveniente tomar la ofensiva y atacar algunos de estos destacamentos. Desgraciadamente la fatalidad persiguió desde el principio todas sus empresas. Quintanilla le cogió los cuatrocientos caballos que Carrera había puesto en la hacienda de Hualpén y cuando quiso atacarlo en San Pedro, se vio obligado a renunciar a esta empresa y retroceder a consecuencia de la insubordinación de los granaderos, probablemente sobreexcitados con la presencia de don Juan José Carrera; por lo menos es lo cierto que este General se había introducido con intenciones hostiles en medio de sus soldados, por lo cual O'Higgins le dirigió duras y severas reconvenções⁴. Otra expedición, al mando del capitán don Juan Calderón, que tuvo el encargo de sorprender a un corto número de soldados y marinos que bajaron a hacer aguada en la isla Quiriquina, fue completamente derrotada; y pocos días después, estos mismos marinos desembarcados en Coelemu se apoderaron de un convoy de víveres destinado a Concepción y que felizmente pudo recuperar en parte el teniente Freire, atacándolos con ochenta dragones. Por último, una tercera expedición mandada por el coronel de milicias don Fernando Urizar contra la guarnición de Rere compuesta en parte de milicianos, fue todavía más desgraciada, porque el comandante de esta guarnición, que era el joven Castilla, la batió completamente, haciéndola retroceder hasta Concepción con pérdida de buen número de soldados, de los dos cañones que llevaba y de casi todas las armas y bagaje.

Cuando se verificaba esta última derrota, es decir, el 4 de marzo de 1814, un acontecimiento en extremo doloroso vino a contristar el ánimo de casi todos los hombres de ambos partidos.

No pudiendo don José Miguel Carrera soportar los insultos de algunos oficiales subalternos que no habían olvidado la severidad tenida con ellos, y viendo por otra parte que siéndole poco favorable el espíritu del soldado le era poco menos que imposible encadenar los sucesos a su gusto, decidió salir de la provincia y dirigirse hacia Santiago para de allí ir a su hacienda, como lo había prometido. Para este efecto pidió una escolta a O'Higgins, por quien se le facilitaron inmediateamente

⁴ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

te veinticinco hombres, y el 2 de marzo de 1814 se puso en camino en compañía de su hermano don Luis, de don Estanislao Portales, don Juan Morla, don Rafael Freire, don Servando y don Manuel Jordán y otros muchos militares y paisanos; de manera que la comitiva se componía de unas cien personas. Llegados a Penco se alojaron en los molinos de Pedro Nogueira, y allí supieron que el enemigo, informado de su viaje a Santiago, se había colocado en la banda sur del río Itata para detenerlos luego que lo pasasen. Hubiera sido gran imprudencia continuar la marcha, y resolvieron enviar espías para asegurarse del estado de los caminos. En este intermedio volvió a Concepción con don Luis y algunos amigos, pero sólo a pasar la noche, porque a las tres de la mañana estaban ya de vuelta en su alojamiento, aunque con intención de retirarse al día siguiente a la chacra de don Pedro José Benavente, o quizá de volver a Concepción aprovechando el permiso que O'Higgins había dado a su hermano don Luis; pero la fatalidad no le dio tiempo.

En efecto, una división enemiga mandada por don Clemente Lantaño y fuerte de quinientos hombres y dos piezas de campaña, había sido destacada por Gaínza para impedir el paso a las tropas de O'Higgins, que según avisos debían ponerse muy pronto en marcha para reunirse con las de Mackenna. A su llegada a Coelemu supo Lantaño que estas tropas no estaban aún en disposición de salir de Concepción, pero que Carrera se dirigía sobre Santiago acompañado de algunos soldados solamente y de un buen número de personas. Su primer pensamiento fue salir a su encuentro, y para este efecto dispuso que Barañao, que mandaba la caballería, tomase el camino de la costa mientras que él iba por el camino real, creyendo que de esta manera no se les escaparían. Don Lorenzo Reyes oyó decir a uno en San Rafael que no habían salido aún de Penco, y, aunque la persona que dio la noticia no le ofrecía grandes garantías, no titubeó en comunicarla a su comandante, aconsejándole al mismo tiempo que marchasen a esta plaza a sorprender a la comitiva⁵. Lantaño no tenía orden de su General para semejante expedición, y esto le hizo dudar un momento, pero al fin penetrado de su gran importancia se decidió, y se puso en marcha con don Lorenzo Reyes y cien hombres casi todos chilotes. Habiendo salido por la tarde llegaron antes de amanecer a las alturas de Penco, y allí se prepararon para el ataque, sin esperar la ceremonia de la absolución que quería echarles el capellán, como era costumbre en semejantes casos. Lantaño marchó sobre el fuerte mientras Reyes se dirigía al campamento de Carrera, después de haber encargado a sus soldados el mayor silencio y sobre todo que no disparasen un solo tiro. Esta orden fue puntualmente ejecutada, y ya llegaban a las casas cuando casualmente se descargó un fusil. Ésta fue la señal de ataque, y una descarga general puso en movimiento a los patriotas, quienes en la imposibilidad de defenderse, y medio dormidos, procuraban salvarse y ocultarse en cualquier parte adonde la casualidad les condujese. Felizmente la Providencia salvó la vida de estos honrados chilenos. Sólo perecieron el alférez don José Ignacio Manzano y algunos soldados; pero el mayor número, incluso los dos Carrera, fueron arrestados, y vigilados muy de cerca hasta el momento en que Lantaño, desesperanzado de hacer algo contra

⁵ Conversación con don Lorenzo Reyes.

el fuerte, a pesar de haber ido Reyes en su socorro, se presentó ante ellos y los mandó partir a San Rafael, adonde muy luego fue P. Asenjo a buscarlos de parte de Gaínza para presentarlos a este jefe y pocos días después para llevarlos a Chillán, donde les pusieron grillos y los encerraron en calabozos como si fuesen grandes asesinos. Y, sin embargo, la fortuna, que mucho tiempo atrás era tan contraria a estos ilustres patriotas, hubiera podido en esta circunstancia favorecerlos algo, si los cincuenta infantes de la patria que desertaron el día antes con armas y bagajes dirigiéndose sobre Santiago, no hubieran precipitado su marcha; pues cuando pasó este desgraciado suceso se hallaban ya a las inmediaciones de San Rafael, donde el coronel Pla, que había quedado con el resto de las tropas de la división Lantano, vino a batirlos y dispersarlos⁶.

Una serie no interrumpida de tan continuos reveses en ocasión en que parecía que las tropas querían inspirarse de la energía y de la bravura de su nuevo jefe, había de producir necesariamente honda impresión en el patriotismo de O'Higgins y hacerle temer por su porvenir y su responsabilidad; y eso que, como vamos a verlo, no conocía aún todas las desgracias que la suerte tenía reservadas para los principios de su mando.

A consecuencia de la nueva organización dada al ejército, los individuos de la Junta decidieron volver a Santiago e hicieron que los acompañasen cuarenta dragones, dejando sólo doscientos diez hombres a Spano, que quedó de gobernador de Talca. Indudablemente en el estado en que se hallaba la sociedad, y sobre todo la sociedad española, acostumbrada a ver sus autoridades rodeadas de toda clase de prestigio, era conveniente que estos encargados del poder hiciesen violencia a sus ideas democráticas y se presentasen con un aparato que diera fuerza e importancia a su autoridad; pero también pudieron considerar que era gran imprudencia dejar una guarnición tan reducida en una ciudad indefensa y rodeada de numerosas guerrillas que llegaban a Cauquenes, Linares y hasta la ribera del río Maule. Desde este punto de vista debieron ser menos escrupulosos en la etiqueta, y renunciar a una escolta que en último resultado no servía más que para satisfacer una vanidad frívola y de ningún modo para su seguridad personal. El mismo Spano no pudo menos de quejarse, porque rebajados los noventa fusileros que iba a enviar a Mackenna para escoltar los diferentes efectos que este General le pedía con instancia, sólo le quedaban algunos reclutas, desarmados, inexpertos y con cuyo valor no podía contarse, y ciento veinte veteranos, a saber, veinte fusileros, treinta lanceros y setenta artilleros con sólo tres cañones. Tan corta fuerza no bastaba para conservar una ciudad que era en cierto modo el punto de unión de Concepción y Santiago, y depósito además de considerables valores en víveres y pertrechos de guerra⁷.

En efecto, no tardaron los realistas en atacarlas. El convoy para Mackenna salió el 2 de marzo, casi al mismo tiempo que la Junta para Santiago, y a los dos días se presentó a las siete de la mañana un parlamentario de Elorreaga a intimar

⁶ Conversación con don Lorenzo Reyes.

⁷ Más de 800.000 pesos según el *Diario* de Carrera importaban estos efectos.

la rendición. Spano, que era español de nacimiento, pero chileno de corazón, le respondió con una negativa bien razonada. No tenía la presunción de poder defender la ciudad, pero esperaba tener tiempo de batirse en retirada y salvar una gran parte de los efectos, contando para ello con que el enemigo estaba aún bastante lejos, puesto que ningún aviso le daba en contrario el destacamento que había enviado de observación a las márgenes de Maule al mando de don Francisco Gaona y don Rafael Mata Linares. Desgraciadamente este destacamento, por la culpable apatía de sus jefes que tuvieron la cobardía de ponerse a salvo sin dirigirse sobre Talca, fue sorprendido, y Spano no lo llegó a saber hasta que la retirada se hizo imposible. Entonces, como militar de honor, no pensó más que en entusiasmar la entereza de sus compañeros y excitarlos a una vigorosa defensa. Escogió para punto de resistencia la plaza Mayor, cuyas cuatro esquinas, como en todas las poblaciones de América construidas a manera de tablero de damas, están atravesadas por dos calles cada una, que van a concluir en el término de la ciudad, formando ángulo recto. En tres de estas esquinas colocó los tres cañones enfilando las calles; y faltándole cañón para la otra, tuvo que levantar en ella una barricada con adobes, trabajo largo, fatigoso y que apenas había comenzado cuando se vio atacado repentinamente por todas las tropas combinadas de Elorreaga y de Olate. La resistencia fue indudablemente vigorosa, casi heroica: todos se batían a la desesperada; los jefes especialmente, que, en medio de tantos enemigos, disputaban la posesión de la plaza, más por conservar su honra que con la esperanza de salvarla, anunciaron su resolución de morir antes que rendirse. Una de las primeras víctimas, que bien pudieran llamarse mártires de la libertad, fue el intrépido teniente de artillería don Marcos Gamero; y Chile tuvo el dolor de verle sucumbir a manos de uno de sus hijos, que el extravío había llevado a las filas de los realistas. Poco después cupo la misma suerte a otros oficiales, contándose en este número el Gobernador, el valiente Spano, a quien se encontró acribillado de heridas al pie de la bandera que tuvo la gloria de defender hasta el último instante de su vida. Y tal fue la suerte de este puñado de soldados, que no teniendo jefes, escaseándose las municiones y viéndose rodeados no sólo de una gran masa de enemigos sino de buen número de gentes del país que desde lo alto de sus casas tenían la iniquidad de tirarles, les fue forzoso entregarse a discreción del jefe que había conseguido tan fácil victoria. Los pocos que pudieron salvarse fueron a reunirse al pequeño destacamento que don Rafael Bascuñán llevaba para socorrer a Talca⁸.

Este Bascuñán era el que mandaba la escolta de los víveres y municiones destinados al ejército auxiliar del Membrillar. Llegaba apenas al paso del Maule, al

⁸ Hablando de esta pérdida con don José Miguel Infante me dijo que Mackenna tuvo la culpa de ella, porque este oficial superior pidió con repetición víveres a la Junta, suplicándole los mandase escoltar por los cuatrocientos hombres que había en Talca, a lo que la Junta no quiso acceder, persuadida de que un general debe mantener expeditas sus comunicaciones y porque la prudencia aconsejaba no desguarnecer una plaza que era el depósito general de víveres, armas, etc. Spano, que por estar enfermo no desempeñaba las funciones de ministro de la Guerra, participaba de este mismo parecer, y, sin embargo, apenas marchó la Junta, se desprendió de una parte de sus soldados para complacer a Mackenna, que renovaba en aquellos momentos sus instancias.

sur del Barco, cuando se le presentó el coronel Feliciano Letelier con una orden de Spano para replegarse sobre Talca. La orden la recibió a eso de las tres de la tarde debiendo haberla recibido sobre las nueve de la mañana, y este retardo, ocasionado por los rodeos que dio Letelier, fue causa de que llegase tarde a Talca para tomar parte en la defensa. Ignoraba que la ciudad estuviese en poder del enemigo, pero por precaución y para proteger las cargas que había mandado retroceder hacia la parte de Santiago a las órdenes del alférez Rivera, acampó en las alturas del Larqui a corta distancia de Talca. Su destacamento, compuesto de setenta hombres, no tardó en ser atacado por ciento cincuenta soldados de Elorregaga embriagados aún con el humo de la victoria. Bajo todos los conceptos la suerte protegía a éstos y, sin embargo, fueron batidos y dispersados, y Bascuñán pudo retirarse sin ser molestado a la pequeña villa de Curicó, que abandonó muy luego, replegándose sobre San Fernando.

CAPÍTULO XXXV

Estado de los dos ejércitos de los patriotas. Mackenna atrincherado en el Membrillar solicita a O'Higgins que se le reúna. Salida de O'Higgins de Concepción después de haber nombrado una junta. Su llegada a la Florida. Combate del alto de Quilo. Gaínza ataca a Mackenna en el Membrillar y es completamente batido. El teniente coronel don Manuel Blanco Encalada sale de Santiago con una expedición a reconquistar Talca. Mala disposición de sus tropas, que son vencidas por Olate en Cancha Rayada.

Si Gaínza hubiese estado a la altura de su misión, es indudable que aprovechando el ardor y la confianza que los cortos triunfos conseguidos, inspiraron a sus soldados, y teniendo como tenía concentradas en cierto modo a sus tropas en un mismo punto, habría atacado con ventaja al ejército chileno, bastante relajado en la disciplina, habría batido sucesivamente sus dos divisiones y les habría causado pérdidas sensibles, acaso una derrota; y entonces echando sus restos hasta más allá de Santiago, hubiera podido hacerse dueño de esta capital, objeto de sus deseos y último término de su expedición. La visita que le hizo en Arauco el coronel don Luis Urrejola no tuvo más objeto que proponerle este plan de campaña, pensamiento que no podía fallar, y que aprobaron la mayor parte de sus oficiales, especialmente los que tenían un conocimiento exacto de los hombres, las cosas y las localidades. Pero su gran indecisión hizo que este plan sólo se siguiese a medias, pues cuando hubo llegado al sitio en que debía obrar, se contentó con desbandar parte de sus tropas en guerrillas, las cuales consiguieron, en verdad buenos resultados; pero perdió la ocasión que se le presentaba de acabar la guerra por medio de uno de esos golpes de mano que se proporcionan pocas veces y que un buen general no debe desaprovechar nunca⁹.

Las dos divisiones patriotas se encontraban efectivamente en una posición bien poco tranquilizadora, sobre todo la de Mackenna, que colocada frente al campo enemigo, tenía que resistir, si se le atacaba, con fuerzas muy inferiores en hombres y en verdaderos soldados. Así es que después de la pequeña acción de Cuchacu-

⁹ “Declaro ante Dios y los hombres que el señor Gaínza pudo haber concluido la guerra en dos meses si hubiese atacado a O'Higgins o a Mackenna antes que aquél se acercase”. Declaración de don José Antonio Rodríguez en la causa contra Gaínza.

cha, ocurrida el 22 de febrero y que no tuvo consecuencias de ninguna especie, su primer cuidado fue aprovechar los accidentes del terreno para hacer fortificaciones, reparar, dándoles más extensión, los reductos construidos en tiempo de don Juan José Carrera en esta localidad y en Membrillar, aumentarlos y colocar en ellos sus cinco cañones y sus dos culebrinas de a ocho. Pero lo que más le preocupaba era que no acababa de llegar la división de O'Higgins, que pedía sin cesar en su auxilio. En todas sus comunicaciones, así oficiales como particulares, le daba parte de su mala posición, de sus temores y del riesgo que corría, invocando tan pronto su amistad, tan pronto su patriotismo, concluyendo por hacerlo responsable de lo que pudiera sucederle¹⁰. Parece que en un consejo de guerra, celebrado cuando se supo la pérdida de Talca, algunos oficiales del ejército auxiliar propusieron que se abandonase esta posición para dirigirse por la costa del lado de Santiago, proposición que más adelante fue reproducida muchas veces y siempre rechazada por creerla contraria a su deber.

O'Higgins conocía perfectamente el embarazo de Mackenna, pero consideraba su propia posición, frente a frente con don José Miguel y don Luis Carrera, y abrigaba la convicción íntima de que no debía separarse de Concepción mientras permaneciesen allí los dos hermanos que eran en su concepto un peligro vivo y permanente para la tranquilidad del país. No se puso pues en camino hasta que se marcharon, habiendo antes hecho renuncia de su título de intendente de la provincia en favor de una junta compuesta de don Santiago Fernández, don Diego Benavente y don Juan de Luna, a quienes dejó trescientos hombres para la defensa de la ciudad y llevando seiscientos consigo. Su marcha fue tan lenta como penosa. Muchos soldados de caballería estaban desmontados desde la derrota de Hualpén, y los víveres eran tan escasos que los soldados se mantenían con uvas, que mero-deaban en los campos inmediatos. En Curapalihue la casualidad le llevó ante un respetable anciano dueño de siete vacas que tenía en un monte, las que mandó llevar inmediatamente para ofrecérselas. O'Higgins no tenía dinero que ofrecerle, si bien el anciano se hubiera negado a recibirlo; pero le dio un recibo que el caritativo patriota no tomó sino a fuerza de instancias y que no presentó nunca, pues el móvil de su benéfico desprendimiento no era otro que el más puro y desinteresado patriotismo¹¹.

Llegados a la Florida, O'Higgins vacilaba entre seguir el camino del Roble o el de Ranquil, pero al fin se decidió por el último por ser el más corto y el que mejor llenaba su objeto; pero hizo correr la voz en la población de que marcharía por el primero, esperando de este modo engañar a los espías del enemigo. Su partida se verificó por la noche, habiendo hecho salir poco antes una guerrilla de veinticinco hombres con orden de tomar el camino del Roble, de tirar de cuando en cuando algunos tiros y de reunírsele por la retaguardia. Contra lo que temía, no fue molestado en su marcha, pero al llegar al pie de los cerros de Ranquil quedó sorprendido de encontrar en el sitio llamado Quilo una división de cuatrocientos realistas, que

¹⁰ Véanse algunas de sus cartas en la memoria de don Diego Benavente, p. 143.

¹¹ Conversación con O'Higgins.

Gaínza, ignorando la dirección de los patriotas había mandado colocar allí por consejo de su ayudante general don Pedro Tavira y del teniente coronel don Pedro Asenjo encargados de hacer un reconocimiento. Esta división al mando del valiente Barañaño, estaba acampada en las alturas que debían atravesar los soldados de O'Higgins, y colocada de manera que dominaba todas las salidas y defendía todos los pasos. Gracias a esta ventaja, Barañaño contaba con poder detener algunas horas por lo menos al enemigo, y dar tiempo a que Gaínza acampado a distancia de tres leguas solamente, fuese en su ayuda para atacarlo con fuerzas más considerables, dispersarlo, si fuese posible y marchar inmediatamente sobre la división Mackenna. O'Higgins comprendió perfectamente este plan y se apresuró a desbaratarlo, diciéndose a dar cuanto antes un ataque sin atemorizar la ventajosa posición de su adversario. Para este efecto hizo marchar dos compañías, una mandada por don Juan Vargas y la otra por el capitán de granaderos Correa, con orden de atacar el enemigo por los flancos, mientras él se dirigía hacia el centro sostenido por la artillería. Las dos compañías, aprovechando la espesura de los bosques que tanto abundan en aquellos montes, pudieron llegar sin ser vistos a muy corta distancia del campamento, y casi al mismo tiempo hicieron fuego por hileras, lo que obligó a O'Higgins a redoblar el paso y cargar la bayoneta. Ejecutaron esta carga la segunda columna de los auxiliares y principalmente los granaderos, llevando a su cabeza al coronel don Rafael de la Sota y al comandante don Enrique Campino, animados ambos de tal entusiasmo, que los realistas fueron inmediatamente arrollados y enseguida perseguidos por los dragones de Anguita y los húsares de la gran guardia de don Diego Benavente que hasta entonces habían sido destinados a sostener la derecha¹².

Hecho dueño de las alturas, O'Higgins consideró conveniente pasar en ellas la noche, y para este efecto mandó buscar a la reserva que había quedado en la falda del cerro a las órdenes de don Francisco Calderón y dispuso que se levantasen las tiendas en el mismo sitio que el enemigo acababa de abandonar. Como tenía convenido con Mackenna no alejarse más de tres o cuatro leguas, hizo disparar tres cañonazos para anunciarle su llegada y esta especie de saludo se lo devolvió con otro de nueve, que en el exceso de la alegría mandó tirar en honor suyo. Al día siguiente fue a la hacienda de Baso, esperando alcanzar a los soldados de Barañaño que habían pasado allí la noche y envió un correo a Mackenna, previniéndole que estuviese pronto para un ataque que muy luego pensaba dar a Gaínza; pero forzado éste a ceder al movimiento de su adversario, se había decidido atacar a Mackenna llevando todas sus tropas y hasta la guerrilla de Lantaño que hizo ir de Quirihue¹³. El ataque lo dio el mismo día, es decir, el 20 de marzo, no habiendo empezado hasta las cuatro de la tarde porque en vez de pasar el Itata por el vado de las Matas, como debiera hacerlo no obstante que en este vado estaba al alcance del cañón enemigo, lo pasó por el alto en su confluencia con el Ñuble, para lo

¹² Estos detalles, que varían algo de los que da don Diego Benavente, me han sido suministrados por el mismo don Bernardo O'Higgins.

¹³ Conversación con don Clemente Lantaño.

que tuvo que dar un gran rodeo, con lo cual lo único que consiguió fue fatigar las tropas y presentarlas en desorden y precipitadamente al frente del enemigo¹⁴. Su fuerza era muy superior a la de Mackenna, pero en cambio tenía éste la ventaja de la posición y de las fortificaciones, que estaban en muy buen estado de defensa; y, sin embargo, este General empezó mal por la imprudencia del oficial encargado de llevar a punto seguro los ganados del ejército, pues habiendo avanzado demasiado, contra lo dispuesto por su jefe, estuvo a punto de ser cercado y hecho prisionero con todos sus soldados. Parece también que el flanco izquierdo, mandado por el coronel Alcázar, estuvo un momento envuelto por dos destacamentos de vanguardia que habían sido empujados hasta allí, el estandarte desplegado, y que el enemigo se hallaba ya en la trinchera cuando fue rechazado a la desbandada por el Comandante en Jefe, que cargó la bayoneta a la cabeza de cincuenta hombres y le hizo retroceder hasta su división¹⁵. Desde entonces la acción se hizo general. Los generales de Gaínza al frente de todo su ejército avanzaron ante las trincheras con objeto de cercarlas para dirigirse enseguida sobre los puntos que más fácil presentaban el asalto. Pero en todas partes encontraban una firme y bien sostenida resistencia; después de tres a cuatro horas de un combate, en que se perdió mucha gente ametrallada de frente y de costado por siete cañones y setecientos fusileros bien atrincherados, se vieron en la necesidad de batirse en retirada, dejando en el campo buen número de muertos, de fusiles y otras armas, y en las quebradas vecinas casi toda su artillería que pudieron recuperar al día siguiente. En esta acción, sin disputa una de las más empeñadas entre las que se habían dado desde el principio de la guerra, todo el mundo se mostró digno de la causa que defendía, porque los realistas fueron tan impetuosos en el ataque como ardientes los patriotas en la defensa; pero las pérdidas de éstos fueron, gracias a su posición, poco menos que insignificantes, pues sólo tuvieron siete muertos, dieciocho heridos y seis contusos, mientras que los realistas dejaron en el campo de batalla setenta y siete muertos a cuyo número hay que agregar los que se llevaron, como hacían siempre que tenían tiempo para ello. Si la patria hubiese tenido recompensas que dar, el cuerpo de oficiales casi en su totalidad hubiera aspirado a ellas, tanto fue lo que se distinguió en esta ocasión, todos los regimientos y todas las compañías llenaron sus deberes con un celo que rayó en heroicidad. Entre los jefes que más sobresalieron merecen una lágrima de dolor el intrépido comandante de la compañía de milicianos de Rancagua don Agustín Armanza y el capitán don Claudio José de Cáceres, muertos pocos días después como resultado de sus heridas; y no deben pasarse en silencio los nombres de don José Joaquín Guzmán, Balcarce, Alcázar, Las Heras, don Nicolás García, don José Manuel Borgoño, don Manuel Zorrilla, etc. y sobre todos el héroe de esta victoria, el valiente Mackenna, quien durante el combate fue como el lazo que unía los diferentes cuerpos, corriendo tan pronto a una parte y a otra para llevar el auxilio adonde era necesario, celo que lo expuso mucho y que no cesó de desplegar hasta el fin de la acción a pesar de una herida de bala, afortu-

¹⁴ Carta del coronel Urrejola y autos del consejo de guerra contra el brigadier don Gabino Gaínza.

¹⁵ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

nadamente muy ligera que recibió en el cuello en el momento de ir a reforzar con los cincuenta hombres del destacamento de Balcarce, el punto avanzado del gran reducto muy comprometido por lo brusco del ataque.

Hubiera sido indudablemente mucho más completa esta victoria, conseguida sobre un enemigo tres veces superior en número, si Mackenna aprovechando el desorden que reinaba entre los realistas que huían en completa derrota incomodados por un diluvio de balas, hubiese podido perseguirlos con la caballería. Pero por desgracia el enemigo le había cogido pocos días antes la mayor parte de los caballos y los que quedaban eran tan pocos que no quiso exponerlos, con más razón, cuanto que ignoraba absolutamente la importancia del buen éxito que había conseguido. Prueba de ello es que temiendo en la noche misma un nuevo ataque a las dos de la mañana, repitió a O'Higgins sus apremiantes instancias, suplicándole por amor de Dios que no retardase un solo instante el reunírsele, pues se prometía de este modo poner de una vez término a las calamidades de la patria¹⁶.

O'Higgins había dado en varias ocasiones pruebas repetidas de audacia y de resolución, pero es necesario confesar que esta vez desmintió completamente su carácter y se condujo con culpable inercia. ¿Cómo en efecto pudo permanecer simple espectador y por decirlo así las armas descansadas en una acción en que su presencia, atendido el número de sus soldados, hubiera sido tan útil y tan decisiva para completar la victoria? Verdad es que la acción terminó pronto y tuvo lugar al anochecer y en momentos en que la fuga de los vencidos era protegida por la oscuridad y por una copiosa lluvia; pero, sin embargo, el deber del General en Jefe era acudir instantáneamente al sitio en que se oía un sostenido fuego de cañón, y esto es lo que no hizo, permaneciendo con una especie de indiferencia hasta que el día siguiente 21 mandó pasar el río Itata a sus primeras avanzadas y puso en movimiento el 23 toda la división reuniéndose con Mackenna, que era lo que éste y todos sus compañeros más deseaban.

Pocos días después, esta magnífica victoria, tan apta para restablecer la moral del soldado, quedó neutralizada por un revés en extremo sensible. La Junta Gubernativa fue recibida en Santiago con una alegría que formaba un contraste bien singular por cierto, con la conspiración que un gran número de chilenos auxiliados por algunos naturales de Buenos Aires, tramaban en aquellos momentos. Ignorante de esta conspiración y deseosa de reconquistar a Talca, cuya pérdida se ocultó al público durante muchos días, dispuso a toda prisa formar una división capaz de llevar a cabo esta empresa. Pero el día después de su llegada estalló la revolución

¹⁶ Hemos oído decir a don Lorenzo Reyes, que militaba en las filas de los realistas, que el proyecto de Gaínza era en efecto intentar al día siguiente un segundo ataque antes de que llegasen las tropas de O'Higgins; pero que el mal estado del terreno a consecuencia de la fuerte lluvia de la noche anterior, se lo impidió. De un manuscrito de un oficial realista citado por don Diego Benavente, aparece por el contrario que Gaínza pasó esa noche acompañado de su edecán Tirapegui bajo un espino con inminente riesgo de caer prisionero o de finalizar su existencia en aquella noche; que algunos jefes y oficiales con los soldados que voluntariamente quisieron seguirlos llegaron desordenadamente a la hacienda de Cuchacucha y con el mismo desorden se verificó la retirada al cuartel general de Chillán, donde a los tres días aún no se había incorporado el total de la fuerza atacadora.

y la Junta fue reemplazada por un director, que siguió la misma idea y se puso al frente de esta división al teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, joven muy honrado y valiente, que movido por su amor a la patria y a la libertad, había abandonado la marina española en la que empezó su carrera militar¹⁷. El efectivo de esta división era de seiscientos setenta fusileros, setenta artilleros con cuatro piezas y setecientos milicianos de caballería, mil cuatrocientos cuarenta hombres en total, estando comprendidos en este número los soldados que Bascuñán llevó a San Fernando después de la pequeña acción de las alturas de Larqui y acababa de incorporar a los del teniente coronel don Fernando Márquez de la Plata a su llegada a dicha ciudad.

Esta pequeña columna, destacada en los momentos en que acababan de reunirse las dos divisiones O'Higgins y Mackenna, hubiera sido suficiente para conseguir el objeto del gobierno, si todos los soldados de que se componía hubiesen sido dignos de su comandante; pero desgraciadamente había en ella muchos reclutas, pocos veteranos, casi todos desertores y por lo tanto de escasa confianza, y un buen número de jóvenes sacados de la provincias del centro y del norte de la república, las cuales, lejos de ser como las del sur, cuna de hombres valientes y sufridos, soldados en cierto modo de nacimiento, no presentan por el contrario más que ciudadanos tímidos y pacíficos, poco aptos para la guerra y por consiguiente muy lentos en aprender el manejo de las armas. Con tales elementos iba a reconquistar don Manuel Blanco la villa de Talca, teniendo que vérselas con un enemigo muy inferior ciertamente en número, pero muy superior en ardor e inteligencia militar.

El 14 de marzo estaba reunida toda la división en San Fernando y salía en dos columnas, mandada una por el teniente coronel don José Soto que debía acampar a orillas del río Tinguiririca, y la otra por el de igual graduación Bascuñán, encargado de avanzar hasta la hacienda de Chimbarongo y esperar allí al General en Jefe. Esta orden no fue por desgracia cumplida y una desobediencia a todas luces injustificable, fue el preludio de una insubordinación que necesariamente había de ser funesta a la expedición. Llegados en efecto al lugar elegido para campamento, don Enrique Larenas, comandante de caballería de milicias, pretendió que debía continuar la marcha y acampar más cerca de Curicó; se promovió de aquí un fuerte altercado entre él y Bascuñán, quien en su calidad de jefe, y como tal responsable del cumplimiento de las órdenes del General, se opuso formalmente al proyecto de Larenas, pero éste, de carácter díscolo y revoltoso, sembró la discordia en el cuerpo de oficiales, los sublevó contra su jefe y forzó en cierta manera a éste a tener un consejo de guerra, en el cual, como era de presumir, obtuvo una gran mayoría. La división, pues, continuó su marcha y fue a acampar a Curicó. El enemigo se encontraba en las inmediaciones, pero se le suponía del otro lado de Lontué y a bastante distancia, cuando a eso de la una de la madrugada algunos disparos de los centinelas pusieron a todo el mundo en movimiento. Creyeron al principio que se trataba de un ataque en regla y con este temor ordenaron los oficiales una

¹⁷ He oído decir a don José Miguel Infante que la intención de la Junta era poner a la cabeza de aquella división a don Santiago Carrera, militar argentino y de toda confianza.

retirada sobre el cerro de Curicó que domina la ciudad y enseguida emprendieron la marcha, pero seguidos solamente de un corto número de soldados, porque los demás prefirieron continuar sus desórdenes y sus orgías en la ciudad, de la que no salieron hasta que el enemigo los obligó a hacerlo. En tales circunstancias llegó el General en Jefe quien irritado en gran manera por una desobediencia que nada podía justificar, reprendió severamente a la mayor parte de los oficiales, en especial a los que con su indisciplina habían comprometido temerariamente la suerte de la columna, y después viendo que no quedaba más remedio, considerada la fuerza del enemigo, que una retirada, fue a reunirse a la segunda columna y con ella se dirigió por el lado de San Fernando, siempre en medio de algunos desórdenes que llegaban muchas veces hasta los excesos de la inmoralidad.

Otro general hubiera titubeado en continuar la campaña con soldados cuya indisciplina no ofrecía garantías de ninguna especie, pero don Manuel Blanco era demasiado pundonoroso para renunciar a su misión por difícil y desagradable que fuera, y tres días después volvió a emprender el camino de Talca con la esperanza de que a la vista del enemigo cesarían los desórdenes de sus soldados. A los dos días, es decir, el 21 de marzo, su pequeño ejército llegaba a Curicó y su vanguardia sufría el fuego del enemigo, apostado del otro lado del río Lontué para disputarle el paso. Algunas guerrillas bastaron para dispersarlo y hacerlo retroceder primero hasta las casas de la hacienda de Quechereguas y después hasta más allá del estero de Ríoclaro. El joven alférez don José Gregorio Allende fue el que lo desalojó después de un ligero combate, en que las pérdidas de ambas partes fueron insignificantes, y como el camino quedó expedito, el ejército continuaba con toda seguridad su marcha cuando un parlamentario del jefe enemigo, don Ángel Calvo, vino a quejarse al general chileno de la barbarie del oficial don Ramón Gormaz, por cuyo mandato habían cortado las orejas a los últimos prisioneros, y a amenazarlo con observar por su parte la misma conducta con los que cayesen en sus manos, si se repetía semejante exceso. Todo esto no era más que un pretexto para ponerse en comunicación con este General e intimidarlo, abultando la fuerza de la división y hasta proponiéndole en nombre de su jefe, un combate entre ambas partes en el terreno que eligiese. No era posible que un hombre de las ideas caballerescas de don Manuel Blanco se hiciese sordo a tal provocación y al aceptarla designó el llano de Quechereguas como el sitio más conveniente para llevarla a efecto. El general Blanco trasladó a él inmediatamente su pequeño ejército y estuvo gran parte del día esperando con impaciencia la llegada del enemigo provocador; hasta por la tarde no se apercibió de que su campeón, burlándose de lo que hay más sagrado en el honor militar, se había valido de una astucia para ganar a Talca sin ser inquietado. A vista de esto no le quedaba más esperanza que la de habérselas con él en dicha ciudad, a la que se dirigió al día siguiente, lleno de justa cólera por tan villana perfidia. Llegó cerca de Pelarco, donde pensaba permanecer a la expectativa, pero la insubordinación de los soldados y aún más la de los oficiales, no le permitió seguir en esta idea. En efecto, unos patriotas escapados de Talca, les hicieron creer en su orgullosa presunción que bastaba su presencia delante de esta ciudad para desalojar al enemigo y ocuparla, de lo que era buena prueba,

según ellos, una gran polvareda que señalaban y que pretendían ser levantada por los realistas que empezaban a salir. Con esta engañosa esperanza los oficiales comprometieron a su comandante a continuar una expedición que por otra parte lisonjeaba muy particularmente los instintos de honor y de gloria de este jefe. Prosiguiendo, pues la marcha se encontró bien pronto ante las puertas de la ciudad y se colocó en batalla en los arrabales del norte. No habiendo querido rendirse Calvo, mandó que jugase la artillería y destacó diversas guerrillas para atacar al enemigo por diferentes puntos. Una de las guerrillas, la del alférez don Florentino Palacios, se apoderó de la torre del convento de San Agustín, distante sólo tres cuadras de la plaza y por medio de un buen sostenido fuego obligó al enemigo a encerrarse en la misma plaza para defenderse al abrigo de las trincheras. En este momento la ventaja estaba toda de parte de los patriotas y es de presumir de su impetuoso ardor que se hubiesen hecho dueños de la ciudad, si la llegada de un cuerpo auxiliar que suponían ser realistas escapados de Talca, no hubiera obligado a don Manuel Blanco a batirse en retirada y a tomar posición en Cancha Rayada para defenderse en caso de necesidad. El mismo que le dio la noticia de la aproximación de estos auxiliares, le entregó un oficio de don Bernardo O'Higgins, en que le mandaba estar sólo a la defensiva, observar al enemigo de Talca y entretenerle en esta posición o perseguirlo si se movía hacia el sur; en una palabra, que se limitase a una diversión para impedir la reunión de tropas en el río Maule. Este oficio le confirmó en la idea de retirarse sobre Cancha Rayada, pero con la llegada de los doscientos hombres que el valiente Lantaño llevó a Olate, éste no le dio a tiempo para hacer una retirada formal. El mismo día que llegaron y sin dejarlos descansar, los incorporó a la guarnición y marchó enseguida a perseguir las tropas de Blanco. Lantaño con sus doscientos hombres protegidos por dos piezas de a cuatro estaba en el centro, teniendo a su izquierda al General en Jefe con la caballería y una compañía de infantería, y a su derecha a don Leandro Castillo con ochenta hombres de diferentes armas. En este orden avanzaron los realistas a paso regular y sin tirar un tiro, a pesar de que eran ametrallados por los patriotas. Cuando llegaron a estar a corta distancia empezaron a disparar por hileras siempre avanzando y a jugar los dos cañones, cuyos fuegos oblicuos causaron desde luego algún estrago y produjeron gran confusión en las filas. Al punto que Olate se apercibió de este desorden, mandó cargar la bayoneta y a los pocos minutos los patriotas estaban en la más completa derrota a pesar de los esfuerzos de los oficiales Picarte, Aldunate, Allende, etc., y sobre todo del Comandante en Jefe, quien estuvo constantemente expuesto al enemigo, y no hubieran conseguido escaparse a no ser por el socorro que les prestó el joven teniente de milicias don José Romo. En este desgraciado encuentro la pérdida de los realistas fue insignificante, no así la de los patriotas que fue puede decirse completa: artillería, bagajes, municiones, todo por su indisciplina y falta de experiencia, cayó en poder de aquéllos. La infantería que al principio del combate bajó a las honduras del río Claro fue hecha prisionera casi toda y sólo se salvaron unos cuantos milicianos de caballería, pero en desorden tal que únicamente pudo reunirse un corto número de ellos.

CAPÍTULO XXXVI

Decide O'Higgins atacar al enemigo en Chillán, pero desiste de este propósito al saber sus movimientos hacia al norte. Lo sigue con objeto de pasar el río Maule antes que él. En Achibueno quiere atacarlo por sorpresa, pero el incendio de veintidós cargas de pólvora se lo impide. Su mala posición al llegar al vado de Duao por la pérdida de la división Blanco y su estratagema para parar el de Queri. Acciones de Guajardo, Río Claro y Quechereguas. Llegada de un refuerzo de hombres al mando de don Santiago Carrera. Salida de Mackenna y Balcarce para Santiago. Los realistas se apoderan de Talcahuano y Concepción, quedando dueños de toda la provincia.

La reunión de las dos divisiones y más que todo el entusiasmo de los soldados como resultado de la victoria del Membrillar, colocaban a O'Higgins en excelente posición para volver a tomar la ofensiva y atacar inmediatamente al enemigo en sus fortificaciones de Chillán. Aunque el número de sus soldados no era grande, pues apenas tenía mil cuatrocientos veteranos, ciento cuarenta artilleros y algunos milicianos de caballería, tropa irregular que no merecía mucha confianza, sin embargo, protegido por veintidós cañones de todos calibres se decidió a seguir este plan, confiando en que la división del teniente coronel Blanco, que esperaba se le reuniese muy pronto, contribuiría a sus triunfos por medio de alguna diversión en el ejército realista. Antes de ponerse en marcha envió muchos espías para conocer la posición del enemigo y sus proyectos futuros, y al mismo tiempo despachó al capitán don Venancio Escanilla para que se entrevistase con el General en Jefe y en primer lugar le reclamase la brutal e injusta severidad que usaba con los dos ilustres prisioneros don José Miguel y don Luis Carrera, amenazándolo con usar represalias en caso de no dar oídos a esta reclamación, y además sondease bien sus intenciones para combinar mejor el plan de ataque. Por este medio supo que Gaínza se consideraba bastante fuerte para marchar sobre Santiago, donde creía ser apoyado por un número considerable de realistas decididos y por todas aquellas personas, muchas desgraciadamente, que no teniendo opinión fija, estaban viendo el éxito de una batalla decisiva para afiliarse al partido vencedor como quien coge una tabla de salvación. Esta noticia que muchos espías confirmaron, varió el plan de O'Higgins, decidiéndolo a tomar el mismo camino, para batir a su antagonista, antes que llegase a aquella capital. Los dos ejércitos se dirigieron, pues al norte simultáneamente, siguiendo una línea casi paralela y a veces a tan corta distancia

que en Achibueno, O'Higgins pensó atacar a su adversario, lo que fue discutido y aprobado en un consejo de guerra. El ataque debía tener lugar muy de mañana y por sorpresa, gracias a un bosque espesísimo que separaba a los dos ejércitos.

A las tres de la madrugada todo el mundo estaba en pie y pronto a ponerse en marcha, cuando de repente se oyó en el campamento una explosión espantosa que introdujo gran desorden en las filas. Se creyó al principio que sería algún ataque del enemigo, pero se supo muy luego que se había prendido fuego a veintiocho cargas de pólvora, habiendo dado la feliz casualidad de no haber sido herida ninguna de las personas que se hallaban en las inmediaciones del punto donde ocurrió la catástrofe. Nunca pudo saberse con certeza la causa de este accidente, pero todas las presunciones están porque fue efecto de uno de los mil recursos que el ingenio de don Vicente Benavides inventaba en los momentos de peligro¹⁸; por lo menos no cabe duda de que este oficial subalterno, a quien veremos figurar como gran campeón del ejército real en el período de su agonía, estaba entre los prisioneros del Membrillar con grillos en los pies y que en medio de la gran confusión que se produjo, logró escaparse, evitando así la muerte que por tráfuga merecía.

Como resultado de este accidente, forzoso fue a O'Higgins renunciar al ataque y procurar adelantarse al enemigo acelerando el paso, lo cual fue causa desgraciadamente de muchas exacciones y desórdenes, consecuencia ordinaria de la rapidez de los movimientos. La ventaja en aquellos momentos estaba de parte del que primero llegase al Maule, porque ése lo pasaría sin dificultad y disputaría el paso al otro, pues este río era el obstáculo más difícil que había que vencer por el encajonamiento y rápido curso de sus aguas y porque tiene pocos puntos vadeables. O'Higgins ignoraba a la sazón la derrota de la división de Blanco encargada de observar y tener en jaque la de Olate en Talca, pero cuando se la dijeron al llegar cerca de Linares, y le fue confirmada de viva voz la noticia por dos prisioneros y por un guaso, supo que su posición había cambiado completamente, que era muy crítica y que no le quedaba más recurso que acelerar todo lo posible la marcha para sorprender un vado, dirigiéndose para este efecto hacia el de Duao, a cuyas inmediaciones fue a acampar.

Como lo temía, una división enemiga, mandada por el tráfuga don Ángel Calvo, estaba del otro lado y le disputó vivamente el paso, lo que le colocó entre dos fuegos con fuerzas muy inferiores en hombres¹⁹ y en caballos. Viéndose en posición tan embarazosa reunió en consejo de guerra a sus oficiales para discutir el plan que convenía seguir y sin esperar que se concluyese, pero después de haber manifestado que su parecer era hacer frente a Gaínza, tomó cuatrocientos hombres y dos piezas de artillería y se dirigió contra aquél sin más objeto que entretenerle

¹⁸ He oído decir a una persona que el fuego prendió al aproximarse una mula ya cargada de unos palos encendidos y del mismo modo explica el suceso al señor Barras en sus interesantes estudios históricos sobre don Vicente Benavides. Yo, sin embargo, sigo la opinión de don Bernardo O'Higgins y de otros muchos oficiales testigos presenciales del suceso, porque no puedo creer que haya nadie tan imprudente que encienda lumbre junto a un depósito de pólvora.

¹⁹ Los dos partidos reclaman el mismo derecho sobre la inferioridad numérica de sus tropas.

con pequeñas escaramuzas y dar tiempo a sus soldados de hacer trincheras que le sirviesen de defensa²⁰.

A su vuelta se encontró con que todos los oficiales eran de contrario parecer al suyo y que estaban completamente decididos a forzar el paso, a pesar de la ventajosa posición del enemigo²¹. Éste hubiera sido el partido más prudente y probablemente el que más convenía a los patriotas si el ejército de Gaínza hubiere estado a mayor distancia; pero hallándose tan cerca era imposible que en el desorden, siempre inevitable al pasar un río de tan difícil acceso y en presencia del ejército enemigo, dejara de haber numerosas pérdidas, equivalentes quizá a una derrota, y entonces quedaría muy comprometida la suerte de Santiago; porque desembarazado el camino de esta capital hubieran sido necesarios esfuerzos inauditos para contener a un enemigo, que sabía perfectamente la desunión que aquejaba al partido chileno y el espíritu contrarrevolucionario que animaba a algunos realistas inquietos y turbulentos de aquella capital. Por lo demás la retaguardia acababa de tener una escaramuza con la división Lantaño y algunas otras tropas mandadas por Elorreaga, lo cual daba a entender que se preparaba una acción general. Por todos estos motivos creyó O'Higgins que no debía conformarse con la determinación del consejo de guerra y usando de las atribuciones que como general en jefe le correspondían por las ordenanzas, declaró que insistía en su primera resolución y que estaba decidido a hacer frente a su adversario, pues la necesidad lo exigía; añadiendo que las acciones de guerra más brillantes son debidas casi siempre a golpes desesperados²². Tal era su intención, que empezó a poner en práctica haciendo todos los preparativos necesarios, cuando le anunciaron con gran sorpresa, que Gaínza con todas sus tropas se desviaba del lado del oeste para ir a ganar al vado de Bobadilla. Ignorando sin duda que Calvo se encontraba sobre el de Duao, por el cuidado que había tenido O'Higgins de cortarles sus comunicaciones, había terminado dirigirse cuanto antes sobre este vado para unirse a las tropas de Olate y combinar así sus esfuerzos con objeto impedir el paso del ejército patriota. Desgraciadamente para él, la orden que había dado del campo de Longaví a este coronel no se había ejecutado, habiéndose contentado con enviarle al coronel Lantaño que se le unió en Yervas Buenas y apostar sobre el río al comandante Calvo, que sólo a medias llenó los deseos del general realista²³.

La retirada del ejército realista fue para los jefes de los patriotas un golpe de fortuna que celebraron con entusiasmo, bien que éste duró poco, porque no les fue difícil penetrar los designios de Gaínza y comprender que su posición era muy comprometida si llegaba a realizarlos. En este conflicto O'Higgins creyó conveniente

²⁰ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

²¹ Refiero este hecho tal como lo he ventilado con el mismo don Bernardo O'Higgins; pero según el diario manuscrito del capitán don Nicolás García, que asistió al consejo y la memoria de don Diego Benavente exactamente conforme con dicho diario, parece que no hubo más oficial que opinase por el paso del río, que Balcarce y que todos los demás participaron del dictamen de O'Higgins, es decir, fueron del parecer que debía hacerse frente al ataque de Gaínza.

²² Conversación con don Bernardo O'Higgins.

²³ Véanse los autos del consejo de guerra contra el brigadier don Gabino Gaínza.

prevenir a todo trance esta resistencia y verificar cuanto antes el paso, cada vez más difícil: al efecto buscó hombres prácticos en el terreno, que mediante una buena recompensa le enseñasen otro vado, y dos campesinos que se le proporcionó prometieron conducirlo a uno poco distante de su campamento. A él partió inmediatamente con las debidas precauciones y a favor de la noche. No conociendo la posición del enemigo, por lo cual había enviado al catalán Molina a que picase su retaguardia y no atreviéndose a tentar un golpe de fortuna en una acción en regla, porque para esto era necesario como él decía batirse como tigres, creyó debía contentarse con pasar lo más pronto posible y con mucho silencio el vado que le habían indicado, antes de que pudiera oponérsele obstáculo. Para obtener este resultado necesitaba engañar a los soldados de Calvo e inspirarles confianza y esto hizo dejando cuarenta hombres en el campamento con orden de encender fuegos en toda su extensión, de dar voces de cuando en cuando como centinelas avanzados y de no desampararlo hasta llegada del destacamento de Molina, con el cual se incorporarían para ir a unirse al grueso del ejército. Con esta hábil estratagema consiguió O'Higgins llegar sin ser molestado al vado llamado de Queri²⁴, unas tres leguas de su punto de partida.

Aunque a la sazón no era todavía completamente de noche, dio orden sin perder momento, al intrépido sargento mayor don Enrique Campino, que merecía toda su confianza por las pruebas de valor que dio en la refriega de Quilo, de atravesar el río a la cabeza de doscientos dragones, que debían llevar otros tantos granaderos a la grupa²⁵. Esta especie de vanguardia tenía por objeto cubrir los alrededores, hacer frente a las guerrillas que pudieran presentarse, contenerlas o dispersarlas y proteger de esta manera el resto del ejército, que necesitaba estar completamente expedito para poder pasar el río. El vado no dejaba de ser profundo, pues a los infantes les llegaba el agua a la cintura y era tan incómodo para el paso de los bagajes, compuestos de treinta y seis carretas y algunos furgones y sobre todo para el de los veinte cañones, que los soldados y hasta los oficiales tuvieron que empujar las ruedas; pero a pesar de tan excesiva fatiga, el entusiasmo fue general y no decayó un punto, presagio favorable de futuros sucesos²⁶.

Serían las nueve de la mañana cuando todos estos infatigables patriotas habían franqueado el río, con gran contentamiento de los oficiales que habían participado de las fatigas del soldado y sobre todo de O'Higgins, que sabía apreciar mejor que nadie las dificultades y el peligro de su posición. Casi en el mismo momento lo pasaba Gaínza por Bobadilla con tal desorden que algunos cortos destacamentos hubieran bastado para derrotarlo o al menos para apoderarse de toda su artillería; desgraciadamente la pérdida de la división Blanco y el mal estado de la caballería, no permitían a O'Higgins dar este golpe de mano sin comprometer temerariamen-

²⁴ A este vado se le han dado muchos nombres. O'Higgins lo llama de los Alarcones y en su parte, de Quiñones, don Nicolás Díaz y don Antonio Benavente lo designan por el vado de Alarcones o del Fuerte y otros autores por el de Andarivel. Nosotros aceptamos el nombre que le dan los realistas, porque es el mas antiguo y por el que se le conoce más.

²⁵ O'Higgins. El manuscrito de don Nicolás García y de don Diego Benavente sólo hacen subir esta cifra a cincuenta.

²⁶ Véase el parte de O'Higgins en el *Monitor Araucano*, tomo 2, número 33.

te su ejército, cifrando por el contrario la salvación de la patria en pasar pronto el río, objeto de todo sus pensamientos y de toda su ambición. Realizadas sus miras sólo pensó en dirigirse al norte para interponerse entre Gaínza y la capital y reunirse al refuerzo que el gobierno había prometido enviarle al mando de don Santiago Carrera. En los montes de Guajardo fue atacado al amanecer por una gruesa partida de caballería que Gaínza, sorprendido altamente al saber el paso de los patriotas, destacó al mando de Olate y Lantaño. Tenían éstos orden de hostigar a los patriotas y contener en lo posible la rapidez de su marcha, para dar tiempo a alcanzarlos y batirlos. La escaramuza no tuvo consecuencias, pues fue muy reducido el número de heridos y más aún el de muertos y, aunque Lantaño logró apoderarse de un cañón de las avanzadas, una partida, enviada en auxilio de éstas, lo recobró bien pronto. Algo más seria fue la escaramuza que al día siguiente tuvo lugar a orillas del río Claro, defendido por otras dos partidas a las órdenes de Calvo y Olate, a quienes Gaínza había destacado para apoderarse, si era posible de Quechereguas, posición que sus tenientes le habían hecho creer era en extremo ventajosa. Pero gracias a la pericia de los artilleros y sobre todo del capitán don Nicolás García y del teniente don José Manuel Borgoño, el enemigo tuvo que repasar al sur del río y fue perseguido por la caballería de don José María Benavente. Así pudo el ejército franquear este riachuelo y continuar sin tropiezo la marcha sobre Quechereguas, adonde llegó a eso de las cinco de la tarde.

Las casas de esta hacienda, situadas en una llanura cerca del camino real y a corta distancia del río Lontué, fueron para los patriotas un punto importante de defensa, porque abrieron en las paredes troneras en que colocaron los cañones, construyeron trincheras con grandes líos de charqui y grasa, derribaron las paredes inmediatas que pudiera utilizar el enemigo y los milicianos de Aconcagua quemaron grandes montones de leña que había a poca distancia de las casas y que podían servir al enemigo de abrigo. Gracias a estos preparativos, Gaínza quedó completamente desconcertado cuando al día siguiente 8 de abril vino a atacar con todo su ejército a los patriotas a quienes suponía simplemente acampados, y a pesar de la firmeza de sus soldados y no obstante su presencia de ánimo en el peligro, le fue forzoso retirarse del otro lado del río Claro, después de haber sufrido durante gran parte del día un fuego mortífero de estas fortificaciones improvisadas. A pesar de este contratiempo, Gaínza se presentó por segunda vez y simulando querer pasar el río Lontué y marchar sobre Santiago, creyó con esta estratagema atraer a los patriotas y sacarlos de sus fuertes posiciones para combatir a campo limpio; pero O'Higgins, que había descubierto su verdadero intento, lo dejó pasar con entera libertad, y saliendo después al frente de la caballería atacó la retaguardia, que hubiera perecido toda, a no ser por el refuerzo que inmediatamente envió el general realista en su socorro. Entonces se empeñó en una acción casi general, aunque poco animada, que duró casi todo el día y que no dio más resultado que hacer experimentar un nuevo revés al ejército real. En este momento llegó el refuerzo de los cuatrocientos hombres²⁷, enviados de Santiago a las órdenes de don Santiago Carrera. Aunque

²⁷ Los documentos dicen ciento cincuenta.

éstos no tomaron parte en el combate por haber llegado tarde, contribuyeron a su resultado, porque al ver el enemigo una gran polvareda que se iba acercando y al oír los vivas entusiastas que daban los patriotas a los recién llegados, creyó que el número de soldados era mayor y bajo la impresión de esta creencia se apresuró a batirse en retirada y a guarecerse en el lado opuesto del río Claro, donde pasó la noche. Al día siguiente, en vista del número de desertores y de la falta de tiendas en una época en que por las continuas lluvias eran absolutamente necesarias para los soldados, sobre todo para los de Lima que constantemente se quejaban del mal tiempo, Gaínza reunió un consejo de guerra, en que resolvió retirarse a Talca a pasar allí el invierno. O'Higgins permaneció en Quechereguas bastante contrariado con la marcha del coronel Balcarce, quien en un momento de mal humor determinó separarse del ejército, dejando al mando de los auxiliares de Buenos Aires a su valiente sargento mayor don Juan Gregorio de las Heras²⁸. En la misma época Mackenna se dirigía también sobre Santiago para conferenciar con el Director sobre las necesidades del ejército, cada vez más apremiantes, cuanto que acababa de recibirse la triste noticia de la pérdida de Concepción y de Talcahuano, que habían caído en poder de los realistas.

Estas dos ciudades, únicos puntos de la provincia de Concepción que estaban en poder del gobierno, fueron en efecto tomadas a mediados del mes de abril. El intendente militar don Matías de la Fuente fue el encargado por Sánchez de hacer esta conquista. A la cabeza de trescientos hombres de la guarnición de Chillán, de la partida de Los Ángeles a las órdenes de Pando, de las de San Pedro y Arauco mandadas por Quintanilla y de las milicias de Laja, Tucapel, Rere, etc., mil hombres en total, sobre poco más o menos, se presentó el 11 de abril delante de Concepción, guarnecida por unos doscientos hombres y éstos en mal estado de salud y muy fatigados como resultado de lo que los molestaban las guerrillas de Quintanilla y los barcos que cruzaban delante de la bahía de Talcahuano. El teniente de granaderos don Juan Manuel Correa salió de observación con veinte fusileros montados, encontró las primeras avanzadas en Palomares y después de una refriega en que cinco soldados suyos se pasaron al enemigo, se vio obligado a replegarse sobre Agua Negra, donde estaba don Diego Benavente con cuarenta fusileros y una pieza volante de artillería. En el mismo momento se dejó ver todo el grueso del ejército que avanzaba con objeto de reunirse a las tropas de San Pedro y de Rere acabadas de llegar y juntas ocuparon todas las alturas de Concepción, adonde habían ido a refugiarse Benavente y Correa. Aunque la ciudad no estaba fortificada, el puñado de valientes que la defendía resistió por espacio de muchos días los repetidos ataques de los realistas, los desalojó de las calles de que se habían apoderado y hasta tuvo arrojo, a pesar de la inferioridad del número, para hacer algunas salidas, en las que desgraciadamente no estuvo la ventaja de su parte y

²⁸ Según el diario de don Nicolás García y la memoria de don Diego Benavente, Balcarce había opinado muchas veces que el ejército debía retirarse del lado de Santiago, parecer en que insistió después de la acción de Quechereguas, habiéndose decidido a abandonar el ejército por el poco caso que se hacía de sus consejos. Según el diario de Carrera, el director Lastra no era afecto a este coronel.

en una de las cuales murió el valiente comandante don Juan Manuel Vidaurre. Precisados al fin de concentrarse en la plaza que fortificaron con algunos cañones, estaban decididos a defenderse con el denuedo que les inspiraba su mala posición, cuando vieron que el enemigo se situaba en los techos de las casas que dominaban la misma plaza. Entonces ya no les quedó más recurso que rendirse, pero lo hicieron con todos los honores de la guerra, habiendo estipulado que saldrían con tambor a la cabeza. Tal fue al menos al menos la cláusula expresa de su capitulación y, sin embargo, apenas se rindieron, la ciega pasión de los partidos se sobrepuso a la majestad del honor y de la justicia y los nobles defensores de la patria fueron encerrados en unas especies de prisiones sumamente sucias e incómodas en que se vieron faltos de todo y dominados por el triste presentimiento que los enviarían a las casamatas de Lima.

Dado este afortunado golpe de mano, don Matías de la Fuente, hombre emprendedor y no falto de talento, proyectó apoderarse de Santiago, eligiendo el pequeño puerto de San Antonio para punto de desembarco. Para este efecto suplicó al auditor de guerra don José Antonio Rodríguez apoyase esta expedición, pidiendo a Gaínza un refuerzo de doscientos hombres, con el cual y con que se continuase hostilizando a O'Higgins de manera que no saliese del sur, creía no necesitar más para llevar a cabo su plan. Rodríguez escribió en efecto a Gaínza, pero en vez de hablarle en favor de esta expedición, lo hizo desaprobándola y aconsejándole por el contrario que enviase la fragata inglesa a llevar víveres a Chiloé, con orden de conducir a la vuelta los cuatrocientos hombres disciplinados allí existentes, porque “lo de Santiago”, decía, es cosa hecha para la primavera²⁹.

²⁹ Según el proceso de Gaínza en Santiago, el mismo Rodríguez le hacía un cargo de no haber seguido las indicaciones de don Matías de la Fuente respecto de esta expedición, pero de una carta presentada por aquel brigadier resulta efectivamente la oposición de Rodríguez.

CAPÍTULO XXXVII

Preparativos de la Junta para separar del ejército a los hermanos Carrera. Revolución del 7 de marzo y concentración del poder en una sola persona. El coronel don Francisco de la Lastra, gobernador de Valparaíso, es nombrado director supremo de la república. Don Antonio José de Irisarri desempeña interinamente esta alta dignidad y manifiesta en sus actos la mayor energía, sobre todo contra los españoles no naturalizados en Chile. Recepción de Lastra y formación de un ministerio y de un senado consultivo. Recompensas concedidas a los antiguos miembros de la Junta.

Hemos visto que la Junta Gubernativa abandonó por el mes de octubre a Santiago para dirigirse a Talca y hacer de esta ciudad el centro principal de sus operaciones. Su objeto ostensible era aproximarse al teatro de la guerra para combinar nuevos planes de ataque contra Chillán y someter cuanto antes la provincia de Concepción, cuyos habitantes como resultado de excesos cometidos en su contra, se habían separado del partido de los patriotas y se habían unido al de los realistas. Penetrada de todo lo que tuvo de enérgico la Revolución Francesa, quiso imitar a los antiguos representantes o comisarios de ejército y a su ejemplo colocarse en medio del campamento para animar a los soldados con su patriotismo, vigilarlos más de cerca y poner remedio, en lo posible, a los desórdenes, consecuencia inevitable de tantas circunstancias imprevistas. Así es que Cienfuegos se dirigió hacia Concepción, donde se hallaba el cuartel general, y don José Miguel Infante hacia el ejército auxiliar en los momentos en que se había dado el mando de éste al coronel Mackenna. Pero el principal objeto de estas visitas, hay que confesarlo, era captarse la voluntad del ejército para que fuese indiferente a la medida de rigor, ya acordada, de separarlo de los hermanos Carrera y ponerlo a las órdenes de otros comandantes. Tal era en efecto todo el pensamiento, puede decirse, de la Junta, que recelaba mucho del prestigio de aquellos jefes, persuadida como lo estaba de que acabarían por abusar de él como elemento de fuerza para arribar al despotismo militar, cada vez más codiciado por don José Miguel Carrera.

Sin duda era de temer que el decreto mandando a los hermanos Carrera de abandonar un ejército que habían creado y en medio del cual habían vivido desde su formación, suscitase debates acalorados, reviviese las enemistades desgraciadamente muy comunes en momentos de regeneración social en que tantos intereses se ponen en juego y produjese en fin un conflicto peligroso por las resistencias

combinadas que podían encontrarse en los diferentes batallones y entre los oficiales completamente unidos a aquellos jefes por convicción o por reconocimiento. Pero en su hábil previsión, acertó la Junta a preparar los ánimos, aunque valiéndose a veces de medios que no todos pueden aprobarse, tales como favorecer en lo posible a los enemigos particulares de Carrera, anular la sentencia dada contra los que en 1811, 12 y 13, conspiraron contra ellos y con el objeto de atraerse el partido del clero, influyente siempre, mandaron devolver inmediatamente a los religiosos de la recolección de predicadores el convento de la Chimba, de que a principios de 1812 se les desposeyó para destinarlo a cuartel de artillería. Esto y los artículos que se publicaron en los dos únicos periódicos que existían entonces y que dependían absolutamente del gobierno, fueron más que suficiente para que la separación se verificase sin ruido y casi sin oposición. Pocos días después se dirigieron circulares a todas las municipalidades para hacer saber al pueblo el cambio hecho y obtener su aprobación. Fue éste un medio de legalizar el acto de severidad ejercido, a pesar de que como hecho consumado, no había materia sobre que discutir³⁰.

Después de este acontecimiento, los miembros de la Junta consideraron conveniente no permanecer más tiempo en Talca, y a fines de febrero de 1814 se restituyeron a Santiago, acompañados de una fuerte escolta que tomaron de la guarnición de Talca, lo cual, como antes hemos visto, contribuyó mucho a la pérdida de esta ciudad y a la muerte del valiente coronel Spano. Supieron la noticia de este desgraciado suceso en el momento en que pasaban el río Maipo, y sin desconcertarse y disimulando en lo posible su inquietud, dieron al punto las ordenes necesarias para reunir todas las milicias de Rancagua, continuando enseguida la marcha con objeto de llegar aquella misma tarde a Santiago. Su entrada se verificó al ruido de las aclamaciones de un pueblo entusiasmado. Durante dos días fueron obsequiados con festejos, lo que absorbió en parte sus pensamientos y distrajo sus justos temores; pero en el instante en que lo ocurrido en Talca se divulgó por el público, una agitación súbita sucedió a las demostraciones de alegría, despertó las pasiones de los descontentos y ambiciosos, dio lugar a censuras y luego después a que se celebrase un cabildo abierto, al que fueron llamados el comandante de artillería don Manuel Blanco y el de infantería don José Antonio Cotapos, para saber de ellos si harían uso de las armas contra el pueblo. La respuesta de estos honrados militares fue conforme con los deseos de los miembros de la Municipalidad, motores principales de este pronunciamiento, y entonces la revolución estalló con toda su fuerza y se hizo general. Enseguida todo el Cabildo y muchas personas que lo acompañaron, se dirigieron al palacio, donde los jefes militares fueron llamados otra vez y obligaron a los miembros de la Junta a hacer admisión. Don José Ignacio

³⁰ “Y enterados de todo dijeron que daban a V.E. las más expresivas gracias por la bondad con que ha querido sujetar al examen de los pueblos sus rectas providencias, no obstante hallarse revestido de la suprema autoridad para mandar y disponer cuanto convenga a la felicidad del Estado”. Oficio del cabildo de Rancagua. Otras muchas municipalidades contestaron asimismo felicitando al gobierno por su severa medida, pero no faltaron algunas que más reservadas, dejaron entrever en sus respuestas que su adhesión era más forzada que voluntaria.

Cienfuegos y don Agustín de Eyzaguirre se resignaron con calma a la voluntad de esta reunión casi espontánea y depositaron inmediatamente sus bastones sobre la mesa, pero don José Miguel Infante, apoyado en sus derechos y en su conciencia, se opuso con gran energía y si al fin cedió, no fue tanto por debilidad, sino porque no pudo convencer a sus colegas de que variasen de resolución. Obtenido este resultado, se acordó reunir en aquellos críticos momentos todos los poderes en una sola persona que fuese militar y don Mariano Vidal, natural de Buenos Aires, que se hizo el orador del pueblo, propuso con arreglo a las instrucciones que había recibido y sin duda por influjo de don Antonio Irisarri, al coronel don Francisco de la Lastra gobernador a la sazón de Valparaíso.

Tenía demasiado interés la Municipalidad en un cambio de gobierno que aspiraba a restablecer la autoridad a la altura de su ambición, para no acoger este pensamiento y apoyarlo con toda su influencia. Recordando que casi había representando al principio de la revolución el papel de soberano, papel que en cierto modo se le había despojado con el advenimiento al poder de los Carrera, y viéndose con disgusto reducida a una corporación meramente administrativa, sancionó con su voto el nombramiento que se le proponía y don Francisco de la Lastra fue reconocido por director supremo de la república. Mientras éste llegaba se encargó interinamente don José de Irisarri del gobierno del país, y don Santiago Carrera del mando general de las armas de la capital.

Así acabó el 7 de marzo de 1814 una junta que en todo el tiempo de su mando estuvo entregada a un temor y a una agitación desusados. Sus individuos, preciso es confesarlo, carecían de la aptitud necesaria para dominar los acontecimientos y atender a todas las necesidades que el estado de guerra traía consigo. Más inclinados por instinto y por educación a constituir que a resistir ni conquistar, no teniendo ya que luchar con el carácter dominante de los Carrera y persuadidos de que con O'Higgins, a quien sólo las circunstancias habían hecho soldado, el espíritu militar no se sobrepondría nunca al espíritu republicano, que fue lo que siempre temieron con los Carrera, se apresuraron a regresar a la capital para ocuparse en trabajos de organización, pero sin descuidar la vigilancia del ejército, al que debía volver don José Miguel Infante. Obrando de este modo en conformidad con sus instintos y sus buenas intenciones, esperaban estos dignos patriotas que la revolución tomaría el carácter de orden y dignidad que la nación, especialmente las provincias del sur, reclamaban por tantos motivos y que podría reunir enseguida y muy pronto el Congreso, en que las circunstancias no habían permitido pensar hasta entonces. Si paramos la consideración en lo que estos respetables ciudadanos hicieron en favor de la patria, nos convenceremos de que de ser más propicia la época, hubieran sin duda llevado a cabo acertadas innovaciones en su país, lo cual es de creer si no porque tuviesen un verdadero talento administrativo, a lo menos por su virtudes, su buen sentido y su ardiente patriotismo. Aparte de lo que hicieron para desbaratar los manejos del enemigo interior y de los descontentos, no perdieron de vista en cuanto se lo permitía su posición, las necesidades del ejército y el bienestar del soldado, por lo menos desde que O'Higgins fue nombrado general en jefe; simplificaron las oficinas del tesoro en lo relativo a las pagas de los

militares, uniformaron las mismas pagas en todos los cuerpos, suprimieron los descuentos, cargando al tesoro los gastos de hospital, etc.; pusieron bajo su dirección la Escuela Militar, conservándole el nombre de jóvenes granaderos y mandaron que todos los habitantes de Santiago comprendidos en la edad de quince a cuarenta y nueve años, fuesen regimentados por barrios como milicianos, teniendo por jefe principal al prefecto del barrio respectivo, etc. Además de esto, dedicaron toda su atención a las diferentes administraciones militares, lo cual no les impedía descender cuando lo requería el caso, a los más menudos detalles de los asuntos puramente municipales; cuidaron activamente de la policía, creando un superintendente director, al que todos los demás agentes estaban subordinados; establecieron nuevos cementerios que evitasen una vez para siempre los inconvenientes de enterrar los cadáveres en las iglesias o en sus inmediaciones; desplegaron gran vigilancia con motivo de las enfermedades que de un modo alarmante se propagaban en algunas comarcas; y procuraron el remedio a los numerosos abusos que se cometían en las exacciones de prorratas, tan difíciles por desgracia de evitar en momentos de revolución en que todo es confusión e irregularidad. Pero lo que los preocupó principalmente como a todos los buenos patriotas, fue el deseo de que progresase la instrucción pública, que consideraban con razón la más segura base para fundar la libertad y la felicidad de todo un pueblo y con este objeto multiplicaron las escuelas primarias, en las que estaban al lado uno de otro el hijo del rico y el hijo del pueblo para de esta manera inculcar desde temprano en el ánimo del primero el espíritu de igualdad y de democracia que la nueva sociedad exigía y en el segundo el sentimiento de honor y dignidad de que había estado privado tanto tiempo. Por el mismo motivo y para instruir al pueblo en los deberes que tenía que llenar en una sociedad, en la que bien pronto iba a tomar parte por medio del voto, mandaron componer un catecismo patriótico que se les hizo aprender a los soldados, a los criados y sobre todo a los estudiantes, los cuales tenían orden de recitarlo una vez a la semana, por lo menos, en la plaza Mayor acompañados de algunas personas condecoradas; procuraron también dar importancia a cuanto podía hacerles amar la revolución y exaltar su patriotismo, asociando en algunos casos las ceremonias religiosas, siempre más seductoras para la masa de la nación y muy convenientes para lisonjear el amor propio del clero. Porque aun cuando todo su pensamiento, especialmente el de Infante, estaba reducido a seguir los principios de la Revolución Francesa, temerosos, sin embargo, de pasar por filósofos, tenían cuidado de defenderse de esto en sus escritos y hasta muchas veces reclamaban de buena fe el apoyo de los religiosos, principalmente en todo lo que tenía relación con la enseñanza pública, servicio que desempeñaban admirablemente, pues además de una instrucción, que no era muy común en el país, ejercían mayor influencia para hacer penetrar en el espíritu de sus jóvenes educandos el principio moral, en que consiste la felicidad de una nación.

Mas a pesar de su buena voluntad para introducir en los diversos ramos de la administración las mejoras que su patriotismo les inspiraba, el estado del país y la presencia de un enemigo bastante poderoso que ganaba cada día más terreno, exigían del gobierno medidas muy vigorosas, razón por la cual se creyó conve-

niente concentrar todos los poderes en una sola persona, escogiendo un militar acostumbrado a la disciplina y a los peligros y siempre mucho más respetado por el ejército, verdadero defensor de una libertad naciente. Bajo este punto de vista es necesario decirlo, la nueva política que acababa de prevalecer en Buenos Aires comunicó toda su influencia a la de Chile³¹. Un mes hacía solamente que aquella república, intimidada por algunos reveses, había creado un supremo director, que fue el ciudadano don Gervasio Antonio de Posadas, cuando los habitantes de Santiago se apresuraron a imitar este nuevo sistema de gobierno, para dar más poder a su nuevo jefe y colocarlo en situación que pudiese sacarlos de la mala posición en que el país se hallaba. Porque independientemente de los progresos de la invasión, los adictos de los Carrera se presentaban siempre como partido muy activo de oposición y, aunque sólo se daban a conocer por actos misteriosos y confusos, prueba evidente de su debilidad, no por eso eran menos temibles, porque podían unir su resistencia a la de los demás descontentos y quizá asociarse a un buen número de españoles, que se sabía estaban prontos a lanzarse a todo movimiento que pudiera comprender la tranquilidad del país. Desgraciadamente no era Lastra el hombre que las circunstancias reclamaban, porque era débil e indeciso y lo que iba representar era el principio de energía. Su influencia personal valía además poco, no tenía más antecedentes que su mucha probidad y como apenas había figurado en los partidos políticos, su papel había sido el de un hombre conciliador, más bien que el de un hombre de acción. Sus amigos, que lo elevaron a esta alta dignidad, no hubieran previsto todas las dificultades que indudablemente se le iban a suscitar, si don Antonio José de Irisarri, que contribuyó mucho a su nombramiento, quizá con la intención de hacer un director sólo en el nombre, no hubiese estado allí para tomar una gran parte en su administración, con mucha satisfacción de los verdaderos patriotas, que conocían sus talentos y sobre todo su carácter firme y enérgico. Este noble extranjero³² poseía en efecto todas las cualidades que en aquel momento necesitaba el país. Lleno de convicción y de entusiasmo por las ideas republicanas, persuadido de que la revolución no llegaría a sus últimas consecuencias sino poniendo en juego todos los recursos de la actividad y de la energía, no temía tomar bajo su sola responsabilidad las medidas más severas para conseguir este objeto. Así en los pocos días que gobernó interinamente el país, fijó principalmente su atención en los españoles no naturalizados en Chile y los colocó en la impotencia de hacer daño a la revolución. Empezó por separar de todas las administraciones a los que había empleados en ellas y por alejar de la capital a algunos y confinarlos en las ciudades del norte; respecto de los que quedaban en

³¹ No puede negarse que Buenos Aires influyó mucho activa y moralmente en los asuntos de Chile. Abundando en hombres de gran talento que estaban a la cabeza de la revolución, era imposible que dejaran de influir con su ejemplo en Chile, con tanta más facilidad, cuanto que en este país había un número muy crecido de argentinos, los cuales unos vivían como simples particulares y otros desempeñaban empleos muy elevados, como el de comandante general de las armas que veremos muy luego en manos de don Santiago Carrera, el de tesorero de la misma ciudad ocupado por don Hipólito Villegas, el de jefe de estado mayor que desempeñaba Balcarce, etc., etc.

³² Don Antonio José de Irisarri era natural de Guatemala.

Santiago procuró aislarlos en cuanto pudo, prohibiéndoles toda reunión de más de dos personas, obligándolos a retirarse a sus casas antes de las nueve de la noche y mandándoles entregar sin dilación al comandante de la ciudad todas las armas y caballos que tuviesen, bajo pena de fuertes multas, incluso la pérdida total de bienes y de ser expulsados del país. Para mejor asegurar el cumplimiento de sus disposiciones, prometió la libertad a todo esclavo y doscientos pesos a todo criado libre que probase haber contravenido a ellas su señor o amo.

Con estos actos de rigor allanó Irisarri una porción de dificultades al que iba a tomar muy pronto las riendas del Estado y consiguió intimidar no sólo a los españoles sino a todos los demás enemigos que por la ambición de unos y por las tendencias turbulentas de otros, iban necesariamente a brotar contra la nueva administración. Para mejor vigilar a estos últimos publicó asimismo un bando mandando que los vecinos tuviesen alumbradas las fachadas de sus casas durante la noche y hasta prohibió a todos los habitantes salir de la ciudad, ni aun para ir a sus chacras, sin permiso expreso del gobierno. Suspendiendo de esta manera la libertad del movimiento faltaba al principio de la revolución, pero esto era necesario para la tranquilidad de la capital, en momentos sobre todo en que se había apoderado un terror pánico de sus habitantes, hasta el punto que muchos se marcharon como si el enemigo estuviese a las puertas, a pesar de las seguridades que daba el gobierno y de los bandos que más adelante se publicaron, amenazando con los más severos castigos a todo el que tuviese la audacia y la mala intención de esparcir rumores falsos sobre desorganización del ejército, refuerzos llegados a los realistas y tantas otras falsedades que el miedo acogía y la imaginación exageraba.

Después de haber dado fuerza a todo lo que era del dominio de la policía gubernamental y municipal, Irisarri se ocupó del ejército, que por su estado precario merecía llamar igualmente toda su atención. Su primer cuidado fue poner un freno a las inclinación que tenían los soldados a desertar de sus regimientos y para este efecto publicó un bando, mandando que todo desertor volviese a sus banderas o se presentase al comandante de su cantón, y amenazando con pena de muerte al que pasados quince días no hubiese obedecido. Enseguida empezó a reunir un buen número de soldados para enviarlos al mando del comandante don Manuel Blanco a reconquistar la ciudad de Talca, de que acababan de apoderarse los realistas. Este cuerpo de ejército que tan desgraciado hemos visto en Cancha Rayada, no tanto por cobardía como por indisciplina, se componía casi en su totalidad de mulatos y se le conocía con el nombre de Infantes. A pesar del progreso de las ideas, la revolución no los había igualado todavía a los demás soldados, pero en esta época se procuró realzarlos un poco, concediendo a sus oficiales el tratamiento de *don*, tratamiento del que gozaba el último artesano español establecido en Chile, por el sólo mérito de haber nacido en España.

Tal fue la activa y enérgica conducta de Irisarri a su entrada en el poder, conducta que demostraba que si este digno patriota había contribuido poderosamente a derribar la antigua Junta, su talento variado era capaz de cumplir los deberes que tácitamente se había impuesto y comunicar al país el aliento que necesitaba para asegurar la vida y el porvenir de la revolución. Desgraciadamente su poder duró

sólo cinco días. El 10 de marzo entregó Lastra el gobierno de Valparaíso a don Francisco Forma y salió para Santiago con trescientos infantes y catorce cañones. Su llegada se verificó el 11 por la tarde, pero la recepción como director supremo fue el 14 en presencia de una junta plena de corporaciones, nombrada para presidir la instalación del nuevo jefe y el juramento de costumbre que éste debía prestar. Terminada la ceremonia, se ocupó de nombrar un ministerio, secretarios de Estado y la Junta propuso tres personas de incuestionable virtud, que el Director se apresuró a elegir. Estas tres personas fueron el licenciado don José María Villareal, encargado del departamento del interior o del gobierno, el sargento mayor de la plaza don Andrés Nicolás de Orjera, del de la guerra, y don Juan José Echevarría, del de hacienda. Además de estos nombramientos, el Director hizo ver la necesidad de que hubiera un intendente de provincia que lo reemplazara interinamente en casos de ausencia, enfermedad o muerte y que independientemente de sus atribuciones como jefe de la provincia, tuviese bajo su dependencia todos los asuntos contenciosos en cualquiera de los ramos de Justicia, Hacienda y Guerra. Esta dignidad, una de las más elevadas del Estado, se confirió, a propuesta del director, a don José Antonio de Irisarri, dándole un asesor que desempeñase al mismo tiempo las funciones de auditor de guerra, lo cual no sólo aprobaron las personas presentes, sino que mereció el asentimiento de la opinión pública, llena de solicitud por un hombre que tan buenas pruebas había dado de capacidad³³. En la misma sesión se nombró un individuo de cada una de las corporaciones principales para redactar un reglamento provisional sobre los límites del nuevo poder. Este reglamento que quedó terminado el 15 de marzo y se publicó el 18 en el *Monitor araucano*, daba al Director las más amplias facultades, puesto que todo entraba en sus atribuciones, salvo los tratados de paz y de guerra y el establecimiento de nuevas contribuciones públicas y generales. Su dignidad era la de capitán general y sus insignias una banda de color encarnado con flecura de oro. Aunque su duración se fijaba en dieciocho meses, podría ser reelegido o reemplazado, por decisión del Senado unido a la Municipalidad. Esta última corporación había recobrado desde la caída de los Carrera una parte de su antigua influencia y quiso esta vez tener participación con su voto en un acto de tan alta importancia.

Hechos estos nombramientos y dado el reglamento todo lo cual constituía en cierto modo la totalidad del Poder Ejecutivo, debiera haberse pensado en un cuerpo deliberante que se ocupara de los negocios en general y se dedicase a hacer desaparecer las inmensas lagunas que existían en todos los ramos de la administración. Fatigados los hombres sensatos del estado de incertidumbre en que se hallaban, lo deseaban así con ansia; pero el país estaba de tal manera agitado y la provincia de Concepción en tal imposibilidad de nombrar sus mandatarios, que la junta anterior se vio en la necesidad de despedir hasta una época más favorable a los diputados que estaban en Santiago. Así se explica el estado de abandono en que se encontraban los diferentes ramos de la administración, entregados a sus

³³ El sueldo que en aquellas circunstancias disfrutaron estos altos funcionarios fue de 4.000 pesos el Director, 2.000 el Intendente y 1.500 cada ministro o secretario de Estado.

propios recursos y casi sin intervención, por lo cual se nombró provisionalmente, siguiendo el ejemplo de Buenos Aires, un senado consultivo, compuesto de siete personas elegidas por el Director, entre veintiuna que le propuso la junta de corporaciones. Estos senadores, cuyo título era puramente honorífico fueron nombrados por dos años para ser renovados por mitad, debiendo salir los más antiguos³⁴. En aquellos momentos de guerra en que la agitación era un obstáculo para todo movimiento regular, no podían funcionar los resortes de su ministerio con la facilidad e independencia que hubieran querido, además de que la cámara que formaban parte tenía sólo voto consultivo, circunstancia que los privaba casi absolutamente de la iniciativa, pero como sus miembros eran personajes muy respetables, de los primeros talentos y buenos patriotas, Lastra recurrió muchas veces a sus luces y a sus consejos, aun cuando Irisarri era en cierto modo su guía natural y el alma de su administración³⁵.

Después de deponer en manos de su legítimo poseedor el título interino de jefe supremo de la república, Irisarri no quiso en efecto abdicar completamente el papel que se había impuesto de rejuvenecer el entusiasmo de los patriotas por medio de la energía y de la fuerza. Prevalido de su título de intendente de la provincia y de comandante de la guardia cívica que este cuerpo le dio, ejerció su acción sobre lo civil y sobre un gran número de militares y especialmente contra todo individuo capaz de suscitar el menor embarazo en los negocios del Estado, así es que siguió tomando medidas muy rigurosas contra todo miliciano que contra-venía al reglamento, secuestró los bienes de algunos chilenos de elevada categoría, convictos de haber obrado contra la revolución y por otra parte contribuyó a que se recompensase dignamente el desprendimiento de los miembros de la antigua junta que no habían querido recibir sueldo, dándoles destinos que aceptaron como premio de su adhesión al nuevo sistema y de ninguna ambición por conservar las altas dignidades que habían sido separados. Además de senador, fue nombrado Cienfuegos canónigo de la catedral de Santiago en reemplazo de don Vicente Larraín que había muerto, y don José Miguel Infante administrador general de tabacos; al teniente coronel don Joaquín de Echevarría que estuvo a la cabeza del gobierno mientras la Junta permaneció en Talca, se le confirió la intendencia general del ejército, destinado a partir a las órdenes de don Manuel Blanco, siendo muy extraño que entre todos estos nombramientos no se vea por ninguna parte

³⁴ Estos senadores fueron el chantre de la catedral de Santiago don José Antonio de Errázuriz, presidente, don José Ignacio Cienfuegos, don Camilo Henríquez, don José Miguel Infante, don Manuel de Salas, don Francisco Ramón Vicuña y don Gabriel Tocornal, encargado de las funciones de secretario.

³⁵ Este Senado tenía muy buenas intenciones y era muy capaz por la experiencia de sus individuos, de hacer cosas útiles al país, pero los sucesos del 23 de julio vinieron a derribarle en los momentos que iba a poner en ejecución el proyecto ya discutido y aprobado para atender las necesidades del tesoro. Consistía este proyecto en amonedar la plata de los particulares sin exigirles ningún derecho, para aumentar el numerario; en echar mano de los capitales de las temporalidades exceptuando las aplicadas a los establecimientos piadosos y públicos, en disminuir el número de empleados civiles y militares inútiles y en suspender la dotación de los curas, percibiendo éstos provisionalmente los antiguos derechos.

el nombre de Eyzaguirre, lo cual debe explicarse con que se habría retirado por gusto o por necesitar el reposo de la vida privada o quizá para dedicarse a especulaciones mercantiles, porque es imposible que a un hombre que había llenado tan honrosamente su penoso y difícil deber, se le tratase con ingratitud, ni aun con indiferencia, por el nuevo gobierno.

CAPÍTULO XXXVIII

Tratado de Lircay entre el gobierno y el comandante del ejército realista, el brigadier don Gabino Gaínza.

Si la confianza que tenía Irisarri en su energía y en sus proyectos hubiera penetrado en las diferentes clases de la sociedad, probablemente la revolución con esta fuerza moral hubiera adquirido superioridad, manifestándose bien pronto vigorosa y emprendedora. Gracias a los donativos solícitos y generosos de los patriotas, donativos que continuaban con bastante regularidad no obstante el malestar que a todos aquejaba, las tropas estaban algo mejor pagadas, mejor mantenidas y sobre todo provistas de gran número de caballos, que la liberalidad nacional les había suministrado. Lastra por su parte sin aparentar que le dominase la voluntad atrevida de Irisarri, procuraba secundar sus miras y sus resoluciones; y el buen acuerdo de ambos ofrecía al país un porvenir de gloria, cuando un suceso inesperado vino a desviarles de su verdadero camino y a arrojarlos a un carril que retrasó muchos años la independencia del país.

En el puerto de Valparaíso había dos buques de guerra, uno inglés, el *Phoebe*, y el otro de Estados Unidos, el *Essec*. Como estaban en guerra estos dos países se desafiaron los comandos y no tardaron en dirigirse al centro de la gran bahía, sitio elegido por campo de batalla. Gracias a los largos cañones del *Phoebe*, cuyos disparos alcanzaban a mucha mayor distancia, el *Essec* quedó muy luego fuera de combate y su comandante tuvo que rendirse al comodoro inglés James Hillyar, quien poco después se alejó de las costas de Chile dirigiéndose a Perú³⁶. Como su principal objeto se reducía a proteger el comercio de su nación con América, lo cual era una consecuencia de la alianza inglesa y española, se presentó a su llegada a Callao, al virrey Abascal, para inclinarle a poner término a las calamidades de la guerra y tomar medidas contra el gobierno de Chile, proposición que aceptó con gusto el Virrey, quizá porque temía encontrar dificultades para pacificar esta república sobre todo en los momentos en que más llamaba su atención el Alto Perú, muy agitado por los montoneros de Arenales, Cárdenas, Umaña, etc. Para facilitar

³⁶ La mayor parte de los marinos que componían la tripulación del *Essec* se alistaron en la compañía de artillería de Valparaíso.

la realización del proyecto, suplicó al comodoro se encargase él mismo de llevar las bases de la paz³⁷, y aceptada esta misión por Hillyar, mandó éste al punto aparejar para dirigirse a Chile. A mediados de abril llegó a Valparaíso, que no hizo más que atravesar y siguió inmediatamente a Santiago, donde fue recibido con todas las consideraciones debidas a un mensajero de paz. Lastra en cuya casa se presentó al día siguiente, aceptó con entusiasmo el pensamiento de Abascal y convocó enseguida el Senado para discutir ante esta respetable asamblea, las bases sobre que había de descansar la negociación. Ya fuese efecto del cansancio de la guerra o más bien de la viva impresión que les había hecho el pánico general de los habitantes de Santiago a consecuencia de la toma de Talca y de los progresos en la Península de los ejércitos españoles apoyados por Inglaterra contra Francia, todos los miembros de aquella asamblea se manifestaron tan dispuestos como Lastra a aceptar las proposiciones del Virrey, pero no sucedió lo mismo cuando se supieron las condiciones, que eran volver a lo pasado, borrando completamente todas las ventajas políticas obtenidas desde el principio de la revolución, salvo lo que estuviese conforme con las ideas de la constitución española de 1812. Entonces todos por unanimidad rechazaron las proposiciones, alegando con razón que estaban en posición de sostener la lucha y de dar leyes, más bien que de recibirlas. Hillyar, sin perder la esperanza de un arreglo, les hizo comprender que por sus instrucciones particulares estaba facultado para corregir y modificar las proposiciones, lo que hizo en efecto en términos que el Senado adoptó sin dificultad a pesar de que algunos artículos eran pocos honrosos para Chile, pues sin ser precisamente gobernados por España había que volver a los tiempos pasados, extinguir el fuego patriótico que una lucha encarnizada había encendido en el corazón de muchos indiferentes y lo que era peor para tantas personas adheridas por convicción al espíritu revolucionario, tomar otra vez las insignias españolas, renegando así del principio de independencia chilena.

Chile no conocía aún en aquella época de inexperiencia todos los resortes secretos y mañosos que pone en juego la diplomacia en las grandes cuestiones internacionales. Era la primera vez que se sometía un tratado a un cuerpo político y no era fácil hallar hombres bastante hábiles para desempeñar tan alta y delicada misión. Con todo se tomó por base la firmeza, el buen sentido y la convicción que da una causa justa y desde este punto de vista nadie ofrecía mayores garantías que don Bernardo O'Higgins y don Juan Mackenna, hombres ambos de convicciones, concedores de la posición y de las necesidades de los dos ejércitos y semi ingleses además de origen, lo cual podía ser de gran influencia en las decisiones que tomase el comodoro Hillyar. Decidida esta elección, se resolvió agregar en calidad de asesor a don Juan Zudáñez, abogado hábil e instruido y muy capaz por la clase de sus estudios de comprender bien este género de tratados y de redactarlos sin ambigüedades.

Hechos estos nombramientos, Hillyar se trasladó al campamento de los patriotas, desde donde dirigió un oficio a Gaínza en el que incorporaba los que tenía

³⁷ El Virrey en su carta a Gaínza afecta creer que su posición era ventajosa, lo cual, dice, le permitía mostrarse generoso, pero probablemente su convicción entraba en la clase de esas convicciones simuladas, que hace valer un jefe hábil para reducir a los hombres a su deber.

el Virrey, le informaba de su comisión y de lo que debía hacer para llegar a un resultado justo y honroso, recomendándole sobre todo la mayor prudencia y que se conformase exactamente con los artículos que le indicaba. Cuatro días después, es decir, el 27 de abril, creyó conveniente Hillyar pasar al campamento de los realistas para discutir las bases del tratado, que Gaínza leyó con atención y dijo que no le era posible admitir porque muchos de sus artículos eran contrarios a sus instrucciones; sin embargo, aceptó una entrevista con los plenipotenciarios, dilatándola hasta el 3 de mayo con objeto de dar tiempo a que llegase el auditor de guerra don José Antonio Rodríguez, que estaba en Chillán instruyendo la causa de los prisioneros hechos en Concepción y con quien quería consultar. Aunque Rodríguez no sabía para qué se le llamaba, apresuró de tal manera su viaje que el 2 estaba en Talca y se quedó admirado cuando al llegar supo lo que había y mucho más aún que ya se hubiese verificado una gran entrevista entre los plenipotenciarios en un rancho construido expresamente a orillas del río Lircay a dos leguas de los campamentos de los dos ejércitos. Sin manifestar su sorpresa pidió para enterarse las instrucciones del Virrey, los poderes de Hillyar y las bases del tratado propuestas por el gobierno chileno, que no le parecieron aceptables; por lo demás persuadido de que el gobierno pedía mucho para obtener algo, se decidió que se reunirían el día siguiente 3 para discutir juntos los artículos del tratado y llegar por un medio honroso al fin que se proponía el Virrey, que era poner término a la guerra y que el país volviese a la dependencia del rey de España, mediante algunas concesiones. Al día siguiente estos oficiales, transformados en plenipotenciarios, se trasladaron a las orillas del río Lircay, sitio elegido por punto de reunión, acompañado cada partido de veinticinco hombres, los patriotas mandados por el teniente Freire y los realistas por Calvo. Rodríguez que permaneció solo en el rancho, tuvo que sostener casi todo el día una fuerte discusión con Mackenna y Zudáñez, mientras que O'Higgins y Gaínza hablaban en un sitio separado de la causa que ensangrentaba en aquel momento el suelo de las dos Américas, dignas por confesión del mismo Gaínza, de mejor suerte. El espíritu liberal que reveló en esta conversación hasta cierto punto privada, dejó tan admirado a O'Higgins que dudó de la franqueza de su lenguaje, especialmente cuando le oyó decir que el rey Fernando estaba perdido para siempre, que la junta de España, tan patriota y tan republicana como la suya, procuraría siempre favorecer a América y su causa y que para ser consecuente con sus principios, le concedería el número de diputados consignado en la ley, lo cual le proporcionaría inmensa influencia en la Cámara, porque en razón a la gran población del nuevo mundo, los americanos tendrían una fuerte mayoría³⁸. Pero la gran prueba de su liberalismo fue la parte que tomó en una discusión que Rodríguez sostuvo con Mackenna sobre el modo con que los pueblos pueden ser libres, pues dio la razón al segundo a pesar de las tendencias revolucionarias de sus opiniones y del empeño con que mutuamente defendieron ambos así sus ideas como sus exigencias³⁹.

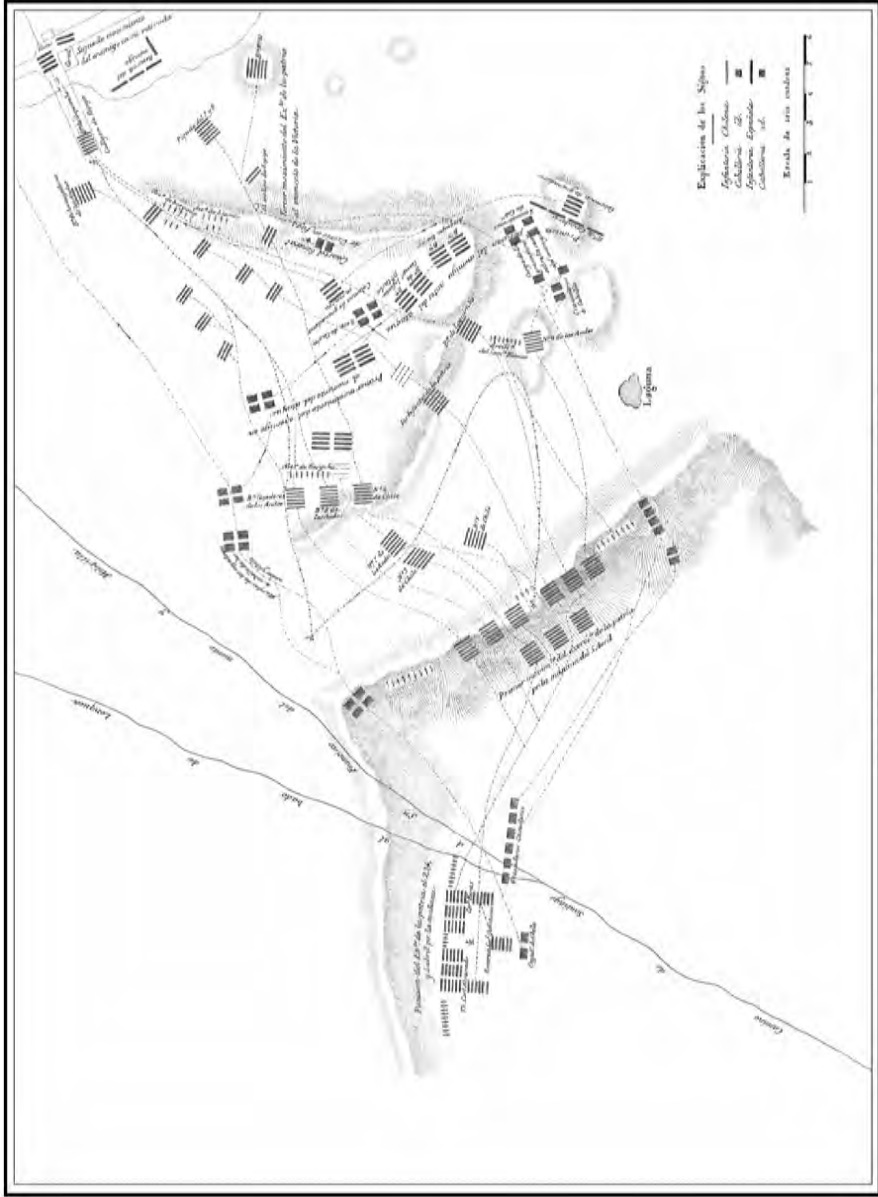
³⁸ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

³⁹ Actas manuscritas del proceso del brigadier Gaínza.

Tal fue el principio de los debates que iban a decidir la suerte del país. Había en los patriotas firmeza, acuerdo completo y para con Hillyar, cierta influencia de ideas por un lado y de origen por otro; en los realistas al contrario, la fe en su causa era bien poca, al menos por lo que hacía a Gaínza, su posición incierta y reinaba, sobre todo entre los dos miembros, una disidencia bastante pronunciada para impulsarlos a obrar involuntariamente contra los intereses de su partido. Con estas ventajas fue fácil a O'Higgins y a Mackenna obrar con arreglo a las miras del gobierno, sostener con energía sus proposiciones y hacer aceptar uno a uno y casi sin modificación los artículos del proyecto del tratado que se les había enviado.

Por este tratado retrogradaba Chile al 2 de diciembre de 1811, es decir, a la época en que el país, separado provisionalmente de España, se había nombrado una junta para gobernarse según las necesidades del momento y siempre en nombre de Fernando VII. Esta Junta debía ser reconocida a su tiempo por la regencia de España y proceder nuevamente según el espíritu y conforme a los reglamentos que se formularon cuando su instalación. Se dijo asimismo que se enviarían diputados a España para tomar parte en la sanción de la constitución de las cortes, que se conservaría la libertad de comercio; que las tropas nacionales, nombre que había sustituido al de tropas realistas, abandonarían en el término de un mes a más tardar, la provincia de Concepción y de Valdivia, dejando todos los cañones y la mayor parte de los fusiles, etc.; que la de Chiloé continuaría como antes, sujeta al virreinato de Perú; que a todos los prisioneros sin excepción se les pondría en libertad; que Chile contribuiría a España en proporción a sus recursos; que se devolverían todos los bienes apresados o secuestrados desde el 18 de febrero de 1810, pagando además treinta mil pesos para los gastos hechos por el ejército nacional; que para asegurar la buena fe de este tratado se darían recíprocamente a título de rehenes tres personas de elevada posición, una de las cuales debía ser O'Higgins, y por último que desde que se firmase el tratado los ejércitos habían de conservar una posición tal, que las tropas nacionales no pudiesen pasar el norte del Maule, ni las chilenas al sur del Lontué.

Todos estos artículos, que formaban la base del tratado que no faltaba ya más que firmar, eran de tal naturaleza que no podían contentar a ningún partido. Si verdaderamente fueron discutidos y aceptados de buena fe, no se comprende cómo O'Higgins primero y el gobierno después, autores de las instrucciones y compuestos uno y otro de hombres tan patriotas y tan decididos por la revolución, pudieron aceptar proposiciones tan humillantes como la de volver a someter el país a la dominación del rey de España, porque esto era dar un mentís a todo lo que hasta entonces habían llamado su convicción, contradecía todos sus actos y hacía ondear de nuevo la bandera en los edificios de que la habían arrancado con tantas imprecaciones y en los cuales habían jurado muchas veces la independencia completa y absoluta de su patria. Sólo una posición completamente desesperada era la que podía haberlos colocado en tan dura y vergonzosa necesidad y estaban lejos de encontrarse en semejante caso, pues entonces las mismas esperanzas temerarias les habían hecho creer que podía fundarse su nacionalidad fácilmente y sin sacrificios. Los realistas por su parte, tenían aún más motivos para rechazar el tratado, porque no podían abandonar sin gran disgusto y hasta sin oposición, una provincia que



PLANO DE LA BATALLA DE MAYPU

5 de Abril de 1818

habían conquistado con tanta dificultad y que en poder de los patriotas tenían que duplicar necesariamente su fuerza y asegurar su porvenir en caso de nuevas guerras. Don José Antonio Rodríguez, hombre de comprensión fácil y segura, conocía mejor que Gaínza la gran desventaja de este abandono y en general de la mayor parte de los artículos del tratado. Calculando que en aquellos momentos de ira, la diplomacia sería impotente para modificar y aun para aclarar la situación quería simplemente preliminares y no un tratado formal. No pudiendo conseguirlos trató que al menos se modificasen algunos artículos y solicitó con instancia otras muchas concesiones a que daba gran importancia, por ejemplo, que se jurase inmediatamente la constitución española, con lo cual quedaban admitidos de derecho todos los empleados pasados y futuros de la regencia y por consiguiente la nueva Real Audiencia, el obispo de Santiago don José Rodríguez, etc.; quería también que la plaza de Valdivia quedase, como la de Chiloé, bajo la dependencia del Virrey; que el comercio no fuese libre, más que con las naciones que no estuviesen en guerra con Perú; que los oficiales realistas que permaneciesen en Chile, conservasen sus grados y sueldos hasta la decisión de la regencia; que los gastos ocasionados en la expedición realista se pagasen por Chile; que se reuniese en Chillán una asamblea de electores de cada cantón de la provincia de Concepción para nombrar un gobernador dependiente del de Santiago; en fin pedía tantas modificaciones y algunas tan exigentes que O'Higgins en un momento de vivacidad dijo que cansaban tal número de pretensiones, que no habría tratado y que la guerra volvería a emprenderse con actividad para decidir la suerte de la patria. Su impaciencia provenía sobre todo de la obstinación de Rodríguez en no querer abandonar la provincia de Concepción, por lo menos antes de la respuesta del Virrey, opinión que compartía Gaínza y que procuró convencer a O'Higgins, diciéndole que los dos podían gobernar provisionalmente el país con independencia uno de otro, encargándose él de toda la parte comprendida al norte del Maule y aquél de la del sur⁴⁰. Pero las instrucciones que tenía O'Higgins no le permitieron aceptar semejante arreglo. Siendo la condición esencial del tratado que los realistas abandonasen la provincia de Concepción, no podía discutir ningún otro artículo sin que se resolviese éste previamente y la manera resuelta con que se abordó esta cuestión hizo comprender muy luego a Gaínza que nada tenía que esperar por esta parte y sea por debilidad o más bien por su propensión a las ideas liberales, pasó por todo lo que querían los plenipotenciarios chilenos con corta diferencia y fueron aceptados casi todos los artículos, incluso los que tenían algunas enmiendas, hechas según se dijo, maliciosamente y en su perjuicio por el abogado y consejero Zudáñez.

El 3 de mayo de 1814 a las once de la noche terminaron definitivamente las discusiones y se firmó el tratado por todos los plenipotenciarios a excepción de don José Antonio Rodríguez quien para quedar a cubierto en caso que el Virrey no aprobase lo hecho, pretextó carecer de autorización⁴¹. Inmediatamente después

⁴⁰ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

⁴¹ Según Gaínza, esta excepción se hizo sin intención alguna y sólo por indiferencia y porque en ello no había ninguna falsedad. Autos manuscritos del proceso contra el brigadier Gaínza.

todos volvieron a sus campamentos, los patriotas contentos de haber conseguido todo lo que podían razonablemente pedir con arreglo a sus instrucciones y los realistas recelosos de lo que habían acordado; Gaínza especialmente, sobre quien recaía toda la responsabilidad de este asunto, no podía disimular, cuando iba en el carruaje que le conducía a Talca, la gran inquietud que le atormentaba, inquietud que aumentaba Rodríguez, manifestándole sus grandes temores de que el Virrey desaprobase el tratado, añadiendo que un consejo de guerra pudiera muy bien ser el premio de la precipitación en firmarlo, porque él había hecho cuanto estaba de su parte para retardar la firma, hasta hacer numerosas enmiendas en la copia que se le encargó, creyendo que por lo avanzado de la noche se dejaría para el día siguiente el sacar otra copia y firmar⁴².

Al día siguiente, después de una noche de malestar y de agitación, Gaínza llamó a su casa a Rodríguez para discutir nuevamente los diferentes artículos de este desgraciado tratado. La discusión por parte del último fue acalorada y a veces hasta bastante dura, especialmente cuando Gaínza vacilante aún, resistía la medida que le aconsejaba, que era no salir de la provincia y conservar todas las ventajas que la suerte de las armas le había proporcionado. Para esto le decía que era preciso revisar el tratado, exigir nuevas condiciones, protestar y volver a comenzar la guerra en caso de negativa. Semejantes exigencias colocaban a Gaínza en la más dura posición, pues de atenderlas tenía que pasar por hombre caprichoso, inconstante, de mala fe, quizá, sin embargo, éste fue el partido que tomó a instancias de otros muchos oficiales superiores, que fueron llamados a tomar parte en esta importante discusión. Rodríguez quedó encargado de redactar la protesta y de enviarla con un sargento de Valdivia, pero como hombre hábil partió inmediatamente para Chillán, sin esperar los resultados de un paso que tenía que producir necesariamente nuevos y serios debates.

O'Higgins en efecto, no era hombre que había de detenerse mucho tiempo en pensar sobre una cuestión de honor, especialmente si estaba resuelta y firmada. Sin responder a la protesta, mandó que su ejército tomase las armas y ya se había puesto en movimiento para ir a sostener su firma con la punta de la espada, cuando un ayuda de campo de Gaínza se presentó a preguntarle los motivos de su conducta. La contestación no era difícil y Gaínza supo bien pronto que los motivos eran no otros que una consecuencia de su poca lealtad al volver a cuestionar un tratado hecho de una manera tan solemne, lo que le obligaba a enviarle un segundo ayuda de campo para avisarle que sus oficiales estaban decididos a reconocerlo y aceptarlo. Se vio pues obligado a ceder a su repugnancia, por la gran dificultad que halló en salir de Talca con todas sus tropas para ir a fortificarse al sur del río Maule, como se había convenido con Rodríguez, el cual tuvo tiempo de ver los preparativos de esta partida y casi todas las mulas cargadas y prontas para ponerse en marcha⁴³.

⁴² Sacándolo en limpio con varias enmendaduras de intento para que lo avanzado de la noche no diese tiempo a sacar otros y no se firmasen. Autos manuscritos contra el brigadier Gaínza.

⁴³ En este momento no llegaban a mil hombres los que tenía Gaínza y si O'Higgins que tenía más y estaba provisto de gran número de caballos, lo hubiese atacado antes de pasar el Maule, lo hubiera batido y derrotado completamente. Conversación con el coronel Lantaño.

Probablemente en este tratado cada partido reservó para sí el secreto de su buena fe o de su astucia. Sin embargo, cuesta trabajo atacar la lealtad de O'Higgins cuya franqueza era la admiración del partido contrario y le captó su amistad y toda su confianza, hasta el punto que cuando el gobierno se negó a enviarle rehenes, con los que debían ir a Lima, Rodríguez fue de este parecer porque puede, escribía, con su prudencia y sus talentos hacer grandes servicios a Chile entonces tan fuertemente agitado⁴⁴. En cuanto a Gaínza no hay duda que su política consistía en el arte del disimulo y la bellaquería. Buena prueba de ello es su conducta y sobre todo lo que se desprende del proceso que con motivo del tratado se le formó más adelante por un consejo de guerra⁴⁵; y, sin embargo, fue éste un secreto que no reveló a nadie, ni aun al mismo Rodríguez su consejero íntimo, lo cual explica la censura de que fue objeto por parte de casi todos los oficiales, censura que Rodríguez elevó muy pronto a la altura de una conspiración cuando a su llegada a Chillán explicó a su manera el espíritu del tratado, dándole los coloridos más peligrosos para los intereses del Rey. Todos los oficiales en efecto y especialmente don Luis Urrejola, don Francisco Sánchez, el intendente don José Berganza, a quien se le hizo ir de Concepción, y el intendente del ejército don Matías de la Fuente, a quien también se le llamó, se manifestaron desde entonces muy fríos con Gaínza. En una reunión que hubo a su arribo a Chillán, llegaron a decirle que no se obedecería jamás el tratado y desde entonces hubo una especie de enemistad entre estos jefes, que necesariamente tenía que redundar en daño del ejército. Por parte de los patriotas no fue menos patente el descontento. Por más que el gobierno procuró mostrar satisfacción y por más que las salvas de artillería y los repiques de campanas llamaban al pueblo a regocijos públicos, el espíritu nacional no pudo suscribir de buen grado a la idea de volver a tomar las insignias de la autoridad real; compañías enteras de soldados no tenían escrúpulo en entrar en la ciudad con su gorra tricolor, otros colocaban en las colas de sus caballos las escarapelas españolas que les dieron; y por último en Talca quemaron en una plaza pública una caja de las mismas escarapelas que acababan de recibir⁴⁶. Era ésta una manifestación bien sincera de repugnancia a volver al antiguo régimen, repugnancia de que participaban los empleados superiores y que infundió alientos a la oposición, siempre dispuesta a sobreexcitar el descontento.

En este conflicto de opiniones contrarias, el gobierno sostenido por la Municipalidad que en un momento de entusiasmo había concedido el título de regidor

⁴⁴ “Sería mejor que el señor O'Higgins se quedase, porque procede de buena fe, es el único que puede con su prudencia y talento calmar los espíritus, impedir desórdenes y hacer que este suelo vuelva a su antigua abundancia; yo estoy por que vale más la palabra de este jefe que todos los rehenes que nos puedan dar”. Carta de Rodríguez a Gaínza. En el proceso de este último hay muchos pasajes que prueban la gran confianza que inspiraba O'Higgins, confianza, es preciso confesarlo, que no tenían en Mackenna ni en Zudáñez.

⁴⁵ “Que jamás pensó dejar la provincia de Concepción y que antes tiró a adormecer al enemigo con el tratado, no atreviéndose a descubrirlo a nadie para que éste no trascendiese su intención”. Autos manuscritos contra el brigadier Gaínza. Rodríguez en su satisfacción pública dice también que este convenio era enteramente contrario a las instrucciones del Virrey, etc., p. 60.

⁴⁶ Diario de don Manuel de Salas.

perpetuo al comodoro inglés don Jaime Hillyar, escribió con instancia a O'Higgins para que ejecutase e hiciese ejecutar las cláusulas del tratado, lo que este General hizo con todo el celo que le infundía la convicción de las ventajas que de aquél esperaba⁴⁷. Ya había suministrado a Gaínza los caballos y mulas necesarias para facilitar a sus tropas el paso del río Maule y después mantuvo con él una correspondencia muy seguida, siempre con la esperanza de verlo partir para Lima, objeto de todos sus pensamientos y deseos. Para llegar mejor a este término, puso a su lado, en calidad de intermediaria una comisión de dos personas, don Miguel Zañartu y el antiguo cura de Valdivia don Isidoro Pineda, que tenían orden de apoyar con empeño las justas pretensiones de su gobierno y hacerle abandonar con arreglo a los términos del tratado, las playas de Chile; lo que siempre estaba prometiendo Gaínza con tales aires de franqueza que O'Higgins fue durante muchos meses juguete de sus hábiles promesas. La confianza de éste llegó hasta pedir barcos al gobierno para el transporte de las tropas de Gaínza, quien le había hecho creer que su permanencia en la provincia consistía en que no acababan de llegar los buques de Lima que debían llevarlo. Al fin supo que las excusas de Gaínza no tenían más objeto que ganar tiempo para recibir órdenes de Abascal, y después en su correspondencia con Lastra le estrechaba fuertemente a que velase por las necesidades del ejército, hiciese nuevas levás, se proporcionase armas en abundancia, como cureñas, obuses, fusiles, pidiéndolas a Buenos Aires donde las había de sobra, y por último que había bastantes motivos de deslealtad para declararle legalmente la guerra.

⁴⁷ Sin duda el gobierno y la Municipalidad entraron de buena fe en este tratado, pero sólo lo admitieron con la segunda intención de que el tiempo, las circunstancias y sobre todo el corto número de oficiales y soldados realistas, harían que la revolución marchase tranquilamente a su objeto sin que nada pudiera impedirlo, que era lo que preferían los sentimientos humanitarios de estos patriotas.

CAPÍTULO XXXIX

Prisión de don José Miguel y don Luis Carrera en Chillán. Consiguen escaparse y se presentan a O'Higgins en Talca. Salen para la hacienda de San Miguel, desde donde escriben al Director. Alarma que este suceso causa a las autoridades de la capital. Rigor con que se los trata. Se deciden a atravesar la cordillera y se ven detenidos por un temporal de nieve. Don José Miguel Carrera no halla más medio de salvación que arrojarse decididamente a una revolución. Su gran actividad. Prisión de su hermano don Luis. Resuelto a poner en ejecución su plan de ataque, convoca a sus afiliados para el 22 de julio. La revolución se verifica el 23 a las tres de la mañana.

Aunque era patente la mala fe de los realistas en la ejecución del tratado de Lircay, se dio, sin embargo, cumplimiento a lo prevenido en todos los artículos que podían aplicarse sin inspirar temores ni ofrecer ventajas. Así es que hubo una tregua general, el ejército Nacional se retiró al sur del Maule y abandonó la ciudad de Talca al de la Patria, que fue a ocuparla en parte como estaba convenido y se pusieron en libertad los prisioneros de guerra, pudiendo cada uno volver a su casa o a su cuerpo respectivo. A pesar de que esta cláusula debía ser general, fueron injustamente exceptuados los prisioneros de la Quiriquina y don José Miguel y don Luis Carrera. En un convenio secreto se había pactado que estos célebres jefes irían a Lima y después se pensó enviarlos a Valparaíso y embarcarlos en el buque del comodoro Hillyar que iba a hacerse a la vela para Rio de Janeiro⁴⁸.

Los hermanos Carrera, hechos prisioneros en Penco como ya hemos dicho, habían sido llevados a San Rafael y después a Quinchamalí, donde estaba el campamento realista. El general Gaínza los mandó llamar inmediatamente para interrogarlos, pero como era una hora avanzada de la noche, los despidió muy luego dándoles para que se alojasen una mala tienda de campaña⁴⁹. Los pocos días que estuvieron en el campamento fueron días de angustia para estos infortunados pa-

⁴⁸ "Había acordado con Gaínza que se llevase a los Carrera a Lima y pareciéndole después indecoroso, resolvió enviarlos a Valparaíso y costearlos para que los llevase el inglés a Rio de Janeiro". Diario manuscrito de don Manuel de Salas.

⁴⁹ "Verdad es que el ejército realista no gozaba de grandes comodidades a juzgar por el aposento del General en Jefe cuyos muebles estaban reducidos a una mesa pequeña y mala, dos petacas que servían de sillas y un pedazo de corteza de sandía para candelero". Diario de Carrera.

triotas, pues se vieron hechos el escarnio de una soldadesca sin educación, que se propasaba a veces a actos de insolencia por instigación del ayudante don Santiago Tirapegui, hermano del que Carrera mandó ahorcar en Concepción. El alférez Queto, encargado de su custodia, no cesaba tampoco de atormentarlos con la dureza de su servicio, no concediéndoles lo que pedían sino con las más humillantes condiciones y recordándoles a cada momento que había orden de hacerles fuego si los patriotas acampados en el Membrillar intentaban una sola vez pasar el río; como si no supiesen que el espíritu de animosidad que dominaba a los jefes del ejército era bastante a inspirarles los más serios temores.

Por las conversaciones que los Carrera habían tenido con Gaínza sabían muy bien que se les enviaría a las prisiones de Lima, donde se encontraban ya tantos patriotas, pero se quiso antes someterlos a una especie de juicio y para este efecto los llevaron a Chillán escoltados por don Antonio Bulnes. El viaje lo hicieron unos y otros con mucha comodidad y tal libertad les concedieron que creyeron un momento podrían escaparse, pero conforme se iban acercando a la ciudad se vieron rodeados de una multitud de personas a caballo que salieron a su encuentro, no tanto por curiosidad como para renovar los insultos que se les habían prodigado en el campamento enemigo. Carrera sólo respondía con miradas de desprecio; pero cuando distinguió entre la multitud al coronel don Francisco Sánchez, el mismo que en tiempos más felices estuvo en su mano haber batido y hecho huir, no fue dueño de contener la indignación y a sus insolencias contestó con palabras no menos duras, lo cual pudo poner en peligro su vida y la de sus compañeros, porque en aquel momento el número de curiosos había aumentado considerablemente. Había entre ellos gran número de soldados, mujeres y muchachos, todos con la curiosidad de ver la cara de los hombres que la política interesada y astuta de los frailes franciscanos había ofrecido a su odio y a su desprecio. En la ciudad fue aún mayor el gentío. Todos los habitantes se apostaron en los puntos por donde habían de pasar, embarazando las calles, escalando las paredes, coronando los techos de las casas y los más, impacientándose de no poder conocerlos en medio de tantos *guasos*, que los rodeaban y que iban vestidos como ellos. Se desquitaban dando gritos apasionados de viva el Rey y gritando aún con más fuerza, mueran los Carrera, que muchas personas repetían con calor y a veces con mucha animosidad para instigar a los más insolentes y audaces a que les lanzasen tierra, cáscaras de sandía y hasta guijarros.

Así fue como en medio de tantos ultrajes, insultos e injurias llegaron a Chillán estos nobles patriotas. Inmediatamente los llevaron a casa del comandante general don José Berganza para tomarles las declaraciones que Gaínza había encargado. Habiendo pedido don José Miguel Carrera se le pusiese en la misma prisión que a su hermano, Berganza se lo prometió con mucha amabilidad, anunciándole, sin embargo, que no pudiendo colocarlos en el mismo cuarto, sólo los separaría una pared de poquísimos espesor y los llevaron inmediatamente escoltados por una compañía de infantería al mando del coronel Pinnel. Para colmo de humillación, media hora después fue el verdugo a tratarlos como a grandes criminales y a ponerles grillos en los pies; nueva afrenta que tuvieron que soportar aquellos dos nobles corazones, conmovidos todavía por su dolorosa separación. Pero lo que no

pudo contener la irritación de don José Miguel Carrera fue ver al verdugo a las órdenes de don Domingo Luco, hermano del comandante de los voluntarios, a quien durante su permanencia en España, había hecho notables servicios. Por una de aquellas penosas impresiones que predisponen a una pronta cólera, le preguntó si era aquél el modo de tratar a los prisioneros de guerra y si procedían de orden del General, preguntas a que su antiguo favorecido contestó con impertinencias que arrancaron a don José Miguel Carrera expresiones fuertes y acaloradas, efecto de un sentimiento más que del amor propio ofendido de una injusticia tan brutal⁵⁰. Los realistas se habían propuesto efectivamente humillar todo lo posible a estos dos adversarios y usar con ellos una severidad, que muy bien sabían que era vedada por las leyes de la guerra, así cuando O'Higgins comisionó al capitán Escanilla para saber de Gaínza si era cierto lo que consideraba imposible, éste con un doblez poco digno de un general le respondió que conocía muy bien cuál era su deber y los miramientos debidos a la desgracia para permitirse semejante demasía⁵¹.

La presencia en Chillán de estos nobles atletas de la libertad chilena incomodaba necesariamente a las autoridades por la responsabilidad que llevaba consigo. Probablemente contribuyó esto a apresurar la sentencia que había de dar antes de enviarlos a Lima y en efecto a los ocho días de haber llegado estaban ya en presencia de sus jueces. El coronel don José Ballesteros fue nombrado fiscal, cargo que desempeñó con todos los sentimientos de un verdadero caballero. Don José Miguel Carrera se resistió al principio a responder a sus preguntas, porque no perteneciendo ya al ejército y viajando como simple particular, pretendía que no había habido derecho para arrestarle, pero desarmado bien pronto por el buen proceder de su juez, se sometió a sus exigencias y respondió con una calma desusada. El interrogatorio duró nueve días y en todo este tiempo no se desmintieron un solo instante las consideraciones del fiscal, como tampoco las de los acusados. El cargo principal que se hizo a don José Miguel Carrera fue el tono agrio y arrogante de su correspondencia, acusándole sobre todo por su respuesta del 6 de mayo de 1813 a Pareja, la del 10 de agosto a Sánchez, su oficio al virrey de Perú, etc. Se le hizo igualmente un cargo por la tenacidad con que había perseguido a los realistas y sobre todo porque en diferentes veces había mandado ahorcar a diecinueve personas en Concepción acusadas de conspiración. Carrera contestó satisfactoriamente a todas estas reconvenciones que consideraba otros tantos elogios. Bien quería defenderse él mismo, pero en la imposibilidad de hacerlo, eligió por defensor al capitán don Juan de Dios Campillo, de guarnición en Chillán. Campillo se mostró igualmente digno de esta elección. Desempeñó como Ballestero su delicado cometido no sólo como hombre justificado y convencido sino con el celo de una verdadera amistad. Su simpatía hacia don José Miguel le ocasionó muchas represiones severas de sus jefes y un día faltó poco para que lo destituyeran, así como al oficial que mandaba la guardia; al primero por haberle enviado unos dulces y al segundo, por habérselos dejado entrar.

⁵⁰ Diario de don José Miguel Carrera.

⁵¹ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

Tal era la posición de los hermanos Carrera con arreglo a las instrucciones dadas contra ellos y cuyos resultados esperaban tranquilos. Encerrados entretanto en unos cuartos sucios, pequeños y oscuros, sometidos a una inspección continua de sus cadenas, casi desprovistos de ropa porque Gaínza mandó vender la que tenían cuando los arrestaron, alimentándose con víveres bastante comunes y muchas veces insuficientes, pasaban los días de la manera más triste, inquieta y en ocasiones desesperante, sobre todo cuando pensando en su patria la comparaban con su posición y no veían su salvación más que en los azares de la guerra, porque a este ser quimérico habían confiado toda su esperanza desde que separados del ejército del que sin razón se creían siempre únicas y formidables columnas, sabían que estaban mandados por jefes que en su animosidad se atrevían a tachar de ineptos. Y lo que empeoraba su posición era que ignorando completamente los triunfos que pudieran conseguir los patriotas, conocían sus reveses, porque éstos se celebraban con regocijos públicos al son de campanas y salvas de artillería. Por este medio llegó a su noticia en el campamento de Gaínza la pérdida de Talca y en las prisiones de Chillán la derrota de Cancha Rayada y la toma de Concepción y de Talcahuano, que un año antes había conquistado a la cabeza de su vanguardia. No es difícil calcular las inquietudes que sembró en su noble corazón la nueva de tantos desastres.

Pero la Providencia no podía ser mucho tiempo indiferente a los sufrimientos de estos mártires de la libertad.

Con el arreglo al tratado de Lircay fueron puestos en libertad, como ya hemos dicho, los prisioneros de guerra a excepción de los hermanos Carrera, a quienes se quería desterrar del país para que no pudiesen conspirar. Sin embargo, el gobernador Urrejola, por un sentimiento de pudor o de remordimiento, se mostró con ellos desde este momento mucho más humano. Se les quitaron los grillos, se permitió entrar víveres de todas clases y sin registro en sus prisiones, pudieron comunicar con ellos a todas las horas del día sus antiguos compañeros de infortunio, los oficiales del ejército real y los habitantes de Chillán y se llevó la generosidad a dejarles salir bajo su palabra a visitar a sus bienhechoras, la esposa del intendente y su hija, para darles las gracias por tantos favores como les habían dispensado en su desgracia.

Indudablemente que la liberalidad del gobernador bien merecía que Carrera le estuviese reconocido y que cumpliera religiosamente su palabra de honor, pero, ¿podía verdaderamente un patriota como él santificar su palabra cuando creía a su país en peligro y enteramente extinguido, por el tratado de Lircay, el espíritu generador de la revolución? Porque para él, el límite de esta revolución no era otro que su última evolución, es decir, la independencia absoluta del país; detener su marcha y poner condiciones o circunscribir la esfera de su acción era rebajarla y hacerla impotente y no era esto lo que la nación había jurado tantas veces. Desde entonces considerándose como siempre, la providencia de la revolución, pensó seriamente en el proyecto de escaparse, que premeditaba hacía mucho tiempo.

Para realizarlo vinieron en su ayuda patriotas y realistas; se le ofreció una cantidad de dinero, que Carrera en su previsora generosidad destinó en parte a facili-

tar el regreso de los prisioneros, que, en número de más de trescientos, se hallaban sin recursos de ninguna especie, después no pensó más que en los preparativos de la fuga, la cual se verificó el 12 de mayo, gracias a un pariente de don Clemente Lantaño, don José Riquelme. En este día de temor y emociones, los hermanos Carrera, para engañar mejor la vigilancia que se ejercía con ellos, hicieron una visita al Gobernador y a las demás autoridades y por la tarde fueron a casa de Riquelme, donde se hallaban reunidos muchos patriotas, fingiendo estarlo para una diversión. Una noche oscura y lluviosa contribuía a favorecer sus designios y a asegurarles la soledad de los caminos. Se aprovecharon con éxito de esta circunstancia y luego que oscureció se despidieron de sus compañeros de infortunio y marcharon a buscar o a conquistar un nuevo destino. La esposa del intendente iniciada en todo el proyecto, dio la misma noche un baile al mayor general y a los jefes principales del ejército.

Los hermanos Carrera sólo iban acompañados en su fuga del teniente don Manuel Gordon, un sargento, un soldado y un guía, que en un momento de turbación los abandonó en medio de los campos, donde se encontraban extraviados. Con dificultad y pagando una gruesa suma, pudieron proporcionarse otro que a pesar de su mala reputación, los condujo sanos y salvos a Talca, adonde llegaron el 14 por la noche. O'Higgins, en cuya casa se presentaron primero, quedó muy sorprendido y contrariado con tal visita, pero no recordando más en aquel momento que en su antigua amistad, los recibió con afecto, les obligó a alojarse en su casa y sea por temor o por benevolencia les habló de la animosidad que les tenían muchos de sus oficiales y del peligro que corrían, peligro que les confirmó al día siguiente el mayor general don Francisco Calderón, aconsejándoles que no saliesen a la calle. Semejante consejo no podía seguirlo el alma orgullosa de don José Miguel Carrera y con tal indiferencia lo recibió que a las pocas horas se les vio correr de casa en casa, ansiosos como estaban de visitar algunos de sus antiguos amigos. Por la noche supieron que su presencia en el ejército había despertado temores, por lo cual las tropas estaban sobre las armas y los oficiales en los cuarteles. Para no aumentar la alarma se pusieron en camino el día siguiente para Santiago, pasando por su hacienda de San Miguel cerca de Melipilla, desde donde dieron parte de su llegada al Director.

Lastra tuvo la noticia de su próxima llegada por un correo que le despachó O'Higgins. Sin perder tiempo mandó llamar a Irisarri para decidir con él la suerte de los dos personajes a quienes consideraba los principales y acaso únicos perturbadores de la tranquilidad pública. Blanco constante de un partido fuerte de carreristas, de ambiciosos y de descontentos, tenía que violentar su carácter débil e indeciso para tenerlos a raya, lo cual le contrariaba mucho.

No pudiendo contar casi con nadie, ni con los moderados que le tachaban de violento, ni mucho menos con los exaltados que al contrario le censuraban de muy tímido e indeciso, seguía a ciegas la política de Irisarri, por cuyas inspiraciones obraba. Por consecuencia de esta resolución empezó a desplegar una energía, que por lo mismo que era contraria a su carácter, no podía ser duradera, ni por lo tanto producir grandes resultados. Decretó la proscripción de don Juan José Carrera o

por lo menos le obligó a salir del país e ir a habitar a Mendoza, así como al cónsul Poinsett, quien se había hecho intolerable por su carácter revoltoso y enredador. Al comandante don Enrique Campino lo separó del batallón de granaderos y lo encerró en un castillo, después de haberle seguido una causa, en que fue condenado por conspirador; tomó en fin ciertas medidas, tanto más meritorias, cuanto que coincidían con la gran inercia que en aquellos momentos aquejaba a la Municipalidad, la cual renegando en cierto modo de su pasado, no procuraba ni excitar ni contemporizar con sus actos o con sus persecuciones.

En medio de este conflicto de temor y de chismes supo Lastra la llegada de los Carrera a las cercanías de Santiago. Conocía demasiado el carácter emprendedor y seductor de estos revolucionarios como para que no le preocupase fuertemente su llegada y para no tomar inmediatamente las más rigurosas medidas con objeto de hacerles frente. Desde aquel momento, en efecto, a los Carrera se les persiguió sin descanso, una fuerte compañía de soldados fue a la hacienda a sorprenderlos y llevarlos a Santiago; se procuró sobornar a sus criados, su padre fue arrestado en su casa con guardias que espían su correspondencia y las personas que iban a verle. La hábil actividad de los Carrera consiguió burlar todas estas persecuciones, tan pronto retirados en casa de algunos amigos, tan pronto ocultos en los bosques, donde pasaban las noches; pero fatigados al fin de esta vida errante, que no les convenía sino mientras pudiera ser provechosa a la patria, se decidieron a atravesar la cordillera para ir a reunirse con su hermano don Juan José y su íntimo amigo Poinsett. La ruta que tomaron fue la de Planchón⁵², ruta muy poco frecuentada e inmediata a donde estaba el ejército, lo cual debió necesariamente despertar las sospechas y temores del gobierno; así es que Lastra por un lado y O'Higgins por otro, pusieron en juego todos los recursos de su poder para apoderarse de sus personas. Se enviaron hombres a todos los puntos por donde pudieran pasar y se publicaron en las provincias inmediatas bandos excesivamente severos contra el que les diese albergue u ocultase, a quien se amenazaba hasta con pena de muerte y prometiendo por el contrario una buena recompensa al que los entregase⁵³. Pero las medidas de gran rigor excitan siempre las pasiones y muchas veces arrastran a determinaciones atrevidas y esto fue lo que sucedió con los Carrera, a quienes la fatalidad obligó a

⁵² Cuando se lee con atención el diario de Carrera resulta en cierto modo el convencimiento de que obraron de buena fe en esta expatriación, sin embargo, ¿por qué eligieron un camino tan solitario, tan malo y tan inmediato al ejército? Por otra parte, ellos sabían muy bien que lo que el gobierno quería era que se alejasen de Chile y que estaba pronto a hacer los sacrificios necesarios para que pasasen una vida cómoda y digna de la posición que habían ocupado. Proposiciones en este sentido se les hicieron antes de que se completase la revolución y no las admitieron con el pretexto de que eran un lazo para apoderarse de ellos.

⁵³ En esta época se publicaron circulares en que se decía que el padre de los Carrera desaprobaba completamente la conducta de sus hijos y con especialidad la de don José Miguel. Aunque se ha contestado procurando probar la falsedad de semejantes afirmaciones, aparece en numerosos documentos que don Ignacio de la Carrera no estaba muy satisfecho de sus hijos y que distaba mucho de aprobar sus actos, si bien no se valía de las expresiones que se atrevieron a imputarle. *Archivos del gobierno*. Véanse también los documentos que el 5 de mayo de 1815 Osorio pasó al oidor don Félix Francisco Basso y Berri para el proceso contra los autores de la revolución.

detenerse en medio de una fuerte tempestad y de grandes montones de nieve que obstruían todos los pasos de la cordillera. Precisados a retroceder para volver a verse acosados por todos lados y no encontrando salvación más que en una revolución inmediata, se arrojaron a ella con el odio de lo pasado y la cólera del presente. El carácter natural de don José Miguel Carrera se desplegó con toda su actividad y toda su vehemencia. Dominado por una inquietud y agitación febriles, no descansaba un solo momento. Iba continuamente de San Miguel a Santiago, de Santiago a la hacienda del Espejo, sin pensar más que en llevar a buen término su proyecto de venganza y de ambición. Por lo demás, no era un rival a quien tenía que combatir, sino un perseguidor, un verdadero enemigo y con esta idea hubiera empleado sin duda los más duros medios, si su corazón humano no se lo impidiera, porque es necesario hacerle la justicia de que, si algunas veces fue muy severo con los enemigos de la patria, dio siempre pruebas de gran generosidad con sus rivales.

La indignación que había producido el tratado de Lircay favorecía muy particularmente los proyectos hostiles de los Carrera. Aún no había podido comprenderse que patriotas como O'Higgins y Mackenna hubiesen firmado ciertos artículos y, aunque éstos eran defendidos por los republicanos más avanzados, por los mismos que habían hecho la revolución y contribuido poderosamente por medio de sus periódicos a hacer execrable el gobierno español, costaba trabajo encontrar la menor ventaja y sólo se veía una astucia y una doblez que se sabía eran contrarias a las intenciones de los plenipotenciarios. En esta coyuntura habían manifestado su descontento algunos personajes, y el pueblo bajo, que se deja llevar de las primeras impresiones más que de una opinión que no tiene, reflejaba este descontento con actos insultantes a la vez al gobierno de Chile y a su nuevo monarca. Escarnecían, sobre todo las insignias de la dignidad real, ponían las escarapelas en las colas de los caballos, colgaron y quemaron la bandera en sitios públicos e insultaban en las mismas calles a los realistas europeos y hasta a los del país. Los soldados a quienes se les repartieron gorras, quitándoles los chacós para no darle escarapelas, insignia demasiado visible de su nueva condición, no temían salir a la calle con gorras tricolores. En fin, la agitación trabajaba a todas las clases de la sociedad desde la más alta a la más baja y no era difícil a Carrera, con el prestigio que aún conservaba, aprovechar este descontento.

En sus numerosos viajes a Santiago reunía a sus amigos decididos en conciliábulos que se celebraban unas veces en casa de don Pedro Villar, otras en la de don Manuel Muñoz y otras en la de un amigo. Algunas veces para desorientar mejor a la policía tenían lugar las reuniones en el campo, en sitios apartados, en las recogidas, en el conventillo, en el llano de Portales y allí, a pesar de lo molesto de la estación, discutían sus proyectos y los medios con que contaban para ejecutarlos. Lastra, sabedor de estos manejos, no podía oponerles más que su debilidad y su mal humor; abandonado de Irisarri, que al fin había conseguido se le admitiese la dimisión del empleo de intendente⁵⁴, del ministro de la Guerra Orjera que también

⁵⁴ Se quejó de ser desatendidas sus instancias sobre perseguir a los Carrera, por haber Lastra ordenado al comandante de artillería Ugarte no entregase cuatro mil cartuchos que aquél había librado al

se había separado del gobierno, lo mismo que otros muchos empleados superiores; quería también dejar sus altas funciones para retirarse cuanto antes a la vida privada o para representar un papel más secundario.

“Aseguro a Ud., escribía el 10 de junio a O’Higgins, que me hallo aburrido con este empleo que aborrezco y detesto. Mañana mismo pienso citar a las corporaciones para que procedan a la elección de diputados y aun para que traten de nombrar otro en mi lugar. Esto no es para hombres de bien y de honor, sino para granjearse el descrédito y perder la reputación”.

Cuanto mayor era el desaliento y enojo del gobierno, más se aumentaba el partido revolucionario y se hacía más audaz. Para elevarlo a esta altura no temía Carrera ni obrar ni exponerse; sus amigos lo hallaban siempre en las reuniones que él animaba con su talento, tan pronto serio tan pronto chistoso, pero hasta allí la revolución no contaba casi con más punto de apoyo que algunos simples paisanos, hombres en general de poca acción y aptos solamente para asegurar al día siguiente lo que el hombre de espada ha consumado la víspera. Era pues necesario darle otro giro y hacer venir la fuerza del ejército o por lo menos las tropas que estaban de guarnición en Santiago. La cosa no era muy difícil, visto el germen de fermentación y de insubordinación que había, cuanto más que Arenas le aseguró que contase con el cuartel de artillería, lo que aseguraba el éxito. Además muchos oficiales del ejército del sur, como don Diego Benavente, don Pedro Villar y don Miguel Pinto formaban parte de las reuniones y gracias a sus esfuerzos se consiguió introducir en ellas a don Toribio Rivera, don Eugenio Cabrera, etc. conquista muy importante para Carrera, porque todos estos oficiales pertenecían a la guarnición de Santiago, que debía decidir la suerte de la empresa. Desgraciadamente este Cabrera, oficial de artillería, fue arrestado por orden del gobierno el día mismo en que el complot debía estallar, y al siguiente, 9 de julio cupo igual suerte a don Luis Carrera en la casa de Gameros⁵⁵.

Después de este suceso manifestó don José Miguel Carrera la mayor impaciencia de poner por obra el proyecto, excitado primero por un sentimiento fraternal y además por las muchas personas comprometidas, sobre todo, los oficiales del ejército del sur, a quienes apremiaba el decreto que acababa de publicarse y por el cual debían incorporarse inmediatamente a sus cuerpos. Se decidió, pues que la revolución entrase en su esfera de acción y se señaló para esto el 22 de julio.

Todos los que habían de tomar parte en el movimiento se reunieron este día en Santiago, para arreglar los pormenores y distribuir los papeles a los que aún

cuartel de San Diego el 23 día de la Junta de Corporaciones, por creerle expuesto a una sorpresa de los Carrera. Diario manuscrito de don Manuel de Salas. La Junta de Corporaciones de que aquí se habla, era relativa a convocatorias para elegir diputados, lo que impidieron los sucesos del 23 de julio.

⁵⁵ En esta época fue cuando el gobierno, queriendo sujetarle a un consejo de guerra, pidió antecedentes sobre la conducta de los tres hermanos Carrera y cuando Mackenna escribió la fulminante memoria que se imprimió más tarde en el *Duende*, número 15, periódico además enteramente contrario a aquéllos.

no los tenían. Según lo prometido, Arenas debía entregar el cuartel de artillería, el alférez Toledo el de granaderos y el teniente don Toribio Rivera el de dragones. Este último se comprometió a revolucionar su batallón, de acuerdo con su hermano don Juan de Dios, que lo mandaba. Don Miguel Ureta fue el encargado de apoderarse del cuartel de granaderos, mientras que la toma del de artillería, que era de la mayor importancia, se confió al intrépido don Julián Uribe, hombre que las circunstancias habían hecho sacerdote, pero a quien la naturaleza había hecho disputador e indignamente revolucionario. A su actividad se debió en efecto y a su decisión, que la revolución se llevase a cabo sin tropiezos y casi sin tumulto⁵⁶. Después de haberse apoderado del cuartel de artillería, envió cañones a la plaza para enfilarlos en las bocas calles, sostenidos por algunos soldados y milicianos, que él mandaba y que habían ido de San Miguel con don Luis Carrera. Asegurado este punto, se trató de arrestar a las principales autoridades. Lastra fue cogido y conducido provisionalmente al cuerpo de guardia. Se apoderaron asimismo de Irisarri y Mackenna, del comandante Ugarte, de Picarte, etc. En cuanto a don Luis, que continuaba detenido en el cuartel de voluntarios, Carrera dio orden, al punto que llegó⁵⁷, de ponerlo en libertad, pero habiéndose negado a cumplirla el comandante Plata y queriendo evitar la efusión de sangre hizo que Lastra firmara la orden y entonces se ejecutó.

Tal fue esta revolución, que comenzada el 23 a las tres de la mañana, estaba casi concluida a las cinco. En aquella época, semejante clase de trastornos, que desgraciadamente se repitieron con frecuencia, se hacían sin dificultad y casi siempre sin efusión de sangre, para esto no había más que ganar la artillería, ya a fuerza de dinero, ya por medio de la audacia o por sorpresa, y colocando los cañones en las bocas calles de la plaza para asegurar este punto, la revolución podía decirse que estaba acabada; en cuanto al populacho, que toma siempre una parte tan activa en estos movimientos anarquistas, algunos reales que se les arrojasen, bastaban para que prorrumpiese en los gritos más estrepitosos en favor del nuevo orden de cosas y para conducirlo al Cabildo, como los carneros de que hablan los antiguos, a fin de que tuviese lugar una de esas pobladas que legalizaban a los ojos de los interesados tan violentos trastornos. Tal es, pues, la marcha que se ha seguido la mayor parte de las veces para consumir las perpetuas revoluciones, que hasta hoy mismo, oprimen a la mayor parte de las repúblicas de América.

⁵⁶ “Todo se ejecutó completamente: la actividad y la decisión de Uribe lo allanaba todo”. Diario manuscrito de don Miguel Carrera.

⁵⁷ Se encontraba algo enfermo en su casa, de manera que no fue a la plaza hasta que la revolución estuvo casi terminada.

CAPÍTULO XL

Formación de una nueva junta. Trabajos de organización militar que emprende. Oposición que encuentra en las municipalidades de Santiago y Talca y en el gobierno de Valparaíso. Consejo de guerra en el ejército del sur, en que se decide no obedecerla. Arresto del teniente coronel don Diego Benavente encargado de una misión de Carrera ante de O'Higgins y Gaínza. Llegada de Osorio a la provincia de Concepción. A petición de los cabildos de Santiago y Talca marcha O'Higgins sobre Santiago. A la cabeza de su vanguardia ataca la división de don Luis Carrera y es completamente batido. Como resultado de este revés se reconcilian los dos jefes patriotas y se unen para combatir al enemigo común.

Consumada la revolución, era necesario nombrar un poder capaz de representar su pensamiento, consolidar su triunfo y darle una organización vigorosa, duradera y a prueba de lo que pudiera sobrevenir. La empresa no era difícil. Don José Miguel Carrera tenía derecho, como jefe de la revolución, a sus beneficios y era demasiado ambicioso de gloria y de honores para no pretender la mejor parte y aspirar a elevarse sin contrapeso, sobre todos los demás. Su carácter, sus instintos y el estado mismo del país lo arrastraban a la dictadura, es decir, a un gobierno militar y casi absoluto. Esto era más conforme a su carácter independiente, pródigo y emprendedor, pero era precisamente el sistema que había combatido y derrocado y tenía que pasar por caprichoso e inconsecuente para poder racionalmente adoptarlo; se decidió pues a organizar una junta provisional, parecida a la de 1811, encargada de gobernar el país hasta la decisión del nuevo congreso, que se iba a nombrar.

Las dos personas que Carrera eligió por colegas fueron el presbítero don Julián Uribe y el teniente coronel don Manuel Muñoz y Urzúa, hombres activos, decididos y ligados hacía mucho tiempo a su suerte. Aunque este nombramiento era cosa decidida y enteramente resuelta, sin embargo, para halagar el amor propio del pueblo y hacerle creer que tenía parte en la elección, se presentaron en la plaza Mayor, convertida de mucho tiempo atrás en foro del pueblo, unos cuantos agentes que no tardaron en verse rodeados de todos aquellos hombres a quienes una ociosidad sediciosa tenía constantemente en movimiento y allí hicieron que se proclamase el advenimiento de la nueva junta y que se nombrasen los miembros que habían de componerla. El coronel don Rafael de la Sota, el capitán don An-

tonio Bascuñán⁵⁸ y el licenciado don Carlos Rodríguez, fueron los encargados de esta misión como diputados de la asamblea.

Con semejante artificio el nuevo gobierno adquiriría más fuerza, más autoridad y su nombramiento quedaba en algún modo legalizado por el principio electivo, por lo menos a los ojos de los habitantes de las provincias, poco iniciados en general en esta clase de intrigas.

Instalada la Junta aparecieron muchas proclamas al ejército y al pueblo, dirigidas a justificar la violencia de la revolución y a calmar los ánimos, haciendo esperar días más bonancibles. Se despacharon correos, portadores de estas proclamas o manifiestos a las municipalidades de las provincias, para participarles de un modo solemne la instalación de la Junta y solicitar su apoyo y enseguida, con objeto de hacer frente a las exigencias del momento, se nombraron dos secretarios de Estado, que fueron don Carlos Rodríguez, hombre activo, resuelto y capaz en caso de necesidad de dirigir un movimiento y el doctor don Bernardo Vera, por el contrario, nimio, sutil, más partidario de la libertad filosófica que de la libertad política y poco apto por lo tanto para momentos de audacia y de peligro, así es que su ministerio duró pocos días, habiendo sido reemplazado por don Manuel Rodríguez, digno émulo de su hermano por su carácter atrevido y emprendedor.

Organizado el poder, se trató de dar vida, aunque no fuese más que provisionalmente a los diversos ramos de la administración, que yacían en la inacción; el de la Guerra, sobre todo necesitaba un pronto arreglo, porque los soldados no pasaban de seiscientos en los cuarteles con sólo doscientos fusiles buenos, el erario tenía mil pesos nada más, las tropas estaban desnudas y sin pagas, el armamento destruido enteramente, la artillería abandonada, los cuarteles inmundos y destruidos, la subordinación por los suelos y todo al igual⁵⁹.

Por exagerada que sea esta crítica de Carrera, no faltan grandes motivos para vituperar la indeferencia con que el gobierno caído había mirado las precauciones contra los intentos pérfidos de Gaínza. O'Higgins a pesar de su leal credulidad, llegó al fin a convencerse de los torcidos designios de su adversario, al saber sus numerosas exacciones frente a frente de los patriotas de Concepción y el cuidado que ponía en mantener su corto ejército a costa de la provincia. En una carta a Lastra le manifestaba sus temores y le instaba fuertemente a que tomase medidas y aun a que declarase la guerra a aquel pérfido, para lo que tantos motivos le daban derecho y en todo caso, que se ocupase activamente del ejército que se hallaba escaso en hombres y en material. Ésta era en efecto la necesidad más apremiante del momento a que iba a poner pronto remedio el carácter activo y osado de Carrera.

Lo primero que hizo fue disponer nuevas levas, atrayéndose con buenos modos los numerosos desertores que vivían en completa libertad en los campos y en

⁵⁸ Este Bascuñán era el mismo militar que con el capitán don José Antonio Sepúlveda dio motivo a alguna agitación en Coquimbo, habiendo sido ambos absueltos el 10 de junio por un consejo de guerra que presidió Mackenna.

⁵⁹ Diario manuscrito de don Miguel Carrera.

la ciudad misma a pesar de las severas amenazas con que se les había conminado en diferentes decretos. Mandó hacer cuatro mil vestuarios, cuya pronta conclusión vigilaba una comisión; procuró dar gran impulso a la fábrica de armas, que estaba desgraciadamente en un estado muy precario por falta de operarios inteligentes y hábiles y temiendo no poder proporcionarse los fusiles que necesitaba por el pronto, siguió los consejos que daba O'Higgins a Lastra y pidió mil a Buenos Aires que estaba más en disposición de facilitarlos y por otra parte mucho más tranquila desde la toma importante que acababa de verificarse de Montevideo y de todas sus fortificaciones⁶⁰. Su amigo Poinsett, que se hallaba entonces en aquella ciudad, tuvo encargo de unir su actividad y sus buenos oficios a los del diputado Infante, para obtener este importante socorro del director Posadas.

No puede negarse: el genio organizador de Carrera le hacía muy superior a los demás jefes del ejército, sobre todo en momentos de peligro. Fuese efecto de su talento o de su actividad, era siempre el hombre de recursos, por más que lo nieguen sus enemigos, cualidad debida también a una voluntad de hierro, que era una de sus principales virtudes. En esta circunstancia unos cuantos días le bastaron para poner la administración de la guerra en estado de hacer frente a todo lo que pudiera ocurrir.

Por desgracia no era muy escrupuloso en los medios de procurarse dinero, sobre todo, tratándose de personas reputadas de enemigas de la causa americana. No se había olvidado lo que hizo con el mismo objeto en otro tiempo y se hablaba en alta voz de todas las exacciones realizadas cuando fue comandante en la provincia de Concepción, diciendo que si no las hubiera autorizado, habría castigado a los culpables. De todo esto y de haber lastimado algunos intereses nacieron elementos de oposición que tomaron muy luego un giro pretencioso y amenazador.

Los primeros síntomas de esta oposición partieron de la municipalidad de Santiago, compuesta de personas adictas al gobierno de Lastra y temerosas de perder su influencia, que querían conservar. Pero no era esto lo que realmente inquietaba a Carrera. A pesar de la importancia de aquella corporación, que gozaba desde época muy remota un prestigio paternal y que desde el principio de la revolución había representado un papel en los principales acontecimientos, sabía muy bien que fluctuando aun sus individuos entre el estupor y el miedo, no se atreverían a atacarlo abiertamente, bastando un poco de energía para paralizar sus manejos. Pero no sucedía lo mismo con el ejército a cuya cabeza estaba un general de mucha reputación, que disfrutaba a la vez la confianza del país y del soldado. El gobernador de Valparaíso don Francisco Formas había rehusado abiertamente ceder su puesto al coronel don Javier Videla, nombrado en su reemplazo y fue necesario un motín popular para que se marchara⁶¹. En Santiago algunos oficiales permanecieron fieles a su partido y valiéndose de oscuras intrigas procuraron atizar la discor-

⁶⁰ "Tal vez la anticipó la guerra en Chile, que impidió el envío de víveres clandestinamente o que iban a Lima y de allí a aquella plaza". Diario manuscrito de don Manuel de Salas.

⁶¹ La Junta lo supo en los momentos en que iba a enviar un cuerpo de novecientos hombres al mando de don Luis Carrera.

dia en el corazón de los soldados que acababan de abandonarlos, pero el peligro principal estaba en Talca, en el centro del ejército y en la persona de O'Higgins.

Dos días después de la revolución, envió Carrera al teniente coronel Diego Benavente, iniciado en los más secretos pensamientos, con pliegos para aquel General y para Gaínza. En los dirigidos al primero lo exhortaba a que mandase reconocer al nuevo gobierno por el ejército, suplicándole se sometiese y uniera sus esfuerzos para combatir al enemigo común; y en los enviados al segundo exigía de Gaínza que cumpliera el tratado, embarcándose lo más pronto posible con sus tropas para Lima o bien que lo rompiera y comenzara de nuevo la guerra, para lo cual estaba muy dispuesto.

O'Higgins recibió estos despachos con una calma más aparente que real. Convocó al punto el cuerpo de oficiales para discutir la respuesta que había de dar a Carrera. A excepción de alguno que otro todos estuvieron por la negativa, lo cual convenía perfectamente con las intenciones de O'Higgins, poco satisfecho de esta revolución y decidido ya a organizar una resistencia, que en cartas apremiantes le aconsejaban algunos amigos de Santiago. Todavía en este consejo se decidió, casi contra la voluntad de su jefe, que se exigieran de Benavente los despachos para Gaínza, lo que no pudieron conseguir sino por la fuerza y amenazándolo con arrestarlo hasta nueva orden a pesar de la inviolabilidad que su misión le daba. Pero, ¿qué circunstancias podían ser más propicias a la pasión humana para dejarse arrastrar en su pendiente de injusticia y deslealtad?

El cabildo de Talca quiso también tomar parte en esta resistencia con tanto más empeño cuanto que la mayor parte de sus miembros pertenecían al partido de Cruz, es decir, al Partido Realista y se ofrecieron a facilitar los fondos necesarios para marchar inmediatamente sobre Santiago. Esta proposición fue sostenida con más calor aún en una segunda reunión a que asistió O'Higgins y bajo la promesa que éste hizo de conformarse con un deseo que estaba en perfecto acuerdo con sus miras, se dio la orden de los preparativos. Antes puso a todos los oficiales partidarios de Carrera en la imposibilidad de hacerle daño y al efecto a unos los arrestó en sus casas y envió a los otros al campo, siendo del número de los últimos el comandante de húsares don José María Benavente, a quien suplicó O'Higgins escribiese a Carrera para ver el modo de terminar de una manera pacífica este principio de guerra civil.

Por justas que fuesen las proposiciones hechas por O'Higgins a Carrera, pues dejaba al pueblo de Santiago que decidiese de su elección para el poder supremo, sin embargo, tenía casi seguridad que no las aceptaría y este convencimiento puso en movimiento la vanguardia de su pequeño ejército, con ánimo de obtener por las armas, lo que no creía poder conseguir por la persuasión.

Mientras pasaba todo esto, Carrera hacía también sus preparativos para conjurar la tempestad. Rodeado de personas activas y enérgicas, eficazmente secundado por sus colegas no menos comprometidos que él, tomaba medidas hábiles y enérgicas y se desembarazaba a toda prisa de todos estos nobles chilenos considerados la víspera como verdaderos atletas de las libertades chilenas y convertidos al día siguiente en sublevados y enemigos de la tranquilidad pública, porque tal es la

suerte de los grandes patriotas cuando ideas opuestas, miras diferentes y a veces la ambición y el interés los dominan, arrastrándolos a las facciones, siempre funestas al país y a la causa que defienden. Así don Joaquín Larraín, don Francisco Vicuña, don José Santiago Pérez, don Antonio y don Juan de Dios Urrutia fueron confinados a unas haciendas al norte de Santiago, mientras que el brigadier Mackenna, don Antonio José Irisarri, don Pablo Vargas, don José Antonio y don Domingo Huici, don Fernando Urizar y don Francisco Formas eran enviados a Mendoza, recomendados al gobernador don José de San Martín, quien los recibió con los más urbanos y generosos miramientos⁶². Más adelante alcanzó el decreto de proscripción al teniente coronel argentino don Santiago Carrera, que estaba mezclado en todo lo favorable a los enemigos de los Carrera y hasta se disolvió el Cabildo y el Tribunal de Apelación y se nombraron personas adictas al nuevo gobierno.

Pero lo que sobre todo llamó la atención de la Junta una vez desembarazada de estos temibles enemigos fue el ejército y su material. Para subvenir a sus numerosas necesidades se resolvió establecer un departamento militar, independiente de la secretaría de guerra, que bajo la inspección de la Junta se ocupase exclusivamente de todos los detalles relativos a los diferentes cuerpos y al material de almacenaje, fábrica y armas. Se renovaron los bandos contra los desertores y contra los detentadores de armas del Estado y se dio nuevo impulso al reclutamiento, publicando proclamas en que se halagaba a los militares y se les presentaba un porvenir de gloria y de bienestar. O'Higgins por su parte ofrecía veinticinco pesos de recompensa a cada soldado y además una medalla de plata; la medalla para los oficiales era de oro.

Tal era el estado de los dos ejércitos cuando se pusieron en marcha para batirse. No puede decirse que se trataba de una disputa personal en que las pretensiones de los dos jefes fuesen una doble usurpación, porque si pudiera hacerse este cargo a Carrera a pesar de la pretendida legalización de un voto público, no así a O'Higgins que obraba impelido, no por interés particular, sino por instigaciones de las municipalidades de Concepción y Talca, y pedía con arreglo al principio constitucional, una elección no armada, sino enteramente libre y sin influencia alguna, que era precisamente lo que resistía Carrera, temiendo con razón al partido poderoso de los Larraín. De todos modos éste había hecho cuanto estaba de su parte para establecer entre ellos una armonía honrosa y conforme con su interés, asegurándole que continuaría de general en jefe del ejército y que estaba pronto a enviarle tropas para que estuviese preparado en todo evento contra el Virrey. Viendo que estas proposiciones no eran aceptadas, juzgó conveniente para evitar si era posible la efusión de sangre, convocar al pueblo de Santiago a fin de nombrar dos diputados que le llevasen palabras de paz y de persuasión. Desgraciadamente y como sucede siempre, los agitadores de los partidos en esta clase de reuniones desplegaron su actividad para atraerse esos espíritus débiles, indiferentes, que carecen

⁶² “Lastra había procedido de la misma manera cuando desterró a don Juan José Carrera a Mendoza, y mandó darle un pasaporte muy honorífico y una carta muy fina para San Martín, que acogió con distinción su noble recomendado”. Diario manuscrito de don Manuel de Salas.

de opiniones fijas, y hacerles votar dos diputados, cuyos hombres indicaron, don Juan José Echevarría y don Silvestre Lazo, siendo los presentados por el gobierno, don Antonio Hermida y don Ambrosio Rodríguez. De aquí resultaron discusiones acaloradas, impertinentes, que casi tomaron proporciones de tumulto y obligaron al gobierno a intervenir, mandando que los que quisieren votar a las dos primeros se presentasen al Cabildo, mientras que los otros serían recibidos en la sala del gobierno. Inútil precaución, que demostró una vez más cuán superior es el espíritu de intriga y de cábala al de la razón y la justicia en esta clase de elecciones, porque en este día la audacia de unos y otros llegó a tal punto y fue tan escandalosa su avilantez, que el gobierno se vio obligado a enviar soldados, sino para mantener el orden, al menos para impedir los excesos. Por lo demás, ¿qué podían hacer unos diputados sin influencia alguna contra una política de pasión y de rivalidad?

No pudiendo, pues entenderse los dos partidos, la guerra civil iba a estallar.

El 8 de julio el capitán don Nicolás García y el alférez don Felipe Henríquez salieron de Talca con cuatro piezas de artillería y los días siguientes la primera división, fuerte de seiscientos hombres, emprendió la marcha al mando de don Enrique Larenas, seguida muy de cerca por otra de cuatrocientos setenta, al de don Juan Rafael Bascañán. O'Higgins se puso en camino el 12 y continuó su marcha hasta el Maipo, adonde llegó el 24. En este intermedio recibió los diputados del gobierno Hermida y Rodríguez, pero el modo de discurrir de éstos era tan rencoroso, había en él tanto odio, tanta animosidad y tan poco espíritu de conciliación, tan necesario en aquellos momentos, que los diputados fueron despedidos sin la más mínima esperanza de acomodamiento, lo cual obligó a Carrera a tomar sus precauciones para recibir vigorosamente a su poderoso enemigo. Cuando supo que O'Higgins marchaba sobre Santiago, envió al teniente don Gregorio Méndez con noventa hombres a reforzar las tropas del coronel don Rafael Eugenio Muñoz, que desde el 3 de julio estaba en la parte de San Fernando reuniendo las milicias de los alrededores. Poco después salió de Santiago la segunda división mandada por don Luis Carrera, a la que siguieron al día siguiente doscientos fusileros a las órdenes del teniente coronel don Diego Benavente, el mismo que O'Higgins tuvo prisionero algunos días y puso luego en libertad. En fin una tercera división, compuesta de doscientos milicianos mandados por el coronel don José María Portus, de buen número de soldados del regimiento "de los pardos y de ochenta fusileros montados, que se reunieron en esta tarde de los muchos veteranos dispersos y retirados que abrigaba la capital por el desgreno a que se había reducido el servicio" se hallaba pronta para obrar a la primera señal⁶³.

Mientras O'Higgins estuvo al sur del Maipo conservó Carrera alguna esperanza de acomodamiento, pero luego que pasó este río, los azares de una batalla iban a decidir la suerte de los dos partidos.

El 26 de julio pasó el Maipo la vanguardia de O'Higgins, compuesta de cuatrocientos infantes, doscientos caballos y cuatro piezas de artillería; las demás tropas habían quedado una en Rancagua y otras en la hacienda del hospital. Su intención

⁶³ Diario manuscrito de don José Miguel Carrera.

era evitar todo encuentro y marchar enseguida sobre Santiago, donde esperaba encontrar un fuerte partido en su favor, pero atacada su vanguardia por un pequeño cuerpo de caballería, se vio obligado a aceptar el combate o al menos a mandar que sus infantes marchasen sobre la división de su adversario, mandada por don Luis Carrera, repartiendo sólo a razón de diez cartuchos por plaza con objeto de comprometerlos a que cargasen a la bayoneta. Esto sucedía a eso del medio día con corta diferencia. Don José Miguel Carrera se hallaba aún en Santiago cuando sobre las dos recibió un mensajero de su hermano don Luis, dándole parte de lo que pasaba y sin pérdida de momento mandó que la tercera división fuese al sitio del combate, que era la acequia de Ochagavía y le tomó la delantera con la caballería de Aconcagua mandada por don José María Portus. Todavía llegó bastante a tiempo para que esta caballería tomase parte en la acción y contribuyese a hacer más completa esta pequeña victoria, persiguiendo a los fugitivos, de los cuales un buen número pudo escaparse protegidos por la oscuridad de la noche. Al día siguiente se contaban veintiséis muertos, treinta y siete heridos, más de cuatrocientos prisioneros, incluidos trece oficiales y dos cañones. O'Higgins tuvo su caballo fuera de combate y si pudo escapar, lo debió a la generosidad del capitán Barnachea, que lo proveyó de otro⁶⁴.

La proximidad del sitio en que se verificó la lucha, puso en conmoción a Santiago. Los diferentes partidos, especialmente el de O'Higgins, esperando con ansiedad los resultados de un combate que iba a decidir de su suerte, se agitaban de todos lados, tan pronto se subían a la cima del cerro Santa Lucía para observar mejor el conjunto del movimiento de la ciudad, tan pronto iban a las diferentes plazas a llevar la esperanza o el sobresalto. Desgraciadamente para ellos, el vocal don Julián Uribe se había encargado de la policía de la ciudad y, aunque la naturaleza de su profesión lo obligaba a dominar sus pasiones y a pesar que había sido nombrado hacía poco vicario general del ejército⁶⁵, no temió dar rienda a su carácter violento, a veces cruel y tomar las medidas más rigurosas con sus adversarios. Con el pretexto de que se tramaba una rebelión, mandó poner grillos a los oficiales prisioneros, aumentando así la angustia de estos valientes patriotas en los momentos en que el partido carrerista aturdía la ciudad poniendo en movimiento todas las campanas de las iglesias y se entregaba a regocijos tumultuosos al resplandor de una iluminación casi general.

Después de esta derrota se retiró O'Higgins del otro lado del Maipo con sus cortos restos, a los cuales no tardaron en reunirse las tropas que habían quedado atrás. El número de éstas era bastante considerable para poder intentar una segun-

⁶⁴ En una conversación que tuve con O'Higgins sobre este encuentro, me dijo que hizo marchar sus soldados sobre las trincheras que los soldados de Carrera habían levantado para fortificarse, dándoles sólo diez cartuchos para obligarlos a cargar a la bayoneta y que encontrando las tropas un gran foso, cosa que él no había previsto, se vieron obligadas a retroceder, después de haber perdido cien hombres y dos cañones que tuvieron tiempo de clavar.

⁶⁵ Antes de conferirle esta dignidad el gobierno tuvo escrúpulo y preguntó a don Bernardo Vera si las leyes eclesiásticas se oponían a ello, y este patriota, como doctor en Teología y Cánones, contestó que sí, en una memoria en que citaba numerosos ejemplos.

da acción a pesar de los pocos lazos que las unían, gracias a los grandes esfuerzos de los partidarios de los Carrera. Pero su misión era defender al gobierno caído o al menos combatir al usurpador y se disponía a renovar el ataque, cuando la noticia de la llegada de Osorio a la provincia de Concepción y la intimación que el capitán Pasquel le llevó de rendirse inmediatamente, exaltó sus vivos sentimientos de republicano y le decidió a posponer toda rivalidad de partido al interés de la patria. Sabiendo en efecto que Abascal, lejos de ratificar el tratado de Lircay, enviaba por el contrario una fuerte expedición para dominar el país por el triunfo de una batalla o por las amenazas, creyó conveniente avistarse lo más pronto posible con su antagonista y comisionó con este objeto a don Estanislao Portales. Desgraciadamente seguía en la idea que se disolviese la Junta y se dejase al pueblo que nombrara un gobierno provisional, cosa que no podía aceptar Carrera, creyendo con razón que una reunión popular, siempre apasionada y tumultuosa, no podía en aquellos momentos de peligro y de inquietud desempeñar tan delicada misión. A pesar de que O'Higgins había mandado avanzar a las divisiones que habían quedado atrás, con intención de atacarlo por segunda vez con todas sus fuerzas, consintió que el padre Arce, que se le había ofrecido a servir de intermediario, fuese a verlo para obtener un pronto acomodamiento, y gracias a este religioso los dos generales se reunieron al día siguiente en los callejones de Tango para discutir juntos sus pretensiones y exigencias. En esta reunión O'Higgins, siempre fiel a su pensamiento, pretendió que los miembros de la Junta renunciasen a su cargo o por lo menos que el vocal Uribe fuese reemplazado por Pineda como representante de la provincia de Concepción; pero cuando vio que Carrera persistía en que continuase el gobierno tal cual el pueblo lo había nombrado, se contentó con escribir al mismo Uribe, esperando obtener de él por la persuasión una renuncia a que Carrera no se hubiera opuesto. Vana esperanza, que le demostró la firme resolución de los individuos de la Junta de conservar su poder, lo cual, sin embargo, no obstó para que fuese al día siguiente a Santiago, acompañado de don Isidro Pineda, don Casimiro Albano, don Pedro Nolasco Astorga y don Ramón Freire con el objeto de poner término a tan lamentable conflicto y en efecto se verificó con tal prontitud su acuerdo y fue tan completo, que pocas horas después se les veía pasear juntos por las calles, con gran satisfacción de los verdaderos patriotas. Una proclama firmada por los dos rivales dio a conocer su unión a las demás ciudades y las disposiciones que iban a tomar para combatir al nuevo enemigo. O'Higgins fue quien tuvo el pensamiento de este manifiesto, como había dado antes el más bello ejemplo de abnegación, sacrificando a la salvación de la patria su amor propio y su dignidad.

CAPÍTULO XLI

Vuelve Gaínza a Chillán. Adversarios que allí encuentra como resultado del tratado que había hecho. Subterfugios de que se vale para no salir de la provincia a pesar de lo pactado. El virrey Abascal se niega a firmar el tratado y envía una expedición a las órdenes de don Mariano Osorio. A su llegada a Chillán intima la rendición a los patriotas por el parlamentario Pasquel. Al saber de la llegada de esta expedición, los patriotas olvidan sus diferencias y se reconcilian para oponerse al nuevo enemigo. Actividad que despliega don José Miguel Carrera en la organización de su ejército. Salida de las primeras tropas para Rancagua, punto elegido para la resistencia. Las tropas de Osorio se ponen en marcha y pasan el río Cachapoal por el vado de Cortés. Acción de Rancagua y derrota completa de los patriotas. Alboroto y huida de los habitantes de Santiago al otro lado de la cordillera. Don José Miguel Carrera reúne en la capital toda la plata posible, así labrada como acuñada, para organizar un nuevo ejército en el norte. Su decepción. Batalla de la ladera de los Papeles, en que pierde la mayor parte del tesoro. Atraviesa la cordillera con los restos del ejército, en dirección a Mendoza.

Después del tratado de Lircay, Gaínza como ya hemos visto, abandonó Talca al general chileno y se dirigió a Chillán, donde debía reunirse todo el ejército real. Rodríguez, que lo precedió más de una semana, había preparado la opinión contra él y contra el tratado que había firmado, el cual calificaba de muy humillante para el Rey y para el Ejército. Excitando de este modo el descontento, despertaba la ambición de los partidarios de Sánchez que hubieran querido explotar en favor de su jefe, pero no era esta la intención de Rodríguez ni de algunos oficiales superiores. Su censura a Gaínza no tenía más objeto que protestar contra el tratado, para quedar a cubierto si lo desaprobaba el virrey de Perú.

Gaínza, que sabía de estas intrigas, dudó un momento si continuar la marcha a Chillán o volver a Concepción, donde esperaba tener enemigos y envidiosos que combatir. Al fin siguiendo el parecer de algunos amigos, que había enviado delante, se decidió por su primera resolución y habiendo entrado a los pocos días en aquella ciudad, reunió sin dilación en su casa muchos oficiales para interpelar a las personas que habían calumniado el tratado y saber sus intenciones. El único que tomó la palabra fue el auditor de guerra, quien procuró demostrar los inconvenientes del tratado, del que Gaínza le hacía también responsable, por no haber

dado señal ninguna de desaprobación cuando se discutía⁶⁶. Por lo demás, le fue fácil demostrar que el mal se había exagerado mucho y dejó entrever, aunque sin revelarlo completamente, que su conducta más era efecto de astucia y previsión, que de verdadera intención de ejecutar las diferentes cláusulas del tratado, especialmente la que le obligaba a sacar el ejército de la provincia⁶⁷.

Y en efecto Gaínza se instaló en su cuartel general, como si no hubiese de salir de él en mucho tiempo, a despecho de las cartas que no cesaba de escribirle O'Higgins, recordándole su obligación de embarcarse para Perú, a las que contestaba con evasivas, pretextando tan pronto lo crudo de la estación y la abundancia de lluvias, tan pronto la falta de buques, con lo cual ganaba tiempo para poner en conocimiento del Virrey su posición y recibir respuesta de lo que debía hacer. Pero la astucia no era tan solapada, que pudiese engañar ni aun a los más escasos talentos, porque él continuaba gobernando la provincia como jefe independiente y absoluto, expedía autos de buen gobierno, remataba diezmos, enviaba guerrillas para conseguir ganados y caballos, hacía nuevos reclutas que eran instruidos y disciplinados lo mismo que en tiempo de guerra y se proporcionaba dinero dirigiéndose a los patriotas a quienes hacía exacciones al igual que un enemigo, mientras pasaba todo esto, mantenía con O'Higgins una correspondencia seguida y amistosa hasta el punto de pedirle su protección contra los complots de algunos malintencionados⁶⁸.

De esta manera pudo permanecer en la provincia sin que le inquietasen los patriotas, a quienes O'Higgins procuraba inclinar en sus proclamas en favor de Gaínza, ocupados por otra parte de disputas de odio y rivalidad a despecho de los rehenes que se habían dado.

El 13 de agosto contestó el Virrey a los despachos de Gaínza, desaprobando todos los artículos del tratado y reconviéndolo por el abuso de haberse excedido en demasía de sus instrucciones. En castigo de esta falta lo destituyó del cargo de general en jefe del ejército y lo mandó comparecer ante un consejo de guerra, reemplazándolo con el coronel de artillería don Mariano Osorio.

Este Osorio, que pertenecía a una familia ilustre, a la casa del conde de Altimira de España, era un militar bastante distinguido y de cierta energía. Empezó su carrera en la guerra contra Napoleón, habiendo asistido al primer asalto de Zaragoza, de gloriosa memoria y también al segundo, en cuya época era ya sargento mayor. A principios de 1812 fue destinado a Lima, donde en calidad de

⁶⁶ “La noche que llegamos a Chillán se presentaron ante el señor General varios oficiales, entre ellos el señor auditor Rodríguez y tengo presente que hablando éste sobre los tratados, le reconvinó el señor Gaínza diciéndole por qué cuando estaba a solas con él no le había reconvenido, hecho señas o tirado de la casaca en cualquiera de los capítulos, habiéndole llamado para este fin, a lo que no contestó y se concluyó la Junta”. Declaración del coronel don Ildefonso Elorreaga en el proceso de Gaínza.

⁶⁷ “Jamás pensó ni aun por sueños desamparar la provincia, como así lo tiene repetido en varios lugares de su confesión y lo acreditan repetidos hechos, circunstancias y documentos constantes”. Proceso de Gaínza.

⁶⁸ “Gaínza previno a O'Higgins que no dispersase sus tropas porque Calvo y Elorreaga trataban de revolucionar, lo que trataba de evitar”. Diario manuscrito de don Manuel de Salas.

comandante de artillería prestó grandes servicios a este cuerpo, contribuyendo a su disciplina y nueva organización, y cuando se trató de la expedición de Chile, Abascal lo puso a su cabeza por recomendación muy eficaz del comercio, dándole muchas compañías del regimiento de Talavera recién llegado a Lima, un cuadro de oficiales para formar un escuadrón de carabineros y todo lo necesario en material y en dinero para el mejor éxito de la empresa.

Habiendo llegado Osorio a Talcahuano el 12 de agosto de 1814, marchó inmediatamente a Chillán a tomar el mando del ejército, que Gaínza en su crédula esperanza confiaba conservar. Su permanencia en esta ciudad fue muy corta y la aprovechó en discutir el plan de campaña, tomar los informes que podía necesitar y formar el escuadrón de húsares de milicia, cuyo mando dio al valiente Baraña. El 28 de agosto se puso en movimiento su vanguardia, en la que la caballería iba a las órdenes de Elorreaga y la infantería a las de Carvallo, llevando cuatro cañones de campaña. En los días sucesivos salió del cuartel general el resto del ejército, compuesto en su totalidad de cuatro mil novecientos setenta y dos hombres, dividido en tres divisiones que marchaban con el intervalo de un día. Todas las tropas observaron el mejor orden y disciplina, excepto el batallón de Talavera, que al llegar a San Carlos se sublevó contra su comandante Maroto, sublevación que pudo tener serios resultados, porque los que la promovieron eran procedentes de lo más malo que había en España, pero que fue pronto sofocada por el mayor Morgado y el capitán Margueli, dando a los amotinados una parte de su paga, única causa de aquel principio de insubordinación.

Antes de salir de Chillán, es decir, el 20 de agosto, comisionó Osorio al capitán don Antonio Pasquel para que en calidad de parlamentario llevase a los jefes patriotas la orden de rendirse y someterse al rey Fernando VII. Esta orden estaba concebida en términos tan severos para los chilenos, como insultantes para los que gobernaban el país. Era un conjunto de baladronadas, amenazas, anuncio de desgracias a los que no le obedeciesen, etc., que O'Higgins recibió con calma e indignación, pero que impresionó vivamente el alma poco sufrida de don José Miguel Carrera. Éste, sin aguardar su completa reconciliación con aquél, hizo que le contestase el 29 del mismo mes por la Junta de una manera comedida y adecuada, que contrastaba con el gran sentimiento de cólera que revelaba en sus actos, pues en aquellos momentos mandó arrestar y poner grillos al parlamentario Pasquel, con el pretexto de que se había fugado el coronel Hurtado, uno de los rehenes de los realistas.

Como el volver a empezar las hostilidades era una consecuencia casi indispensable de la respuesta y de la prisión que acabamos de referir, los dos jefes, según ya hemos dicho, se apresuraron a reconciliarse, y, aunque esta reconciliación no fue tan sincera como hubiera sido de desear, sí lo bastante para el peligro del momento, pues reunió los ejércitos bajo la única bandera que les convenía, la de la independencia. Desgraciadamente la inacción de estos dos ejércitos, y quizá también la inercia de Lastra habían comprometido en gran manera la disciplina y las obligaciones del soldado. Las desercciones era numerosas, se había tenido poco esmero con las armas, y el corto número de reclutas hechos estaban muy descui-

dados. Se necesitaba todo el genio creador de don José Miguel Carrera para dar a la reunión de estos soldados el título pomposo de ejército de la patria.

Sin cuidarse de la legalidad de sus actos, no considerando en aquel momento más que el peligro del país, lo cual le daba ciertamente plena y completa libertad, Carrera tomó inmediatamente y como tenía de costumbre, las más prontas y enérgicas medidas para poder tentar fortuna, o al menos oponer alguna resistencia a su formidable enemigo. Se ocupó, pues, nuevamente de reunir los desertores dispersos en los diferentes pueblos de la provincia, amenazando con pena de muerte al que no se presentase y prometiendo una recompensa de veinticinco pesos al denunciador, envió a Illapel al capitán don J. Prieto con encargo de reclutar en las inmediaciones nuevos conscriptos y, persuadido de que el número que se obtuviese de éstos no sería suficiente para las necesidades del momento, decretó el alistamiento en masa de todos los esclavos del país desde la edad de trece años, prometiéndoles la libertad tan pronto como estuviesen afiliados y ofreciendo a los propietarios una indemnización que apreciada legalmente, sería satisfecha con la media paga de aquéllos que al efecto se les descontaría, oferta de no gran valor en unos momentos en que los soldados estaban poco y mal pagados y que les hubiera producido resultados escasísimos de no verse amenazado en el mismo decreto con la pérdida del esclavo, de la mitad de los bienes y dos años de destierro al amo que lo ocultase. Por lo demás el patriotismo chileno se apresuró en esta ocasión como en tantas otras a secundar esta orden urgente. Algunos ciudadanos generosos ofrecieron gratuitamente al país los pocos esclavos que poseían y muy pronto pudo formarse un nuevo regimiento al que se le dio el nombre de *Ingenuos de la Patria*.

Aunque la creación de los nuevos regimientos y la organización del ejército absorbía casi todo el tiempo a don José Miguel Carrera, su actividad febril no le permitía dejar de atender a cuanto pudiera dar fuerza y confianza a su partido. Santiago continuaba siendo la población en la que la revolución tenía mayor número de enemigos. Para que éstos no pudiesen hacerle daño, envió a unos a los pueblos del norte, confinó otros a sus haciendas e hizo que en un día mismo pasasen al otro lado de la cordillera catorce religiosos, recomendándolos de una manera particular al gobernador de Cuyo a fin de que les impidiese volverse y advirtiéndole que le enviaría muchos más. Igual rigor exigió del gobernador de Valparaíso cuando supo que se habían visto dos barcos en la costa de Topocalma, pues le escribió que no dejase ni un cuchillo en manos de los realistas y que enviase a los más osados al interior del país⁶⁹, para impedirles que volvieran. En todas estas medidas era apoyado eficazmente por sus dos colegas, que inspirados por su actividad y energía obraban con no menos diligencia, especialmente Uribe, quien por su carácter duro y severo era el ejecutor de las órdenes y pensamientos de Carrera, con tal exaltación a veces que contrariaba los sentimientos generosos y benévolos de este General. Pero lo que le preocupaba mucho desde que se instaló la Junta era el

⁶⁹ “Para conducir con seguridad a los expatriados y desterrados se estableció una posta de partidas militares hasta el pie de la cordillera y en verdad, si la cordillera hubiese estado abierta, habría quedado Chile libre de esta clase de enemigos”. Diario manuscrito de don José Miguel Carrera.

estado lastimoso de la Hacienda. Ya hemos visto que el tesoro no tenía más que mil pesos en sus cajas, recurso del todo insignificante para tantos gastos de primera necesidad: era pues preciso un remedio eficaz y pronto. Siguiendo la costumbre de entonces, se acordó un empréstito forzoso que habían de pagar más principalmente los europeos y chilenos adictos al Partido Realista, se echó mano de cierta cantidad de plata labrada de las iglesias y se amenazó con una multa de mil pesos a todo el que siendo deudor al tesoro, no entregase el importe de su débito en el término de tres días. Con esta arbitraria energía que justificaba la indignación del gobierno y las incesantes necesidades de la situación, se fortaleció la autoridad, el tesoro tuvo muy pronto en sus cajas un millón de pesos y los soldados, mejor pagados, mejor vestidos y mejor equipados pudieron marchar contentos y alegres al encuentro del nuevo enemigo.

El 9 de septiembre salieron de Santiago las primeras tropas, mandadas por el sargento mayor don Francisco Elizalde, a reunirse a las de O'Higgins acampadas en **Maipo**. Estas tropas conocidas con el nombre de auxiliares formaron la base del batallón número 3.

Desde el 5 de septiembre estaba O'Higgins de vuelta en su campamento, ocupado afanosamente en disciplinar sus soldados y en proporcionarles todo lo que les hacía falta en armas y equipos. Como su pequeño cuerpo debía formar la primera división del ejército que iba a combatir a Osorio, envió a hacer un reconocimiento al intrépido capitán don Ramón Freire, quien a la cabeza de sólo cincuenta dragones, no temió pasar el Cachapoal y llevar sus investigaciones y audacia hasta la ciudad de San Fernando, que tuvo que abandonar al instante por la llegada de un cuerpo de realistas. Se replegó entonces sobre Rancagua, a donde se reunió con ciento cincuenta milicianos enviados por Carrera a las órdenes del teniente coronel don Bernardo Cuevas a hacer también un reconocimiento. Estas dos compañías formaban en cierto modo la vanguardia de la división O'Higgins, que seguía acampada en **Maipo**, pero que se puso en movimiento pocos días después, de manera que el 20 ya estaba toda esta división en Rancagua y las tropas ocupadas en construir trincheras.

El mismo día salió de Santiago el coronel Portus con mil doscientos milicianos de caballería y al siguiente la segunda división mandada por don Juan José Carrera, fuerte de setecientos sesenta granaderos y cuarenta y cuatro infantes de Concepción. Antes se habían hecho correr proclamas muy violentas contra los realistas, contra los chilenos infieles que se habían pasado al enemigo, y sobre todo contra Osorio a quien se puso fuera de la ley por traidor al Rey y a la patria y se pregonó su cabeza. Se fundó esta medida en querer Osorio que se observara la Constitución de las Cortes tiempo hacía abolida por el Rey, según resultaba de las gacetas recientemente recibidas y que se le enviaron. Pero Osorio sólo veía en todo esto un pretexto para atacar con más dureza su persona: y sin cuidarse de semejantes amenazas continuó su marcha bajo la protección de Nuestra Señora del Rosario a quien había tomado en Talca por patrona del ejército.

A su llegada a Requínoa una noticia mucho más importante vino a colocarlo en el mayor embarazo.

Como resultado de la toma de Montevideo por los patriotas, Pezuela no podía seguir en la provincia de Salta, tanto más cuanto acababa de saber de la derrota y muerte del valiente Blanco en Santa Cruz de la Sierra, las pérdidas que había tenido el comandante Barra en Valle Grande, el abandono de la Laguna por el teniente coronel Valle y el gran número de partidas de guasos que se estaba formando en los alrededores. Todo esto lo obligó a abandonar Salta el 3 de agosto y a replegarse sobre Suipacha, desde donde escribió al Virrey pidiéndole pronto auxilios en hombres y en armamentos.

Seis días antes de recibirse el parte de Pezuela, Abascal había enviado a Chile la expedición de Osorio, lo cual lo colocó en la imposibilidad de suministrar al general de Perú los auxilios que le reclamaba, pero interesado vivamente en la conservación del virreinato, sobre todo en momentos en que Cuzco acababa de sublevarse casi en masa por instigaciones del gran patriota Angulo, reunió el 30 de septiembre un consejo de guerra, en que se resolvió escribir a Osorio que enviase a Arica el cuerpo de Talavera y el Chiloé, si sus armas habían triunfado en Chile, y autorizándolo si el estado de la guerra no era tan satisfactorio como se creía, para celebrar con los patriotas un convenio, que permitiese disponer de todas las tropas contra el Alto Perú⁷⁰.

Esta determinación, que se comunicó a Osorio con prontitud y por triplicado⁷¹, lo colocó en una posición tan crítica como embarazosa. No queriendo tomar sobre sí toda la responsabilidad de sus actos, convocó un consejo de guerra, en el que hizo ver a sus compañeros de armas que una retirada sería muy peligrosa para el ejército y que su posición era demasiado buena para no intentar una batalla decisiva cuyo feliz éxito lo aseguraba la discordia que había entre los dos partidos. Pacificado el país y dominadas todas las facciones, sería más fácil socorrer a Perú, enviándole las tropas que entonces casi para nada se necesitarían. Admitida esta idea por la generalidad de los oficiales, Osorio dio las órdenes de marcha y el 30 de septiembre todo el ejército se puso en movimiento, aprovechando la noche para pasar con menos resistencia el río Cachapoal, en cuyas márgenes estaba acampado parte del ejército chileno. Pocos días antes había propuesto a O'Higgins conservar el título de brigadier y nombrarlo intendente de la provincia de Concepción si se pasaba a los realistas, propuesta que fue recibida con desprecio e indignación.

Aunque don José Miguel Carrera mandó obstruir las acequias para que vertiesen las aguas en el río y hubiese menos vados, éstos los había en muchos puntos, porque la estación no favorecía sus intentos. Osorio eligió el de Cortés como uno de los más fáciles de pasar y dividió su ejército en tres columnas que marchaban a muy corta distancia una de otra para disminuir los inconvenientes de ir separadas

⁷⁰ Este hecho, que ya yo había notado como resultado de algunas conversaciones que tuve en Cuzco con Ruedas, ex secretario de Osorio, se ve confirmado en la relación del gobierno del marqués de la Concordia y en las *Memorias* del general Gamba.

⁷¹ "Se ignoraba la suerte de las órdenes que hasta por triplicado se habían pasado a Osorio en conformidad de lo resuelto en junta de guerra para activar sus operaciones y que en cualquier estado tratase con los insurgentes la negociación más decorosa que pudiese alcanzar, para volar al socorro del general Pezuela y de sus valientes y beneméritos tropas". Relación del gobierno del marqués de la Concordia.

y que descansaban de cuando en cuando. Como habían salido a las nueve de la noche y Requínoa apenas dista dos leguas del paso del río, llegaron temprano y al rayar el alba lo vadearon sin obstáculo, pues la vanguardia, compuesta de seiscientos cincuenta caballos, había desalojado para entonces los veinte hombres, única fuerza que guardaba aquel paso.

En cuanto O'Higgins supo que el enemigo intentaba pasar el río por el vado de Cortés, encargado a la vigilancia de don José Miguel Carrera, destacó una compañía de dragones mandada por el capitán don Rafael Anguita, la cual llegó tarde y tuvo que replegarse. También O'Higgins se vio obligado a atrincherarse detrás de las tapias, desde donde no cesó de incomodar al enemigo durante su paso. Más de una hora estuvo en esta posición aguardando que le llegasen refuerzos, pero viendo que todo el ejército realista estaba ya al norte del río, que una parte de él batía su derecha y que la otra intentaba cortarle la retirada, dando rodeos para interponerse entre él y Rancagua, mandó marchar sobre la ciudad, adonde se había retirado con casi toda su división don Juan José Carrera, esperando se le reuniese muy pronto la de don José Miguel, con arreglo a lo que habían convenido.

Esta ciudad situada a una cuantas cuadras del río y construida en medio de una vasta llanura, la escogió O'Higgins contra el parecer de don José Miguel Carrera, para punto de resistencia. Como nada había hecho la naturaleza para su defensa, la fortificó a toda prisa, pero muy ligeramente por falta de materiales y por el poco tiempo que hubo para trabajar. Se reducía la fortificación a unas simples trincheras construidas con adobes a una cuadra de la plaza y a la entrada de las tres calles más inmediatas. Los puntos de acceso estaban completamente abiertos y por lo tanto le fue fácil a Osorio apoderarse de ellos y rodear la ciudad, bloqueando a los patriotas y privándoles de todo socorro. Para que su situación fuese más apurada, se cortó la única acequia que provee de agua a la ciudad, de manera que los soldados en número de mil setecientos próximamente y los habitantes, se encontraron privados de tan indispensable artículo.

Tal era el estado de las cosas cuando empezó el combate, el más sangriento y obstinado de cuantos se habían visto hasta entonces⁷². Durante treinta y tres horas la acción se sostuvo sin tregua ni descanso y con un arrojo por una y otra parte digno de mejor causa, pues los patriotas demostraron en la defensa una obstinación igual a la impetuosidad de los que les atacaban. Fortificados en la plaza, colocados en las casas y en sus techos hacían pagar cara la atrevida bravura de los realistas, dirigidos por oficiales valientes, acostumbrados al fuego y siempre prontos a lanzar

⁷² El ejército chileno, comprendida la división de don José Miguel Carrera, se componía de catorce jefes, doscientos doce oficiales, tres mil cuatrocientos doce artilleros y fusileros y dos mil quinientos sesenta y cuatro milicianos de caballería, en total seis mil doscientos dos hombres, pero en general los soldados no tenían disciplina y muchos eran nuevos, procedían de las clases inferiores de la sociedad y estaban sin armas. El ejército realista no ascendía más que a cuatro mil novecientos setenta y dos hombres, pero casi todos buenos soldados, algunos de los cuales habían hecho la campaña contra Napoleón y, aunque es verdad que tenía algunos milicianos podía contarse con ellos, porque pertenecían a una raza de hombres habituados a estar constantemente con las armas en la mano, por su proximidad a los indios araucanos.

sus tropas a calles rectas y estrechas, lo cual les causó grandes pérdidas, especialmente en el batallón de Talavera, del que no quedó más que la sexta compañía mandada por San Bruno, y en el del real de Lima. Muchas tentativas hicieron y otras fueron rechazadas por los cañones de los patriotas colocados en la bocacalle de San Francisco y a una cuadra de la plaza, hasta que viendo la imposibilidad de tomar al descubierto las trincheras, abrieron troneras en las casas y a su abrigo pudieron aproximarse a distancia de una cuadra, donde construyeron parapetos valiéndose de grandes líos de charqui y otros objetos que pudieron encontrar. Puestos así a cubierto, aunque no lo bastante para preservarse del fuego de fusil que les hacían desde los techos de las casas, incendiaron las de los alrededores, lo cual puso a los patriotas en una posición muy crítica, si bien no desesperada, porque animados por la energía de sus jefes se batían con tanto valor como decisión, de tal manera que sabiendo que se aproximaban refuerzos hicieron una salida sobre diferentes puntos, con tan buen resultado que hubo un momento en que Osorio pensó batirse en retirada y desistir del ataque, lo que empezó a hacer en efecto y hubiera continuado sin la resistencia de algunos oficiales⁷³.

Si en este momento de vacilación se hubiera presentado con la tercera división don José Miguel Carrera, es probable que hubiese decidido la suerte del combate, declarando la victoria a favor de los patriotas, pero situado como siempre y sin duda por su mala estrella a una distancia bastante grande del campo de batalla, se contentó con enviar a las órdenes de su hermano don Luis, dos cañones y unas cuantas compañías mandadas por los dos hermanos Benavente, sin más objeto que el de proteger la retirada de los sitiados cuando lo que el jefe de éstos le pedía era auxilio para añadir el último florón a aquel principio de victoria. Al llegar por el lado del norte, donde estaban acampados la caballería de Elorreaga, Quintanilla y Lantaño y los batallones de vanguardia de Carvallo, aquel ligero refuerzo fue en cierto modo detenido, estrechado por tan gran número de enemigos y obligado a retroceder sin haber conseguido ningún resultado serio⁷⁴. Desde este momento comenzó de nuevo el combate con más vigor y obstinación. Los talaveranos, aunque muy mermados, al mando del imprudente Maroto y de San Bruno, y las compañías del Real de Lima, al del coronel Velasco, se presentaron delante de la calle de San Francisco, marcharon por ella en columna y a pesar de las pérdidas enormes que sufrían y de las observaciones de Velasco, avanzaron hasta delante de la iglesia donde fueron recibidos y dispersados por los cañones de la plaza, dejando sembradas las calles de los mejores soldados muertos o heridos. Los realistas, pues, se iban a ver por segunda vez en grave compromiso, cuando el intrépido Barañaño da una carga a la cabeza de su escuadrón, se aproxima a las trincheras, manda echar pie a tierra a sus húsares y, aunque desgraciadamente herido en una pierna, les infunde

⁷³ Oficio de O'Higgins al gobierno de Buenos Aires. Este oficio manuscrito me lo dio el mismo O'Higgins y lo conservo. Ignoro si se ha impreso.

⁷⁴ Según el manifiesto de don José Miguel Carrera y la memoria de don Diego Benavente, la retirada se hizo en la creencia que los sitiados se habían rendido, porque no se oía más que los repiques de campanas de las iglesias y ni un solo tiro.

ánimo para ir hasta cerca de la plaza, donde se le reúnen las tropas de Velasco y de Maroto, ansiosas de secundar los esfuerzos de aquel valiente comandante. Entonces se empeña una lucha tenacísima necesariamente muy desventajosa para los patriotas, que estaban muertos de fatiga y muy mermados con el gran número de muertos. Faltos así de municiones como de víveres, devorados por la sed, teniendo por todo refugio la plaza y no restando a su denuedo más que una débil e inútil esperanza, aquellos nobles restos no quisieron ni rendirse ni parlamentar y prefirieron abrirse paso sable en mano, marchando sobre el centro del enemigo. Para poner en ejecución tan temerario proyecto, eligieron la calle del norte que va a parar a la Alameda, precisamente el punto mejor resguardado y en que estaba casi toda la caballería, que medio estupefacta de tanta audacia, se quedó un momento como petrificada en su puesto, convencida por otra parte de que era imposible que pudiesen escapar los patriotas. Pero fuese prodigio del valor, fuese poder de la desesperación, algunos de estos bravos consiguieron hacerse paso y arrastraron tras sí buen número de los suyos, aprovechando la confusión introducida en la refriega por un gran número de mulas que iban delante y que levantaban un polvo que no permitía ver a los combatientes y confundía unos con otros. De los primeros que intentaron este atrevido golpe de mano fue el intrépido O'Higgins verdadero héroe de esta admirable, si bien desgraciada, resistencia, en la cual alcanzó la gloria de pagar su tributo de sangre, recibiendo una herida, que felizmente no fue de gravedad. Don Juan José Carrera pudo escaparse en la primera salida y desde la víspera se había reunido con su hermano don José Miguel⁷⁵.

Tal fue el resultado de esta batalla, una de las más desgraciadas y más notables de la Independencia, pero también unas de las más gloriosas, así para el jefe como para el puñado de valientes que también supieron defenderse a pesar de su inferioridad numérica⁷⁶. Porque la gloria no le da solamente un resultado satisfactorio, si no que a veces también ciñe con corona de laurel la frente de los bravos, a quienes niega el destino la palma de la victoria, desde este punto de vista, mereciéndola bien aquellos intrépidos guerreros. Más adelante como sucede de ordinario, los partidos siempre llenos de pasión, se acusaron echándose recíprocamente en cara la culpa de esta catástrofe y hoy mismo es muy difícil averiguar la verdad: tan vivo está aún el espíritu de animosidad en el corazón del país. Sea que se consulten los numerosos documentos ya impresos, y ya manuscritos, que existen relativos a este drama, sea que este drama se discuta con los testigos oculares y hasta con los que

⁷⁵ “Los sitiados se condujeron con un denuedo admirable. Los oficiales Ovalle y Yáñez quedaron apoderados del asta de bandera para no rendirla mientras tuviesen vida. El capitán don José Ignacio Ibieta, rotas las dos piernas, puesto de rodilla y con sable en mano guardaba el paso de una trinchera hasta su muerte”. Véase la memoria de Benavente, p. 193.

⁷⁶ Según el parte, acaso exagerado, de Osorio al virrey de Perú, la pérdida de los patriotas fue de cuatrocientos dos muertos, doscientos noventa y dos heridos y ochocientos ochenta y ocho prisioneros. La de los realistas estuvo reducida a ciento once de los primeros, de los cuales uno sólo era oficial y ciento trece de los segundos, incluso siete oficiales. Véase el parte de Osorio en la *Gaceta del gobierno de Lima* correspondiente al 7 de noviembre de 1814 y la *Gaceta de Chile Viva el Rey* del 5 de diciembre de 1814.

tomaron gran parte en él, siempre queda duda entre el pro y el contra, por más que la relación se haga concienzudamente y con aquel aire de buena fe que casi infunde respeto⁷⁷. Pero, ¿quién es el hombre de partido que en la exaltación de sus ideas, en las que suele tener cabida el odio, no es arrastrado involuntariamente a poner una fuerte dosis de exageración en sus convicciones, sobre todo cuando así halaga su amor propio, asegura sus intereses y hace daño a su enemigo?

Lo que más ha dado margen a las recriminaciones es el plan de defensa de los dos jefes principales. Don José Miguel Carrera quiso esperar al enemigo en la angostura de Paine, formada por la inmediatez de dos ramales, el uno de la cordillera alta y el otro de la costa, que había fortificado. Aunque O'Higgins no desconocía las ventajas de esta posición, le encontraba, sin embargo, el gran inconveniente de que había en los ramales unos bajos muy fáciles de pasar al ejército enemigo, si no con la artillería de grueso calibre, al menos con las piezas de campaña, lo cual le permitía moverse y colocarse a retaguardia, en cuyo caso las fortificaciones eran inútiles y el ejército tenía que tomar una gran extensión muy perjudicial por la inferioridad del número. Por este motivo propuso la ciudad de Rancagua para punto central y de reunión y las orillas del Cachapoal para sitio de asiento y de defensa, plan que se adoptó, aunque a disgusto de Carrera, y que según los partidarios de éste fue la causa de la pérdida de Chile, acusación que el historiador imparcial no puede admitir, así como tampoco la que los adversarios de don José Miguel Carrera hacen a éste de haber permanecido mero espectador de la acción, cuando por el número de sus soldados, a los que se había reunido una gran parte de la caballería de Portus derrotada a los primeros cañonazos, pudo decidir el éxito de la batalla. A decir verdad, nos inclinamos a creer que este cargo es un poco más fundado, porque la caballería de milicianos de Elorreaga, Lantaño y Quintanilla no hubiera podido resistir a pesar del arrojamiento de sus jefes a mil doscientos hombres que tenía don José Miguel Carrera, sostenidos por siete piezas que mandaba su hermano don Luis y por buena caballería, a cuya cabeza estaban los dos hermanos Benavente. Probablemente hubiera sido fácil a esta división atacar con buen éxito por varios puntos a los sitiadores o quizá arrollar el cuerpo de milicias y llevar socorros a los soldados de O'Higgins, que empezaban a estar faltos de todo y entonces no es difícil calcular de qué lado se hubiera declarado la victoria, cuando un corto resto resistió tan valerosamente al ejército entero de Osorio, que estaba lleno de inquietud y timidez. Pero la Providencia lo dispuso de otra manera, sin duda para probar en mejores tiempos el patriotismo de los indiferentes.

Con la pérdida de la batalla de Rancagua y todo el material de armas y municiones que en ella había, Chile volvió a la dominación de España y a verse privada, por algún tiempo al menos, de muchos miles de patriotas, pues hombres y mujeres se apresuraron a pasar la cordillera y llevar su esperanza al seno de una república

⁷⁷ Un joven angloamericano que se encontraba entonces en Chile y que ha publicado en Boston un diario del tiempo que permaneció en este país por los años 1817, 18 y 19, dice hablando de la inacción de don José Miguel Carrera, a pesar de lo partidario que es de este gran patriota: *Their conduct on this occasion is inexplicable and is not attempted to be justified even by their friends*, p. 13.

más feliz, puesto que había conseguido rechazar hasta más allá del desaguadero a los soldados de Pezuela, únicos con quien tenía que pelear en aquellos momentos. No pudiendo organizar una resistencia en la angostura, como quería, a causa de los infinitos fugitivos que abandonaban sus cuerpos, Carrera se dirigió a Santiago, donde permaneció hasta el 4 de octubre para que el pueblo saquease las administraciones del fisco, tales como la del tabaco, en que había más de doscientos mil pesos, la de víveres, fábrica de armas, etc.⁷⁸, y para tomar el dinero que había en tesorería y casa de monedas, exigir algunas contribuciones y apoderarse de todas las alhajas de las iglesias. Con este dinero se prometía organizar en el norte un nuevo ejército con que poder algún día atacar a Osorio en la capital, que no pudiendo ya defender, la dejó bajo la dirección del coronel don Eugenio Muñoz para devolverla a aquél. Su colega Uribe fue más lejos aún en la destrucción de las administraciones del fisco, pues dio repetidas órdenes al gobernador de Valparaíso para que quemase todos estos establecimientos y aun todos los barcos que no pudieran llevarse a Coquimbo. Política singular que autorizaba al vencedor a poner en contribución al país y a despojar a los patriotas de una parte de sus bienes.

En la noche del 4 de octubre, Carrera salió de Santiago no obstante los avisos de O'Higgins⁷⁹, después de haber dado con su actividad acostumbrada las órdenes necesarias para sus proyectos futuros. El 5 llegó a Santa Rosa de los Andes, donde esperaba se le reuniese la guarnición de Valparaíso mandada por Bascuñán, a quien había prevenido que pasase a Quillota después de embarcar todas las armas y municiones para Coquimbo. El espíritu de partido, que siempre persigue con furor los corazones nobles hasta en las mayores adversidades, vino a detener todos sus planes y a suscitarle nuevas dificultades. Blanco de la mala voluntad de los amigos de O'Higgins, desconocido por los auxiliares de Buenos Aires que estaban de guarnición en Aconcagua, abandonado por un gran número de desertores y por los soldados de Bascuñán que se rebelaron en cuanto él salió de Valparaíso y finalmente perseguido por la caballería de Elorreaga se vio en la necesidad de renunciar a su proyecto de ir al norte y sólo procuró salvar el tesoro que llevaba y que ascendía a más de un millón de pesos. Desgraciadamente estos débiles restos fueron alcanzados por Elorreaga en la ladera de los Papeles y tuvieron que hacer

⁷⁸ Por consecuencia de esta licencia, se cometieron desórdenes que Carrera procuró remediar, castigando rigurosamente a los culpables y armando a los habitantes para que cuidasen del orden. Véase su manifiesto, p. 59.

⁷⁹ Después de la pérdida de Rancagua, don José Miguel Carrera volvió a Santiago con mil quinientos hombres aproximadamente y a muy poco llegó O'Higgins con otros ciento cincuenta, nobles restos de su resistencia en aquel punto. A pocas horas de su llegada fue a casa de Carrera a asegurarle que la victoria de los realistas en Rancagua estaba muy lejos de ser completa y que sus tropas reunidas a los cuatrocientos hombres de Valparaíso, otros tantos auxiliares de Buenos Aires, que continuaban comprendidos en la provincia de Aconcagua y los muchos milicianos que se podía levantar, eran más que suficientes para intentar una nueva resistencia en el río Maipo. Carrera contestó que lo pensaría y en efecto celebró un consejo de guerra a que no fue llamado O'Higgins en que se resolvió retirarse al norte para organizar un nuevo ejército y así se hizo, a pesar de que O'Higgins predijo que desertaría una gran parte de las tropas, como sucedió. Conversación con don Bernardo O'Higgins.

frente a un enemigo, que llevaba una fuerza por lo menos cuatro veces mayor que la suya⁸⁰. Éste fue su último combate en el que se perdió la mayor parte del tesoro sacado de Santiago, es decir, diecinueve cargas y media de plata, sin contar lo que robaron los granaderos encargados de la custodia de otras cargas que tomaron el camino de los Patos. Después de tantas defecciones, Carrera no pensó más que en atravesar la cordillera, y el 13 de octubre pasó la frontera de Chile, de esta patria que quiso elevar a la altura de su majestuoso pensamiento, y que su desgraciada suerte no le permitió rever. Fue acompañado de multitud de personas, que como él no llevaban en su huida más que su patriotismo, sus esperanzas y su valor.

⁸⁰ Según O'Higgins, el batallón de auxiliares de Buenos Aires a las órdenes de su bizarro comandante Las Heras, fue casi el único que sostuvo esta retirada, hostigada por la caballería de Elorreaga, en razón al estado de desmoralización en que se hallaban las pocas tropas que iban en ella. Conversación con don Bernardo O'Higgins.

CAPÍTULO XLII

Gobierno del coronel don Mariano Osorio. Su entrada y su buena recepción en la capital. Distribución que da a su ejército. Su deslealtad con los patriotas emigrados. Los manda a arrestar y envía unos a Lima y otros a la isla de Juan Fernández, donde pasan una vida llena de privaciones y disgustos. Rehabilitación de algunos realistas. Envío de un refuerzo de tropas a Pezuela, que le imposibilita hacer una expedición contra Mendoza. Consejo de guerra permanente. Instalación de la nueva real audiencia. Organización de muchos tribunales políticos. Escasez de dinero y fuertes contribuciones impuestas para proporcionarlo. Restablecimiento del antiguo orden de cosas en la administración.

La tenaz resistencia que hizo Rancagua al ejército de Osorio produjo en el corazón de sus soldados gran exasperación de venganza y resentimiento. Los restos del batallón de Talavera, sobre todo, se hicieron por sus excesos, dignos de las épocas más bárbaras, cosa que no admiró ciertamente a los que conocían el origen de este regimiento. Formado con lo más malo y más indolente que había en España, sacados de los presidios la mayor parte de sus individuos para enviarlos inmediatamente a América y queriendo después de la acción vengarse de las pérdidas enormes que habían sufrido, en el momento que se hicieron dueños de la ciudad, se entregaron al pillaje, a la violación y al asesinato, no respetando nada, ni aun las iglesias, en las que muchas familias se refugiaron, mucho menos las casas que habían servido de prisión y de hospital, las que cometieron la atrocidad de quemar⁸¹. Venganza odiosa que el estado de desorden y de convulsión en que se halla siempre un ejército al concluirse una batalla, no alcanza de modo alguno a disculpar.

Conmovido Osorio hasta derramar lágrimas a la vista de tantos cadáveres⁸², sólo pudo poner un débil remedio a tanta crueldad. Deseando salir cuanto antes de aquel lugar de muerte y destrucción, envió al día siguiente de la acción una par-

⁸¹ Parece que el saqueo de la ciudad duró tres días y que las alhajas de los particulares y de las iglesias se vendieron casi por nada. Dicen que la quema de las prisiones provisionales se verificó el tercer día y que Carvallo, que quedó de gobernador de la ciudad, mandó poner en la plaza a la expectación pública las rejas de las casas todavía con el pellejo de las manos de las desgraciadas víctimas, con objeto de vituperar la conducta de sus compañeros de armas.

⁸² Conversación con don Ignacio de Arangua.

tida de su caballería a las órdenes de Elorreaga, a perseguir los fugitivos y tres días después se puso en marcha dejando una guarnición en Rancagua y a su cabeza un hombre muy humano, el coronel don Juan Nepomuceno Carvallo.

El 9 de octubre de 1814 llegó a las puertas de Santiago precedido de la primera división que mandaba el coronel don José Ballesteros. Los magistrados, las primeras autoridades, el pueblo todo en fin, se puso en movimiento para hacerle un recibimiento brillante y saludar en él y en el ejército la victoria y la restauración. Para los españoles la guerra de Chile no era una guerra civil, siempre muy parca con los generales en sus triunfos, porque cada victoria es un verdadero desastre⁸³, sino más bien una guerra de conquista, en que se mira en el adversario un enemigo a quien debe destruirse en medio de los festejos y de los gritos de alegría de la nación. Miles de banderas de los colores españoles ondeaban en todas las casas, las calles estaban adornadas con arcos de triunfo, y las señoras elegantemente vestidas echaban a manos llenas ramos, coronas de flores y hasta dinero a oficiales y soldados, a quienes acompañaba un populacho, que aturdió con sus gritos de alegría en loor del Rey, de Osorio y de su valiente ejército. Bien se notaba en algunos semblantes cierta mezcla de temor, de asombro y aun de pena, pero el número de éstos era muy corto y todos los que componían la comitiva y todos los que se hallaban a su paso dieron pruebas de la más franca adhesión.

Verdad es que la mayor parte de los patriotas, gente que pertenecía casi toda a la primera clase de la sociedad, andaban huidos por los campos o habían emigrado al otro lado de la cordillera y otros pocos y nada comprometidos, indecisos en su nueva posición e inquietos por su porvenir, los siguieron, de manera que realmente no habían quedado en la ciudad más que las gentes de la clase media, los europeos, los chilenos adictos a la Monarquía y ligados a éstos por comunes intereses y todos aquellos indiferentes que esperan los resultados de una batalla para arrimarse al partido vencedor.

Esta clase de personas fue la que salió a recibir a Osorio y lo acompañó en su tránsito, primero a la iglesia para asistir al *Te Deum* que se cantó en celebración del triunfo y después a la chacra de don Teodoro Sánchez en la Cañadilla, donde estuvo alojado algunos días, mientras se le arregló la casa del conde de la Conquista. Tanto se había extendido la voz de que el palacio estaba minado, que no consideró prudente habitarlo, al menos por el momento.

Ya en el corto tiempo que estuvo en Rancagua había dado parte al Virrey de su importante victoria, que también comunicó a Pezuela cuya posición era cada día más crítica. Uno y otro la celebraron mucho, Abascal principalmente, que cuando recibió las banderas cogidas a los patriotas renovó los festejos con más entusiasmo aún, dándoles un carácter civil y religioso. Esta vez la religión, como ellos la entendían tenía derecho a ello, porque habiendo puesto el ejército bajo la protección de Nuestra Señora del Rosario, a esta Virgen era a quien debían presentarse los trofeos, como lo pidió Osorio y así se hizo. Con el oficial encargado de esta honrosa misión, envió el Virrey el nombramiento de brigadier y el de capitán general

⁸³ *Quia haec victoria ciadi similior erat. Val. Max.*

de Chile, al jefe del ejército expedicionario, nombramientos que el Rey aprobó, aunque sólo con el sueldo de brigadier.

Lo primero de que cuidó Osorio fue de ocupar los principales puntos del país conquistado. El infatigable Elorreaga, de vuelta de su expedición contra los Carrera a quienes había obligado a pasar la cordillera, fue destinado con parte de su caballería a Coquimbo, que aún no estaba completamente sometido; el coronel don Juan Ballesteros, que no había hecho más que atravesar la capital, obtuvo el gobierno de Quillota hasta Illapel; por último el puerto de Valparaíso se confió a un marino, el capitán de fragata Villegas.

Tomadas estas medidas de precaución se ocupó de los emigrados que por su edad avanzada o porque no consideraban sus compromisos tan grandes que les obligasen a huir del país, se habían contentado con alejarse de la capital para volver a ella más adelante, cuando la efervescencia del momento hubiese producido todos sus funestos efectos. Una infinidad de estos patriotas estaban ocultos en las haciendas, esperando con ansias el momento de reunirse con sus familias, cuando Osorio o su segundo Pizana vinieron a sacarlos de su molesto retiro con proclamas que respiraban buena intención, olvido, clemencia y humanidad, invitándolos a presentarse a aquellos jefes, que no tardaron en hacerlos arrepentirse de la confianza con que acogieron sus promesas. Y en efecto, poco después de haber regresado a sus casas un gran número de estos respetables chilenos, cuya mayor parte eran de edad muy avanzada, fueron arrestados y a pocos días enviados unos a las prisiones del país, otros a las casamatas de Lima y cuarenta y dos a la isla de Juan Fernández embarcados en un buque pequeño, *La Sebastiana*, donde durante los tres días que estuvo en la bahía no recibieron más recursos que los que les suministró la caridad de un español, don Pablo Casanova. Más de dos años estuvieron en aquella isla atormentados con privaciones de todo género y con las vejaciones continuas de sus gobernadores, personas generalmente mal educadas y sin instrucción, hasta tal punto que uno de los últimos no sabía casi leer⁸⁴.

No cabe duda que entre estos mártires de la libertad había algunos, que, aunque incapaces de grandes cosas porque les faltaba energía y audacia, podían hacer sombra a Osorio con sus talentos, su elevada posición y la naturaleza de las instituciones que estaban llamados a fundar, pero éstos eran en número muy corto y todos los demás ni eran hombres de acción, ni apasionados, ni pensaban más que en el bien de su país, hombres arrastrados a la revolución por la fatalidad y el estado crítico de España y que habían emigrado por la debilidad y timidez que constituía su carácter. Estos patriotas no exigían de la revolución más que algunas mejoras que nada tenían que ver con la independencia y, sin embargo, todos fueron lanzados al ostracismo y encerrados en prisiones o desterrados a islas adonde fue a reunírseles buen número de desgraciados patriotas de Concepción, que habían estado presos desde la pérdida de esta ciudad, a pesar del convenio celebrado antes de rendirse con el intendente don Matías de la Fuente, jefe de la expedición,

⁸⁴ *El chileno consolado en los presidios*, por don Juan Egaña. Obra escrita en general con bastante exageración.

y no obstante que debieron ser puestos en libertad con arreglo a una cláusula del tratado de Gaínza. Había, pues, una mala fe que en todos se presentaba a la vez bajo el patronato de pérfidos manifiestos y de la religión santa⁸⁵.

La tarde misma en que el ejército llegó a Santiago, don Ignacio de Arangua, con algunos soldados de caballería, fue a buscar al obispo Rodríguez, retirado hacía tiempo en Colina. Al día siguiente se presentó el prelado a Osorio y desde aquel momento fue uno de sus consejeros más íntimos. Confianza bien merecida, porque era aquel personaje un chileno de mucho talento, adicto apasionado a la monarquía y sumamente útil por el gran conocimiento que tenía del país. Como su fe en la religión era aún más robusta, aprovechó su influencia para que se revocasen la leyes revolucionarias de 1811 y 1812 sobre la dotación de los curas y se devolviesen a éstos sus antiguos privilegios y beneficios con arreglo a lo mandado en el concilio de Trento. Introdujo en el clero algunas innovaciones que fueron de la aprobación del Jefe del Estado, porque tenía encargo de apoyarse en la religión, procurar que ésta penetrase más que nunca en las diferentes clases de la sociedad y preparar los ánimos para recibir otra vez, primero la inquisición restablecida por el rey de España y después los jesuitas restablecidos por la corte de Roma.

Mientras que el obispo de Santiago se ocupaba de su clero, Osorio pensaba en derribar las instituciones civiles, religiosas y militares que emanaban del gobierno revolucionario. Para conseguirlo necesitaba asociarse a los miembros del Cabildo, que eran los personajes más influyentes y mejor reputados en el país y que formaban una corporación toda paternal a la que habían consultado en todos tiempos los presidentes. Como por otra parte había contribuido mucho a la elección de los alcaldes y regidores recientemente nombrados, podía contar con su celo para realizar a sus deseos.

Probablemente se contaría con la influencia del Cabildo, en que era regidor el hijo de Figueroa, para rehabilitar la memoria de los que habían sufrido ultrajes infamantes por sus opiniones o pagado con la cabeza su fidelidad a la Monarquía. Entre éstos se contaban don Romualdo Antonio de Esponda, don José Antonio Ezeiza y el famoso don Tomás Figueroa, cuyas cenizas fueron trasladadas con gran pompa a la catedral, acompañándolas el cabildo civil y eclesiástico, el cuerpo de oficiales y todas las corporaciones religiosas de la capital⁸⁶.

⁸⁵ Este sentimiento de deslealtad era muy común en aquella época en los generales españoles. No hay ninguna historia de las diferentes repúblicas hispanoamericanas que no cite a este propósito numerosos ejemplos. El mismo Fernando VII no hacía escrupulo en faltar a su palabra, como lo prueba el gran número de personas presas cuando volvió a España, no obstante que sus proclamas respiraban por todas partes libertad y se hacían en ellas promesas de paz y de unión.

⁸⁶ El Rey aprobó esta rehabilitación y mandó además que a Esponda, a quien se habían dado doscientos azotes en la plaza pública, se le hiciesen en la misma plaza los honores que se hacen al Rey, condecorándolo al mismo tiempo con la cruz de Isabel la Católica. El 30 de noviembre de 1816 Esponda, acompañado del Presidente, el marqués de Villapalma, que le servía de padrino, los miembros del Cabildo, muchos oficiales y nobles, se paseó por la plaza, donde se hallaban todas las tropas con sus banderas y llegado al punto en que recibió el castigo, se leyó la real cédula y los abanderados le hicieron los honores reales al ruido de los tambores, cornetas y cañones. Concluida

Con este acto de justicia esperaba el Jefe del Estado dar más prestigio al gobierno español y hacer odioso el sistema republicano, que palpitaba siempre en el corazón de la nación a pesar de los desórdenes cometidos en su nombre y no obstante el empeño que había en exagerar sus excesos. El espíritu sedicioso tomaba proporciones tan libres, que se permitían correr los rumores más extraños sobre una próxima expedición de tropas de Buenos Aires a Chile y sobre la parte activa que iba a tomar Inglaterra en la independencia de aquellas comarcas, lo cual acontecía precisamente cuando los dos países seguían activa correspondencia para un tratado de comercio o al menos para conservar entre sí sus comunicaciones habituales, asunto en que, sin saber por qué, tomó la iniciativa el gobierno de Buenos Aires como resultado de la declaración de guerra que le hizo el general de Chile, y que no quiso de ninguna manera aceptar. Por el contrario, aumentó los destacamentos en la cordillera para vigilar mejor sus pasos, envió a Mendoza y a Buenos Aires muchos espías para observar las disposiciones del gobierno y la conducta de la multitud de emigrados que se habían refugiado allí⁸⁷, y hasta pensó en hacer una expedición para atacar al gobernador San Martín y ponerse en comunicación, por un lado con Pezuela acampado en el Alto Perú, y por otro con Morillo, de quien se decía, aunque sin fundamento, que iba a desembarcar muy pronto en las playas de Buenos Aires. La expedición, de que ya se hablaba en el campamento de Pezuela, no se verificó, porque Osorio tenía que desprenderse de sus mejores tropas para enviarlas a aquél, como en efecto se las envió en número de setecientos setenta y siete entre talaveras y chilotes, que se desembarcaron muy luego para Arica y formaron más adelante el segundo batallón de Talaveras las órdenes de don José Ballesteros⁸⁸.

La marcha de estas tropas dejó en el ejército un vacío que el General debía sentir necesariamente, en momentos sobre todo, en que los espíritus estaban secretamente agitados por la prisión y destierro de tantos respetables ciudadanos.

Aunque se formó en Santiago el batallón de distinguidos voluntarios de la concordia chileno-española, que al cabo de algunos meses hacía el servicio con tanta perfección como las tropas veteranas y, aunque el ejército se encontraba reorganizado y reforzado con nuevos milicianos voluntarios, sin embargo, estaban éstos tan mal pagados y tan poco considerados comparativamente con las tropas españolas, que no podía inspirar gran confianza su fidelidad o por lo menos debía

esta ceremonia pasó a colocarse delante del palacio y todas las tropas desfilaron por delante de él. El Rey mandó igualmente que Figueroa le hiciese una petición de gracia y de merced. *Gaceta del gobierno de Chile* número 104.

⁸⁷ “Osorio tenía un tacto muy particular para saber lo que hacían los enemigos de su Rey; su sistema de espionaje estaba establecido admirablemente y alcanzaba a gran distancia”. Conversación en Cuzco con don José Ruedas, ex secretario de Osorio.

⁸⁸ *Revista de la guerra de la independencia de Chile* por Ballesteros y memorias del general Camba sobre las guerras de Perú. Más tarde, cuando supo que Ricafort había llegado de Colombia a Lima con tropas de Extremadura, volvió a pensar en la expedición contra Mendoza y pidió algunas de estas tropas a Abascal, quien le respondió que no podía continuar en Chile y que Marcó del Pont acababa de llegar para reemplazarlo. Conversación con Ruedas, ex secretario de Osorio.

temerse que desertarían⁸⁹. Osorio comprendía su posición, y para mejorarla consideró siempre al país en estado de guerra, sujetándolo a la vigilancia casi exclusiva de un consejo de oficiales, cuyo presidente era el severo Maroto, política poco hábil que llevaba la sospecha a todas partes y a todas las cosas y que hubiera vuelto a abrir tarde o temprano la carrera de las luchas civiles, si los socorros extranjeros no las hubiesen hecho abortar.

Poco tiempo antes, es decir, el 16 de marzo de 1815 se restableció la Real Audiencia con algunos de sus antiguos individuos⁹⁰. La instalación se hizo, como de costumbre, en medio de grandes fiestas civiles, religiosas y militares. Cualquiera hubiese creído, atendida la naturaleza de sus atribuciones, que iba a cesar el poder arbitrario del soldado y que todas las causas civiles seguirían su curso ordinario, conociendo de su última instancia aquel supremo tribunal. Sin embargo, no sucedió así. En virtud de la especie de estado de sitio que pesaba sobre el país, Osorio siguió gobernando a la manera y bajo la influencia del principio militar. Era a veces tan absoluto, que la instalación de la Real Audiencia parecía no tener más objeto que obedecer las órdenes del Rey y servirse de ella para legalizar sus actos. En efecto, le suspendió implícitamente el derecho de iniciativa, lo mismo que a los alcaldes, y sujetó los ladrones a un consejo de guerra, tribunal monstruoso que por la severidad de su disciplina está siempre dispuesto a imponer el máximo de la pena, como que no atiende más que al hecho y prescinde absolutamente de sus causas y de la parte moral⁹¹.

Independientemente de este consejo de guerra, había otros muchos tribunales secundarios, cuya principal misión era desbaratar los cálculos de los patriotas, oponer la acción de una policía secreta a sus complots y combinarla de manera que alcanzase la vigilancia a todo el país y hasta a los emigrados. Estos tribunales, tan severos como injustos, por simples sospechas llenaron de chilenos las prisiones, donde mezclados con presos de todas clases, se entregaron inocentemente a conversaciones llenas de esperanzas, fundada, como puede calcularse, en una revolución, único medio que encontraban para salir de sus tristes calabozos. Pero si sus palabras eran ofensivas en algo a las nuevas autoridades y a la bandera que representaban, no podía decirse lo mismo de sus acciones, atendida su ninguna inteligencia, su falta de antecedentes y la nulidad de su posición social. Urrejola,

⁸⁹ Un subteniente de Talavera tenía 55 pesos mensuales y un coronel chileno de voluntarios 50 y, sin embargo, éste y sus compañeros, independientemente de los azares de la guerra, comprometían además sus bienes, su posición y con frecuencia sus familias, contra las cuales se veían muchas veces precisados a batirse. Véase la carta de don Cayetano Requena, capellán mayor de la escuadra de Chile, a un sacerdote de Perú.

⁹⁰ Esta Real Audiencia estaba compuesta del regente interino don José Santiago Concha y de los oidores don José Antonio Aldunate, don Félix Basso y Berri y don José Antonio Rodríguez. Éste como menos anciano, se encargó interinamente de la fiscalía.

⁹¹ Y a fin de que las causas de los ladrones y salteadores pillados *infraganti* no padezcan atraso y sean pronto y ejemplarmente castigados, se manda formar en la capital un consejo de guerra permanente al que serán remitidos los reos con sus sumarias respectivas, etc. *Gaceta del gobierno de Chile*, tomo 1º, número 49, p. 455.



DON MARIANO OSORIO.

JENERAL DE ARTILLERIA, MEDIOCRE MILITAR, MAJISTRADO BIEN INTENCIONADO PERO DÉBIL.SU VICTORIA DE RANCAGUA LE DIÓ EL MANDO DEL PAIS I SU DERROTA DE MAIPO LE CAUSÓ LA MUERTE. PUES FALLECIÓ EN PANAMÁ DE PESAR I DE DOLENCIAS AL REGRESAR A ESPAÑA EN 1818

comandante de armas de Santiago, lo sabía perfectamente bien, y así es que no hacía caso de los chismes que le llevaban, contentándose con participárselos a Osorio, quien más asustadizo y responsable tomó de aquí pie para una vigilancia particular, confiándola a los jefes de la policía de seguridad, el comandante Morgado y el capitán San Bruno. Esto era lo mismo que dar pábulo o apresurar un motín, en vez de dilatarlo o hacerlo imposible, porque aquellos oficiales, blanco, por la naturaleza de sus funciones, de los odios del populacho, aprovecharon la ocasión para que pensasen aquellos desgraciados presos en una verdadera revolución, haciéndoles creer, por medio del sargento Villalobos y de los soldados que custodiaban la prisión, que el público, los dragones y hasta muchos soldados de Talavera, cansados del gobierno de Osorio, no esperaban más que un momento favorable para levantar la cabeza e insurreccionarse. Estas insinuaciones bien estudiadas, influyeron tanto en la débil inteligencia de aquellos patriotas, que inmediatamente se establecieron relaciones entre ellos y sobre todo con Villalobos, principal agente de tan monstruosa intriga, con el único objeto de combinar un plan de insurrección en favor de la república. Gracias a los diligentes pasos de los pérfidos talaveras, creyeron haber conseguido lo que deseaban, cuando en medio de la noche y en el momento en que iban a empezar a obrar, invadió sus habitaciones una compañía de Talavera con Morgado y San Bruno al frente, que fueron bastantes viles para mandar sacrificar a casi todas estas víctimas desgraciadas de la iniquidad. En aquel momento estaba toda la guarnición sobre las armas, unos cercando el cuartel de dragones, de los que se sospechaba que estuviesen en connivencia con los revolucionarios, y otros en la plaza para marchar a donde estallase cualquier movimiento. Osorio mismo recorrió durante la noche diferentes puntos de la ciudad, lo cual pudiera dar margen a creer que la rebelión era mucho más seria de lo que los autores dicen, por lo menos en concepto del Capitán General.

Las medidas que tomó Osorio para proporcionarse dinero no fueron ni menos injustas ni menos terribles. Cuando entró en Santiago se halló con que los jefes patriotas habían dejado completamente vacías las cajas del gobierno, casa de moneda, dirección de tabaco y demás tesorerías, lo cual le imposibilitó dar cantidad alguna a sus soldados que reclamaban con violencia sus atrasos, ni cubrir sus primeras atenciones. Verdad es que las tropas que persiguieron los restos de Carrera se habían apoderado de muchas cargas de dinero por valor de 125.389 pesos, pero una buena parte se entregó a la casa de la moneda por vía de fondo para la compra de pastas y su amonedación y lo poco que quedó no alcanzaba a satisfacer las más apremiantes necesidades.

Para remediar tanta penuria comenzó por imponer fuertes contribuciones a cuantos habían tomado parte activa en la revolución y abrir una suscripción voluntaria, que fue una segunda contribución para los mismos, porque el negarse a ella o no inscribirse al instante, hubiera pasado por una confesión tácita de patriotismo. Enseguida decretó un empréstito forzoso de 152.000 pesos pagadero por los habitantes acomodados de Santiago colectivamente, que se hizo extensivo a todos los habitantes de la república, excepto los de Concepción, Coquimbo, Huasco y Copiapó: de manera que patriotas y realistas estaban comprendidos en

él. Poco después estableció nuevos impuestos sobre los que ya pagaban el oro, la plata, el cobre y los ramos de balanza y tajamares, sin exceptuar la carne muerta, los efectos estancados, etc.; y no bastando todo esto impuso una contribución de 21.000 pesos mensuales a las personas pudientes de Santiago y de 22.000 a las de las provincias⁹².

Aunque la mayor parte de estos impuestos alcanzaba a todas las clases de la sociedad incluido el clero y se hizo a los empleados una rebaja proporcional en sus sueldos con arreglo al real decreto del 1 de enero de 1810, no es difícil calcular que los pagarían principalmente los patriotas y cuantos pasaban por sospechosos de la menor tendencia a las ideas subversivas. Para con éstos toda expoliación era lícita. Se cometía una a cada momento, exigiéndoles, tan pronto contribuciones mensuales, tan pronto sumas que tenían que pagar sin dilación, si no querían que les enviasen a sus casas en calidad de plantones unos cuantos insolentes talaveras mantenidos y alojados a su gusto. No eran mejor tratados los emigrados, porque ya no podía sacárseles dinero, se secuestraban sus muebles y propiedades, se vendían en almoneda pública sus haciendas y se amenazaba con las más terribles penas al que teniendo en depósito algo que le perteneciera, no lo declarase inmediatamente al tribunal de secuestro establecido para todas estas exacciones⁹³.

Lo mismo se hacía en las provincias con los patriotas; se les secuestraba sus muebles, sus propiedades y hasta los objetos de su comercio, que se vendían al que más daba por ellos y a veces a precios excesivamente bajos, porque la mayor parte de las personas que podían comprarlos se retraían movidos de ese sentimiento de delicadeza, que habla siempre al corazón en semejantes circunstancias⁹⁴.

Osorio gobernó el país un año próximamente. La tarea que tuvo que desempeñar en este tiempo fue tan ingrata como variada. No se redujo solamente a velar por la tranquilidad pública, desconcertar los complots de los patriotas y atender a los muchos gastos de un ejército numeroso y en pie de guerra, en un país arruinado enteramente, tanto por infinitas expoliaciones como por faltarle hacía mucho años toda industria agrícola y comercial, sino que tuvo que restablecer las instituciones antiguas y modificar las que dimanaban del poder revolucionario o abolirlas completamente. Repuso la antigua universidad de San Felipe a expensas del Instituto; hizo mejoras en el tribunal de comercio en lo relativo a concursos de acreedores de los fallidos o de los que mueren dejando créditos procedentes de materias comerciales; restableció de orden del Rey, la fiesta del paseo del estandarte real, al que concurrían los europeos con pistolas en las pistoleras, mientras que éstas las llevaban vacías los chilenos, con arreglo a un decreto en que se les prohibió llevar e introducir toda clase de armas. Pero lo que más le ocupó fue la policía política

⁹² Osorio pidió una contribución mensual de 83.000 pesos, pero la comisión no pudo recaudar más que 43.000, incluidos los donativos del clero secular y regular y monasterios de religiosas. Bando y archivos de la tesorería de Santiago.

⁹³ Archivos de la tesorería de Santiago.

⁹⁴ Siguió el recibir y reducir a dinero una crecida porción de cobre, efectos comerciales y barras de plata que el coronel don Ildefonso Elorreaga y otros comisionados extranjeros por igual motivo a los vecinos de Coquimbo, Copiapó y Huasco, etc. Archivos de la tesorería de Santiago.

y civil del reino y especialmente la de la capital, porque independientemente del bando de buen gobierno calcado sobre el de 1780 que mandó publicar, instaló muchos tribunales compuestos de las personas más afectas a la monarquía, que entendían en las diferentes comisiones que se les encargaban con todo el celo propio de su posición precaria y poco segura.

A pesar de las violencias, muy difíciles de evitar por cierto cuando tan grave es la responsabilidad que pesa sobre el que en tiempos tempestuosos está a la cabeza de un país mal organizado, justo es decir que Osorio, duro más por sistema y por necesidad que por inclinación, jamás se manifestó sanguinario, antes bien algunas veces agasajador y generoso con ciertos patriotas⁹⁵. En todo acontecimiento notable, por ejemplo, el día que juró la nueva Real Audiencia, el de la apertura de la academia de San Felipe y el del aniversario de la batalla de Rancagua, concedió amnistía a muchos de los que se hallaban presos o relegados en sus haciendas y es probable que su severidad dimanase solamente de órdenes que recibiera del virrey Abascal, pues así lo hace creer el haber solicitado del Rey gracia para aquellas nobles víctimas al mismo tiempo que le dio parte de su arresto, demanda que reiteró cuando los diputados nombrados don Luis Urrejola y don Juan Manuel Elizalde partieron para España. Al despedirse del Cabildo, cuando fue reemplazado por Marcó del Pont, dijo en su oficio “que sin confundir al inocente con el culpado, había extendido a todos el ejercicio de su beneficencia y si algunos lloran aún la ausencia de sus hogares y familias, ha sido reglado por una orden superior, de cuya observancia no me ha sido posible prescindir, etc.”⁹⁶. Debe también tomarse en cuenta en defensa suya, la influencia que ciertos oficiales de Talavera ejercían sobre sus actos y las provocaciones de los realistas, generalmente europeos e interesados en el alejamiento de los patriotas y de los sospechosos de tales, para conseguir mejor los empleos que solicitaban. Influencia que hubiera sido mucho más peligrosa al no haberla neutralizado la del asesor don José Joaquín Rodríguez Zorrilla, chileno de nacimiento y oidor que había sido de la audiencia de Quito.

Su separación de la presidencia de Chile fue por otra parte una calamidad para España, porque el Rey tenía en él un militar inteligente, probo y muy laborioso. Desde que llegó a Santiago quiso conocer por sí mismo los principales resortes de la administración y de esto se preocupó asiduamente y con gran actividad, trabajando muchas veces hasta las dos de la madrugada, pues hasta horas tan avanzadas consagraba su inteligencia a las más importantes cuestiones. A las seis de la mañana estaba casi siempre levantado y leyendo en su gabinete los despachos, a los cuales ponía las notas que estimaba conveniente. Después del desayuno, que era a las nueve, despachaba sucesivamente con su secretario, el auditor de servicio y su asesor; y este trabajo que duraba hasta las tres, hora en que comía, volvía a empezar a las seis para concluir a las ocho. Dotado de un carácter muy metódico, hasta para

⁹⁵ “Osorio no fue nunca sanguinario, quizá porque le faltó tiempo”. Conversación con don Manuel de Salas.

⁹⁶ Oficio de despedida de Osorio al M.I. cabildo de Santiago. *Gaceta del gobierno de Chile*, tomo 2º, número 9.

sus asuntos particulares⁹⁷, distribuía su tiempo de la manera más apta para aprovecharlo mejor. Por lo regular, después de las comidas, que eran extraordinariamente abundantes, se entregaba a ejercicios que exigiesen mucho movimiento, al juego de la pelota sobre todo, en que era muy diestro a pesar de su grosura. En definitiva, aunque dejó en Chile un nombre bastante odioso, la posteridad apreciará las dificultades que encontró en un país tan removido por las pasiones y en las órdenes que tuvo que cumplir. De haber conocido España en aquella época sus verdaderos intereses, no hubiera de seguro pensado en reconquistar este país con las armas y con todo el aparato de la esclavitud, sino diplomática y comercialmente. Si en vez de combatir las ideas del siglo, hubiera procurado por el contrario estudiarlas y dirigir las, pasaría por generoso y las más amistosas relaciones, favorables en todo el comercio español, hubieran continuado intactas, pero en una reconquista militar el general encargado de llevarla a cabo no puede apreciar ni discutir los actos de su gobierno, siendo para él una obligación de honor y un deber absoluto obedecer sus órdenes. Si durante su administración cometió algunas arbitrariedades, debe acusarse de ellas más bien a las instrucciones particulares que recibía y a los mil embarazos suscitados por los enemigos de una causa que tenía la misión de defender y a la cual lo arrastraban sus profundas convicciones. Lo repito: es imposible que en tales circunstancias y en medio de tantos agitadores, pueda un funcionario gobernar con toda la calma que sería de apetecer y con la prudencia que la moral enseña y las leyes exigen. Por lo demás con semejantes arbitrariedades, lo que hizo algunas veces fue trabajar, a pesar suyo, en favor de la independencia, porque de sus resultas desertaban de su partido los militares chilenos lastimados en su honor y su amor propio. Osorio, como casi todos los generales españoles recién llegados a América, tenía gran prevención contra las tropas chilenas y contra las guerrillas de milicianos poco o nada disciplinados que carecían del brillante continente de los soldados europeos y de su precisión en los movimientos. Por esto se le notó cierta especie de desdén o indiferencia cuando empezó a tratarlos, aunque muy luego hizo justicia a la bizarría e inteligencia del soldado chileno. Su prevención aumentada con las severas instrucciones de Abascal, no fue menor contra los oficiales, a algunos de los cuales separó de sus cuerpos sin darles a veces los ascensos, doble falta que le producía la animosidad de unos hombres adictos enteramente a su causa y le privaba de sus consejos, mucho más útiles que los de los europeos en todo lo que era astucia, sorpresa y emboscada.

⁹⁷ Cuando recibía la paga la distribuía en distintos cajones de su mesa según la naturaleza de sus gastos, la mayor parte de las veces él mismo guardaba su ropa en los baúles y cómodas. Era muy aficionado a animales de los que tenía de muchas especies y él les enseñaba en los ratos desocupados. Conversación en Cuzco con su secretario Ruedas y después con don Ignacio de Arangua.

CAPÍTULO XLIII

Llegada a Chile del brigadier don Casimiro Marcó del Pont. Primeras impresiones favorables que produjo. Se deja influir por los ultra realistas y renueva les exacciones con más violencia que Osorio. Órdenes severas contra los patriotas. Construcción de las fortalezas de Santa Lucía. Tribunal de vigilancia bajo la presidencia de San Bruno. Rigor de este tribunal en Santiago y en las provincias, no sólo con los patriotas sino, también, con los militares y los ladrones. Muerte de Traslaviña y sus compañeros. San Bruno se hace muy odioso a la población. Indulto del Rey, eludido por Marcó. Aparición de una escuadrilla de Buenos Aires en el mar del Sur. Marcó dedica toda su atención al ejército. Pide un nuevo empréstito de 400.000 pesos. Su generosidad. Sus intenciones probables.

El 25 de diciembre de 1815 llegó Marcó del Pont a la chacra de don Pedro Prado y Jaraquemada adonde inmediatamente pasó a verlo el brigadier Osorio, acompañado de algunos oficiales. Aquella no fue más que una visita de bienvenida, porque al día siguiente volvió con la Audiencia y todas las corporaciones civiles y militares a cumplirle como capitán general y presidente de la Real Audiencia, entregarle el bastón, símbolo de sus nuevas atribuciones, recibirle el juramento de fidelidad y acompañarlo a la catedral para asistir al *Te Deum* y dar gracias, como era costumbre en semejantes casos. Por la tarde hubo gran comida en palacio, iluminación por la noche en toda la ciudad y festejos de todo género, que continuaron el día siguiente, destinados a recibir las principales corporaciones.

Don Francisco Marcó del Pont, brigadier del ejército de España, hizo la campaña contra Napoleón y fue hecho prisionero en el sitio de Zaragoza. Llevado a Francia, consiguió la gracia de que le permitiesen estar algún tiempo en Valencey y después de la restauración volvió a Madrid, donde obtuvo el puesto que venía a ocupar en Chile. Este nombramiento se hizo contra el parecer del Consejo de Indias, que deseaba continuase Osorio, primero porque quería que al frente de un país tan fuertemente agitado, hubiese un militar experimentado y valiente, y además porque era opuesto a esa política de desconfianza que renovaba a cada paso los gobiernos efímeros del nuevo mundo y los arrastraba a perturbaciones administrativas y a una inercia que detenía todo progreso civilizador⁹⁸. Pero el padre de

⁹⁸ Carta del Consejo de Indias del 7 de febrero de 1816. Archivos de Perú.

Marcó tenía por sus bienes de fortuna una posición que le daba gran crédito en la Corte y el Rey accedió a sus deseos a pesar de la confianza que le inspiraba y el interés con que atendía a su Consejo de Indias, recientemente restablecido⁹⁹.

El viaje del nuevo presidente se verificó por Panamá a fines de 1815. A su paso por Lima fue a visitar las banderas cogidas a los patriotas de Rancagua y a su llegada habló de esta visita al ejército, manifestándole el gran placer que había tenido de ver aquellos trofeos de su valor y la esperanza que abrigaba de que conquistase otros, si las circunstancias lo exigían. En una proclama que en el mismo día dirigió a los habitantes, invocaba los beneficios de una unión estrecha y sincera y prometía ocuparse sin descanso de las necesidades del país y de proteger la agricultura, el comercio y la industria, sin olvidar las artes y las ciencias, origen primitivo de una civilización elevada.

Estas palabras no podían ser más seductoras para los que estaban bajo la presión de las disposiciones arbitrarias de don Mariano Osorio y para un país que había sido tan cruelmente asolado a la par por el ejército de los realistas y por el de los patriotas. Habiendo arrebatado las guerras miles de brazos a la agricultura e impuesto grandes trabas al comercio de Perú, la mayor miseria reinaba por todas partes, en la ciudad como en los campos y el pueblo cansado de este malestar no podía menos de recibir con satisfacción las palabras de paz y benevolencia de un funcionario que en nada había contribuido a tantas calamidades.

Por otra parte es necesario decir que las primeras impresiones que produjo Marcó fueron muy favorables y contentaron a todas las clases de la sociedad. Vestido siempre de una manera conveniente, con frecuencia elegante hasta prestarse algunas veces al ridículo, habiendo amoblado con gran lujo sus habitaciones, en las que sobresalía la limpieza, lo cual dicho sea de paso, contribuyó mucho a generalizar esa especie de placer doméstico entonces poco común en Chile y verdadero indicio de la dignidad de la persona, reunía en su casa siempre que podía, a las personas de distinción; tenía constantemente a su mesa algún canónigo, algún individuo de la Audiencia y también a personas contagiadas de patriotismo, esperando por este medio llegar a una reconciliación, objeto principal de sus deseos. Su solicitud no olvidaba al pueblo bajo: visitaba los conventos, los colegios, los hospitales, las casas de caridad y para dar a todo el mundo una gran prueba de sus buenas intenciones, anunció en la *Gaceta* que destinaría todos los miércoles desde las diez de la mañana a las dos de la tarde, a recibir cuantas personas tuvieran que darle alguna queja o hacerle alguna petición, sin perjuicio de las audiencias particulares que pudieran necesitar los habitantes¹⁰⁰.

Tal fue el principio de la carrera política del nuevo Presidente, principio que parecía indicar que iba a olvidarse la severidad de Osorio y a restablecerse el

⁹⁹ Por real decreto de 2 de junio de 1814 se restableció el Consejo Supremo de Indias con las atribuciones que tenía el 12 de mayo de 1808. Se componía del presidente y cinco ministros, tres togados y dos de capa y espada, entre los que había algunos americanos.

¹⁰⁰ Esto sólo algunos días se llevó a efecto. Los sucesos no tardaron en obligarlo a trabajos mucho más importantes para los intereses de su gobierno.

orden legal en las diferentes administraciones. Desgraciadamente los caracteres débiles se dejan arrastrar a la violencia a poco que se les contraríe y si se hallan en posición un tanto difícil, los domina una energía apasionada, cuyos arranques son fecundos en errores y en atentados.

Marcó del Pont, cuando llegó a Chile, tuvo necesidad de aconsejarse de algunas personas para poder gobernar el país con método y a satisfacción de sus administrados. Una de estas personas fue el franciscano Martínez, español muy decidido por su Rey, de una piedad intachable y hombre de gran experiencia e instrucción, hasta el punto que cuando Osorio recibió orden del Rey de escribir la historia de los sucesos ocurridos desde los primeros días de la revolución, le encargó este trabajo. Si Marcó no hubiese escuchado más consejo que los de este buen padre y los de otras personas tan virtuosas como él, es probable que hubiese continuado su gobierno tan bien como lo comenzó, pero influido desgraciadamente por algunos realistas apasionados y por los oficiales superiores del batallón de Talavera, olvidó bien pronto sus principios de moderación y se echó en brazos del partido del rigor, que se le hizo creer era el único fuerte y conveniente en las circunstancias. Verdad es que el elemento revolucionario, siempre alerta y siempre fecundo en recursos, contribuyó mucho al carácter inquieto, desconfiado y hostil que conservó todo el tiempo de su administración.

Lo primero que hizo, contra todo principio de justicia y sin temor a herir el sentimiento nacional, fue favorecer a todos los oficiales españoles en perjuicio de los oficiales chilenos, incluso los que estaban fuertemente comprometidos tanto en sus personas como en sus propiedades.

“Ya no hubo chileno con empleo ni representación, todos son separados y sustituidos por españoles europeos, hasta los escritos y memoriales encabezaban con lo de *natural de España* y se quedaba seguro de buen éxito. Los subdelegados americanos y los comandantes militares en todos los partidos, desde Copiapó hasta Chiloé fueron quitados; el mando del batallón de Concepción se arranca al antiguo teniente coronel Boa y se da al sanguinario Campillo; el de dragones se le quita al coronel Santa María y se entrega a Morgado, el de Chillán se despoja a Lantaño para darlo a Alejandro; del de Valdivia a Carvallo para poner a Piguero. Todos los días había ascensos militares y no se dio ejemplo que un americano participase de aquella prodigalidad. Campillo que salió de España subteniente de milicias y llegó a Chile con el grado de capitán, en menos de tres meses se vio teniente coronel de ejército y comandante; Alejandro, de teniente ayudante se viste de coronel y obtiene una comandancia; Piguero, capitán, es hecho coronel comandante; todos los oficiales de Talavera subieron en razón de lo que bajaban los del país, hasta los sargentos, cabos y soldados se transformaron repentinamente en oficiales, etc.”¹⁰¹.

Tras este acto de gran injusticia cometió otro de opresión respecto a la contribución mensual de 21.074 pesos que Osorio impuso a los habitantes de Santiago y que no

¹⁰¹ Carta de don Cayetano Requena, capellán mayor de la escuadra de Chile, a un sacerdote de Perú.

se pagaba hacía muchos meses por el estado de apuro en que se encontraban las principales familias sobre las que más particularmente pesaba. Sin consideración a tan justo motivo, dispuso Marcó no sólo que se satisficiera lo atrasado sino que en lo sucesivo cada familia pagase con regularidad la parte que se le hubiese impuesto en un plazo muy corto, bajo pena de enviar a su casa una guardia de cuatro talaveranos, que había de mantener, alojar y pagar a razón de cuatro reales diarios a cada uno.

Esto pasaba el 9 de enero, es decir, a las dos semanas de llegar a Santiago. Pocos días después se tomaron medidas aún mucho más severas, no sólo contra las propiedades sino, también, contra las personas. El muy célebre San Bruno cuyo nombre aterrorizaba a quien ya se le tachaba de sanguinario, estaba en cierto modo a la cabeza de este sistema preventivo establecido por Osorio y aprovechaba su influencia con el Presidente para dar rienda a sus instintos de ira y de maldad. No conociendo más medio que los violentos para salvar el trono y queriendo herir y aturdir a la vez al partido de la revolución, indujo a Marcó a que mandase bajo las más severas penas que ningún habitante de Santiago pudiese andar a caballo ni en coche por las noches, ni llevar poncho o capa sino arrollada sobre el hombro, ni salir de la ciudad sin permiso expreso y que todos los que estuviesen en sus haciendas o en sus chacras volvieran a sus domicilios no dándoles más plazo que tres días para la ejecución de esta orden. Pena aún más severa, pues era la de muerte, se impuso a todo el que se atreviese a sobornar los militares y a aquéllos en cuyas casas se encontrasen armas de cualquier clase o condición, como escopetas, fusiles, pistolas, bastones con estoque, etc. Una contravención de esta especie llevaba al culpable a la horca con pérdida de todos sus bienes, de los que se entregaba una parte al delator. La misma pena se decretó contra los jueces que dieran prueba de debilidad en sus sentencias.

Una vez en este sendero de amenazas y expoliaciones era difícil a Marcó volver a la moderación, la que, al decir de los que le rodeaban, hubiera debilitado y hecho infecundo el sistema proclamado por los españoles ultrarrealistas y por el mayor número de los oficiales de Talavera, tan interesados en que fuese más severo aún. No se reflexionaba que la libertad cuando es tan brutalmente ofendida, brota prosélitos capaces de defenderla con todo el ardor de una acción audaz y comprometida y esto fue lo que sucedió en las provincias y especialmente en la capital, foco de la instrucción y del verdadero patriotismo, donde la oposición hizo progresos tantos mayores cuanto que trabajando en la oscuridad tenía que estar necesariamente mejor combinada y ser más terrible. Unos exaltados llamados don Miguel y don Pedro Segovia y don Marcelo Núñez, en uno de aquellos momentos de exasperación en que falta la prudencia, contestaron una noche *Patria al quién vive* de la patrulla de los talaveras mandada por el teniente don Manuel Pizarro, quien los llevó al Tribunal de Vigilancia, por el que fueron condenados a veinte días de trabajos públicos.

Por esta época se trató de hacer del pequeño cerro Santa Lucía una especie de capitolio y se empezaron las dos fortalezas que todavía se conservan y que más parecen un castillo de esclavitud y destrucción, que un monumento de defensa, porque dominando a la ciudad en casi toda su extensión, quedaba ésta a mer-

ced del primer insensato. Los gastos que ocasionaron eran muy superiores a los recursos de una tesorería siempre empeñada y para ocurrir a ellos se emplearon nuevas medidas de rigor y se abrieron suscripciones voluntarias tan comunes y tan productivas en países de fe firme o de resignación miedosa y forzada. Además se obligó a todos los peones de la ciudad y de los alrededores a que fuesen a trabajar en ellas y si se resistían o se escapaban, los llevaban por la fuerza, no dándoles entonces el jornal y tratándolos como presidiarios. También se destinaron a trabajar allí a todos los contraventores a las órdenes y disposiciones, aun cuando fuesen personas decentes, y no bastando aun esto, se envió a los criados de las casas, habiendo sido uno de los primeros el del Presidente, quien quiso por este medio dar ejemplo de patriotismo y cooperación.

La iniciativa para este aumento de rigor con todo lo que se rozaba con los hombres y las opiniones vencidas en Rancagua, no partió de Marcó sino de San Bruno, quien al frente de la alta policía desempeñaba su destino con un celo que retrataba su carácter severo y desconfiado. Era presidente de un tribunal de vigilancia y seguridad pública, especie de justicia política destinada exclusivamente a vigilar con incansable actividad todo cuanto pudiese comprometer la causa del Rey y que tenía por lo tanto un poder tan amplio como arbitrario. Compuesto de un presidente de la clase militar, cuatro vocales, un asesor letrado y un secretario, funcionó con el rigor de un tribunal revolucionario, porque su desconfianza y su suspicacia alcanzaba a todas las clases de la sociedad. Así pues impuso a los hacendados la obligación de vigilar sus peones e inquilinos y las personas extrañas que pasasen por sus haciendas o morasen en ellas; exigió de los vecinos que les entregasen las cartas que recibieran del bando contrario y que denunciases las reuniones de personas sospechosas y a todo el que hablase en favor de la revolución o contra el gobierno o sus disposiciones; en una palabra, personas y cosas entraban en el dominio de su vigilancia y su poder, que no conocía límites, abarcaba toda clase de delitos y se extendía hasta imponer la pena de muerte, bien que en este caso la causa iba en consulta al superior gobierno, quien examinaba la sentencia y daba su sanción a la pena, que era siempre ejecutada con prontitud y militarmente.

Con los desmanes de este tribunal, que tenía representantes en todas las ciudades grandes, excepto Concepción, y al que servía de complemento el de Infidencia creado para juzgar a los sospechosos, la restauración tomó un carácter represivo, que sobrepujo con mucho el rigor ejercido hasta entonces, llegando hasta los excesos del crimen. Porque desde este momento se levantaron cuatro horcas en la plaza Mayor y a los pocos días la libertad contaba tres mártires, que fueron Salinas, Regalado Hernández el joven y Traslaviña, yerno del coronel Portus¹⁰². Otras muchas víctimas fueron destinadas a esta especie de ignominia y si se les conmutó la

¹⁰² A Ventura Lagunas se le condenó sólo a destierro a Juan Fernández, atendida su edad que apenas llegaba a dieciséis años, pero lo tuvieron a la vergüenza al pie de unos de los patíbulos, mientras ahorcaban a sus compañeros de infortunio. La principal acusación que se hizo a éstos fue por espías y porque se ocupaban de sobornar por cuenta de San Martín. El sargento La Rosa los vendió después de haber sido su cómplice. *Gaceta del Rey*.

pena de muerte en destierro perpetuo, fue en celebración de la noticia que recibió el Presidente de la toma de Cartagena, noticia que llenó de alegría a los realistas y se festejó un día entero con regocijos públicos y ceremonias religiosas.

El Tribunal de Vigilancia no era menos activo ni severo en las provincias, pero debe decirse en elogio de su jefe, que alcanzaba lo mismo al ladrón que al patriota y hasta al soldado a quien se le castigaba con el mayor rigor por el más pequeño delito. Un soldado fue fusilado en Santiago por robo a un oficial y otro en La Serena por haber robado en una tienda. A la misma pena fueron sentenciados seis soldados del batallón de Chillán, por sospechas de un robo tres de ellos y los otros tres por insubordinación cometida como resultado de las pesquisas hachas para averiguarlo, pero esta vez la piedad chilena se conmovió altamente y pidió gracia en nombre de los servicios prestados por aquellos militares a la causa real. La misma gracia solicitaron con instancia los dos obispos de Chile que a la sazón se hallaban en Santiago y habiéndoles sido fácilmente concedida, fueron ellos mismos anunciarla a los seis condenados, que estaban ya en capilla en el cuartel de dragones. Cuando se repasan las *Gacetas del gobierno* de esta época, admira la solicitud con que todos se interesaron en la suerte de aquellos militares y el número de cartas de gracias que recibió el Presidente en esta ocasión, tanto de Santiago como de las provincias, no faltando ni aun de Sánchez, el cual se creyó comprometido a dar este paso, porque aquellos soldados habían sido de algún modo formados por él y pertenecían, eran sus expresiones, a una ciudad que había dado tan grandes pruebas de fidelidad a la buena causa.

Si San Bruno hubiese estado encargado únicamente de la policía y de la persecución de los ladrones y salteadores de caminos, es probable que sus servicios le hubieran valido en el país no sólo un nombre intachable sino el título de excelente alcalde e intendente de policía, porque era muy activo y excesivamente celoso en el desempeño de su destino; cuidaba muy particularmente de la limpieza de la ciudad, ramo entonces descuidadísimo y era el azote de los criminales y el terror de la clase sospechosa y temible de la sociedad¹⁰³. Pero desgraciadamente para él, encargado de la alta policía política y teniendo que habérselas con una multitud de personas a quienes el espíritu revolucionario ponía en continuo movimiento, se vio en la necesidad de prescindir de toda consideración y obrar con rigor y firmeza, lo mismo contra los sospechosos, que contra los que contravenían a las disposiciones del Presidente. Más tarde, cuando la agitación fue más apasionada, exagerándose el peligro, exageró también los medios de espionaje y por consecuencia los de persecución, siguiéndose de aquí chismes diarios, persecuciones rencorosas que alcanzaron a todas las edades y a todos los rangos, sin perdonar los empleados chilenos reputados por grandes realistas¹⁰⁴, las mujeres y los niños a quienes no les valía ni

¹⁰³ Conversaciones con don José Ruedas, secretario de Osorio.

¹⁰⁴ De este número fue don José Antonio Rodríguez a quien hemos visto de auditor de guerra y consejero de Gaínza cuando el famoso tratado y fiscal a la sazón de la real audiencia de Santiago. A pesar de todos sus antecedentes no inspiraba a Marcó la menor confianza, y escribió al Ministerio de Indias para que le destituyesen por insurgente.

su debilidad ni su impotencia. Por todas estas persecuciones, por todos estos atropellos, tan injustos como arbitrarios y humillantes¹⁰⁵, San Bruno se hizo odioso a la generalidad de los habitantes de Santiago y especialmente a las familias que tenían algún tormento o alguna iniquidad que echarle en cara y, sin embargo, ¿en medio de tanta agitación, de tanto complot, puede un jefe de policía marchar tranquilo por las vías legales y cumplir con calma los inflexibles deberes que su cargo le impone? San Bruno tenía una fe viva en su causa, todo el que no pensaba como él era un enemigo de la religión, cuyas fiestas observaba con fervor casi fanático, de su Rey y de la sociedad; era necesario colocarle en la imposibilidad de obrar y de hacer daño y para conseguirlo se valía de los medios más pronto y rigurosos, lo que no hubiera hecho sin duda a estar el país algo más tranquilo y su partido menos rodeado de enemigos. ¿En qué historia civil no se hallan numerosos ejemplos de esos perniciosos caracteres, que la debilidad humana renueva y probablemente continuará renovando a despecho de los progresos de la moral y de la severidad de la historia, que no cesa de ligar sus nombres a la picota de la infamia?

Otro motivo muy fundado de queja contra Marcó fue su resistencia a cumplir la orden del Rey, que mandaba poner en libertad a los patriotas desterrados en Juan Fernández y devolverles sus bienes hacía mucho tiempo secuestrados.

Hemos vistos que cuando Osorio tomó medidas de precaución con las personas influyentes de la capital que podían comprometer los intereses del trono, enviando los menos sospechosos a sus haciendas y a la isla de Juan Fernández, suplicó al mismo tiempo al Rey perdonase a estas víctimas de un compromiso irreflexivo. El Monarca escuchó esta súplica y una real cédula de indulto general firmada el 12 de febrero de 1816, llegó a principios de septiembre a manos del Presidente, quien la mandó inmediatamente a publicar. Era de creer que tantas familias desoladas no tardarían en volver a ver en su seno estas nobles víctimas, que gemían hacía cerca de un año en las playas borrascosas de la isla de Juan Fernández. La cédula real era tan explícita, tan clara, que no había lugar a temer que Marcó encontrase medios de eludirla; y, sin embargo, los encontró en el pretexto de que las circunstancias eran demasiado críticas para poner en libertad a tantos patriotas. No obstante, permitió volver a todos aquéllos que, atendida su escasa influencia, habían sido desterrados al interior de Chile y a seis de los que se hallaban en Juan Fernández, mandando que los demás continuasen hasta nueva orden en aquel lugar de angustia y privaciones, sobre todo desde que un incendio horroroso consumió la mayor parte de sus cabañas y algunas de sus provisiones. Los bienes se devolvieron a sus familias, pero en tal estado de decadencia y abandono que muchas, en la imposibilidad de pagar los impuestos con que estaban gravados, prefirieron venderlos a precios excesivamente bajos¹⁰⁶.

¹⁰⁵ Sucedió muchas veces que cuando sus satélites prendían a uno, le hacían bajar hasta abajo los pantalones para que les sirviesen de grillos. Precaución que tomaban según decían, para evitar la evasión, de la que había varios ejemplos.

¹⁰⁶ Para formar idea de lo que sufrieron los prisioneros en la isla de Juan Fernández, véase la obra de Juan Egaña, titulada *El chileno consolado en el presidio*. Esta narración, como todo lo que es fruto de

La conducta de Marcó era efecto del riesgo que corría Chile, amenazado no sólo por los enemigos de dentro sino por los de fuera. Muchos de los emigrados chilenos llegados a Buenos Aires instigados por un miembro de la Junta, el clérigo don Julián Uribe, resolvieron armar buques en corso con el doble objeto de ir a dar libertad a los prisioneros chilenos de la isla de Juan Fernández, e inquietar al comercio español en el mar del Sur. Armaron, pues, cuatro buques, gracias a algunos armadores y a la generosidad del gobierno, que no tardaron en hacerse a la vela para su destino, bajo la dirección del intrépido Brown. Desgraciadamente fueron tan fuertes las tempestades al doblar el cabo de Hornos y tan constantes, que el que montaba don Julián Uribe zozobró y perecieron todos sus tripulantes, que eran la mayor parte chilenos.

Como resultado de este funesto accidente, la flotilla quedó reducida a tres barcos pequeños, que se reunieron en la isla Mocha. Sin desesperar del buen resultado, resolvió Brown marchar directamente a Callao y a su llegada atacó de noche con sus botes a los buques del surgidero y cañoneó la población con gran sorpresa de la marina peruana, que no teniendo preparadas las lanchas cañoneras, no pudo salvar las embarcaciones que allí había, y que cayeron en poder de los patriotas. Desde entonces la flotilla argentino-chilena, aumentada con otros barcos, recorrió toda la extensión de la costa del Pacífico, sin que le arredrase la que el comercio de Lima armó contra ella, la cual no bastó para impedir que tuviese en alarma a los comerciantes y armadores de Perú y Chile. De los chilenos que tomaron parte en estas correrías, sobresalió entre todos el joven capitán Freire, cuya conducta y denuedo merecieron repetidas veces los elogios de su intrépido comandante.

Tanta audacia llenó de espanto a Marcó del Pont y lo colocó en la necesidad de multiplicar los medios de hacer frente al nuevo peligro que le amenazaba. Ocupado a la sazón de la policía municipal, para la que quería hacer un nuevo reglamento, encomendó este trabajo a un oidor y se dedicó exclusivamente a vigilar con ahínco a los enemigos de su causa y hacer mejoras en el ejército, dándole nueva organización y aumentándolo por medio de numerosos reclutamientos¹⁰⁷. Con esta idea fomentó en el norte un nuevo cuerpo de milicia, encargado de observar el paso de la cordillera y la gran extensión de la costa. En el sur, especialmente en la subdelegación de Los Ángeles, alistó a los jóvenes en el cuerpo de dragones de la frontera a las órdenes del coronel don José María Arriagada, prometiéndoles vestirlos, pagarles con puntualidad y recomendar al Rey su fidelidad para que fuese recompensada. Por último, en la costa de Valparaíso dobló los destacamentos y puso las fortificaciones en buen estado de resistencia. Por lo demás, gracias a su actividad y celo no pasó mucho tiempo sin que el ejército estuviese en un estado satisfactorio. Bastante bien pagado, bien vestido y bien disciplinado, se hallaba

un recuerdo penoso se resiente un poco de la irritación que aqueja al alma después de grandes padecimientos.

¹⁰⁷ Estos reclutamientos se hicieron sin gran dificultad a pesar que la política era completamente hostil a Chile, pues no se concedía ninguna ventaja a los oficiales chilenos, cuya mayor parte fue reemplazados por oficiales españoles.



Colección Museo Histórico Nacional

constantemente en pie de guerra, circunstancia por la cual a la menor falta, el soldado quedaba sujeto a un consejo de guerra siempre dispuesto a imponer castigos severos. Esto se verificaba sobre todo con los desertores a quienes tan pronto como eran cogidos se les imponía la pena de muerte, lo mismo que a los que los habían albergado, y para colmo de dureza, se obligaba al propio tiempo al pueblo de donde eran naturales a que presentasen inmediatamente su reemplazo.

Pero para obtener estos resultados la actividad sola no bastaba, era necesario dinero, sin el cual nada es posible hacer y desgraciadamente el país se encontraba en estado tan angustioso, que las imposiciones disminuían todos los días en sus productos, no obstante que se aumentaron considerablemente por decretos de 5 de febrero y 9 de noviembre, y no alcanzaba ni con mucho para las necesidades ordinarias de las administraciones. Fue, pues, necesario recurrir a un nuevo empréstito, cuya suma se elevó esta vez a 400.000 pesos, que se repartió entre todas las personas acomodadas, sin exceptuar los militares que a la sazón no estaban en activo servicio. Para hacer la distribución en proporción a las fortunas, se dividió el empréstito en billetes de 50, 100 y 800 pesos, los que cada uno había de tomar cierto número y satisfacer su importe en el término de un mes, bajo pena de pagar el doble y perder el derecho al reembolso. Se amenazó con igual pena al que tomase un número de billetes inferior al que le correspondía con arreglo a sus medios, disposición muy injusta en aquellos momentos de animosidad y rencor, y que necesariamente había de dar pábulo a la arbitrariedad y todo lo que son capaces de suscitar los odios de partido¹⁰⁸.

Verdad es que en todos estos pedidos de dinero, Marcó se suscribía siempre el primero y a veces por cantidades bastante considerables. La generosidad de que dio pruebas en todas las circunstancias, no fue inferior a la que se le atribuía generalmente y que a cada momento demostraba por actos nada dudosos¹⁰⁹. Jamás tomó su paga hasta que la habían cobrado todos los empleados, quedándose sin ella si faltaba dinero; daba continuas limosnas a los pobres avergonzados y a las casas de caridad, sin perjuicio de las muestras de munificencia que dejaba en éstas cuando iba a visitarlas; no aceptó las veinte onzas que la universidad daba a los nuevos presidentes por derechos de protectorado, sino a condición de repartirlas a los pobres de los diferentes establecimientos, y llevó la delicadeza hasta el punto de no admitir los platos de dulce que las religiosas acostumbraban enviar a los presidentes en ciertas ocasiones, sin que aquéllas consiguiesen hacerle desistir de su propósito a pesar de las vivas instancias que no escaseó el amor propio ofendido¹¹⁰. En cuanto a sus deberes administrativos, procuraba llenarlos lo mejor que le permitía el estado apasionado del país. En los momentos de alguna calma se ocupaba

¹⁰⁸ Declara que el billete menor de 50 pesos corresponde a aquéllos cuyo caudal no pase de 4.000 pesos, debiendo los que tengan de ahí adelante graduar lo que deben entregar a proporción del dos por ciento de su principal, tomando los billetes que correspondan, sin considerar el mayor de 800 pesos como un término para los ricos. *Gaceta del gobierno*, tomo 2, número 96. p. 453

¹⁰⁹ Conversación con don Ignacio de Arangua.

¹¹⁰ Conversación con don Ignacio de Arangua.

con celo de la policía de la ciudad, para la que publicó un extenso reglamento; mejoró el paseo del Tajamar o de la Alameda; construyó, o por lo menos reparó, el teatro o coliseo; impulsó con gran ahínco el canal del Maipo, cuyos trabajos había emprendido Osorio; por último, ejerció gran vigilancia con los establecimientos de diversión y de comestibles, especialmente las panaderías para las que dio diferentes reglamentos, viéndose por primera vez hacer las provisiones en puestos públicos para evitar los perjuicios que los expendedores hacían a los dueños y para que los compradores pudiesen elegir lo que más les agradase. Con el objeto de asegurarse por sí mismo de si sus órdenes eran bien ejecutadas, visitaba con frecuencia y por la mañana muy temprano, las panaderías e imponía penas más o menos fuertes a los dueños contraventores¹¹¹.

Todo induce a creer que Marcó llegó a Chile con muy buenas intenciones y que hubiera hecho mucho en beneficio del país de estar éste en su estado normal y no tan minado por las ideas revolucionarias, y no teniendo ni el talento, ni la energía, ni la experiencia que se necesitaba para gobernarlo en semejante fermentación, fácilmente se dejó arrastrar a una política de temor y suspicacia, que lo condujo muy luego a la violencia y por consecuencia a la fatalidad. No era bastante convertir en leyes y en principio este sistema organizado de desconfianza y de espionaje, era necesario que la equidad mitigase algún tanto sus violentos decretos, para ponerse en lo posible al abrigo de los odios que suscita la injusticia y que imposibilitan la buena armonía que deseaba el Rey. Porque en todas su cédulas, en todas sus órdenes decía:

“los que no perturban con sus discursos tenidos en público ni con sus acciones el orden, se les deje gozar de la libertad civil y seguridad individual en que deben permanecer, y espera que la moderación y justicia de su gobierno enmendará más bien que el terror los excesos de imaginación y aquéllos que provienen de la falta de una instrucción sólida y de un buen juicio, que es el origen del extravío de muchos”.

Mandaba asimismo “excusar el arresto de aquéllos de quien prudentemente se espere que no puedan alterar la tranquilidad y orden público y poner en libertad a los de estas circunstancias que se hallen actualmente arrestados”. Por lo demás, ¿qué ganaba con no seguir las órdenes del Rey y con proceder siempre con severidad? Despertar las pasiones de los partidos y hacer descontentos que acabando por dejarse arrastrar por su desesperación, se enconaban, se multiplicaban y si algún tiempo permanecían encubiertos era sólo con objeto de poder censurar con más acritud y prepararse mejor para presentarse en el momento dado, bien armados y completamente decididos.

¹¹¹ En una de estas visitas hizo pagar por primera vez a los panaderos, cuya mercancía estaba falta o era de mala calidad, una multa de 25 pesos, confiscando el pan y enviándolo al hospital de mujeres y a la cárcel. *Gaceta del gobierno*, número 46.

CAPÍTULO XLIV

San Martín, gobernador de Mendoza, recibe a los emigrados. Don José Miguel Carrera tiene altercados con él y es enviado a Buenos Aires, donde sabe el desafío de su hermano don Luis con Mackenna. Su salida para Estados Unidos. O'Higgins va a Buenos Aires a hablar al Director sobre una expedición contra el gobierno de Chile. Vuelve a Mendoza satisfecho y empieza a organizar y disciplinar un cuerpo de ejército a la órdenes de San Martín. Táctica de éste para operar una diversión en el ejército de los realistas, mayor que el suyo. Celebra en el fuerte de San Carlos una junta con los indios para que le permitan el paso del ejército por su territorio. Don Manuel Rodríguez va a Chile a agitar las provincias. Salen Freire para Planchón y Cabot para Coquimbo. San Martín se pone en movimiento, dividiendo su ejército en tres partes. Marcó del Pont cree al fin en la expedición de San Martín y toma las más vigorosas medidas. Pregona las cabezas de don Manuel Rodríguez y de Neira. Bando mandando presentar todas las caballerías existentes en el sur hasta Maule.

Mientras que Marcó del Pont se dedicaba a trabajos de organización, de espionaje y de resistencia, los cortos restos de Rancagua llegaban a Mendoza bajo los auspicios de dos jefes en quienes el espíritu de rivalidad iba a degenerar en sentimiento de odio y a separarlos para siempre. Esta provincia estaba gobernada en aquel momento por un militar, destinado a llenar el mundo de un alto y merecido renombre. Este militar era don José de San Martín.

Nació en 1778 en Yapeyú en las misiones de Paraguay. Su padre, gobernador en una de estas misiones, lo llevó muy joven a España y lo puso en el colegio de nobles de Madrid, de donde salió siendo ya oficial y pasó muy luego a edecán del marqués de la Solana, con quien se hallaba cuando este General fue asesinado en una revolución popular de Cádiz.

Esta revolución ocurrió el mismo año en que la Península se sublevó contra la usurpación del trono de España por Napoleón y uno de los primeros deberes de San Martín fue abrazar la bandera de la resistencia. Se encontró en las primeras batallas, asistió a la de Bailén, en que tomó una parte muy activa como ayuda de campo del general Coupigny; acompañó en el mismo concepto al marqués de la Romana, de quien se separó para ir a formar parte de un cuerpo agregado al ejército inglés y a la edad de treinta y tres años llegó al grado de teniente coronel,

grado que recibió en los campos de batalla, cuando los primeros gritos de la independencia americana vinieron a despertar en él los sentimientos de libertad, que la naturaleza más que la educación le había inspirado. Entonces se separó del ejército español, pasó a Inglaterra con un pasaporte que le proporcionó un general inglés, *sir* Charles Stuart y a fines de 1811 se embarcó para Buenos Aires, merced a la recomendación de *lord* Mac-Duff que le facilitó pasaje en la fragata *Jorge Canning*.

A su llegada encontró el país en guerra y tal como sus instintos militares podían desear. Gracias a sus talentos, a su reputación y algo también a la recomendación de don Carlos de Alvear, pudo entrar muy luego en el servicio del ejército y poco después en el sitio de Montevideo, se comportó con una admirable serenidad en una bajada que los sitiados hicieron a la isla de San Lorenzo, que estaba encargado de defender. Pero para aprovechar preferentemente su experiencia y sobre todo sus grandes conocimientos, se le destinó a la organización de los cuerpos regulares entonces pocos conocidos de aquellos soldados errantes e indisciplinados, trabajo para el cual tenía un talento admirable. En esta época creó el regimiento de granaderos de caballería, célebre y fiel compañero de sus victorias y conquistas.

Estaba de gobernador de la provincia de Cuyo, que era capital de Mendoza, cuando el triunfo de los realistas en Chile hizo refluir por aquella parte los millares de familias que por sus grandes compromisos no se consideraban seguras si quedaban a merced del vencedor. San Martín, como autoridad previsora, reunió cuantiosos víveres y gran número de mulas y caballos con destino a aquellos nobles emigrados, entre los que había muchas mujeres, ancianos y niños, todos extenuados de la fatiga consiguiente a haber atravesado, la mayor parte a pie, la inmensa cordillera cubierta entonces con su capa de invierno y surcada de los caminos más horrorosos, en que a cada paso, a cada momento encontraban un precipicio, un peligro. Para atender a sus primeras necesidades fue él mismo a su encuentro, volviendo enseguida con algunos jefes para entusiasmar la benevolencia de los habitantes encargados de albergarlos.

Desgraciadamente los padecimientos lejos de extinguir los odios de partido, los aumentan las más veces y esto fue lo que sucedió a los dos jefes chilenos, demasiado irritados uno contra otro para que no se despertasen en sus corazones los sentimientos de rencor, en que muy pronto tomaron parte los emigrados, tanto civiles como militares. Desde entonces los dos partidos, carrerista y o'higginiista, que estallaron en Chile, revivieron con todos los resentimientos propios de su posición. Cada uno de ellos quiso dar al mando del ejército al que personificaba sus opiniones y faltó poco para que antes de llegar a Mendoza disputasen la elección con las armas. En medio de sus acaloradas discusiones no era difícil, sin embargo, prever cual de los dos sería el preferido. O'Higgins llegaba con la aureola de gloria que había conquistado con su admirable defensa en el sitio de Rancagua: Carrera, por el contrario, iba cargado con todo el peso de sus desastres y además le eran contrarios la mayor parte de los oficiales superiores y casi todos los argentinos que tan activa parte habían tomado desde el principio en la revolución chilena.

Pero el enemigo más temible que tuvo que combatir Carrera fue el gobernador de Mendoza, el general San Martín. Muy prevenido de antemano contra él,

primero por informes de Mackenna e Irisarri, a quienes Carrera había desterrado a aquel punto como resultado de la última revolución y después por los mismos argentinos, San Martín trabajó cuanto pudo para humillar a este ilustre chileno y hacerle perder el poco crédito que le quedaba en una parte del ejército. Verdad es que Carrera, que no podía vivir sino moviéndose y mezclándose en todo, tenía la pretensión que a la Junta Gubernativa de que era presidente, se le tratase como a un gobierno reconocido por el de Buenos Aires y en su consecuencia exigía la consideración y los honores debidos a su rango. Como si un gobierno nacido de una revolución local y por lo tanto desprovisto de la fuerza moral, única que da derecho al respeto, pudiera en momentos de angustia y aislamiento, solicitar que se le trate de igual a igual por un gobierno amigo, sobre todo cuando los partidos están muy divididos y les falta mayoría. Porque a pesar de la alianza íntima que existía entre Chile y Buenos Aires y precisamente por consecuencia de esta alianza, fundada en intereses de alta trascendencia, era justo que el gobierno de Buenos Aires, que iba a pagar los gastos de entretenimiento y manutención del nuevo ejército, interviniese en su organización y obrase por convicciones propias. Además, Carrera, muy querido de los jóvenes, tenía muy escaso partido entre las personas sensatas que le echaban en cara su carácter turbulento, sin conocer la importancia de los caracteres de esta especie en momentos de gran sacudimiento social. El relato que hicieron a San Martín de todo lo que habían hecho los hermanos Carrera, aumentó su prevención contra ellos y le decidió a perseguirlos más que nunca.

Y, sin embargo, en aquellos momentos soñaba Carrera con la reconquista de Chile, atacando el país por el norte. Persuadido de que podría poner en agitación la provincia de Coquimbo, capaz, decía, de pasión y entusiasmo por el principio de la revolución, pretendía continuar a la cabeza de su ejército y reclamaba sólo algunos cortos auxilios para poner por obra su gran proyecto de invasión. Era la suya una idea feliz que hubiera podido producir buenos resultados, porque gozando aun mucho prestigio, hubiera servido de centro a todos los descontentos, llevado la alarma al ejército realista y protegido algún gran golpe de mano. Pero San Martín, que veía en él un rival, se opuso a este plan de campaña, procurando por todos los medios posibles sacrificarlo a O'Higgins, cuya bizarría empezaba a conocer y a quien consideraba más susceptible de someterse a sus proyectos futuros. Su conducta respecto a Carrera fue públicamente hostil, lo que dio margen a fuertes discusiones y, como resultado, a un descontento que se manifestó bien pronto por actos de amenaza e insubordinación. Los oficiales del partido de Carrera no quisieron en efecto someterse a las órdenes de San Martín; los mismos soldados a quienes se propuso si querían formar parte del ejército argentino-chileno, permanecieron firmes en su adhesión a Carrera y se negaron a abandonar la bandera de su General. Estas señales de oposición disgustaron sensiblemente a San Martín, hombre firme y de resolución y decidieron separar del ejército a los oficiales más obstinados y enviarlos a Buenos Aires en compañía de don José Miguel y don Juan José Carrera, del teniente coronel Benavente y del capitán Jordán. Fueron éstos escoltados por una compañía de treinta dragones a las órdenes del teniente coronel don Agustín López, los cuales iban a expensas de don José

Miguel Carrera, porque se le suponía poseedor de una parte del tesoro llevado de Chile a pesar que antes de entrar en Mendoza las severas visitas de aduana que se hicieron con un fin que casi llegó a confesarse, demostraron que semejante tesoro no existía más que en la imaginación de los enemigos de aquel patriota. Los demás emigrados, unos entraron a servir en el ejército argentino, otros se quedaron en Mendoza o se establecieron en sus cercanías y otros fueron a fijarse a Buenos Aires, donde tuvieron que dedicarse a trabajos mecánicos para ganar la subsistencia. Uno de ellos, don Manuel Gandarillas, tan conocido por la fogosidad y el mérito de sus escritos, estableció una imprenta y a él debió el país la publicación de la historia de esta comarca por el doctor Funes, cuya impresión continuó su amigo Benavente. Muchos, cansados de una vida a que no estaban acostumbrados y excitados por la necesidad que sentían de batirse por la libertad, armaron algunos buques en corso y fueron a recorrer el mar del Sur a las órdenes del intrépido Brown, cuyas proezas hemos referido ya.

Tal era la posición de la mayor parte de aquellos generosos patriotas que la suerte había arrojado a tan lejano país; y todavía si en su destierro hubiesen visto brillar la alianza firme y santa, efecto casi siempre de la comunidad de opiniones e ideas y de la fraternidad de la desgracia, es probable que hubieran soportado con paciencia su infortunio, pero lejos de esto, experimentaron desde los primeros días, según hemos visto, todas las miserias de la ambición, de la envidia y hasta del encono y desde aquel momento uno de los dos partidos tuvo que ser sacrificado al otro.

Pocos días después de haber llegado a Mendoza don José Miguel Carrera, este General, persuadido de que su autoridad sería reconocida por el director don Gervasio Antonio Posadas, le envió dos diputados, que fueron los coroneles don Luis Carrera y Benavente. La fatalidad quiso que Mackenna se encontrase entonces en aquella capital y al verse él y don Luis Carrera se despertó en el corazón de estos dos valientes oficiales el antiguo espíritu de animosidad, que no podía extinguirse más que con sangre. Ya en Talca primero y más tarde en Mendoza, había habido entre ellos choques que por las circunstancias no tuvieron consecuencias, pero en Buenos Aires, donde no los sujetaban los miramientos que en otras partes, pudieron soltar las riendas a su rencor y la suerte fue contraria a Mackenna. Después de muchos pistoletazos disparados por uno y otro, una bala de don Luis Carrera hizo pedazos la pistola y rompió las arterias de la garganta del amigo antiguo, de quien el espíritu de partido lo había separado hacía tiempo¹¹².

Como resultado de este duelo, verificado según todos los principios de honor y lealtad, por más que entonces y después la pasión lo haya comentado dándole un carácter de felonía, don Luis Carrera fue preso y en la prisión se hallaba cuando llegó su hermano José Miguel a Buenos Aires. Aunque con mucha dificultad y a costa de muchos pasos, consiguió éste que le pusieran en libertad, pero el rigor usado con una persona de tan alta categoría y la especie de infamia de que se le acusaba, le hicieron presentir las contrariedades que debía esperar de un gobierno que se manifestaba tan hostil hacia un allegado suyo. Sin embargo, preocupado

¹¹² Véase para los detalles *El Araucano*, número 183.

siempre con su expedición a la provincia de Coquimbo de que esperaba los mejores resultados, habló de ella al director Alvear, que había sucedido a Posadas y solicitó que interpusiese su cooperación, añadiendo algunos auxiliares a los soldados chilenos de que podía disponer. Esta demanda la repitió más adelante al coronel mayor Álvarez, a quien una revolución popular elevó interinamente al poder, pero ni una ni otra fue atendida, si bien contestada la última de una manera muy atenta. Cansado de una vida que se la hacían insoportable, pues se trató de desterrarlo a Santa Fe y lo tuvieron preso unos cuantos días por ligeras sospechas de una intriga, creyó conveniente abandonar el país y marchar a Estados Unidos, a fin de preparar desde allí una expedición contra las autoridades realistas de Chile, y en noviembre de 1815 se embarcó para tentar de nuevo los favores de la fortuna. Con el objeto de legalizar su misión, pidió autorización a los demás miembros del gobierno chileno y permiso al director de Buenos Aires¹¹³.

Desembarzado O'Higgins de su terrible antagonista, pudo dedicarse con calma a trabajos estratégicos para recobrar un país perdido por la desunión y el desacuerdo y que el general San Martín pensaba reconquistar para gloria suya y de su nación. Luego que llegó a Mendoza envió al director Posadas una relación muy detallada de la batalla de Rancagua, suplicándole apoyase sus futuros proyectos. Sin esperar la respuesta, fue a Buenos Aires a hablar con él y lo halló en un gran apuro con motivo de los rumores que corrían de la próxima expedición de Morillo contra aquella república. Obligado Posadas poco tiempo después a renunciar la dictadura, su sobrino el general Alvear no fue más favorable que él a los proyectos de O'Higgins, ocupado como estaba en poner el país en estado de defensa contra el ejército de Pezuela, entonces victorioso en el Alto Perú y también porque se inclinaba más a Carrera, a causa sin duda de que se manifestaba enemigo de San Martín. Pero no sucedió lo mismo con Álvarez. En aquellos momentos no tenía que temer el país la expedición de Morillo que había desembarcado en las costas de Venezuela, pero estaba amenazado por dos ejércitos, que obrando en combinación podían poner en grave riesgo la república. Uno de ellos era el de Pezuela, que venía triunfante del norte y el otro el de Osorio, que debía atravesar la cordillera y caer sobre Mendoza con soldados valientes, bien disciplinados y victoriosos.

En tal conflicto, Álvarez oyó las proposiciones de O'Higgins para una expedición, cuyas ventajas había demostrado en artículos que él y su amigo Villegas escribieron en el *Censor de Buenos Aires* y le prometió ocuparse activamente del asunto. Un día le manifestó deseo de seguir el plan de Carrera, enviando quinientos hombres a Coquimbo, lo que no aprobó O'Higgins, creyendo, no sin falta de razón, que su objeto era exigir contribuciones en el país para reunir fondos que carecía y de que tenía gran necesidad¹¹⁴. En vista de esta desaprobación, Álvarez

¹¹³ Resolví de acuerdo con los otros vocales del gobierno chileno pasar a Estados Unidos de Norteamérica y habiendo instruido al nuevo director de los objetos patrióticos de esta determinación, me fue otorgada la licencia con recomendaciones para el presidente de aquella república. *Manifiesto de don José Miguel Carrera*, p. 27.

¹¹⁴ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

no pensó más que en levantar un ejército de alguna importancia en Mendoza y comprometió a O'Higgins a que fuese allá al instante a ayudar a San Martín en su organización. La empresa no era fácil, porque faltó Álvarez de hombres y dinero, abandonó a San Martín a sus propios recursos y le colocó en la necesidad de poner en contribución a todos los habitantes de la provincia de Mendoza, ricos y pobres, de lo que, sin embargo, no manifestaron queja aquellas desgraciadas poblaciones; tan arraigado estaba en sus corazones el prestigio de su jefe. O'Higgins trabajó sin descanso y casi se debió tanto a su infatigable celo como al del General en Jefe, el que este ejército fuese levantado, disciplinado y en parte pagado por él, gracias a 12.000 pesos que un tal Lavigne envió a Mendoza y a 10.000 que Rozas había dejado en esta ciudad. Ambas cantidades y algunos empréstitos que pudo realizar ayudado por sus amigos, contribuyeron a que fuese menos miserable la suerte de sus soldados.

El ejército se componía de tres mil novecientos sesenta hombres distribuidos de la manera siguiente:

El batallón número 7, mandado por el teniente coronel Conde y compuesto de esclavos de la provincia, con oficiales sacados del batallón número 8.

El batallón número 8 compuesto casi en su totalidad de negros, a las órdenes del teniente coronel Rodríguez.

El batallón número 11 que se completó, al mando del teniente coronel Las Heras.

El batallón de cazadores número 1, a las órdenes de Alvarado.

Los granaderos de caballería de San Martín con el valiente Zapiola a su cabeza.

Por último, una brigada de artillería, mandada por el teniente coronel Plaza.

Estas tropas, reunidas en un campamento a dos o tres leguas al norte de la ciudad, fueron instruidas y disciplinadas con el mayor esmero y al cabo de unos meses maniobraban con la precisión de veteranos y estaban en disposición de emprender la campaña. Sin embargo, su número era muy inferior al del ejército realista, compuesto de cinco mil hombres, sin contar los milicianos que eran muchos y tenían además que atravesar toda la extensión de la cordillera, montañas de las más elevadas del globo, con un terreno sumamente desigual, cubiertas de nieve en algunos puntos, sin más caminos que unos malos senderos rodeados de horribles precipicios, cortados por muchos y muy profundos torrentes y tan fáciles de defender que bastan unos cuantos soldados para detener todo un ejército. Todas estas dificultades que se presentaban a cada paso y en medio de las cuales tenía que pasar un gran material de guerra, cañones, muchas cargas, etc. hubieran sido capaces de desanimar al ejército más osado, si el amor a la libertad y a la patria no le hubiese infundido un gran sentimiento de fanatismo.

San Martín no se hacía ilusiones sobre las ventajas de su posición, y, sin embargo, continuó sus preparativos con el ardor de quien esté convencido de sus resultados. Persuadido como decía el gran Federico, de que el general debe cubrirse con la piel del león o con la piel de la zorra, según su posición respecto al enemigo y viendo que a las dificultades que tenía que vencer se agregaba la inferioridad

del número, se decidió a emplear la astucia en su plan de campaña y a valerse de ella para atacar por varios puntos el ejército de Marcó y burlar en lo posible sus cálculos y su vigilancia. Maravillosamente organizado para este género de guerra, puso en ejecución toda suerte de estratagemas que su talento inventor le sugería, haciendo entrar en sus combinaciones una multitud de realistas establecidos en Mendoza, que sin conocerlo expandían las más falsas noticias entre sus parientes y las comunicaban a las autoridades¹¹⁵. Desconcertados por este medio los proyectos de Marcó, hizo correr la voz por todas partes y entre los oficiales mismos que iba a atravesar la cordillera por el paso del Planchón situado casi en frente de Curicó y para dar más visos de certeza a esta resolución en la que fundaba todo su porvenir, convocó en el fuerte de San Carlos una gran junta de indios con el objeto de pedirles permiso para pasar por su territorio, sabiendo que estas poblaciones de carácter tan novelero no dejarían de divulgar el proyecto, sobre todo si se les encargaba el secreto. Los indios se avinieron a celebrar la junta y San Martín envió mucho vino, agua ardiente y otras cosas como vestidos, sombreros, bridas, espuelas, cuentas de vidrio, etc. y marchó allá de gran ceremonia a tratar del paso con los caciques ya reunidos. Las conferencias ni fueron largas ni ofrecieron dificultades: al segundo día obtuvo San Martín el consentimiento por la casi unanimidad de los caciques y dejándolos entregados a sus orgías habituales, se fue a Córdoba a ponerse de acuerdo con el coronel don Juan Martín de Pueyrredón, que del ejército del norte pasaba a Buenos Aires llamado a desempeñar el cargo de director supremo de la república¹¹⁶.

Durante este viaje, O'Higgins, como segundo general, quedó en el campamento ocupado en introducir en su ejército ese espíritu de orden y disciplina que le inspiraba San Martín y que miraba con razón como la primera virtud del soldado. Gracias a su vigilancia y al celo de los oficiales superiores, tales como don Joaquín Prieto, don Juan de Dios Vial Santelices, Pereira, etc. y gracias sobre todo al tacto y gran habilidad del General en Jefe, el ejército admiró muy pronto por su continente, siendo muy superior a cuantos habían visto hasta entonces y digno por todos conceptos de arrostrar los peligros y dificultades a que estaba destinado. Por lo demás, la esperanza de ver pronto su país, sus familias y parientes llenaba de entusiasmo el corazón de estos soldados chilenos que componían casi la mitad de los diferentes cuerpos del ejército y les hubiera hecho correr todos los riesgos y soportar toda especie de privaciones para conseguir lo que tanto anhelaban hacía más de dos años. Así es que aguardaban con impaciencia el momento de la partida, volviendo sin cesar e involuntariamente la vista al sur, persuadidos que allí estaba la ruta que había de restituirlos a su país.

¹¹⁵ He oído contar muchas veces al general San Martín las mil estratagemas que se valió en estas circunstancias. Las refería con gusto, porque eran, en efecto, muy entretenidas.

¹¹⁶ Por esta época, dice un documento impreso en Buenos Aires, San Martín hizo entrar a Pueyrredón en la sociedad secreta conocida con el nombre de Gran Logia, que se componía de personas influyentes y de rango, cuyo objeto era que los destinos se diesen a personas de su partido y consolidar su poder.

San Martín en efecto, había guardado un completo secreto sobre su plan de campaña. Al principio nadie más que O'Higgins tuvo de él conocimiento y más tarde algunos oficiales superiores y especialmente el ingeniero Álvarez Condarco, encargado de reconocer el estado de los caminos y de llegar hasta Santiago, protegido con el carácter de parlamentario para poder desempeñar mejor su cometido¹¹⁷. Finalmente en el mes de diciembre de 1816 se verificaron los primeros movimientos, poniéndose en marcha don Manuel Rodríguez para ir a sublevar las provincias del sur y llamar hacia aquel punto las tropas de Marcó. Don Manuel Rodríguez, de profesión abogado, a quien ya hemos visto capitán de ejército agregado al estado mayor de la plaza en 1812 y después secretario de la última junta, era un joven de agradable actividad y de muchos recursos; con una fisonomía agradable, un modo de producirse persuasivo, lleno de atractivo y agudeza, con conocimientos militares poco comunes, llamó desde el principio la atención de San Martín, quien lo llevó a su ejército a pesar de la estrecha amistad que lo unía con los hermanos Carrera y de que poco tiempo antes lo había enviado desterrado a la punta de San Luis. No eran en verdad aquellos momentos críticos aptos para que San Martín pensase en rencores, ni un político hábil como él, deja de aprovechar cuanto la casualidad pone en sus manos, proceda de donde quiera. Convencido de las excelentes cualidades de don Manuel Rodríguez, lo envió a Chile para que sirviese de intermediario entre él y los pocos patriotas que podían dar noticias exactas del estado moral y físico del ejército realista y para agitar el país levantando montoneras y poniéndose a la cabeza de hombres que sólo podían perseverar y ser dirigidos a fuerza de un gran prestigio de valor personal.

A poco de haber partido Rodríguez, envió San Martín otras muchas personas, como el comandante de las milicias don Antonio Merino de Quirihue, hombre que proporcionaba gran influencia a su partido por sus virtudes y su gran generosidad¹¹⁸, y dos valientes oficiales encargados de contribuir a distraer el ejército realista, el comandante Cabot, que se dirigió a Coquimbo con una división de ciento cincuenta hombres y el intrépido Freire que con igual número de soldados poco más o menos fue por el Planchón a la provincia de Talca, donde en combinación con los montoneros de Rodríguez debía introducir la perturbación en los diferentes cuerpos de los realistas y preparar a San Martín una conquista menos problemática y más fácil.

Por este tiempo el congreso argentino reunido en Santiago de Tucumán proclamó la independencia, separándose para siempre de España, su antigua madrastra. Comunicada el acta de este suceso a Mendoza y al campamento, se celebró con grandes funciones civiles y militares, en que todo el mundo tomó parte con alegría y entusiasmo. A los dos días envió San Martín una copia del acta a Marcó, intimándole la orden de evacuar el propio país si no quería ser arrojado por la fuerza. Por

¹¹⁷ Conversación con el capitán general San Martín.

¹¹⁸ En todo el tiempo que sirvió no quiso jamás recibir el sueldo y en campaña nunca pidió ni un pedazo de pan a los hacendados, pues tenía siempre cuidado de llevar víveres consigo. Los pobres del país le contaban entre sus mejores amigos y mucho tiempo después de morir le lloraban y sentían.

el mismo tiempo remitió a los realistas de Santiago una cartas que de mal grado escribieron sus parientes y amigos residentes en Mendoza y que les fueron dictadas, dándoles noticias muy aproximadas a la verdad de sus proyectos. Hizo esto San Martín persuadido de que las mismas personas se apresurarían a enviar otras cartas para decir que habían sido violentados a escribir los anteriores y que el plan era todo lo contrario, lo cual indudablemente se creería. Con estos repetidos ardidés tan hábiles y tan variados que el talento de San Martín sabía encontrar, la invasión del ejército patriota estaba envuelta en una infinidad de dudas, que descarriaron la razón de Marcó y lo indujeron a cometer las más graves faltas, pues dividió su ejército y lo desparramó en una gran extensión de territorio, lo que le dejaba con una fuerza parcial solamente.

Instruido San Martín por sus espías y por el mismo Rodríguez, que atravesó muchas veces la cordillera para enterarse mejor el estado del país, de las buenas proporciones que tenía que emprender la invasión, se decidió a ponerse en movimiento haciendo de su ejército tres divisiones. La primera marchó de vanguardia a las órdenes del brigadier Soler, pues, aunque se había decidido conceder este honor a O'Higgins, se le dio el mando del centro que era el cuerpo principal del ejército. San Martín con la tercera división o cuerpo de reserva quedó para acudir al punto que necesitase auxilio. Los bagajes iban confiados a quinientos milicianos mandados por Beltrán, hombre valiente y activo a quien la naturaleza había hecho guerrero y, las circunstancias, religioso¹¹⁹.

El 15 de enero de 1817 fue el día en que el ejército emprendió la marcha con tanta impaciencia como resolución. Al llegar al medio de la cordillera recibió San Martín un oficio del director Pueyrredón, en que le manifestaba temores por la suerte de Buenos Aires, muy comprometida por las tropas realistas, victoriosas no sólo de su país sino en casi todo el continente, en México, Venezuela, etc., añadiéndole con grandes instancias que en atención al corto número de tropas que tenía Belgrano en Tucumán, se volviese a pocas dudas que ofreciera la victoria sobre los realistas de Chile.

Este oficio llenó de inquietud al General en Jefe, no poco atormentado con las mil dificultades que encontraba para pasar la cordillera, y mandó llamar a O'Higgins para discutir con él lo que convenía hacer¹²⁰. El caso era grave sin duda, pero con soldados tan admirablemente disciplinados y tan valientes, con oficiales que eran la flor de la juventud de Buenos Aires¹²¹, no se podía de ninguna manera renunciar a la expedición y retroceder. Esto hubiera sido destruir un ejército que tanto prometía, porque, como le decía O'Higgins a quien la impaciencia por partir tenía hacía tiempo triste y disgustado, si los chilenos estaban tan entusiasmados y decididos, no era más que por la esperanza de volver al seno de sus familias, al

¹¹⁹ Hizo las guerras de Chile y Perú y llegó a teniente coronel, pero luego que terminaron volvió a su profesión primera.

¹²⁰ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

¹²¹ And is said to be officered by the flower of de Buenos-Ayrean youth. *Brackenridge to South America*, t. II, p. 103.

lado de sus padres, de sus mujeres e hijos, esperanza que una vez perdida produciría una deserción grande y continuada. Eran demasiado fundados los temores de O'Higgins para que San Martín no los tomase en consideración; cargó, pues, sobre sí la responsabilidad de esta campaña y continuó la marcha por medio de aquellas ásperas montañas y por alturas en que un aire sumamente enrarecido produce la enfermedad conocida en el país con el nombre de puna o soroche, que es un verdadero mareo con horriblos síntomas de desmadejamiento, vómitos y dolores de cabeza. Era verdaderamente admirable ver marchar aquellos soldados sin quejarse, al lado de tantos precipicios y por caminos sumamente estrechos y quebrados, por donde tenían que pasar ocho mil novecientos cincuenta y nueve caballos y cerca de dos mil mulas cargadas de cañones, cureñas, bagajes y otros efectos, que muchas veces había que descargar y llevar a hombro. Sólo el que ha visto estas veredas, hoy mucho más practicables que entonces por las relaciones entre las dos repúblicas y el activo comercio que hacen mutuamente, puede formar idea de las penalidades inauditas que tuvieron que arrostrar aquellos dignos defensores de la nacionalidad chilena.

¿Qué hacía Marcó mientras que todos estos preparativos amenazaban la autoridad de su señor en Chile?

Empezó por quemar en la plaza por mano del verdugo y a presencia de los militares, etc., el acta de la independencia de Buenos Aires que le remitió San Martín, diciendo con ironía que era lo único que este General podía enviar contra Chile, pues a pesar de las cartas de los realistas de Mendoza, no quería creer en una expedición que calificaba de imposible o por lo menos de muy temeraria y por consiguiente más favorable a su partido que capaz de infundirle cuidado. Así es que hacía mofa de los liberales, invitándolos con palabras benévolas a que fuesen a unirse con sus compatriotas, prometiéndoles seguridad y protección en el viaje o a habitar el punto que juzgasen más adecuado a sus ideas de libertad, pero les amenazaba con las más severas penas si permaneciendo en su país intrigaban lo más mínimo. Para dar fuerza a sus amenazas renovó todos los bandos de alta policía siempre a disposición de los caprichos de San Bruno.

Entretanto, el joven Rodríguez, que había llegado hacía poco a Chile, llevaba el espanto a las subdelegaciones más inmediatas a la capital. Lleno de confianza en su misión y en el prestigio de su palabra, no temía presentarse en las haciendas y hablar a los empleados y peones, que con gran entusiasmo atraía a su partido. Así es que muy pronto se levantaron muchas montoneras, de las cuales dos se hicieron notables, la de Neira, hombre fogoso, arrojado, aunque de malos antecedentes, la otra al contrario, capitaneada por un jefe tan distinguido por su probidad como por su riqueza, el hacendado Salas, a quien el amor vehemente a su patria comprometió en esta empresa. Estas montoneras, raras veces juntas, casi siempre separadas, explotaban con una audacia que rayaba en temeridad, todo el país comprendido entre el Maipo y el Maule y llegaban hasta Chillán. No contentas con molestar a las tropas realistas, ponían en contribución a los enemigos de la patria, se llevaban las cajas del fisco de los pueblos pequeños y no temían penetrar en la capital para ponerse en comunicación con los de su partido. Sus hazañas infundieron un terror

tal en la sociedad, que Marcó pregonó sus cabezas y prometió un indulto absoluto al que los exterminase, aun cuando éste fuera el mayor facineroso, amenazando con pena de muerte a todo el que sabiendo su paradero no lo participase a la justicia más inmediata¹²². Amenazas terribles sin duda, pero que no bastaron para impedir que estos nobles campeones continuasen su obra, y allanasen algunas de las mil dificultades que San Martín tenía que encontrar en su expedición¹²³.

Este gran número de montoneras despertó al fin a Marcó de la indiferencia con que miraba la expedición de San Martín, anunciada continuamente por los realistas desde el 15 de octubre. Poco experimentado en la estrategia militar y no entendiendo mucho de ardid de guerra, llegó a creer que el jefe patriota iba a poner en ejecución el plan que tan hábilmente había divulgado; y para detener su marcha envió a Curicó, tan luego como recibió las primeras noticias de la expedición, doscientos hombres con orden de situarse en los desfiladeros de las montañas en el momento que se les avisase, mientras que él marcharía con el grueso del ejército por el camino de Aconcagua para ir a atacar a San Martín antes de su partida¹²⁴. Este plan lo ideó el padre Martínez, franciscano muy versado en las cosas de Chile, quien también fue a Curicó y a las montañas a enviar espías por todos lados, hasta Mendoza mismo para conocer a fondo la posición y la fuerza del enemigo. Por los espías supo las dificultades que ofrecía el paso de la cordillera cuyo camino estaba cubierto de nieve, la inferioridad numérica del ejército patriota y el corto número de tropas que guarnecía el fuerte de San Rafael sobre el camino de Mendoza.

Contento con estas noticias que facilitaban sus combinaciones las comunicó al Presidente y le envió al mismo tiempo los espías que se las habían llevado, pero habiéndose esparcido por entonces la voz de que una fuerte expedición marítima iba a partir de Buenos Aires para atacar a Concepción, se resolvió en un consejo de guerra abandonar el plan de campaña proyectado y seguir otro que consistía en desparramar el ejército a lo largo de la cordillera en una extensión de cerca de doscientas leguas, acantonando los diferentes batallones en los principales puertos. El de Chillán fue apostado en Curicó y Talca; el de Concepción, en Concepción; la caballería de Barañao en San Fernando, donde se atrincheraron las calles con

¹²² “Todos aquéllos que sabiendo el paradero de los expresados don José Miguel Neira y don José Manuel Rodríguez y su demás comitiva, no dieran pronto aviso, sufrirán pena de muerte. Por el contrario los que los entreguen vivos o muertos, después de ser indultados de cualquier delito, aunque sean los más atroces, se les gratificará además con 1.000 pesos, etc.”. *Gaceta del gobierno*, tomo 2º, número 96, p. 453.

¹²³ Se cuentan de esta época numerosos rasgos de audacia, de don Manuel Rodríguez especialmente, que de haber ocurrido en tiempos remotos en que todo se exageraba, su nombre hubiera servido para una de esas leyendas populares que las baladas o las epopeyas fabulosas de entonces nos han conservado tan cuidadosamente. No citaré más que uno de los muchos que he oído contar al excelente general don Santiago Aldunate. Sabedor un día Rodríguez de que el comandante de la guarnición de San Fernando daba un baile, apostó a que se presentaría en él; se presentó en efecto y después de tomar ponche con aquel jefe que había puesto precio a su cabeza, se volvió muy tranquilo con sus compañeros, que lo esperaban llenos de ansiedad por su imprudencia. Otras muchas aventuras pudiera referir de este celoso patriota, que prueban tanta audacia como presencia de ánimo.

¹²⁴ Torrente, *Historia de la revolución americana*, tomo 2º, p. 233.

adobes y otra en Rancagua; al camino del Portillo se enviaron algunas compañías; las demás tropas quedaron en Santiago, excepto mil hombres que fueron de vanguardia a Aconcagua. Unos cuantos días antes, el sargento mayor de Talavera don Miguel Marqueli, había ido a la cordillera de Aconcagua con varias compañías a observar a los patriotas y habiendo avanzado hasta llegar a corta distancia de Uspallata, tuvo que retroceder a la Guardia, después de haber tenido en Picheuta con don Enrique Martínez, oficial de la división Las Heras, unas pequeñas escaramuzas, en que le tocó la mejor parte.

Por aquí se ve que Marcó era no ya el instrumento, sino el juguete de San Martín, puesto que había dispersado sus tropas que era lo que éste quería, y a lo que aspiraba el activo Rodríguez, cuyas guerrillas aumentaban todos los días por lo mismo que eran abusivas y peligrosas las medidas de rigor adoptadas¹²⁵. No sólo renovó y amplió los bandos severos de 1814 y 1815 sino que estableció consejos de guerra permanentes en las principales ciudades y cubrió las provincias inmediatas con una red de soldados, cuyos jefes en defecto de consejos de guerra tenían derecho de vida y muerte sobre todo individuo acusado del más leve delito. En un nuevo bando del 22 de enero mandó que todos los caballos, mulas y caballerías menores de los distritos comprendidos entre Talca y la capital, se enviasen al gobierno sin permitir que nadie reservase uno solo; rigor que sintieron mucho los chilenos y especialmente la gente del campo, incapaz de andar a pie la más corta distancia. Desde aquel momento la insurrección atrajo a todas las clases sociales, a los jornaleros¹²⁶, como a la gente del campo y la libertad defendida por estos hombres vigorosos y de acción, pudo predecir el día en que había de plantar para siempre su bandera de nacionalidad.

¹²⁵ Véase su bando de 7 de enero de 1817.

¹²⁶ En la capital los artesanos se entregaban a actos de burla e insubordinación a vista de los empleados del gobierno. En la *Gaceta Viva el Rey* correspondiente al 17 de enero, en un período en que se hablaba de España, el impresor puso *madre malhechora* en vez de *bienhechora* y donde decía el *inmortal Rodríguez* substituyó el *inmortal Rodríguez*, etc. Aunque fue condenado a seis meses de presidio con destino a los trabajos de las fortificaciones de Santa Lucía, no fue esto obstáculo para que los otros imitasen su ejemplo, cuando la ocasión se presentaba.

CAPÍTULO XLV

El ejército de San Martín pasa la cordillera. Batalla de Chacabuco ganada por los patriotas. El capitán Velazquez lleva la noticia a Santiago y difunde el terror entre los realistas. Emigración de éstos. Gran desorden que la emigración produce en el camino y en Valparaíso. Hecho prisionero Marcó, es llevado a Santiago.

Dejamos al general San Martín en la cima de la alta cordillera, luchando con las mil dificultades que le ofrecían los caminos, para luchar enseguida con los enemigos de la libertad chilena, refugiada un momento en Mendoza y sus inmediaciones y con que el auxilio de sus valientes soldados iba a restituir a su país natal.

La ruta que seguía era la de los Patos que por ser la peor y la menos frecuentada, confiaba encontrarla poco o nada defendida; por la otra ruta envió una pequeña división compuesta por el batallón número 11, treinta granaderos de caballería y dos piezas de montaña al mando de Las Heras. Tenía orden este coronel de ir a Santa Rosa a esperar nuevas órdenes; pero al llegar a la Guardia encontró un destacamento de realistas que quiso disputarle el paso y el mayor don Enrique Martínez encargado de atacarlo, lo hizo con tal impetuosidad que bastó hora y media para arrollar esta avanzada y derrotarla hasta el punto que muy pocos pudieron escapar. No fueron éstas las únicas primicias del ejército de los Andes, pues en el mismo día y casi en el mismo momento, el mayor de ingenieros don Antonio Arcos, encargado de ocupar y poner en estado de defensa el punto de las Achupallas que dominaba una parte del valle de Putaendo, tuvo también un encuentro con el comandante de San Felipe que quiso detenerlo en su marcha y, aunque el joven teniente Lavalle no tenía a su disposición más que veinticinco granaderos de caballería, no titubeó en atacarlo y lo batió y dispersó hasta más allá del referido valle, que entonces estaba casi todo en poder de los patriotas.

Estas pequeñas acciones por insignificantes que fuesen inspiraban confianza al soldado, familiarizaban con el ruido de las armas a los que a ellas habían asistido y aumentaban el amor propio del ejército ya un tanto orgulloso de haber atravesado la elevada cordillera. Porque el soldado se envanece lo mismo por haber sobrellevado las fatigas, que por haber corrido peligros.

Con la ocupación del valle de Putaendo, el paso de la cordillera estaba vencido y al ejército patriota no le quedaba ya más que hacer que medir sus fuerzas con las

del realista, que era precisamente lo que demandaba con impaciencia. En cuanto esta ocupación llegó a conocimiento de San Martín, que fue al día siguiente de la acción, mandó que acelerase el paso la vanguardia del general Soler, el cual el día 6 había subido ya su artillería e ido a acampar a San Andrés, después de enviar a las Coimas una parte de su división a las órdenes de Necochea, mientras otra mandada por Millán iba a ocupar el pequeño pueblo de San Antonio.

Las tropas enemigas, atrincheradas en el pequeño cerro de las Coimas, esperaron a pie firme la división Necochea, que siendo muy inferior a aquéllas, retrocedió para atraer al llano a los realistas. Gracias a este ardid de guerra, que produjo el efecto deseado, la acción, que no tardó en empeñarse, fue ventajosa a los patriotas y no obstante que al frente del enemigo estaba el valiente coronel de ingenieros don Miguel María de Atero, fue rechazado hasta el otro lado del río¹²⁷.

Otra vez libres el campo y la llanura de Curimón, San Martín mandó avanzar a todo el ejército, el cual pasó el río por un puente que se construyó al efecto y fue a acampar a la falda del cerro de Aconcagua, monte muy elevado que cortaba el camino de Santiago, uniendo la alta cordillera con la de la costa. El coronel Las Heras, situado en Santa Rosa, se reunió al comandante Millán, que había llegado la víspera con objeto de reconocer la posición del enemigo; de manera que el 11 todo el ejército, menos la artillería en su mayor parte y alguna reserva de caballería, estaba al pie de la montaña que iba a presenciar una de las batallas más memorables de la república.

Los realistas se habían fortificado al pie de la misma montaña por la parte sur y su número, como su ejército estaba diseminado, era inferior al de los patriotas. Marcó dio orden a las tropas del sur para que a toda prisa marchasen sobre Santiago, pero la caballería que se hallaba más inmediata fue la única que pudo llegar hasta Chacabuco, la víspera de la batalla y tomar parte en la acción. El comandante en jefe, que era Maroto, coronel de Talavera, tampoco llegó hasta la víspera (tan trastornada estaba la cabeza del jefe) y apenas tuvo tiempo para formarse una idea de la disposición del terreno. Tenía orden de no arriesgar ningún combate si su fuerza numérica era inferior a la de los patriotas y replegarse sobre el camino de Santiago mientras no se le reuniesen las demás tropas que debían llegar del sur.

Sea que, como dice el padre José Javier Guzmán¹²⁸, le engañase el coronel Cacho, que después de hacer un reconocimiento le aseguró que los patriotas no pasaban de mil, sea que se viese forzado a aceptar la batalla, como pretenden otros autores; lo cierto es que Maroto hizo inmediatamente sus preparativos, y el 12 de febrero por la mañana temprano envió a la cima de la montaña, por donde debía pasar el ejército de los Andes, un destacamento de doscientos hombres con orden de defender a todo trance este punto y no abandonarlo sino después de haber

¹²⁷ Como sucede ordinariamente, en el parte que dio Atero de esta acción, dijo que había sido completamente favorable a los realistas y que los patriotas habían tenido cincuenta y dos muertos y un número mucho mayor de heridos. El paso del río lo explicaba diciendo que lo creyó prudente y que además se resolvió en un consejo de guerra.

¹²⁸ *El chileno instruido*, tomo 1º, p. 417.

perdido la mitad de su gente: él con el resto del ejército se situó al pie de la misma montaña a corta distancia de las casas de la hacienda.

Tal era la colocación de los realistas cuando San Martín fue a acampar a la parte opuesta de la misma montaña, con ánimo de no dar la batalla hasta que le llegasen la artillería y algunas otras tropas. Sin embargo, sabedor de que los realistas esperaban refuerzos, se decidió atacar y comenzó por desalojar a los doscientos hombres que estaban en la cima, lo que llevaron a cabo con inteligencia y arrojo los brigadieres O'Higgins y Soler, acometiéndolos de frente el primero, mientras el otro los amenazaba por el flanco y dificultaba su retirada. Calculando San Martín que la dispersión de estos realistas a quienes O'Higgins perseguía con encarnizamiento, causaría confusión en el ejército enemigo y aprovechando momentos tan propicios para la victoria, mandó que los escuadrones 1, 2 y 3 a las órdenes del coronel Zapiola marchasen inmediatamente a hostigarlos o entretenerlos mientras llegaban los batallones 7 y 8. Esto obligó al enemigo a replegarse sobre una posición muy ventajosa, pero los dos batallones, animados por O'Higgins y sus dos coroneles Cramer y Conde, los atacaron en columna cerrada y empeñaron una acción sumamente sangrienta, que había empezado hacía más de una hora cuando el batallón número 7 con el valiente coronel Cramer a la cabeza, dio una carga a la bayoneta que desordenó al enemigo y lo derrotó. En esta brillante carga fue particularmente auxiliado por los escuadrones del coronel Zapiola a las órdenes de Melián y Medina y por las columnas del brigadier Soler, que después de haber comprometido algún tanto el éxito por lo mucho que se detuvieron en los sitios sumamente escarpados que tuvieron que atravesar, se presentaron de improviso para añadir el último florón a la victoria. El postrero esfuerzo que los realistas hicieron en las viñas de la hacienda, no fue en cierto modo más que una simple medida de defensa personal, que cedió muy pronto a la carga impetuosa de Necochea, puesto a la cabeza de su cuarto escuadrón. Tal fue el fin de esta batalla que tan bello triunfo preparó a la libertad chilena y en la cual se distinguieron por su gran arrojo Cramer¹²⁹, Las Heras, Conde, Zapiola, Melián, Medina, Salvadores, Zorrilla, etc., etc., el presbítero don José de Oro y el reverendo padre fray José Antonio Bauza, de quienes pocos días después hizo mención honorífica el gobierno, pero sobre todos el intrépido O'Higgins, cuyo arrojo lo llevó a adelantarse más de lo que debía y contra las instrucciones de San Martín. Esta importante victoria dio por resultado coger la artillería, el parque y todo el bagaje, la bandera del regimiento de Chiloé y más de seiscientos prisioneros, incluidos treinta y dos oficiales de los que muchos eran de distinción, habiendo habido otros tantos muertos. Entre estos últimos se contaron el mayor Marqueli, que avanzó hasta cerca de Uspallata y el coronel Elorreaga a quien el peligro de los realistas le sacó a toda prisa de Coquim-

¹²⁹ Cramer tomó una parte muy activa en la batalla de Chacabuco. Fue él quien dio esta carga asombrosa, a que O'Higgins no quiso decidirse por sus instrucciones particulares. Conversación con don José Miguel Infante. Brayer en su manifiesto atribuye también la mejor parte a este Coronel y añade que como resultado de los multiplicados elogios que recibía de sus compañeros de armas, San Martín le miró mal desde aquel momento y resolvió alejarlo del ejército, lo que no tardó en suceder.

bo, donde era gobernador civil y militar. Chileno de nacimiento, activo y de un arrojo indisputable, abrazó muy pronto y por convicción el Partido Realista, que defendió hasta su muerte con un valor notable y digno de mejor causa.

El mismo día de la acción, el capitán don José Velásquez llevó a Santiago la noticia y los realistas, que tres días antes habían firmado una acta que Marcó publicó en la *Gaceta*, ofreciendo sus haciendas y hasta sus vidas en defensa de la autoridad real y contra los proyectos revolucionarios del ejército de los patriotas, se llenaron de espanto. Ellos fueron, como de costumbre, los primeros en esparcir la alarma en la ciudad, a llenar de confusión los ánimos apocados y a dar la señal de huir, que tomó al instante grandes proporciones entre las gentes de su partido a pesar de que las menos fáciles de intimidación y dispuestas a tentar otra vez los azares de una batalla, divulgaron por todas las calles al ruido de las campanas de las iglesias falsos rumores de un glorioso desquite. La acción hubiera sido en efecto un mero choque y de ninguna manera una derrota, de haber tenido arrojo el Capitán General y de no faltarle talentos militares. Las tropas que se mandaron ir a marchas forzadas del sur, donde estaban torpemente diseminadas, ascendían a cuatro mil hombres aproximadamente, estaban muy bien disciplinadas y no carecían del valor necesario para hacer frente al ejército victorioso, si no en la ciudad en extremo agitada por los descontentos que eran muy temibles, al menos en campo raso, y además tenían el deseo de venganza que suele acompañar a una derrota. Ésta fue la opinión que algunos oficiales superiores, como Barañaño, Bernedo, Lantaño, etc., emitieron con calor en un consejo de guerra, convencidos de que la fortuna no favorece a los militares más que cuando éstos tienen bastante audacia para confiar en ella, pero otros muchos por el contrario fueron de parecer que debían marchar a las provincias meridionales, que vivían aún bajo la impresión de las ideas españolas. Así se pensaba hacer, cuando la llegada de los fugitivos, que exageraron mucho el número de muertos y la fuerza del ejército patriota, aumentó el desorden y produjo tal pánico en la ciudad, que todos los realistas, hombres, mujeres y niños mezclados con militares de todas graduaciones, se dieron prisa a emigrar, muchos a pie y tomaron el camino de Valparaíso los unos atronando con sus gritos y lamentos y los otros en completa indisciplina, siendo tal el desorden de los soldados, que se entregaron a toda clase de excesos, tiraron las armas, abandonaron los cañones en número de 16 y acabaron por apoderarse del tesoro que iba confiado a don Ignacio Arangua¹³⁰.

¹³⁰ Algunos autores hacen subir este tesoro a 300.000 pesos, añadiendo que fue saqueado en el camino cerca de la montaña de Prado y que los oficiales tomaron parte en el saqueo. A consecuencia de una conversación que tuve sobre el particular con don Ignacio de Arangua encargado de este dinero, escribí lo siguiente: "Pocos días antes de la batalla propuse que todo el dinero existente en las cajas se llevara a Valparaíso, Marcó no quiso entonces, pero después de la acción accedió a ello, dándome esta comisión. Me puse en camino a las dos de la mañana, escoltado por una compañía de caballería que mandaba el capitán Magallar. Apenas habían llegado las mulas al final del callejón de la Merced, un poco más allá de la chacra de Loyola, los soldados, en unión con algunos peones, se apoderaron de las cajas. Yo me había detenido a ayudar a arreglar una mula y al ver aquello me volví por un camino extraviado y fui a depositar en una chacra los cajones de dicha mula, que contenían 64.000 pesos

En Valparaíso fue mucho mayor el desorden, al encontrarse los emigrados con que no tenían todos los alojamientos que necesitaban. Precisados los soldados a quedarse en la ciudad, saquearon las tiendas y el gran número de equipajes que había quedado en la playa; pusieron fuego a varias bodegas y en fiebre de su furor y de su indisciplina hasta cometieron algunos asesinatos. En cuanto a Marcó del Pont, su destino fue aún más desgraciado, pues, aunque huyó la misma noche en que tuvo la noticia de la derrota, fue efecto de la debilidad de su carácter afeminado o de haber seguido el consejo de su compañero don Prudencio Lazcano, tomó luego que se separó de la artillería caminos extraviados en medio de los campos de San Francisco del Monte, que lo condujeron a sitios desconocidos. Al llegar a las Tablas lo alcanzaron el capitán Aldao y don Francisco Ramírez, quienes lo llevaron a Santiago con las personas de su comitiva y los pusieron a todos en las habitaciones altas de la aduana para que esperasen allí lo que se resolviese acerca de su suerte. Momentos después de su salida, el palacio había sido saqueado y robados sus ricos muebles por el populacho que está siempre a merced de todas las revoluciones y de todos los desórdenes.

aproximadamente. De ellos sólo se encontraron 34.000 pesos cuando al día siguiente se envió la carga al gobierno. El total de lo que llevaba Arangua podía valuarse en 164.000 pesos”.

CAPÍTULO XLVI

Entrada de San Martín en Santiago. Es nombrado director de la República y habiendo renunciado, recae la elección en O'Higgins. Estado del país cuando éste se puso al frente del gobierno. Son ejecutados el mayor San Bruno y el sargento Villalobos. Regreso de los patriotas prisioneros en Juan Fernández. Proyectos de una marina chilena. Vuelve de Estados Unidos don José Miguel Carrera y es mal recibido por de Pueyrredón y de San Martín, que se encontraba en Buenos Aires. Política de O'Higgins con los realistas y con los carreristas. Los tejedores y los antiargentinos. Medidas contra los realistas. Escuela militar. Talcahuano es el único punto en que no ondea la bandera de la libertad. Supresión de la nobleza y de todos sus blasones. O'Higgins sale para el ejército del sur.

La victoria de Chacabuco fue de un resultado inmenso para la independencia Americana. Con ella recobró Chile su primer cimiento de libertad y América entera, dominada entonces casi toda por las tropas españolas, vio en su porvenir un gran rayo de esperanza.

San Martín, el héroe de tan magnífica campaña, cuyo plan había sido bien concebido y bien ejecutado, marchó sin detenerse a Santiago, alentado con la noticia del pánico que tenía aterrados a sus habitantes y que supo por los patriotas que salieron a su encuentro para dársela. Quizá hizo mal en no destacar sobre Valparaíso una parte de su ejército, la división Soler, por ejemplo, que apenas había entrado en acción y recoger los muchos soldados que huían con armas y bagajes y que podían haber ido a reforzar el ejército del sur. Éste fue el primer pensamiento de O'Higgins, quien se brindó a dirigir la expedición, persuadido como estaba que el espíritu impetuoso que infunde la victoria, hace capaz al soldado de las más grandes cosas. Pero sea que San Martín considerase el triunfo conseguido como uno de los resultados más satisfactorios por el momento, sea que no quisiese arriesgar nada por casualidad, prefirió ir a tomar posesión de la capital, en la que entró el 13 de febrero a la cabeza de su ejército. Desde la salida de Marcó del Pont mandaba en Santiago don Manuel Ruiz Tagle, quien se encargó de esta penosa misión para tener a raya a los mal intencionados e impedir el pillaje. Pero luego que llegó la vanguardia patriota, su jefe Soler tomó el mando y con la severidad militar que le distinguía, publicó al día siguiente una proclama para calmar la inquietud de los habitantes, asegurándoles que la guerra era sólo contra los enemigos de la

patria, amenazando a éstos con la pena de muerte que se ejecutaría sin dilación a poco que trabajasen en favor del Rey y con penas muy severas a los curas que predicasen contra la independencia y ofreciendo recompensas a los delatores. Dispuso además que por la noche después del cañonazo de Santa Lucía nadie saliese a la calle y mucho menos los soldados a quienes se les prohibió severamente que se permitiesen el menor insulto.

San Martín no dejó mucho tiempo a Soler en Santiago, pues al día siguiente le mandó marchar contra los fugitivos, mientras él se ocupaba de las tropas y convocaba las personas influyentes de la ciudad para nombrar un director. En el estado en se encontraban el país, era imposible imitar enteramente a las provincias de Buenos Aires, que, aunque en completa anarquía y separadas por actos de insubordinación unas de otras, habían reunido un congreso en Tucumán para legalizar tan importante elección. Tampoco podía exigirse que los vencedores de Chacabuco se abstuvieran de influir en el nombramiento, especialmente cuando una parte del país estaba bajo la dominación española y cuando todo hacía creer que el Virrey, más desembarazado con los triunfos de sus generales en el Alto Perú, no dejaría de enviar contra ellos otra división. Todo lo tenía previsto el gobierno de Buenos Aires y sobre ello había dado instrucciones particulares a San Martín, así es que cuando éste fue nombrado por unanimidad y espontáneamente jefe de la República por los habitantes de Santiago reunidos bajo la presidencia de don Manuel Ruiz Tagle, hizo ver con una negativa dos veces reiterada, que su gobierno no quería de ninguna manera tomar una parte tan eficaz en la organización y en los destinos de la república. Pero contribuyó a que en su lugar se nombrase a O'Higgins, no precisamente porque así se hubiese decidido en el consejo de Buenos Aires, sino porque veía en él un militar valiente, de probidad, de firmeza y muy conocido por sus buenos antecedentes¹³¹. Inmediatamente después, se nombró un ministerio compuesto de tres personas, que fueron don José Ignacio Zenteno para el departamento de la Guerra, don Miguel Zañartu para el de Interior y Negocios Extranjeros y don Hipólito Villegas para el de Hacienda. El nombramiento de este último se hizo algún tiempo después que los otros y en el entretanto le sustituyó interinamente Zañartu. En cuanto al mando de las armas, San Martín tuvo cuidado de reservarlo para sí.

Al tomar O'Higgins las riendas del gobierno no desconocía la gravedad de su misión. Veía que la fortuna desbarataba hacía algún tiempo todos sus cálculos de los americanos y contrariaba sus generosos esfuerzos. México, con la actividad y severidad del virrey Apodaca, eficazmente apoyado por el arzobispo don Pedro Fonte y el regente de la Real Audiencia don Miguel Bataller, se encontraba casi todo sometido a España. El inexorable Morillo se había apoderado de Caracas, Santa Fe y otros países. Montevideo estaba en poder de los portugueses y el Alto Perú enteramente dominado por La Serna, quien a la cabeza de cinco mil soldados bien instruidos, había avanzado hasta Juipuz con intención de ir a atacar a Mendoza de acuerdo con Marcó del Pont, lo cual no se verificó felizmente, gracias a los sucesos de Chile.

¹³¹ Véase la carta de don Juan Florencio Terrada en los documentos de Asensio.

Si a estos elementos de zozobra y desaliento se añade por una parte la pacificación de España y el regreso de Fernando VII que permitía enviar numerosas tropas aguerridas a todos los puntos de América y por otra, el estado miserable del país, sin comercio, sin industria, casi sin brazos con que cultivar la tierra y explotar las minas, medio arruinadas las fortunas con tanta exacciones como alternadamente hacían los jefes patriotas y los jefes realistas, se verá cuán difícil era en medio de tantos peligros y tamaño desorden que un director se contuviese estrictamente dentro de los límites de sus deberes y no sobrepusiese alguna vez su voluntad a las prescripciones de la ley o de las costumbres. Ésto habían hecho Carrera, Osorio, Marcó del Pont y esto harán siempre los encargados de reparar los graves desórdenes de las revoluciones, especialmente en países que no estén bien constituidos.

Lo primero que O'Higgins hizo al subir al poder fue pagar las cantidades tomadas a préstamo en Mendoza para la expedición, decretar una recompensa a las viudas y madres de los soldados muertos en Chacabuco y enviar a la republica de Buenos Aires a Marcó del Pont y a los oficiales hechos prisioneros tanto en la batalla como en el camino de Valparaíso. Sólo dos perecieron ignominiosamente en el suplicio, por los asesinatos que cometieron en la cárcel de Santiago en presos políticos seducidos por Moyano y Concha. Fueron el sargento Villalobos y el mayor San Bruno, el primero por haber tomado la iniciativa en esta mortandad y el otro por haber aceptado la responsabilidad de ella. Habían sido además los autores principales de todas las persecuciones injustas y crueles con que el gobierno real afligía al pueblo, por lo cual no es extraño que su muerte no excitase la menor compasión. Algunas otras venganzas se cometieron también, no muy conformes a los principios de justicia y que sólo eran efecto del sentimiento patriótico que se exalta con la victoria y se inflama con el recuerdo de las desgracias pasadas.

Pero lo que más que todo preocupaba a O'Higgins era la suerte de los infelices patriotas que estaban en las prisiones de Juan Fernández aun prescindiendo de los incesantes clamores de tantas familias como lo instaban para que fuese a poner en libertad a aquellos nobles presos, pero desgraciadamente no había ningún barco en el puerto de Valparaíso y para que entrase alguno mandó poner la bandera española. Con este ardid no tardó el bric *Águila* en aproximarse a la costa y echar el ancla en el puerto, verificado lo cual se apoderaron de él los soldados ocultos en el fondo de la lancha preparada para ir a hacerle la visita.

Con este barco armado en guerra y tripulado por noventa marineros de todas las naciones al mando del joven oficial irlandés don Raimundo Morris, entonces al servicio del ejército de Los Andes, pudo la patria ir a libertar los presos de Juan Fernández, antes que los buques de guerra españoles que estaban a las órdenes del Virrey, fuesen a buscarlos para llevarlos a Callao. Temiendo encontrar resistencia en la guarnición, compuesta de ciento cincuenta hombres, O'Higgins embarcó un prisionero de distinción, el coronel Cacho, para que arreglasen este asunto con el gobernador de la isla, ofreciéndole toda clase de garantías para su libertad y de sus soldados. Cacho bajó a tierra solo y no le costó gran trabajo convencer al Gobernador que lo debía hacer, a fines de marzo todos aquellos ilustres personajes estaban de vuelta en su patria y al lado de sus familias.

La dificultad que había encontrado O'Higgins para llenar un deber tan sagrado y el temor de una próxima expedición del Virrey, le dio a conocer que Chile no sería verdaderamente libre mientras no fuese dueño del mar del sur. Esta convicción de que participaba San Martín, le sugirió la idea de formar una escuadra y al efecto convocó las personas influyentes de Santiago para darles parte de sus proyectos, demostrarles la necesidad de su realización y apelar a su generosidad con objeto de obtener un préstamo, empeñando su palabra de que sería reintegrado en cuanto el tesoro se hallase en mejor posición. Desgraciadamente las numerosas expoliaciones de que habían sido víctimas enfriaron esta vez su patriotismo tanto más cuanto creían imposible que la escuadra pudiera equiparse, puesto que en tiempos del Rey jamás pudo Chile sostener un solo buque de guerra. Se negaron, pues, a todo préstamo¹³².

Esta negativa no detuvo a O'Higgins. Convencido de la necesidad de tener marina y firme con la perseverancia que le caracterizaba, respondió que toda observación era inútil y que necesitaba el préstamo. Como de costumbre éste recayó más particularmente sobre los realistas y a los pocos días había reunido 200.000 pesos, que se enviaron a Estados Unidos para la construcción de algunos buques. Casi al mismo tiempo salió para Inglaterra don José Antonio Álvarez Condarco, encargado de dar a conocer el estado del país e interesar a los especuladores en el proyecto.

Pero las miras de San Martín y O'Higgins no se limitaban a tener una marina con que guardar las costas. En sus conversaciones hablaban con frecuencia de la posibilidad de una expedición contra Perú, una vez dueños de Chile con cierto número de buques, y de ir a conquistar aquel arsenal de hombres, armas y municiones la independencia que deseaban: el principal objeto del viaje de San Martín fue combinar con el director Pueyrredón esta expedición naval ya muy meditada¹³³.

Si hubiese podido desaparecer en aquel momento el espíritu de discordia que la rivalidad de los jefes había producido y verificarse la reconciliación de los partidos, nada más conveniente para este proyecto que la llegada de don José Miguel Carrera a las aguas de la Plata. Mientras estuvo en Estados Unidos, adonde por toda recomendación casi no había llevado más que su nombre, su talento y su actividad, tuvo relaciones frecuentes con el gobierno de Washington y especialmente con el ministro Monroe y algunos diputados. Todos estuvieron de acuerdo en que Chile y América entera no serían verdaderamente independientes hasta que no fuesen dueños del mar del Sur, pero que para esto era necesario que todas las repúblicas cooperasen a la formación de una escuadra. A la influencia moral que el gobierno de Estados Unidos ejercía en la independencia de todas estas repúblicas y a la convicción que el lenguaje seductor de Carrera llevaba a los ánimos se debió al cabo de catorce meses el poder reunir por cuenta exclusiva de Chile, a pesar de sus escasos recursos, una escuadrilla de cinco buques armados en guerra y tripulados por un gran número de hombres, oficiales y operarios con un material de todas clases. Su intención era entrar con los cinco buques en Maldonado o a lo más

¹³² Conversación con don Bernardo O'Higgins.

¹³³ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

en Montevideo, donde suponía de gobernador a Artigas, con objeto de refrescar los víveres, armar un transporte con trescientos o cuatrocientos hombres, adquirir noticias del estado de Chile, ponerse de acuerdo si era posible, acerca de sus operaciones con el director de Buenos Aires y continuar su viaje a Chiloé y Valdivia, pueblos que no podían oponerle resistencia y en que había una masa de hombres aptos para formar una fuerte división con que atacar a Marcó o bien continuar a Guayaquil a apoderarse de su arsenal, ponerse en comunicación con Quito y en combinación con las fuerzas de San Martín allanar los obstáculos que ofrecía Lima a la independencia de las repúblicas¹³⁴.

Tal era poco más o menos el plan de campaña ideado por don José Miguel Carrera antes de volver a su país. Desgraciadamente su carácter un tanto fogoso le atrajo enemistades entre los pasajeros del buque *Clifton* en que iba embarcado. Fue necesario que armase las tropas para contener a los marinos sublevados y mediaron acaloradas disputas entre él y el capitán del buque llamado Davey, del cual no pudo conseguir que desistiese de ir a Buenos Aires, gobernado a la sazón por sus implacables enemigos. Preciado a verse con Pueyrredón tuvo con él entrevistas frecuentes. Carrera le ofrecía ayudarle con su experiencia y sus auxiliares, y Pueyrredón procuraba entretenerlo con subterfugios artificiosos, porque en aquel momento aún no se sabía en Buenos Aires la victoria de Chacabuco, pero luego que de ella se tuvo noticia cesó la política misteriosa del Director, quien le renovó la orden, que ya le había dado, de que se volviese a Estados Unidos con el carácter de diputado de Buenos Aires. No queriendo obedecer, buscó todos los medios de contrariar sus planes, atizó la discordia en la escuadrilla, valiéndose de varias personas especialmente Lavaisse, oficial francés que había formado parte de la expedición y que acabó por poner presos a él, a su hermano don Juan José, a los hermanos Benavente y otros. Sólo don Luis Carrera pudo, protegido por un amigo, eludir este golpe de despotismo.

Por entonces llegó San Martín a Buenos Aires, donde entró en medio de un pueblo entusiasmado con su admirable victoria. A pocos días fue a ver a don José Miguel Carrera, arrestado en el cuartel de Terrada y desde las primeras palabras se despertó en los dos el odio que engendra la política. Desde aquel momento puede decirse que quedó decretada la perdición de Carrera, pues se decidió que partiese a la fuerza a Estados Unidos, lo cual equivalía a un ostracismo poco menos que para toda su vida. Un buque que iba a darse a la vela para aquel país recibió orden de llevarlo, pero en el intermedio pudo don José Miguel burlar la vigilancia de sus guardias y salvarse en un bote que lo condujo a Montevideo, donde fue perfectamente recibido por el general portugués Lecor.

Esta política de pasión convenía perfectamente a O'Higgins, porque opinaba que Chile no podía pacificarse sin destruir a la vez el Partido Realista y el de los carreristas; declaró, pues, guerra sin descanso a estos dos partidos sin olvidarse de los indiferentes, permitiendo que en el periódico del gobierno se publicasen artículos un tanto fuertes contra los llamados tejedores.

¹³⁴ Carta del 15 de octubre de 1817 de don José Miguel Carrera a Madariaga.

Entre estos tejedores, siempre dispuestos a abrazar un partido cualquiera, había algunos que por el instinto de su inestabilidad y sin opinión marcada, se unían a una autoridad mientras se conservaba en el mando y cuando caía se pasaba a otra, sin cuidarse del porvenir del país, imitando en esto el papel de los cortesanos, pero los había también que dotados de verdadero patriotismo, estaban unidos a los realistas, más para sacar provecho de su política que para servir su causa. En este número se contaban el conde de Quinta Alegre, don Manuel Manso, don Manuel Ruiz Tagle, don Domingo Eyzaguirre, don José María Tocornal y otros muchos, que no teniendo más delito que haber permanecido en su país, era poco hábil y aun peligroso ofenderlos, atendida su elevada posición, porque podían hacerse hostiles a una autoridad tan arbitrariamente establecida y que empezaba ya a tener enemigos hasta entre los intachables carreristas. Al gobierno existente se le consideraba como producto del de Buenos Aires y el espíritu de nacionalidad, tan fuertemente exaltado entre los chilenos no podía soportar lo que con injusticia llamaban una humillación, pues pretendían, probablemente con segunda intención, que Chile iba a estar pronto bajo la dominación de Buenos Aires, como si un país tan patriota y tan bien defendido por un largo desierto y por inmensas montañas inaccesibles, pudiese ser presa de una nación de orden tan secundario.

O'Higgins oía con calma todas las murmuraciones interesadas y aguardaba mejor ocasión para hacer sentir su vara de hierro. Entretanto se ocupaba de los españoles y de los realistas, a quienes quería poner en posición de que no pudiesen hacer daño a la última evolución de la libertad. Aprovechándose de los decretos sumamente severos fulminados por Marcó contra los patriotas, quiso a su vez aplicarlos a los realistas y se vio una comisión, en plena república y bajo la bandera de la libertad, dictando las medidas preventivas más despóticas para escudriñar la conducta y hasta la conciencia de los habitantes. Se renovó con todos sus abusos una junta calificadora para obligar a los españoles, a los chilenos y hasta a los curas a que justificasen su patriotismo; se prohibió a toda persona sospechosa de realista que tuviese relaciones frecuentes con las de su partido; se mandó que éstas se retirasen a sus casas al toque de la retreta y que los militares se presentasen inmediatamente bajo pena de la vida al ministro Zenteno; en fin hasta se exigió el certificado de calificación del Tribunal de Infidencia establecido en tiempo del Rey, de manera que el gobierno y la policía estaban iniciados en todos los antecedentes de cuantos podían hacer daño a sus principios.

Esta medidas, indudablemente muy severas y que al parecer demostraban debilidad en el gobierno, eran hijas del estado de incertidumbre en que se encontraba el país. A pesar de la victoria de Chacabuco, aparentemente tan decisiva, Chile no podía contar con su independencia: se tenía buen cuidado, es cierto, de dar publicidad a los grandes resultados obtenidos por los patriotas de las repúblicas, exagerándolos de una manera que merece disculpa, pero también se conocían perfectamente los riesgos que amenazaban y O'Higgins ponía todos los medios de hacerles frente, no sólo valiéndose de artículos de periódicos sino debilitando en lo posible al Partido Realista y reclutando nuevas tropas, para las que contaba ya con oficiales educados con severidad y método en una escuela militar.

Esta escuela, fundada en tiempo del gobierno revolucionario y disuelta por Osorio, se restableció bajo una nueva base, teniendo de director al mayor de ingenieros Arcos y de segundo a don Jorge Beauchef, militar francés a quien los sucesos de 1815 llevaron a Nueva York, de donde enseguida pasó a Chile a emplear sus conocimientos y su valor en la conquista de su libertad.

Con estos dos inteligentes militares la escuela, que se estableció en el convento de San Agustín, estuvo muy pronto en disposición de recibir una multitud de jóvenes de buenas familias, a quienes el entusiasmo de la independencia y el espíritu de la época los decidieron por el arte militar. Beauchef, como ayudante mayor, era en cierto modo el alma del establecimiento. Amante de su profesión, formado en la escuela de Napoleón y sabiendo que el país tenía una necesidad imperiosa de buenos oficiales se dedicó al desempeño de sus deberes con un afán, que le valió muchas veces los elogios de sus jefes. Severo a la par que justo y amable, era el amigo de todos aquellos jóvenes, que ejecutaban sus órdenes con mucha complacencia, por más que no estaban acostumbrados a semejante género de vida. Habitado a la disciplina exigía de sus discípulos actividad, exactitud, aseo y para acostumbrarlos a la fatiga los llevaba con frecuencia a dar largos paseos militares con armas y con sacos a la espalda. Los buenos padres agustinos que estaban habituados al silencio y la quietud, se admiraban que les despertase todos los días temprano el sonido del tambor y el ruido de los sables y fusiles¹³⁵. En el mismo edificio había además una escuela para cabos y sargentos.

O'Higgins veía con particular satisfacción los progresos de la escuela, para la que nada economizaba. Las necesidades del país eran en aquellos momentos exclusivamente militares y era indispensable por consiguiente crear verdaderos oficiales, sin reparar en gastos ni en la escasez del tesoro. Para esto había los empréstitos voluntarios o forzados que eran en cierto modo el estado normal del sistema rentístico de la época y tenía a su disposición las fortunas de los realistas, de las que por derecho de represalia se podía echar mano sin escrúpulo, en justa indemnización de lo que su partido había hecho contra los patriotas, como se tenía cuidado de decir en los decretos. Un ejército en ademán amenazador, reforzado con gran número de fugitivos, se hallaba acampado en el país y era necesario expulsarlo, mucho más cuando su campamento estaba reducido a la pequeña villa de Talcahuano. Porque si se exceptúa este puerto, la libertad había conquistado todos sus derechos y su bandera ondeaba en todas las ciudades de la república. En el norte, la expedición de Cabot, que San Martín había enviado del campamento de Mendoza, no hizo más que presentarse y expulsar los pocos realistas de Coquimbo, batirlos en los campos de Barrasa y dispersarlos completamente, después de apoderarse de muchas armas y municiones. Casi al mismo tiempo el

¹³⁵ Para dar impulso a esta escuela suprimió el gobierno los cadetes de los regimientos, de manera que en lo sucesivo no podía haber en el ejército otros oficiales que los procedentes de ella. El número de alumnos fue al principio de cien, pero muy luego se aumentaron cincuenta. Había, pues, cien de pago y cincuenta que mantenía el gobierno, debiendo ser éstos hijos de militares, etc. Diez becas estaban reservadas para cuyanos.

comandante Freire, enviado de vanguardia del ejército para engañar al enemigo, operar una diversión en sus regimientos y hostigar sus avanzadas, se apoderó de la ciudad de Talca, detuvo buen número de fugitivos que se dirigían a Concepción y se incorporó con el título de teniente coronel a la división Las Heras, destacada contra Ordóñez pocos días después de la victoria de Chacabuco.

Aunque el valiente Las Heras llevaba su batallón número 11 y alguna caballería para protegerle y a pesar de que en el camino se reforzó con la pequeña columna de tropas formada por Freire con el nombre de batallón de Canarias¹³⁶, sin embargo, la seguridad de que el nuevo virrey Pezuela enviaría otra expedición contra Chile, movió a O'Higgins a concentrar en el sur una división para expulsar cuanto antes los últimos restos realistas y a ir en persona a activar la operaciones y tomar el mando del ejército. Antes de su salida adoptó una medida violenta, que atacaba en verdad los intereses de una clase de la sociedad, pero que en cambio debía consolidar poderosamente el principio revolucionario. Abolió todos los títulos de nobleza, en los que veía un obstáculo para la igualdad de condiciones que reclama un gobierno verdaderamente republicano.

En Chile había dos clases de nobleza, una era la llamada de Encomienda, nacida de la conquista y expresión del sistema feudal que invadió todas las naciones de Europa, pero que en América fue siempre templado por el interés que en ello tenía el Rey. Consistía en dar a los conquistadores y más adelante a los que probaban descender de ellos o que sus antepasados habían hecho algún gran servicio, cierto número de indios que poseían durante su vida y que muchas veces pasaban a sus hijos para revertir o volver después a la Corona. Se ve, pues, que esta nobleza era puramente un donativo, un verdadero beneficio sin privilegios ni distinciones de clase, a no ser en tiempo de guerra o cuando se sublevaban los indios, pues entonces tenían obligación los nobles de ponerse a la cabeza, no de sus vasallos como ellos decían, sino de sus feudos. Esta clase de nobleza, llamada *Encomienda de una o de dos vidas*, era una esclavitud injusta y al propio tiempo peligrosa por la proximidad de los araucanos. Duró más de dos siglos, hasta el gobierno de don Ambrosio O'Higgins, quien siendo Presidente la abolió definitivamente por su decreto de Illapel en una visita que hizo en el norte de Chile.

La otra nobleza era por el contrario exclusivamente honorífica, pues no tenía atribuciones políticas de ninguna especie ni poder alguno como corporación. Sus rentas consistían en un mayorazgo que el agraciado tenía obligación de fundar en el momento de su recepción, ya sobre sus propiedades, ya sobre propiedades o empleos comprados. Por insignificante que fuese al principio el reino o audiencia de Chile, no por eso dejaba de tener en su seno hombres del más elevado nacimiento, algunos grandes de España y otras muchas personas, sino nobles, muy distinguidas y que por lo tanto podían aspirar a esta dignidad, pagándola. Éste era también el medio usado generalmente en aquella época en todos los estados europeos para

¹³⁶ Este batallón, vestido de lienzo blanco con cuello y vueltas amarillos por falta de paño, se le conoció más tarde con el nombre de Carampangue por la admirable acción que sostuvo a orillas de este río.

crear nuevos títulos de nobleza: fortuna cuando este espíritu de vanidad no daba por resultado favorecer viles propensiones de los gobiernos y se convertía por el contrario en beneficio del país y de las personas que aspiraban a este honor, que fue precisamente lo que sucedió en Chile, porque el dinero de los títulos se empleó casi todo en fundar la mayor parte de las ciudades y pueblos que existen hoy en la república y que concentraron a sus habitantes, entonces diseminados a grandes distancias en los campos, donde no alcanzándoles los beneficios civilizadores de la religión y de la instrucción, vivían en una rústica ignorancia que los hacía casi inferiores a los esclavos¹³⁷.

Por aquí se ve que los títulos de estos chilenos, algunos de los cuales sólo habían sido aceptados a fuerza de instancias de los presidentes Manso y Ortiz de Rozas y muchos por pura filantropía, no podían ofuscar más que a los envidiosos que no toleran nada superior a ellos. Pero también es necesario confesar que estos títulos y las armas colocadas encima de las puertas de las casas, guardaban tan poca armonía con las ideas de la época y eran tan contrarias al espíritu de la revolución, que no es de admirar que O'Higgins se considerase obligado a abolirlos, como así lo hizo por decreto del 22 de marzo de 1817. Por un singular capricho de los sucesos, completó instintivamente la obra de su padre, pues si éste conservó la nobleza honorífica, él obró con firmeza a despecho de las murmuraciones de las personas influyentes que se vieron heridas en lo que más apreciaban, es decir, en la privación de sus escudos de armas que tanto lisonjeaban su amor propio, dándoles a veces una alta idea de su pretendido mérito y de su superioridad sobre los demás.

Tomada esta medida de alta importancia en las reformas sociales y después de haber introducido mejoras en las diferentes administraciones, restableciendo los tribunales, organizando las municipalidades, etc. O'Higgins decidió su viaje, pero para emprenderlo era necesario que lo reemplazase una persona de mérito y tuvo el poco tacto de nombrar un natural de Buenos Aires, el coronel don Hilarión de la Quintana, que, aunque pariente de San Martín, había de herir necesariamente las susceptibilidad nacional de los chilenos y dar pábulo a la envidia y a la crítica. El descontento del amor propio lastimado fue tan general, que O'Higgins no debió despreciarlo antes bien ceder a las exigencias de un partido por más que las de esta clase sean muchas veces injustas, pero esto hubiera sido manifestar debilidad y ni su carácter ni la severidad que quería imprimir a su administración se lo consentían: se hizo, pues, sordo a las murmuraciones de los quejosos y el 15 de abril se puso en marcha acompañado del ministro de la Guerra Zenteno.

Aunqu su intención era dirigirse cuanto antes al sur, donde Las Heras había tenido un encuentro ventajoso el 5 del mismo mes en los campos de Curapaligüe¹³⁸, se detenía en todos los pueblos por donde pasaba a revistar los regimientos

¹³⁷ Informes de las visitas de los obispos de Santiago y de Concepción sobre el estado miserable de los campesinos que viven dispersos en estos dos obispados a mediados del siglo XVII.

¹³⁸ Luego que Ordóñez supo la aproximación de Las Heras, no pudiendo refrenar su carácter guerrero, salió a su encuentro a detener su marcha y a batirlo. Para esta expedición tuvo que tomar todos los soldados de la Quiriquina que custodiaban los presos políticos y al verse éstos libres de sus guardia-

de milicias que estaban en disposición de poderse movilizar al primer aviso y a examinar el estado de las municipalidades recientemente organizadas. En Talca donde se hallaba el 24, decretó un empréstito extraordinario de 600.000 mil pesos, cuya tercera parte debían pagar los habitantes de los pueblos del norte de Santiago desde Melipilla hasta Copiapó, pero suspendió su cobro a consecuencia de la contribución mensual y general que exigió su sustituto en el gobierno de don Hilarión de la Quintana.

nes, construyeron balsas y a los ocho días, es decir, el 12 de abril, consiguieron salvarse en número de doscientos por lo menos en las aguas de Tomé.

CAPÍTULO XLVII

Los fugitivos de Chacabuco van a Lima y Pezuela los envía a Talcahuano. Ordóñez ataca a Las Heras en Gavilán y es batido. Llega O'Higgins al campamento de los patriotas. Establece su cuartel de invierno en Concepción. Toma de Nacimiento por Cienfuegos y Urrutia. Acción de Carampangue y toma de Arauco por Freire. Institución de la legión de mérito. Declaración de la independencia. Se establece un tribunal de alta policía unido a la intendencia. Don Hilarión de la Quintana renuncia el supremo poder que ejercía interinamente, como resultado del descontento que existía en la capital. Nombramiento de una junta cuyos poderes se resumen a poco tiempo en una sola persona. Trabajos de esta Junta.

Mientras que O'Higgins estaba en marcha para unirse con Las Heras, Ordóñez, que seguía arrinconado en Talcahuano, recibió un refuerzo de tropas procedentes de los restos del ejército de Marcó.

Estas tropas, embarcadas como ya hemos dicho, en desorden y a toda prisa en los buques hallados en el puerto de Valparaíso, iban a Talcahuano a disposición de Ordóñez, pero habiendo manifestado los capitanes que el agua y los víveres eran en corta cantidad para tanta gente, forzoso les fue tomar el rumbo de los vientos favorables y dirigirse al norte para desembarcar en sitio donde pudiesen proveerse de todo lo que les hacía falta.

El primer puerto que vieron fue el de Coquimbo, que suponían en poder de los realistas y como además el número de soldados embarcados era suficiente para vencer cualquier resistencia en caso de necesidad, echaron muchas lanchas al agua para acercarse a la costa. Avanzaban con completa confianza cuando en medio del tumulto y alarma de los habitantes de Coquimbo, se le ocurrió al padre dominico Llamas de Buenos Aires tirar un cañonazo a las embarcaciones que se aproximaban y a esta feliz inspiración se debió que la alarma cundiese en el enemigo, que se alejó a toda vela de aquellas aguas.

Entonces el brigadier Olaguer Feliú, que por ser el oficial de más graduación había tomado el mando en la retirada, dispuso ir al puerto de Huasco. Aunque sabía que estaba muy poco habitado, creyó prudente que bajasen a tierra doscientos soldados a las órdenes de Maroto y gracias a este alarde de fuerzas pudieron hacer tranquilos la aguada necesaria y apoderarse de muchos carneros para el consumo del viaje.

Si el delirio no se hubiese apoderado de las cabezas de estos fugitivos es probable que una vez provistos de todo lo necesario, se hubieran hecho a la vela en dirección al sur, para reunirse a Ordóñez, organizar con todas estas tropas reunidas la resistencia y quizá tomar la ofensiva en razón a su número y a los muchos partidarios con que contaban en la provincia. Ésta fue la opinión de algunos oficiales, pero en consejo de guerra se decidió lo contrario, resolviéndose tomar el rumbo de Callao.

El virrey Pezuela los recibió con todo el desdén que merecía su vergonzosa huida; no sólo no les permitió aproximarse a Lima sino que mandó preparar inmediatamente barcos para reembarcarlos y enviarlos al puerto de Talcahuano que era el que ellos debieron haber elegido por punto de retirada.

Eran estos soldados los que habían llegado a Talcahuano en número de mil seiscientos, incluidos los que se incorporaron en Callao. Con la reunión de estas tropas y las que Sánchez había llevado de Chillán, Ordóñez contaba con dos mil seiscientos veteranos próximamente y era demasiado valiente y atrevido para no intentar un golpe de mano contra los patriotas.

Un mes antes, esto es el 5 de abril hubo un pequeño encuentro entre una fuerte vanguardia de Ordóñez mandada por el mayor Campillo y las avanzadas de Las Heras y, aunque las ventajas obtenidas por los patriotas, que quedaron dueños del campo, no fueron muy grandes, dieron, sin embargo, por resultado hacer desguarnecer la isla Quiriquina y facilitar la evasión de los muchos patriotas que estaban ahí presos¹³⁹. Por lo demás, esto sólo fue el preludio de un combate mucho más importante que tuvo lugar muy poco después.

Era el 5 de mayo. Las Heras estaba acampado a las alturas del cerro del Gavilán, en frente del pequeño cerro de Chepe. Ordóñez cargó sobre él con todo el ímpetu del primer ataque, pero habiendo sido rechazado, se rehizo en un sitio no muy distante y cargó por segunda vez con los cazadores que iban a la cabeza de las columnas, mientras dos piezas colocadas en la cima del cerro de Chepe, metrallaban a la infantería. No fue más feliz este segundo ataque, gracias a una admirable carga de los granaderos de caballería, que sable en mano cayeron sobre los cazadores enemigos y los batieron hasta el pie del referido cerro, bajo el fuego de sus cañones. Entonces Freire, que sucesivamente había ido de la Merced a la Alameda a hacer frente a las diversas maniobras del enemigo, se coloca a toda prisa en el lado en que la artillería causaba más daño, mata con una de sus pistolas al artillero que iba a hacerle fuego, se apodera de las dos piezas y pone en completa derrota primero a los artilleros que las servían y después a la mayor parte del ejército enemigo a quien batió en retirada sobre Talcahuano. El resto, temiendo ser cortado por el batallón de granaderos, que mandaba el impetuoso teniente don Manuel Medina, se retiró por el mismo lado perseguido por los granaderos de caballería, por los tiraderos que habían hecho frente a las nueve lanchas cañoneras

¹³⁹ No parece sino que O'Higgins tenía la habilidad de saber engañar a su adversario escribiendo planes fingidos a sus amigos, en la persuasión de que estas cartas irían a pasar a manos de algún realista, que fue lo que esta vez sucedió con Ordóñez.

y por muchas compañías a las órdenes del sargento mayor don Enrique Martínez. El comandante don Cirilo Correa, a quien O'Higgins envió inmediatamente con la división número 7, alcanzó a tomar parte en la persecución¹⁴⁰.

O'Higgins llegó poco después y dio el enhorabuena al valiente Las Heras por la acción, que fue muy favorable a la patria, pues se cogieron tres cañones, doscientos tres fusiles, muchas municiones, etc. Habiendo tomado el mando del ejército fue a acampar delante de Talcahuano, con ánimo de intentar un asalto, pero desgraciadamente lo avanzado de la estación y los muchos temporales deshechos lo obligaron a retroceder a Concepción para establecer allí sus cuarteles de invierno.

Aprovechó este tiempo de descanso en instruir y disciplinar con todo el esmero que exigía el peligro de la patria, a una parte del ejército que verdaderamente no había aprendido a batirse más que el día de la batalla. De cuando en cuando se ponían en marcha muchas compañías, tanto para batir a los realistas, como para acostumbrarse a la disciplina y a la fatiga. El enemigo ocupaba toda la línea del sur del Biobío y era necesario desalojarlo y quitarle las dos fortalezas de Nacimiento y de Arauco, muy importantes ambas para tener a raya a los indios. Al capitán don José Cienfuegos, que había dejado a Las Heras en Maule para ir a tomar el mando de Los Ángeles ya ocupado por el capitán Urrutia, se le encargó la toma de Nacimiento y el 14 de mayo se presentó a su frente con la firme resolución de hacerse dueño de ella. El capitán Urrutia con veinticinco hombres de vanguardia, se puso en camino por la noche y llegó sin ser percibido a los alrededores del pueblo, que bloqueó para impedir la entrada de los caballos en el fuerte. Durante la acción, don Domingo Urrutia confiado en el mucho polvo que había, tomó ocho soldados y prometió apoderarse del fuerte dirigiéndose a la puerta, aunque estaba defendida por tres cañones. Sus amigos quisieron disuadirlo, pero él escuchando sólo el instinto del denuedo, marcha con sus valientes compañeros y recibe casi a quema ropa una descarga de metralla, que le mata tres soldados, hiere otros muchos y lo obliga a retroceder con un brazo fracturado, que fue necesario amputarle. Suceso triste para este puñado de hombres que tenían la mayor confianza en el arrojo de su capitán, pero que no los hizo desistir del ataque, antes bien continuaron el bloqueo del fuerte hostigando a los realistas desde el alto de las casas en que se habían apostado. El combate duró así todo el día; continuó por la noche, aunque menos vivo y al siguiente los sitiados, no pudiendo proveerse de agua, se vieron en la necesidad de rendirse.

Después de este triunfo corto, pero bastante interesante, porque como resultado tuvo que retirarse también la guarnición de la plaza de Santa Juana, dejando toda la línea del Biobío en poder de los patriotas, Cienfuegos marchó sobre Arauco a reunirse con Freire, encargado de tomar esta plaza.

Se encontraron cerca de Colcura en momentos en que una lluvia que caía a torrentes, hacía fatigosa su marcha, aunque no la detuvo. Cuando Freire llegó al

¹⁴⁰ Según algunos autores realistas, el coronel Morgado fue el que tuvo la culpa de esta derrota, porque estuvo inmóvil con la caballería sin hacerla maniobrar.

río Carampangue encontró al enemigo atrincherado en la margen opuesta. Este río profundo, bastante ancho y sin ningún vado, le ofrecía grandes dificultades para pasarlo, pero no de tal magnitud que arredrasen a un guerrero como él, y poniendo en juego un ardid, dejó una compañía al mando de un capitán de las milicias de Talca don Francisco Espejo, con orden de engañar al enemigo, haciéndole creer que los patriotas continuaban en el mismo sitio, para lo cual favorecía mucho la oscuridad de la noche. Tomadas sus disposiciones, se va un poco más arriba con los demás soldados, hace que monte un infante a la grupa de cada granadero de infantería y dando él primero el ejemplo de audacia, se arroja al río que atraviesa a nado y se encuentra muy poco en posición de hacer frente al enemigo, que le ataca con furia, pero a quien él rechaza y derrota completamente, matándole unos treinta hombres. Su pérdida fue cerca de la mitad de este número, la mayor parte ahogados al pasar el río, entre otros su asistente y el oficial don Vicente Muñoz¹⁴¹.

Dueño del campo de batalla y no teniendo nadie a quien batir, Freire se fue a Arauco, que encontró completamente abandonado por los realistas, porque unos se habían embarcado para Talcahuano y los otros bajo la dirección de Pinuel, habían marchado en compañía de gran número de indios por el lado de Tubul. Reposaban éstos tranquilamente en la noche del 31 de mayo, cuando Freire fue a sorprenderlos y hacerles sentir una pérdida mucho mayor que la del día antes en Carampangue. Pinuel fue herido mortalmente, pero pudo embarcarse para Talcahuano, donde murió. Sus compañeros se salvaron por tierra de indios y se dirigieron por el lado de Nacimiento. En cuanto a Freire volvió al cuartel general, a donde le llamaban los más importantes asuntos, dejando al capitán Cienfuegos de comandante de esta plaza¹⁴².

Mientras la provincia de Concepción y la frontera eran teatro de una multitud de pequeños encuentros o escaramuzas, útiles porque se habituaba el soldado a la disciplina y a la fatiga, O'Higgins se ocupaba en crear una distinción que patentizase a la nación la bizarría y los altos hechos de los conquistadores de la libertad chilena. Por lo mismo que había abolido la nobleza hereditaria, en que la casualidad constituía todo el mérito de sus individuos, quiso reemplazarla con otra personal, cuyo objeto fuese a recompensar no sólo el valor sino, también, el talento; y he aquí el origen de la legión de mérito que se instituyó por decreto del 19 de junio de 1817 y a la cual podían aspirar todos los que hubiesen hecho algún servicio al país, fuesen paisanos o militares, perteneciesen a la clase alta o a la de los plebeyos¹⁴³.

¹⁴¹ He oído decir a don Rafael Freire que al pasar el río, su hermano don Ramón por salvar un infante cayó del caballo y la corriente lo llevó donde estaba el enemigo, pero que le valió un soldado, que no conociéndolo, dejó que se marchara.

¹⁴² Algún tiempo después los indios, con pretexto de hacer la paz, propusieron a Cienfuegos que fuese a tratar con ellos y apenas llegó lo mataron a él y a todos sus soldados y milicianos, excepto unos cuantos que llevaron la noticia a Arauco. A algunas personas las dejaron que se salvaran y a don Luis Ríos que se escondiera. Esto obligó a hacer otra expedición que también mandó Freire, quien apoderado segunda vez de Arauco, tuvo a los pocos días otra en Tubul.

¹⁴³ Se componía de grandes oficiales con 1,000 pesos de pensión, oficiales con 500, suboficiales con 250. Gozaban un fuero particular en virtud del cual si cometían algún delito, sólo podían ser juz-

No cabe duda en que una distinción para todo hombre de mérito es una recompensa digna de las grandes naciones, porque el honor es el principio de todo lo grande que se hace en el mundo y remunerar este honor con una cruz, una cinta, es economizar los fondos del tesoro público y excitar una generosa emulación en todas las clases de la sociedad. Pero, ¿se encontraba Chile en el caso de crear semejante institución? De ninguna manera y no porque estuviese regido por un sistema republicano, pues el mismo Estados Unidos, a pesar de que la orden de Cincinnati fue en algún modo sofocada en su cuna, la democracia a medida que se hacía rica usurpaba títulos y blasones que ha conservado con gran vanidad. Pero en Chile la población era tan corta y el gobierno tan popular y en relaciones tan íntimas de amistad y parentesco con la masa de los habitantes, que no podía menos de haber desde un principio numerosos abusos, bastantes para desprestigiar la institución y generalizarla hasta el punto que perdiese todo su mérito, especialmente luego que dejasen de pagarse las pensiones con que se dotó. Esto fue lo que sucedió en efecto y desde entonces cayó esta distinción para no volver a levantarse.

Otro acto de gran importancia siguió al de la creación de la legión de mérito: la declaración de la independencia tan vivamente deseada por los buenos patriotas del país.

La república chilena existía de hecho, pero no había sido sancionada por una de esas declaraciones solemnes que se dirigen como testimonio de fidelidad a todas las potencias del globo y que dan derecho a un reconocimiento público o por lo menos a relaciones políticas, sobre todo de parte de aquellos países que han estado ligados por algún tiempo con relaciones comerciales, garantizadas por una neutralidad públicamente reconocida. Ya Buenos Aires había llenado este deber y proclamado en un acta legal su separación completa y absoluta de España, acta que O'Higgins mandó a publicar en el ejército acampado a la sazón cerca de Mendoza, en medio de fiestas de toda especie, fiestas que se repitieron el día del aniversario en todos los pueblos de la república.

Chile no podía ser indiferente a un ejemplo dado por Buenos Aires que había sido acogido con tanto júbilo. Aunque su posición no era igual a la de esta república, la cual desde el principio de la revolución no vio más a los realistas sino es en sus fronteras, podía, sin embargo, en medio de sus triunfos militares aspirar a esta manifestación. Una revolución no es más que un movimiento político que tiene sus leyes con las cuales se aprecia al cabo de algún tiempo su causa final y no era difícil predecir en vista de los progresos que hacía la libertad en el espíritu de los chilenos, el momento en que todos los realistas serían expulsados de Chile. Esto permitía adelantar la época de la proclamación de la independencia, por más que el estado de guerra que aún duraba, presentase dudosos los resultados de la lucha y fuese por consiguiente una razón mayor para retraer a los gobiernos de su reconocimiento. Sin embargo, como grandes atenciones habían impedido hasta

gados por sus iguales. El principal objeto de la institución era abrir un camino glorioso a las acciones brillantes, a lo grandes talentos y a las altas virtudes. Véase el decreto del gobierno publicado en aquella época.

entonces la reunión de un congreso, no obstante que muchos patriotas la reclamaban sin cesar, el gobierno quiso que el pueblo entero legalizase la declaración o que al menos manifestase su voluntad y los registros que se abrieron en todas las municipalidades dieron a conocer bien pronto su gloriosa aprobación por el gran número de firmas con que se cubrieron. Ya entonces no encontró O'Higgins impedimento para la declaración y el 1 de enero de 1818 la firmó con todos sus ministros. El día de la proclamación debía ser un día demasiado memorable para no honrarlo con algún gran recuerdo y se eligió el 12 de febrero, aniversario de la victoria de Chacabuco. En este día se promulgó el acta de la independencia en todos los pueblos de la república y se celebró con fuegos, iluminaciones y otros festejos dignos de tan glorioso suceso.

Esto se hacía en el sur; en el norte, es decir, en Santiago, las administraciones no eran menos exigentes, porque se necesitaba rehacerlo todo, crearlo todo y por desgracia el hombre que se hallaba interinamente a la cabeza del gobierno no podía satisfacer el carácter chileno, demasiado nacional para no considerarse humillado de que gobernase el país un hijo de Buenos Aires.

Por una reunión de circunstancias independientes de la voluntad de la nación, Chile como ya hemos visto, no tenía influencia ninguna en Buenos Aires, ni en las ideas ni en el giro de los negocios. Y no porque no hubiese contribuido en cuanto pudo a la libertad de su vecina y a su ilustración, puesto que en aquel momento mismo el mejor periódico que se publicaba en la república, el *Censor*, lo redactaba el célebre don Camilo Henríquez, y el ejército de Tucumán contaba una multitud de soldados chilenos, que por cierto estaban diseminados en todos sus batallones, cuando por consideración a un aliado tan íntimo debían haberse reunido en un solo cuerpo con el título de tropas auxiliares. No se hizo así sea por indiferencia o por motivos políticos y sus servicios pasaban desapercibidos, mientras que en Chile desde que empezó la revolución, una multitud de naturales de Buenos Aires, de mucho mérito es verdad, ocuparon siempre empleos superiores y con más razón en aquel momento, en que su título de libertadores les daba un ascendiente mucho mayor, aunque susceptible al propio tiempo de despertar más que nunca los antiguos celos. Así don Hilarión de la Quintana, apoyado solamente por muy corto número de personas, tuvo desde el principio enemigos muy tenaces, entre ellos todos los que no veían bastante liberal al gobierno y especialmente los partidarios de Carrera, de quien era entonces representante el joven Rodríguez. El espíritu de oposición que manifestaban estas personas hirió la susceptibilidad del delegado y por un decreto fechado el 7 de agosto de 1817, mandó prender a muchas con el pretexto de que conspiraban¹⁴⁴.

Lo que también perjudicaba mucho a la administración de Quintana era que tenía que proveer a las necesidades del momento. Las rentas continuaban en la mayor decadencia, ni el comercio, ni la agricultura, ni las minas hacían progresos

¹⁴⁴ Cuando fue separado del gobierno don Hilarión de la Quintana, la Junta que le reemplazó, no encontrando otro motivo para el arresto de estos celosos liberales que una medida de precaución, los mandó poner en libertad.

sensibles y en tales circunstancias era muy difícil no recurrir a empréstitos forzosos, requisiciones arbitrarias y exacciones de todo género. Restableció los impuestos del 13 de mayo de 1815, 5 de febrero y 2 de noviembre de 1816 establecidos por Osorio y Marcó y tras el empréstito de 400.000 pesos vinieron las contribuciones mensuales, los secuestros a los emigrados y la orden que todo el que tuviese dinero o efectos pertenecientes a éstos, lo declarase. Habiendo llegado a Coquimbo uno de los buques de don José Miguel Carrera cargado de fusiles y otras armas, se abrió una suscripción para comprarlas y como siempre sucedía, todos los tachados de realismo, ya por prudencia ya por fuerza se presentaron los primeros, maldiciendo por supuesto al autor de la suscripción. Quintana no perdonaba medio para proporcionarse recursos, empleando como acontece siempre en circunstancias semejantes la arbitrariedad, la pasión, la violencia y se le acusó entonces que parte del dinero lo enviaba al gobierno de Buenos Aires, acusación que produjo gran efecto, porque nada hay más crédulo que el descontento halagado¹⁴⁵.

Pues a pesar de todas estas recriminaciones y de la justa irritación que produjo la recepción del enviado extraordinario de Buenos Aires, el teniente coronel don Tomás Guido, que fue presentado a Quintana por San Martín y sus oficiales superiores, de manera que esta gran representación nacional no se pasaba casi más que con argentinos, Quintana seguía tenaz en su puesto haciéndose sordo a todas estas murmuraciones y no cedió a las exigencias de la opinión pública sino instado por los consejos de San Martín, que hacía poco estaba de vuelta de Buenos Aires. Poco días antes, queriendo desembarazar la capitanía general de los asuntos relativos a robos¹⁴⁶ y asesinatos que hasta entonces habían sido del resorte de la policía militar, nombró un intendente mayor de la alta policía y seguridad pública, al cual subordinó todos los funcionarios de la república: medida alguna vez arbitraria, pero siempre útil en momentos de gran perturbación social. Don Mateo Arnaldo Höevel, uno de los prisioneros de Juan Fernández, fue el agraciado con este empleo, que desempeñó con todo el celo que exigía su importancia. Había visto mucho en Europa y en Estados Unidos y creía que su misión estaba limitada a procurar el bienestar general, cuidar de la salubridad de la ciudad y proteger los intereses del individuo desde su cuna hasta el sepulcro. Pero no era ésta la mira única de sus severos jefes. Al concentrar en una sola persona todas las atribuciones de la vigilancia, quisieron que ejerciese una policía más bien política que municipal y que no solamente fuese guardián del orden sino, también, centinela avanzado contra los ataques incesantes de los enemigos del Estado. Se necesitaba, pues, para este empleo una persona más severa y más decidida por el partido dominante y a los tres meses fue reemplazado Höevel por don Francisco de Borja Fontecilla.

¹⁴⁵ En todos los casos procuraba dar al comercio chileno una dirección que favoreciese al de Buenos Aires, como se ve en los decretos del 9 de mayo de 1817, 14 de junio y 6 de septiembre. Muchas veces procedía contra lo prevenido en los reglamentos del comercio del país.

¹⁴⁶ Los robos en aquellos momentos de perturbación eran tan frecuentes y tan atrevidos que don Hilarión de la Quintana publicó un bando, en que se castigaba con pena de muerte al que robase por valor de más de 4 pesos y con doscientos azotes y seis años de cárcel al que robase menos. Formulario de policía, número 2.

Por la renuncia que hizo don Hilarión de la Quintana del cargo de director interino, nombró O'Higgins una junta para que lo representase durante su ausencia. Esta Junta se componía de tres excelentes patriotas, don José Manuel Astorga, don Francisco Antonio Pérez y don Luis de la Cruz, el cual fue sustituido mientras llegaba por don Anselmo Cruz.

Por el respeto que inspiraba esta Junta y más principalmente porque habían nacido en Chile sus individuos, era mucho más apta para gobernar; pero tenía que atender a tantos y tan diferentes asuntos, era en algunos tan difícil la unanimidad de pareceres, que a los pocos meses conocieron la necesidad de resumir la autoridad en una sola mano y a propuesta suya reunió O'Higgins los poderes de todos los miembros de la Junta en don Luis de la Cruz¹⁴⁷.

En medio de tanta perturbación, de tan repetidos cambios, no era posible que la sociedad progresase. La civilización necesita calma y en el país todo era tempestad y guerra. Sin embargo, había tanto que hacer, los gobiernos de Osorio y Marcó habían desorganizado de tal manera las administraciones para doblarse a las exigencias de la Monarquía, que fue necesario borrar todo lo que pudiera ser un recuerdo de la época de la sumisión. Se restablecieron, pues los tribunales en sustitución de la Real Audiencia, cuyos oidores habían emigrado a Lima; se restableció asimismo el Instituto, devolviéndole el carácter militar y se aumentaron mucho los libros de la biblioteca, gracias a la generosidad de San Martín y a la de un polaco don Antonio Bellina Fliupeski, quien ofreció ciento cincuenta volúmenes que tenía en Buenos Aires¹⁴⁸. En la moneda, que llevaba el emblema de la monarquía, se estampó la columna de la libertad que conservó mucho tiempo y queriendo el gobierno manifestarse reconocido a los jefes argentinos, les envió fuertes sumas, que todos recibieron excepto San Martín, el cual tuvo la generosidad de distribuir su parte entre los oficiales del ejército. Poco después aceptó la chacra del prófugo Beltrán, que el Cabildo compró al fisco y cuyo importe se colocó por orden de O'Higgins sobre fondos de un establecimiento público como era el Instituto.

Pero lo que más que nada preocupó al gobierno fue el estado de la Hacienda y los medios a que era necesario apelar para cubrir el gran déficit, medios que necesariamente tenían que disgustar a los más decididos patriotas. Las rentas estaban subordinadas a tantos sucesos, que no podía contarse con la mitad de sus productos, a lo que había que agregar el contrabando, muy generalizado entonces a pesar de la severidad de los reglamentos y el cultivo clandestino del tabaco, ramo en que consistía uno de los principales recursos del fisco. Tenía, pues, el gobierno una necesidad imperiosa de arreglar y organizar esta importante parte de la administración, pero desgraciadamente el estado del país no le dejaba tiempo ni le

¹⁴⁷ Según don Diego Benavente, esta Junta no participaba completamente de la política de O'Higgins y como Cruz le era más adicto lo conservó solo, haciendo de manera que los demás se lo propusieran así. Véase *El Araucano*, número 185.

¹⁴⁸ Cuando San Martín salió para Buenos Aires, O'Higgins le envió con un oficial 10.000 pesos para los gastos del viaje, pero él no los aceptó, suplicando al Director que emplease esta suma en formar una biblioteca. Conversación con don Bernardo O'Higgins.

proporcionaba los medios de hacerlo. Era preciso ante todo velar por la salvación de la patria muy amenazada por el virrey de Perú y don Luis de la Cruz contribuyó mucho a propagar el entusiasmo y el valor entre la juventud de Santiago. Aumentó y mejoró las fortificaciones de Valparaíso; alistó a todos los jóvenes de la capital en diferentes cuerpos de milicia, que eran instruidos y disciplinados con el mayor esmero, como igualmente las milicias de las provincias, en fin, gracias a su actividad, los dos mil hombres que entonces constaba el ejército chileno, estaban perfectamente alimentados, vestidos y equipados.

CAPÍTULO XLVIII

Ordóñez fortifica Talcahuano. El teniente general Brayer llega a Chile y es nombrado mayor general. Marcha luego al ejército de O'Higgins. Asalto de Talcahuano funesto para los patriotas. O'Higgins se retira con su ejército y se reúne con el de San Martín. Llega una nueva expedición enviada por el virrey de Perú a las órdenes de Osorio. Se le incorporan las tropas de Ordóñez. Sale para el norte. Primo Rivera llega hasta Curicó con su división de vanguardia y repasa el río Lontué al aproximarse el ejército de San Martín. Escaramuza entre Freire y Primo Rivera en Quechereguas. Los dos ejércitos en marcha para Talca, acampan en Cancha Rayada. Derrota del ejército patriota. El coronel Las Heras salva el ala derecha del ejército. Su brillante retirada. Honorífico recibimiento de esta división en el campamento de Maipú.

O'Higgins cometió una grave falta en no atacar formalmente a Talcahuano en cuanto se incorporó al ejército. Entonces esta ciudad, aunque defendida por la naturaleza, tenía lados débiles que se prestaban a un asalto fácil. Cualquiera menos irresoluto que él hubiera aprovechado esta ventaja, sin dar tiempo al enemigo a hacer en su recinto todas las obras de defensa y seguridad que un hombre como Ordóñez era capaz de llevar a cabo¹⁴⁹.

Ordóñez en efecto, aprovechando esta inacción y el regreso a Concepción del ejército enemigo, se dedicó con la actividad febril y la inteligencia que le caracterizaba, a fortificar los puntos que podían ser atacados y para dar mayor impulso a las obras mandó que trabajasen en ellas todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños, de manera que a los pocos meses la plaza quedó rodeada de fosos y empalizadas y las alturas coronadas de baterías suficientes a contener con ventaja el asalto de los patriotas, que iba a dirigir un general francés.

Este General era don Miguel Brayer, teniente general de Napoleón a quien los sucesos de 1815 y sus opiniones avanzadas desterraron de Francia, habiéndose

¹⁴⁹ At the time we arrived (24 de agosto de 1817) Talcahuano was, comparatively speaking, unfortified, and from that time to the day of the attack, almost every man, woman and child were impressed to work on the fortifications. With one thousand determined troops, the place would easily have been taken; and to have made their attack just at the time that the last of their works of defence were complete and in order, is perfectly inexplicable, and has been the theme of wonder to us all. *Journal of a residence in Chili*, pp. 42 y 43.

retirado a Estados Unidos, esta nueva patria de la libertad. Buscando a poco tiempo un clima más favorable a sus heridas, fue a Buenos Aires y de allí pasó a Chile sin más objeto que emplear en la conquista de su independencia las cortas fuerzas que le quedaban. Se hablaba mucho por entonces de una nueva expedición del virrey de Perú contra Chile y como se ignoraba a qué punto se dirigiría, San Martín formó un campamento en la hacienda de las Tablas cerca de Valparaíso, para batir al enemigo si desembarcaba en estos parajes y al propio tiempo para instruir y disciplinar los nuevos reclutas que había en el ejército. El general Brayer fue al campamento a hacer una visita al General en Jefe; su clase, su bella fisonomía, noble y militar a la vez y sus antecedentes le habían valido una acogida distinguida de numerosas personas y San Martín lo admitió en el ejército, nombrándolo mayor general de su división. Muchos oficiales de San Martín aspiraban a este empleo, para el que decían reunir más méritos que el agraciado; y esto produjo murmuraciones envidiosas. Por otra parte el nuevo jefe tenía que entrar, por la naturaleza de sus funciones, en todos los detalles administrativos de los regimientos y deseando hacer este trabajo con la severidad que había aprendido en el ejército francés, introdujo reformas que pugnaban con las preocupaciones y a veces con los intereses de muchos oficiales y que por lo tanto eran criticadas en tono poco respetuoso. El mismo San Martín, incomodado por la familiaridad con que le trataba su subordinado, no tardó en entrar en el número de los descontentos y le envió con el mismo destino a la división O'Higgins.

No fue más afortunado Brayer en su nueva posición, pues tampoco agradaron sus reformas a sus nuevos oficiales. Quizá había en ellas ideas demasiado europeas, pero convenientes acaso en un país, en que la manera de vivir del soldado y casi también la de batirse, era muy distinta. Sin consultar más que su celo y su vivo amor a las armas, que quería instantáneamente imprimir al ejército el continente guerrero, que sólo el tiempo es capaz de dar, al efecto pasaba revista con mucha frecuencia, cuidaba con gran escrupulosidad de la disciplina y sobre todo el bienestar de los soldados, que se hallaban a merced de administradores bastante interesados.

Pasada la estación de las lluvias, O'Higgins se dispuso a preparar un asalto a Talcahuano, último asilo del trono en el Chile central. El general Brayer fue el encargado, como mayor general, de hacer un reconocimiento para elegir el campamento del ejército, compuesto de unos mil quinientos hombres y éste se puso en marcha al día siguiente para ir a ocuparlo. Su distancia a Talcahuano era de un tiro de cañón de a veinticuatro, que no podía, sin embargo, hacerle daño, pero su flanco izquierdo, enfrente de la bahía de San Vicente, estaba más amenazado por las chalupas cañoneras y un bric, el *Potrillo*, que estacionaban en ella, lo que obligó al comandante Borgoño a colocar en la costa algunas piezas de a cuatro que con unos cuantos tiros bien dirigidos, alejaron para no volver a aparecer estos elementos de inquietud. Quedó, pues, el ejército dueño del campo y ya no se pensó más que en disponer un ataque bien ordenado. Con el objeto de engañar al enemigo iba todas las noches una compañía de cazadores a causar alarmas falsas, lo cual duró hasta el 6 de diciembre, día señalado para el asalto y muy adecuado, porque el viento



UNA CARRERA EN LAS LOMAS DE SANTIAGO.

norte que soplabla no permitía la salida de la *Venganza* y el *Potrillo*, únicos buques de que los realistas podían disponer en caso de fuga.

Con arreglo al plan adoptado, una parte del ejército al mando de Las Heras, debía ir por la derecha a atacar el Moro, que era el punto mejor fortificado y el más importante, otra parte mandada por Conde, debía dirigir el ataque por el lado de la bahía de San Vicente y además por el del campo santo: por último la caballería a las órdenes de Freire, debía esperar la toma del puente levadizo para echar abajo las puertas y entrar en la ciudad. Beauchef, que de ayuda de campo del general Brayer había pasado de mayor al regimiento número 1 como resultado de una revolución contra su comandante Riveras, era el encargado de la primera columna que debía atacar el Moro y por consiguiente la que tenía que dar prueba de gran valor, porque la victoria dependía de la toma de aquel punto y del puente levadizo. Al conferirle tan peligrosa misión se le dio una prueba de la confianza que inspiraba su denuedo y su sangre fría.

Pero los incidentes tan comunes en las combinaciones de un ataque, se ofrecieron esta vez de mil maneras, empezando porque algunas compañías se retrasaron en presentarse en sus puestos. Tenía orden de estar prontas antes de las dos de la mañana para emprender la marcha y a las tres la columna encargada del ataque del Moro sólo había reunido tres compañías, mas, aunque faltaba la del 4º regimiento número 3, el comandante se puso en movimiento, aguijoneado por el deseo de distinguirse en su primer mando y de demostrar que era digno de la buena opinión que se tenía de él. A la mitad del camino una bala de veinticuatro disparada sin objeto y como se hacía todas las noches, les hizo creer que estaban descubiertos, pero no por eso dejaron de seguir adelante y llegaron al borde del primer foso, habiendo recibido una descarga de unos doscientos fusiles que pusieron una veintena de hombres fuera de combate. Beauchef, para dar el ejemplo, se arrojó en el foso y seguido de gran parte de su columna fue el primero que empezó a escalar los muros, en cuya operación se ayudaban los unos a los otros y enseguida a derribar la estacada para penetrar en lo más alto del Moro, que mandaba don Clemente Lantaño. Se ocupaba en la demolición con el afán impetuoso que hace desaparecer toda resistencia, cuando algunos realistas en medio de la confusión en que un ataque tan imprevisto los había puesto, fueron por allí casualmente e hicieron una descarga a quemarropa sobre aquel puñado de valientes, en que murieron muchos, entre otros el capitán Videla del undécimo. El mayor Beauchef fue gravemente herido en la espalda y sólo le quedaron fuerzas para animar a sus bravos compañeros, que muy luego penetraron en la trinchera y se hicieron dueños de ella, auxiliados por el capitán don José María de la Cruz, que fue uno de los primeros que entraron y por los granaderos que acababan de reunírseles. Desgraciadamente el comandante de estos granaderos no estaba enterado como Beauchef, de que aún había que vencer otro foso para llegar al puente levadizo y cuando se encontró con un obstáculo que ignoraba y con que era necesario nuevo esfuerzo de audacia para superarlo, se turbó algún tanto y vaciló, circunstancia que aprovecharon los realistas para tomar la ofensiva. En el mismo momento el valiente Ordóñez, que desde que empezó el asalto se había hallado en los sitios de más peligro, tomó el mando de este punto

tan comprometido y con su terrible habilidad consiguió al cabo de dos horas de un combate tenaz, dispersar los patriotas y metrallarlos, mientras se retiraban en buen orden a su campamento. El ataque de Conde sobre el flanco izquierdo no fue más feliz, como tampoco el de las lanchas enviadas a la bahía de San Vicente a las órdenes de Manning, no obstante que se apoderaron de un lanchón con una pieza de dieciocho y cuyos soldados fueron pasados a cuchillo.

Tal fue el resultado de este ataque, en el que los patriotas llevaron al principio toda la ventaja, hasta el punto de levar anclas los oficiales de la Marina Real y enviar marinos a los buques extranjeros embargados, para ayudarles a hacer lo mismo con las suyas y recibir los fugitivos que creyeron no tardarían en presentarse¹⁵⁰. Unos y otros se batieron con valor admirable y si con razón los patriotas atribuyeron principalmente su desgracia al retraso de una hora con que las primeras columnas empezaron el movimiento, es necesario confesar también que contribuyeron mucho a ella el talento y el arrojo de Ordóñez. Aunque hacía mucho tiempo que los sitiadores fingían ataques, este intrépido coronel no se ocupaba de ellos gran cosa, porque sabía que eran poco temibles mientras durase la luna, pero luego que faltó ésta no se acostó más y hacía dos noches que las pasaba levantado cuando con su instinto militar adivinó que era formal el que se daba en aquel momento. Comunicó entonces varias órdenes a su secretario Rueda, con quien estaba hablando, para que las llevase al teniente de artillería Ballona y al capitán de ingenieros Álvarez y montando a caballo, recorrió toda la línea para reanimar con sus palabras y su sangre fría el entusiasmo de los soldados. En el tiempo que duró la acción pasaba de una batería a otra, encargando en todas a los artilleros que dirigiesen bien la puntería, indicándola él mismo ya por uno ya por otro lado y estando con gran calma en medio de las balas que llovían de todas partes¹⁵¹.

A pesar de este contratiempo, en que perdieron los patriotas sobre unos trescientos hombres y otros tantos los realistas, O'Higgins pensaba en renovar el ataque por el lado de San Vicente, cuando le avisó su subdelegado de Santiago don Luis de la Cruz, que una fuerte expedición enviada por el virrey Pezuela, se estaba haciendo a la vela y que probablemente se dirigiría a San Antonio. Esta noticia, que no le cogió de sorpresa porque todos los días la estaba esperando, le decidió a marchar cuanto antes al lado de San Martín con objeto de reunir su ejército con el de éste y a los pocos días, después de inutilizar las fortificaciones, etc., que había construido, salió acompañado de los habitantes comprometidos, abandonando la ciudad de Concepción a todos los excesos del desorden.

La expedición enemiga llegó en efecto a las costas de Chile y desembarcó en Talcahuano a los pocos días de la salida de O'Higgins. Se componía de tres mil quinientos hombres perfectamente provistos de todo, con una paga adelantada y embarcados a bordo de nueve buques de grandes dimensiones que escoltaba una fragata. El mando de este ejército debió darse sin disputa a Ordóñez, que pasaba

¹⁵⁰ *Journal of a residence in Chili*, p. 37. Su autor se hallaba en uno de los buques de comercio norteamericano por disposición de Ordóñez.

¹⁵¹ Conversación con don José Rueda.

con razón por uno de los mejores oficiales de América del Sur y que había dado tan brillantes pruebas de valor e idoneidad, sosteniéndose con escasas tropas en una plaza débilmente fortificada, pero Pezuela quería proteger a Osorio, con quien había casado una hija, y además el consulado de Lima, que pagaba gran parte de los gastos de la expedición, lo prefería, no tanto por sus antecedentes como porque se estaba en la inteligencia que había dejado buena memoria en Santiago, que su nombre era allí muy popular y que nadie conocía mejor que él los asuntos del país. Éstos fueron los motivos que tuvo Pezuela para nombrarle jefe de la expedición y el 4 de diciembre de 1817 le dio sus instrucciones reducidas a que obrase rápidamente contra el ejército sitiador y si era batido como debía suponerse, se reembarcase con el suyo sin pérdida de momento, bajando a la costa de San Antonio para echarse repentinamente sobre Santiago y destruir las tropas que allí hubiese¹⁵². El 9 de diciembre este ejército salió de Callao, llevando consigo los fondos necesarios para subsistir en los primeros meses de la campaña. Para indemnizar a Ordóñez del desaire, Pezuela le envió el nombramiento de brigadier, ofreciéndole el de capitán general de Chile si las circunstancias permitían a Osorio atravesar la cordillera y llevar la guerra al centro de la república Argentina, sin embargo, Ordóñez concibió resentimiento por Osorio y empezó a estar con él en mala inteligencia, lo cual había de redundar necesariamente en perjuicio de la expedición.

Como la mitad casi de las tropas que llevaba Osorio no estaban fogueadas, porque eran soldados recién reclutados en los alrededores de Arequipa, luego que desembarcó, se dedicó a darles alguna idea de disciplina y del manejo del arma y mientras tanto andaban por todas partes hombres del país y soldados buscando caballos para montar la caballería. Habían dejado tan pocos los patriotas que no pudieron encontrar los necesarios, lo cual no fue obstáculo para que marchasen en persecución de los patriotas a quienes, según lo que había escrito Ordóñez a Pezuela, se les debía indefectiblemente batir y dispersar. Sin embargo, la intención de Osorio no era pasar el Maule desde luego, sino sólo tener esta línea y establecerse en los pueblos inmediatos, con objeto de acabar de disciplinar sus tropas y hacer nuevos reclutas para no tener una fuerza numérica inferior a la de los patriotas. Ordóñez, por el contrario, dispuesto siempre a obrar y ansioso de llegar a las manos con un ejército al que creía haber humillado, opinaba que era necesario ir adelante, pasar el río y disputar la posesión del país en las inmediaciones mismas de la capital. Primo Rivera participaba de esta opinión, como también otros muchos oficiales, por lo que se decidió pasar el río y el 3 de marzo quedó acantonado todo el ejército en la ciudad de Talca. Este ejército se componía de cuatro mil seiscientos cincuenta hombres, además de ciento cincuenta artilleros con doce cañones de corto calibre.

Pezuela cometió la falta de confiar el mando de la división a Osorio y éste la de dejarse guiar de los consejos de hombres temerarios, pues como general responsable debió conducirse con prudencia y aguardar en Concepción los dos mil hombres de buenas tropas que se esperaban muy pronto. Porque si los realistas es-

¹⁵² Manifiesto de don Joaquín de la Pezuela, p. 97.

taban ansiosos de llegar a las manos con los patriotas, éstos no lo deseaban menos y así lo demostraban sus movimientos.

Las dos divisiones de su ejército, fuertes en todo, de nueve mil hombres aproximadamente con treinta cañones y dos obuses, reunidas en San Fernando como San Martín lo había dispuesto, se pusieron en marcha el 13 para salir al encuentro de estos temerarios. Cuando el 14 por la tarde llegaron al río Teno, supieron por las descubiertas que el enemigo estaba en Curicó y por consiguiente a dos leguas de su campamento, lo que obligó a San Martín a tener gran vigilancia, pues esperaba que se le daría la batalla al día siguiente, pero los realistas que formaban la división de vanguardia, mandados por Primo Rivera repasaron el río Lontué aquella noche y fueron a ocupar las casas de Quechereguas. Al ver San Martín frustradas sus esperanzas siguió la marcha y acampó en el mismo río, pero no por el lado del norte como lo había hecho siempre, sino por el del sur contra todas las reglas de la táctica, pues quedó situado entre el río y el enemigo. Continuó la misma exquisita vigilancia del día anterior y al siguiente se dio a Freire, recién nombrado coronel, el encargo de pasar Lontué para observar la posición del enemigo y dispersar las guerrillas que se presentasen.

El mucho polvo que esta vanguardia levantaba hizo creer a Primo Rivera que tenía delante a todo el ejército y en la imposibilidad de retirarse, se atrincheró en las casas con sus cuatrocientos infantes y las dos piezas de campaña que tenía y mandó que la caballería se corriese hacia el sur para ponerse a salvo en caso de algún accidente, mientras él sostenía el ataque. Esta caballería disminuida en los días anteriores en unos cuarenta hombres entre muertos y prisioneros, se componía de dos escuadrones, uno de lanceros y otro de dragones. Éstos, mandados por Morgado, se hallaban al norte de las casas de Quechereguas, de manera que, para reunirse a los lanceros que estaban al sur, se vieron precisados a abrirse paso por la caballería de Freire que había empeñado ya la acción con Rivera y hasta exigía que se rindiese. Llegados los lanceros, Morgado los exhorta a que se reúnan a él para ir a libertar a sus compañeros y no pudiendo conseguirlo por la cobardía de su comandante, va con su escuadrón al sitio del combate, divide sus dragones en varios grupos y les manda que carguen a la caballería de Freire, la cual a su vez les carga a ellos con gran impetuosidad. Desgraciadamente su división era tan corta que tuvo que batirse en retirada, perseguido principalmente por don Tadeo Isla, que en esta ocasión se condujo con tanto denuedo como serenidad, hasta el punto que restableció el orden en un momento en que todo lo creyeron perdido. A Freire, que sostuvo todo el tiempo que le fue posible estos diferentes ataques con la esperanza de recibir los socorros que había pedido, faltó poco para que le cogiesen, debiendo su salvación a la ligereza de su caballo, que saltó con gran destreza una tapia que le separaba del camino¹⁵³. Al volver al campamento encontró cerca de Lontué al general

¹⁵³ Perdió su gorra en que llevaba una carta de San Martín para O'Higgins, pero no es cierto lo que dice Torrente que Morgado lo cogió por los cabellos, quedándose en las manos con una mecha de pelo. Morgado era muy grueso, muy mal jinete e incapaz de semejante acción, además intimidado por un gran riesgo que acababa de correr se conservaba a alguna distancia.

O'Higgins, que a la cabeza de un escuadrón de lanceros avanzaba al galope para ir en su socorro, pero era inútil, el enemigo estaba demasiado lejos y en marcha para Parga y enseguida para Camarico donde se hallaba acampado el grueso del ejército. Desde entonces los dragones, hasta allí mal vistos por los lanceros de Lima porque no iban bien vestidos, fueron apreciados como merecían y en verdad que generalmente hablando eran muchos más temibles que éstos, pues en medio de su bonito uniforme, les faltaba arrojo y no sabían ni montar ni manejar el caballo¹⁵⁴.

Después de esta escaramuza, que no tuvo importancia ninguna, los dos ejércitos se dirigieron a Talca, siguiendo los realistas el camino ordinario y replegándose los patriotas un poco hacia el este, con lo que dieron un rodeo que necesariamente fatigó más a los soldados. El objeto de San Martín era ir por un camino más llano y más ancho para poder desplegar sus masas en caso necesario¹⁵⁵. Ésta fue la causa que no llegase a Lircay hasta el 19, poco después de haber salido el ejército enemigo. Con la esperanza de picar la retaguardia y derrotar la caballería, lo que hubiera colocado a los españoles en posición muy apurada en caso de una derrota, San Martín destacó todos los escuadrones a las órdenes de Balcarce, desgraciadamente se dio la carga con toda la caballería desplegada de frente, sin conocer el terreno y según dicen sin la inteligencia necesaria y fue a estrellarse ante la fuerte resistencia de Olarria, quien cargó a su vez a la caballería patriota medio desordenada y la dispersó, como igualmente al escuadrón de cazadores que cubría la retaguardia al mando de Freire. Éste, entonces con los lanceros de reserva de Bueras volvió a tomar la ofensiva y persiguió parte de los realistas hasta las calles de Talca más allá de la línea enemiga, de lo cual resultó una nueva refriega general entre la caballería de ambos ejércitos, que hubiera sido fatal para la de los patriotas a pesar de su superioridad numérica, si la brigada de artillería del teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, perfectamente dirigida, no hubiese acudido a sostenerla y proteger la retirada. El campamento estaba en Cancha Rayada a muy corta distancia del enemigo, que ya tenía formada su línea apoyando la derecha en las casas de los arrabales de Talca y la izquierda en el río Claro¹⁵⁶.

¹⁵⁴ Cuando esta división de vanguardia llegó a Pelarco, donde estaba acampado el ejército, Osorio con toda la oficialidad y las músicas de los regimientos, pasó revista al cuerpo de dragones que tanto se había distinguido. Después de arengar a estos valientes militares y abrazar al capitán Isla, mandó que todos los oficiales desfilasen por delante de ellos y enseguida las músicas, que no cesaron de tocar mientras duró la revista.

¹⁵⁵ Tal es la opinión del bizarro general Las Heras a quien soy deudor de una preciosa relación de esta campaña en que tomó tanta parte, en otras notas encuentro que fue para coger al enemigo por detrás y ganar primero el río Maule con objeto de impedirle que pasase en el caso de una victoria, lo cual está conforme con lo que dice Torrente sobre los espías sorprendidos a los patriotas que enteraron a Osorio del plan de San Martín. Estos espías, o más bien estos guasos tiradores, porque su oficio era incomodar a los realistas, fueron cogidos en número de nueve y fusilados todos menos uno, tan cobarde que por salvar la vida dio las noticias que le exigieron.

¹⁵⁶ Aparece no sólo del manifiesto de Brayer, aunque sospechoso por haberlo dictado la malevolencia, sino del dicho de muchos testigos oculares, que San Martín dejó escapar una ocasión excelente para destruir el ejército enemigo, cuando en este día le permitió pasar sin obstáculo por sitios en que le hubiera sido facilísimo destrozarlo.

La posición de los realistas era en estos momentos sumamente crítica. Con un número de soldados muy inferior al de los patriotas, bisoños muchos de ellos como ya hemos dicho, sólo un golpe de mano podía salvarles en tan apurado trance y felizmente para ellos tenían un hombre capaz bajo todos los conceptos de ejecutarlos; este hombre era Ordóñez.

Aunque continuaba su desvío con Osorio, a quien no podía perdonar que le hubiese quitado el mando del ejército y a pesar que no tenía obligación de seguirle ni de exponerse a los riesgos de la guerra, puesto que como intendente de la provincia de Concepción su residencia debía ser en la capital de ésta, sin embargo, sea que lo moviese su adhesión a la causa realista, sea que lo aguijonease el deseo de gloria y de emociones, se reunió a él para ayudarle con su denuedo y sus talentos. En el consejo de guerra que se celebró por la noche, hizo ver que tenían contra sí dos grandes enemigos, el ejército patriota, superior al suyo bajo todos conceptos, y el río Maule, imposible de pasar a un ejército derrotado. En vista de esto propuso un golpe de audacia, reducido a ir inmediatamente a atacar al enemigo, aprovechando la oscuridad de la noche para ocultar mejor su plan y su inferioridad.

Este proyecto no mereció la aprobación de Osorio, que como hombre prudente e instruido, no opinaba porque se fiase nada a la casualidad, sino que quería deberlo todo al cálculo. Sin embargo, habiéndose adherido a él Baeza y muchos oficiales, se decidió a adoptarlo y poniendo el ejército a disposición de Ordóñez, dio éste enseguida las órdenes para los preparativos, de manera que a las ocho todo estaba dispuesto para intentar un golpe de fortuna.

En este instante el ejército patriota, que había llegado mucho más tarde al campamento, se ocupaba en un cambio de posición, dirigido por el teniente coronel de ingenieros don Antonio Arcos, que ya había situado la primera línea detrás de un zanjón, formando un ángulo recto con la segunda¹⁵⁷.

“Como se retardase algo el movimiento de ésta y el flanco de la primera se hallase en descubierto por no haberse aún situado los puntos avanzados, el coronel del batallón 11 don Juan Gregorio de las Heras, lo hizo presente al señor coronel don Hilarión de la Quintana que la mandaba en jefe, lo que le fue contestado que el estado mayor lo determinaría. Entonces el coronel Las Heras, por seguridad de su cuerpo, ordenó que la 4^a compañía al mando del capitán don Antonio Dehesa pasase a sitiar a poco más de una cuadra en flanco, haciendo avanzar de ella un piquete con treinta hombres y los centinelas correspondientes. Como al cuarto de hora de establecido este puesto avanzado, ya se sintieron tiros y muy luego un fuego de fusil bien sostenido; y al momento el parte como se había pedido que seiscientos cazadores atacaban observándose a su retaguardia dos columnas de infantería. En el momento se puso el ejército sobre las armas, la cuarta compañía apagó los fuegos de golpe y se retiró precipitadamente a ocupar su puesto. El enemigo, no encontrando a quién dirigirse, se encaminó al puesto adonde por la tarde había visto a nuestro ejército y al pasar por el frente de la primera línea tuvo

¹⁵⁷ Parece que este cambio de posición lo dispuso el General en Jefe como resultado de haber sabido las intenciones de Ordóñez por un espía que se cogió. Véase *El Progreso*, número 1696.

que sufrir tres descargas cerradas de los tres batallones que la componían y que les causó la pérdida de más de trescientos hombres”¹⁵⁸.

A pesar de esta pérdida, la posición de los realistas era tan desesperada que continuaron atacando la segunda línea con tal ímpetu y celeridad que desconcertó a los patriotas. Habiéndose encontrado con el batallón número 3 que formaba el centro de esta segunda línea, consiguieron dispersarlo y abrirse paso para llegar al cuartel general, que estaba casi en la altura de un pequeño cerro con todo el parque, los hospitales, la intendencia, muchas piezas de artillería, en fin todo el bagaje del ejército que subía a más de dos mil cargas de mulas. Dueños de todo empezaron a metrallar desde la altura en que estaban a los batallones números 8 y 3, que mezclados con la caballería se retiraban ya en desorden por el camino por donde habían ido y auxiliados por las demás columnas y sobre todo por Ordóñez, que no cesaba de inspirar a todos ánimo con su presencia, llevaban a los otros batallones tal terror, que pocas horas bastaron para dispersar este brillante ejército lleno de vida, de valor y de patriotismo, perfectamente instruido y disciplinado y provisto de cuanto podía necesitar.

Sin embargo, la división del ala derecha, gracias a la buena fortuna que nunca falta en los azares de una batalla, no sufrió ninguna pérdida. Esta división se componía del batallón número 11, de la artillería de don Manuel Blanco con doce piezas, aunque ya sin municiones por haberlas gastado todas durante el día, de parte del batallón número 2, que formaba el ala derecha de la línea cortada y rehecha por el mayor Rondizzoni, del batallón de cazadores de Los Andes, que se encontraba en el ala izquierda de la misma línea y que por equivocación fue recibido a tiros, y de algunas otras tropas hasta el número de tres mil quinientos hombres, todos de infantería. Por ausencia de Quintana, jefe de esta división, se dio el mando de ella por los jefes de los cuerpos al que le correspondía por su graduación y antigüedad, el coronel don Juan Gregorio de las Heras, quien con el auxilio de la gran prudencia y habilidad del bravo comandante de la artillería don Manuel Blanco, tomó al punto la más prudentes medidas para salvar tan preciosos restos. Era medianoche y se necesitaba no ser percibidos, al efecto la retirada se hizo con el mayor silencio y en columna cerrada. A pesar de estas precauciones los siguió de cerca un escuadrón y tuvieron que tomar posición en los barrancos del lado derecho de Lircay, lo que obligó a aquél a retirarse. La columna continuó la marcha toda la noche, algo en desorden, llegó de día a Pelarco y a las nueve a Camarico, donde descansó una hora. Los soldados desertores y cansados durante la noche subieron a quinientos, pero como a medida que avanzaba la columna encontraba dispersos que se la reunían, quedó compensado el número de hombres perdidos con el de incorporados y el efectivo permaneció siempre poco más o menos el mismo. No fue poca fortuna que se encontraron algunas mulas extraviadas cargadas de municiones de los cañones que tenían, lo cual se tuvo por buen agüero para el porvenir.

¹⁵⁸ Debo estas noticias y las siguientes al valiente general Las Heras, que como es sabido, salvó una gran parte del ejército patriota y contribuyó por este medio más que nadie, a la victoria de Maipú.

Siguiendo la marcha con toda la celeridad que permitía el estado de abatimiento en que se encontraban, llegaron el 20 al río Lontué, que la infantería pasó sin dificultad, pero no así los doce cañones, cuyos caballos iban sumamente cansados y los hombres que los montaban desmoralizados casi por la fatiga y el hambre. Sin embargo, el intrépido comandante, tomando a punto de honor no perder una sola de dichas piezas, animaba de todos modos a sus valientes artilleros. No desdeñando hacer el papel de simple soldado, se puso a ayudar a sus bravos compañeros en la faena material y al cabo de doce horas de un trabajo muy penoso, casi todo dentro del agua, tuvo la suerte de ver toda su artillería del otro lado del río y en disposición de poder continuar la marcha. El 21 llegaron casi todas las tropas a Curicó, que dejaron a la izquierda para dirigirse a Chimbarongo, enviando al capitán Dehesa a recoger o inutilizar las armas que se decía haber en la plaza. El encuentro de unos bueyes pertenecientes al Estado, llenó de júbilo a aquellos pobres desgraciados que hacía muchos días experimentaban un hambre cruel y, sin embargo, renunciaron a ellos cuando les hizo ver el coronel Blanco que los caballos de la artillería estaban sumamente cansados. Por lo demás, el peor camino estaba andado, se hallaban hasta cierto punto en país amigo y no podían faltar los víveres, como así sucedió en efecto.

Durante esta difícil retirada, en la que no había ni balas de cañón, ni caballería, Las Heras despachó delante dos oficiales para que hiciesen presente al General en Jefe su posición y el número de tropas que había podido conservar a la patria. San Martín acantonado en San Fernando para recoger los fugitivos y reorganizar su ejército, le envió inmediatamente al teniente coronel don Alberto Dalbe para felicitarle por su admirable retirada y para encargarle eficazísimamente que avanzase a marchas dobles y evitase una acción a todo trance. En este momento se hallaba Las Heras en Chimbarongo y al saber la próxima salida de San Martín para Santiago, se decidió a dejar el mando al comandante del batallón número 7 don Pedro Conde y marchar a entrevistarse con su General para suplicarle que no partiese sin presentarse antes a su columna. Fue ésta una excelente idea que produjo el mejor efecto en aquellos valientes soldados ya muy preocupados por la suerte de su General, cuya sola vista bastaba para inspirarles entera confianza en su porvenir. Después de haber dirigido algunas palabras sumamente satisfactorias a aquellos nobles restos de un ejército poco antes tan floreciente y con especialidad al valiente coronel Blanco, en quien veía al oficial de Las Heras al que más había contribuido a este resultado, regresó a San Fernando en la seguridad que la división no podía correr ya ningún peligro. En efecto, en este momento se hallaba defendida por un cuerpo de caballería mandado por el teniente coronel Bueras y el mayor Medina, a quien Las Heras encontró de observación cerca del río Tinguiririca y le mandó retirar bajo su responsabilidad.

Así fue como a fuerza de desvelos, de prudencia y habilidad pudo la división de Las Heras llegar a Maipú engrosada con los dispersos y desertores que se pudieron reunir. En el camino se dieron órdenes muy convenientes para resistir al enemigo o retrasarlo en su marcha. Se quitaron del paso los caballos, en cuanto esto fue posible, se destruyeron los caminos, vertiendo las aguas de las grandes ace-

quias, se inutilizaron los víveres y armas que no pudieron llevarse y en Rancagua no encontrando mulas, cargaron los soldados con las municiones, llevando cada uno la mayor cantidad que pudo: municiones que debían servir para la batalla que el país iba a dar como último esfuerzo de su patriotismo.

Con tan admirable conducta y tan buenos resultados no es extraño que San Martín quisiese recibir la columna con todos los honores de que era digna. Un cuarto de legua antes del campamento que se le había destinado se adelantó a cumplimentarla acompañado de sus principales oficiales y cuando aquellos nobles soldados llegaron al campamento, fueron recibidos por los demás cuerpos en orden de batalla, presentándoles las armas y haciendo la artillería una salva de veintiún cañonazos. Al mismo tiempo se hizo otra salva igual en el cerro Santa Lucía y hubo un repique general de todas las campanas de las iglesias. El general Balcarce, que había ido a los llanos de Rancagua a tomar el mando de esta división, se abstuvo de hacerlo como era justo, dejando que continuase con su mando su verdadero jefe el valiente e ilustre don Gregorio de las Heras, principal jefe de esta admirable retirada. El coronel don Manuel Blanco se hallaba en aquel momento en Santiago, ocupado en organizar la artillería para el ejército que se pensaba ya mandar contra los vencedores.

CAPÍTULO XLIX

La noticia de lo ocurrido en Cancha Rayada llega Santiago y sumerge a los patriotas en la mayor consternación. Don Manuel Rodríguez reanima los espíritus abatidos y les infunde esperanzas. Una asamblea celebrada en casa del Director, le asocia al gobierno de don Luis de la Cruz. Armamento del pueblo y creación del regimiento de húsares de la muerte. San Martín y O'Higgins llegan a Santiago y toman medidas muy activas contra el ejército de Osorio. Celoso éste de Ordóñez descuida la persecución de los patriotas y les da tiempo de rehacerse. Batalla y victoria decisiva de Maipú ganada por San Martín. Regreso de este General y de O'Higgins a Santiago, donde son recibidos con delirantes demostraciones de alegría. San Martín marcha a Buenos Aires. Cambio en el ministerio. El ministro de Hacienda Infante introduce reformas en su departamento. Nombramiento de una junta de Hacienda. Se establece la navegación de cabotaje. Irisarri, ministro del Interior se ocupa también de algunas mejoras. Los principales prisioneros de Maipú son llevados a la punta de San Luis y los soldados al interior de la república. Se forma la alameda de la Cañada. Proyecto de erigir una iglesia y una pirámide en el campo de batalla de Maipú.

La noticia de la derrota de Cancha Rayada se supo a las treinta y seis horas en Santiago, siendo portador de ella el teniente Samaniego, quien anduvo ochenta leguas en tan corto espacio de tiempo. De tal magnitud pareció el suceso, tan improbable, que nadie quería creerlo, mas al día siguiente lo confirmó el teniente coronel Arcos, y tras él una magnitud de oficiales, a quienes el miedo persiguió hasta la capital y les hacía abultar las pérdidas y los peligros. Un delirante terror se apoderó de los habitantes, que temerosos y perplejos, ocultaron, unos cuanto poseían de algún valor, marcharon otros a sus haciendas y no faltó quien atravesase la alta cordillera, como único medio de ponerse a salvo. Gran número de familias se condenó de nuevo al destierro, emprendiendo el camino de Mendoza y a ello las movió la imprudente medida tomada por el director don Luis de la Cruz, de enviar a dicho punto los caudales del tesoro.

Mientras la ciudad se hallaba en tan espantoso conflicto, comentando de mil maneras diferentes el suceso, la providencia le envió un joven, el más apto en aquellas circunstancias y el que mejor que nadie podía confundir a los medrosos y reanimar a los habitantes. Este joven era don Manuel Rodríguez, el mismo que con su energía, su talento y su actividad, tan perfectamente supo preparar la victoria de Chacabuco.

Llegó el 23 a Santiago en los momentos en que los cañones de San Luis y los repiques de campanas anunciaban la llegada de San Martín a San Fernando, con parte de su ejército, y sin detenerse se fue a la plaza donde había un inmenso gentío, impaciente por saber nuevos detalles de tan grande peripecia. No tardó en rodearlo la multitud y sus numerosos amigos y a todos les echó en cara su exagerada inquietud, les demostró que lo ocurrido en Cancha Rayada no había sido de ninguna manera una derrota, sino una simple sorpresa con poquísimas pérdidas que fácilmente podían reemplazarse por las guarniciones de Santiago y Valparaíso y después de animarle con el fuego de su patriotismo los hizo jurar que defenderían el país y su bandera hasta derramar la última gota de sangre.

Mientras esta escena de entusiasmo pasaba en la plaza, estaban reunidos en palacio para tomar las enérgicas medidas que reclamaban las circunstancias, todas las corporaciones, los militares, el Cabildo y muchas otras personas. Creyendo esta Junta que un solo jefe en el poder no podía bastar para tantas atenciones, resolvió nombrar al coronel don Manuel Rodríguez en calidad de adjunto del director delegado don Luis de la Cruz.

Ya fuese este nombramiento una intriga del bando carrerista, como se ha querido decir, ya un acto espontáneo que es lo más probable, en atención a que en semejantes circunstancias desaparecen los partidos ante el interés nacional, lo cierto que desde aquel momento todo cambió completamente, pues el pánico desapareció y renacieron las esperanzas. En cuanto don Manuel Rodríguez se vio revestido con el carácter de miembro del Poder Ejecutivo, mandó que los caudales públicos que iban ya caminando para Mendoza volviesen a Santiago, contuvo la emigración, armó al pueblo con las armas y municiones que habían en la maestranza y levantó un cuerpo de voluntarios, al que puso el nombre de Húsares de la Muerte, dándole sus lúgubres insignias y sus inflexibles estatutos. Hizo esto para comprometer su arrojo, así como les prometió en un bando darles, lo mismo que a todos los militares, gratificaciones proporcionadas a los recursos del tesoro y especialmente las haciendas secuestradas a los realistas. Con estas medidas logró inspirar general confianza y aliento y reanimar el espíritu público hasta el grado de exaltación que en aquellos momentos era necesario para salvar la patria.

Otra vez al día siguiente 24 de marzo por la mañana, los cañonazos y repiques de campanas renovaron la agitación en el pueblo. Era que llegaban a la capital O'Higgins y San Martín, los cuales iban a difundir confianza a la población y organizar la resistencia. En la misma mañana que llegaron estos dos generales, convocaron una reunión de las corporaciones y de personas notables para darles una idea exacta de cuanto había ocurrido y de los elementos con que podían contar para contrarrestar un triunfo, debido exclusivamente a una sorpresa. Rodríguez asistió a esta reunión, pero se abstuvo de tomar en ella una parte muy activa. Bien hubiera querido O'Higgins utilizar su capacidad, pero ésta empezaba a hacerle sombra y buscó por el contrario los medios de quitar a este intrépido chileno la influencia que lo elevaba a la altura de un rival temible, sin embargo, aparentando querer recompensar sus servicios, lo nombró comandante del cuerpo de Húsares de la Muerte que había creado. A don Luis de la Cruz lo envió al norte a que or-

ganizase la defensa para el caso de algún revés, precaución que se tomó asimismo en Valparaíso, adonde fue el capitán Miller con orden de embarcarse en el *Lautaro* y apoderarse de cuantos buques hubiese en la bahía.

Aunque los médicos aconsejaban a O'Higgins un absoluto reposo para que pudiera curarse de la grave herida que recibió en la sorpresa de Cancha Rayada y que le producía mucha calentura y grandes dolores, el peligro de la patria por un lado y por otro la inmensa responsabilidad que pesaba sobre él, lo hizo superior a sus padecimientos y casi todos los días dictaba en su despacho numerosos decretos, que firmaba con estampilla porque la herida le impedía hacerlo con la mano. Entretanto San Martín pasaba parte del tiempo en el campamento que había levantado a una legua de Santiago, ocupado en instruir y disciplinar a los nuevos reclutas y en reforzar el ejército con los soldados dispersos y con la guarnición de Valparaíso que mandó ir allí. Al concurso, pues, de estos tres grandes patriotas, eficazmente secundados por el entusiasmo, la generosidad y los auxilios de todo género de los habitantes, debió la patria al cabo de pocos días, un ejército casi tan numeroso y tan bien equipado como el anterior y capaz de hacer frente al peligro que tan cerca la había amenazado y que la ineptitud de Osorio no supo aprovechar.

Este General debía saber que un ejército victorioso es siempre arrojado y está lleno de confianza, mientras que los soldados que son vencidos se ven abatidos y desanimados, huyen en gran desorden y la mayor parte de las veces quedan a discreción del que acierta a perseguirlos con actividad y rapidez. Ordóñez, para quien era una necesidad continua la actividad y el combate, quiso proceder con arreglo a este principio y se presentó a Osorio para comprometerlo a la persecución, pero sólo pudo conseguir algunos cuantos caballos con orden de no pasar de Quechereguas. Consecuencia de esta falta fue que la división de Las Heras, engrosada con gran número de soldados dispersos, quedase intacta y pudiese formar en cierto modo el núcleo del ejército de Maipú.

Se ha explicado la conducta de Osorio en esta ocasión con los celos que tenía de Ordóñez, militar de más reputación que él, quien no quería permitir que completase una victoria que reservaba para sí. Con este pensamiento pretextó que las tropas necesitaban descansar y volvió a Talca, donde se pasaron tres días en grandes fiestas, consentimiento de los oficiales entendidos, que sabían apreciar las consecuencias de tanta inacción. Al fin al cuarto día se puso en movimiento el ejército para ir a reunirse en el siguiente a la avanzada de Ordóñez, que permanecía en Quechereguas y de allí continuar directamente sobre Santiago. Al llegar cerca de Requínoa, una partida de realistas fue atacada y batida por el capitán de granaderos de caballería Cajaravilla y esta escaramuza con la retaguardia infundió ánimo a los unos y dio algo en qué pensar a los otros. Continuaron, sin embargo, la marcha y a corta distancia del Maipú dejaron el camino real para pasar este río por el vado de Lonquén y penetrar en la gran llanura por la hacienda de la calera. Esto acontecía el 3 de abril, es decir, quince días después de la derrota de Cancha Rayada, tiempo empleado por los patriotas, como ya hemos visto, en rehacerse y proveerse de lo que necesitaban y cuyo ejército estaba acampado desde el 2 en la hacienda del Espejo y sitio llamado de las tres acequias. O'Higgins, a pesar de los padecimientos de

su herida, no pudo resistir al deseo de tomar parte en una batalla, que debía decidir la suerte de la patria y que había de darse siendo él, el jefe del ejército. Mandó que marchase a las órdenes de don Joaquín Prieto la división de reserva de Santiago, compuesta de veteranos, milicianos y algunos inválidos, vio desfilar a los jóvenes alumnos de la escuela militar, que aunque apenas podían con el fusil, participaban del general entusiasmo, y enseguida subió en un cabriolé para ir a ocupar su puesto en medio de sus valientes tropas. Al llegar al campamento hizo que 10 montasen a caballo para acompañar al General en Jefe en la revista que pasó y animar a los soldados con su presencia. Había llegado el momento de obrar y de conocer los movimientos del enemigo. San Martín tenía dada orden al coronel Freire de que avanzase hasta la calera con un escuadrón de cazadores a caballo, y este Coronel con su impetuosidad acostumbrada, no dejó descansar al enemigo ni de día ni de noche, hasta que el 5 por la mañana faltándole municiones regresó con sus tiradores al campamento para informar al General del resultado de su misión.

Inmediatamente partió el teniente coronel don José Melián a continuar la observación con el segundo escuadrón de granaderos de caballería, llevando orden de provocar al enemigo con guerrillas de tiradores para detener su marcha y dar parte al General cada cinco minutos de cuanto pasase y pudiera observar. A una media legua de distancia, vio Melián gente en una pequeña altura y habiendo enviado a reconocerla resultó que eran granaderos a caballo, pertenecientes a la vanguardia. Sin enterarse de su número los cargó Melián y a la mitad del cerro fue recibido con una descarga de metralla de dos obuses, correspondientes a una batería de cuatro cañones que el enemigo tenía situada en aquel punto, protegida por una columna de infantería y sobre cincuenta caballos. La descarga hizo retroceder a los patriotas, quienes en su retirada se encontraron mezclados con los lanceros realistas, lo cual dio lugar a una pequeña escaramuza, en que tuvieron los segundos dieciséis muertos y sólo tres los primeros, con nueve heridos.

Al ruido del cañón, el general Balcarce marchó inmediatamente en auxilio de los granaderos, con cuatro piezas de artillería, mandadas por el sargento mayor Borgoño. Llegó cuando aquéllos iban en retirada y no restándole nada que hacer envió a Melián a que ocupase una pequeña altura que había cerca y se volvió con San Martín. Conociendo éste que lo que Osorio quería era volver a su ala derecha para amenazar la capital y Valparaíso y cortarle toda comunicación y toda retirada, ordenó al punto un cambio de dirección sobre la derecha con objeto de tener en frente al enemigo y atacarlo enseguida.

La infantería se puso toda a las órdenes del brigadier Balcarce, mandando Las Heras la derecha, la izquierda Alvarado y la reserva Quintana. La caballería de la derecha compuesta de granaderos, la mandaba don Matías Zapiola y la de la izquierda que la formaban los escuadrones de la escolta y los cazadores de Los Andes, el intrépido Freire. La artillería quedó dividida en dos brigadas principales, la de Borgoño protegida por la división Alvarado y la de Blanco por la de Las Heras.

Tal fue la distribución que se hizo del ejército patriota para una lucha que amenazaba ser formidable, porque los chilenos estaban sedientos de venganza y

los españoles envalentonados con su último triunfo. Después de algunas descargas de cañón de la batería Blanco, que tomó una parte tan brillante en aquella batalla, los batallones marcharon sobre el enemigo en columna cerrada y arma al brazo, sin detenerse ni contestar al fuego mortífero que les hacían. Los escuadrones de granaderos de Zapiola que los protegían, fueron cargados por la caballería realista, pero como tropa escogida que era, resistieron con firmeza el choque y enseguida persiguieron a su vez a los que los habían atacado, hasta un pequeño cerro en que los ametrallaron horriblemente la infantería y artillería enemigas. Obligados a retroceder en algún desorden, se detuvieron el tiempo absolutamente preciso para rehacerse y reforzados por la segunda compañía de Melián, que marchó a la carrera a reunírseles volvieron a tomar la ofensiva, cargaron a la caballería enemiga con un ímpetu heroico, la arrollaron y la dispersaron en completo desorden.

La infantería durante esta lucha se batió con las mejores tropas mandadas por el intrépido Ordóñez y protegidas por una columna de caballería. Borgoño, que acababa de llegar a la pequeña altura ocupada por el enemigo, viéndose en excelente posición para ametrallarlo, lo hizo con tal acierto, que dispersó toda la caballería, pero como la carga de los soldados de Ordóñez, reforzados con el famoso batallón de Burgos y el de Arequipa, fue tan impetuosa y también sostenida, la línea patriota cedió un poco y el batallón de los infantes o N^o 8, engañado por un cerrito, llegó a quemarropa sobre el enemigo y recibiendo una descarga muy viva que le hizo perder la mitad de su gente, estuvo un momento derrotado. San Martín que lo percibió envió inmediatamente la reserva de Quintana, compuesta de los batallones 1 y 3 de Chile y 7 de Los Andes, mandados por Rivera, López, Conde y el comandante Thompson. Estas tropas que avanzaron a todo escape para sostener la línea, reanimar con su presencia a los soldados e inspirarles nuevos bríos, cargaron con ímpetu tan extraordinario que cortaron en dos el batallón de Burgos y cayendo sobre el de Arequipa que estaba en la retaguardia, lo batieron y dispersaron completamente. Desde aquel momento todo fue confusión y desorden en el campo realista. El General en Jefe, derribado del caballo por una bala de cañón de los artilleros de Blanco que cayó a su lado, no hizo más que volver a montar y emprender la fuga, seguido de unos cuantos oficiales y de algunos soldados de caballería, que pudieron escapar en este gran drama. De los soldados de infantería, unos, como los del batallón de Arequipa, se rindieron haciendo protestas de patriotismo, otros no pudiendo evitar la persecución, se apoderaron de las casas de la hacienda, donde ya se habían salvado los restos del batallón de Burgos y en ellas, como los romanos en el Monte Sacro, dándoles bríos la desesperación, sostuvieron por espacio de algunas horas con tanta honra como denuedo, un segundo combate casi tan empeñado y tan sangriento como el primero. El batallón número 1 de Coquimbo cometió la imprudencia de adelantarse a un callejón que conducía a un patio, donde los realistas habían colocado los dos cañones que le quedaban y perdió inútilmente muchos soldados por el fuego mortífero que le hicieron. Fue una falta atacar de frente y en sitios estrechos a tropas ya vencidas que en su desesperación estaban furiosas y cuya resistencia ni podía ser larga ni dar cuidado alguno. En efecto, envueltos por todos lados, próximos a faltarles todo, no tarda-

ron en rendirse estos cortos restos así como sus nobles jefes Primo Rivera, Latorre y el intrépido Ordóñez, digno sin duda de mejor fortuna, quien lleno de cólera, prefirió romper su espada a entregarla. Igual suerte cupo a los numerosos fugitivos a quienes los guasos persiguieron en todas direcciones, de manera que un ejército brillante, compuesto de muchos y escogidos batallones, que habían resistido con bizarría los impetuosos ataques de los franceses en España, se vio completamente deshecho en pocas horas, quedando en poder de los patriotas todo su material, armas, cañones y bagaje.

Tal fue la sangrienta batalla que selló definitivamente la independencia chilena y ejerció una influencia inmensa en los destinos de América. La bizarría, la audacia, la decisión que los dos ejércitos dieron pruebas en esta terrible lucha, son superiores a todo encarecimiento. Unos y otros se batieron con todo el valor que infunde el amor propio y con un conocimiento militar que los patriotas adquirieron en poco tiempo, gracias a algunos oficiales extranjeros y a la penetración chilena. Si hubieran de citarse los nombres de cuantos patriotas se distinguieron, sería necesario hacer mención de casi todos los combatientes, desde el General en Jefe hasta el último guaso. Éstos, cuyo entusiasmo supo aprovechar Rodríguez, enseñándoles por medio de la disciplina, el valor reglado del veterano, se presentaron en gran número y fueron muy útiles para coger una infinidad de fugitivos, a los que persiguieron con gran encarnizamiento, usando muchas veces de sus lazos para apoderarse de ellos (Véase el plan de la batalla en el atlas).

A las nueve de la noche entraron O'Higgins y San Martín en Santiago en medio de las entusiastas aclamaciones de un pueblo, que del terror, del pánico, había pasado al delirio de la alegría. Pasados pocos días, San Martín, dejando el mando del ejército a Balcarce, emprendió de nuevo el camino a Buenos Aires, no en busca de nuevas coronas que su modestia rehusaba, sino para discutir y combinar con el director Pueyrredón, el plan que meditaba hacía tiempo, de llevar la guerra al corazón mismo de Perú y conquistar la libertad, plantando su bandera en las torres de Callao.

A los pocos días de haber salido San Martín, envió O'Higgins al coronel Zapiola con doscientos cincuenta granaderos de caballería a perseguir los fugitivos y ocupar la provincia de Concepción. No anduvo acertado en mirar con indiferencia estos cortos restos, pero persuadido como estaba que no volverían a reorganizarse jamás, se dedicó exclusivamente a la creación de la marina, que tan útil había de ser para el último esfuerzo de la independencia chilena y a mejorar algunos ramos de la administración pública de Chile. Aunque el ministerio se componía de hombres respetables y adictos a su persona y a su política, Villegas presentó su dimisión porque necesitaba descansar y Zañartu fue a representar al gobierno en Buenos Aires. Por el carácter activo e inteligente del último y el odio profundo que tenía a los Carrera, era mucho más útil en este país, agitado entonces por las facciones de Alvear, Artigas y aun de Carrera, que se hallaba retirado en Montevideo. Fue reemplazado en el Ministerio del Interior por don Antonio José de Irisarri, no menos activo, inteligente, ni menos enemigo que él de los Carrera. A don José Miguel Infante se confirió el Ministerio de Hacienda.

Era éste sin disputa el ministerio más importante y el que más reformas necesitaba. Con la paralización del comercio, de la agricultura y de las minas, las ventas eran nulas de mucho tiempo atrás, por lo que y teniendo que atender a los gastos extraordinarios de la guerra, tanto el gobierno realista como el patriota se habían valido de toda clase de medios para adquirir el dinero que necesitaban, de modo que patriotas y realistas alternativamente había sufrido exacciones en extremo onerosas, ya con el nombre de donativos, ya con el de empréstitos forzosos, ya de secuestros, todo ejecutado de una manera muy irregular y muchas veces perjudicial a los intereses del fisco. Para remediar en lo posible este mal, e introducir orden en los importantes trabajos de este ministerio, nombró O'Higgins una junta de hacienda encargada de examinar las cuentas desde la entrada en el país del ejército libertador, de proponer un plan de reforma capaz de evitar los abusos y la dilapidación de los caudales públicos y de procurar la mayor economía, disminuyendo los empleados hasta donde esto fuese dable. El mismo día que nombró la Junta, dio un decreto, mandando que los empleados de hacienda exigiesen con firmaza y en caso necesario con rigor, todos los atrasos, tanto de contribuciones como de empréstitos y donativos.

En un tiempo en que había que mantener un ejército de cerca de nueve mil hombres y cuando nuevas crisis financieras ponían a cada momento en conflicto al gobierno y paralizaban su acción, era muy difícil organizar de repente el sistema de impuestos, empresa en todas épocas delicada y nivelarlos de manera que bastasen a cubrir los numerosos gastos que exigía así el servicio militar como el civil, mucho más tratándose de crear una escuadra. El patriotismo salía de cuando en cuando al encuentro de las necesidades públicas, ya espontáneamente, ya excitado por proclamas así del gobierno como de las municipalidades, pero los donativos iban siempre en disminución, porque la generosidad es como la prodigalidad, que se agota por falta de medios y el gobierno se veía precisado a valerse de la violencia, a echar mano de esos despojos injustos que consistían en sacar fuertes sumas a los adictos al realismo y en quitar a los emigrados sus propiedades y sus bienes, amenazando con las penas más severas al que los tuviese en su poder y no los declarase a una de las comisiones establecidas en las principales ciudades de la república y recompensando con la cuarta parte de su valor a los denunciadores. Esto, como se ve, era volver a los injustos decretos que dieron a título de represalia todos los gobiernos más o menos severos según sus pasiones y sus apuros, sistema que siguió aun por mucho tiempo, no obstante el gobierno adoptó medidas muy conducentes al orden de las rentas, prohibió que fuesen soldados los mineros para que cesase el abandono de las minas por falta de trabajadores, estableció la navegación de cabotaje, este activo agente de cambio y de circulación desconocido hasta entonces en Chile, protegió el comercio exterior concediendo más libertad al que se hacía en gran escala, aunque cometiendo al mismo tiempo el error de renovar el mezquino e impolítico decreto que prohibía a los extranjeros el tráfico al por menor. No era posible que a pesar de todas estas medidas, las rentas públicas alcanzasen en mucho tiempo para cubrir las necesidades del servicio y todos los gastos que tan crecido número de soldados ocasionaba. Fue necesario recurrir a otros medios,

como el de imponer nuevas contribuciones, aumentar la del papel sellado, apelar a las exacciones, por repugnantes que fuesen y no bastando aun todo esto, pedir a Buenos Aires un empréstito de quinientos mil pesos, los cual se hizo por conducto de San Martín. Las dos repúblicas se hallaban tan estrechamente unidas en ideas y en intereses, estaba tan ligado al porvenir de ambas que el empréstito podía considerarse como un empréstito interior.

Don Antonio José de Irisarri, que había entrado en el Ministerio del Interior, no podía quedarse atrás de su compañero, ni ser indiferente a los adelantos que reclamaba el país. Por sus talentos, su actividad y la experiencia que tenía de los negocios adquiridos con la práctica, el estudio y los viajes, era quizá la persona más apta, sino para inventar los medios de satisfacer la expectación pública, al menos para activar lo que la opinión demandaba en el interés general. En efecto, puso en juego todas las inteligencias, renovando la sociedad de amigos de Chile, de que había sido secretario y uno de los más activos promovedores de sus tareas, para que discutiese y presentase al gobierno proyectos practicables para la prosperidad y adelantos del país, que fue el objeto de su fundación. “La agricultura, decían los estatutos, el comercio, la minería, las artes y los oficios, son materias sobre que la sociedad debe emplear sus tareas, ya notando los obstáculos que se oponen a su perfección, ya proponiendo los medios de sus mejoras”. Pero la sociedad no se ocupaba sólo del bienestar material, sino que vigilaba las escuelas y fomentaba la instrucción primaria y secundaria, habiendo contribuido al restablecimiento del Instituto suprimido por Osorio y reorganizado la biblioteca que se abrió al público bajo la dirección del apreciable don Manuel de Salas.

Como en la victoria de Maipú hicieron los patriotas muchos prisioneros, algunos de los cuales eran oficiales superiores de gran mérito, el virrey de Perú envió a Chile a don Félix de Olavarrigue y Blanco para tratar de un canje con los que tenían los realistas. El comandante americano de Ontario don J. Biddle, que era el que había provocado el canje, fue el encargado de llevar la proposición y a acompañar a Santiago al comisionado. Se presentó éste con ademanes impropios de quien iba a tratar con un jefe de Estado y de aquí que nada resultase de las entrevistas y que los nobles prisioneros fuesen llevados poco tiempo después a las provincias de la república Argentina, donde los esperaba una terrible catástrofe. Los soldados fueron distribuidos en el interior del país y ocupados en trabajos públicos o en las haciendas, cuyos dueños se obligaban a tratarlos con todos los miramientos debidos. Los que quedaron en Santiago estaban a las órdenes del gobierno y de la municipalidad y se les utilizó en concluir el canal del Maipo y en la policía de la población, principalmente en limpiar la Cañada y en convertirla de depósito de inmundicias que era, en la Alameda que es hoy el adorno de la capital y uno de los paseos más bonitos de América. Se pensó además en destinarlos a los trabajos de una iglesia que en momentos de peligro y de fe viva hizo votos de edificar el pueblo de Santiago a Nuestra Señora del Carmen, jurada patrona del ejército en el santuario de la catedral con asistencia de todas las corporaciones. Hubo también el pensamiento de levantar al lado de la iglesia, que empezó a construirse con el producto de numerosos donativos y en la parte más elevada, una pirámide de treinta

pies de elevación, coronada con una fama, en cuyo clarín se leyese este mote: *Gloria inmortal a los héroes de Maipú, vencedores de los vencedores de Bailén*. Pero todo no pasó de un proyecto que quedó en la cartera del Ministro para ser sólo una prueba más de que si a aquellos nobles patriotas los animaban excelentes intenciones de dar a sus brillantes hechos el prestigio que merecían, dificultades de todo género eran muy superiores a su buena voluntad. Constantes, sin embargo, en su deseo y en el firme propósito de satisfacer el voto general, aplazaron su realización para ocuparse exclusivamente en asuntos perentorios y urgentes.

CAPÍTULO L

Cabildo Abierto para legalizar un gobierno. El periodismo toma nuevo giro. Arresto de don Manuel Rodríguez. Comisión para preparar un proyecto de constitución. La que se publica es en todo conforme con los deseos de O'Higgins, lo cual lo decide a proceder con gran severidad contra los enemigos del gobierno. Arresto de don Juan José y don Luis Carrera. En la cárcel de Mendoza conspiran contra el intendente. Condenados a muerte, son ejecutados. Don Manuel Rodríguez recibe orden de seguir al batallón de los cazadores que va de guarnición a Quillota. Al llegar a Til Til muere a manos del oficial Navarro, el cual es arrestado por disposición del gobierno. Muerte de los hermanos Prieto de Talca.

Había sido tan completa y decisiva para el porvenir de la república la victoria de Maipú, que la opinión pública sin inquietarse por los esfuerzos que aún pudieran hacer los realistas, se ocupó exclusivamente de la Constitución que necesitaba el Estado y del nombramiento legal de un director. Para realizar este deseo, se procuró halagar los amores propios de los individuos de la municipalidad, ansiosos de influir en los negocios y se dispuso un cabildo abierto, arena candente de las pasiones y de los partidos, para que las personas de todos los rangos y de todas las opiniones fuesen a depositar su voto y su aprobación.

La tendencia de los patriotas a tener un gobierno legalmente constituido produjo en el periodismo una revolución que lo elevó a la altura de representar su verdadero papel de defensor de las leyes y de los derechos de la sociedad.

Hasta allí había estado la prensa bajo el patronato opresor del poder, limitándose a enseñar al pueblo chileno sus derechos contra las pretensiones de España o bien a narrar simplemente sin crítica y sin comentarios, los actos del gobierno y los hechos del ejército, pero desde entonces los periódicos descendieron a la arena de la discusión y se proclamaron los atletas del principio de libertad, que pretendían defender contra la arbitrariedad y contra todo proyecto de ambición. En esta época aparecieron casi al mismo tiempo, publicados por particulares y no por el gobierno como había sucedido hasta entonces, *El Argos*, *El Sol*, *El Duende*, *El Chileno* y *El Jugete*, unos para sostener el gobierno provisional con facultades casi absolutas, los otros para predicar en favor de la libertad, discutir las bases de la Constitución

que había de satisfacer legalmente las exigencias de la sociedad y velar en fin para que tantos y tan generosos sacrificios no se convirtiesen en provecho de un déspota o de un ambicioso. De aquí en adelante vamos a ver al raciocinio y al talento tomar parte en las discusiones políticas, primero de un modo tímido, embarazoso, después con la energía y el valor que muchas veces aseguran el triunfo y siempre influyen en la opinión pública.

No puede decirse que O'Higgins diese pruebas positivas de ser ambicioso en los primeros años de la revolución. Si aceptó el mando del ejército a la caída de los hermanos Carrera, no fue sino después de haberlo rehusado diferentes veces y luego, que se convenció de que así convenía al bien de la patria; si más tarde marchó contra don José Miguel Carrera cuando éste se insurreccionó contra Lastra, fue porque vio en su conducta un acto de gran injusticia y un peligro para el país, además de que como jefe del ejército no podía hacerse sordo a las instancias de algunas municipalidades que imploraban el auxilio de su espada para combatir un poder que era considerado como producto de una insurrección y de una usurpación. Pero no puede decirse lo mismo cuando en Mendoza, después de la derrota de Rancagua, llegó a ser la base en que descansaba el porvenir de su país y la suerte de multitud de emigrados. Viéndose a la cabeza de la emigración, comprometidos todo su crédito y toda su fama en la conquista de ese porvenir con el que estaba asociado el gobierno de Buenos Aires y orgulloso por la parte de gloria que como segundo general de la expedición le cupo en la memorable batalla de Chacabuco, que podía considerarse el prólogo del acta de la independencia que muy pronto iba a proclamar, todo esto unido a su nacimiento, a su fortuna y a un verdadero valor militar, contribuyó mucho a hacerle concebir la ilusión de que nadie era más digno que él de ocupar el primer puesto del Estado. Imbuído en esta idea, de la que participaba el mayor número de las personas sensatas, se creyó el hombre de la Providencia, el destinado a sostener la infancia del gobierno definitivo que se preparaba y a asegurar su pubertad contra las facciones de dentro y los enemigos de fuera.

Excepto don José Miguel Carrera, que se hallaba aislado en un país lejano, siendo el blanco de los tiros de un director a quien el interés personal tenía estrechamente ligado con el de Chile, no había más que don Manuel Rodríguez que pudiese disputar a O'Higgins el poder, si no por sus antecedentes, que de ninguna manera admitían comparación con los de éste, por su actividad al menos, su arrojo, sus talentos, su popularidad y aun sus servicios, que O'Higgins mismo no hubiera podido negar sin ingratitud. Desde el principio se lo consideró como un rival futuro y muy temible, se buscó por lo tanto un motivo para deshacerse de él y este motivo no tardó en presentarse.

Hacía tiempo que los liberales estaban disgustados con que las atribuciones de O'Higgins fuesen tan ilimitadas, como que no había ni decreto, ni acta, ni reglamento que las definiese. Para regularizar estas atribuciones, los concurrentes al Cabildo Abierto pidieron que se instalase un congreso constituyente con objeto, decían, que cesara la dictadura provisional y se ocupase en organizar los poderes públicos, etc. La municipalidad quería, como hemos dicho, volver a representar

su papel paternal e intervenir en las administraciones fiscales, y para defender sus intereses envió una numerosa diputación a O'Higgins, que éste recibió muy mal y cuyas pretensiones excesivas y sediciosas castigó con el destierro, pena que sólo se ejecutó en la apariencia por la categoría de las personas en que recayó. Como la reunión había ocasionado algún tumulto, fomentado especialmente por don Manuel Rodríguez, promotor principal de aquélla, el gobierno aprovechó esta circunstancia para arrestarlo y ponerlo en el cuartel de San Pablo bajo la vigilancia de los cazadores de Los Andes.

Aunque triunfó el gobierno, no dejó de conocer O'Higgins por lo ocurrido en el Cabildo Abierto, que le era imposible continuar resistiendo a las exigencias de la opinión pública, tan terminantemente pronunciada y se decidió a dar una forma más legal a la autoridad administrativa, si bien con intención de convertir este cambio en provecho suyo.

El 8 de mayo de 1818 anunció que, ignorándose absolutamente el número de habitantes que había en las diferentes subdelegaciones, se iba a formar el censo y que luego que esta operación estuviese terminada y libre de enemigos, la provincia de Concepción convocaría un congreso para discutir el acta constitucional. En el entretanto nombró una comisión de cinco personas influyentes por su saber y virtud para que preparase un proyecto de constitución adaptable al país, porque no se consideraba en este caso el publicado en 1813 por don Juan Egaña, hombre laborioso y erudito, pero sistemático y cuya obra participa más de la complicación de un reglamento de policía, que de la sencillez de un código constitucional.

Fueron nombrados para componer esta comisión don Ignacio Cienfuegos, don Francisco Antonio Pérez, don Lorenzo José de Villalón, don José María de Rozas y don José María de Villarreal, adictos, de corazón casi todos a la persona del Director y dispuestos, fuese de buena fe o por debilidad, a secundar sus miras y servir a sus intereses. De esta influencia del Director se resentía la constitución provisional que presentaron el 8 de agosto y que dando a la autoridad del Jefe de Estado una extensión exagerada, fue el germen de un vivo descontento. En ella se reconocía a un director interino nombrado por escaso número de habitantes de Santiago, sin precisar la época en que había de reunirse una asamblea más legal que le diese su sanción. En ella los cuerpos políticos no eran una garantía de los intereses del pueblo, porque en las atribuciones del Director entraba el nombramiento de los miembros del Senado, única cámara encargada de examinar sus actos, con participación en los negocios públicos y facultada para limitar, añadir y enmendar la ley fundamental sin necesidad de excitación de nadie, disposición acertadísima, porque una constitución, sobre todo cuando se hace en época poco bonancible, tiene que ser necesariamente muy imperfecta y debe dejar la puerta abierta para admitir las mejoras que las experiencia acredite y enmendar los errores que rara vez se escapan en la teoría. En ella, en fin, se daba al Director un poder mucho mayor y poco menos que legal. Publicada esta Constitución en toda la república y sometida a la aprobación por escrito de sus habitantes, fue aceptada casi por unanimidad, a pesar de sus vicios y defectos, tan fatigado estaba el pueblo con la infinidad de vicisitudes porque había pasado y tanta era su necesidad de tener un gobierno firme

y constituido para salir de la incertidumbre y no verse más a merced del flujo y reflujo de gobernantes y gobernados.

Revestido O'Higgins de un poder que por su regularidad, digámoslo así, casi le daba los privilegios de una dictadura, se dejó arrastrar a cometer violencias impropias de su nueva posición. Debió conocer que de jefe de partido había pasado a Jefe de Estado y que en este concepto su deber era procurar la reconciliación, no ponerle obstáculos. Por desgracia sus consejeros lo aturdieron con que los partidos no se ligan a los principios, ni a las ideas, ni menos a las fórmulas, sino a intereses o a personas, que la oposición llegaría a ser una oposición facciosa, a la que seguirían todos los horrores de una guerra civil y que eran necesario evitar esto a todo trance, obrando con energía contra los enemigos del poder. Un artículo de la Constitución le abría camino para seguir esta línea de conducta y lo aprovechó especialmente contra los partidarios de don José Miguel Carrera, que desde entonces fueron perseguidos sin tregua y descanso, siendo las primeras víctimas los dos hermanos.

Cansados don Juan José y don Luis Carrera de la vida de club que hacían en Buenos Aires en compañía de otros chilenos y de naturales del país, resolvieron volver a Chile con la esperanza de poder reanimar su partido, como imprudentemente se lo habían hecho creer las cartas de algunos amigos. Con esta idea emprendió la marcha don Luis en los primeros días de mayo, yendo con él Cárdenas, comerciante chileno, de quien se supuso criado. Habiendo encontrado en el camino al correo, cometieron la temeridad de cortar la valija y, aunque arreglaron lo mejor que les fue posible la cortadura por donde sacaron los papeles que podían interesar, lo supo el maestro de postas de San Juan y a los pocos días fue arrestado Cárdenas. Casi al mismo tiempo lo fue también don Luis Carrera que había continuado la marcha a Mendoza, donde se proponía esperar a su amigo y donde lo reconocieron varias personas que al momento le delataron a Luzuriaga, gobernador de la provincia.

Luzuriaga, enemigo inexorable de los hermanos Carrera, no tardó en estar enterado de los proyectos ideados y discutidos en el club de Buenos Aires contra el poder de O'Higgins. Supo igualmente por Cárdenas que don Juan José debía estar en camino con los mismos proyectos y que pasaría muy pronto a San Luis, disfrazado también de criado. Para arrestarlo escribió sin pérdida de momento al gobernador Dupui, instándole a que inmediatamente practicase las más activas diligencias fin de no dejar escapar tan buena presa, una de las más importantes para el sosiego del partido de O'Higgins. La persona portadora de esta carta, que estaba instruida de todo lo que se tramaba porque había asistido al interrogatorio de Cárdenas, recibió orden de quedarse con Dupui para ayudarle con la fuerza que llevaba y con sus consejos y partió al día siguiente con algunos soldados, dirigiéndose a la posta de la barranca, punto por donde tenía que pasar precisamente la víctima.

Don Juan José no tardó en efecto en llegar a las casas de esta posta. Supo en el camino la triste suerte de su hermano don Luis, lo que lo tenía casi decidido a retroceder a Buenos Aires, abrumado con el peso de las mil inquietudes que seme-

jante noticia le inspiraba, tanto más cuanto que su viaje se había verificado hasta allí bajo los más tristes auspicios. Al día siguiente de su salida de Buenos Aires se encontró cara a cara en un sitio casi desierto con uno que siempre le había tenido malísima intención, diferentes veces se vio precisado a desviarse del camino y marchar por los campos, para no pasar por sitios habitados y hasta el cielo parece que quiso aumentar sus riesgos y sus infortunios, enviándole una noche una tempestad espantosa, en ocasión en que habiéndose adelantado su compañero, se encontraron él y el postillón extraviados en los campos. La noche que pasaron fue terrible, tanto que como resultado murió el postillón, cuya salud no era muy robusta.

En medio de todas estas peripecias llegaron don Juan José y su compañero Álvarez a la posta de la barranca, donde fueron detenidos y llevados con buena escolta ante el gobernador de San Luis, el famoso Dupui, hombre cruel, intratable y no menos ansioso que Luzuriaga, de ver enteramente destruida la familia Carrera, que consideraba como el único obstáculo capaz de hacer sombra a O'Higgins, el protegido de Pueyrredón, su amigo y jefe. De conformidad con sus instrucciones dispuso que a su noble prisionero y a Álvarez los llevasen a Mendoza, donde apenas llegaron, los mandó Luzuriaga a la misma cárcel en que estaba don Luis, dando la bárbara orden de que les pusiesen grillos y que estuvieran con entera separación los dos hermanos.

Concedores San Martín y O'Higgins de este suceso creyeron prudente no dejar pasar la cordillera a sus temibles rivales y comunicaron orden a Luzuriaga para que permaneciesen en Mendoza, donde era más fácil determinar acerca de su suerte. Le mandaron al mismo tiempo que instruyese una sumaria, cuyos resultados tenían que ser necesariamente muy funestos, porque se dejaba a los presos aislados, sin apoyo, rodeados de enemigos y sujetos al fallo de unos hombres de quienes debían temerlo todo, como que se hallaban bajo la influencia inmediata del intendente. Así lo comprendieron desde luego los partidarios de las víctimas que se preparaban y así lo comprendió también don José Miguel que seguía retirado en Montevideo, quien se propuso no perdonar nada para salvar la vida de sus hermanos, de cuya desgracia se creía el principal autor. Dejando que su alma flotase en el mar de sus inquietudes, queriendo conseguir a todo trance su objeto, daba a su imaginación todas las torturas imaginables para encontrar los medios. Tan pronto se decidía a marchar a Santa Fe, donde esperaba poder reunir bastantes partidarios para un gran golpe de mano, tan pronto escribía a su esposa doña Javiera residente en Buenos Aires, que se presentase en Mendoza y pusiese en juego su influencia, su prestigio y su genio inventor para proporcionarles la fuga. Después, temiendo que no se siguiesen sus consejos, escribía también a la esposa de don Juan José, doña Ana María Cotapos, que estaba en Santiago, diciéndole:

“Es preciso libertar a nuestros presos, mis recursos son para más tarde. Pide permiso para visitar a tu marido en Mendoza, vente trayendo 4.000 pesos para comprar por el precio que puedas un oficial de los de guardia, que los porteños se compran como carneros y hazlo jugar. Trae agua fuerte y sierras para cortar las chavetas de los grillos. Muñoz Urzúa puede dirigirte la empresa. Padre debe proporcionarte

el dinero: ningún sacrificio es grande cuando se trata de la salvación de dos hijos. Yo puedo recompensarle muy pronto sus pérdidas. En el sagrado sigilo, en la actividad y en una hábil dirección consiste el logro de nuestro plan. Hazte en este paso más digna y más amable de lo que eres. Imita a la heroica *madame* de Lavalette. Si escapan, ocúltense en los bosques de Chile o vénganse a Montevideo, según convenga, etc.”¹⁵⁹.

Además de estos recursos violentos que a don José Miguel Carrera le sugería su casi extraviada imaginación, toda la familia se decidió a emplear medios suaves y legítimos, si no para conseguir el mismo objeto, al menos para aliviar los padecimientos de los presos y obtener una sentencia moderada e imparcial. Doña Javiera pidió que el juicio se celebrase en Buenos Aires, donde contaba con algunos amigos, mientras que su apoderado don Manuel Araos alegaba que según el Derecho de Gentes ninguna nación puede retener a un extranjero que no tiene más que quejas de su país, pretendiendo por esta razón que el gobierno de Buenos Aires estaba en el caso de ponerle en libertad. Para obligarlos más a este acto de justicia o de indulgencia, pidió que se les enviase a un país lejano, ofreciendo en su nombre y en el de una multitud de amigos suyos, toda especie de garantías de no volver a poner jamás los pies en Chile ni en la república Argentina. Por último don José Miguel Carrera, dejando a un lado todo sentimiento de amor propio, se dirigió directamente al congreso de Buenos Aires, solicitando que por lo menos se detuviese una causa, en que resaltaba la parcialidad de una venganza política y cuyos jueces por más que procedieran de buena fe en la apreciación de los hechos, tenían que obrar influidos por la pasión de los partidos y el odio que profesaban a toda la familia. Pero fueron ineficaces todas estas reclamaciones, por más que estaban hechas con la calma de la prudencia y de la moderación y respiraban puro patriotismo y muchas veces sensibilidad. Los dos patriotas debían sufrir la ley del más fuerte y ser inmolados a las exigencias del sosiego público, como todavía dicen algunos parciales de O’Higgins.

Es verdad que desde que entraron en la cárcel de Mendoza, su causa se complicó mucho y de una manera muy grave. A fuerza de pensar en su triste posición, don Luis Carrera acabó por sobornar a algunos milicianos que por las circunstancias fueron de guardia a la cárcel y tramó con ellos no sólo un proyecto para escaparse, lo cual no podía considerarse gran crimen, sino una conspiración, cuyo objeto era nada menos que derribar el gobierno de la provincia, apoderarse de todas las autoridades, de los fondos públicos y de algunas personas de distinción, nombrar un intendente y empleados de su partido, levantar cierto número de tropas y marchar a Chile a revolucionarlo en favor de su hermano don José Miguel. Este plan, obra como hemos dicho, de don Luis Carrera, y al que no se adhirió su hermano don Juan José sino después de vacilar mucho y siempre con repugnancia, fue delatado en el momento mismo en que los conjurados, milicianos casi todos y de baja graduación, iban a empezar a ejecutarlo. El que más contribuyó a que

¹⁵⁹ Carta de don José Miguel Carrera del 26 de diciembre de 1817.

podiesen comunicarse los dos hermanos, fue el que por una imprudencia dio margen a la denuncia, que puso en conmoción a toda la ciudad, porque muchos de sus principales habitantes estaban comprendidos en la lista de lo proscritos. El intendente Luzuriaga, uno de los más amenazados, aprovechó esta grave circunstancia para acelerar la causa. Deseaba mucho desembarazarse de estos altos personajes, pero no quería tomar sobre sí toda la responsabilidad de lo que iba a resultar y pidió instrucciones a su gobierno de lo que debía hacer después de la condena, solicitando al propio tiempo se trasladase el tribunal a otro punto, vista la sorpresa de Cancha Rayada, cuya noticia acababa de llegar a Mendoza. Temía, no sin falta de razón, que el infortunio de los dos ilustres patriotas conmoviese el corazón de los muchos emigrados que aquella catástrofe llevaría necesariamente a la ciudad y que los pusiesen en libertad por medio de un golpe de mano. No estaba menos inquieto el Cabildo con semejantes huéspedes en Mendoza. Sus individuos no pretendían ciertamente que se les matase, pero querían ahorrar a la ciudad los motines que la presencia de estos jefes pudiera suscitar en los emigrados que se esperaban, a quienes suponían sumamente descontentos con su derrota y dominados por la ciega pasión del espíritu de partido. Movidos por estos temores pidieron igualmente por conducto del procurador síndico, que se trasladase a otro punto el tribunal o que, se abreviase la conclusión de la causa. Para resolver esta petición, hecha ya espontáneamente ya por instigación de los enemigos de Carrera, no creyó necesario el intendente Luzuriaga esperar la respuesta del director Pueyrredón y nombró una comisión de tres legistas para rever el proceso y pronunciar la sentencia. Sobre los procedimientos a todas luces ilegales, fue uno de los nombrados el famoso Monteagudo, hombre de talento, inhumano, sin pudor y enemigo encarnizado de los Carrera. Monteagudo podía decirse que por su posición era el juez único de los presos, tanto más cuando que no pudiendo dar su voto otro de los nombrados, no se le reemplazó. A la enemistad de este juez apasionado e inhumano se confió, pues la vida de los dos ilustres patriotas y pocas horas le bastaron para examinar las piezas del proceso y pronunciar la terrible sentencia de muerte, que ni aun por tratarse de un crimen político admitía justificación. Porque el proyecto de conspiración que era el cargo principal, no empezó a ejecutarse y aparecía más bien parto de una cabeza trastornada por los padecimientos morales y debilitada por los físicos, que una combinación preparada con tino y capaz de producir resultados. Pero sucede con frecuencia en las guerras de partido que los más leves motivos bastan para deshacerse de un rival y puede decirse que en estos casos se encuentra el proceso formado a don Luis y don Juan José Carrera. El intendente Luzuriaga se dio prisa a aprobar una sentencia que encubría sus intenciones violentas y mandó que se ejecutase enseguida, sin conceder a sus nobles víctimas ni aun el tiempo de recogimiento que ordinariamente necesita el alma para pasar a la eternidad. El mismo día 8 de abril de 1818 fueron sacados a las cinco de la tarde de su prisión y llevados al lugar del martirio. Marcharon con serenidad y grandeza de ánimo, apoyados el uno en el otro para que penetrase mejor en sus corazones el sentimiento de su profundo amor fraternal. Llegados al sitio de la ejecución no quisieron que les vendasen los ojos, se abrazaron estrechamente y casi en el mismo momento re-

cibieron una muerte, que hoy mismo reprueba la generalidad de sus compatriotas. Tres días después de esta terrible catástrofe, cediendo San Martín a las instancias de la esposa y algunos amigos de don Juan José Carrera, escribió algunas líneas en favor de estos patriotas a O'Higgins, quien atendió la recomendación enviando inmediatamente un correo a Luzuriaga para que suspendiese todo procedimiento. La gloriosa victoria de Maipú movió a ambos este acto de indulgencia, inútil por desgracia, merced a la prisa con que Luzuriaga mandó ejecutar el fallo de la comisión. Personas de todos los partidos han creído que el correo se despidió sabiendo que llegaría tarde: sea de esto lo que quiera, lo cierto es que nadie lo agradeció y que antes por el contrario fue un nuevo motivo de queja y de odio para los partidarios de los Carrera¹⁶⁰.

Otro personaje, víctima igualmente en esta época de violencia y tempestad, fue el valiente don Manuel Rodríguez, a quien hemos visto en 1816 contribuyendo a la victoria de Chacabuco con la gran diversión que fomentó en el ejército enemigo, en 1817 reanimando el espíritu militar del ejército, muy desmoralizado entonces con lo ocurrido en Cancha Rayada y tomando una parte muy activa en la victoria decisiva de Maipú por el crecido número de guasos o gentes del campo que a su voz mágica corrieron a reunirse bajo la banderas del ejército, en el momento, en fin, más crítico para la patria, asociándose al gobierno de Cruz e inspirándole fuerza, actividad y audacia. Su talento de verdadero tribuno tenía necesariamente que hacer sombra a O'Higgins, porque la plaza de director había llegado a ser para éste una especie de señorío que quería perpetuar en su persona, así por lo menos lo daban a entender todas sus acciones, encaminadas a realizar esta ilusión, pues con el manto de la salud pública tomaba las más terribles medidas contra sus enemigos personales, que los confundía en uno con los de la patria.

Haría un mes que don Manuel Rodríguez se hallaba preso en el cuartel de San Pablo, cuando el batallón de cazadores que estaba acuartelado en él, recibió orden de cambiar de guarnición y partir para Quillota. Se mandó a don Manuel Rodríguez que lo siguiese, siempre bajo la salvaguardia de dos oficiales, el capitán Zuloaga y el teniente Navarro, quienes, aunque tenían orden de vigilarlo muy severamente, le guardaban muchas consideraciones, especialmente Navarro, que puso en él toda su confianza, hasta el punto de permitirle salir de la prisión por las noches e ir a visitar a sus parientes y amigos. Esto pasaba mientras el distinguido preso estuvo en el cuartel de San Pablo, pero cuentan que en cuanto salió para Quillota, Navarro, que continuó encargado de su custodia, se hizo más descontentadizo, más severo y muy receloso. Rodríguez se apercibió de esto y le preguntó el motivo de semejante cambio. Navarro, algo turbado, le respondió que se equivocaba y que nada tenía, pero al llegar cerca de Polpaico, la compañía encargada de escoltarlo alcanzó al batallón y el capitán don José Benavente de Concepción, quien

¹⁶⁰ Los detalles de este grave proceso pueden verse, aunque con alguna desconfianza, en las memorias de don José Miguel Carrera impresas en Montevideo, en las del gobierno de Buenos Aires publicadas en esta ciudad y en Santiago y en la multitud de legajos que obran en los archivos del Ministerio del Interior de Chile.

a lo que parece, sabía lo que se meditaba, se acercó a ellos y ofreció un cigarro de papel a Navarro y otro a Rodríguez, haciendo señas a éste para que leyese unas palabras que había escrito en el mismo cigarro y que estaban reducidas a advertirle del peligro que corría. Navarro observó las señas, se apoderó del cigarro, leyó lo que en él estaba escrito y echó a Benavente una mirada de cólera, reconviniéndolo porque quería perderlo. Sin embargo, como eran muy amigos Navarro no habló a nadie de lo ocurrido y el batallón continuó la marcha hasta cerca de Til-Til, adonde iba a pernoctar. En este sitio y después de un paseo que dieron juntos Rodríguez y Navarro, éste disparó a aquél a quema ropa un pistoletazo, que le dio en el cuello y le derribó del caballo. A poco llegaron un sargento y un cabo que los habían seguido a corta distancia y lo acabaron de matar con las bayonetas.

La noticia de este suceso se divulgó al día siguiente por la capital, pero nadie quería creerla, porque nadie consideraba posible monstruosidad semejante. Un amigo de Rodríguez fue inmediatamente al sitio de la catástrofe, pero no pudiendo averiguar nada con certeza, regresó a Santiago y al otro día volvió a salir con otros muchos patriotas no menos impacientes que él por saber la realidad. Convencidos desgraciadamente de ella se fueron a Santiago, donde se esparció la mayor consternación. La opinión pública vio en esta muerte un verdadero asesinato y acusó como autor de él al Director. Los partidarios de O'Higgins, por el contrario, quisieron hacer creer que fue un acto de propia defensa, aunque algo exagerado, del oficial responsable, que debía haberle atacado Rodríguez en el momento de emprender la fuga para salvarse. Navarro fue efectivamente arrestado bajo la inculpación de haber sido severo en demasía en el cumplimiento de sus deberes, pero su arresto no fue de larga duración, pues a los dos meses volvió a la provincia de Cuyo, donde se hallaban ya en toda seguridad el sargento y el cabo que habían contribuido al homicidio. Por lo demás, este sistema de terror nacido en la logia lautarina, que O'Higgins aprendió en Buenos Aires y seguía con la esperanza de ahorrar a su país las guerras civiles que lo amenazaban, no se contentó con estas ilustres víctimas. Todo aquél a quien se le probaba tener ideas subversivas, era rigurosamente castigado y el castigo consistía en la pena de muerte si el delincuente había pasado a vías de hecho. Así sucedió con los hermanos Prieto de Talca y algunos otros que por entonces pagaron con la vida la estúpida revolución que tramaron contra el poder establecido. Pero si es verdad que en todas estas circunstancias se condujo O'Higgins con excesiva severidad, es necesario también no perder de vista que las épocas de revolución son épocas de violencia y arbitrariedad y que las leyes enmudecen cuando los partidos luchan con las armas y las pasiones se envenenan. Es sin duda una desgracia que así suceda, pero tal es la condición humana: para cumplir la naturaleza su magnífica misión tiene sus días de tempestad, de rayos y de terremotos. No puede negarse ciertamente que O'Higgins estaba animado de gran patriotismo: en todas ocasiones, sus actos públicos como en sus actos privados, manifestaba siempre desinterés, vacilación casi cuantas veces tenía que usar de la violencia y sobre todo un vivo deseo que su país estuviese a la altura de las naciones independientes y libres de los excesos de la anarquía. Por desgracia este deseo era en él interesado, se había convertido en una pasión, en un

verdadero fanatismo y sabido es que el fanatismo no raciocina y es siempre implacable. Sin la pretensión oficiosa de cubrir con un velo las graves faltas cometidas por O'Higgins, estamos, sin embargo, persuadidos de que cuando dos partidos poderosos obran dominados por la ambición, esta pasión de las intrigas y de las agitaciones, no queda más medio que la dictadura para restablecer la tranquilidad y poner a los habitantes al abrigo de la anarquía. Cosa terrible es para el vencido sufrir la ley del más fuerte, en vez de estar sujeto a la de la justicia, pero así ha sucedido en todas épocas y en todas partes y así sucederá probablemente en mucho tiempo. Son tan temibles y peligrosos los trastornos de la sociedad, que ha llegado a ser máxima de una exactitud reconocida, que la necesidad justifica las más veces la violación de las leyes políticas.

CAPÍTULO LI

Osorio lleva a Concepción la noticia de su derrota. Se sitúa en Talcahuano para reunir los fugitivos y defenderse. Las fortificaciones de Quiriquina son destruidas por los mismos que las estaban construyendo. Alarma que la derrota de Maipú produce en Perú y Nueva Granada. San Martín es considerado en Buenos Aires como el genio de la revolución. Los patriotas no saben aprovecharse de su victoria. Zapiola persigue a los fugitivos sin gran resultado. Osorio vuelve a Lima cumpliendo las instrucciones de Pezuela y con arreglos a lo determinado en un consejo de guerra. Deja de jefe del ejército a don Juan Francisco Sánchez.

La noticia de la sorpresa de Cancha Rayada colmó de alegría a Concepción. Creían que Chile iba a volver a la dominación del rey de España y la llegada de los cañones cogidos en la acción y enviados a Talcahuano, sirvió de motivo para celebrar el suceso con gran regocijo público. Algunos ingleses, recién llegados de Valparaíso, opinaban que el gobierno tenía aún bastante fuerza para defenderse en Chile con gran probabilidad de buen éxito, pero la victoria de Cancha Rayada había sido tan completa e inesperada y tal la dispersión de los patriotas, que les parecía poco menos que imposible que éstos reorganizasen su ejército. Y eran tan positivas las noticias que diariamente se sucedían y tan propias para confirmar esta confianza, que el gobernador Sánchez, detuvo un buque ballenero que iba a salir para Inglaterra con objeto que llevase al embajador español en Londres la noticia de la toma de Chile y la entrada triunfante de los realistas en Santiago¹⁶¹.

Estaban entregados al alborozo y a las ilusiones cuando por uno de esos grandes cambios de la fortuna, supieron los resultados de la batalla de Maipú y la destrucción completa del ejército real. No podía caberles la menor duda en la noticia porque la dio el mismo Osorio, que muerto de cansancio llegó el 13 de abril, esto es siete días después de la acción, acompañado de Rodil, sus ayudantes de campo y catorce soldados de los seiscientos o setecientos que tenía al dejar el campo de batalla. Los demás habían sido dispersados, cogidos o acuchillados en la huida, unos en los campos y otros al pasar los ríos, especialmente el Maule a las inmediaciones de Bilbao, donde se quedaron más de la mitad.

¹⁶¹ *Journal of a residence in Chili*, pp. 71 y 72.

La noticia llenó de espanto a los realistas y sobre todo a los que estaban más comprometidos por su conducta con los patriotas. Los que habitaban en el interior se dieron prisa a refugiarse en el puerto de Talcahuano, único asilo con que podían contar y al cabo de pocos días todas las casas y los ranchos más malos estaban ocupados por multitud de familias, habiendo tenido que acampar muchas en las calles. Tanto temían la venganza de sus enemigos que no les arredraba la estación del invierno, muy lluviosa siempre en aquellos países¹⁶².

En este gran conflicto, Osorio no halló otro recurso que establecerse en Talcahuano. La resistencia que en esta población había hecho Ordóñez por espacio de muchos meses a toda la división de O'Higgins le inspiraba la confianza de que también él podría sostenerse, por lo menos hasta que llegaran refuerzos de Lima y dos mil hombres de buenas tropas que debían embarcarse en Cádiz en todo el mes de mayo. Con esta idea dispuso que se replegasen sobre Talcahuano todas las fuerzas que desde su marcha hasta Santiago estaban escalonadas como guarniciones y como reserva en las diferentes ciudades: fuerzas a que se incorporaron una multitud de fugitivos de Maipú, que habiendo escapado de las lanzas y de los lazos de las gentes del campo, se presentaron, unos solos y otros en pequeños grupos, de manera que al mes contaba Osorio con mil doscientos hombres para la resistencia.

Estas tropas se ocupaban, parte en recorrer el interior de la provincia con objeto de hacer nuevos reclutas, lo que conseguían cogiendo a la fuerza todos los jóvenes capaces de llevar las armas y llevándolos escoltados al campamento y parte en reparar las fortificaciones antiguas y construir otras nuevas. Se trató de levantar algunas en la isla Quiriquina para proteger mejor la bahía de Concepción y defender su estrecho paso, pero apenas comenzadas las obras se sublevaron los trabajadores y las destruyeron, habiéndose salvado en las lanchas de la fragata *Esmeralda* que tenían a su disposición.

La derrota de Maipú puso al virrey Pezuela en gran compromiso a pesar que entonces estaban victoriosas casi todas sus tropas y los patriotas relegados en Tucumán se hallaban estrechados por La Serna, que sólo aguardaba algún corto refuerzo en material para atacarlos. Una correspondencia muy seguida que tuvo con Morillo, general en jefe del ejército de Venezuela, y con Samano, virrey de Nueva Granada, revela que lo asaltaban mil pensamientos todos desconsoladores. Les escribía cartas sobre cartas manifestándoles su inquietud por encontrarse sin tropas, sin armas y amenazado por un enemigo sumamente activo, que en cierto modo había improvisado una marina capaz de hacerle dueño del mar del Sur. Su reclamación de armas y municiones era de tal manera apremiante, que al día siguiente de recibirla despachó Samano un correo a Cartagena para que el bric *Andaluz* fuese a Cuba con pliegos en que enteraba al Capitán General de lo grave que consideraba la posición de Pezuela y le pedía lo que a él no le era posible facilitar por no tenerlo. Asimismo dio orden para que el batallón de Numancia, fuerte de mil doscientos hombres de buenas tropas, marchase a socorrer la capital de Perú.

¹⁶² And hundreds of men and women, who have been used to ease and comfort are now obliged to pass both day and night in the open streets. In truth they are very wretched. *Journal of a residence in Chili*, p. 75.

Pezuela, al propio tiempo que apelaba a la fidelidad de Samano y de Morillo, atendía a la defensa del país con toda la actividad que era capaz. Convencido de la necesidad de una reserva numerosa para conjurar el peligro, la creó, poniéndola a las órdenes del brigadier Ricafort y situándola en Arequipa contra el parecer del general en jefe La Serna, que quería se colocase en Puno. Hubiera sido un error seguir el dictamen de La Serna, porque Puno estaba mucho más distante de la costa amenazada y en ésta tenía que haber siempre algunas tropas, como que al efecto se destacó un batallón de ochocientos infantes y un escuadrón de ciento ochenta caballos que alternaba con el depósito de Arequipa. En Lima, que era el punto por el que más había que temer, reunió Pezuela todos los batallones acampados en los alrededores y además toda la milicia, que ocupaba en continuos ejercicios. Tal fue su afán por instruir la pronto, que se esparcieron voces de una nueva expedición contra Chile, lo cual bastó para que desertasen muchos nacionales, no obstante las protestas reiteradas de las autoridades superiores, asegurando que todo era mera precaución de defensa. Si a estos temores se agrega que las ideas revolucionarias empezaban a manifestarse por actos exteriores y que un día faltó poco para que triunfasen¹⁶³, se verá que la victoria de Maipú dio un golpe terrible a la causa española y que sus efectos se dejaron sentir no sólo en Perú sino en toda la extensión de la América meridional dominada por la Monarquía¹⁶⁴.

Lo mismo sucedía a los patriotas y especialmente a la república de Buenos Aires, que, aunque mandaba en todo su territorio desde el principio de la revolución, tenía sus fronteras fuertemente atacadas al norte por las tropas de La Serna y al este por las brasileñas, dueñas entonces de Montevideo: en el interior, la discordia trabajaba a los jefes y se ganaba las provincias, lo que parecía anunciar que la anarquía no estaba lejos. Así es que la victoria de Maipú produjo en los verdaderos patriotas un sentimiento febril por San Martín, de que participó el pueblo, manifestando una alegría tanto mayor cuanto que formaba contraste con el abatimiento en que lo había sumergido pocos días antes la sorpresa de Cancha Rayada. Todos se felicitaban por este gran acontecimiento y en todas partes se oía decir *al fin somos independientes* y que San Martín era el genio de la revolución¹⁶⁵.

Pero, aunque la victoria de Maipú influyó mucho en la independencia americana, todavía O'Higgins y Balcarce, sucesor de San Martín en el tiempo que duró su viaje a Buenos Aires, no supieron sacar de ella todo el partido a que se prestaba para destruir de un golpe cuantos recursos podían encontrar los restos de Maipú en la provincia de Concepción. En vez de perseguirlos con una fuerte división que les imposibilitara reorganizarse, se limitaron a enviar como ya hemos visto, a Zapiola con doscientos cincuenta hombres solamente y, aunque es verdad que

¹⁶³ En Lima y Callao hubo en el mes de julio una conspiración, que fue sofocada el mismo día en que debía estallar. Veinte personas fueron presas y juzgadas militarmente. Archivos de Lima.

¹⁶⁴ Correspondencia del virrey Pezuela que existe en los archivos de Lima.

¹⁶⁵ There was a general and almost universal exclamation: "*At last we are independent*", while San Martín was hailed as the genius of the revolution. *The reports on the present state of the united provinces of South America*, by MM. Rodney and Graham, p. 215.

como resultado Cajaravilla en Parral y Rodríguez en Quirihue obtuvieron alguna ventaja, fue ésta muy corta y muy insignificante para que pudieran sentirse sus consecuencias. Así es que las tropas de Zapiola tuvieron que irse a cuarteles de invierno a Talca, más como un pequeño destacamento de observación que como cuerpo dispuesto a tomar la ofensiva.

El jefe que de este modo tuvo en expectativas a los soldados de Zapiola fue el coronel Lantaño, que desde la sorpresa de Cancha Rayada mandaba en Chillán y estaba al cuidado de los heridos enviados allí. Estos heridos fueron transportados a Talcahuano después de la acción de Maipú y Lantaño quedó a la cabeza de los milicianos, cuyo número aumentaban las exhortaciones llenas de ternura de los padres franciscanos, siempre firmes en su adhesión a la causa de su Rey. Así sucedió que cuando pasados dos meses volvió Cajaravilla a atacarlos, encontró una resistencia mucho mayor aún, que lo obligó a batirse en retirada con gran confusión y muy expuestos a ser él y todos los suyos cogidos¹⁶⁶.

Desde que empezaron las guerras de la independencia se había manifestado dispuesta la provincia de Concepción a sostener la causa realista, notándose más esta tendencia en la clase baja¹⁶⁷, pero en lo que se desplegó una política hábil, aunque contraria a las leyes de la humanidad y aun a las de la guerra, fue en comprometer en esta causa a la raza india, que se hallaba en una neutralidad expectante, dispuesta a caer en caso necesario sobre el vencedor débil, si la circunstancias lo permitían. Esta alianza con un gobierno que tan abusivamente les había hecho sentir su superioridad, tenía su origen en la gran influencia que sobre ellos ejercían los capitanes de amigos, que Sánchez tuvo la habilidad de atraer a su partido. Contando con esta fuerza brutal tan fácil de sublevar como difícil de contener, Sánchez, en su calidad de intendente interino de la provincia de Concepción, marchó a la Florida, para donde convocó a muchos capitanes de amigos con orden que llevaran cierto número de indios de alta posición. Más de doscientos de éstos se presentaron mandados por Burgos, llevando a su cabeza los caciques Calbulevu de Colico, Dumacán de Bureo, Antineo de Renaico, Colimán de Santa Bárbara, etc. Este último era el principal de todos, hombre de mucho tesón, de gran discernimiento, honrado, probo y de carácter conciliador y pacífico. Era hombre de paz¹⁶⁸ y se había captado el respeto no sólo de los pehuenches sino, también, de los chilenos y hasta los mulleches a pesar que no estaban bajo su influencia. Sánchez empleó mil medios para atraerse este cacique, pero todos inútiles, porque decía que repugnaba a su corazón el derramamiento de sangre. Sin embargo, se decidió al fin y arrastró consigo una multitud de indios, dispuestos a poner a disposición de la monarquía su salvaje brutalidad¹⁶⁹.

¹⁶⁶ Véase la interesante memoria de don Diego Barros sobre V. Benavides, p. 5.

¹⁶⁷ *Journal of a residence in Chili*.

¹⁶⁸ Los indios tienen jefes militares y jefes de consejo y de paz. Éstos no se baten nunca, antes por el contrario procuran evitar las guerras y conciliar los ánimos. Lo explicaremos en la *Etnografía araucana*, que ha de publicarse muy pronto.

¹⁶⁹ Conversación con don Domingo Salvo, célebre capitán de amigos.

Independientemente de estos indios, con cuyo valor se podía contar, los soldados enviados al interior de la provincia en busca de reclutas, reunieron algunos, de manera que en agosto contaba el pequeño ejército de Osorio con dos mil doscientos seis hombres. Es verdad que muchos eran completamente nuevos en el arte de la guerra e incapaces de hacer bien ningún movimiento en una formación, pero no les faltaba inteligencia y tenían un instinto eminentemente guerrero, por lo que los veteranos les enseñaron pronto y los pusieron en estado de defender su puesto. Por lo demás, toda la ambición de Osorio en aquel momento se cifraba en sostenerse en Talcahuano mientras recibía contestación del virrey Pezuela. Con las fortificaciones hechas por Ordóñez y las que él había construido, no temía ningún ataque por tierra, pero no estaba tan seguro si se le atacaba por mar y todo le hacía creer que esto se verificaría muy pronto. Así se lo tenía anunciado al Virrey y éste envió el 23 de junio un buque, *La Presidenta*, con armas y tropas y orden de ir sobre la costa a fin de “llamar la atención de los patriotas y alejar sus pensamientos de expedición sobre este virreinato” y pasar después a Talcahuano para prevenir a Osorio “que no aventurase las armas del Rey a su mando, embarcándose en el último caso con sus tropas y cuanto pertenece al Rey y auxilio de emigrados en los buques de guerra y en los mercantes surtos en aquel puerto con dirección a Callao”¹⁷⁰.

Con esta orden y con las noticias de una próxima expedición marítima contra Talcahuano, que si se verificaba ponía al ejército en una posición muy crítica y en la imposibilidad de salvarse, Osorio convocó el 25 de agosto de 1818 una junta de guerra compuesta de todos los oficiales superiores de mar y tierra, en la que después de leer las instrucciones últimamente recibidas del virrey Pezuela y manifestar los peligros que corría el ejército en Talcahuano,

“reclamó muy eficazmente la consideración de la Junta, pidiendo le ilustrara sobre el partido que en circunstancias tan difíciles convendría adoptar para conciliar el mejor servicio del Rey, exigiendo voto particular y por escrito a cada vocal y habiéndose antes discutido madura y reflexivamente sobre los puntos que abraza esta materia, resultó la unanimidad de considerar indispensable y reunir la fuerzas marítimas sobre las costas de Perú y por pluralidad la evacuación parcial de esta provincia”¹⁷¹.

Determinada la salida, Osorio nombró comandante general del ejército que quedaba en la provincia, al coronel don Juan Francisco Sánchez, digno de esta distinción por su laudable conducta en el tiempo que Carrera tuvo sitiado a Chillán y lo dio a reconocer en una proclama dirigida a los soldados y a los habitantes de la provincia. En las instrucciones que le dejó por escrito, le encargaba muy particularmente que conservase la amistad de los indios y que le hiciera pomposas

¹⁷⁰ Plan de defensa de Lima después de la batalla de Maipú. Archivos de Lima.

¹⁷¹ Documentos sobre la junta de guerra de Talcahuano. El general Gamba opina que Osorio no debió abandonar Talcahuano y dice que muchos oficiales fueron de este parecer. Tengo una copia íntegra del acta de la junta de guerra, sacada del original que existe en los archivos de Lima y veo en ella que se votó por unanimidad la evacuación de Chile, dejando sólo un corto número de tropas.

promesas de vestidos, adornos y otros regalos para tenerlos siempre bien dispuestos en favor de su causa.

Pezuela tenía prevenido a Osorio que embarcase las tropas disponibles, pues creía con razón sobrada que la conservación de Perú era mucho más importante que la de Chile, pero encargándole al mismo tiempo que dejara algunas en la provincia para que hiciesen guerra de partidas sueltas y sostuviesen la moral de los indios. Visto el número de soldados que tenía a sus órdenes, dejó en Chile los batallones de Concepción, de Valdivia, los dragones de la Frontera y de Chillán, etc., en total mil seiscientos dieciocho hombres, incluidos cuarenta y nueve artilleros y llevó consigo setecientos veintinueve a saber, ciento noventa y seis infantes del batallón de Burgos, ciento cuarenta y cinco de Arequipa, ciento ochenta y tres infantes, cincuenta y tres artilleros, veinticinco zapadores, veinte guardias de honor y ciento siete dragones de Arequipa. Lo acompañaron además treinta empleados, setenta y ocho paisanos de todas las edades y doscientos cincuenta y cuatro mujeres, de manera que incluyendo los marineros, ascendía el total a mil setecientas doce personas, que se embarcaron en ocho buques de guerra y mercantes y se dieron a la vela el 8 de septiembre de 1818¹⁷².

Luego que Sánchez quedó de jefe único en la provincia de Concepción se dedicó con toda la actividad que era capaz, a conservar su influencia sobre los indios y a instruir a los reclutas que pudo proporcionarse. Su pequeño ejército se encontraba diseminado por toda la provincia, en Talcahuano había la mayor parte del batallón de Concepción; en Concepción estaba el de Valdivia; en Chillán el escuadrón de dragones de la Frontera, el de Chillán, una compañía de Concepción y dos guerrillas; en la Florida los milicianos de la Florida, Rere y la infantería de Los Ángeles, con un destacamento de dragones de la Frontera, otra de infantería de Valdivia y dos piezas de montaña; por último, en Los Ángeles los escuadrones primeros y segundo de milicias del Laja. Él permaneció en Concepción para recibir las tropas que se esperaban de Cádiz y que empezaban a llegar para proteger Talcahuano, cuyas fortificaciones cometió Osorio el desacierto de derribarlas en su mayor parte, con la esperanza de poder defender aquella plaza, al menos contra los ataques por tierra, ya que no le fue posible hacerlo contra los del mar que era precisamente los que temían, pues por los espías estaba enterado del celo y actividad que desplegaba el gobierno en organizar una escuadra.

¹⁷² Archivos de Lima.

CAPÍTULO LII

O'Higgins se dedica con actividad a la creación de una escuadra. Dificultades con que tropieza. Protege a los corsarios. La *Windhan* ataca sin éxito a la *Esmeralda* y el *Pezueta*. Muerte de su comandante O'Brien. El buque *San Miguel* es apresado. O'Higgins va a Valparaíso a activar el armamento de una pequeña escuadra. Visita la escuela de marina. Buques de que se compone la marina chilena. Sale de Cádiz una expedición militar contra Chile. Rebelión en la *Trinidad*, producto de la cual este buque se dirige a Buenos Aires. El gobierno anuncia inmediatamente a O'Higgins este suceso y le revela los secretos de la expedición. Parte para el sur una división mandada por el capitán de navío don Manuel Blanco Encalada. En la isla Santa María sabe que ha llegado a Talcahuano la fragata *Reina María Isabel*. La ataca y se apodera de ella. Vuelve a la isla Santa María y apresca otros buques del convoy. Entusiasmo que produce este triunfo en Valparaíso y Santiago. Fiestas y ovaciones al comandante don Manuel Blanco.

Crear una escuadra nacional fue desde que empezaron las guerras de la independencia, una necesidad reconocida por todos los hombres políticos del país, de Carrera como de San Martín, O'Higgins, etc. El último especialmente la consideraba cuestión de vida o muerte para la naciente república, porque veía que era preciso mudar el teatro de la guerra y llevarlo a Perú, fácil de ser invadido y único país de América del Sur en que España dominaba con todo su poder y casi sin oposición. Penetrado de esta idea y persuadido de que una escuadra sería el lazo que uniese los patriotas de los dos países, empleó toda su inteligencia, su prestigio y su actividad en organizarla y a los pocos meses se vio Chile a la cabeza de una marina militar que iba a dar días de gloria a la historia de la independencia americana y particularmente al genio que la había creado.

La empresa no era fácil, sin embargo. Nunca Chile había tenido un solo buque; su marina mercante se encontraba en el estado más miserable y el país estaba falto de marineros, de oficiales y de recursos. El dinero enviado a Estados Unidos y a Londres para la compra de la escuadra, reunido con los donativos de los patriotas y el secuestro de los bienes de los realistas, no era suficiente para prometer grandes resultados. Verdad es que O'Higgins con política muy hábil empezó las hostilidades marítimas por incursiones de barcos pequeños armados en corso. En Valparaíso y Coquimbo se alistaron en estos barcos una multitud de marineros

jóvenes, pero valientes y audaces, que llevaron el espanto a toda la costa, avanzando hasta más allá de Guayaquil, bloqueando en sus propios puertos a los buques peruanos y volviendo con presas que excitaban la codicia de otros marineros y los inducía a nuevos armamentos. O'Higgins se complacía en este estímulo, no sólo porque era un medio de herir en el corazón al enemigo, destruyendo su comercio y promoviendo el descontento de los comerciantes con su ruina, sino porque veía en él una escuela práctica excelente para formar buenos marineros y hasta oficiales de marina, tan necesarios en la escuadra que su patriotismo estaba organizando.

El primer buque que sirvió en cierto modo de núcleo de esta escuadra fue el *Águila*, al que ya hemos visto tomado por sorpresa a Valparaíso, conocido más adelante con el nombre de *Pueyrredón* y enseguida por el de *Windhan*, buque de ochocientas toneladas, de la Compañía de las Indias, que Álvarez Condarco envió a Chile y que el gobierno compró muy caro la víspera de la batalla de Maipú. Los comerciantes extranjeros pagaron la mitad de su costo, pero cuando O'Higgins supo que su intención era armarlo en corso para especular con él, se empeñó en devolverles la cantidad que habían entregado y le dio un destino enteramente militar.

Como hacía tiempo que los dos buques de guerra españoles la *Esmeralda* y el *Pezuela* bloqueaban el puerto de Valparaíso, O'Higgins proyectó atacarlos con el buque recientemente adquirido y en pocos días quedó éste equipado y armado¹⁷³. El capitán O'Brien, que procedente de la marina real de Inglaterra, había entrado al servicio de los patriotas y asistido al combate entre la fragata inglesa *Phoebe* y la de Estados Unidos *Essec*, tomó el mando del *Águila* y en muy poco tiempo se alistaron trescientos cincuenta hombres, de los cuales unos cien eran extranjeros y los demás chilenos, la mayor parte sin experiencia del mar, pero tan llenos de buena voluntad que algunos que fueron desechados, se tiraron a nado para alcanzar al buque e ir a la expedición. Los oficiales se sacaron también de extranjeros de todas naciones especialmente ingleses que en general no entendían el español, circunstancia que dificultaba mucho el que se comprendieran bien las órdenes en el buque. A pesar de estos inconvenientes, la fragata se hizo a la vela en la noche del domingo 26 de abril y el día siguiente a las siete de la mañana estaba a la vista de la *Esmeralda*. Creyendo el comandante de ésta, Coig, que era el buque de guerra inglés con quien había hablado otras veces, se puso en facha a esperarlo y lo mismo hizo el bric *Pezuela*, que se hallaba a corta distancia, pero en cuanto vio que izaba el pabellón chileno, conoció su equivocación y casi a quemarropa le disparó una andanada. O'Brien contestó con otra y al mismo tiempo mandó el abordaje, que se verificó dando él mismo el ejemplo, pues fue uno de los primeros que saltaron sobre el puente enemigo con sólo veinticinco hombres. Su audacia y decisión, protegidas por la infantería de Miller, que desde la *Lautaro* no cesaba de hacer fuego, infundieron tal terror en los realistas que se bajaron precipitadamente al entrepuente, de manera que O'Brien era ya dueño del buque y había bajado

¹⁷³ Don Antonio García Reyes dice que el *Pueyrredón* acompañaba al *Windhan*. Véase la muy interesante memoria que ha publicado sobre la primera escuadra nacional de Chile.

la bandera, cuando las dos embarcaciones que no estaban bien amarradas, las separó un golpe de mar. El segundo de la *Lautaro* don Jorge Argent Turner, en vez de aproximarse enseguida a la *Esmeralda*, se contentó con enviar a ella dieciocho hombres en unos botes y él marchó sobre el *Pezuela*, al que obligó a bajar el pabellón. Esto fue una desgracia para la expedición porque en cuanto los realistas de la *Esmeralda* la vieron desamarrada de la *Lautaro* y se enteraron del corto número de enemigos que habían quedado en su buque, se echaron sobre los patriotas, mataron al bizarro O'Brien y a muchos de sus valientes compañeros, arrojándose al mar los restantes para ganar los botes que no habían llegado a tiempo. Al punto que el capitán Turner se apercibió de este cambio de la fortuna, abandonó el *Pezuela* y dirigiéndose sobre la *Esmeralda* que acababa de recobrar la libertad, la destrozó hasta incendiarle la cámara y la obligó a ponerse a salvo, lo mismo que al *Pezuela*, sin que pudiese perseguirlos por la gran inferioridad de su marcha. Tal fue el resultado del primer combate naval digno de este nombre, dado por los patriotas, resultado completamente nulo y hasta puede decirse desgraciado, por la pérdida del valiente O'Brien, que tenía dadas pruebas repetidas de arrojo y capacidad. Quizá deba recaer sobre Turner por ser un tanto cuanto de apatía en el mando, la responsabilidad de todo, al menos el público lo inculpó por ello sin embozo, y sus explicaciones, apoyadas en el testimonio de los oficiales que iban a bordo, no bastaron a cambiar completamente la opinión¹⁷⁴.

Lo que disminuyó algo de descontento fue, el haber sido apresado de vuelta del puerto el bergantín *San Miguel*, que de Concepción iba a Lima. Entre los muchos pasajeros que llevaba había personas de alta posición social, como los comerciantes don Pedro Nicolás Chapitea y don Rafael Beltrán, el teniente coronel don Matías Aras y otros. Además conducía algún dinero y mercancías por valor de unos 30.000 pesos, todo lo que se repartió a la tripulación con el objeto de entusiasmarla y despertar la codicia de otros marineros, que se deseaban adquirir para la escuadra que se preparaba.

Tan persuadido estaba O'Higgins de la necesidad absoluta de dominar el mar, que no perdonó ningún sacrificio para formar la escuadra. Con objeto de poder dirigir mejor su organización y acelerar su armamento, resolvió ir a presenciarlo todo, pero antes quiso regularizar en Santiago cuanto tuviese relación con el ejército a fin de ponerlo en mejor pie. Había creado el cuerpo de dragones de la patria, que con un escuadrón de la escolta directorial fue al ejército del sur, el cuerpo de la guardia nacional y el batallón de marina, y había disciplinado las milicias de infantería y caballería de toda la república, principalmente la infantería de Rancagua y Aconcagua. Para que nada faltase a estas tropas y al ejército en general, formó un reglamento de la proveeduría y otro para la maestranza, con el único objeto que se trabajasen separadamente y en una oficina especial, cuantos útiles y aprestos militares necesitasen los ejércitos de la nación, bajo la dirección de un superintendente con jurisdicción civil y criminal en todas las personas empleadas en dicha oficina. Estableció además una junta de secuestro, compuesta de personas

¹⁷⁴ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

de gran probidad y para que desapareciese cuanto pudiera recordar el nombre español, con el que eran conocidos los que no tenían en su sangre mezcla de la indígena, prohibió que en toda clase de informaciones judiciales, sea por vía de prueba en causas criminales, de limpieza de sangre, en proclamas de casamientos, en las partidas de bautismos, entierro, etc., se titulase nadie español, sino chileno, nombre que también debía darse en lo sucesivo a los indios.

Concluidos éstos y otros trabajos de organización administrativa y eclesiástica, se puso en camino con don Ignacio Zenteno, secretario de Estado y el 2 de septiembre llegó a Valparaíso. Lo primero que hizo fue visitar la especie de escuela de marina que había mandado abrir para los jóvenes dedicados a esta carrera, y de la que debían salir los oficiales de la escuadra chilena. Contaba ya, ésta con muchos buques, cuya organización estaba confiada a la inteligencia de un marino lleno de entusiasmo y buenos deseos, don Manuel Blanco Encalada, teniente coronel de artillería, alférez de fragata que había sido en la marina española y vuelto a su primitiva carrera, la que muy pronto iba a dar lustre con resultados de la mayor importancia. Con el celo y la gran actividad de este joven que contaba apenas veintiséis años y con el auxilio de don Juan Higginson, oficial inglés, la escuadra, aunque en general armada con cañones de forma poco regular, presentó muy luego un aspecto un tanto halagüeño. Además del *Pueyrredón* y la *Lautaro* había los buques siguientes: *Cumberland*, de la Compañía de las Indias, de mil trescientas toneladas y sesenta y cuatro cañones, enviado de Londres por Álvarez Condarco perfectamente equipado y comprado por el gobierno en 140.000 pesos. Se le bautizó con el nombre de *San Martín* en memoria del ilustre guerrero a quien Chile debía en parte su libertad y el día de la ceremonia O'Higgins embarcó en él trescientos hombres y muchachos sacados de las cárceles de Santiago y Valparaíso o cogidos en las calles, todos bastantes despejados para que al cabo de algún tiempo llegasen a ser marineros tan diestros como intrépidos.

La *Chacabuco*, corbeta comprada por los coquimbanos que la armaron en corso de quienes el gobierno la adquirió por el mismo precio que les había costado, es decir, 30.000 pesos, después de gastar en ella diez mil más, confirió su mando a don Manuel Blanco. Primer buque que mandó este futuro almirante.

El *Araucano*, procedente de Estados Unidos, bien armado y equipado bajo la dirección de don José Miguel Carrera y mandado por don Carlos Wooster, quien lo vendió en 30.000 pesos y continuó mandándolo hasta la expedición de Talcahuano, época en que pasó a la *Lautaro* y fue reemplazado por el capitán don Raimundo Morris.

Por último el *Lucía*, bergantín de guerra inglés perfectamente armado y equipado, que Guise compró en Buenos Aires y a instancias de O'Higgins cedió al gobierno chileno en 63.000 pesos. Este buque que cambió su nombre por el de *Galvarino*, no llegó a Valparaíso hasta fines de octubre.

Para comprar estos buques fue necesario apelar al patriotismo chileno, aguijonear su generosidad nunca desmentida, restablecer el sistema de donativos tan usado ya, imponer nuevas contribuciones y levantar empréstitos. No fueron menores las dificultades para tener las tripulaciones necesarias: se echó mano de todos los

pescadores de la costa y de todos los marineros de los buques corsarios, no dejando en ellos más que los precisos para la custodia de las embarcaciones, pero esto no bastaba ni con mucho. La generalidad de los jóvenes no se habían embarcado jamás y un marino no se improvisa como se improvisa un valiente; hubo que invitar a los marineros extranjeros ofreciéndoles para atraerlos más sueldo y ventajas, lo cual suscitó la envidia de los del país y fue motivo de discordia. Como los oficiales de la *Lautaro* eran casi todos extranjeros, especialmente ingleses que no hablaban la lengua del país, no podía menos de resultar confusión en las maniobras y al ver tales elementos de desorden muchos dudaban que diese resultado la naciente escuadra, creada en medio de tantas contrariedades y a costa de tantos sacrificios. Sin embargo, se estaba en vísperas de un ataque que preparaba una nueva expedición compuesta de veteranos del antiguo ejército de España, embarcada recientemente en el puerto de Cádiz contra Chile.

En el primer mando de Osorio vimos que se enviaron a la Corte dos comisionados, don Luis Urrejola y don Juan Manuel Elizalde, para que informasen al gobierno lo que pasaba y sirviesen en cierto modo de intermediarios con las autoridades chilenas. Como conocían perfectamente el estado del país, sobre todo Urrejola, que había hecho toda la campaña de la primera revolución, no cesaron de hablar de lo muy útil que sería a la conservación de la dominación española el enviar una fuerte escuadra a la república chilena. Poco después Pezuela, no pudiendo conseguir los soldados que tanto necesitaba, ni de Morillo, ni del virrey de Nueva Granada, se dirigió a Abadía, cónsul de la compañía de Filipinas en Lima, para que por la mediación de su hermano que tenía gran valimiento y era el árbitro de los ejércitos que se destinaban a América, se organizase una expedición en España. Éste era un negocio que debía reportar grandes utilidades a estos dos personajes, y he aquí acaso el motivo de que lo activase el que residía en España, con tanta más probabilidad de buen éxito, cuanto por entonces los comisionados chilenos solicitaban con instancia el envío de una escuadra, que según ellos, daría el último golpe a las ideas liberales del país. Habiendo caído en desgracia Abadía, su sucesor el general O'Donnell fue el encargado de su organización¹⁷⁵.

Esta expedición, que salió de Cádiz el 21 de mayo, se componía del regimiento de Cantabria con poco más de seiscientas plazas, un escuadrón de dragones con ciento veinte, una compañía de zapadores con otras tantas y cincuenta artilleros, que formaban un cuerpo de dos mil hombres aproximadamente¹⁷⁶. Estaban a las órdenes del teniente coronel don Fausto del Hoyo y se embarcaron en catorce fragatas, parte de guerra y parte mercantes, mandadas por el capitán de navío Castillo.

¹⁷⁵ En mis notas, que escribí en una conversación con O'Higgins, encuentro que esta expedición salió de España bajo la influencia de las logias masónicas adictas al sistema liberal de América, sin embargo, como muy pronto veremos, jamás se puso en juego nada que ni directa ni indirectamente favoreciese este sistema, si se exceptúa el interés muy secundario que tomó Loriga por Miller, porque los dos eran francmasones.

¹⁷⁶ Según noticias del oficial de Cantabria don Saturnino García.

En Tenerife, donde se detuvieron a refrescar la tropa, renovar el agua y tomar víveres, los comandantes fueron recibidos con magníficos festejos y se dio en la Alameda un gran baile, al que concurrieron muchos de la expedición. Por un motivo insignificante el primer ayudante del segundo batallón, Bandarán, no quiso dar permiso para que saltase a tierra un sargento primero, negativa en que insistió a pesar de las súplicas de los demás sargentos y esto ocasionó un disgusto que pasó a vías de insubordinación en cuanto la fragata *Trinidad*, que montaban, se hizo a la vela. Si los oficiales entonces, en vez de usar de severidad con los descontentos, hubieran procurado paliar el mal efecto de una injusticia siempre peligrosa en un ejército, la insubordinación no hubiera estallado probablemente en rebelión, pero no sucedió así y el sargento por vengarse, sublevó su compañía y fueron muertos todos los oficiales, excepto Bringas, Soler y otro.

Este incidente favoreció mucho a los patriotas, pues fue origen de la pérdida casi total de la expedición española.

Imposibilitados los jefes rebelados de seguir el convoy, no hallaron otro recurso a su crimen que entregarse al gobierno de Buenos Aires y dieron orden al que había tomado el mando del buque, complicado también en los asesinatos, para que dirigiese la proa al río de la Plata. Pasadas algunas semanas, entró la *Trinidad* en las aguas de Buenos Aires y un domingo se presentaron a las autoridades los sublevados con la bandera nacional a la cabeza, que llevaba don Remigio Martínez, jefe principal de la rebelión. El brigadier jefe de estado mayor general don José Rondeau los recibió muy bien, les felicitó en una arenga por el acto de justicia que habían hecho y que mejor pudiera llamarse de felonía y conservó a los sargentos el grado de oficiales que a sí mismos se habían dado.

O'Higgins se hallaba entonces en Valparaíso, entusiasmando a la gente de la pequeña escuadra que don Manuel Blanco había logrado organizar. Cuando supo este suceso por las comunicaciones que sin perder momento le dirigió el gobierno de Buenos Aires, activó cuanto pudo el armamento de algunos buques, con ánimo de salir al encuentro de los de la expedición, antes que entrasen en el puerto de Chile. En la fragata *Trinidad* se halló una copia de todas las señales de la expedición, ruta que las embarcaciones debían seguir y sitio en que habían de reunirse, lo cual junto con las noticias que dieron los oficiales y marineros de la fragata, colocaron al comandante de la escuadra chilena en la mejor posición para un ataque.

Gracias a la gran actividad de O'Higgins y de Blanco no tardaron en estar prontos, el *O'Higgins* de cincuenta y seis cañones, su capitán Wilkinson; la *Lautaro* de cuarenta y cuatro, capitán Wooster; el *Chacabuco*, de veinte, capitán Díaz; el *Araucano* de dieciséis, capitán Morris y el *Pueyrredón*, también de dieciséis, que debía reunirles inmediatamente; en todo cinco buques con ciento cincuenta y dos malos cañones y de todos calibres y una tripulación de mil doscientos seis hombres, entre marineros y soldados. El joven don Manuel Blanco fue nombrado capitán de navío y comandante de esta primera división, formada con los elementos más heterogéneos y trabajada por el espíritu de rivalidad y de amor propio a que daba pábulo el de nacionalidad, porque entre los oficiales los había ingleses, angloamericanos, argentinos, algunos franceses y pocos chilenos, fuera de los jóvenes salidos

de la escuela naval, tan mal organizada, que se embarcaron en calidad de guardias marinas. Si a todos estos inconvenientes se agrega el que tenían los oficiales de no hablar la lengua del país y mandar en inglés las maniobras a una tripulación compuesta de jóvenes chilenos, cuya mayor parte habían sido embarcados por fuerza, se conocerá hasta qué punto era difícil la misión de Blanco, misión que sólo él era capaz de llevar a buen término, tanto por su capacidad y su entusiasmo, como por la amenidad de carácter que poseía en el más alto grado.

La escuadra se hizo a la mar el 9 de octubre de 1818 en presencia de todo el pueblo de Valparaíso, que acudió a dar con sus vivas el último adiós a una expedición de la que tenía una opinión malísima. Excepto O'Higgins y algunos de los que le rodeaban, todo el mundo desconfiaba del feliz éxito de una campaña inaugurada con tantos elementos de discordia y emprendida con gran número de extranjeros generalmente poco entusiasmados por el patriotismo, único aguijón que en semejantes circunstancias es capaz de producir grandes cosas. Al día siguiente el comandante Blanco, en cumplimiento de las órdenes que había recibido, abrió las instrucciones reservadas que le dieron, en las que se le mandaba dirigirse a la isla Mocha a esperar la fragata *María Isabel* y los demás buques, que no debían tardar en llegar allí, según se sabía por la *Trinidad*. En el camino ocupó en hacer maniobras a los jóvenes chilenos, cuya mayor parte, navegando por primera vez, estaban muy mareados, pero que “muy pronto descubrieron las cualidades que constituyen un buen soldado o marinero, pues eran subordinados y pronto probaron que eran valientes”.

Aunque las instrucciones ordenaban al comandante marchar directamente sobre la isla Mocha, persuadido Blanco de que por la obligación que tenía de ganar la alta mar, los buques enemigos podrían escapárseles dirigiéndose a Lima, creyó conveniente cruzar antes del derrotero que éste debía seguir, motivo por el cual se fue a la isla Santa María donde llegó el 25 del propio mes. Por un ballenero inglés que encontró, supo que la *María Isabel* se hallaba en Talcahuano, lo que le confirmaron cinco soldados españoles que había en Santa María y que engañados por la bandera española que llevaban los buques chilenos, se presentaron a bordo a informar al comandante y entregarle un pliego, por el cual se enteró don Manuel Blanco de las disposiciones que debían tomarse para entrar en la bahía de Talcahuano, donde la *Reina Isabel* los esperaba. Supo además por los mismos soldados, que habían entrado ya en esta bahía cuatro buques y que después de dejar en tierra las tropas que conducían, se habían dirigido a Lima, no obstante los deseos de Sánchez de que se quedase en ella la fragata *San Fernando*.

Contento con esta noticia, mandó don Manuel Blanco que pasase a su buque el capitán de la *Lautaro* y después de manifestarle su plan que mereció su aprobación, como también la del capitán de la *San Martín*, dio orden que todo estuviese pronto para la partida, faltando en aquel momento dos buques, la *Chacabuco*, a la que un golpe de viento había separado de la división y la *Araucano* enviada de observación. Impaciente por dar un día de gloria a esta naciente escuadra, no quiso esperarlos a pesar de la falsa noticia de que estaban con la *Isabel* otros cuatro buques, y poniéndose en marcha llegaron a las ocho de la noche delante de la isla Quiriquina, donde pernoctaron. Al día siguiente 28 de octubre entraron en la

bahía con el pabellón inglés, contestando al cañonazo que disparó la *María Isabel* para afirmar su bandera española y cuando iban avanzando y estaban ya a corta distancia, les tiraron otros cuatro cañonazos, a que sólo respondieron cambiando el pabellón inglés por el nacional y poniendo inmediatamente la proa a la fragata, lo que fue una señal de terror para sus tripulantes. Éstos después de disparar contra los patriotas toda la andanada cortaron los cables y echaron la fragata a la costa no obstante el fuego de fusil y de cañón de la *San Martín* y se escaparon en botes o a nado, de manera que cuando llegaron los oficiales de la escuadra al buque varado no encontraron más que setenta hombres, cinco pasajeros y el joven don Antonio Frías, sobrino del ministro de Indias, embarcado por mal sujeto y que fue, sin embargo, el único que hizo alguna resistencia a la cabeza del pequeño número de soldados que quedó a bordo.

La toma de la fragata *María Isabel* fue saludada con grandes exclamaciones de alegría en los dos buques. Arrojada a la costa era, sin embargo, muy dudoso poder salvarla, cuanto más que Sánchez no tardaría en presentarse a disputarla con la fuerte guarnición de Concepción, a que se habían agregado las tropas desembarcadas de la misma fragata. Con objeto de hacer frente a este ataque, envió a tierra el comandante Blanco ciento cincuenta soldados de marina y algunas piezas, con orden de ocupar la cortadura, paso sumamente estrecho para entrar en la pequeña población de Talcahuano, pero defendido por muy poca gente, y de detener a Sánchez, que no tardó en llegar con tres compañías de Cantabria, un escuadrón de milicias de caballería del Laja y el de dragones cazadores que marchaba a pie de vanguardia. Este escuadrón llegó a la cortadura antes que los patriotas, lo que dio motivo a una pequeña escaramuza, que obligó a éstos por la inferioridad de su número, a volverse a bordo.

Según el comandante Blanco lo había previsto, los realistas hicieron por la noche una tentativa para abordar la fragata encallada, pero habiendo sido rechazados vigorosamente, se limitaron a hacer fuego de fusil y a disparar los cañones del fuerte de San Agustín contra la *San Martín* y la *Lautaro*, sin tocar a la *María Isabel* persuadidos que no podrían sacarla los patriotas del sitio en que estaba. En efecto, el tiempo no favorecía nada esta operación. Reinó toda la noche un viento norte con algunos chubascos que empujaba la fragata más hacia la costa que a la bahía, lo cual unido a una fuerte marea que estaba subiendo hubiera quitado toda esperanza a aquellos nobles soldados llenos de fatiga, en medio del fuego de las tropas de Sánchez colocadas en la playa y al abrigo de las casas, si por la mañana no hubiese cambiado providencialmente el viento al sur. Dejando inmediatamente las armas, soldados y marineros se pusieron a trabajar en la maniobra y con su actividad y su entusiasmo el capitán Wilkinson logró levantar a la *María Isabel* y luego ésta empezó a navegar por la bahía, con admiración de los realistas y a los mil gritos de alegría de los patriotas, satisfechos del buen resultado de sus primeros ensayos y de haberlo obtenido sin grandes pérdidas. Éstas fueron casi insignificantes y de los oficiales sólo el mayor Miller a quien hicieron prisionero, corrió algún riesgo por ser extranjero, pero le salvaron Loriga y don Saturnino García, habiendo sido canjeado enseguida por el teniente Frías cogido a bordo.

Aunque de gran importancia, la toma de la *María Isabel* no fue el único resultado de esta primera campaña. Por las instrucciones que se le dieron y por papeles muy importantes dejados a bordo con culpable negligencia, supo don Manuel Blanco que los demás buques del convoy debían tocar en la isla Santa María antes de ir a Talcahuano. Con la idea de apoderarse de ellos uno a uno, dio inmediatamente la señal de partida y el 1 de noviembre toda la escuadra aumentada con la *Galvarino* que había llegado hacía poco, fondeó entre dicha isla y el continente. Por si algún buque se dirigía directamente a Talcahuano, envió a la *Chacabuco*, que acababa de reunirse, a que cruzase delante de su bahía. Gracias a estas precauciones y a la hábil prudencia del jefe de la escuadra, todos los buques del convoy cayeron unos tras otros en los lazos de los patriotas, apoderándose éstos sucesivamente de las fragatas *Magdalena*, *Dolores* y *Carlota*, con cuantas personas iban en ellos a quienes trataron con los mismos miramientos que a huéspedes que fuesen a avecindarse a una ciudad. Poco antes de llegar al cabo de Hornos invadió el escorbuto a estas embarcaciones haciendo muchas víctimas, y cuando cayeron en el poder de los patriotas continuaba la enfermedad sus grandes estragos, hasta el punto que había muchos soldados y marineros en el estado más deplorable tendidos en el puente.

Aunque las tres fragatas no eran todas las que se aguardaban, el comandante don Manuel Blanco Encalada determinó volver a Valparaíso, dejando en aquel apostadero la *Chacabuco*, la cual a los pocos días se apoderó de dos buques de los tres que restaba coger, pues el otro siguió la ruta directa a Lima.

Así acabó esta famosa expedición, formada con tanta algaraz y destruida con tanta habilidad. Casi todos sus buques pasaron a formar parte de la escuadra chilena y de los dos mil hombres embarcados, doscientos cincuenta fueron en la *Trinidad* a Buenos Aires, quinientos llegaron a su destino y desembarcaron en Talcahuano, las tropas chilenas cogieron setecientos aproximadamente y los restantes murieron del escorbuto o arribaron a Lima en la fragata *Especulación*.

Si nos detenemos a considerar las consecuencias morales y materiales de esta campaña para el porvenir del país, veremos que por sus resultados casi puede compararse con la victoria de Maipú. En ésta San Martín destruyó un ejército que podía aún reponerse; en aquélla, Blanco puede decirse que acabó con la marina real o que por lo menos la imposibilitó para batirse. Uno preparó la independencia chilena, el otro la llevó a cabo, preparando la de Perú con el dominio del mar del Sur, que conquistó para la libertad. Cuando más adelante hable la historia de estos dos personajes a quienes las circunstancias elevaron al rango de héroes, por grandes elogios que tribute a San Martín, no podrá menos de colocar a su lado al almirante Blanco por la alta importancia de sus trofeos. Reflexiónese en efecto cuál era el estado del país en esta época y lo que hubiera sucedido sin el feliz resultado de la expedición de Blanco. Se quería dominar los mares, lo cual era de absoluta necesidad y Pezuela que estaba perfectamente enterado de cuantos preparativos marítimos hacía O'Higgins, valiéndose de todos los medios para tener espías en Chile y hasta en los buques de guerra extranjeros, organizaba al propio tiempo una marina pagada en parte por el comercio de Lima y consiguió tener aprestadas tres fragatas y un bergantín de la marina real, más una fragata mercante armada en

guerra, para salir al encuentro de la expedición¹⁷⁷. Además de estos buques y de los que tenía en el puerto de Callao, pensaba aprestar otros muchos, pues estaba revestido por el gobierno español de amplias facultades para hacer semejantes gastos, siendo esto tan cierto, como que se le reprendió más tarde por no haber comprado los dos que se presentaron en venta en la costa y fueron cedidos al gobierno chileno. Si a estos buques hubiera agregado la fragata *María Isabel*, una de las mejores que por entonces arribaron por aquellos mares y algunos transportes de la expedición que conducían un numeroso material de marina, es muy probable que ya que no podía impedir los proyectos, hubiera al menos intimidado al gobierno chileno, ¿y quién sabe si se hubiera pensado en una expedición, que era el sueño de O'Higgins, como de todo buen patriota? Con los mil quinientos hombres de muy buenas tropas, agregados al ejército ya bastante numeroso de Sánchez, éste hubiera operado probablemente una fuerte división en el ejército chileno y paralizado sus proyectos. Tal era el temor de las personas reflexivas, temor que adquiría las proporciones del espanto cuando consideraban los muchos elementos de discordias y disolución que encerraba la escuadra y que sólo un hombre de un espíritu tan eminentemente conciliador como era su comandante, pudo dominar. Así fue que la noticia del triunfo llenó de entusiasmo el corazón de los habitantes de Valparaíso, cuando más atormentados estaban con las pulsaciones de una sorda inquietud y que se prodigaron ovaciones de todo género a nuestro joven comandante, ovaciones que se renovaron con mucho alborozo aún, en la capital de la república, a donde lo llamaron su deber y las instancias del Director. En los ocho o nueve días que se detuvo, recibió las más honoríficas felicitaciones y fue obsequiado con fiestas muy variadas, que animaban el delirio de la alegría y el sentimiento del orgullo, porque esta vez era a un chileno, o por lo menos a un hijo de chileno, a quien la independencia era deudora del glorioso florón que iba añadir a su corona.

¹⁷⁷ Archivos de Lima.

CAPÍTULO LIII

Simpatías de Europa en favor de la libertad americana. *Lord* Cochrane va a batirse como vicealmirante por la libertad chilena. Es muy bien recibido en Valparaíso. A la cabeza de una división de la escuadra chilena marcha sobre Perú. Ataca sin resultado a la *Esmeralda*. Salva unos prisioneros que había en la isla San Lorenzo. Arma en estas islas dos brulotes y un bergantín de explosión que tampoco dieron resultados. Va hacer provisión de víveres al puerto de Huacho. En éste se le incorpora Blanco, a quien envía a bloquear Callao con los principales buques. Se hace de nuevo a la vela y explora los puertos de Supe, Huarmey, Huambacho y Paita. Desmanes que se cometen en las iglesias de este lugar y castigo a los culpables. Blanco, falto de víveres vuelve a Valparaíso. Murmuraciones que esto produce. Se le juzga por un consejo de guerra y es absuelto por completa unanimidad. Regreso de Cochrane a Valparaíso. Escasos resultados de esta primera expedición.

Hacía tiempo que la independencia americana no era una cuestión debatida sólo en los campos de batalla. Los nombres de los ilustres combatientes y sus generosos esfuerzos para conquistar su libertad, habían llamado la atención de los verdaderos liberales de Europa, despertado su entusiasmo y excitado sus simpatías. Publicaciones de todo género proclamaban el heroísmo de aquellos valientes y ventilaban las más importantes cuestiones sobre sus derechos y su brillante porvenir, enseñándoles al propio tiempo la ciencia de la discusión política y la de las instituciones administrativas, de que tenían muy escasas ideas.

Otra de las grandes ventajas de estas publicaciones fue dar a conocer en Europa la tendencia de la revolución, la clase de su guerra y los hermosos países que iban a utilizarla. Gracias a esta publicidad, una multitud de militares jóvenes, que se vieron lanzados a una vida tranquila, enteramente contraria a sus hábitos, cuando los cañones de Waterloo anunciaron la paz general al mundo entero, se presentaron en las nuevas repúblicas a ofrecerles su sangre y sus espadas. De todas partes acudieron estos denodados guerreros, unos en busca de emociones y aventuras, impulsados otros por su afición a la guerra, ansiosos muchos de hacer fortuna y movidos todos de un amor profundo a la libertad, verificándose su partida después de algún gran banquete, en medio de los aplausos de todos los hombres de corazón y a despecho de la Santa Alianza, interesada en el reinado de la esclavitud o del *statu quo*.

Entre los esclarecidos aventureros que consagraron su vida y sus conocimientos a la conquista de la independencia americana, merece figurar en primera línea un valiente marino, muy conocido de antemano por su arrojo y su saber, este marino era *Lord Cochrane*, hijo primogénito del conde de Dundonald.

Dotado por la naturaleza de la inteligencia y de todas las cualidades que constituyen un hombre de mar: valiente, intrépido, emprendedor y decidido, apasionado además por todo lo que era libertad a pesar de que estas ideas, que tuvo desde la infancia, le valieron el anatema de su gobierno, se había distinguido en su carrera, desde una edad, en que la mayor parte de los hombres apenas se han fijado en la que han elegido. Repuesto en sus títulos y empleos por el gobierno de Guillermo IV, fue nombrado sucesivamente conde de Dundonald, caballero de la orden del Baño, miembro de la Cámara de los Comunes, etc., pero no eran los honores lo que satisfacía a un alma de su temple. Teniendo todos los defectos de sus cualidades, es decir, siendo pródigo en toda clase de gastos, jugador, su afición al dinero rayaba a veces en el escándalo y no se sabía si esta pasión era menor que la que tenía por la libertad y las aventuras. Una ocasión se le presentó bien pronto para poder satisfacerlas todas a la vez.

Álvarez Jonte se encontraba en Inglaterra expatriado de Buenos Aires como resultado de una revolución. O'Higgins, que apreciaba mucho a este gran patriota, se dirigió a él suplicándole se asociase a Condarco, enviado chileno en busca de oficiales de marina capaces de mandar los buques de la escuadra, que su genio y actividad estaban organizando. Álvarez, que sabía perfectamente que las intenciones de Cochrane eran tomar partido por la independencia americana, le hizo proposiciones en favor de Chile. Aceptadas por Cochrane, se tomó el tiempo absolutamente preciso para prepararse y en el mes de agosto se puso en camino con su familia y muchos oficiales amigos suyos.

El 9 de noviembre del mismo año llegó a Valparaíso y fue recibido con el mayor entusiasmo. Sus títulos, sus altos hechos, el prestigio de su nombre, todo contribuyó a que fuese sumamente obsequiado, excepto por algunos oficiales de marina, que temían se disminuyera su influencia y se les perjudicara en su porvenir. También se creyó que el capitán de navío Blanco, cubierto todavía con sus brillantes y legítimos trofeos, no querría someterse al nuevo comandante, sin embargo, su generoso patriotismo no titubeó un momento en tener a dicha, asociar su espada a la de quien la fama proclamaba como uno de los primeros marinos de la época. Con este ejemplo de admirable abnegación y adhesión firme a tan buena causa, quitó don Manuel Blanco todo motivo de desavenencia y arrastró a todos a la sumisión. *Lord Cochrane* fue, pues, saludado vicealmirante de la república y su pabellón se enarboló en la fragata *Reina María Isabel*, a que el Senado dio el nombre de *O'Higgins*, dedicándola al ilustre Director, y el héroe de las primeras campañas marítimas fue nombrado contraalmirante.

En la primera expedición, la contabilidad de la escuadra se había resentido algo de la precipitación con que se organizó y de que en lo único que se pensó fue en batir los últimos restos del ejército realista, descuidando lo que exigía la administración, así en lo relativo a las personas como a las cosas. Como resultado del



PLAZA DE LA INDEPENDENCIA

(Santiago)

poco esmero y de la irregularidad que esto ocasionó en el servicio, se cometieron muchos abusos que redundaron en daño de la tripulación, y a pesar de las fuertes sumas entregadas por el gobierno, quedaba un déficit, que había suscitado ciertas palabras faltas de subordinación entre algunos marineros. Para remediar estos inconvenientes, se encargó Cochrane de la parte activa y militar de la expedición que estaba próxima a marchar sobre las costas de Perú y nombró a don Roberto Forster, uno de los oficiales que habían ido con él, capitán de escuadra encargado de todo el material del ejército y de administrar el depósito de víveres, vestuarios y proyectiles. Hizo además algunos cambios en el personal de la escuadra, dando el mando de la *Lautaro* a Guise, el de la *Chacabuco* a Carter en reemplazo del capitán Díaz, excelente oficial de artillería reclamado por el gobierno primero para quedar de secretario del contralmirante Blanco y después para servir en el ejército de tierra, y el de la *O'Higgins*, en que iba el Vicealmirante, a Forster; Wilkinson quedó en el *San Martín*.

Pero lo que costó más trabajo y tropiezos fue organizar la tripulación. Con lo que en la primera expedición había ocurrido, los marineros se resistían a continuar, su compromiso estaba terminado y no querían reengancharse, pero si se prestaban a ello era a fuerza de dinero y poniendo grandes dificultades. Entonces, como en otras muchas ocasiones, fue necesario todo el genio, la paciencia y más que nada, la firme voluntad de O'Higgins para conseguir algún resultado y desde este punto de vista, estoy seguro que la nación tendrá siempre en cuenta los generosos esfuerzos que hizo en esta época para elevar al país a tan alto grado de poder. Venciendo los mil obstáculos de todo género que encontró al paso, consiguió reunir los marineros necesarios y el 14 de enero de 1819 la primera división, compuesta de un navío y tres fragatas con ciento setenta y cuatro cañones, salió de Valparaíso a llevar la perturbación a Perú. Sólo se quedó atrás el capitán Díaz por no tenerlo todo preparado y esperaba emprender la marcha al día siguiente para ir a incorporarse con la escuadra, cuando la tripulación se sublevó casi en masa, hasta el punto de hacer temer los más sensibles resultados.

El contralmirante Blanco, que había quedado en Valparaíso aguardando las fragatas *Horacio* y *Curiaño* que se esperaban de Estados Unidos, pasó a bordo del buque sublevado, a pesar de los vivos presentimientos de sus amigos y sobre todo de don Luis Cruz. No mirando más que su deber y su valor, se colocó sobre el puente, mandó formar a todos los marineros y soldados y con palabras enérgicas y con castigos llevados hasta la severidad de sortear una víctima que luego su indulgencia perdonó, todo volvió a entrar en orden y el buque se dio a la vela para ir a reunirse con los demás.

Lord Cochrane no se dirigió en línea recta al país objeto de la expedición. “La escuadra no estaba en estado de combate, ni por el orden y policía interior de los buques, ni por la calidad de la gente en la mayor parte forzada, bisona y viciosa, por consiguiente era preciso tomarse considerable tiempo para arreglar los unos e instruir y reducir a disciplina a los otros, antes de buscar la oportunidad de hacer valer el honor del pabellón”. Dirigiéndose al oeste, se colocó en la línea que siguen los buques que hacen viaje a España, donde esperaba poder capturar algunos y

especialmente el *San Antonio*, que no debía tardar en salir de Callao con su cargamento de sumas considerables.

Después de navegar cerca de un mes, llegó el 10 de febrero a las Hormigas, punto señalado para la reunión de la escuadra. Por entonces se aguardaban en los mares del sur, dos buques de guerra norteamericanos, la *Macedonia* y el *Juan Adams*. Aprovechando esta circunstancia para engañar al enemigo con una estratagema, mandó a pintar la *O'Higgins* y la *Lautaro* al estilo de los buques de guerra de Estados Unidos y resolvió acercarse con bandera de la misma nación a la *Esmeralda* y la *Venganza* para batirlas y apoderarse de ellas o echarlas a pique. Se propuso verificar la sorpresa el 23 de febrero, que como martes de carnaval era de suponer que muchos marineros y soldados irían a Lima a las diversiones acostumbradas en semejante día. Desgraciadamente una neblina muy espesa fue causa el 21 de alguna confusión en las maniobras, aumentó el 22 y a ella siguió una ráfaga de viento que separó la *Lautaro* en ocasión en que su comandante estaba en el buque almirante, no habiendo vuelto a aparecer hasta cuatro días después. En los mismos momentos y habiendo aclarado un poco la neblina, el *San Martín* dio caza a un buque de Chiloé, cuyo capitán le disparó algunos cañonazos, cosa que sintió mucho el Almirante, porque quería aproximarse al enemigo sin ser apercebido y atacarlo por sorpresa. A pesar de estos contratiempos, los buques de la escuadra avanzaban a la bahía de Callao, cuando nuevos y muy repetidos cañonazos les hicieron creer a cada uno de ellos que uno de los otros por lo menos, había empeñado el combate y estuvieron en esta persuasión hasta que en un momento de claridad descubrieron una lancha cañonera perdida, que tuvieron tiempo de coger y por la cual supieron que los cañonazos se tiraban por hallarse en el puerto el virrey Pezuela revistando la escuadra y las fortalezas. Por una rara casualidad, el buque *Maipú*, en que daban un paseo por la bahía y un poco más afuera, el Virrey y muchas personas de distinción, avistó uno de los de la escuadra chilena, que todos creyeron embarcación española, procedente de España. Ansioso el Virrey y los que le acompañaban de saber noticias de Europa, manifestaron deseo al teniente de navío don Francisco Sevilla, comandante del buque, de ir a su encuentro, pero este oficial les hizo presente el artículo de la ordenanza, que les prohibía, llevando a bordo a la primera autoridad del país, reconocer ninguna embarcación y esta exactitud en el cumplimiento de sus deberes libertó de la prisión a Pezuela y un gran número y empleados superiores, porque ya el buque chileno dirigía la proa para dar caza al *Maipú*.

Aunque Cochrane estaba seguro de que el enemigo no ignoraba su estancia en los mares de Callao, su alma guerrera no podía contentarse con un simple bloqueo, ni con permanecer en una inacción que le hubiera cansado muy pronto. Impaciente además por conocer al adversario con quien tenía que luchar y a los soldados que habían de participar de sus empresas, se decidió a atacar la escuadra enemiga, colocada en masa en el fondo de la bahía, al abrigo de más de trescientas bocas de fuego. Con esta idea hizo señal al *San Martín* de virar en vuelta de guerra y se puso en marcha, seguido solamente de la *Lautaro*, que iba muy cerca de él. Al llegar a tiro de cañón de la *Esmeralda*, ésta sin hacer caso del pabellón americano,

le disparó toda una andanada, haciendo lo mismo los demás buques y, aunque en la *Lautaro* no hubo más que un muerto y cuatro heridos, fue por desgracia uno de ellos el capitán Guise. Su segundo, que tomó el mando del buque, lo dirigió tan desacertadamente que Cochrane le vio con gran pesar retirarse bien pronto del sitio del combate, lo que no le impidió, sin embargo, echar una pequeña ancla delante de la *Esmeralda* y responder con los débiles fuegos de su fragata a los de su formidable enemigo. Por fortuna, éstos, así los disparados desde los buques como los de los fuertes, estuvieron tan mal dirigidos y nutridos con tal impericia, que el intrépido comandante pudo desafiar por espacio de dos horas esta terrible artillería y volver sosegadamente a incorporarse a su escuadra, sin haber tenido más que dos heridos y muy satisfecho “de la prontitud, alegría y bravura de todos los oficiales, soldados y marineros, habiendo excedido sus mejores expectativas”.

El bloqueo declarado el 9 de marzo había empezado de hecho, pues a la entrada de la bahía estacionaba una división, lo que le proporcionaba hacer algunos presos, aunque no siempre con estricta sujeción a las leyes marítimas de las naciones. La *Lautaro* y la *Chacabuco* se destinaron a la persecución de buques, mientras la *O’Higgins* y el *San Martín* fueron a apoderarse de la isla San Lorenzo para destruir el establecimiento de señales levantando allí por los realistas. En aquella tierra de desolación, encontraron veinticinco prisioneros chilenos y argentinos, lo que produjo particular satisfacción en los patriotas, al mismo tiempo que se llenaron de indignación contra el Virrey porque los tenía en la más deplorable miseria, haciéndolos trabajar con grillos, como si fuesen condenados a galeras. Esto dio margen a que Cochrane escribiese al Virrey afeándole una conducta tan contraria a las leyes de la humanidad como de la guerra, a lo que aquél le contestó citando los excesos cometidos con los prisioneros realistas confinados en las Bruscas en la República Argentina, de manera que esta correspondencia no condujo a nada y menos al canje de prisioneros, cuestión humanitaria de que también se trató en ella.

Las discusiones por escrito no convenían al carácter activo y emprendedor de *Lord* Cochrane. Sus instintos guerreros le arrastraban a cosas más dignas de su alta reputación y no siéndole posible batir la escuadra enemiga que estaba en el fondo de una bahía defendida por tantos cañones, tomó la resolución de incendiarla por el sistema de los brulotes, que tan buenos resultados le habían dado. La brutalidad usada con él por el enemigo tirándole bala roja, le sugirió esta violenta idea y para ejecutarla aprovechó dos malos buques apresados por la *Chacabuco*. El mayor Miller, hombre activo e inteligente, fue el encargado de la operación, tanto más peligrosa, cuanto que tenía valerse de hombres poco diestros por ignorancia e inexperiencia, cuya torpeza pagó bien, pues la explosión de un cañón le quemó toda la cara, e hirió a siete artilleros que trabajaban a sus órdenes. A este accidente que tanto contrariaba el buen éxito de la empresa, se añadía la dificultad de tenerla oculta y así fue que cuando se quiso poner en ejecución y lanzar los brulotes, estaban tan mal tomadas las medidas por el enemigo, que el uno se fue a pique y el otro no consiguió nada. Quizá fueron la causa de este mal resultado la poca actividad de los buques en seguir a la *O’Higgins*, único que marchó detrás de los dos brulotes y el bergantín de explosión y el poco viento que cada vez disminuía más,

lo cierto es que el enemigo quedó muy orgulloso y se dedicó más tarde a intentar un ataque con lanchas cañoneras que armó al intento. Veintiocho de éstas y un pailebote con un cañón giratorio de veinticuatro, se presentaron efectivamente a los pocos días, aprovechando una calma completa y durante una hora entera estuvieron cañoneando los buques sin causarles la menor pérdida. Gracias a la calma pudieron refugiarse bajo los cañones de los fuertes con pérdida de una de ellas y con algunas averías.

Más de dos meses eran ya transcurridos desde la salida de la expedición de Valparaíso y los víveres empezaban a faltar. Aunque había cogido quinientos barriles de harina en un buque norteamericano, que los llevaba por cuenta de la Compañía de Filipinas, esto no era suficiente y para proporcionarse los demás artículos decidió Cochrane ir a visitar los puertos del norte, no dejando más que la *Chacabuco* para que cruzase delante de la bahía de Callao. Es necesario confesar que la esperanza de alguna buena presa, sueño constante del noble *lord*, entró por algo en esta excursión, emprendida antes de lo que debiera. Sea de esto lo que fuere, a fines de marzo se encontraba en la bahía de Huacho, haciendo aguada. El capitán Mora, que bajó a tierra a proteger los marineros encargados de esta operación, quedó muy satisfecho de los habitantes de este pequeño puerto, a quienes encontró dispuestos a venderles cuanto podían necesitar. El sentimiento del patriotismo hacía ya progresos en aquellos pacíficos contornos, como lo hacía también en Lima, donde las proclamas de O'Higgins, San Martín y Cochrane andaban de casa en casa y hasta algunas veces se veían fijadas a las puertas de las iglesias y de los monumentos públicos con gran pesar de los españoles, inclinados por su interés al sostén del virreinato.

La buena inteligencia de los chilenos con los peruanos tuvo lugar el 30 de marzo, pero el 31 nadie se presentó en la plaza y menos en la playa. Indudablemente se había dado orden prohibiendo toda comunicación y esto chocó tanto más al Vicealmirante cuanto que tenía permiso para hacer la aguada y las compras que necesitase, lo que se había verificado tranquila y sosegadamente. Para que si guardaba un absoluto silencio no se interpretase por impotencia, escribió a Salinas, gobernador de Huaura, de quien dependía Huacho, preguntándole el motivo de semejante alejamiento y amenazándolo con marchar sobre la ciudad si las cosas continuaban en el mismo estado. La respuesta fue bastante presuntuosa y Forster recibió orden de marchar sobre Huaura, adonde llegó por la tarde, bastando su presencia para dispersar los quinientos milicianos que el Gobernador había reunido.

Mientras estaban en Huacho haciendo provisión de víveres y saqueando las casas de los realistas, para lo que, a su modo de ver, el incidente ocurrido les daba pleno derecho, el contralmirante Blanco se incorporó a la escuadra, llevando consigo el *Galvarino* y el *Pueyrredón* y llegando a tiempo de hacer cesar el saqueo, cosa que no había hecho Cochrane. Como eran de poca importancia las nuevas empresas que se iban a acometer, el Vicealmirante consideró inútil este refuerzo y conservando la *O'Higgins* y el *Galvarino*, despachó el *San Martín*, la *Lautaro* y el *Pueyrredón* a que se reuniesen con la *Chacabuco* para bloquear, al mando del contralmirante Blanco, la entrada de la bahía de Callao y todas sus inmediaciones.

Las dos divisiones, pues, se separaron, dirigiéndose al sur la de Blanco y la norte la de Cochrane, quien se proponía dar caza a los buques mercantes y sobre todo apoderarse de las considerables sumas, que según noticias, iban a embarcarse en diferentes puertos para España. En todos los puntos en que Cochrane desembarcó, fue recibido por los habitantes, pero especialmente por los cholos y los indios, más como libertador, que como enemigo. No sólo le presentaban los víveres que pedía sino, también, leña, frutas y hasta mulas y caballos, que fueron muy útiles, pues montados los soldados pudieron internarse bastante en el país y hacer presas de alguna consideración. Las que se verificaron en los puertos de Supe, Huarmey, Huambacho y Paita fueron muchos más importantes, tanto en dinero como en efectos y si es verdad que en el último hubo que deplorar algunos desórdenes y algunas iglesias saqueadas, también es que los marineros ingleses, autores de tamaños excesos, sufrieron un riguroso castigo de azotes delante de las iglesias mismas que habían profanado y en presencia de un público atónito de tan ruda justicia, cuando vivían en la creencia de que los patriotas eran crueles, inhumanos y sin ninguna religión. Además de estas penas corporales y de la restitución exacta de todos los objetos robados, Cochrane entregó mil pesos al eclesiástico más respetable de la ciudad con destino a la reparación de las iglesias citadas.

En cuanto supo el virrey Pezuela que el enemigo se encontraba en la costa del norte, envió a ella quinientos infantes a las órdenes del teniente coronel don Rafael Ceballos Escalera y doscientos caballos a las del de la misma clase don Andrés García Camba. Estas tropas, que salieron de Lima el 3 de abril, arribaron a los diferentes puertos de Huacho y Huaura cuando ya habían salido los patriotas y Camba que avanzó hasta Supe, supo a su llegada el embarque de ciento cincuenta negros esclavos, cogidos con otros varios objetos en las haciendas inmediatas y principalmente en la de don Manuel García, enemigo declarado de los principios revolucionarios. Convencido Ceballos de que nada podía hacer, se volvió a Lima, dejando en Huaura una corta guarnición y al teniente coronel don Mariano Cucalón, de comandante de toda la costa del norte.

A su vuelta de Paita desembarcó otra vez Cochrane en Supe, a cargar sus buques de azúcar y otros artículos que creía encontrar, pero habiéndole presentado fuerte resistencia las tropas de Cucalón, con las que no contaba, tuvo que reembarcarse para Callao a reunirse con la otra división de la escuadra. No hallándola allí, fue a buscarla a los demás puertos, en los que tampoco la halló y entonces se dirigió a Valparaíso, adonde había llegado hacía poco tiempo.

El contralmirante Blanco, que estaba con cuatro buques a la entrada de la bahía de Callao, escaseándole los víveres, estimó conveniente en interés de la tripulación, ir a varios puntos de la costa para buscarlos y no habiendo podido desembarcar, se dirigió a Valparaíso con aprobación de sus oficiales. Su llegada dio margen a muchas murmuraciones, porque decían que era una falta de disciplina haber levantado el bloqueo, pues si necesitaba víveres podía habérselos proporcionado en los puertos inmediatos, como había hecho Cochrane. Especialmente el periódico el *Telégrafo* le atacó un poco apasionadamente, y como encontrase eco en la opinión pública, el célebre comandante se justificó ante sus conciudadanos

en un escrito, en que hizo ver claramente y con documentos auténticos, la dificultad que había encontrado en esa especie de indagaciones. Esto no obstante se le sujetó, a petición suya, a un consejo de guerra, que presidió Cochrane y por completa unanimidad fue aprobada su conducta. El gobierno en este asunto quiso ser consecuente con el sistema de rigidez que proclamaba y que se proponía poner en práctica contra todo empleado del Estado, por medio del Tribunal de Residencia establecido bajo la dirección de un senador, don Francisco Antonio Pérez y dos ministros de la Cámara de Justicia, don Lorenzo José de Villalón y don Ignacio Godoy.

Así terminó la primera expedición, que duró seis meses próximamente. Sin duda los resultados no correspondieron a las esperanzas concebidas en tan buena escuadra y que mandaba un almirante, no menos célebre por sus conocimientos, que por su intrepidez y mucha experiencia, sin embargo, “a falta de victorias o adquisiciones terrestres, ajó el prestigio del antiguo poder, dio la señal de alarma al pueblo peruano y encadenó al enemigo en su propio territorio, impidiéndole salir del recinto de Perú a perturbar la marcha de la nacionalidad en las colonias vecinas”¹⁷⁸. También sembró algunos principios de libertad entre los peruanos y especialmente entre los indios, lo que inquietó al Virrey y le obligó a situar tropas en varios puntos de la costa, disminuyendo el campamento de Lima y a mandar al comandante de los cazadores de Cantabria don Joaquín Bolívar que hiciese uso de las armas a comprimir el espíritu sedicioso que se iba extendiendo mucho en aquéllos. Las presas no dejaron de tener alguna importancia, pues consistieron en un buque el *Moctezuma* y otros ocho o diez de varios tamaños, algunas lanchas cañoneras y gran cantidad de víveres, efectos y dineros, valuado todo en unos quinientos mil pesos.

¹⁷⁸ Don Antonio García Reyes. *Memoria sobre la primera escuadra nacional*, p. 36.

CAPÍTULO LIV

El ejército realista va a Talcahuano con los empleados y habitantes de Concepción. También abandonan esta ciudad las monjas trinitarias. Balcarce toma el mando del ejército y marcha contra Sánchez. Pasan los realistas el río Biobío cerca de Nacimiento. Se apodera Balcarce de esta plaza y vuelve a Santiago. Sánchez se dirige a Valdivia y deja algunas tropas en Angol al mando de Benavides. Digresión sobre este célebre jefe. La provincia de Concepción más realista que patriota. Dispersión de las familias en las orillas del Biobío. Benavides ataca a Rivero en Santa Juana y se apodera de esta plaza. Asesinato del plenipotenciario Torres y de los prisioneros de Santa Juana. Mal estado de la gran llanura del Laja y de Los Ángeles. Freire sale de Concepción para ir a atacar a Benavides. Éste va a Los Ángeles e intima a Alcázar el orden de rendirse. Regresa a Curali, donde es completamente derrotado por Freire. Éste le persigue hasta Arauco y vuelve a Concepción, donde se dedica a reformas administrativas. Benavides se repone de su derrota y lleva la desolación al llano del Laja. Llega Carrero, es apresada la fragata *Dolores* y son asesinados su comandante y parte de la tripulación. La montonera de Seguel es completamente destruida y muerto su jefe. Brillante resistencia de don Manuel Quintana al ataque de Bocardo contra Yumbel. Escaramuza en el Avellano. Benavides rehace sus fuerzas y se prepara a nuevos ataques. Campamento de las monjas trinitarias de Curapalhue.

La pérdida de la fragata *María Isabel* y de los transportes que conducían la mayor parte de los dos mil hombres embarcados en Cádiz para Chile, colocó a Sánchez en una posición sumamente crítica. Dueños del mar los patriotas, se encontró aislado en la provincia, sin esperanza de socorro de ninguna especie y en la imposibilidad de resistir a las tropas de mar y tierra que no tardarían en atacarlo. En este conflicto, cuya principal causa era la pérdida de Osorio, Sánchez reunió un consejo de guerra para discutir lo que convenía hacer, siendo su opinión que se abandonase a Talcahuano, opinión en que persistió no obstante el parecer contrario de algunos oficiales. Se decidió, pues, retirarse a Los Ángeles para estar más cerca de la tierra de los indios y poder con más facilidad marchar a Valdivia, si las circunstancias lo exigían. Como muchos soldados de los recientemente llegados de España estaban enfermos y alojados en casas particulares, se dio orden a los médicos de la armada para que llevasen a San Pedro y sus alrededores los que no estuviesen en estado de resistir el viaje; los demás fueron incorporados en los diferentes batallones o escuadrones, según el arma a que pertenecían.

El 14 de noviembre de 1818 salió Sánchez de Concepción con todos los soldados, empleados y muchas familias, en total, unas dos mil quinientas personas, de ellas mil seiscientos militares aproximadamente, incluida la compañía de fusileros formada con los marineros de la *María Isabel*. Iban también todas las monjas trinitarias, cuyo viaje se debió principalmente a los consejos del canónigo Unzueta, provisor familiar de la Santa Inquisición, a pesar de la gran consternación que produjo en las pocas gentes que se quedaron, quienes aseguraban que sus personas serían siempre respetadas y su convento protegido por todos los partidos, como había sucedido hasta entonces, no obstante que los de los frailes hubiesen servido de cuarteles o de prisioneros militares. En consideración a ser bastante grande la distancia que separa Concepción de Los Ángeles, el intendente Cabaña puso a su disposición nueve barcas, de manera que parte del viaje lo pudieron hacer por agua a la vista de otros muchos bateles en que iban frailes y eclesiásticos y además de cierto número de soldados que seguían por las orillas¹⁷⁹.

Como la caravana se componía de mucha gente, la marcha era lenta y a veces penosa, lo cual desesperaba a los soldados excitándolos a desertar. El mal cundió a los oficiales, que viendo su causa poco menos que perdida, se pasaban al enemigo y entraban en sus filas. Loriega, jefe de estado mayor quiso poner término a esta plaga, usando penas severas. Algunos desertores que se cogieron fueron condenados a muerte infamante y llevados con música a la plaza de Los Ángeles, donde se les fusiló por la espalda. A pesar de las súplicas de Sánchez, el consejo de guerra y especialmente don Fausto del Hoyo y Loriega permanecieron inflexibles y aplicaron con todo rigor el código militar español, sumamente severo con los desertores, sobre todo en presencia del enemigo.

Al salir Osorio de Talcahuano dejó muy recomendado a Sánchez que asociase a su causa la barbarie de los indios, cosa que le era tanto más fácil, cuanto que los había tratado mucho y además tenía en su mano el medio de comprometerlos, valiéndose de los capitanes de amigos, siempre fieles a la monarquía española. Ya hemos visto que un día reunió en la Florida buen número de caciques que le prometieron su salvaje y sanguinario apoyo. Vueltos estos caciques a sus casas, los llamó Sánchez en cuanto llegó a Los Ángeles, celebró con ellos una reunión y les hizo prometer fidelidad al Rey y odio implacable a los patriotas. Todos los caciques presentes ofrecieron un contingente de hombres más o menos considerable, distinguiéndose Choyquián, cuya oferta se elevó al increíble guarismo de cuatro mil, con más quinientos caballos. Algunos capitanes de amigos fueron además a buscar a los caciques que habían permanecido indiferentes al llamamiento de Sánchez, con orden de advertir a los indios que todos los realistas iban a pasar el Biobío y que no quedarían en la provincia más que patriotas a quienes era necesario tratar como a enemigos. El capitán don Miguel Salazar, a quien no hay que confundir con el valiente mayor Salazar, comandante de Nacimiento, fue comisionado con don Domingo Salvo para entenderse con los caciques de Lonquimay, Hueñiri y

¹⁷⁹ Para atender a los gastos del ejército se impuso a los propietarios una contribución de un décimo de sus bueyes, caballos y mulas. *Journey of a residence in Chili*.

Millalén, el mulato de Collico, etc., y llegó hasta decirles, inspirado sin duda por un horrible y salvaje rencor, que era necesario hacer una carnicería sin perdonar a nadie, ni mujeres ni niños. El último de los caciques citados, que más adelante hizo un gran papel en Dahuehue, indignado con tan feroz barbarie, le respondió que entre ellos no había cómplices para tamaños delitos y que cualesquiera que fuesen las circunstancias, la vida de las mujeres y de los niños estaría segura¹⁸⁰. Con esta respuesta demostró que muchas veces los pueblos salvajes conocen las leyes de la humanidad mejor que los que se llaman civilizados.

En la misma época poco más o menos, el gobierno chileno, saliendo de la indiferencia con que había mirado los restos de Maipú, envió a la provincia de Concepción un cuerpo de ejército suficiente para atajar los progresos del nuevo enemigo y expulsarlo completamente de la república¹⁸¹. A Balcarce, como jefe superior del ejército, se le confirió el mando de esta expedición, compuesta del batallón número 1 de Chile, del número 1 de Coquimbo, del Carampague, de los cazadores de Los Andes y granaderos de caballería de San Martín y de una brigada de artillería, formando un total de tres a cuatro mil hombres. El coronel Freire, nombrado intendente de la provincia, fue enviado delante y como de ordinario le acontecía, a él le tocó dar el primer golpe al enemigo. Al llegar a Parral, donde se encontraba el valiente Zapiola, se puso a la cabeza del ejército y marchó sobre Chillán, ocupado alternativamente por el coronel patriota Zapiola y el coronel realista Lantaño. En aquel momento era éste el que se hallaba allí, pero al aproximarse Freire salió en dirección a Los Ángeles, llevando detrás los patriotas hasta Quilmo.

Con arreglo a las órdenes que tenía del gobierno, Freire no persiguió al enemigo y permaneció en Chillán hasta la llegada de Balcarce, a quien entregó el mando de sus tropas. Entonces se dirigió por Yumbel a Concepción, defendida por unos cuarenta merodeadores. Para reanimar el estado moral de esta ciudad e inspirar a sus habitantes la confianza que la política española les había hecho perder, publicó muchas proclamas, ofreciendo amnistía completa a todo el que, comprometido o no, hubiese emigrado de su casa, ofrecimiento que ya había hecho el teniente coronel don Manuel González. Merced a ellas y a sus esfuerzos, todos los que estaban ocultos en los bosques de las inmediaciones para eludir la orden de los jefes realistas que les mandaba retirarse a Arauco bajo pena de ser tratados como enemigos, volvieron a sus domicilios o propiedades y la ciudad recobró la seguridad y animación que tanta falta le hacía. Al poco tiempo, cerca de cuatro mil emigrados, casi todos mantenidos por el gobierno en Santiago, salieron a sus expensas para Concepción.

Balcarce no se detuvo mucho tiempo en Chillán: dejando a Alcázar para que protegiese la retaguardia del ejército y cuidase de la montonera de Gabriel Palma, se dirigió a Los Ángeles. Una fuerte avanzada que destacó contra Lantaño, alcanzó

¹⁸⁰ Conversación con don Domingo Salvo de Santa Bárbara.

¹⁸¹ These were the effects of what still appears to me, the unnecessary and impardonable delay of the patriots, in their preparations to take possession of the province. *Journal of a residence in Chili* (Concepción y Los Ángeles) in 1817, 18, 19, p. 195.

a este jefe en el salto del Laja, y algunos tiroteos bastaron para desalojar todas sus tropas y las que estaban defendiendo el paso. Desembarazado Balcarce de este obstáculo, llegó sin ningún otro a Los Ángeles, de donde pocos días antes había salido el enemigo, es decir, el 17 de enero de 1819.

Según algunos oficiales inteligentes y prácticos, Balcarce tuvo una ocasión magnífica para destruir completamente la división acampada en el salto del Laja, como los mismos se lo hicieron conocer y como se lo aseguraron los espías; pero por una singular apatía, poco frecuente en aquel General, la dejó quieta y que pudiese reunirse a la del General en Jefe la misma noche que salió de Los Ángeles entre la Candelaria y Santa Fe. Otro error cometió Balcarce, y fue el de instalarse en Los Ángeles y no perseguir con actividad al enemigo, que iba en retirada y que tenía delante un río muy ancho y muy profundo que necesariamente había de detenerlo. No faltó quien creyese ver en esta conducta uno de los tantos motivos políticos censurados a O'Higgins, que era prolongar la guerra para distraer la atención de los habitantes de Santiago y fijarla en ella contrariando los movimientos regulares de los poderes políticos. Sea como quiera, Balcarce perdió muchos días en Los Ángeles y se contentó con enviar contra los fugitivos al coronel Escalada con una partida de sus granaderos. El mayor Viel, a la cabeza de unos cuarenta de éstos, no tardó en picar la retaguardia enemiga, que huía en algún desorden, abandonado en el camino bagajes, efectos y carretas. Desgraciadamente no llevaba Viel infantería y cuando al llegar cerca del río se encontró con que tenía que bajar una colina bastante elevada y cubierta de árboles, temió una emboscada y creyó prudente contener su arrojó y esperar a que llegase la infantería que ya había pedido muchas veces. Desde la altura estuvo viendo con el mayor despecho atravesar las barcas llenas de soldados, que tan fácil le hubiera sido detener y capturar. Así pasó todo aquel día atormentado por la ira y la impaciencia, pues hasta el siguiente no llegó Alvarado con sus cazadores, los cuales con una parte de los jinetes, se precipitaron pie a tierra a la parte baja de la colina y llevaron el terror a todas aquellas familias, ya muy impresionadas con los excesos de todo género que había cometido una soldadesca indisciplinada. En medio de una gran confusión a la que había precedido el robo de bagajes, equipajes, etc., se veían las mujeres tirarse al río, algunas con un niño y hasta con dos en los brazos y hacer esfuerzos inauditos para ganar la otra orilla o por lo menos alguna de las islas que aquél forma y donde a pesar de que se guarecían detrás de los árboles, las alcanzaban las balas de cañón y de fusil que se cruzaban de los dos ejércitos. El joven don Eustaquio Bruix, hijo del almirante francés y hermano del comandante de una compañía de granaderos que se distinguió admirablemente en esta refriega, deseoso de socorrer a estas familias desoladas, fue herido en el bajo vientre por una bala de cañón que le puso fuera de combate, habiendo muerto a las pocas horas en la cama de su bizarro amigo don Jorge Beauchef.

Luego de que los realistas pasaron el río Biobío, marchó contra ellos Balcarce, dirigiéndose por el lado del río Hualqui, sobre el que construyó unas balsas. Con la idea de sorprender al enemigo, se puso en marcha por la noche en medio del mayor desorden, si bien no ocurrieron accidentes ni obstáculos. Era Sánchez

demasiado débil para que quisiese medir sus armas con las de su antagonista; sin embargo, en un consejo de guerra se resolvió marchar contra él, para aprovechar al menos la ventaja que se tiene siempre delante de un enemigo ocupado en el paso de un río caudaloso. Algunas tropas enviadas por la noche de vanguardia al mando de La Fuente, tuvieron que sostener al llegar a Tubunlevu algunos tiroteos con una avanzada de realistas, que aquél no esperaba encontrar allí. Con esta equivocación creyó Sánchez que ya no era posible sorprender el ejército de Balcarce y resolvió abandonar Nacimiento y retirarse a tierra de indios, a pesar de la viva oposición de Cabaña, don Fausto del Hoyo, Bobadilla, etc. Su partida, que tuvo lugar el 30 de enero de 1819, fue con tal precipitación, que quedó abandonada una cantidad muy considerable de objetos que iban a ser presa de los indios y de las llamas. Felizmente el capitán Bruix llegó a tiempo de contener el incendio y salvar a la patria una gran cantidad de víveres, trigo, azúcar, herramientas, más de ciento treinta y seis mil marcos de tabaco de Saña y otros diferentes objetos, los que se distribuyeron algunos en el ejército.

Con la toma de Nacimiento y la retirada de los realistas sobre Valdivia, quedó libre del todo la provincia de Concepción y en su consecuencia terminada completamente la campaña del sur. Balcarce, el héroe de esta fácil campaña, fue llamado a Santiago, para donde marchó llevando consigo los granaderos de caballería y los cazadores de Los Andes¹⁸², de manera que no quedó en la provincia más que la infantería, esto es, los batallones de Carampangue, el número 1 de Coquimbo y el número 1 de Chile, que pasaron a las órdenes inmediatas del intendente don Ramón Freire. Estas tropas, con más un escuadrón de escolta, era toda la fuerza destinada a hacer frente a la furiosa tempestad que la barbarie iba a levantar contra aquella desgraciada provincia.

Aunque los emisarios enviados a los indios por Sánchez habían producido todo el efecto deseado, consiguiendo con sus astutos manejos agitarlos y atraerlos a su partido, sin embargo, no podía aquél contar mucho con la fidelidad de unos salvajes, dispuestos siempre a la traición y a caer sobre los débiles. No pocas veces había sido ya víctima de su perfidia y tres días después de su salida de Nacimiento le robaron en el camino de este pueblo a Angol y al pasar el río, todo el ganado consistente en mil doscientos bueyes y vacas y doce mil carneros. Al llegar al último pueblo citado fue aún más difícil su posición con los indios, porque al verse éstos amenazados por el ejército patriota no querían comprometerse más. Con este intento y apoyados por una multitud de caciques que acudieron a toda prisa, persistieron en su resolución, a pesar de los simulacros de violencia desplegados a su vista y si al fin cedieron a la palabra influyente de los capitanes de amigos, no fue sin exigir un fuerte rescate y además una partida de cien soldados que los protegiese y defendiese contra los patriotas¹⁸³. A petición suya se dio el mando de estos soldados a don Vicente Benavides, hombre cruel y sanguinario, que por

¹⁸² Muchos de estos granaderos, no queriendo volver a la república argentina adonde sabían que los iban a llevar, desertaron y fueron a incorporarse a las montoneras enemigas de Prieto.

¹⁸³ Conversación con el oficial del ejército realista don Saturnino García.

el gran papel que representó en los últimos días del poder español, merece nos ocupemos de él¹⁸⁴.

Don Vicente Benavides nació en el departamento de Itata, su familia era pobre y su padre ejerció mucho tiempo el vil empleo de carcelero de Quirihue. Su posición en la infancia fue poco honorífica, hasta que entró de criado en la administración de tabacos, destino de confianza porque era el encargado de llevar los caudales a Concepción y además le dejaba tiempo para dedicarse a algunos estudios y aprender a leer y a escribir, cosa que hacía muy mal. Se hallaba desempeñándolo cuando las primeras guerras de la Independencia vinieron a despertar sus instintos guerreros y lo arrastraron a alistarse en el ejército de los patriotas; al poco tiempo era una de las trescientas personas que a las órdenes de Alcázar fueron en socorro de Buenos Aires. Cuando estas tropas volvieron a Chile, Benavides desertó, pasándose al ejército de Osorio con el grado de sargento que había ganado en su campaña.

Sea que quisiese enmendar sus anteriores opiniones o que las nuevas que adoptó fuesen más aptas para inflamar sus malas pasiones, lo cierto es que desde que llegó al campo enemigo se señaló con actos de audacia, que no tardaron en hacerle distinguir. En el sitio del Membrillar fue uno de los que tuvieron bastante arrojado para penetrar en una trinchera, en la que se defendió con valentía hasta que cayó prisionero. Llevado con el ejército, supo sacar partido de su triste posición, poniendo fuego cerca de Achihueno a un parque de municiones y aprovechando la confusión que el incendio produjo, consiguió salvarse, a pesar de los grillos que le habían puesto, para ir a revelar a Osorio el plan de O'Higgins, que era atacarlo por la noche. En el sitio de Rancagua su conducta no fue ni menos hábil ni menos vigorosa, siempre en medio del fuego, se portó con distinción y conquistó el grado de oficial a despecho de las preocupaciones. Decidido entonces más que nunca por la causa real, fue destinado de guarnición tan pronto a San Pedro, tan pronto a Arauco, alternando en los diferentes puestos de esta línea para ejercer su pernicioso influencia en el ánimo de los indios, cuyos rapaces y destructores instintos halagaba.

Cuando O'Higgins sitió a Talcahuano, Benavides continuaba por el lado de Arauco, penetrando con mucha frecuencia entre los indios, que había sabido ganar y volviendo con ellos a llevar la inquietud al campo de los patriotas, pero luego que regresó Osorio, siendo casi inútil su presencia en aquellos puntos, fue a ponerse a disposición de este General para formar parte del ejército destinado a marchar sobre Santiago. Se halló en la acción de Cancha Rayada y en la gran batalla de Maipú, en la que fue adversa la fortuna. Hecho prisionero con su hermano don

¹⁸⁴ Don Diego Barros ha publicado una excelente memoria sobre la vida y campañas de este hombre funestamente célebre. Lo que vamos a decir llenará algunos pequeños vacíos que en ella se notan y contribuirá a que se le conozca mejor, pues será un compendio de las numerosas notas que hemos tomado de su correspondencia y de lo que hemos oído a personas competentes, tales como el señor Castellón su protector, su esposa doña Teresa Ferrer, a quien en 1839 tuvimos ocasión de ver en Concepción y otras muchas que formaron parte de sus montoneras.

Timoteo, a los pocos días fueron condenados ambos a ser ahorcados por haberse pasado con armas y bagaje al ejército enemigo. La sentencia se hubiera sin duda ejecutado, a no ser por las instancias del señor Castellón y don Salvador Andrada para con el valiente coronel Las Heras y de éste para con San Martín, como resultado de las cuales se les conmutó la pena de muerte en la de presidio. Estaban en el consulado, donde se hallaban asimismo los demás oficiales hechos prisioneros en Maipú, y Ordóñez, que conocía la crítica posición de los hermanos Benavides, se acercó a don Vicente y le dio a escondidas un vale de cinco mil pesos, diciéndole que si esta suma podía salvarle de los peligros a que estaba expuesto por alguna otra revelación, podía hacer uso de ella cerca de la persona que le indicó.

Los hermanos Benavides pasaron olvidados algún tiempo y trabajando en las obras de la ciudad, ocupación poco adecuada ciertamente al carácter de capitán que don Vicente había ganado en sus diferentes campañas. No se quejaron de esta falta de consideración, contentos con haber encontrado guardianes accesibles a sus penalidades y dispuestos a dispensarles alguna benevolencia. Un día que no trabajaban, acertó a pasar por su lado don Hilarión de la Quintana, director subdelegado a la sazón por O'Higgins y admirándole su ociosidad, preguntó sus nombres. Cuando oyó pronunciar los de los hermanos Benavides no pudo contener un gran movimiento de cólera y reprendió agriamente a los celadores, diciéndoles que aquéllos habían sido condenados a la horca y que no merecían ninguna especie de miramientos. No satisfecho con esta reprensión, mandó que los trasladasen a los cuarteles de los dragones al lado del palacio, de donde a los pocos días fue a sacarlos el teniente don Ventura Ruiz para llevarlos durante la noche al llano de Maipú con una escolta. En el camino comprendió Benavides su posición y dirigiéndose al teniente le hizo las ofertas para que estaba autorizado por Ordóñez, pero nada pudo conseguir, porque Ruiz, como hombre de honor, le respondió que no lo haría, aunque le ofreciese cien mil pesos. Los dos miserables se vieron condenados a sufrir su suerte.

Llegados a eso de las dos de la mañana más allá del conventillo, Ruiz les anunció su penosa misión, que era fusilarlos y los mandó ponerse de rodillas y que descubriesen el pecho. Después que pasó el tiempo necesario para que se encomendasen a Dios, se les acercaron cuatro soldados y casi a quemarropa dispararon dos tiros a cada uno. Sea que se hubiesen caído las balas de los fusiles dirigidos contra don Vicente, o que pasasen sin tocarle, lo cierto es que quedó salvo y sólo con la camisa un poco quemada. Entonces con la misma presencia de ánimo que conservó hasta el momento en que se verifica el suceso más grande de nuestra vida, se tiró al suelo al mismo tiempo que cayó su hermano y tan bien supo fingir que estaba muerto, que el teniente dio a sus soldados la orden de que montasen a caballo, partiendo con ellos persuadido que dejaba en el campo dos cadáveres. Uno de los soldados, al pasar al lado de don Vicente, le dio un fuerte sablazo en el cuello, diciendo que lo hacía para que no reviviese aquel asesino. Tan grande era la emoción que le agitaba en aquel momento que casi no sintió dolor alguno y no levantó la cabeza hasta que supuso que todos habrían marchado. Al levantarla vio que se le acercaba otro soldado y se creyó vendido, pero éste, que no iba más que

en busca de un zapato que había dejado olvidado, volvió a subir a caballo y no tardó en incorporarse con sus compañeros, que regresaban a Santiago.

Luego que don Vicente Benavides se quedó solo, vendó como pudo su gran herida y se dirigió hacia donde estaba una luz, que veía a corta distancia. Al pasar cerca de un corral de ovejas, el guardia tuvo miedo de él, pero serenado muy pronto acudió a sus voces y escuchó, compasivo la relación que le hizo de un encuentro, al ir en busca de caballos, con unos salteadores que habían matado a su hermano, habiéndose él escapado por un gran milagro, después de recibir la herida que le señalaba. Era esta historia tanto más verosímil, cuanto que hacía algún tiempo estaba el campo infestado de bandidos, de manera que las personas que la escucharon creyeron lo mejor llevar a Benavides a casa del juez, como lo hicieron no obstante la viva oposición de aquél, temeroso de que lo reconocieran. Sobre no haber sucedido así, encontró en el juez una persona muy caritativa, que le suministró los primeros auxilios y le dio hombres para que lo acompañasen a Santiago.

Aquí se presentó una nueva y no menor dificultad. Benavides sabía muy bien que su mujer vivía en una de las tres casas del señor Real, pero no en cuál y temía los inconvenientes de preguntar por ella. Una feliz casualidad vino en su auxilio, pues precisamente la primera a que se dirigió era la que buscaba. Al oír su voz y ver ensangrentada su cara y el poncho que le habían prestado, su mujer dio un grito, que su marido sofocó al instante con una mirada de inteligencia. Los que le acompañaron regresaron a sus casas y cuando volvieron al día siguiente, les anunciaron su muerte, cosa que no les chocó, tan profunda era a su parecer la herida.

El riesgo que había corrido Benavides, lejos de acobardarlo le dio por el contrario una fuerza y una energía, que sólo ellas pudieron sostenerlo en medio de tan terrible drama. Así continuó mientras el peligro estuvo presente a su imaginación, pero en cuanto se vio seguro las fuerzas empezaron a faltarle y la herida tomó un carácter tan alarmante que mandó llamar un sacerdote y un médico. Se necesitaban personas de toda confianza y se encontraron el primero en el padre Valencia, del convento de San Francisco y el segundo en un cirujano francés, don Juan Chamoret que, como él, fue hecho prisionero en la batalla de Maipú. Gracias a los cuidados de todo género que el último le prodigó, la herida presentó pronto otro aspecto y acabó por curarse completamente, sin dejar más huella en el herido que llevar éste la cabeza un poco inclinada.

Estaba por entonces en Santiago el señor Castellón, personaje muy afecto a esta familia. Veía de cuando en cuando a Benavides y un día le hizo entender que la causa española estaba completamente perdida, aconsejándole que volviese al ejército de los patriotas, en el que podía prestar grandes servicios. Manifestándole Benavides que no sabía cómo presentarse, el señor Castellón tomó a su cargo hablar a San Martín. Le habló en efecto y este General se quedó admirado. Aunque le inspiraba poca confianza aquel traidor, ofreció proporcionarle ocasión de que se le cumpliesen sus deseos, añadiendo que le recomendaría muy eficazmente. Se necesitaban todos estos secretos porque el plan era que Benavides se presentase a Sánchez como un fugitivo y enseguida fuese espía de Balcarce. Nadie supo en Santiago su marcha, si se exceptúa el coronel Merino que lo llevó consigo disfrazado

de arriero y así fueron hasta Concepción, donde Benavides dejó a su mujer, que lo acompañaba, volviendo a figurar muy poco después en el ejército de los realistas.

Tal es la extraordinaria historia de Benavides. A las instancias de los indios que tan bien sabía ganar y agitar, debió que Sánchez lo nombrase jefe de las pocas tropas que dejó con ellos¹⁸⁵. No puede dudarse de su buena fe hacia la patria cuando se incorporó en el ejército de los realistas, pues en muchas cartas de Balcarce he visto que este General se felicitaba de tenerlo consigo y de los servicios que le prestaba¹⁸⁶. Quizá sus intenciones eran las mismas a la salida de Sánchez y sólo cuando se vio a la cabeza de cierto número de tropas, su amor propio por un lado y su ambición por otro, le hicieron olvidar sus promesas y lo lanzaron de lleno en la guerra de partidas. Inspirado entonces por el recuerdo de las humillaciones y padecimientos que había sufrido se propuso dejar huellas indelebles de su ira y se decidió a continuar las guerras de la revolución, más para satisfacer una venganza que por defender una opinión.

Aparte de esto, la guerra que iba a emprender era fácil y ofrecía probabilidades de buen éxito, porque esperaba sacar partido de esa población flotante, que está siempre dispuesta a irse del lado que favorece sus instintos y sus pasiones. Además, el espíritu de la provincia no se inclinaba de ninguna manera a la revolución, pues sus habitantes no estaban aún animados de las ideas de libertad e independencia que agitaban a los pueblos del norte. Apegados a sus costumbres, dominados por la influencia del clero, sin conocer de la revolución más que lo malo, es decir, la destrucción y la violencia, no querían abandonar su pasado para lanzarse en un porvenir completamente desconocido y que además no se presentaba halagüeño. Exceptuando los emigrados que llevó O'Higgins a Santiago y que estaban ya de vuelta, la provincia sólo podía contar con escasos número de patriota, de los cuales pocos eran hombres de acción, y muchas gentes tímidas que gritaban muy alto en ciertas circunstancias, pero cuyos gritos no tenían ecos en sus corazones. Un joven norteamericano que hacía tres años vivía en la provincia con motivo de un pleito sobre un buque mercante, dijo en su diario que nunca conoció a un verdadero patriota¹⁸⁷ y lo que prueba bien el apego que tenían a su Rey o más bien a sus costumbres, es la prontitud con que se sacaban nuevas levas, aun después de un desastre.

Hemos visto que cuando Sánchez salió de Talcahuano, todos los realistas de esta ciudad y de Concepción abandonaron sus casas para seguir al ejército. Los

¹⁸⁵ Don Diego Barros dice, en su muy interesante estudio que Balcarce envió a Benavides a Angol. Creo que esto es una equivocación, porque de mis notas que he tomado de noticias dadas por Lantaño, don Saturnino García, etc. resulta que Benavides se hallaba ya con Sánchez, a quien procuraba engañar en favor de la patria y que el mismo Sánchez fue quien lo dejó en Angol para que revolucionase a los indios y reuniese a los desertores.

¹⁸⁶ Esto no obstante, según una conversación que tuve sobre la materia con el capitán general Freire, parece que cuando Balcarce pasó Nacimiento quiso hacerle caer en una emboscada, lo que supo a tiempo por un espía.

¹⁸⁷ But except through the grates of a prison, or upon some distant height I had never yet seen a professed patriot. *Journal of a residence in Chili*, p. 223.

del interior de la provincia hicieron lo mismo, continuando con él hasta que pasó el Biobío cerca de Nacimiento. Entonces como la intención de Sánchez era ir a Valdivia, sólo algunas familias lo siguieron, dirigiéndose las demás a diferentes puntos, más o menos próximos a sus propiedades. Unas marcharon a Arauco que estaba en poder del Rey y las de San Carlos y Duqueco, parte fueron a acampar a Pile bajo la dirección de Burgos y parte al llano de Vergara cerca de la junta de Mulchén con Bureo, bajo la de don Pedro Sánchez. Por último, las de Santa Bárbara y sus alrededores, se establecieron en Quilapalo, que se convirtió pronto en una población bastante considerable, pues había cerca de setecientas familias desde Quilaco hasta Huinquén, residencia del famoso cacique Colimán. Bocardo, antiguo alférez real y después coronel de las milicias, estaba entonces en Santa Bárbara con motivo de un asunto de ganados que le pertenecían como diezmero. Su reputación de hombre arrojado e inteligente le valió ser nombrado jefe de esta gran población, a la que supo inspirar sus fuegos y su energía. En la persuasión que podría ser atacado, se dedicó inmediatamente a levantar un cuerpo de milicianos, que sacó de los habitantes de Quilapalo y Pile a los cuales armó lo mejor que le fue posible, instruyéndolos y disciplinándolos con el eficaz auxilio del teniente coronel Elizondo.

De estos diferentes campamentos donde había tomado también asiento la barbarie, era de donde salían de tiempo en tiempo las numerosas montoneras, compuestas principalmente de indios, que llevaban el hierro y el fuego a todos los rincones de aquella desgraciada provincia, presa hacía muchos años de todos los horrores de las facciones enconadas. Benavides se ocupaba a la sazón en reunir los fugitivos que habían abandonado la bandera de Sánchez y que se apresuraban a acogerse a la suya, en la persuasión de que iban a satisfacer el gusto aventurero que los dominaba. Mandó se le reuniese la infantería, que Sánchez dejó en Tucapel y que don Elías Fuentes había ido a buscar de orden de don Juan Millán, comandante de Arauco, y si a estas tropas se agregan los reclutas que hizo en los alrededores de esta plaza, cogiendo hasta los jóvenes de corta edad, veremos que no tardó en encontrarse en posibilidad de entrar en campaña. Así lo hizo en efecto en febrero de 1819, presentándose a atacar con cuatrocientos hombres al teniente don José Antonio Riveros, que había ido a apoderarse de Santa Juana, plaza situada al sur del río Biobío y por consiguiente dentro de los límites que los realistas esperaban conservar.

Las tropas de Riveros eran muy inferiores a las de Benavides, pues apenas llegaban a ciento diez hombres, incluidos sesenta milicianos, pero a pesar de esta inferioridad numérica y de los consejos que le dieron de que no pasase el río y se quedase en Talcamávida, quiso como hombre de honor cumplir su deber y dio la orden de pasar. La fortuna no secundó desgraciadamente sus generosos esfuerzos. Atacado por todas las fuerzas de Benavides, le opuso una resistencia, honrosa sí, pero insuficiente para que pudiera durar mucho tiempo. Abrumado por el número, tuvo el dolor de ver a sus compañeros, los unos despiadadamente asesinados y los otros entre los cuales se hallaba él, precisados a rendirse prisioneros. De los ciento diez hombres, sólo treinta y seis milicianos pudieron salvarse, atravesando el río a nado.

Este primer triunfo, aunque corto, colmó de alegría al jefe realista y quiso aprovecharlo para reunirse con su mujer, que estaba en poder de los patriotas. La acción se verificó el 21 de febrero y el 23 escribió al intendente Freire, proponiéndole el canje de oficiales y soldados, y el de su mujer por Riveros. Freire aceptó las proposiciones, pero no se dio gran prisa a ejecutarlas con mucho disgusto del jefe realista, quien se las renovó el 15 de marzo, diciéndole que le enviase su mujer viva, enferma o muerta y que no demorase un solo instante, pues no le era posible contener más tiempo a los indios, que conforme a sus costumbres reclamaban los prisioneros para tener un día de contento y regocijo haciendo en ellos una carnicería.

Esta advertencia era una amenaza y una amenaza tanto más temible cuanto que el que la hacía, tenía dadas buenas pruebas de su mal corazón. Para contenerle, le envió Freire al teniente don Eugenio Torres, con un oficio, anunciándole que su mujer estaba en Talcamávida en poder de don Ramón Novoa, encargado de hacer el canje con Riveros. No se apresuró menos Benavides a enviar a éste, esperando que la misma barca en que iba, llevaría al objeto tan deseado, pero fuese desconfianza u otro motivo, retuvo consigo al plenipotenciario Torres, lo que incomodó tanto a Novoa, que devolvió la barca vacía. Como resultado mediaron entre ellos cartas que embrollaron el negocio, al que quizá no fue extraño un amor imprudente, y acabaron para neutralizar los deseos de Freire, que eran de enviar esta mujer a su marido. Éste se propuso entonces vengarse de una conducta, que calificaba de tan altamente ofensiva para su honra, como desleal, atendida su prontitud en cumplir por su parte las condiciones. En el furor que le dominaba mandó llamar al joven Torres, a quien había tratado bien hasta entonces, le sentó a su mesa y después de comer dio orden que le llevasen al rancho donde estaban los prisioneros de Riveros. A poco entró en el rancho una tropa de indios hambrientos de odio y de carnicería y al ruido de sus salvajes imprecaciones asesinaron a lanzadas a estas víctimas desgraciadas de la barbarie¹⁸⁸. Y, sin embargo, no habían pasado muchos días, el 30, le envió Freire a su mujer y supo al regreso del correo esta espantosa matanza, de la que se disculpó Benavides, escribiéndole que para salvar la vida había tenido que ceder a las exigencias inquietas e imperiosas de los indios¹⁸⁹.

Mientras Benavides cometía estos actos de barbarie, los jefes acampados en las orillas meridionales del Biobío se entregaban a otros no menos crueles y salvajes. A la cabeza de sus bandas de indios, recorrían la extensa llanura del Laja y los llevaban todo a sangre y fuego. Especialmente las bandas de don Miguel Rivas y don Pedro Sánchez se distinguieron por su audacia y actividad. En menos de once días saquearon casi enteramente aquel vasto territorio, robaron los ganados, incendiaron los cortijos y ranchos y asesinaron cuantos hombres, mujeres y niños encontraron, sin perdonar más que a los menores de nueve años, a los cuales lle-

¹⁸⁸ Sigo la versión de un jefe de montoneras de Benavides, pero según el parte de Freire fueron los soldados los que los mataron a sablazos. *Gaceta ministerial*, tomo 1, número 93.

¹⁸⁹ Carta de Benavides al intendente don Ramón Freire, fecha 4 de abril.

varon cautivos a su campamento¹⁹⁰. La guarnición de Los Ángeles era a la sazón muy corta y Thompson, a quien Balcarce había dejado de comandante mientras Alcázar estuviese en Chillán, no se atrevía a salir de su fortaleza desde la pérdida casi completa de los cincuenta hombres que envió por la parte de Negrete a las órdenes del capitán don Ramón Romero y si ocho o diez días después se decidió a proteger a unos voluntarios que impacientes salieron de Los Ángeles, fue para ser testigo de una segunda derrota.

La mala posición de Thompson no consistía tanto en ser corta la guarnición, como en que le faltaban caballos. Muchas veces los había pedido al intendente Freire, pero mal podía éste darle lo que no tenía y era difícil adquirir en una provincia tan arruinada por las revoluciones. Por eso los realistas y los indios, que los tenían en abundancia, extendían impunemente sus correrías hasta los cantones más lejanos de provincia y se aproximaron el día 25 a Los Ángeles en número de mil, a poner fuego a las casas. Felizmente no se quemaron más que dos y eso que con el viento norte estuvo muy expuesto a que se propagase el incendio a todo un barrio y especialmente al fuerte, que distaba muy poco. Thompson mandó salir algunos soldados al mando de don Mariano Prieto y su presencia bastó para que emprendiese la fuga una multitud a la que sólo envalentonaba el valor del salvaje, la astucia, o la superioridad numérica.

A pesar de esta pequeña ventaja, la guarnición no estaba de ninguna manera segura en su fortaleza. Los indios, a semejanza de los antiguos partos, no tienen a deshonra el huir. Su sistema es vencer a golpe seguro y jamás comprometer su suerte en una batalla, si no se ven en la necesidad de aceptarla. Esto que en tropas regladas y disciplinadas, disminuiría muchísimo la confianza del soldado, aumentando la del enemigo, es para ellos un acto de prudencia, consagrado por la costumbre. Así pues, apenas se habían retirado, volvieron en mayor número y con más animación aún y en este estado de cosas se acordó abandonar, sable en mano, una fortaleza que no era posible defender. Señalado el 10 de marzo para la salida, se hacían con actividad los preparativos, cuando todos los realistas e indios se retiraron por la parte de Santa Fe al ver que se les aproximaba Alcázar, quien habiendo salido de Yumbel con algunos refuerzos, iba a tomar el mando del ejército.

Cuando Freire conoció toda la importancia de estas montoneras cada vez más numerosas y osadas, al mando de los arrojados jefes Burgos, Bocardó, Zapata, Cipriano Palma, Pincheira, los hermanos Sánchez, etc., creyó de su deber marchar a aquellos lugares de desolación, sobre todo para vengar la muerte de los desgraciados prisioneros y de su plenipotenciario Torres, que Benavides le había participado. Sabedor de que este asesino se encontraba en Talcamávida, se dirigió allá con setecientos soldados y milicianos y llegó a los dos días de su salida de Concepción. Benavides no tuvo valor bastante para esperarle y se retiró a Gómero, de donde también salió, huyendo de los soldados del intendente que iban en su persecución. Así recorrió todas las cercanías de San Cristóbal, Rere, Yumbel y Tanahuillín, evitando encontrarse con su enemigo y acabando por abandonar completamente

¹⁹⁰ Conversación con el teniente coronel don Manuel Riquelme.

estos sitios para dirigirse sobre Los Ángeles, donde tuvo la fatuidad de pretender que capitulase la guarnición¹⁹¹. La carta que el 21 de abril escribió con este objeto al comandante, era tan impertinente como ridícula. En ella le concedía una hora para entregarse, haciéndolo responsable de los males que sobreviniesen si se resistía, le contaba como de costumbre mil cuentos sobre la destrucción del ejército de Freire y añadía: “Ya no existe más que sus reliquias, víctimas dispersas que cubren mi corazón de sentimiento y llanto”.

Una carta sentimental escrita por un hombre que tenía el asesinato por principio, merecía una respuesta entre seria y festiva. Alcázar le contestó en efecto: “que las armas de la patria no se rendían, que tenían harta pólvora y balas y buenas tropas y que le esperaba a la mesa”. Benavides levantó al punto el campo y su retaguardia, perseguida hasta Duqueco, pagó con algunos muertos la intimación de su jefe.

Con la salida de Freire de Concepción quedó esta ciudad sin tropas y abierta a la primera incursión del enemigo. Benavides creyó que podría penetrar en ella y con este objeto marchó a su antiguo campamento de Curali, donde estaban los soldados que se escaparon de Santa Juana cuando el capitán Quintana tomó esta plaza.

Luego que Freire lo supo, mandó que sus tropas pasasen a Santa Juana. Pasaron con efecto cincuenta infantes a las órdenes de Letelier y hubo algunas escaramuzas entre don Manuel Jordán y el capitán Arias, pero no era esto lo que Freire quería, sino una batalla en regla que decidiese la suerte de su partido y esta batalla la fue a buscar al mismo campamento enemigo.

Curali dista unas dos leguas de Santa Juana y se halla situado en el fondo de un valle, cuyas montañas están cubiertas de bosques vírgenes muy espesos. La naturaleza se había encargado de fortificar este punto y los jefes se habían limitado a cortar algunos árboles para obstruir las estrechas sendas con sus troncos. Las lluvias continuas habían dificultado aún más el paso por estas sendas y, sin embargo, Freire no titubeó un instante en lanzarse a estos peligrosos desfiladeros, tal era su deseo de avistarse con su enemigo. Al día siguiente de llegar, dividió sus setecientos hombres en dos columnas y reservándose el mando de una, dio al valiente coronel Merino el de la otra, compuesta casi toda de caballería, perteneciente en su mayor parte a la milicia de Quirihue y muy pocos infantes. El 1 de mayo de 1819 las dos columnas emprendieron la marcha por dos caminos diferentes, habiendo tenido la desgracia de que una lluvia que caía a torrentes les obligase a entrar y salir de Santa Juana muchas veces, de manera que hasta las dos de la tarde no pudieron avanzar definitivamente y eso venciendo mil dificultades. Merino, a la cabeza de su caballería, llegó primero. Teniendo que dar un gran rodeo para evitar los caminos que estaban obstruidos con los troncos de los árboles y sumamente molesto por una lluvia continua, no pudo llegar hasta una hora antes de la noche, pero aún le quedó tiempo para caer sobre el enemigo ya en fuga declarada, perseguirlo y

¹⁹¹ Al decir de algunas personas consultadas sobre este hecho, no fue fatuidad sino un ardid de que se valió para retirarse sin que lo persiguieran.

acuchillarlo a todo su sabor, hasta que la oscuridad y el agua que no cesaba, vino a favorecer la huida del uno e inutilizar el ardor del otro. Precicado a renunciar a su sangrienta persecución, se dirigió al campamento enemigo, donde se hallaba ya Freire con su columna.

El encuentro de Curali se consideró como una victoria, porque en él quedó destruida la montonera más numerosa y la que mandaba un hombre que tenía cierto prestigio y que engrosaba su pequeño ejército con una prontitud espantosa. De los seiscientos o setecientos hombres que tenía Benavides, apenas escaparon cien y los demás fueron muertos, cogidos o dispersados; de éstos, unos se incorporaron a otras guerrillas y otros hicieron su sumisión a la patria. Pocos días después, los tenientes de Freire, Victoriano, Riquelme, etc., añadieron nuevos trofeos a esta victoria y él mismo queriendo perseguir al enemigo hasta sus últimos atrinchamientos, es decir, hasta Arauco, punto a que se había retirado con una veintena de personas, dio orden al capitán del buque *Araucano* de ir a colocarse delante de esta plaza con bandera española, mientras él siguió sus huellas sin descanso y lo alcanzó en Carampangue, adonde había ido con la guarnición de Arauco a disputar este paso. El coronel Merino fue el encargado de pasar él primero el río y a la cabeza de sus cazadores no tardó en dispersar aquellos frágiles restos, matar siete u ocho y obligar a los restantes a refugiarse en Tubul, donde había gran número de familias.

Era importante conservar la pequeña plaza de Arauco, no tanto por sus fortificaciones, como por su posición, que dominaba a todos los indios de la costa. Pero para esto se necesitaban tropas en bastante número y tan no las tenía Freire, que en cuanto regresó a Concepción se vio obligado a levantar algunas milicias. Además, la plaza de Arauco, enteramente desierta como estaba, no podía suministrar nada ni en víveres ni en vestuario y por otra parte esperaba que el enemigo no podría rehacerse en algún tiempo, todo lo cual le indujo a dedicarse exclusivamente a reformas administrativas, tan necesarias en una provincia que carecía desde largo tiempo de toda clase de organización. Pero bien pronto supo por experiencia que un jefe como Benavides puede muy bien ser batido, pero vencido nunca, pues al poco tiempo se presentó a la cabeza de un nuevo ejército protegido por numerosas guerrillas, que Alcázar contenía con dificultad y muchas veces con grandes pérdidas, como le sucedió el 1 de octubre al gobernador de Chillán don Pedro Nolasco de Victoriano.

A pesar, pues, de la victoria de Curali, que pareció en un principio tan decisiva, la provincia de Concepción no recobró la tranquilidad, pero la mayor desgracia de sus habitantes fue que desde la salida de Sánchez, la guerra iba tomando cada día un carácter más salvaje. No tenía nada de leal ni de regular, las partidas, compuestas en general de hombres sin corazón y sin ley, recorrían la provincia en todas direcciones y llevaban a todas partes la desolación y el exterminio, pues a los realistas les servía muchas veces de estímulo el fanatismo, este principio de energía y a los indios la barbarie, este principio de destrucción. Aunque Alcázar con su gran actividad hizo perseguir estas guerrillas, ellas consecuentes a su táctica de no aceptar la batalla, conseguían evitarla con frecuencia. Sin embargo, en el mes de octubre se atrevieron a marchar sobre Los Ángeles llevando la intención de acabar con la ciudad y con la fortaleza, pero don Isaac Thompson, que el 29 salió

a su encuentro con doscientos hombres y algunos milicianos, los derrotó fácilmente, porque hacían las expediciones sin regla ni combinación alguna. Esto mismo sucedió a la de Vicente Elizondo atacada el 20 de septiembre en los Quilmos por los capitanes don Pedro José Riquelme y don José Labbé y a cuantas intentaron alguna acción o se vieron en la necesidad de aceptarla.

Estos reveses no desanimaban a Benavides. Con los milicianos que disciplinaba Bocardo y con los vagabundos y aventureros que no faltaban en abundancia, sus montoneras se rehacían tan pronto como eran dispersadas. Su posición se mejoraba además con la esperanza de recibir algunos refuerzos de Lima, según se lo ofrecía Pezuela en un oficio en que le confirmó el nombramiento de comandante de las tropas que operaban en Chile. Benavides con su tacto acostumbrado tenía buen cuidado de propagar, exagerándolas, las promesas del Virrey. A su cuñado Ferrer le escribió que del 20 al 26 de septiembre desembarcaría una expedición en San Antonio para marchar sobre Santiago y que irían a reunirse con él los valdivianos y los chilotés; a Zapata le habían dicho antes, encargándole que lo divulgase, que habían embarcado de Lima en veintidós buques y catorce lanchas cañoneras, siete mil ochocientos ochenta y cinco hombres; a otros, por último, les aseguraba que se habían embarcado de España ocho mil hombres para Chile y doce mil para Buenos Aires. A fin de que se diese crédito a estas noticias, repartía gacetas de Lima, en que se anunciaban algunas de ellas.

Lo que daba algún viso de verdad a sus noticias era que en efecto recibió unos cortos socorros de Lima y que se le reunió yendo de Chiloé, el teniente coronel Carrero, hombre muy activo y diestro, que fue una buena prueba al golpe atrevido que dio pocos días después de su desembarque.

Hacía tiempo que deseaba Benavides un barco para poder estar en comunicación con las provincias del sur dominadas por su partido y con Lima, depósito general del material de guerra. En los momentos de llegar Carrero, una fragata mercante *La Dolores* ancló en la bahía de Talcahuano y resolvieron apoderarse de ella por sorpresa. Al efecto marchó Carrero a aquella ciudad, disfrazado así él como los que le acompañaban y aprovechando una noche oscura, avanzó osadamente a la fragata, se apoderó de ella, de los trece marineros que la tripulaban y del capitán y levando anclas salió de la bahía el buque para Arauco, de donde partió pocos días después para Chiloé a las órdenes del mismo Carrero en busca de algunos socorros.

Benavides, como tenía costumbre, obligó a los marineros a que tomaran las armas en favor de su partido, habiendo sido cruelmente asesinados los que se resistieron a seguirle, entre los que se contaba el capitán don Agustín Borne, pariente del director O'Higgins. En honor a la verdad debo decir, sin embargo, que desde San Pedro se le hicieron proposiciones a Freire el 11 de septiembre para el canje de estos marineros con igual número de soldados y el de Borne con la familia de Sánchez de Chile y que por no haberse verificado tuvieron lugar los asesinatos.

Mientras los realistas que estaban por la parte de Arauco se entregaban a estos actos de vandalismo, los del llano del Laja continuaban sus estragos y de tiempo en tiempo hasta se atrevían a querer atacar a Alcázar en sus atrincheramientos.

La montonera de don Juan de Dios Seguel, compuesta de doscientos hombres aproximadamente, era la que manifestaba más ardor y confianza, pues atravesó el Laja muchas veces y se dejó ver en los alrededores de Tucapel. Un día que estaba acampada cerca del vado de Curanilahue, se propuso Alcázar atacarla, y el 19 de noviembre por la noche salió de Los Ángeles por un camino desierto para llegar sin ser apercibido. El ataque lo dio en el momento en que introdujo la confusión en sus filas y que fue causa de que los cazadores pudiesen acuchillarlo a su sabor; pocos escaparon y los que tuvieron tiempo de atravesar el río, cayeron en manos del capitán Flores, apostado por Alcázar en el otro lado, de suerte que la montonera pereció casi entera, incluso su comandante el famoso Seguel.

Otro hecho de armas de esta época, de mucha menos consecuencia, pero mucho más honroso para las de los patriotas, fue la magnífica defensa que hizo en Yumbel el valiente capitán don Manuel Quintana. Después de la derrota de la montonera de Seguel, Bocardo quiso vengar la muerte de este jefe, haciendo una expedición mucho más importante. En diciembre de 1819 salió de Quilapalo con doscientos soldados y cien indios mandados por Grandón, a los que incorporó en San Carlos las tropas de Zapata y los indios de Burgos. Con este pequeño ejército en que habría unos mil hombres, a saber, trescientos españoles armados con fusiles al mando de Elizondo y Zapata y setecientos indios con lanzas al de Burgos y Sánchez, se dirigió por el lado de Los Ángeles, donde sólo tuvo que sufrir algunos tiroteos, y después pasando por el salto del Laja, fue a presentarse delante de Yumbel. No había en aquel momento en esta plaza más que cuarenta cazadores reclutas, veinte artilleros y treinta y tres infantes del batallón de Carampangue, pues de las demás tropas, los cazadores habían pasado a Chillán y los infantes a Concepción. Era una fuerza demasiado corta para hacer frente a un enemigo tan numeroso y mandado por el arrojado Bocardo, pero los que han conocido a don Manuel Quintana no se admirarán ciertamente de que este oficial osase medir sus armas con las que de aquél y resistiese con intrepidez todos sus ataques. El incendio de una parte de la ciudad lo obligó desde el principio a refugiarse al cerro que hoy lleva su nombre y mandó al joven don Manuel Bulnes que a la cabeza de catorce cazadores cargase a más de cien realistas e indios, que subían por el lado de la ciudad. Éstos huyeron por de pronto, pero no tardaron en volver con unos cien infantes de refuerzo y cargaron al joven Bulnes a quien ya casi tocaba con la lanza Marilhuán, cuando uno de sus soldados disparó con tal acierto al cacique, que le rompió el brazo derecho, salvando así a la patria un militar destinado a darle tantos días de gloria.

Bulnes continuó dueño de la angostura, defendiéndola con valor y firmeza a la cabeza del corto número de sus soldados, de los que sólo su asistente quedó fuera de combate. Al mismo tiempo Quintana sostenía con energía admirable desde la cumbre del cerro, los numerosos ataques de Zapata contra la artillería, e inutilizaba los extraordinarios esfuerzos de los demás jefes¹⁹². Estos diferentes ataques dura-

¹⁹² Don Manuel Quintana me ha hablado muchas veces de esta acción con una animación extraordinaria. Sus ojos echaban fuego, accionaba con gran viveza y su manera de hablar, inagotable como siempre, daba a la narración un carácter lleno de convicción y de entusiasmo.

ron cerca de cinco horas, sin que el cansancio debilitase la firmeza de los sitiados ni el valor de los sitiadores y si al cabo éstos se retiraron, fue porque vieron que a los patriotas les llegaba un refuerzo de sesenta hombres del número 1 de Chile y doscientos milicianos, los cuales tomaron posición en el cerro de Parra a corta distancia del de Quintana, que no abandonaron hasta después de haberse marchado los realistas.

Esta pequeña acción, más gloriosa, como ya hemos dicho, por la brillante resistencia que hizo un puñado de patriotas, que por sus resultados sólo costó a la patria tres muertos y cinco heridos, mientras que los realistas perdieron más de sesenta hombres. Quintana, el héroe de esta acción, dejó a los recién llegados en el cerro, que había sido teatro de la resistencia y se ocupó de construir en el de la Centinela una especie de reducto, temeroso de que Bocardo volviese a atacarlo. Pero el resultado de su tentativa había sido demasiado humillante para que quisiese volver a emprenderla en el mismo sitio y prefirió repetirla contra Los Ángeles defendido por Alcázar. Al llegar al Avellano encontró unos patriotas que auxiliados por los indios de Santa Fe, quisieron impedirle el paso. El famoso Sánchez, algo atolondrado con el aguardiente que había bebido por la mañana, cargó sobre los patriotas con una impetuosidad digna de mejor causa, y se encontró en medio de los indios de Santa Fe que no reconoció, los cuales le echaron el lazo y lo llevaron a la plaza de Los Ángeles, donde fue ahorcado. El cacique Marilhuán quedó herido y lo mismo el intrépido Zapata, a quien le mataron el caballo salvándose a favor de unas cercas. Los patriotas tuvieron que lamentar al valiente Marihuala, cacique de Santa Fe.

No fue más afortunado Benavides en sus excursiones. En un ataque que dio a San Pedro fue rechazado con el mayor vigor y pagó cara temeraria empresa. En todas partes eran las guerrillas rechazadas y batidas, pero no vencidas. Todo se reducía a escaramuzas que no decidían nada y cuyos resultados, aunque sensibles para los realistas, no podían de ninguna manera desconcertar a hombres de su temple. Todas sus pérdidas quedaban reparadas al cabo de pocos meses, pues como nunca les faltaban indios que se les uniesen, sus guerrillas se presentaban nuevamente con arrojo y decisión. Esperaban además que Valdivia les enviaría algunos refuerzos, sobre todo luego que llegasen las tropas que llevaba Sánchez a aquella ciudad.

Estas tropas llegaron en efecto después de haber pasado penas infinitas. Desde su salida de Angol, donde hemos visto que los indios hicieron fuerte resistencia a su paso, su marcha no fue menos penosa, especialmente al atravesar la cordillera de la Costa, cuyos caminos, muy escabrosos y muy estrechos, estaban obstruidos con numerosos troncos de árboles y llenos de un barro resbaladizo que a los caballos les llegaba a los pechos. Estos caminos fueron los que atravesaron las familias de los emigrados y las delicadas monjas trinitarias, que muchas veces tuvieron que ir a pie detrás del ejército, alentadas solamente por su vivo fervor, por el canto del trisagio que tenían aún fuerza bastante para entonar por la presencia de un crucifijo grande que alternando llevaba una de ellas, excepto cuando el mal estado del camino hacía temer una caída, que entonces se confiaba a un criado.

Después de cinco días de marcha tan difícil, el ejército y los emigrados llegaron a Tucapel, donde descansaron algún tiempo. Las monjas no quisieron continuar adelante y se instalaron en la orilla septentrional del río Lebu, en el sitio llamado Curapalihue. Muchos emigrados siguieron su ejemplo, no atreviéndose a ir más lejos en una tierra tan inhospitalaria y tan peligrosa por la clase del terreno. En una revista que pasó el comisario don José María Gazmuri aparecieron mil sesenta y cuatro entre soldados y jefes, de manera que desde la anterior, pasada en Nacimiento, los desertores y extraviados apenas llegaban a cincuenta y cuatro¹⁹³. Pero cuando el 8 de marzo emprendieron de nuevo el camino, los trabajos que volvieron a empezar y las dificultades para obtener de los indios el permiso del paso, todo introdujo el desaliento en el ejército y promovió la deserción hasta el punto que al llegar a Valdivia a mediados de abril de 1819, no quedaban más que ochocientos hombres, número, sin embargo, bastante para reforzar a Benavides, a quien se le consideraba en aquellas circunstancias el único capaz de dirigir la guerra de exterminio, que había promovido la desesperación.

¹⁹³ La clasificación de estos mil sesenta y cuatro hombres era la siguiente: ocho comandantes y demás jefes de superior graduación, veintiún capitanes, treinta y cinco tenientes, treinta y un subtenientes, ochenta y siete sargentos, ciento cuarenta y dos cabos, cuarenta tambores y setecientos noventa y cinco soldados. De los cincuenta y cuatro hombres que faltaban, veinte eran soldados de Cantabria, ocho artilleros, nueve zapadores y diecisiete cazadores y dragones. Notas dadas por don Saturnino García, oficial de la expedición.

CAPÍTULO LV

Dificultades que encuentra O'Higgins para organizar una segunda expedición. Establecimiento de un depósito de comercio en Valparaíso. La nueva expedición parte contra Perú. Proyecto de incendiar la escuadra enemiga y mal resultado de los cohetes a la congreve y del brulote. El capitán Guise se apodera de Pisco. Muerte del teniente coronel Charles. *Lord* Cochrane entra en el río Guayaquil a atacar la fragata *Prueba* y captura la *Águila* y la *Begoña*. Regreso de la escuadra hacia Valparaíso y resolución del Almirante de ir a reconocer el puerto de Valdivia. Se presenta él con pabellón español y se apodera de una chalupa con algunos marineros y del *Potrillo*. Decidido *lord* Cochrane a atacar la plaza, va en busca del intendente para hablarle de este proyecto y Freire le da doscientos cincuenta hombres. Ataque de los diferentes fuertes por Beauchef, que se apodera de ellos. Valdivia en poder de los patriotas. *Lord* Cochrane se hace a la vela para Chiloé y ataca el fuerte de Agüi. Mal resultado de este ataque. Vuelve Cochrane a Valdivia y después a Valparaíso. Batalla del Toro ganada por Beauchef.

Si O'Higgins se vio en la necesidad de descuidar algún tanto el ejército del sur y casi abandonar los jefes a sus propios recursos, fue porque él se encontraba en una posición muy crítica. Se trataba en aquel momento de una expedición española de veinte mil hombres que debía salir de Cádiz para apoderarse de la república Argentina en el mes de agosto o septiembre y esto unido a las convulsiones de algunos pueblos de dicha república, obligó a San Martín a marchar al lado de su gobierno, dirigiendo allá el batallón de cazadores de infantería, el regimiento de cazadores a caballo de su escolta, tres escuadrones de granaderos y medio batallón de artillería. Se sabía igualmente que estaban destinados dos navíos de línea y una fragata a reforzar la escuadra del mar del Sur.

Como el imperio de los mares era el principio invariable del Director, se dedicó a un nuevo armamento contra Perú, ocupando todo su tiempo y toda su atención en prevenir los malos efectos de semejante refuerzo. Si para la primera expedición hubo que vencer dificultades inauditas, no se presentaban ni menores ni menos graves para la segunda, por la especie de desmoralización que había cundido en la armada, compuesta, como sucede en toda legión extranjera, de una multitud de hombres mercenarios, sin lazos que los uniesen, sin principios y dispuestos siempre a la insubordinación. Aunque se les daban todas las presas casi

por entero, bastaba que se les debiera algunos meses de sueldo para que estuviesen descontentos, sobrecitados y desertaran al fin, lo cual hacían con tal desfachatez, que en poco tiempo quedaron algunos buques, sin un solo soldado ni marinero, pero ni aun con contra maestres y oficiales.

En medio de tanto desorden, O'Higgins se mostró como siempre, lleno de confianza, de genio y de actividad. Confió en su crédito como en un principio y es necesario decirlo, gracias a esta confianza en sí mismo y al patriotismo de sus conciudadanos, venció también, esta vez, su difícil posición. Para conseguirlo promovió, como de costumbre, suscripciones voluntarias, levantando empréstitos y creó ciertos impuestos obligatorios hasta para las clases más privilegiadas, como los extranjeros y el clero. La medida con respecto a éste era tan contraria al espíritu de la nación, mucho más cuando hacía poco tiempo se habían rebajado los créditos de censo y capellanías, que el decreto se redactó con gran timidez y para llevarlo a ejecución se consultó antes a legistas entendidos y el canónigo Cienfuegos, publicó un escrito demostrando que no era contrario a los derechos y cánones de la Iglesia. En lo concerniente a los extranjeros, O'Higgins dejó sin efecto la imposición, luego de que vio su generosidad extrema en tomar parte en el empréstito, cuanto más que deseaba ardientemente fomentar el tráfico exterior, verdadero elemento de civilización y bienestar, para cuyo efecto mejoró notablemente el reglamento del comercio libre de 1813. Estableció en Valparaíso un depósito de mercaderías, el primero que hubo en el mar del Sur, poniendo en él, almacenes de franquicias para suspender los derechos onerosos de aduana y fomentar el tráfico internacional que preveía para época muy cercana, atendido el estado de la guerra. Rebajó además considerablemente los derechos de aduana y abolió los de la extracción del numerario, que eran el tres por ciento para el oro y el cinco para la plata. Por último introdujo una multitud de mejoras en cuanto tenía relación con el comercio, preparando así por medio de un sistema cada vez menos restrictivo, la alta influencia que ha alcanzado el puerto de Valparaíso, depósito general hoy de todo el comercio del mar del Sur.

El objeto de la nueva expedición que se preparaba contra Perú debía ser, según la opinión de *lord* Cochrane, incendiar los buques anclados en la bahía de Callao al abrigo de los fuegos de sus fuertes. Para este efecto encargó a Goldsack que construyese, bajo la dirección del teniente coronel Charles, algunas bombas y gran número de cohetes a la congreve y destinó los dos buques mercantes recién apesados, la *Victoria* y la *Jerezana*, a que sirviesen primero de transportes y luego de brulotes para completar los efectos de dichos cohetes. Este trabajo duró tres meses próximamente y el 12 de septiembre de 1819 la escuadra estuvo lista para hacerse a la vela. Se componía de la *O'Higgins*, el *San Martín*, la *Lautaro*, el *Galvarino*, etc., los dos transportes brulotes y la *Independencia*, fragata de veintiocho cañones recién llegada de Estados Unidos, formando un total de siete buques de guerra armados con doscientos treinta y dos cañones y montados por un gran número de marineros y muchos soldados, entre otros, los cuatrocientos hombres del batallón de marina que O'Higgins había organizado últimamente y que mandaban el teniente coronel Charles y el mayor Miller.

La escuadra arribó a Coquimbo para tomar más tropas y de allí siguió inmediatamente a Callao, adonde llegó el 28 de septiembre. Por una de esas inspiraciones propias de guerreros de corazón, propuso *lord* Cochrane al Virrey con objeto según decía, de salvar las propiedades particulares, un desafío regular, es decir, que un combate singular entre igual número de buques montados por igual número de hombres y cañones, decidiese la suerte de las dos flotas. El Virrey, que no quería perder su superioridad, contestó que lo que se le proponía no estaba en uso y que tenía que cumplir otros deberes más que el de satisfacer su amor propio. En vista de esta respuesta, *lord* Cochrane llamó a los comandantes de los buques, les dio sus instrucciones y

“en la noche del 1 de octubre, dice García Reyes, tres balsas dirigidas por el teniente coronel Charles, el mayor Miller y el capitán Hind, partieron en busca de la línea enemiga, remolcadas por los bergantines *Galvarino*, *Araucano* y *Pueyrredón*. Charles y Hind debían dirigir los cohetes, Miller las bombas. El *San Martín*, la *O’Higgins* y el *Lautaro*, buques fuertes y de gruesa artillería, recibieron orden de cargar por el costado opuesto a las balsas, aprovechándose de la confusión que había de producir el ataque de estas últimas, y la *Independencia* debía voltear por la bahía para aprehender los buques enemigos que intentasen escapar. Por desgracia una combinación tan bien concertada se frustró de todo punto. Los cohetes en que se tenía puesta la principal confianza fallaron casi completamente, unos reventaban a mitad de su carrera, otros caían al agua, o bien girando por el aire, tomaban una dirección enteramente opuesta a la que se les quería dar. El viento faltó también y dejó sin movimiento la escuadra, de manera que, después de haber pasado una noche entera bajo el fuego destructor de las baterías, los bergantines y las balsas se retiraron a la línea de bloqueo con el pesar de haber perdido al activo y valiente joven don Tomás Bayllie, teniente del *Galvarino*, con veinte hombres más y de haberse inutilizado por entonces el capitán Hind, en cuya balsa reventaron una porción de cohetes con gran daño de la gente que la servía”.

En las noches sucesivas se siguieron lanzando muchísimos cohetes, que, aunque mejor confeccionados no dieron resultados mayores. De cada seis, uno a lo más, tomaba la dirección que se quería, los otros seguían la contraria o reventaban antes de llegar, con asombro de los oficiales acostumbrados a ver esta clase de proyectiles. *Lord* Cochrane, sobre todo estaba desesperado con un incidente que no sabía explicarse, mas, sin embargo, continuó los disparos y el día 5 intentó además el ensayo de un brulote, que confió a Morgell, oficial entendido y de resolución. La brisa, sin ser fuerte era bastante para que marcharan el brulote a toda vela y los bergantines que llevaban al sitio del combate las lanchas en que iban los bomberos y coheteros, cubiertos con sus salvavidas hechos de hojalata. Desgraciadamente cuando todo se preparaba como quería el Almirante, la brisa faltó de repente y una calma completa puso el brulote a merced de los tiros de cañón de la fortaleza y de los buques españoles. En esta difícil posición no le quedó a Morgell otro partido que pasarse a su embarcación, pero después de haber prendido fuego al brulote que no tardó en saltar, aunque a tan larga distancia de la escuadra enemiga, que

no causó el menor daño a ninguno de sus buques. Fue éste un motivo de gran sentimiento para *lord* Cochrane, que tenía mucha fe en los resultados de estas máquinas, hechas con tanta dificultad y tantos gastos en momentos en que el gobierno necesitaba hacer esfuerzos inauditos para proporcionarse dinero. Queriendo saber la causa de la irregularidad de los cohetes abrió algunos, y no fue poca su sorpresa al encontrar en ellos trapos, tierra, aserradura y astillas, lo cual y la mala construcción de las cajas no sólo los hacía inútiles sino muy expuestos para los coheteros. Entonces recordó que el gobierno por economizar el jornal de los trabajadores, había ocupado en la confección de los cohetes prisioneros españoles, los cuales tuvieron sagacidad bastante para introducir en ellos cuerpos extraños, capaces de impedir el efecto que se buscaba.

Si la primera expedición había terminado sin grandes resultados, la segunda los prometía menores aun, a juzgar por los malos auspicios con que comenzaba la campaña. No parecía sino que todo conspiraba contra esta expedición. El 6 de octubre el *Araucano*, que cruzaba a la entrada de la bahía, hizo señal de verse a lo lejos un buque sospechoso. *Lord* Cochrane, fue al punto a reconocerlo y faltándole esta vez su gran perspicacia de marino, lo tomó por un ballenero norteamericano y lo dejó continuar tranquilo su marcha, cuando era la *Prueba*, uno de los tres buques de guerra que España enviaba al mar del Sur.

Y, sin embargo, *lord* Cochrane tenía conocimiento de la salida de estos buques, que pusieron en cuidado al gobierno chileno y le decidieron a precipitar la expedición para batir la flota enemiga antes de su arribada. Todos los días estaba esperando verlos llegar y en la confianza de encontrarlos en algún puerto de la costa, se alejó de Callao, donde se convenció que nada podía conseguir ni aun con la astucia. El 7 de octubre se hizo a la vela para Arica con toda la escuadra y después de tres semanas de una navegación contrariada por fuertes corrientes, por vientos opuestos y por la marcha sumamente pesada por algunos de sus buques, cambió de resolución y adoptó otro plan. Dividió la escuadra en dos partes, destinando al norte una, cuyo mando se reservó, compuesta de la *O'Higgins*, el *San Martín*, el *Araucano* y el *Pueyrredón*, y enviando la otra formada con la *Lautaro*, el *Galvarino* y el transporte *Jerezana*, a que fuese a atacar a Pisco para proporcionarse víveres y sobre todo aguardiente, que lo hay en abundancia en aquellos contornos y de fama muy merecida.

El capitán Guise, comandante de esta expedición, llegó a Pisco en la mañana del 7 de noviembre, no habiéndole permitido los vientos entrar de noche, como hubiera deseado. Los habitantes tenían pedidas tropas al Virrey y la guarnición, a las órdenes del teniente general González, se componía en aquel momento de más de la mitad de las tropas patriotas, a saber seiscientos infantes, ciento cincuenta caballos y cuatro piezas de campaña. En cuanto divisaron la flota patriota tomaron posición los diferentes cuerpos. La artillería de campaña, sostenida por la caballería, ocupaba a la izquierda una altura, que domina la entrada del pueblo, en cuya plaza se hallaba formada la infantería y su ala derecha estaba defendida por un fuerte construido en la costa.

“El teniente coronel Charles, dice Miller, con veinticinco hombres desfiló al frente por la derecha para reconocer la izquierda del enemigo, mientras que el mayor Miller con el resto de los marinos adelantaba sobre el pueblo. El capitán Hind con una partida de coheteros, formada de marineros, llamaba al mismo tiempo la atención del fuerte. Los españoles hacían un fuego horroroso, tanto con la artillería de campaña y del fuerte, como con la infantería colocada detrás de las tapias, en los tejados de las casas y en la torre de la iglesia. La columna patriota avanzó sin tirar un tiro y en el mayor silencio, conservando la serenidad y la firmeza de unos veteranos, a pesar de la pérdida que sufrían a casa paso. El silencio, la rapidez y el buen orden con que avanzaban, infundió un terror pánico a sus enemigos, que huyeron cuando se acercaron a quince varas de sus bayonetas y fueron completamente batidos”.

Entre los oficiales que se distinguieron en esta acción se citan los capitanes don Manuel Orquiza y Guitica, los tenientes Rivera y Caron y el contador de la *Lautaro* el señor Soyer. Pero el ejército tuvo que deplorar a su teniente coronel Charles, oficial de gran mérito, que en tiempo del imperio hizo con distinción las guerras de casi toda Europa desde Portugal hasta Rusia y que hacía muchos meses se había dedicado, con el corazón de un valiente, a la conquista americana. Murió a las pocas horas de haberlo llevado a bordo de la *Lautaro* en compañía de su noble amigo el mayor Miller, acribillado como él a balazos que más de un mes tuvieron su vida en gran peligro.

Dueño el capitán Guise de la ciudad de Pisco, embarcó los víveres que necesitaba y gran cantidad de aguardiente, después de inutilizar de este líquido por valor de más de doscientos mil pesos. Enseguida marchó a reunirse con la otra división que encontró en Sana cuando el comandante iba a partir en busca de la *Prueba*, cuya arribada supo en tierra, así como la suerte que había cabido a los otros dos buques, de los cuales el uno, el *Alejandro*, tuvo por su mal estado que volverse a España antes de llegar a la línea, y el otro el *San Telmo*, naufragó al doblar el cabo de Hornos. No quedaba pues, de esta expedición, más que la *Prueba*, mandada por el capitán de navío don Melitón Pérez del Camino, que no cayó en poder de la escuadra patriota por un azar de la fortuna. Esta fragata fue la que *lord* Cochrane se decidió a ir a buscar con toda su escuadra, excepto el *San Martín* y la *Independencia*, que volvieron a Valparaíso al mando del contraalmirante Blanco con los enfermos atacados de una especie de calentura cerebral llamada chavalongo. Desgraciadamente se supo en Piura que la *Prueba* después de desembarcar los cañones para calar lo menos posible, se hallaba refugiada bajo las fortalezas de Guayaquil, de manera que las esperanzas de *lord* Cochrane hubieran quedado esta vez fallidas como lo quedaron en Callao, de no haber apresado dos buques mercantes de ochocientas toneladas, la *Águila* y la *Begoña*, los cuales recompensaron algo sus activos y audaces esfuerzos. Cada uno de ellos estaba armado con veinte cañones y su cargamento consistía en tablazón, vigas y otras clases de madera, de que precisamente tenía necesidad la escuadra en aquel momento.

La imposibilidad en que se encontraba *lord* Cochrane de atacar un enemigo retirado bajo la protección de sus imponentes fortalezas, lo decidió a volver con

toda la escuadra a Valparaíso. Estarse quieto en la inacción, contentarse con un simple bloqueo, no era para su carácter, propio para las grandes acciones y no para las que piden paciencia e impasibilidad, y a mediados de diciembre se puso en marcha, dejando el *Galvarino* y el *Pueyrredón* para que cruzasen por aquellas aguas. Cuando navegaba, su alma vivamente impresionada por los malos resultados de su segunda expedición, acogía con pena la idea de volver a un puerto en que había enemigos muy malévolos. En este conflicto y puesto que su antagonista era tan tímido que no quería medir su armas con él, resolvió hacer un reconocimiento sobre Valdivia y tentar, si la ocasión se presentaba, uno de esos grandes golpes de mano que sus numerosos recursos tenían siempre a su disposición. Dejó ir a los otros buques al puerto convenido y él se dirigió en la *O'Higgins* por el lado de las formidables fortificaciones de Valdivia, de manera que el 18 de enero de 1820 se presentó delante de esta plaza con pabellón español. A la señal que hizo pidiendo práctico, se le acercó una barca con cuatro marineros y un oficial llamado Monasterio. Fue esta gran fortuna para él, que en aquel momento sólo deseaba adquirir noticias sobre la moral de la guarnición y el estado de las fortalezas, noticias que le suministraron con bastantes detalles, especialmente el cabo de la embarcación. Con estos hombres marchó a Concepción, persuadido de que Freire era un militar demasiado valiente y entusiasta para no secundar el golpe de mano que meditaba. Al emprender la marcha quiso su buena estrella que se presentase para entrar en la bahía de Valdivia, el buque de guerra el *Potrillo*, que en 1813 cometió un capitán extranjero la felonía de entregar a la escuadra realista. Inmediatamente la *O'Higgins* dirigió a él la proa y después de perseguirlo tres horas, logró capturarlo. Su cargamento consistía en armas, municiones y veinte mil pesos que llevaba para las diferentes guarniciones.

En la corta travesía de Valdivia a Concepción, Cochrane no pensó sino en la empresa que había ideado y en la que insistía más y más, en vista de las noticias dadas por los prisioneros. Sin embargo, las dificultades y los peligros eran muchos y grandes, pues según la opinión general, aunque bastante exagerada, la bahía era tan inexpugnable como la de Gibraltar. La entrada, aunque corta, se hallaba defendida por una línea de fortificaciones que parecían desafiar la audacia y la osadía. Al norte estaba la imponente fortaleza de Niebla que defendía completamente la entrada, siguiendo la del Piojo, que con el fuerte de Mancera en la isla de este nombre situada casi en medio de la bahía, amenazaba con todos sus cañones a cualquier buque que se atreviera a penetrar en la embocadura del río. Al sur, las fortificaciones eran aún en mayor número y estaban mejor acondicionadas. Estaba primeramente la Aguada del Inglés y San Carlos y entre las dos una batería levantada por Lantaño; venía enseguida la de Amargos en frente de Niebla y por consiguiente destinada a obrar sobre el mismo punto; a corta distancia se hallaba la no menos temible de Chorocamayo y por último se llegaba al fuerte principal, a Corral, grande e imponente fortaleza que dominaba el punto mismo que servía de puerto a los buques. Todos estos trabajos se habían ejecutado por sabios ingenieros con estricta sujeción a las reglas más severas del arte. En general las fortalezas secundarias no tenían fuegos de flanco ni casamatas, pues sólo estaban construidas

como puntos de defensas, para favorecer un golpe de audacia y sostener la moral del soldado. Corral por el contrario tenía todos los adherentes de un fuerte de gran resistencia y ofrecía una defensa más bien pasiva que activa y vigorosa. Si después de todos estos trabajos, debidos al ingenio del hombre paramos la consideración en el terreno que es sumamente accidentado, rodeado de numerosos precipicios, con sendas excesivamente ásperas, tortuosas, estrechas hasta el punto de no poder pasar por ellas más que una persona y raras veces dos de frente, abiertas en las rocas o en los impenetrables bosques vírgenes que cubren todo el contorno desde las alturas hasta la orilla del mar, si reflexionamos además en la gran extensión y en las condiciones de esta bahía, resguardada de todos los vientos y con capacidad bastante para la mejor flota del globo, no nos admiraremos de que España, con una previsión que alcanzaba muy lejos, hiciese de ella la llave del mar del Sur y gastase sumas verdaderamente extraordinarias para ponerlas al abrigo de los más vigorosos ataques.

Semejante empresa sólo un hombre del temple de Cochrane podía concebirla. Es necesario decir también que el amor propio entró por mucho en su resolución. Sus dos expediciones anteriores no habían correspondido a lo que él se prometió, ni a lo que se esperaba de él. No es que otro marino hubiese sido más afortunado en sus combinaciones, sino que la opinión pública juzga por los resultados y no tiene en cuenta los mil incidentes que ocurren muchas veces en los azares de la guerra, especialmente si el adversario no se atreve por timidez a salir de sus fortalezas. Cochrane tenía también envidiosos y enemigos, los cuales no se descuidaban en poner en duda su reputación de valiente y entendido, que como siempre sucede, la distancia había por decirlo así, duplicado. Necesitaba, pues, emprender algo que le diese nombradía para cerrar la boca a sus detractores y resolvió atacar Valdivia. En los resultados de esta empresa abrigaba gran confianza,

“pues por lo mismo que parece una locura, decía al mayor Miller, es necesario intentarla, puesto que los españoles difícilmente nos creerán resueltos a ejecutarla, aun después de que la hubiésemos principiado. Ud. vera, añadía, que un ataque atrevido y después un poco de perseverancia nos darán un triunfo completo. Las operaciones que no espera el enemigo son casi seguras cuando se ejecutan bien, cualquiera que sea la resistencia y la victoria justifica la empresa de la imputación de temeraria”¹⁹⁴.

En cuanto llegó a Talcahuano, fue a cumplimentarlo el intendente y al muy poco tiempo, le dijo cuáles eran sus intenciones, manifestándole su plan de ataque. Cualquiera hubiera retrocedido quizá, al ver tanta audacia, pero Freire era del temple de Cochrane, su fibra guerrera vibraba siempre que se tratara de alguna gran empresa y a pesar de los escasos recursos con que contaba, le prometió, no los trescientos hombres que le pedía, pero sí doscientos cincuenta escogidos entre sus mejores tropas. Para el mando de esta fuerza le propuso un oficial que él solo

¹⁹⁴ *Memorias del general Miller*, tomo I, p. 211.

valía, casi tanto como los doscientos cincuenta hombres: este oficial era Beauchef, soldado de Napoleón ya muy conocido en Chile, por actos de verdadera intrepidez. Cochrane aceptó la proposición y le inició al punto en todos los detalles de sus proyectos, encargándole el secreto, hasta para con el gobierno y suplicándole que en el más corto plazo posible, reuniese los soldados, que Beauchef eligió en los batallones 1 y 3 que estaban de guarnición en Concepción y Talcahuano. Entre estos soldados se encontraban los granaderos que tenían fama de excelentes militares, así como todos los que componían los dos expresados batallones.

Todo estuvo pronto el 27 de enero, y al día siguiente, salió la *O'Higgins* del puerto de Talcahuano, con dos pequeños transportes, la goleta *Moctezuma* y el bergantín *Intrépido*. La impaciencia de Cochrane era tal que se dio a la vela con viento contrario, en la confianza de poder salir de la bahía, convoyándolos, pero por la noche, una calma repentina detuvo la marcha de la *O'Higgins* y a eso de las cuatro de la mañana se retiró a descansar el Almirante, dejando el cuidado del buque a su segundo. Éste por desgracia, en contravención a las órdenes que había recibido, fue también a acostarse, confiando la dirección del buque a un guardiamarina, joven inexperto que en un momento de fuerte neblina, no vio la tierra y dejó ir a la fragata, sobre un gran roca de la isla Quiriquina, que hizo estremecer todo el buque, con gran sobresalto de cuantos iban en él. Cochrane fue el primero que se presentó sobre el puente, y gracias a su serenidad y a su presencia de ánimo, el buque no tardó en estar fuera de riesgo, pero con tales averías, que se notaron en plena mar, que la bodega se había llenado con cinco pies de agua, lo cual y el mal estado de las bombas, dio algún cuidado a la tripulación, y el Almirante mismo no estaba muy tranquilo. Para remediar la necesidad del momento, tuvo que trabajar como un obrero, mandó subir sobre el puente todos los accesorios de la bomba, arreglarlos, ponerlos en estado que sirvieran y continuar el viaje. A fuerza de dar día y noche a la bomba, pudo conseguirse, que la fragata se mantuviera sobre el agua y que llegase a diez leguas al sur de Valdivia, donde todas las tropas de la *O'Higgins* pasaron a los transportes, por el temor que fuese reconocida la fragata y llamase la atención del enemigo.

Al día siguiente 3 de febrero los dos transportes, llevando a su bordo, ocultas en los entrepuentes, una gran parte de las tropas, se aproximaron con pabellones españoles al fuerte del inglés. Después de algunas contestaciones, en que los patriotas no llevaron otro objeto que coger algunos marineros, el fuerte, mejor inspirado, hizo fuego sobre el *Intrépido* y de un cañonazo le derribó siete hombres, dos de los cuales cayeron muertos. Esto abrevió toda explicación y el noble *lord*, mandó inmediatamente el desembarco, que se efectuó sin grandes entorpecimientos, gracias al fuego muy vivo que hacían los soldados de Miller y a un cañón giratorio de dieciocho que iba en la goleta y que barrió la playa, en la que se presentaron, sesenta o setenta hombres a las órdenes de Iriarte, para impedir el desembarco. El mayor Miller, como jefe de los marineros, bajó el primero en medio de la metralla, que no le ocasionó, sin embargo, ningún mal y el mayor Beauchef el último. Éste, en cuanto saltó a tierra, ordenó sus tropas y marchó derecho sobre la aguada, precedido de ocho marineros al mando del intrépido Vidal y llevando

a su lado el cabo español, cogido cuando la primera visita de Cochrane, que se había brindado a servir de guía. El camino por donde fueron era espantoso, hasta el punto, que en ciertos pasos había que agarrarse con las manos y, sin embargo, nadie se presentó a defenderlo, cuando bastaba un cortísimo número de soldados para detener un ejército entero. Al llegar a una explanada, Beauchef se paró, pidió nuevas explicaciones a su guía y en el momento en que iba a continuar la marcha fueron atacados los suyos por piezas de a veinticuatro que llenaron de inquieta sorpresa a aquellos soldados nada acostumbrados al ruido formidable de la artillería. Beauchef los tranquilizó mandándoles hacer fuego sobre los artilleros y marchar derecho a las empalizadas, que franquearon a pesar de su altura, encontrándose a los pocos minutos confundidos con el enemigo. Los dos granaderos que primero llegaron al alto de los parapetos fueron heridos por las espadas de dos oficiales, que más valientes que sus compañeros no huyeron como éstos, pero pagaron con la vida un arrojado digno de mejor suerte. Estos dos oficiales eran Lafuente y el alférez Peña, secretario del comandante, joven de grandes recursos, muy instruido y que prometía mucho.

Apoderado de la Aguada, Beauchef marchó inmediatamente sobre el fuerte de San Carlos, que le era muy importante tomar, porque le ponía en comunicación con *lord* Cochrane. Los primeros tiros cogieron tan de improviso a los realistas, que creyeron que eran de sus compañeros que los tiraban por equivocación y llenos de cólera los reprendían, pero cuando se apercibieron de la suya, se apresuraron a salvarse poseídos de temor y sobresalto, unos por tierra y otros por mar, éstos en la embarcación del comandante don Fausto del Hoyos. Los patriotas tiraron entonces sobre estos últimos, dirigiendo los tiros por donde se oía el ruido, causa por la cual corrió algún riesgo el Almirante, que seguía en una embarcación a corta distancia de la costa la marcha de sus intrépidos soldados.

La rapidez del movimiento de este pequeño cuerpo de ejército llenó de la mayor confusión a los realistas. Su confianza en el alcance de las baterías y en la escabrosidad de los caminos por los que se comunicaban unas con otras era tal, que conforme Cochrane lo previó, no habían tomado ninguna disposición de defensa. A la primera señal de alarma salieron a toda prisa de Valdivia, Bobadilla, don Fausto del Hoyo y Lantaño, el primero para el fuerte de Niebla con la caballería desmontada y los dos últimos para el castillo de Corral. Éstos avanzaron hasta el fuerte de San Carlos, desde el cual envió Lantaño al capitán don Fermín Quintero para que mandase las tropas destinadas a impedir el desembarque, pero por el estado de abandono en que se hallaban los soldados, estas órdenes no fueron cumplidas y Quintero permaneció en la Aguada, donde se atrincheraron los soldados y de donde no tardaron en ser echados. De manera que a medida que los patriotas avanzaban, huían los realistas, pasando de San Carlos a Amargos, de Amargos a Chorocamayo y finalmente al castillo de Corral, que era una fortaleza muy grande, perfectamente rodeada de fosos y en la que los menos amedrentados esperaban poderse sostener. Vana esperanza, pues Beauchef, para evitar que se organizaran y recobrasen, los persiguió poniéndoles la espada al pecho y con una rapidez tal que patriotas y realistas entraron en desorden en esta ciudadela, una de

las más fuertes de América del Sur, armada con veinte cañones de veinticuatro. Así terminó en pocas horas una de las campañas más notables por la celeridad de la marcha y la importancia de los puntos tomados. A las nueve de la noche se apoderó Beauchef del fuerte de la Aguada; a las nueve y media de San Carlos; a las diez y cuarto entró en el de Amargos; a las once y cuarto en el de Chorocamayo; por último, a la una de la madrugada llegó a Corral, no habiendo empleado en todo esto más tiempo que el que cualquiera necesitaría para andar el mismo camino a pie. Los realistas casi no opusieron ninguna resistencia, sobrecogidos al ver tanta audacia, sólo pensaron en huir, los unos por mar apoderándose de las embarcaciones amarradas en la ribera, otros por tierra internándose en los espesos bosques de la ensenada de San Juan. Los que no pudieron salvarse de ninguno de los dos modos, fueron sacrificados en Corral mismo o hechos prisioneros, contándose en el número de los últimos muchos oficiales, entre ellos el segundo comandante de la plaza, teniente coronel don Fausto del Hoyo, a quien por una feliz casualidad el secretario del almirante don Benedicto Bené pudo arrancar de manos de unos soldados que querían asesinarlo, a pesar de que estaba hacía algún tiempo bajo la salvaguardia del honor militar y era merecedor por lo tanto de todo respeto.

Cuando Cochrane supo la toma de Corral no pudo estar más tiempo sin satisfacer una necesidad de su corazón que era ir inmediatamente a abrazar y dar la enhorabuena a los jefes que con tal acierto habían ejecutado sus órdenes y contribuido con tanto valor al buen éxito de sus admirables e ingeniosas combinaciones. Nada en efecto había sido obra de la casualidad, sino que todo estuvo previsto y dicho antes con el instinto de un general consumado. Al rayar el día se embarcó en la goleta y dando orden al bric que la siguiese, ambos buques no tardaron en forzar el paso de Niebla, que estaba aún en poder del enemigo. De las diversas balas de cañón que les tiraron, dos tocaron al *Intrépido*, pero sin causarle grandes averías, lo que acabó de desmoralizar completamente a los soldados y excitarlos a la deserción con un afán tan general, especialmente luego de que vieron que los dos buques embarcaban tropas para ir a atacarlos, que a las pocas horas no quedó nadie. Santalla mismo, que con un fuerte destacamento bajaba por el río en muchas barcas, no se atrevió a seguir adelante en el momento de que por una embarcación que encontró con fugitivos, supo la suerte que había cabido a las fortalezas y retrocedió a Valdivia. Luego de que llegó, sus soldados y los de Bobadilla se entregaron a todos los desórdenes de la insubordinación y casi de un motín. Unidos al pueblo bajo, devastaron los almacenes del Rey, en los que había por valor de más de doscientos mil francos de azúcar y otros efectos recientemente comprados a un buque francés, saquearon las casas de ciertos particulares reputados por patriotas; asesinaron a Lopetegui, uno de los personajes más influyentes de la ciudad y cometieron en fin tales excesos que el español Marcelle, a instancias a de la señorita Guardia, envió un parlamentario a *lord* Cochrane para que inmediatamente fuese a Valdivia a hacer cesar las horrorosas dilapidaciones a que estaba entregada la ciudad.

Cochrane se ocupaba en aquel momento en embarcar en botes cierto número de soldados para perseguir los fugitivos hasta Valdivia. En vista de lo que le dijo el parlamentario despachó cien hombres a las órdenes del mayor Beauchef y como la

marea estaba subiendo, a las tres horas desembarcó este oficial en aquella ciudad, que encontró devastadas casi del todo. Sin embargo, gracias a algunos oficiales bastante enérgicos para contener a los perturbadores, quedó intacto un almacén de la tesorería, precisamente en el que había una veintena de cajones con plata de las iglesias de la provincia de Concepción y entre ella algunos copones de oro incrustados de piedras preciosas, así como también una gran cantidad de mercaderías que los realistas no tuvieron tiempo de llevarse. Todos estos objetos fueron colocados en lugar seguro, inventariados y confiados a un guardia. Al día siguiente llegó el Almirante con el mayor Miller y lo primero que hizo fue nombrar un gobernador civil que atendiese a la seguridad de la ciudad. Don Vicente Gómez, que tenía dadas repetidas pruebas de patriotismo y saber, fue el elegido para este cargo con gran satisfacción de las personas sensatas, que esperaban mucho de su energía e influencia. Se pusieron a su disposición algunas tropas para el servicio de la policía y para inspirar confianza a las familias meticulosas que ignorantes del objeto de la revolución, habían marchado a los bosques, huyendo de la persecución de los liberales. Unos cuantos días de tranquilidad y una proclama de Cochrane bastaron para vencer todas estas preocupaciones y para que volviesen a sus hogares las familias que la política española había conseguido extraviar.

Los resultados de esta campaña tuvieron una importancia inmensa y sobre todo fueron muy gloriosos para el General que concibió el plan y para los inteligentes oficiales que tan bien supieron ejecutarlos. En efecto, en pocas horas cayó en poder de un puñado de soldados una línea de fortalezas que se consideraban inexpugnables y que hubieran podido servir de asilo desesperado a los últimos restos del ejército español. En las fortalezas se encontraron ciento veinte cañones de bronce en buen estado, ochocientos cuarenta barriles de pólvora, ciento setenta mil cartuchos, diez mil balas de cañón casi todas de bronce y una cantidad inmensa de provisiones de guerra y boca. Se halló igualmente el buque la *Dolores*, que con arreglo a las órdenes de Benavides tuvo Carrero el arrojo de quitar en el puerto de Talcahuano. Todo esto era mucho más de lo que necesitaba el noble *lord*, para que su corazón se entusiasmase y se excitara su ardiente ambición. Por lo que supo en Valdivia no le quedó la menor duda que todos los restos del ejército realista se habían retirado a Chiloé, única provincia que quedaba en poder de la Monarquía y su belicosa imaginación le sugirió el plan de ir a desalojarlos de este último rincón, atacando las fortificaciones de San Carlos. Era ésta una empresa mucho más atrevida que Beauchef desaprobó altamente, porque su pequeño ejército contaba cuarenta hombres menos entre muertos y heridos y porque atendidos el arrojo del gobernador Quintanilla, preveía una resistencia muy distinta de la que acababan de experimentar. Cochrane cerró los oídos a estas observaciones. La fortuna le era propicia, prefirió cansarla a dejar de seguirla y resolvió hacer la expedición.

A esta nueva campaña no llevó Cochrane más que ciento sesenta hombres, sin contar los marineros, pues tuvo que dejar algunos en Valdivia. Contra las esperanzas y deseos de Beauchef, que había solicitado el mando de estas tropas, lo obtuvo el mayor Miller, quien recibió inmediatamente la orden de embarcarlas en la *Moc-tezuma* y la *Dolores*, únicos buques que se hallaban en estado de hacerse a la mar,

pues el *Intrépido*, que era muy viejo y estaba muy malo, había sido arrojado sobre un banco de arena contra el que se estrelló y la *O'Higgins* tenía en reparación casi toda su quilla. La partida tuvo lugar el 13 de febrero y el 17 al ponerse el Sol echaron el ancla en una pequeña ensenada de la bahía de Huechucúy. Inmediatamente se presentó a impedir el desembarco una avanzada de sesenta infantes, treinta caballos y una pieza de campaña, pero una embarcación enviada un poco delante la distrajo y pudo desembarcar el mayor Miller con algunas tropas, que obligaron a huir al enemigo, cogiéndole la pieza de campaña, única que tenía. Entonces las demás tropas bajaron a tierra sin dificultad y en número de setenta se dirigieron contra el fuerte Lacuy situado al este de la península de Lacuy, enfrente de San Carlos y por mar a menos de tres leguas de esta capital. El camino que siguieron era malo y mal trazado, lo cual unido a la oscuridad de la noche fue causa que avanzasen muy poco y que al fin se descarriasen. Tuvieron que esperar el día para saber dónde estaban y cuando al amanecer vieron que no se encontraban lejos del pequeño fuerte de la Corona, lo atacaron y se hicieron dueños de él sin dificultad. Pero no sucedió lo mismo cuando llegaron al de Lacuy, situado en la cima de una pequeña colina avanzada por el lado del mar haciendo la figura de un pilón de azúcar, de manera que se hallaba rodeado de numerosos precipicios y rocas escarpadas, en medio de las cuales habían abierto un camino estrecho, pendiente y formando "eses", por consiguiente de muy difícil acceso. Además de estas defensas naturales, tenía el fuerte doce cañones de a dieciocho y una guarnición de quinientos hombres entre veteranos, artilleros y milicianos, todos ellos fanatizados, ya por una adhesión sincera a la Monarquía, ya por la presencia de algunos religiosos que con un crucifijo en una mano y una lanza en la otra, explotaban la ciega fidelidad de tantas víctimas. Y a pesar de todas las ventajas que le ofrecía la fuerza numérica y la posición, los patriotas no titubearon en atacar y se precipitaron con el ardor que infunde una victoria recientemente ganada. Circunscrito el combate a un punto en que era imposible la fuga, fue tenaz y obstinado. Por una y otra parte se sostuvo con el mayor encarnizamiento, animados los patriotas con la bravura de su jefe el mayor Miller y los realistas con lo fuerte de su posición, con las exhortaciones de los religiosos y sobre todo con la obligación en que se creían de batirse como hombres desesperados. Desgraciadamente para los patriotas, de sesenta que acometieron el asalto quedaron desde el principio treinta y ocho fuera de combate, entre ellos el intrépido Miller. El capitán Erezcano, que tomó el mando bien sabía conservarles su primer ardor, pero el número de muertos y heridos era tan grande comparativamente con la guarnición, que fue necesario ceder y abandonar una posición imposible de conservar. Antes de batirse en retirada clavaron algunos cañones, y inutilizaron las cureñas y reunieron los heridos que pudieron salvar felizmente, a pesar de que iban por caminos malísimos y que gruesos destacamentos les persiguieron más de dos leguas así por tierra como por mar, habiendo tenido que hacer frente al ataque¹⁹⁵.

Lord Cochrane hizo mal en llevar a Miller con preferencia a *Beauchef*, porque sus recientes heridas no le permitían dar a sus movimientos toda la actividad y

¹⁹⁵ Sigo la versión de Miller y no la de Ballesteros.

energía de que era capaz en sana salud y porque no conociendo aún bastante la lengua del país, no podía hacerse entender tan bien como se necesitaba. Beauchef reunía además la ventaja de ser muy conocido y estimado de los soldados, cuya mayor parte eran de su regimiento y le habían dado repetidas pruebas de la gran confianza que les inspiraba. No es esto decir que hubiese conseguido mejores resultados que Miller, porque según veremos enseguida, los chilotes no eran hombres que se dejaban echar tan fácilmente de sus atrincheramientos y acaso también *lord* Cochrane, quiso darle una muestra de alta estima, mandándole que se quedase en Corral, porque en atención al número de enemigos que rodeaba este puesto, lo consideraba sumamente importante y digno de un jefe entendido y valiente.

Beauchef no quedó en efecto más que con noventa soldados, cuando los españoles retirados a los llanos tenían más de quinientos. Aunque contristado por no haber podido seguir la última expedición, tomó con empeño la tarea de organizar algo su pequeña guarnición, ya que no podía contar con los que componían las tripulaciones, especie de marineros sin disciplina militar, procedentes de todos los países del globo. Se hallaba ocupado en estos trabajos, cuando supo por el gobernador Gómez que los fugitivos de los Llanos, en número de quinientos, se preparaban para atacarlo. La cosa era seria, porque sabía muy bien que muchas veces tras una derrota vergonzosa, el remordimiento y la humillación misma infunden aliento al vencido y le arrastran a actos de valor y desesperación a la vez, para vengar la afrenta. En tan difícil posición, recurrió a la astucia. Hizo creer que iba a salir a su encuentro con igual número de soldados y al efecto mandó llevar cinco bueyes a Pichi para matarlos y tenerlos a disposición de su tropa. Esta orden fue perfectamente ejecutada y obtuvo el resultado que prometió su actor, es decir, que los españoles asustados de sus intentos, se dirigieron al sur y pasaron el río Bueno de Tumaó echando a pique o quemando enseguida las barcas de que se habían servido.

Esta retirada la supo Beauchef muy pronto por los espías que el gobernador Gómez tenía en los Llanos y le contentó extraordinariamente, porque su posición era difícil y se hubiera hecho en extremo peligrosa de tener otros jefes el ejército español, pues Montoya a su total ineptitud reunía el ser muy anciano y Bobadilla, antiguo guardia de corps, usaba de mucha dureza con el soldado sin tener ningún talento militar que compensase su gran severidad. No era mucho mayor el talento de Santalla, hombre muy detestado de los demás oficiales, especialmente García y Narváez, a quienes había tratado de traidores. Por último los oficiales en general eran incapaces de sostener la reputación adquirida por sus soldados en las guerras de la independencia española y a su gran incapacidad debió España la pérdida de la plaza de Valdivia, indudablemente la mejor fortificada de todas las de América del Sur.

Lord Cochrane regresó a Corral a los ocho días de su partida y casi sin detenerse partió para Valdivia con Beauchef, a quien pensaba dejar de gobernador militar de la provincia. Un funesto pensamiento le asaltó, el de destruir la fortificaciones del puerto, en razón a que servían de refugio a los buques españoles y eran inútiles a la patria. Felizmente Beauchef le recordó que esto pondría a los chilenos a

merced de los numerosos indios domiciliados en los alrededores y de Benavides, que no dejaría de ir a agitarlos contra ellos. Cochrane comprendió toda la fuerza de esta observación y respondió que dejaría al gobierno el cuidado de disponer de ellas, contentándose con embarcar todo lo perteneciente al fisco, sin dejar ningún recurso a la provincia, ni más que mil pesos que puso en poder de Beauchef con la promesa de enviarle mayores sumas luego que llegase a Valparaíso. De vuelta a Corral dio sus disposiciones para terminar la reparación de la *O'Higgins* y embarcándose en la *Moctezuma* se hizo a la vela para Talcahuano y de allí para Valparaíso, adonde llegó el 7 de marzo de 1820.

Luego que Beauchef quedó solo en Valdivia se dedicó con minucioso cuidado a organizar su tropa aumentada con algunos desertores del país, a reparar el hospital para que estuviesen con más comodidad los enfermos y en fin, a hacer todo lo que de él dependía en beneficio de sus soldados, a quienes tanto quería y de quienes era tan estimado. Desgraciadamente, su buena voluntad no bastaba para todo. La ciudad se hallaba en un estado miserable como resultado del saqueo que había sufrido; los alrededores, llenos de bosques, no producían casi nada y además en una semana quedaron gastados en su totalidad los mil pesos que les dejó Cochrane. En este conflicto y siguiendo los consejos del gobernador Gómez tomó la resolución de dejar unos cuantos soldados en Valdivia y partir con doscientos a los Llanos, donde esperaba que podrían estar mejor asistidos. Un correo que despachó a aquel punto anunciando su partida, predispuso perfectamente a todos sus habitantes. Un rico propietario, llamado Manríquez, le llevó doscientos caballos para que montasen sus soldados poco habituados a las marchas; los indios le ofrecieron vacas, verduras, etc., y ayudaron a los soldados a pasar el río Bueno por medio de sus piraguas; en fin, en Osorno encontró el fuerte muy cómodo para alojar en él, los soldados y todos los habitantes se disputaban la honra de alojar en sus casas a los oficiales. Nombrados Manríquez y don Diego Reyes, dos excelentes patriotas, el primero, gobernador de los Llanos y el segundo de Osorno, la provincia recobró su tranquilidad habitual y los víveres se llevaban en abundancia al cuartel con un simple recibo del ayudante, visado por el comandante.

Beauchef pensaba continuar de guarnición en esta ciudad hasta recibir las nuevas órdenes que esperaba del gobierno, cuando el gobernador don Diego Reyes le anunció con referencia a unos indios, que los fugitivos de Valdivia, retirados al río Maullín, se disponían a atacarle.

Estos fugitivos se habían retirado a Daglipulli cuando abandonaron a Valdivia, pero en un desorden tal que el capitán ayudante Narváez, joven instruido, intrigante y ambicioso, resolvió reorganizarlos, separando a los comandantes que no eran aptos para las circunstancias del momento. García y casi todos los demás oficiales aprobaron esta determinación y Lantaño, Alejandro y el mismo Santalla fueron separados del servicio a pesar de sus protestas, sólo Bobadilla conservó el mando de la caballería, mientras que Narváez recibió interinamente el de la infantería. Con ésta se formó un solo batallón dividido en cuatro compañías, a saber una de setenta y cuatro granaderos, otra de ochenta y cinco cazadores y las dos restantes de cuarenta fusileros cada una.

Reorganizadas así las tropas, se dirigieron sobre Osorno. Al pasar el río Bueno en Tumao encontraron al gobernador Montoya, a quien los oficiales separados hicieron mil reclamaciones, aunque sin conseguir nada, de manera que pocos días después la infantería continuó su camino a las órdenes de Narváez, quedando la caballería de observación sobre el río.

Al llegar al río Rahue del otro lado de Osorno, las tropas, por uno de aquellos impulsos que Narváez sabía imprimirles, pidieron con grandes gritos repasarlo e ir a batir a los patriotas. Advertido Montoya de esta resolución, retrocedió, habló con Narváez sobre lo que pensaba hacer, adoptó su plan de campaña y dándole su bendición, le dijo que obrase con arreglo a sus inspiraciones.

Narváez se dispuso a marchar sobre Valdivia esperando medir sus armas con las de los patriotas que habían quedado en aquella ciudad. Los espías exaltaban su viva imaginación diciéndole que el número de los patriotas era muy inferior al de los realistas y en esta persuasión se puso en marcha y repasó el río Rahue, cuando Bobadilla, acompañado del cura Pavón, llegó a toda prisa con sus cincuenta caballos repartiendo la nueva de que el mayor Beauchef avanzaba con todas sus tropas. Consultado Montoya sobre lo que convenía hacer, contestó que era necesario dirigirse sobre Chiloé, lo que aprobaron la mayor parte de los oficiales, que estaban completamente desmoralizados y todo el ejército se puso al punto en marcha esperando ocultar en aquella isla la confusión de su vergüenza. Debían saber, sin embargo, que Quintanilla no era hombre que jugaba con el honor militar y así se los demostró saliéndoles al encuentro para impedir que pasasen adelante. Su entrevista se verificó en Carelmapu y allí poseído aún de entusiasmo por la bella defensa hecha en el fuerte de Lacuy cuando lo atacó Cochrane, les afeó su afrenta y cobardía, asegurándoles que por ningún motivo entrarían en Chiloé, porque no quería ponerlos en contacto con sus valientes soldados, para que no los contaminasen de su pusilanimidad. En medio de estas reconvenções animadas, hubo explicaciones sobre todo lo ocurrido en la reorganización del batallón, en especial por parte de Santalla, quien se quejó amargamente de su separación, llevando la inconveniencia hasta acusar de traidores a Narváez, García, etc. A pesar de esto, Quintanilla procuró ponerlos de acuerdo y Santalla ingresó de nuevo en el ejército, el cual provisto de armamento y víveres se volvió por el mismo camino para ir a reconquistar los fuertes de Valdivia.

Éstas eran las tropas que los indios anunciaron a don Diego Reyes, noticia que confirmó al día siguiente el cacique Raileff, añadiendo haberle asegurado sus mocetones, que se componían de un escuadrón, dos piezas de montaña y un total con la infantería de unos cuatrocientos hombres, todos perfectamente armados y equipados y muy decididos a batirse. Deseaba Beauchef salirles al encuentro, pero no tenía más que doscientos hombres que oponerles y todavía, pasada una revista, quedaron reducidos a ciento cuarenta, rebajados los enfermos y los que por su flojedad eran incapaces de soportar la fatiga. No se encontraban en mejor disposición los oficiales, que sobre ser pocos, algunos se fingieron enfermos para no ir en la expedición, impresionados con la consternación que reinaba en la ciudad, en la que había muchos patriotas comprometidos; de manera que el comandante no pudo

contar verdaderamente más que con cuatro, que fueron el ayudante don Dionisio Vergara, don José Labbé, don Pedro Alemparte y don José María Carvallo.

A pesar de la inferioridad del número, Beauchef se decidió a marchar contra el enemigo. El patriota don Diego Reyes le facilitó los bueyes necesarios para la manutención de los soldados y los caballos para que montasen y don Juan Ángel Agüero se brindó a servirle de guía, sin cuidarse de los riesgos que iba a correr. La partida tuvo lugar el 3 de marzo de 1820 y a los tres días de vanguardia, compuesta de cincuenta granaderos a las órdenes del valiente Labbé, se encontró con la de los realistas. Al punto Beauchef manda desmontar a sus tropas, les habla con la energía que le caracterizaba, toma un fusil y poniéndose a la cabeza, vuela en socorro de su vanguardia que ya se replegaba, aunque con orden y tranquilamente. El enemigo ocupaba una posición ventajosa: los cazadores estaban a derecha e izquierda del camino ocultos en los bosques, los granaderos delante del río Toro, dos compañías de fusileros detrás de un corral protegidos por las estacas de éste; en fin, las dos piezas de campaña en una altura con la caballería a retaguardia. Su esperanza de vencer era tal, que Narváez quiso avanzar temiendo que los patriotas huyesen luego que reconocieran sus fuerzas, pero Bobadilla prefirió conservar la ventaja de la posición, lo cual no impidió que Beauchef atacase a paso de carga y a los gritos atronadores de viva la patria. El combate no tardó en hacerse general, de todas las partes se oía un fuego sostenido, pero enseguida los patriotas cargaron a la bayoneta con tal vigor que obligaron al enemigo a retirarse del otro lado del río Toro, lo dispersaron en todos sentidos y le obligaron a emprender la fuga abandonándolo todo en el campo. El intrépido Labbé, que lo persiguió hasta Amancay con veinte soldados montados en caballos que se le cogieron, aseguró a Beauchef que asimismo los perseguía, que los fugitivos apenas llegaban a unos treinta y que todos los demás se habían salvado en los bosques inmediatos. Varios destacamentos enviados a estos bosques, cogieron muchos soldados, de manera que la victoria fue casi completa. Se contaron cuarenta muertos y catorce oficiales y trescientos sesenta y nueve soldados prisioneros, de los cuales sesenta y nueve fueron cogidos en los bosques al día siguiente por el capitán Alemparte. La patria tuvo que llorar la pérdida de cuarenta hombres, de ellos once muertos y veintinueve heridos de más o menos gravedad.

La victoria del Toro fue de gran importancia así desde el punto de vista material como moral, pues echó para siempre de la provincia de Valdivia a los españoles, separó del partido de éstos un número considerable de caciques y colocó a Benavides en una posición muy crítica, limitado casi a sus propios recursos, pues no podía recibirlos por mar y mucho menos por tierra. Por otra parte, los numerosos patriotas de la provincia temblaban ya por su porvenir, persuadidos de que el mal resultado de la expedición de Cochrane y las pocas tropas que éste había dejado en Valdivia pondrían la provincia en el mayor peligro: así sucedió que la vuelta de Beauchef a Osorno fue celebrada con las más vivas aclamaciones, yendo a verlo y a cumplimentarlo todos los patriotas. Cuando al día siguiente continuó la marcha con su división para Valdivia, lo acompañaron hasta cierta distancia de la ciudad, no faltando algunos que llegaron al paso de Tumaó, donde había gran número de

indios y de gente de los Llanos para felicitarlo y ayudar a los soldados a pasar el río Bueno. Los prisioneros se confiaron a gente del campo armadas con lanzas, que los llevaron a Pichi, donde había unas embarcaciones enviadas a petición de Beauchef por el capitán de fragata don Roberto Forster, que los condujo a la isla Mancera.

Este capitán Forster acababa de llegar en el *Independiente* convoyando un transporte con víveres, algún vestuario y un poco de dinero. Conducía además doscientos ladrones que el gobierno puso a disposición de Beauchef para que ingresasen al ejército, si lo creía conveniente. La guarnición se había aumentado entonces con algunos desertores españoles, muchos voluntarios y también muchos hijos de familia que entraron de cadetes hasta nueva orden. Beauchef incorporó a sus soldados los doscientos ladrones, encomendando su vigilancia a hombres de confianza, formó con todos un batallón y nombró empleados para el servicio militar, dando así a la guarnición una organización y una disciplina tales como su genio militar le hacía concebir.

CAPÍTULO LVI

Victorias de los patriotas, incompletas como siempre. Freire marcha a Santiago, dejando en su lugar a don Juan de Dios Rivera. Benavides va a Talcahuano, lo saquea y se lleva a Arauco algunas embarcaciones, en una de las cuales marcha Pico a Lima. Regreso de este jefe con algunos socorros. Derrota del escuadrón de Viel en Rere y del de O'Carrol en Pangal. Asesinato de este comandante. Acción de Tarpellanca y asesinato de Alcázar, don Gaspar Ruiz y los oficiales del batallón de Coquimbo. Freire se retira a Talcahuano y Benavides ocupa Concepción. Organización de la provincia. Estado desesperado de Freire, que lo obliga a atacar a Benavides. Victoria que aquél consigue en Concepción y derrota completa de éste. Pico incendia las ciudades de la frontera. Va a atacar a Prieto a Chillán y es derrotado. Muerte de Zapata e influencia que ejerce en el ánimo de los indios.

Si las armas de la patria conseguían algunos grandes resultados en la provincia de Valdivia, en las de Concepción permanecían casi en la inacción. Colocado el enemigo al sur de Biobío, rodeado de bosques sumamente espesos y protegido por las numerosas poblaciones de indios que la mayoría de las veces tomaban parte en sus excursiones podía sustraerse sin grandes esfuerzos a la persecución de los patriotas y evitar los combates o por lo menos hacer que las victorias de aquéllos fuesen de poca importancia e incompletas.

Con la toma de Valdivia y la ocupación de su provincia, cualquiera hubiese creído que se resentiría de esta pérdida la moral de los realistas y que se limitarían a la defensiva, esperando época más favorable para volver a emprender esos combates solapados, que no eran otra cosa que una guerra de exterminio y destrucción. Sin embargo, apenas se veían vencidos en un punto, se rehacían en otro, aprovechando la fidelidad diligente de las familias refugiadas al sur del Biobío y especialmente por el lado de Quilapalo, verdadero cuartel general de sus expediciones y centro de una gran actividad. Muchas veces salió Alcázar de su acantonamiento de Los Ángeles a batir sus desastrosas guerrillas, pero sus salidas no producían más resultado que fatigar las tropas o caer en alguna emboscada, que con frecuencia le ocasionaba pérdidas efectivas. Si alguna vez lo favorecía un tanto la fortuna, no tardaba en ser detenido por los obstáculos que sin cesar estaban inventando aquellos hombres de recursos.

Freire, por su parte, no podía enviar refuerzos a Alcázar. Con los doscientos cincuenta hombres que dio a Cochrane para la afortunada expedición de Valdivia,

su ejército quedó en el mayor apuro, falto absolutamente de todo, sin que sus vivas reclamaciones al gobierno produjesen apenas resultado, razón por la cual se decidió a ir en persona a Santiago, dejando de intendente al coronel don Juan de Dios Rivera, hombre valiente, conciliador, pero mucho menos emprendedor y temible que su sucesor.

En el momento que partió Freire, las partidas que hacía algún tiempo estaban como adormecidas, despertaron más audaces. Las de Zapata acampadas en Gualigueico, tierra del cacique Marilhuán, amenazaron a Nacimiento, las de Ferrebú y Macareño llevaron el hierro y el fuego a Rere y sus inmediaciones, y Benavides se dirigió el 12 de mayo a Talcahuano, que tomó y saqueó en favor de la oscuridad de la noche. Unas cuantas embarcaciones que había en el puerto, le sirvieron para transportar a Arauco los efectos robados y algunas tropas: él regresó con las restantes por el camino por donde había ido, burlando la actividad que al día siguiente desplegó Rivera para perseguirlo.

Aunque la posición del ejército de Benavides era entonces bastante satisfactoria, sin embargo, tenía necesidad este jefe de ponerse en comunicación con el virrey de Perú para obtener los socorros que le faltaban. Con este objeto propuso a don Juan Manuel Pico que marchase a Callao en una de las embarcaciones cogidas en Talcahuano y este oficial se decidió lleno de confianza y resolución, a emprender un viaje largo, peligroso, que tuvo la suerte de llevar a cabo con buen éxito. A los pocos meses regresó con el nombramiento de teniente coronel de los dragones de la frontera en un gran buque cargado de víveres, efectos y armas, siendo portador del despacho de coronel de infantería para el jefe del ejército, de gran número de medallas de oro y plata para recompensar los hechos meritorios y de muchos nombramientos en blanco para completar los cuadros o llenar los vacíos del ejército. Pezuela se propuso proteger las montoneras, esperando así llamar sobre aquel punto la atención del gobierno chileno y distraer las tropas que se organizaban e instruían con destino a la tercera expedición contra Perú.

Con semejantes auxilios no tardaron en aumentarse las montoneras de Benavides y elevarse la cifra de su ejército a dos mil hombres, todos agujoneados por la perfidia y la envidia y capaces por consiguiente de audacia y resolución para todo. El número de los patriotas era al contrario muy escaso. Absorbida completamente la atención de O'Higgins en su gran expedición contra Perú, sacrificó en cierto modo a su política la provincia de Concepción, despreciando al enemigo que no la dejaba quieta y la devastaba y descuidando, con esta falsa idea, el ejército que Freire tuvo que diseminar en diferentes puntos de la provincia para contener las montoneras y proteger la seguridad de los habitantes.

Con esta dispersión no podía haber unidad en el mando del ejército ni regularidad en sus movimientos. Cada pequeña división, insuficiente para resistir gran número de tropas, marchaba al combate sin ardor y sin fe, de manera que, al primer choque, los soldados echaban a correr, lo que producía un doble efecto moral bien diferente, pues llevaba el desaliento a los patriotas y el entusiasmo a los realistas. Éstos tenían además la ventaja de que formaban una asociación de intereses individuales, lo cual favorecía sus empresas, a lo que hay que agregar

que su imaginación estaba exaltada por el fanatismo religioso que los curas sabían inspirarles. Antes de ir al combate los obligaban a confesarse y comulgar y muchas veces hacer una devota rogativa a la madre sacratísima de las Mercedes, patrona venerada de sus inicuas expediciones. Después de esta ceremonia de profanación fue cuando Pico, enviado de vanguardia por Benavides, se decidió a atacar los patriotas retirados en Pilco para cortar sus comunicaciones con las divisiones del sur. En una carta que escribió el 8 de septiembre al capitán don Julián Hermosilla le decía que su madre la Virgen de la Merced había llevado los enemigos a aquel sitio para ponerlos a su disposición, pero hasta el 18 no salió de Santa Juana con quinientos hombres en dirección a Yumbel. El comandante don Benjamín Viel, se encontraba en esta plaza con un escuadrón de granaderos a caballo. A pesar de su gran inferioridad, osó desafiar la fuerza enemiga y oponerle un puñado de valientes, que no pudo resistir largo tiempo sus numerosos ataques. Rodeados por todas partes de infinidad de soldados y de indios, no tardaron en ser acuchillados, cogidos o precisados a emprender la fuga. Del número de los últimos fue el comandante, quien marchó inmediatamente a reunirse al escuadrón de O'Carrol.

Si en vez de arriesgar un combate, se hubiese reunido Viel a este jefe, como la prudencia aconsejaba, es probable que las dos pequeñas divisiones hubieran podido resistir a Pico y acaso con ventaja, porque, si bien inferiores en número, no lo eran en la disciplina, la cual duplica la fuerza de un ejército ordenado. Desgraciadamente no sucedió así. Viel comprometió con su animosa impaciencia su escuadrón e involuntariamente el de O'Carrol, a quien también atacó Pico. La acción tuvo lugar en el vado del Pangal del río Laja, no siendo menos vigorosa ni encarnizada que la anterior, y si los soldados de Pico consiguieron vencer, lo debieron menos a su valor que a la fortuna de ocupar una posición ventajosa, pues el viento llevaba un humo muy espeso al lado donde estaban los patriotas. El desgraciado O'Carrol tuvo la fatalidad de caer prisionero en esta refriega. Cogido por un indio con el lazo, fue muerto a los pocos momentos, según la bárbara costumbre de aquellos defensores de la religión y del Rey.

Estos dos cortos triunfos reanimaron más y más el valor de los realistas, ya muy alentado con la posición recíproca de ambos ejércitos. Inmediatamente que los supo Benavides, salió de su campamento y marchó a combinar con Pico una nueva campaña. Toda la extensa llanura del Laja era suya, excepto la ciudad de Los Ángeles ocupada por Alcázar con algunos milicianos y doscientos cincuenta soldados del batallón de Coquimbo, tropas indudablemente valientes y de mucha resistencia, pero en muy corto número para oponerse a un enemigo que disponía de cerca de tres mil hombres. Benavides fue de este parecer y creyó que estaba en el caso de emprender un ataque, valiéndose de la astucia. Para este efecto mandó escribir una carta supuesta de Freire a Alcázar, manifestándole la necesidad que abandonase Los Ángeles lo más pronto posible y fuese a reunirse a él¹⁹⁶. La carta llegó a su destino y la firma de Freire estaba contrahecha con tal perfección, que

¹⁹⁶ Este hecho me lo contó don José María González y me lo ha confirmado el teniente coronel don Manuel Riquelme, de Los Ángeles.

sólo don Gaspar Ruiz dudó de su autenticidad. A pesar de las observaciones de éste se decidió la salida y un número considerable de familias comprometidas quisieron ir en la retirada. Al llegar a orillas del Laja frente por frente de la isla Tarpellanca, acudió una mujer a prevenir a Alcázar de que Benavides estaba en el río Claro y marchaba a su encuentro. Ya lo habían pasado muchos soldados, pero Alcázar los hizo volver y se estaba fortificando en dicha isla con los aparejos de las mulas, los efectos y equipajes de los emigrados, etc., cuando se presentaron los realistas y empezaron a tirar sobre los diferentes grupos. Siguió por una y otra parte un fuego de fusilería que duró desde las dos de la tarde hasta el anochecer, hora en que un comerciante, don José Antonio Pando, se pasó a Benavides y le dijo que las municiones de los patriotas tocaban a su fin. La perfidia, consejera inseparable de este hombre sanguinario, le inspiró el proyecto de apoderarse por estratagema de aquella corta división y entregarla a la ferocidad de sus salvajes subordinados. Un tal Felipe Lavandero fue de parlamentario a proponer condiciones de paz, que Alcázar no podía rehusar en su mala posición. Éste comisionó por su parte al capitán Ríos y se convino que partiría en libertad, que los oficiales quedarían prisioneros de guerra, que los soldados ingresarían en el ejército realista y por último que se respetaría la vida y los intereses de los emigrados y de los indios. Por la noche, habiendo manifestado Ríos que sospechaba mala fe en Benavides, propuso Alcázar a don Gaspar Ruiz abrirse camino con la espada para dirigirse por el lado de Concepción, pero le objetaron que esto sería sacrificar mucha gente y el gran número de mujeres y niños que seguían al ejército, con lo cual renunció a su proyecto y esperó con inquietud los resultados de la capitulación. Al día siguiente por la mañana, pasó Benavides a Tarpellanca con unas quince personas y al apearse del caballo dio la mano a Alcázar, asegurándole sus buenas intenciones. Después de algunas palabras corteses, mandó que los prisioneros pasasen el río Laja por el lado en que sus tropas estaban formadas en batalla. Sólo quedaron en la isla al cuidado de los indios, que no tardaron en degollarlos, los enfermos y los heridos; todos los demás siguieron el ejército realista, que se dirigió hacia el oeste. A su paso por Río Claro, los indios separaron al cacique Huilcán de Angol y lo sacrificaron a su cruel furor, haciendo enseguida lo mismo con todos los indios de Santa Fe aliados de los patriotas. Tal fue el preludio de la matanza que aquellos hombres bárbaros preparaban para santificar sus atroces doctrinas. Cuando llegaron a San Cristóbal, los oficiales fueron rodeados por una fila de sesenta infantes y toda la caballería en número de más seiscientos hombres, que tuvieron orden de no desensillar los caballos en toda la noche. Porque esta noche era la víspera de uno de esos días de tempestad que desafían atrozmente a todo sentimiento humanitario. Al día siguiente, en efecto, fueron fusilados todos los oficiales, reservando para los dos jefes Alcázar y don Gaspar Ruiz, una muerte más cruel, pero al mismo tiempo más gloriosa. Entregados a los salvajes que formaban parte del ejército realista, fueron hechos pedazos a lanzadas en medio de otros indios que los tenían en cierto modo acorralados. Así perecieron estos dos nobles patriotas, más aptos por su edad y antecedentes a inspirar respeto, que a provocar el insulto y todavía menos a merecerlo. Uno de los oficiales, el capitán Arcos, no queriendo morir a manos

de estos salvajes, sacó un cuchillo del pecho y con el coraje de la desesperación, se atravesó el corazón en presencia de sus compañeros¹⁹⁷. Así murieron casi todos los oficiales del batallón de Coquimbo, nobles militares que habían dado repetidas pruebas de su conducta digna y generosa, así en el campo de batalla como después de victorias a mucha costa conseguidas. Los soldados ingresaron en las filas realistas y se vieron precisados a volver sus armas contra una patria que tan bien habían servido y a la que tantos deseos tenían de defender. Por lo que hace a los emigrados, aunque su opinión en general era puramente pasiva, esto no les preservó del furor de aquellos bárbaros. “En el mismo día, dice un alférez realista, hizo juntar Benavides todos los paisanos que tenían algún compromiso y allí cerca de la casa en que estaba alojado, los hizo desaparecer. Esto lo estuve yo presenciando sentado sobre mi montura”¹⁹⁸.

Mientras se cometían estos asesinatos, marchaba el coronel Freire en socorro de Alcázar, colocado en gran riesgo con las derrotas de Rere y del Pangal. El 27 de septiembre salió de Talcahuano y a muy corta distancia de Concepción encontró al mayor Thompson, que por una feliz casualidad había podido fugarse de la isla Tarpellanca arrastrado por la aguas del río Laja. Con este encuentro y con las noticias que le dio aquel oficial, Freire consideró ya inútil su viaje, por lo que se atrincheró detrás de las colinas y fortificaciones de Talcahuano, pues el estado de extrema debilidad en que se encontraba su ejército, sólo le permitía estar a la defensiva. Al día siguiente 28 salió de Concepción con todos sus soldados y gran número de familias y fue a refugiarse al pequeño puerto de Talcahuano, perfectamente seguro por la clase y disposición de sus fortificaciones y a los pocos días, es decir, el 2 de octubre, tomó posesión Benavides de aquella capital, muy orgulloso con que los patriotas se hubiesen visto precisados a retirarse a un puerto, que como en tiempo de Ordóñez, iba a ser la protección del débil. Tuvo la buena precaución de enviar todos los indios a Purén bajo la dirección de Marilhuán para poner un término a sus latrocinios.

Casi toda la provincia de Concepción se hallaba así bajo la dependencia del Partido Realista, que a fuerza de excesos sobrevivía a todas sus derrotas. Benavides, que era su jefe legal, quiso organizarla según el antiguo régimen, haciendo

¹⁹⁷ Cuando Alcázar salió de Los Ángeles quisieron seguirlo muchas familias y don Tomás García ya cargadas con sus efectos las tres únicas carretas que se encontraron, pero aquél las reclamó para llevar las municiones, etc. Con las seguridades que dio Alcázar de volver pronto, muchas familias se quedaron y fueron degolladas después de la acción de Tarpellanca, no perdonando los indios más que a las mujeres y niños, que se llevaron prisioneros. Algunas familias se escaparon escondiéndose en los bosques, donde pasaron seis días sin más alimento que pangue y dihueñes. Conversación con el teniente coronel don Manuel Riquelme.

¹⁹⁸ Don Agustín de Aldea, *La inocencia vindicada*, p. 15.

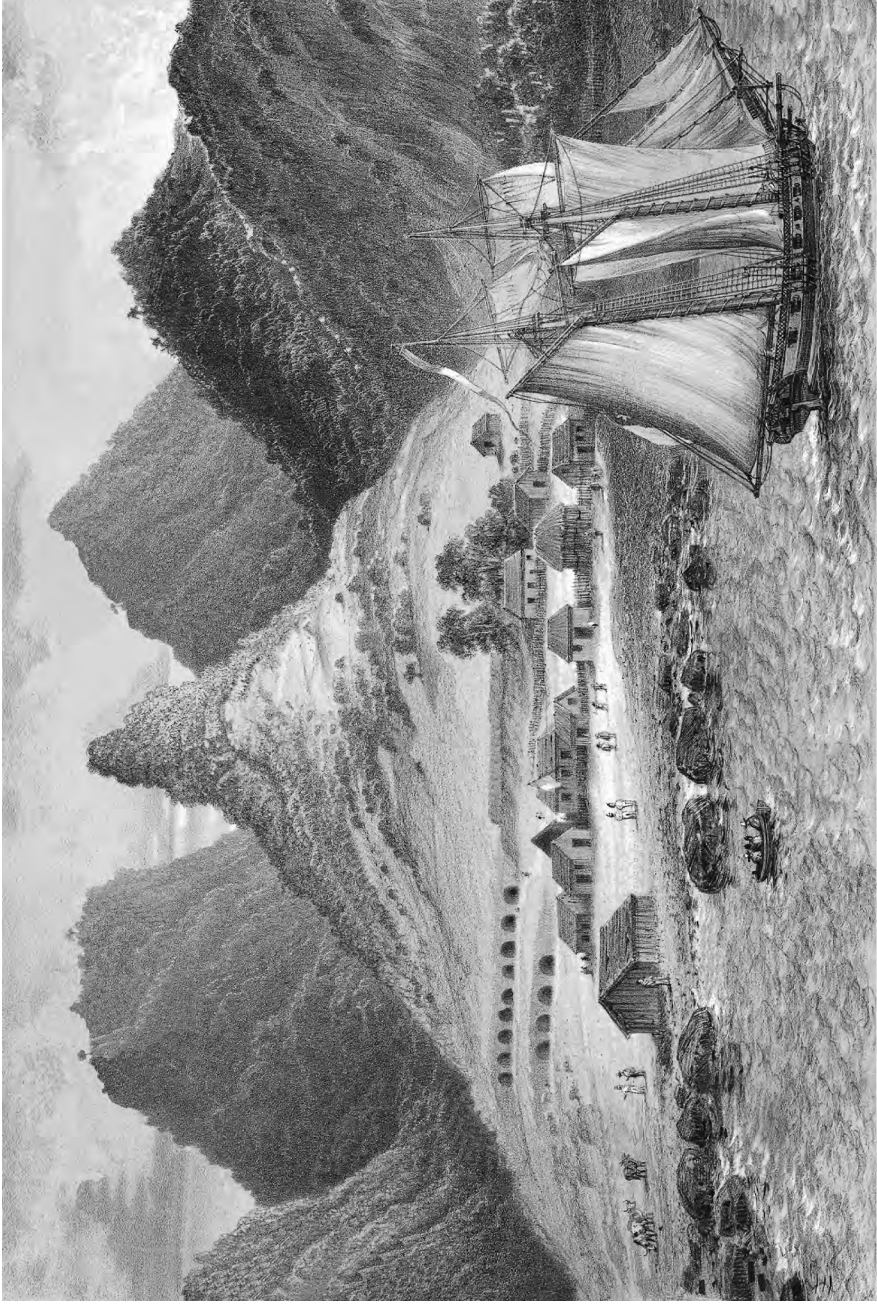
Es necesario decir que como resultado de la espantosa carnicería que hizo Dupuy, gobernador de San Luis, en los prisioneros de Chacabuco y Maipú, el Virrey, en su justa cólera, mandó a Benavides que no diese cuartel a nadie y que usase esta atroz represalia. En una conversación que tuve acerca del particular con don Ramón Freire, me aseguró este ilustre General que Benavides hizo mérito de esta orden cuando se le juzgó.

que se nombrasen alcaldes y regidores. Para paliar algún tanto sus crímenes, hizo alarde de proteger a los patriotas que se habían quedado, permitiéndoles marchar sin trabas a Talca y Santiago o pasar a Talcahuano y en un bando publicado el 12 de octubre amenazó castigar severamente y a su arbitrio, al que les insultase, pues decía que había concedido a todos su perdón, lo cual no fue obstáculo para que a los dos días escribiese al capitán Hermosilla que atormentase bien a los enemigos, en la seguridad que el Virrey premiaría sus servicios. Tampoco tuvo reparo en prevenir pocos días después a los subdelegados, que obligasen a las personas sospechosas y a los antiguos jueces a vivir en las capitales de los departamentos a fin de vigilarlos mejor y que secuestrasen los bienes de los emigrados que en el término de tres días no regresasen a sus casas o haciendas.

Tomadas estas medidas de policía, se dedicó Benavides a aumentar su ejército con nuevos reclutas y a organizar la milicia provincial, haciendo ingresar en los diferentes cuerpos a todos los habitantes de los pueblos y del campo desde la edad de doce años hasta la de la vejez. En Concepción renovó la institución del regimiento de la Concordia, tomando también por base el mismo principio de la edad y como prueba de la importancia que daba a este regimiento, se reservó el título de coronel del mismo. Para armar un número tan considerable de milicianos, mandó recoger por causa de utilidad pública todo el hierro que hubiese en poder de los comerciantes, disponiendo para el caso en que éste no bastase, que se echara mano del que se encontrara en las casas, sin exceptuar las rejas de las ventanas. Los herreros de la provincia fueron los encargados de recibir el hierro y de hacer inmediatamente picas, lanzas y otros instrumentos de guerra.

Otra de las cosas que preocuparon a Benavides en su efímera administración, fue el tesoro. Como debía esperarlo, encontró las cajas vacías, emigradas o completamente arruinadas las principales familias y la provincia en un estado de desolación tal, que los campos estaban casi incultos y las habitaciones en general incendiadas. En este estado de cosas, dio Benavides un mentís a sus bandos protectores, haciendo uso del sistema de secuestros de que alternativamente eran víctimas las familias de los dos partidos. Para apoderarse cuanto antes de los bienes secuestrados, nombró una comisión de tres personas, que fueron don Juan Antonio Rodríguez, el padre fray Isidro Vásquez y su cuñado don Pedro Ferrer; mas no siendo suficiente todo esto para las necesidades a que tenía que atender, levantó un empréstito por cuya cuenta recibía plata labrada a razón de siete pesos el marco y estancó todo el vino y aguardiente de la provincia, obligando a los propietarios a que declarasen, bajo pena de una fuerte multa, la cantidad que poseían de estos líquidos y a venderlos al fisco por doce reales la arroba de vino y tres pesos la de aguardiente.

Un gobierno nacido de una revolución es siempre en sus principios un gobierno de abusos y violencias, mucho más si el jefe del partido triunfante tiene la conciencia de su endeblez y su impopularidad. El héroe de Tarpellanca, colocándose en el puesto de jefe interino de Chile bajo el modesto título de intendente de la provincia de Concepción, tenía necesidad, para sostenerse, de emplear los medios más rígidos y arbitrarios. Aunque hizo que se nombrasen alcaldes y regidores así en Concepción como en las diferentes ciudades de la provincia, reunió y



PRÉSIDIO DE LA ISLA DE JUAN-FERNANDES.

(1852.)

confundió en su persona todos los poderes políticos, el poder legislativo, el poder ejecutivo y el poder judicial, queriendo sujetarlo todo a su inspección. En una cosa hay que hacerle justicia, si es que se la merece tan monstruosa severidad, en que en todos tiempos y lugares se mostró siempre inexorable con los ladrones, a quienes perseguía sin descanso y a los que mandó muchas veces que se los presentasen, a pesar de que por las ordenanzas competía a los subdelegados proceder contra ellos. En estos casos él mismo marcaba el género de muerte que merecía el ladrón según delito, ya el fusilamiento, ya la horca. Muchos oficiales fueron sacrificados a esta severa justicia y a los pocos días de llegar a Concepción mandó pasar por las armas en la plaza, diez soldados que habían intentado desertar y ahorcar a dos del batallón de Coquimbo por mala conducta. Las ejecuciones se verificaron presenciándolas toda la guarnición¹⁹⁹.

Mientras Benavides procuraba organizar un gobierno a su manera, en la confianza de que no tardaría en funcionar en Santiago como se lo tenía prometido al virrey de Perú, respondiéndole de ello con su cabeza; Freire, retirado al abrigo de las fortificaciones de Talcahuano redoblaba sus vivas instancias para que se le enviase algún socorro, pero en el estado deplorable a que había quedado reducido el tesoro con la tercera expedición de Perú, O'Higgins apenas contaba con medios para facilitárselo. Todo lo que estuvo en su posibilidad en vista de lo que le manifestó una comisión encargada de hacerle ver los peligros de la posición de Freire y los que corría Santiago si Benavides llevaba allá sus soldados, fue reunir en la ribera norte del río Ñuble e Itata una parte de la milicia de San Fernando y Talca al mando de don Joaquín Prieto y dar orden para que se le incorporase la que el mayor Viel pudo levantar e instruir en el partido de Cauquenes. Estas tropas hubieran sido muy insuficientes sin duda para contener a los realistas, si mejor inspirado Benavides se hubiese dirigido sobre Santiago, pero afortunadamente para el país, la Providencia velaba sobre su salvación y quitándole esta idea, lo lanzó a guerras de escaramuzas, en las que por lo general llevaban la ventaja los patriotas. En una de estas escaramuzas, deploró la patria la pérdida del valiente catalán Molina, sargento mayor del ejército, muerto en una sangrienta carga que dio al enemigo.

A pesar de todo, la posición de Freire se hacía cada vez más y más difícil y arriesgada: los socorros eran casi insignificantes y los víveres disminuían considerablemente, lo que llenaba al soldado de desesperación, esta hija del sufrimiento. Aunque la desproporción de los dos ejércitos era muy desventajosa para los patriotas, éstos deseaban, sin embargo, un combate decisivo, que de una manera u otra los sacase de su posición. Freire estaba animado del mismo modo y la ocasión de satisfacerlo se presentó al fin.

El 25 de noviembre se observó en los realistas un movimiento de tropas en dirección a San Vicente. A poco destacaron una compañía, que al alcance de los fuegos de fusil de los patriotas, tomó posición en el cerro del Morro. Freire mandó salir la caballería fuera del portón y apenas se había formado, la de los realistas, en número de seiscientos próximamente, ocupó el pajonal y médanos de la Puntilla.

¹⁹⁹ Archivos de Concepción y manuscritos de Benavides que obran en mi poder.

Estaba a pocas cuerdas de distancia y se manifestaba indiferente a las bajas que le hacía el fuego de algunas baterías, cuando la impaciencia de Freire le decidió atacar. Aunque podía disponer de buen número de caballos, sin embargo, poseído de ese valor personal que electriza cuanto le rodea, toma sólo ochenta cazadores y los intrépidos indios de Angol y puesto a su cabeza carga a gran galope sobre la caballería, que corta por diferentes sitios. Entonces se apodera el terror de las filas enemigas, la caballería toda desordenada emprende la fuga y es perseguida más de una legua por los patriotas, que matan ciento cincuenta soldados más algunos oficiales y hacen treinta prisioneros. Los patriotas sólo tuvieron siete heridos y tres muertos, entre éstos el teniente coronel don Enrique Larenas, de Concepción, a quien la fogosidad de su caballo llevó a las filas enemigas, donde fue acuchillado.

Este resultado, que hubiera sido mucho más completo de no tener que dejar la persecución por el mal estado de los caballos, reanimó a los patriotas entregados hacía muchos meses al mayor desaliento. Freire, con su genio militar, vio en él, el prelude de una victoria decisiva y ordenó inmediatamente los preparativos para atacar al enemigo en su atrincheramiento. Sus tropas eran muy inferiores en número a las de Benavides, que tenía de setecientos a ochocientos infantes y sobre quinientos caballos, pero esperaba compensar tamaña desventaja con la bravura de sus soldados y el convencimiento de su superioridad militar. Por desgracia un tiempo horroroso no le permitió salir del campamento en el siguiente día domingo, pero al otro se puso en camino muy de mañana con la mayor parte de la guarnición y a mitad del día llegó al cerro Corral, de donde pasó al Chepe a observar la posición y fuerza del enemigo. Cuatro cañones que puso en el cerro últimamente citado, obligaron a la infantería y parte de la caballería ocultas en el pajonal, a mudar la posición y situarse cerca de la alameda bajo los fuegos de cuatro piezas volantes colocadas en el cerro Gavilán.

“Luego que el enemigo, dice Freire, observó la marcha de nuestra infantería que con dos piezas de artillería de campaña la emprendió por el Malecón, se dirigió a impedirlo con un vivo fuego de toda su infantería que marchaba por el estrecho camino del Malecón, a cuyo efecto destiné al comandante Cruz con los cazadores de la escolta y los indios de Angol para que cargase por la derecha al enemigo y al sargento mayor Acosta por la izquierda con los dragones de la patria y enseguida el teniente coronel Barnechea con el escuadrón de Plaza, nuevamente creado y el sargento mayor Manzano con la milicia de esta ciudad y Rere. Estos movimientos se hicieron tan oportuna y rápidamente que lo obligaron a huir con precipitación”.

La carga fue tan general y tan bien dirigida con la infantería en el centro y la caballería a los flancos, que casi toda la infantería enemiga cayó muerta o hecha prisionera, contándose en esta clase todo el batallón número 1 cogido en Tarpellanca, pues sólo el gritar Coquimbo bastaba para contener el brazo de sus paisanos. Muchos españoles aprovecharon este grito de salvación para conservar una vida, que en aquellos momentos de exaltación y de delirio no hubiera quizá perdonado la venganza. La caballería pudo salvarse en parte por la Mochita, Caracol, Lonquén y Palomares, perseguida por los patriotas, que la acuchillaron a su sabor. El comandan-

te Cruz avanzó hasta Hualqui con la esperanza de alcanzar a Benavides, que se había dirigido por este lado, pero habiendo llegado desgraciadamente cuando acababa de pasar el río con unas treinta personas, tuvo que dejarlo marchar con toda seguridad por la parte de Arauco. No le sucedió lo mismo a su mujer, que tomó por la del Biobío en dirección a San Pedro. No encontrando embarcación, el instinto del miedo la hizo arrojar al río y sin saber cómo, se halló en un pequeño bajo a poca distancia de la costa en compañía de muchas personas. Estaban con el agua a la cintura cuando llegaron los soldados y empezaron a tirarles, pero ellas para evitar las balas se sumergían hasta la cabeza. Muchas fueron víctimas del furor de los soldados, pero al fin triunfó el sentimiento humanitario y la caridad completó su victoria, ayudando a aquellas desgraciadas gentes a pasar el río. La mujer de Benavides fue una de las que se salvaron de una muerte que por algún tiempo creyó inevitable. Muchos soldados que no la conocían, se la disputaban, pero ella prefirió al que la había cuidado y salvado y por la tarde pudo escaparse marchando a casa de un amigo. A los pocos días, su marido pasó disfrazado el Biobío en frente de San Pedro, exponiendo atrevidamente su vida por ir a buscar a su mujer, que llevó por la parte de Arauco²⁰⁰.

Esta victoria fue sumamente ventajosa a la patria, que sólo tuvo un capitán, dos sargentos, un tambor y ocho soldados muertos y veintiséis heridos, mientras que el ejército de los realistas quedó destruido casi enteramente con pérdida completa de armas y bagajes. A los dos días supo Freire el complemento de esta victoria con la relación que le hizo el teniente coronel don Pedro Ramón de Arriagada de la ventajosa acción que acababa de sostener con el intrépido Zapata. En efecto, sabiendo que este jefe se preparaba para ir a atacarlo en San Carlos, fue a esperarlo en una emboscada, cerca de la capilla de Cocharca, con sus dos escuadrones de granaderos y cazadores y al pasar el enemigo cayó de improviso sobre él y lo derrotó completamente, matándole o hiriéndole cerca de doscientos hombres.

Zapata después de esta derrota se retiró a Tucapel, casi en el mismo momento en que el cacique pehuenche Toreano fue a esta plaza con objeto de ver a Benavides, a quien quería conocer. A poco llegaron también Pico y Bocardo con casi toda la caballería derrotada en Concepción y más de cuatrocientos hombres de tropas de refresco que estuvieron en Santa Juana durante la acción, y que Benavides había dado a Pico para que fuese a incendiar las ciudades de la frontera, Talcamávida, Nacimiento, Los Ángeles, etc., misión que desempeñó con toda la ira del amor propio burlado. Cuando dichos jefes entraron en Tucapel habían destruido nueve ciudades o villas y la presencia de Toreano les inspiró la idea de una junta de los demás caciques, para tratar lo que les convenía hacer en adelante. Muchos respondieron a la invitación de Toreano, especialmente Zapata, que tenía grandes influencias sobre ellos y después de algunas discusiones decidieron reunírseles con todos sus indios onas. Cerca de dos mil de éstos se trasladaron en efecto a Tucapel armados y montados, con los setecientos caballos que aproximadamente podía disponer Pico, se hallaron en posición de ir a atacar a Chillán, para que sufriese la

²⁰⁰ Cuando esta señora me contaba el suceso, temblaba de espanto. Tanta era la influencia que ejercía en sus nervios la emoción de su recuerdo.

misma suerte que las demás ciudades. Pero Zapata, que tenía en dicha ciudad una casa y algunos parientes, no queriendo exponerlos a los horrores del incendio, se opuso al proyecto y entonces se contentaron con ir a apoderarse de cerca de mil caballos que pastaban en el Bajo y en Guambali.

Prieto, que mandaba la segunda división acantonada en dicha ciudad, salió al punto para hacer frente a este poderoso enemigo. Después de muchas marchas y contramarchas se decidió a tomar la ofensiva y atacar con su caballería dividida en dos partes, una compuesta de los milicianos de San Fernando, Talca, etc., a las órdenes de don Domingo Torres, y la otra de los cazadores, húsares y algunos milicianos a las de don José María Boil. Las dos cargaron en esta disposición cada una a su vez sobre la caballería enemiga, que las rechazó con ímpetu, pero sin hacerlos perder el orden y la regularidad de los movimientos. Entonces se limitaron a trotearse para poder tomar aliento y enseguida volvieron a empezar las cargas, en una de las cuales la fortuna favoreció a los patriotas con la muerte de Zapata, quien recibió un balazo en la cabeza. Desde aquel momento reinó la mayor confusión en el ejército enemigo, especialmente entre los indios, que estimaban extraordinariamente al intrépido cabecilla. Ya no se pensó más que en la retirada a pesar del refuerzo que les llevó Hermosilla, y Pico tuvo que seguir el torrente e ir a ocultar su nueva humillación a los países de los araucanos.

Este nuevo triunfo, sin tener la importancia del de Concepción, contribuyó a desmoralizar algún tanto el Partido Realista y a calmar la justa inquietud que causaba la prosperidad siempre en aumento de los enemigos de la patria. La muerte de Zapata, sobre todo, se consideró como el más bello trofeo, porque ella sola valía una victoria. Aunque de condición humilde, pues fue peón de Urrejola en Cuchacucha, se hizo siempre notable por su valor y generosidad. Tenía muy buen carácter y era muy estimado, especialmente por los indios, que lo consideraban más que a los otros jefes, porque lo veían valiente, justiciero y siempre a la cabeza de su escuadrón. Así sucedió, que después de su muerte los indios casi se manifestaron indiferentes con los realistas. La mayor parte de ellos se mantuvieron en completa neutralidad y aun algunos se pasaron a los patriotas, abandonando un partido que les ofrecía más ventajas, pues la crueldad y el robo, estos dos grandes estímulos del salvaje, eran excitados de un lado y prohibidos totalmente del otro. Zapata perdió la vida por exceso de valor. Habiendo avanzado cerca del estero para llegar a las manos con un oficial patriota, le dispararon dos soldados y la casualidad quiso que le acertase uno de ellos. Reclinado sobre el caballo, marchó adonde estaban los indios, muchos de los cuales acudieron a su defensa, pero perseguidos por los patriotas, éstos le echaron el lazo y derribándolo al suelo, lo llevaron arrastrando y lo pasaron de esta manera por el estero de Bollén y después por el río de Chillán. Prieto, que lo vio en tal estado y que aún daba señales de vida, mandó que lo llevasen con más humanidad a la plaza de Chillán, pero el hermano del capitán Riquelme, que se había encargado de esta funesta misión, continuó arrastrándolo hasta dicho sitio, al que llegó casi cadáver. Este acto de barbarie, que desdice siempre del honor militar, fue efecto indudablemente del carácter brutal e inhumano que de algún tiempo atrás había tomado la guerra.

CAPÍTULO LVII

O'Higgins medita una tercera expedición contra Perú. Dificultades que encuentra por la falta de dinero y la anarquía de Buenos Aires. Síntomas de mala inteligencia entre el gobierno y *lord* Cochrane. Pide éste el mando de la expedición y O'Higgins se lo da a San Martín. Reunidas las tropas, se embarcan en presencia de miles de personas que acuden de todas partes a victorearlas. Llegan a Pisco, donde fija San Martín su cuartel general. El virrey Pezuela toma disposiciones para hacer frente al enemigo. Sabe con gran disgusto la revolución de España y la dispersión de las tropas destinadas a Buenos Aires. Trata de entablar con San Martín preliminares de paz. Reunión en Miraflores de los plenipotenciarios, que no produce resultado ninguno. San Martín destaca una división a las órdenes de Arenales para revolucionar el interior del país. Derrota de Quimper en Nazca. Deja San Martín a Pisco y establece su campamento en Ancón. Cochrane bloquea el puerto de Callao. Ataca la fragata *Esmeralda* y se apodera de ella. Sabe San Martín esta importante noticia casi al mismo tiempo que la revolución de Guayaquil. Marcha al valle de Huaura a proteger la revolución de Huanuco e interceptar las comunicaciones del norte con Lima. Valdés va a atacar a Reyes y es rechazado por Brandsen. Don Clemente Lantaño es hecho prisionero en Huaraz con la guarnición. El batallón de Numancia se subleva y pasa a los patriotas. El país se pronuncia más y más por la libertad. Arenales, después de revolucionar diferentes provincias, llega al cerro de Pasco, donde ataca al brigadier O' Neilly y lo derrota completamente. Suerte desgraciada de los indios que abrazaron su partido.

Las reconvenções que el ejército del sur dirigía al gobierno de Santiago por el estado precario en que lo tenía, eran sin duda alguna sinceras, espontáneas, pero bajo ningún concepto merecidas. Cometió, es verdad, O'Higgins una falta en mirar con demasiada indiferencia y casi con desprecio los últimos restos del ejército de Osorio y en fiarse demasiado de la pericia y gran mérito militar de don Ramón Freire, confianza que no siempre admiten las circunstancias y que esta vez colocó aquella brillante división en una posición tan lastimosa como comprometida. Es necesario confesar por otra parte, que la inteligencia y actividad suma del Director no podían bastar a todo, especialmente en momentos en que el país estaba lanzado a las más vastas empresas, porque Perú, con sus numerosos recursos se presentaba siempre como el gran poder opresor de su libertad, el verdadero nudo gordiano que era preciso cortar, no con simples expediciones marítimas ya que las dos

primeras habían producido escasos resultados, sino con una verdadera invasión cuyos enormes gastos muy difícilmente podría soportar el estado del país. A fuerza de empréstitos y de donativos repetidos tantas veces y, más que todo, con las enormes exacciones hechas por el espíritu violento y apasionado de los partidos alternativamente a patriotas y realistas, a exaltados y moderados, las fortunas estaban enteramente arruinadas, la agricultura y el comercio eran casi nulos y el país, en otro tiempo tan rico y floreciente, había llegado a un estado de miseria tal, que sólo la virtud republicana podía soportarlo y la esperanza de un porvenir más lisonjero.

Otra desgracia que aumentó considerablemente la intranquilidad del gobierno y que hubiera paralizado sus generosos esfuerzos, de ser posible que le faltase el valor y la confianza, fue el estado de anarquía en que cayó por entonces la república de Buenos Aires. Mientras Pueyrredón estuvo en el poder, un solo pensamiento, una sola política dirigió las dos repúblicas, hubo comunidad de intereses entre los jefes y en esta buena coyuntura se proyectó, discutió y aprobó la invasión de Perú. Cuando a principios de 1819 pasó Irisarri a Buenos Aires, se debatió de nuevo esta cuestión de un modo mucho más formal por parte del gobierno argentino, pues por medio de un contrato se comprometió a suministrar para los gastos de la invasión lo que antes tenía prometido, es decir, trescientos mil pesos. Pero a poco tiempo, aquellas hermosas provincias lanzadas por la anarquía en grandes revoluciones, se separaron unas de otras, amenazando hacerse completamente independientes si no se tomaba por base de la constitución el sistema federativo. Los confederados, que en un principio no tuvieron séquito, lo adquirieron poderoso con las censuras dirigidas a Pueyrredón, atribuyéndole que quería proteger una monarquía constitucional con el príncipe de Luca a su cabeza, antiguo heredero del reino de Etruria. Los enviados de Buenos Aires en París don José Valentín Gómez y don Mariano Gutiérrez Moreno, así como don José Irisarri, enviado de Chile en Londres, y también Rivadavia estuvieron encargados de hacer entrar a su gobierno en esta nueva combinación política, ideada por Francia y aceptada, según aseguraban, por Pueyrredón. Por lo menos los federalistas le acusaron de ello seriamente, acusación que tomó la suficiente consistencia para obligarle a renunciar la dirección de los negocios, que se encomendó al general don José Rondeau. Desde entonces las guerras civiles en que tomó una parte muy activa don José Miguel Carrera, ocuparon toda la atención de los facciosos. El país quedó entregado a sus violentas pasiones y no tardaron en seguirse los apuros financieros que paralizaron la marcha del gobierno y le impidieron cumplir sus obligaciones respecto al contrato celebrado entre Irisarri y el ministro de Estado don Gregorio Tagle.

Por consecuencia de estos incidentes, O'Higgins se vio reducido otra vez a sus propios recursos, casi enteramente agotados con las dos expediciones anteriores. Le fue, pues, necesario apelar de nuevo al patriotismo de los habitantes, acelerar la venta de los bienes secuestrados y valerse de su crédito para con los comerciantes ingleses y americanos, que se apresuraron a contribuir para la tercera expedición según sus facultades, porque no veían en esta guerra más que un negocio de comercio, es decir, la explotación de un país sumamente rico para numerosas expor-

taciones. Y todavía, además de estos mil obstáculos, la discordia se apoderó del personal de la marina. Como ya hemos dicho, la tripulación en su mayor parte desde el marinero hasta el jefe, se componía de extranjeros, gentes que por lo general no miran más que su interés y carecen completamente del espíritu de nacionalidad, único susceptible de grandes cosas. Cualquiera hubiese creído que eran unos nuevos *condottieri* de Italia o mercenarios de la antigua Cartago, dispuestos siempre a sublevarse y prontos a irse con el que les pagara mejor. Felizmente el jefe que los mandaba, les imponía con su nombre y les inspiraba respeto y obediencia con el prestigio de su valor y de su arrojo. *Lord* Cochrane, en efecto, pudo introducir la disciplina en un conjunto tan heterogéneo de marineros y aun ligarlos por medio de la especie de patronato que se atribuyó sobre ellos y más que todo por los lazos de interés común, móvil único de sus acciones. Respecto a esto, es necesario decir que el célebre marino favorecía de una manera particular a toda su tripulación y que su celo lo arrastraba algunas veces a pretensiones bastante injustas. Porque se ofreció a los marinos entregarles una parte muy crecida de las presas para que se repartiese en proporción a la categoría de cada uno, solicitaba cosas onerosísimas, por ejemplo, que los ciento veinte cañones de bronce cogidos en Valdivia se vendiesen para distribuir su producto, como si aquéllos no hubiesen sido cogidos en el país mismo y no fueran de hecho una propiedad chilena, accidentalmente en manos de una facción o de un enemigo. Una cosa que reclamaba igualmente y a veces con un aire de reconvencción ofensivo a las autoridades, eran los sueldos atrasados de sus subordinados y ciertas presas que pretendía pertenecerles, queriendo que en esta materia rigiese la legislación de la marina inglesa y no la de la española, que era, sin embargo, la que estaba en plena observancia en el país²⁰¹. Indudablemente el gobierno no podía retardar el pago de los sueldos corrientes y atrasados a aquellos marineros, cuya mayor parte estaban atacados de una comezón de actividad que a veces no era inferior a su mala fe, pero los jefes, por lo menos, debían tener en consideración el estado de angustia en que momentáneamente se encontraba el país como resultado de los sacrificios verdaderamente inmensos que acababan de hacer los habitantes, contribuyendo cada uno con la parte que se le repartió para armar y equipar la tercera expedición. También debieran apreciar mejor el respetable carácter de O'Higgins, que no deseaba más que satisfacer esta deuda, estando muy lejos de su intención retardar su pago y mucho menos apelar al desinterés de los marinos. Hoy causarían gran admiración las duras palabras que *lord* Cochrane usaba con las autoridades en semejantes ocasiones, exagerando extraordinariamente el estado lastimoso de los soldados y aun de los oficiales, si no se supiese que un desengaño vino a contrariar en aquel momento sus bellas aspiraciones a ser jefe único de mar y tierra en esta gran expedición.

El país que se iba en efecto a regenerar, era Perú, este antiguo imperio de los incas de esclarecida y notable memoria, cuyos habitantes sólo esperaban un libertador para someterse inmediatamente a su autoridad. El dictado de libertador era

²⁰¹ Véase la interesante memoria de don Antonio García Reyes sobre la primera escuadra nacional, p. 59, etc.

seductor en demasía para no despertar nuevas ideas ambiciosas en la imaginación de Cochrane, haciéndole quizá soñar con el título de protector, convirtiendo en provecho suyo los resultados de la expedición. Cochrane tenía todas las cualidades del hombre del destino; el prestigio que deslumbra y fascina, el genio que prevé y la audacia que consigue. Hombre de Plutarco, acaso hubiera podido representar el papel de Sforza, si otro militar no menos entendido y ambicioso, no lo hubiera detenido en su brillante carrera. Este militar fue el general San Martín.

Para toda persona reflexiva, San Martín era el héroe que convenía a tamaña empresa y el único merecedor de ponerse a su frente. Americano de nacimiento, profesaba la misma religión que los que iba a libertar, tenía sus mismas costumbres, sus mismos hábitos y gozaba de mucha reputación, no sólo como general sino como hombre de gran prudencia y muy entendido. Además, él fue quien meditó con O'Higgins la invasión, aun antes de la restauración de Chile, no habiendo cesado desde entonces de prepararse para ella y de hacer los más laudables esfuerzos para conducirla a buen término. La invitación misma hecha a Cochrane para que pasase a América, no tuvo más objeto que el que cooperarse a esta gran obra, ¿y hubiera sido razonable dejarle toda la gloria cuando su cooperación estaba remunerada con recompensas pecuniarias muy considerables? Sin embargo, esto fue lo que pretendió Cochrane y lo que no consiguió de O'Higgins a pesar de haberlo amenazado formalmente con dejar el mando de la escuadra.

Estas amenazas eran sin duda muy embarazosas en momentos en que la expedición estaba ya pronta para darse a la vela. El gobierno procuraba contemporizar por todos medios con la ridícula pretensión del Almirante y satisfacer sus deseos, aunque sin prescindir un solo instante del deber de dar el mando de la expedición al general San Martín. Pero la envidia y los celos habían penetrado en el corazón de los dos rivales, en el de Cochrane sobre todo, que mucho más irritado, dirigía diariamente reconvencciones al gobierno ya por la poca confianza que se tenía en él, puesto que se le ocultaban ciertos detalles de la expedición, ya sobre sus instrucciones, y todo esto en un lenguaje tan impropio de un subordinado, que O'Higgins, perdiendo al fin la paciencia, pensó en el capitán Guise para ponerlo al frente de la escuadra, si se veía en la necesidad de separar a Cochrane, medida sin duda violenta y que fue origen de mil contestaciones no menos desagradables.

Tantas y de tan diversa naturaleza fueron las contrariedades que tuvo que vencer O'Higgins para organizar la expedición, una de las más grandes y difíciles y que llenó de admiración a todo el mundo, hasta a sus enemigos más encarnizados. La expedición se componía de ocho buques de guerra, que formaban casi toda la escuadra chilena y dieciséis transportes. Las tropas no llegaban a cuatro mil quinientos hombres, incluido el batallón número 2 de Chile que debía tomarse en el puerto de Coquimbo, pero llevaban un depósito de armas y efectos de guerra para armar y equipar un ejército de quince mil soldados. Porque se esperaba mucho de las ideas de libertad que empezaban a cundir por todas las ciudades de América y que debían acabar por ganar al ejército realista, compuesto de pocos españoles y de muchos criollos, que tarde o temprano habían de pasar adonde estaban sus paisanos.

Las tropas expedicionarias acampadas en Rancagua, Quillota, etc., emprendieron la marcha y se dirigieron a Valparaíso, donde salieron a esperarlos sus parientes y amigos y una multitud de curiosos que deseaban ver el gran movimiento del puerto y presenciar la salida de una flotilla que nunca la había tenido igual el país. San Martín era, como le correspondía de justicia, el jefe de mar y tierra de la expedición y por consiguiente Cochrane iba a sus órdenes. Para obrar mejor de común acuerdo debieron embarcarse ambos en el mismo buque, pero no estando muy bien avenidos, prefirieron ir separados y el primero se embarcó en el navío *San Martín* y el segundo en la fragata *O'Higgins*, destinada a marchar de vanguardia.

Las tropas reunidas en Valparaíso empezaron a embarcarse en los diferentes buques el 19 de agosto de 1820. El embarque lo verificaron al sonido de sus músicas y de los repiques de campanas, en presencia del Director y de sus principales ministros, que habían ido a activar la expedición y en medio de los mil aplausos del populacho que ocupaba en masa todo lo largo de la playa y las alturas de las colinas. El 20 por la tarde, estando ya todo el mundo a bordo, se hizo señal de partir y a poco rato se vio surcada la bahía de Valparaíso por el gran número de buques que llevaban el destino de casi toda la América meridional. Durante la navegación, dos o tres buques se separaron momentáneamente del convoy, pero en general hubo el mayor orden, y el 7 de septiembre casi todos se hallaban en la bahía de Pararca cerca de Pisco a cincuenta leguas sur de Lima. Al día siguiente el bizarro coronel Las Heras, jefe de estado mayor, bajó a tierra con tres batallones, cincuenta caballos y dos piezas de campaña, protegido por algunos cañonazos de la *Moctezuma*, que bastaron para dispersar un cuerpo de caballería que se presentó a oponerse al desembarque. Estas tropas llegaron por la tarde a Pisco, que abandonaron los sesenta hombres de su guarnición, después de devastarlo completamente. Las demás desembarcaron en los días siguientes y también se dirigieron sobre Pisco, para de allí desparramarse por los alrededores con el objeto de proporcionarse víveres, ganado y sobre todo negros, pues había el proyecto de alistarlos en el ejército con la promesa de darles la libertad cuando concluyese la campaña. Desgraciadamente el retraso de algunos buques en que iban caballos, hizo que no pudieran utilizarlos, de lo que resultó que la lentitud con que las tropas se movían de un punto a otro, unido a la exquisita prudencia de San Martín, dio tiempo a los propietarios para internar los esclavos y ponerlos en sitio seguro. Sin embargo, aún pudo adquirirse un número bastante regular, pues sólo de la hacienda de Caucato se tomaron quinientos que se empezaron a instruir y disciplinar. También se apoderaron de bastantes carneros y ganado vacuno, más de treinta mil arrobas de azúcar, mucho aguardiente y otros varios objetos útiles para la expedición²⁰².

En cuanto Pezuela supo la llegada de San Martín, tomó las más prontas medidas para hacer frente a este temible enemigo. Su posición entonces era mucho más ventajosa, porque aprovechándose de la anarquía que trabajaba a la república

²⁰² Véase el diario militar de la expedición, publicado en la *Gaceta extraordinaria de Chile* y su extracto en las memorias de Miller.

Argentina, producto de lo cual se había dispersado el ejército de Tucumán, retiró sus tropas en número de siete mil hombres de las provincias de Salta y Jujuy, las llevó al Alto Perú y estableció el cuartel general en Puno. Ramírez, que había reemplazado a La Serna en el mando de estas tropas, recibió orden de dejar a Olañeta con su vanguardia en Tupiza, despachar a toda prisa a Valdés sobre Lima con parte de su división e ir a incorporarse con la otra al ejército de reserva, que estaba con Ricafort en Arequipa. Enseguida reunió en Lima los milicianos que había despachado a sus casas por no serle ya necesarios después de los sucesos de Buenos Aires, nombró comandante general de la costa al coronel de milicias Quimper, envió de vanguardia a Lurín al brigadier O'Reilly, a quien sólo dio un escuadrón de dragones de Perú y otro de milicianos de Carabaillo, cuando debiera haberle puesto a la cabeza de una fuerte división y dedicó en fin su atención a este asunto, en el que quiso tomar parte el consulado, proponiendo, aunque en vano, tripular por su cuenta las tres fragatas fondeadas en la bahía, la *Venganza*, la *Esmeralda* y la *Prueba*, enviadas a buscar a Arequipa²⁰³.

Se hallaba ocupado el Virrey en estos preparativos de defensa cuando una nueva, sumamente importante vino a aumentarle las dificultades.

Se supo de la gran revolución ocurrida en España, en la que habiendo triunfado el Partido Liberal, la Constitución de 1812 estaba otra vez proclamada en todo el reino. A pesar de la impaciencia de muchos para que se jurase en el país esta Constitución, cuyo dogma era una monarquía completamente democrática, el virrey Pezuela no se resolvió a hacerlo, porque veía en ello una pendiente más, a que pudieran ser arrastrados ciertos oficiales españoles, no poco imbuidos en los principios revolucionarios. Por otra parte, no siendo oficial la noticia, no debía tomar sobre sí la responsabilidad de un acto de tan trascendentales consecuencias, pero cuando a mediados de septiembre se le comunicó la orden, no estuvo en su mano diferir su cumplimiento y el día 17 se proclamó con gran ceremonia la nueva ley fundamental en todos los pueblos del virreinato.

Pezuela conocía en efecto, que la política española iba a perder considerablemente en esta especie de reforma. Su posición, un momento mejorada con la anarquía de las provincias de Buenos Aires, tenía que resentirse de las mil disensiones que necesariamente habían de nacer en el ánimo de los peruanos y de los españoles. Supo también una noticia sumamente trascendental para el porvenir de los realistas de Perú. El gran ejército reunido cerca de Cádiz para marchar a la reconquista de Buenos Aires al mando del conde del Abisbal, habiendo manifestado con repetición su mucha repugnancia a embarcarse para América, sobre todo cuando veía y sentía los horribles estragos que la fiebre amarilla estaba haciendo

²⁰³ Según don José Ballesteros se componía entonces el ejército real o peruano de veintitrés mil hombres, a saber:

En Callao y Lima, siete mil ochocientos quince.

En Pisco, Cañetes y Chancas, setecientos.

En Alto Perú, seis mil.

En Arequipa, Trujillo, Guayaquil, Huamanga, Cuzco y Jauja, ocho mil cuatrocientos ochenta y cinco.

en Cádiz, se sublevó enarbolando la bandera de la libertad y reuniéndose a los soldados de Riego. Este suceso era ventajosísimo a los patriotas, porque en caso de llegar estas tropas, se verían acosadas en todos los puntos de América meridional, en el sur por estas mismas tropas, en el norte por los ejércitos entonces brillantes de Morillo y de Calzada y en el centro por el de Perú reforzado con el de Chiloé. Pezuela comprendía perfectamente su situación y sin duda para salir de ella de la manera más honrosa posible, procuró entablar negociaciones con el general patriota, proponiéndole por medio de don Cleto Escudero preliminares de paz, si lo juzgaba conveniente.

San Martín recibió el mensaje a pocos días de su desembarque y respondió al Virrey asegurándole de sus simpatías para que cesasen cuanto antes los horrores de la guerra. Accediendo a los deseos de su adversario, nombró dos plenipotenciarios, don Tomás Guido y don Juan García del Río, los que con instrucciones por escrito marcharon a Miraflores, a donde no tardaron en llegar los dos de Pezuela, que fueron el doctor don Hipólito Unanue y el conde de Villar de Fuentes, ambos peruanos, que habiendo infundido por esta razón alguna desconfianza a los ánimos suspicaces, se les agregó a poco el teniente de navío don Dionisio Capaz.

En las cuestiones de opinión y en las que se ventilan grandes intereses, mil dificultades salen casi siempre al paso de las pretensiones y aun a veces de la buena fe misma de los encargados de discutir las. La primera reunión de los plenipotenciarios en Miraflores hizo entrever desde luego la imposibilidad de que se entendieran. Querían los realistas que los patriotas jurasen la Constitución, lo cual equivalía a un reconocimiento tácito del poder español sobre América, que era precisamente a lo que se oponían con razón los plenipotenciarios patriotas. Éstos, por el contrario, establecían *conditio sine qua non* de los preliminares, el reconocimiento completo de la independencia, no sólo de Chile sino de Buenos Aires, porque en aquel entonces la alianza argentino-chilena era tan estrecha y eficaz, que envolvía la más absoluta solidaridad, excluyendo la acción aislada de una de las dos potencias en un punto de tamaño interés. Con semejantes pretensiones, la primera sesión no dio ningún resultado y lo mismo sucedió en las siguientes, a pesar de que el Virrey fue en persona a ver a los diputados patriotas, con la esperanza de concluir un asunto que tanto le importaba llevar a buen término. El Congreso se encontró en la necesidad de cerrar sus puertas y las hostilidades, suspendidas por ocho días, volvieron a empezar sus espantosas operaciones, enviando San Martín partidas a los alrededores para que protegiesen las desercciones o inquietasen las avanzadas del enemigo. Pero antes publicó varias proclamas, una a sus soldados diciéndoles que no iba como conquistador sino como libertador y que castigaría con la muerte u otras penas severas al que robase o insultase a los habitantes o derramase una gota de sangre después del combate, otra a los habitantes haciéndoles ver lo absurdo que era tener el gobierno a dos mil leguas de distancia y asegurándoles que iba a poner término a su angustia y humillación, por último, otras a los propietarios, prometiéndoles que lo que tomase el ejército les sería pagado más adelante bajo recibo e instando a los emigrados a que volviesen a sus casas, en la seguridad que nada les sucedería, a pesar de sus opiniones avanzadas.

Antes de que el ejército libertador saliese de Valparaíso, el intrépido Vidal partió para Perú en una mala embarcación, con objeto de agitar las poblaciones en favor de la independencia y de repartir numerosas proclamas en que se iniciaba al pueblo en todos los beneficios de aquélla. Ya cuando las primeras expediciones de Cochrane se procuró generalizar estas ideas y atraer partidarios, que con el tiempo fuesen otros tantos auxiliares. San Martín sabía muy bien que esto había producido buenos resultados y que muchos habitantes y aun jefes americanos, sólo esperaban una ocasión para acreditar con actos y con las armas, sus simpatías a la conquista de la independencia. En esta persuasión envió al interior del país una división que protegiese a los que tuvieran bastante valor para pronunciarse, dando el mando de ella al coronel don Juan Antonio Álvarez de Arenales.

Éste se encontraba en Ica encargado de batir a Quimper, que se había refugiado allí con la guarnición de Pisco, no habiendo sido posible alcanzarlo hasta Nazca, donde él y los suyos fueron completamente derrotados con pérdida de los bagajes, municiones, gran número de mulas, la bandera, etc., y muchos soldados que se rindieron a los patriotas, además de dos compañías que se pasaron antes. Dejando en Ica un destacamento de cincuenta cazadores a las órdenes del teniente coronel Bermúdez y del capitán don Luis Aldao con un buen número de oficiales y muchas armas para levantar tropas, tomó Arenales el camino de Huamanga con mil doscientos hombres aproximadamente y dos piezas, fuerza sumamente corta para lanzarse en medio de un país enemigo. Con objeto de proteger su salida y evitar que la vanguardia de O'Reilly marchase en su seguimiento, San Martín fue a atacar a este jefe realista, pero sólo aparentemente, pues enseguida volvió a su cuartel general y el 25 de septiembre su ejército se hizo a la vela, yendo a desembarcar a los pocos días a Ancón, pequeño puerto a seis leguas de Lima.

Al pasar por delante de la bahía de Callao, el Vicealmirante se quedó en aquellas aguas para bloquear el puerto con la *O'Higgins*, la *Lautaro*, la *Independencia* y el *Arauco*. El estado de inercia necesaria para esta operación, no podía de ninguna manera convenir al carácter activo e impetuoso de un guerrero, cuya exaltación adquiriría tanto impulso a la vista del enemigo. Su viva imaginación le hizo comprender que podía atacar con algún éxito la fragata *Esmeralda*, por más que estaba bajo los fuegos de las formidables fortalezas del puerto, rodeada de cinco buques de guerra de diferentes portes, de otros tres mercantes bien armados y de veinte lanchas cañoneras y por más que el puerto estuviese separado de la bahía por una cadena que sólo ofrecía un paso estrecho para la entrada de las embarcaciones. Concertado el plan con San Martín e instruidos de sus detalles los oficiales, éstos prepararon por medio de ejercicios a los doscientos cuarenta hombres que se necesitaban para su ejecución y que se prestaron de buena voluntad a ella. El mismo día del ataque se trasladaron los doscientos cuarenta hombres a la *O'Higgins*, y los demás buques recibieron orden de salir de la bahía a las órdenes del capitán Forster. Fue ésta una excelente idea del Almirante, para que los jefes enemigos creyesen que la escuadra de bloqueo se alejaba de la bahía y relajasen la severidad del servicio.

Luego de que todo estuvo preparado, *lord* Cochrane dirigió una alocución enérgica a los que iban a tomar parte en la arriesgada expedición, pidiéndoles una

hora de valor para el feliz éxito de la empresa y ofreciéndoles en premio el importe de los buques que se apresasen. Esto sucedía el 5 de noviembre y a eso de las once de la noche, soldados y marineros se embarcaron en trece botes y se dirigieron a la *Esmeralda*, los unos a las órdenes del capitán Guise y los otros a las de la misma clase Crosbic. Al pasar cerca de dos fragatas de guerra extranjeras, la *Hiperión*, inglesa y la *Macedonia*, de Estados Unidos, que momentáneamente estaban ancladas en el puerto, los centinelas dieron el quien vive de costumbre, pero sin alarmar mucho a los buques enemigos. La expedición, pues, llegó a media noche a la primera lancha cañonera sin el menor accidente y enseguida a la *Esmeralda*, que tomó inmediatamente por asalto. Lord Cochrane a estribor y el capitán Guise a babor, fueron de los primeros que saltaron sobre el puente y en el alborozo que les causó su heroico encuentro, se dieron un fuerte apretón de manos, como una protesta viva, por desgracia poco duradera, contra su enemistad pasada. Los siguieron sus valientes compañeros que al punto atacaron al enemigo, el cual tuvo que refugiarse a la popa y rendirse después de un combate encarnizado, o tirarse al mar para salvarse. Entonces la noticia de haber sido apresada la fragata se esparció por toda la bahía, no obstante los repetidos gritos de *Viva el Rey* que los patriotas hacían resonar por todas partes con arreglo a las órdenes de lord Cochrane y los demás buques que no había sido posible atacar, empezaron a disparar cañonazos sobre ella, los que unidos a los de la formidable artillería de las fortalezas, produjeron la escena más espantosa de cuantas habían visto la mayor parte de los presentes. En medio de ella, mandó Guise cortar los cables con que estaba amarrada la fragata, Crosbic desplegó las velas del bauprés, etc., y a poco rato veían los españoles a su principal buque de guerra alejarse del puerto para ir a aumentar el número de la escuadra enemiga. Durante la marcha, observó Cochrane que los buques de guerra extranjeros se alejaban de sus sitios para evitar las balas de cañón de las fortalezas y que en lo alto de los palos mayores tenían unos faroles dispuestos de la misma manera. Conociendo que éstas eran señales convenidas con los realistas para estar al abrigo de sus fuegos, mandó al punto ponerlos en la fragata y desconcertando al enemigo con esta ingeniosa estratagema, la *Esmeralda* pudo llegar a sitio seguro con gran aplauso de sus valientes y orgullosos marineros.

El apresamiento de la *Esmeralda* es en efecto una de las acciones más brillantes de Cochrane. Lo mismo que sucedió en la toma de Valdivia, todo estuvo previsto y calculado de antemano y menos el ataque de los demás buques que tuvo lugar por circunstancias particulares, todo sucedió absolutamente conforme lo había predicho. El gobierno dio a la fragata el nombre de *Valdivia*, en memoria de la gran empresa que tuvo tan feliz éxito y de la que fue también el héroe Cochrane. Estaba en muy buen estado, armada con cuarenta y cuatro cañones y perfectamente provista de todo lo necesario, así en provisiones de boca como en material. Según un estado que se encontró entre los papeles de a bordo, su tripulación, comprendidos marineros y soldados, se componía de trescientos veinte hombres, pero sólo se hicieron ciento setenta y tres prisioneros: los ciento cincuenta y siete restantes fueron muertos o heridos, o se salvaron tirándose al mar. El comandante don Luis Coig entró en el número de los prisioneros, habiendo sido herido de una bala de cañón

lanzada de una lancha española. Los chilenos no tuvieron más que once muertos y treinta heridos, entre éstos el Vicealmirante.

Lord Cochrane no quiso quedarse con los heridos españoles. Por medio de un parlamentario solicitó que los recibiesen en tierra y el mismo día desembarcaron aquellos desgraciados, que se vieron en medio de un pueblo atónito con lo que acababa de pasar. La guarnición sobre todo estaba sumamente agitada. Acusaba de deslealtad a los buques neutrales y en un momento de exasperación fueron asesinados un oficial y varios marineros de la *Macedonia* que habían bajado a tierra en busca de provisiones. Algunos oficiales no expresaban menos, aunque con más reserva, su cólera contra las tripulaciones extranjeras, a las cuales atribuían igualmente una buena parte de un suceso, cuyas consecuencias conocían perfectamente. Porque mejor que nadie veían que la marina española iba a ser echada para siempre del mar del Sur y que no tardarían en caer también en poder de los patriotas las dos fragatas que les quedaban, la *Prueba* y la *Venganza*, entonces en la costa del sur del país²⁰⁴. A los pocos días el pailebote *Aranzazu*, de siete cañones, tuvo que rendirse al *Araucano*, a pesar de la vigorosa resistencia que hizo.

San Martín esperaba con gran ansiedad los resultados del ataque, que supo al día siguiente por el *Araucano*, buque destinado a servir de correo para tener a los demás en comunicación constante. Por una singular y feliz casualidad supo casi al mismo tiempo la revolución de Guayaquil a favor de las ideas americanas, fomentada por el teniente coronel don Gregorio Escobedo, a quien nombraron presidente del gobierno provisional que se estableció, y enseguida la de Huanuco en el interior de Perú²⁰⁵. No tenía la segunda tanta importancia como la primera, porque era más civil que militar, razón por la cual se resolvió ir a proteger los generosos esfuerzos de aquellos patriotas. Después de algunas excursiones a los alrededores de Ancón y Capacavana y de enviar al mayor Reyes a que se apoderase de Chancay, el General en Jefe embarcó todas sus tropas, que al día siguiente 9 de noviembre, desembarcaron en Huacho, puerto del valle de Huaura a veintiocho leguas norte de Lima, para ir a acampar a dicho valle, con lo que quedó interceptada toda comunicación entre Lima y las grandes poblaciones del norte.

En cuanto el Virrey supo la salida de Ancón de los patriotas y la ocupación de Chancay por un corto destacamento a las órdenes de Reyes, mandó a don Gregorio Valdés, recién llegado del campamento general de Aznapuquio a dos leguas al norte de Lima, que marchase contra dicho destacamento y lo echase de su posición. Valdés, que había dado grandes pruebas de valor e inteligencia mientras estuvo en el Alto Perú, tomó un escuadrón de dragones de la Unión, otro de Perú

²⁰⁴ Estos dos buques habían ido a buscar ochocientos hombres de Canterac, venidos del Alto Perú y embarcados en los puertos intermedios. Después de que desembarcaron estas tropas en Cerro Azul cerca de Cañete, huyendo de Cochrane, se hicieron a la vela para el norte, tocaron Panamá, San Blas y Acapulco y acabaron por rendirse a los patriotas.

²⁰⁵ Llevada a cabo esta revolución por la guarnición y los habitantes de consuno sin derramar una sola gota de sangre, Guayaquil ejerció gran influencia en los destinos de las repúblicas americanas, porque aparte de privar de sus maderas, cacao, etc., al comercio de Lima, puso en continua comunicación de intereses a los numerosos patriotas de Quito, que gemían bajo el yugo de su presidente Almerich.

y el batallón Numancia y marchó a Chancay, que encontró desierto. Los patriotas se habían retirado hacia el norte, yendo delante la infantería y la caballería detrás para protegerla. Como se hallaban a no gran distancia, Valdés avanzó sobre ellos con el escuadrón de la Unión y cuando ya creía alcanzar la caballería, compuesta solamente de treinta y seis cazadores, éstos, que estaban mandados por el valiente Brandsen, volvieron caras y cargaron al enemigo, al que acuchillaron hasta el final de un largo callejón en que estaban los dragones de Perú, que asimismo fueron acuchillados y hubieran sido completamente deshechos de no llegar a tiempo de contener a la vez vencedores y vencidos una compañía de cazadores de Numancia. Gracias a esta magnífica carga pudo la infantería de Reyes llegar con toda seguridad a Supe, donde había gran número de tropas, y Valdés, que aún quería cargarlos con los dragones de Perú, se volvió a Chancay pasando de allí a Chancayllo.

No eran bien conocidas las intenciones de este Coronel, cuya división se había reforzado con los batallones de Arequipa, segundo del infante y dos piezas de artillería. Se sabía solamente que pensaba ir a Sayan, diez leguas al este de Huaura para interponerse entre la división de Álvarez, que estaba en la sierra, y las demás tropas que se encontraban padeciendo las enfermedades endémicas en aquellos valles. Con objeto de espiar sus movimientos destacó San Martín al coronel Alvarado mientras el de igual clase don Enrique Campino fue a Huaraz con el número 5 de Chile a atacar la guarnición, que tuvo la fortuna de que cayese toda entera en su poder. Entre los prisioneros había sesenta soldados de Burgos y del infante don Carlos, dos oficiales y el célebre don Clemente Lantaño, que por haber manifestado alguna tendencia a las ideas liberales, Pezuela había mandado a aquel pueblo. Con motivo de enfermedad del subdelegado coronel de milicias, estaba encargado accidentalmente del mando de las tropas.

Lejos de conformarse el Virrey con el plan de Valdés, que era marchar a Sayan, lo que probablemente hubiera sido muy ventajoso para los realistas, le mandó replegarse sobre Chancayllo. Alvarado fue en su seguimiento llevando de vanguardia al teniente don Pascual Pringles con veinticinco granaderos a caballo, los cuales se vieron atacados por sorpresa y cayeron en manos de los soldados de Valdés, lo que no impidió que Alvarado continuase su marcha y alcanzase la división de aquel coronel en Tecuán, pero fuese por cansancio o porque considerase insuficientes los setecientos caballos que llevaba, no juzgó oportuno atacarla y marchó a acampar a Retes, dos leguas de Chancay, mientras los realistas se dirigieron a la hacienda Basurto, de donde no salieron hasta el primero de diciembre para Lima.

Hasta entonces había tenido en gran cuidado a Valdés lo llano del terreno por el que caminaba, conociendo que podía ser atacado con desventaja por la caballería enemiga mucho más fuerte que la de su división, la cual consistía principalmente en infantería. Por esta razón había conservado sus tropas reunidas, sin consentir que nadie se separase, pero luego que salió de Basurto y se encontró en un terreno muy desigual tomó la delantera con toda la caballería reforzada con un escuadrón de dragones al mando de Landázuri para llegar cuanto antes a los alfalfares de Trapiche Viejo, con el doble objeto de dar de comer a los caballos que se morían de hambre y preparar el alojamiento del batallón de Numancia que iba en retaguardia.

Este batallón, que llegó con Morillo a Venezuela, había sido diezmado de tal manera con las guerras y las enfermedades, que estaba enteramente renovado. No lo componían sino poquísimos españoles y sólo sí zambos, mulatos e indios de la provincia de Barinas. Después de la batalla de Maipú, el virrey Samano se lo envió a Pezuela accediendo a las vivas instancias de éste y entonces contaba mil doscientos hombres bien armados y perfectamente disciplinados. Al llegar a Lima después de haber sufrido fatigas y privaciones inauditas, se manifestó en él el descontento con numerosas deserciones que tenían la tendencia de pasarse al enemigo. Los mismos oficiales daban muestras de igual inclinación, pues el 28 de noviembre tres se habían incorporado ya al ejército de Alvarado, lo cual debiera haber llamado la atención de Valdés, que era sabedor de sus proyectos. Pero el destino de América lo dispuso de otro modo. Abandonado este batallón a sí mismo y siendo liberales casi todos sus oficiales y realistas muy pocos, aprovechó un momento de descanso al pie de la cuesta de Huacho para insurreccionarse, apoderarse del Coronel y del corto número de oficiales que se mantuvieron fieles y marchar por el lado en que estaba el campamento de Alvarado, en unión con un escuadrón de granaderos, que había ido a proteger su sublevación. El estado miserable en que se encontraba, tanto por la fatiga como por la falta de víveres y vestuario, obligó a Alvarado a pedir dos buques que lo llevaran donde estaba San Martín, quien lo recibió con el mayor gusto, porque vio aumentado su ejército con ochocientos hombres de muy buenas tropas y perfectamente armados y disciplinados. Como prenda de su gran satisfacción conservó al batallón el nombre que tenía, añadiéndole el dictado de *fiel a la patria*. Lo declaró el batallón más antiguo del ejército, y en prueba de la confianza que le inspiraba su bravura, le confió la bandera del ejército. El teniente coronel graduado don Tomás Heres, jefe principal de la sublevación del batallón, fue nombrado su coronel efectivo, encargándole al mismo tiempo que propusiera las recompensas a que considerase acreedores a sus individuos.

Ocurrió este feliz suceso el 3 de diciembre de 1820. La víspera se presentaron a San Martín en Supe veintidós oficiales y ochenta y cinco soldados y sargentos prisioneros depositados hacía mucho tiempo en las casamatas de Lima, que le envió Pezuela en canje de los onces militares cogidos durante la revolución de Guayaquil y de otros oficiales. A los cinco días un nuevo suceso llenó de entusiasmo el campamento de los patriotas. Treinta y ocho oficiales y muchos cadetes se escaparon de Lima y fueron a reunirse a ellos llenos de buena voluntad para defender su causa. Uno de estos cadetes era Salaverry, joven de doce años fugado de la casa de su padre, que manifestó en esta ocasión la gran firmeza de carácter que más adelante dio tan repetidas pruebas.

El interior del país no estaba más al abrigo de la influencia que ejercía en las ideas peruanas la presencia del ejército libertador en la costa. Si los síntomas de defección se manifestaron en los soldados y milicianos durante las primeras expediciones de *lord* Cochrane, ahora alcanzaban a los oficiales, muchos de los cuales sólo esperaban la aproximación de los patriotas para pasarse. Por otra parte, el clero de Perú y especialmente el de Lima, no tenía ni con mucho la influencia que el de Chile en la conciencia del pueblo. El lujo, la ociosidad y el sensualismo en

que vivían los altos personajes y algunos curas de aquella gran capital, había echado el germen de la desmoralización en el corazón del pueblo, inspirándole cierta especie de indiferencia por todo lo que el clero le recomendaba, lo cual ocurría precisamente en momentos en que los oficiales españoles adictos por convicción al Partido Liberal de España, acababan de proclamar con gran entusiasmo la Constitución de 1812, que decían era la verdadera base de un buen gobierno. En todas partes se hablaba de nuevas conquistas hechas por las nuevas ideas, no sólo entre los peruanos sino, también, entre los españoles mismos, éstos con la esperanza que así se reconciliaría España con sus colonias y aquéllos con la seguridad que conseguirían la independencia. En el número de los últimos entraban personas de mucha influencia y hasta oficiales superiores, que como los generales Lamar y Llano en Lima, los coroneles Gamarra en Tupiza, Lavín en Arequipa, etc., empezaron a conspirar, no habiendo fracasado sus planes sino porque se encontraron aislados.

Un personaje que también contribuyó mucho a propagar las ideas de independencia en el interior del país, fue el coronel Arenales, a quien hemos visto salir de Ica el 21 de octubre para su arriesgada y audaz expedición. Desde Huamanga, adonde llegó a los diez días escoltado por tres o cuatro mil campesinos que salieron a su encuentro, se dirigió a Huancavelica y después a Jauja, punto en que se encontró con los milicianos de la compañía de Cárdenas al mando del brigadier e intendente de la provincia don José Montenegro. Arenales no tuvo que cargar más que una vez para derrotar esta compañía indisciplinada y continuar su marcha por el lado de Supe, en que se encontraban las fuerzas de San Martín.

Al llegar a Tarma el 23 de noviembre, supo que el brigadier O'Reilly, a la cabeza de cerca de mil hombres correspondientes al regimiento de la Victoria, antes Talavera, y otros de ciento ochenta dragones y lanceros de Lima y cerca de doscientos milicianos de los alrededores con algunas piezas de campaña, había salido en dirección al cerro Pasco para disputarle su paso. El caso era esta vez mucho más serio, porque los patriotas, además de ser inferiores en número, estaban muy cansados, no obstante que con los caballos cogidos en Jauja hubo los bastantes para la infantería y tenían muchos reclutas, con los que se podía contar poco porque apenas estaban disciplinados. Sin embargo, Arenales no temió atacar a su antagonista. Al llegar el 5 de diciembre a Pasco, mandó acampar la división para darle algún descanso y para observar al enemigo, que encontró desplegado en batalla detrás de un hondo barranco, apoyando su derecha en un terreno pantanoso y su izquierda en un pequeño lago. Al día siguiente a eso de las nueve, cuando estaba cayendo una gran nevada, fue a atacarlo a pesar de su ventajosa posición, rodeando el lago y amenazando el flanco, el bizarro teniente coronel don Santiago Aldunate, mientras el número 11, a las órdenes del no menos bizarro Deza, atacaba de frente con tal intrepidez, que puede decirse que los realistas fueron completamente vencidos en la primera carga. Quedaron en el campo un oficial y cincuenta y tres soldados, habiendo sido hechos prisioneros casi todos los demás. En el número de éstos entraron el comandante don Manuel Sánchez, jefe de infantería y el teniente coronel Santa Cruz, que hacía mucho tiempo deseaba pasar a las filas de la patria, en las que desde aquel momento prestó servicios con el mayor celo. No teniendo

ya Arenales enemigos que combatir por el momento, tomó el camino de Supe, pero antes de llegar a este punto recibió orden de pasar la cordillera y cuando ya la había ejecutado, la revocó San Martín mandándole retroceder, por manera que renovó inútilmente a sus desgraciados soldados las mil fatigas y miserias que tantas veces habían sufrido. Pocos días antes, es decir, el 30 de noviembre, los indios de Huamanga, Huancavelica y Jauja, que al pasar Arenales se declararon en favor de la independencia, fueron atacados cerca de Huancayo por Ricafort con unos batallones que llevaba de Arequipa y otros que marcharon de Cuzco a Andahuaylas y fueron batidos y destrozados, a pesar de su número y de su resistencia. El batallón chilote de Castro, que formaba parte de esta expedición, se portó como siempre con una valentía digna de mejor causa y facilitó a la caballería el que pudiese perseguir con encarnizamiento a los desgraciados indios, que murieron a millares²⁰⁶. Bermúdez y Aldao, que habían quedado en Jauja con trescientos infantes y cien caballos para protegerlos, se vieron en la necesidad de huir por la parte de la sierra, llegando a Pasco pocos días después de la salida de Álvarez.

²⁰⁶ Por éste y otros motivos se quejaba San Martín a Pezuela de la barbarie de sus soldados para con los habitantes que no tenían más crimen que ser liberales, amenazándolo con observar la misma conducta si no ponía el oportuno remedio. En una proclama a los españoles les dijo que se vería forzado por la ley del talión a poner fuera de la ley a todo español que se cogiese y mandarlo fusilar inmediatamente, si tal barbarie continuaba. *Gaceta ministerial extraordinaria* del 17 de enero de 1821.

CAPÍTULO LVIII

Los habitantes de Lima presentan a Pezuela una exposición, apoyada por el Cabildo, pidiéndole que capitule con San Martín. Indignación que esto causa a los españoles. San Martín se retira a Huaura. Pezuela abdica al virreinato y lo reemplaza La Serna. Llega un plenipotenciario español encargado de tratar con los patriotas. Negociaciones de Punchauca, que no producen resultado. Motín de los oficiales de la escuadra. Expedición de Miller al sur de Perú. Toma de Arica. Victoria de Mirave. Miller regresa a Pisco. La Serna abandona Lima. Entrada del ejército libertador en esta capital. Pérdida del *San Martín* y del *Pueyrredón*. San Martín envía a Santiago las banderas chilenas cogidas en Rancagua. Proclamación de la independencia de Perú. Cochrane se apodera de los buques enemigos fondeados en el puerto de Callao. Acaloradas contestaciones entre San Martín y Cochrane. La Serna se aprovechó de ellas para enviar una expedición contra Lima. Lamar entrega a San Martín la fortaleza de Callao. Las fragatas *Prueba* y *Venganza* se rinden a las autoridades peruanas. Cochrane las reclama y como no se las entregan, regresa a Chile con la escuadra. Administración de San Martín. Derrota del general don Domingo Tristán en Ica. Entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil con motivo de la incorporación de esta provincia a Colombia. Torre Tagle, delegado de San Martín en Lima, destierra a Monteagudo. Apertura de un congreso. San Martín depone el poder en manos de los representantes y se vuelve a Chile.

Hasta aquí las guerras de Perú habían estado reducidas a ligeros encuentros, simples escaramuzas sin más objeto que apoderarse de los ganados, víveres, etc., y propagar las ideas revolucionarias. No obstante, era fácil conocer cuánto progresaban estas ideas en la nación y prever las terribles consecuencias que iban a tener muy pronto para el ejército realista. La desmoralización empezaba a cundir lo mismo en las ciudades que en el campo, la desertión era cada día mayor, a pesar de las avanzadas apostadas para contenerla y las tropas españolas, acosadas en cierto modo en la capital estaban en víspera de poner a San Martín en el caso de representar en tierra el mismo papel que Cochrane representaba hacía tiempo en el mar.

Los limeños no se hacían ilusiones acerca de su posición. Desde que Chile se enseñoreó del océano Pacífico, supieron que su capital caería tarde o temprano en poder de los patriotas, capaces en aquella época de hacerla sufrir, en caso de una resistencia formal todos los horrores de la toma de una ciudad por asalto. Para

evitar este desastre firmaron muchos habitantes, así paisanos como militares, una exposición dirigida al Virrey suplicándole hiciese una capitulación honrosa con el general San Martín, exposición que fue presentada a aquella autoridad el 16 de diciembre de 1820 con varias observaciones del Ayuntamiento, el cual se ofrecía a tomar parte en las nuevas negociaciones.

En cuanto corrió por la ciudad la noticia de lo que pasaba, una multitud de españoles y muchos militares muy apegados a sus intereses, se manifestaron indignados y los oficiales de la Concordia pidieron por escrito que se destituyese a los de su regimiento que habían firmado la exposición, protestando que estaban prontos a sacrificar sus vidas y sus fortunas en sostén de la bandera que habían jurado defender.

Pezuela no accedió a lo que querían ni los unos ni los otros, por más que estuviese muy inclinado a capitular porque en su aislamiento no hallaba otro medio de salir con alguna ventaja de su mala posición. Con la revolución de Guayaquil y la muy reciente de Trujillo, todo el norte había caído en poder de los patriotas y estaban cortadas sus comunicaciones con Quito, único país de que podía recibir algún socorro, pues nada tenía que esperar de España, que se hallaba sin recursos y entregada a un partido que en medio de su triunfo había proclamado tácitamente la independencia americana, en el hecho de confesar que su reconquista era imposible. Dominada por la inquietud de su posición y deseando a toda costa defender Lima y los grandes intereses de sus paisanos, desoyó los consejos de un partido militar que quería ir a atacar directamente a San Martín, o bien abandonar la capital y retirarse a las ciudades del interior. Los que esto le propusieron, pertenecían a un partido de oposición que de algún tiempo atrás trabajaba en favor del brigadier La Serna. Había conseguido este partido que se formase una *junta directiva de guerra* que ponía la voluntad del Virrey a merced de una mayoría sospechosa, y queriendo aquél disminuir su poder, la redujo a simplemente *consultiva* a pesar de las vivas reclamaciones de los interesados, con lo cual la oposición se hizo más audaz, más obstinada, ganó a casi todos los oficiales del ejército acampado en Aznapuquio y acabó por la caída de Pezuela.

Cuanto más prestigio perdía el Partido Realista con estos sucesos, tanto más ganaba el de la revolución con la habilidad de su General. La táctica de San Martín era más bien táctica de astucia y prudencia, que de provocación. Siendo su ejército materialmente considerado inferior al del Virrey, esperaba que fuese superior a fuerza de tiempo y de paciencia, porque veía con qué afán se apresuraban ciertos pueblos a aceptar su bandera y confiaba en apoderarse poco a poco del país entero, ya por la suerte de las armas, ya por la traición. Por eso continuó la guerra de corrupción y de escaramuzas, contentándose con llevar la alarma a las avanzadas enemigas y proteger los desertores. Un día, sin embargo, viéndose amenazado por una fuerte división de Valdés, tuvo que abandonar su campamento de Retes e ir a fortificarse sobre el río de Huaura, decidido a aceptar el combate. Aunque en la escaramuza que trabó la vanguardia enemiga con el capitán Raulet cupo la mejor parte a este valiente patriota, Valdés continuaba su marcha, cuando el virrey Pezuela, temeroso de que San Martín por medio de una diversión y valiéndose de

sus buques se dirigiese sobre Ancón y de allí sobre Lima, le mandó retroceder a su campamento de Aznapuquio. Esta contraorden la censuraron mucho los oficiales inteligentes del ejército realista, porque tenían grandes esperanzas en aquella expedición y contribuyó no poco a acelerar la caída del Virrey, que tuvo lugar a los ocho días. En efecto, el 29 de enero de 1821 se vio obligado Pezuela a renunciar su cargo y salió de Lima para retirarse a una casa de campo de la Magdalena, poniéndose La Serna a la cabeza del virreinato, tan moral como materialmente mutilado. A los pocos días habría caído en poder de San Martín la fortaleza de Callao, para lo cual se había puesto de acuerdo con algunos oficiales que pudo ganar.

Por entonces llegaron a diferentes puntos de América comisionados españoles encargados de llevar proposiciones de paz. El Partido Liberal, triunfante en aquella época en España, creyó que no era con las armas con lo que se debía atacar las nuevas repúblicas, sino con la diplomacia, y siguiendo este sistema, muy en armonía por otra parte con sus ideas y con las exigencias del siglo, envió a Perú dos personas muy entendidas para que condujesen a buen término tan importante negociación. Una de ellas murió al atravesar el istmo de Panamá y la otra el capitán de fragata don Manuel Abreu, llegó a Lima, pasando antes por el campamento de San Martín, donde fue recibido con mucho interés. Sus ideas sumamente favorables a las libertades americanas, su descuidado modo de vestir y su poco tacto para los asuntos diplomáticos, lo hicieron mirar desde el principio con una desconfianza, de que participó igualmente La Serna. Sin embargo, como éste tenía que dar curso a la misión de Abreu, comunicó a San Martín los deseos de su gobierno de abrir nuevas negociaciones. San Martín aceptó la proposición de La Serna y por una y otra parte se nombraron plenipotenciarios para discutir las bases. Los de los realistas fueron don Manuel Llano y don José María Galdiano, a los que naturalmente debe agregarse don Manuel Abreu y los de los patriotas los mismos que la otra vez, es decir, García del Río y don Tomás Guido recién llegados de Guayaquil, adonde habían ido comisionados para cumplimentar a Escobedo, jefe principal del levantamiento de aquella ciudad. La reunión tuvo lugar en Punchauca, hacienda a cinco leguas norte de Lima.

Como sucedió la vez primera, estas reuniones no dieron ningún resultado. Por espacio de veinte días se estuvieron haciendo esfuerzos por una y otra parte para que prevaleciesen ideas que no podían ser aceptadas de ninguna manera y aun se dijo que unos y otros procedieron con doblez para ganar tiempo y prolongar el armisticio, que empezó con los preliminares. La dificultad de llegar a un acomodamiento hizo que los dos jefes se citasen para conferenciar, yendo acompañado San Martín de Las Heras y otros oficiales superiores y La Serna de su segundo, el general Lamar, y de los brigadieres Canterac y Monet.

La entrevista tuvo lugar el 23 de mayo de 1821. Precedieron a las primeras conferencias las mayores demostraciones de amistad y comidas en que hubo brindis que manifestaban las mejores intenciones. San Martín propuso un sistema de gobierno muy conforme con sus opiniones particulares, que consistía en poner al frente de Perú un rey independiente sacado de la familia real de España, con una constitución, cuyas bases fuesen publicadas provisionalmente por una junta guber-

nativa compuesta de tres personas, la primera nombrada por el mismo San Martín, la segunda por La Serna y la tercera por los peruanos, junta que desempeñaría el poder ejecutivo hasta la llegada del Príncipe.

Atendidos los progresos de la revolución, estas proposiciones convenían admirablemente a La Serna, como convenían a España, que tenía que contentarse con conservar en América una influencia puramente comercial. Los plenipotenciarios lo creyeron así y también el Virrey, mas apenas volvió éste a su palacio, propuso una nueva combinación, que fue firmar un armisticio de dieciséis meses, en cuyo tiempo irían él y San Martín a España a tratar del asunto directamente con Su Majestad, conservando en el entretanto los patriotas el norte de Perú, que gobernarían a su manera y los realistas todo el sur, es decir, desde el río Chanca y hasta el desierto de Atacama. San Martín no podía aceptar estas proposiciones y las rechazó para no volver a ocuparse de la materia, terminando así el armisticio, que había durado cincuenta y dos días y volviendo a tomar las hostilidades su impulso homicida.

Antes de estas negociaciones juzgó conveniente San Martín enviar al sur al teniente coronel Miller con quinientos infantes y cien caballos bajo el mando discrecional de *lord* Cochrane. Dueño absoluto de la parte norte de Lima, le importaba ocupar asimismo el sur para revolucionarlo e impedir las comunicaciones de La Serna con estas provincias, y aun con Ramírez acampado en Arequipa. *Lord* Cochrane era entonces el blanco de una gran insubordinación de algunos de sus oficiales, especialmente de los que en Valparaíso sufrieron los rigores de su autoridad, y de la desavenencia que produjo resultó un espíritu de contrariedad, sobre todo por parte del capitán Guise. Mandaba éste la fragata *Valdivia*, y sus oficiales, para halagarlo y sin duda también para mortificar el amor propio del Almirante, pidieron por escrito que se mudase el nombre a dicho buque, nombre que, como hemos dicho, se le dio en memoria del glorioso hecho de armas de *Lord* Cochrane. Éste, agraviado de un proceder tan malévolo, reconvino vivamente al capitán Guise, a quien sujetó a un consejo de guerra juntamente con los oficiales que habían firmado la petición, y todos fueron condenados, los unos a ser expulsados de la escuadra y los otros a pasar a otros buques. A los pocos días quiso Cochrane atacar las embarcaciones del puerto y encargó esta operación al capitán Guise, quien para obedecer exigió por condición que habían de acompañarlo todos los oficiales sentenciados; lo cual fue causa de nuevas contestaciones y de que Guise abandonase su buque, dejándolo a las órdenes de su segundo. La misma escena se repitió al día siguiente a bordo del *Galvarino*, cuyo comandante John Tooker Spry dio igualmente su dimisión; y los dos capitanes, acompañados de casi todos los oficiales de la *Valdivia* y otros muchos, se presentaron a San Martín, quien, contra lo que exigían los reglamentos de la disciplina militar, los acogió sin manifestar ninguna señal de disgusto. Muy al contrario, admitió a su servicio al capitán Spry nombrándolo ayudante naval y se interesó con el Vicealmirante para que los demás volviesen a la escuadra, cosa a que aquél no quiso acceder sino con ciertas condiciones que no fueron admitidas, producto de lo que Guise se separó definitivamente de la marina chilena. En medio de todas estas contrariedades preparó *lord* Cochrane su expedición, la cual se hizo al fin a la vela y fue a fondear a la bahía de Pisco.

La salida de esta expedición y su arribada a Pisco la supo La Serna casi al mismo tiempo. Con objeto de contener la invasión y obligar a Miller a que se embarcase, envió al teniente coronel Camba con tropas suficientes para tomar la ofensiva. Al llegar a mediados de abril el general realista a Chíncha Alto, encontró el país desolado por las fiebres endémicas. Aunque su campamento estaba inmediato al de los patriotas, las enfermedades hacían tantos estragos en ambos, que ni los unos ni los otros se atrevieron a atacar. La epidemia no perdonó a los jefes, y viéndose éstos en cama e imposibilitados de tomar disposición alguna, tuvieron que retirarse, volviendo los realistas al norte, y los patriotas, llamados a bordo por Cochrane, los llevó a Arica.

Esta ciudad, una de las principales de Perú, tiene un puerto muy importante, pero cuya entrada es sumamente difícil. *Lord* Cochrane envió un parlamentario al Gobernador para intimarle la rendición, y habiendo recibido una respuesta negativa, mandó que saltase en tierra cierto número de tropas, orden que éstos no pudieron ejecutar a pesar de los peligros a que se expusieron. Entonces el Almirante dispuso que se transbordasen al *Aranzazu* y que fueran a desembarcar al pequeño puerto de Sama, distante diez leguas de Arica. En efecto, marcharon inmediatamente a las órdenes del mayor Soler, y cuando llegaron a la ciudad, a la que tenían en inquietud los cañones de San Martín, las tropas y muchos habitantes habían huido en dirección a Tacna.

Sabedor Ramírez de este desembarco, dio órdenes para que muchas compañías de las que estaban acampadas en las diferentes ciudades de su jurisdicción militar, se pusiesen en marcha. Pero en vez de enviar el batallón del centro, que era el que estaba más inmediato al enemigo y se componía de buenos soldados, mandó al teniente coronel don Cayetano Ameller, de guarnición en Oruro, que fuese a Tacna con la fuerza disponible de Gerona, advirtiéndole que se le incorporarían en aquel punto doscientos cincuenta hombres de Puno a las órdenes de Rivero. Al mismo tiempo dispuso que su subinspector el coronel Las Heras saliese de Arequipa con dos compañías y algunos caballos, todo con el objeto de reunirse a las pequeñas divisiones ya en marcha, para poder obrar de concierto.

La distancia a que iban estas diferentes divisiones era bastante para que Miller tuviese tiempo de atacarlas una a una y batirlas en detal. Se hallaba este jefe en Tacna con doscientos setenta hombres y dos compañías desertadas de las filas enemigas, que fueron para Cochrane la base para un nuevo regimiento, a que dio el nombre de primer independiente de Tacna. Para detener al coronel Las Heras se trasladó a Buenavista, y con la noticia que recibió allí de haber contramarchado el enemigo de Ticapampa, continuó su ruta a Mirave, esperando llegar a tiempo de batirlo antes de que se reuniera con las tropas de Puno y de Oruro. El camino por donde iban estaba tan desierto y era tan poco frecuentado, que después de mil dificultades se encontró en frente de los realistas cuando menos lo esperaba. Se trabó un combate que durante la noche no dio resultados, pero que al rayar el día se renovó con más encarnizamiento, habiendo sido vencidos los realistas, que perdieron doscientos cincuenta y cuatro hombres, de los cuales noventa y seis quedaron muertos en el campo, y los demás fueron hechos prisioneros y casi todos heridos.

Las Heras se vio forzado a aceptar la batalla antes de que se le incorporasen las tropas de Rivero, que llegaron cuando ya estaba todo concluido.

Después de esta victoria, útil, aunque no de gran importancia para la moral del ejército, Miller llevó su cuartel general a Moquegua, que los realistas acababan de abandonar. Desde allí enviaba a diferentes puntos pequeños destacamentos, que alguna vez mandó él mismo en persona, para molestar al enemigo o proteger su desertión. El plan que le dio Cochrane fue que atacase a Ramírez en Arequipa para marchar de allí a Cuzco, y correrse por detrás del ejército de La Serna, acampado en el hermoso valle de Jauja o escalonado en el camino de Huancavelica a Lima. Pero no podía ejecutarlo sin los mil hombres pedidos con tantas instancias y el armamento preciso para armar las gentes del campo, que estaban perfectamente dispuestas en favor de la independencia. El espíritu en general era en efecto muy bueno, pero las personas acomodadas no se atrevían a declararse, inciertas del porvenir y sin ninguna garantía que las protegiese en el caso de un revés. Todos estos motivos impidieron que se realizase la expedición, con gran sentimiento de *lord* Cochrane, que veía en ella la destrucción completa del ejército enemigo.

A pesar de las pérdidas que sucesivamente experimentaron los realistas en todas estas escaramuzas, Las Heras se presentó el 4 de junio delante de Tacna con ochocientos hombres de refuerzo para cortar la retirada a los patriotas. Miller consideró prudente retirarse sobre Ilo, pero a los pocos días volvió a Tacna, donde por una carta interceptada que Ramírez escribía a Las Heras, supo del armisticio firmado por San Martín y La Serna. Esta noticia que no tardó en saber oficialmente, le obligó a suspender todo movimiento hostil hasta el 15 de julio, día en que el armisticio debía concluir. Renunció, pues, a emprender nuevas excursiones y se dirigió a Arica, saliendo de Tacna con gran sentimiento de las personas comprometidas, y dejando en los hospitales los enfermos, que recomendó a los sentimientos humanitarios de su adversario. Se componía entonces su ejército de novecientos hombres bien equipados y un corto número de montaneros, pero las enfermedades endémicas en aquellos contornos le eran tan perjudiciales, que temiendo verse comprometido con un enemigo mucho más numeroso, juzgó prudente abandonarlos cuanto antes e ir a buscar un país más sano. En Arica le costó mucho trabajo proporcionarse los buques necesarios para embarcar sus tropas y los emigrados cuyos compromisos no les permitían quedarse a merced de la generosidad de los realistas. Su primera idea fue marchar a Quilca y de allí a Arequipa, que estaba completamente desguarnecido con la expedición de Tacna, pero el viento no le permitió desembarcar y se fue a Pisco, a donde llegó el 1 de agosto. Las ligeras contestaciones que mediaron entre él y el comandante Santalla no tuvieron grandes resultados, pero llamaron la atención a los realistas del sur y con las correrías de Arenales al interior de la cordillera completaron el pensamiento de San Martín, que era estrechar más y más los límites del ejército realista, muy amenazado por otra parte con las defecciones y con las manifestaciones liberales de la opinión pública.

Los visibles progresos de los patriotas así en la costa como en el interior del país, eran en efecto un indicio seguro de que los realistas no podrían sostener mu-

cho tiempo su posición. La Serna lo conocía muy bien y hacía mucho tiempo que no veía otro recurso que abandonar a Lima y retirarse a la cordillera. Desde los primeros días de su mando pensó en esta retirada, que no pudo efectuar hasta seis meses después, habiéndoselo impedido primero las negociaciones de Puchauca y luego los numerosos intereses que su partida iba a poner en revolución. Por otra parte, le era imposible continuar en una capital en la que se hallaba en pugna con el Cabildo, que a toda costa quería un arreglo con San Martín, y con el pueblo, que estaba absolutamente falto de todo. Haciéndose, pues, sordo a los instancias de los españoles que veían amenazadas sus fortunas, escribió su resolución a San Martín, recomendándole cerca de mil soldados que dejaba en los hospitales, al mismo tiempo que le pedía su protección para los habitantes de Lima, y el 6 de julio se puso en marcha con todo su ejército. Quedó de gobernador civil y político de la ciudad el marqués de Monte Mira, con algunas compañías del regimiento de la Concordia para conservar la tranquilidad y tener los habitantes al abrigo del populacho.

La salida de los realistas de la capital de Perú produjo gran sensación en los patriotas, porque vieron en ella la próxima terminación de sus fatigas y sufrimientos. El 7 de julio fue a tomar posesión de Lima un destacamento de caballería, y el 8 hizo su entrada el ejército entero para ir enseguida a acampar a la legua en el camino de Callao. El mismo día tuvo San Martín una entrevista con *lord* Cochrane a bordo del buque almirante, y hasta el siguiente por la noche no entró en Lima, haciéndolo de incógnito para evitar, como tenía de costumbre, la recepción oficial de las autoridades. No así *lord* Cochrane, que entró el 17, de día, montando en un hermoso caballo que le envió el Cabildo y en medio de un inmenso concurso, que acudía a conocer al célebre héroe del mar del Sur. Disfrutaba con gran curiosidad los festejos que hicieron en esta ocasión, cuando le anunciaron la pérdida del navío *San Martín*, arrojado a la costa con un considerable cargamento de trigo, artículo sumamente útil en aquellos momentos de hambre. A los pocos días la escuadra perdió también el *Pueyrredón*, primer bric de la flota chilena, al que el tiempo había inutilizado completamente.

Una de las primeras cosas que hizo San Martín fue enviar a Chile las cuatro banderas chilenas cogidas en el sitio de Rancagua, yendo a buscarlas a la iglesia de Santo Domingo el comandante Borgoño. También convocó una reunión de las personas notables para deliberar sobre la forma de gobierno más conveniente al país. Esta reunión se verificó el 14 de julio de 1821, y al día siguiente dichas personas, presididas por el arzobispo de Lima, proclamaron la independencia de Perú, aceptando provisionalmente como su protector al General de la expedición libertadora. Debiendo ser de gran fiesta el día de la proclamación oficial y juramento de costumbre, se señaló para esta ceremonia el 28 del mismo mes.

El dictado del protector dado a San Martín no podía ser otro que el de dictador, porque es imposible que un jefe conquistador puesto a la cabeza de un ejército, deje de obrar desde el punto de vista de sus ideas y de su voluntad: afortunadamente el que asumió tanto poder era un verdadero militar, franco y de entereza. El ejemplo de las repúblicas vecinas, cuyo estado de anarquía era a su modo de entender efecto

de haber instalado con demasiada precipitación el Congreso, le hizo comprender que igual precipitación sería muy peligrosa para el porvenir del país y que valía más esperar la conclusión de la guerra y la expulsión completa del enemigo. Por lo demás, al encargarse del poder civil y militar, prometió dimitirlo al punto que las circunstancias lo permitiesen para que los peruanos se organizaran como tuvieran por conveniente y eligiesen el jefe que les ofreciera toda clase de garantías. Entretanto, para revestir de más fuerza y legalidad sus actos, se rodeó de un ministerio compuesto de tres personas, que fueron don Bernardo Monteagudo para el departamento de guerra y marina, don Hipólito Unanue para el de hacienda y don Juan García del Río para el de todo lo relativo a lo interior y exterior. Don Juan Gregorio de Las Heras obtuvo el nombramiento de general en jefe del ejército.

Pocos días antes de la instalación de este gobierno, Callao, que seguía bloqueado por mar y tierra, fue teatro de uno de esos acontecimientos que el genio y actividad de *lord* Cochrane sabían preparar y aprovechar tan perfectamente. Desde el apresamiento de la *Esmeralda*, todos los buques españoles estaban reunidos en el fondo de la bahía y rodeados de un cordón de cadenas para que ningún buque pudiese entrar donde se hallaban ellos. Habiendo observado *lord* Cochrane una abertura en esta especie de cadena, mandó al punto al capitán Crosbic que penetrase por ella con ocho botes mandados por otros tantos oficiales, y aquél cumplió tan bien las órdenes e instrucciones de su jefe, que secundado por la bravura de dichos oficiales, especialmente Morgell y Simpson, todos los buques que se hallaban al abrigo del fuerte, fueron apresados o quemados. Esta brillante acción dio el último golpe a la marina española, que no volvió a aparecer más en la costa, así como fue la última gloria de la escuadra chilena, porque desde entonces bajó de la elevada altura a que había llegado, para entregarse a intrigas y maquinaciones indignas de los héroes de esta magnífica expedición²⁰⁷.

Los buenos resultados que obtuvieron en tierra los patriotas, no fueron ni en menor número ni menos importantes que los conseguidos en el mar. Cuando el Virrey salió de Lima, sus tropas estaban tan endebles y enfermizas, que además de haber dejado mil soldados en los hospitales, otros muchos se quedaron en el camino, lo que unido a las numerosas deserciones y a los prisioneros hechos por la caballería patriota que constantemente fue picando la retaguardia, disminuyó de tal manera el ejército realista, que cuando se reunió en Jauja con las tropas de Canterac y Carratalá apenas contaba La Serna con cuatro mil hombres, número bien reducido para hacer frente a un enemigo lleno de fuerza y vigor, alentado con sus triunfos y la opinión pública que le era completamente favorable.

Si la discordia no hubiese fermentado en el corazón de los dos jefes patriotas, probablemente los españoles, que se encontraban en la impotencia de resistir más tiempo a la inminencia del peligro, se hubieran rendido, porque en su posición podían exigir una capitulación honrosa. Pero las cuestiones personales que seguían preocupando a los marinos de la escuadra, traían agitados los ánimos, y el Almirante no se contentaba ya con pedir los atrasos de los sueldos, sino que reclamaba

²⁰⁷ Memoria de don Antonio Reyes, p. 80.

las recompensas ofrecidas y el valor de la *Esmeralda*, que verdaderamente correspondía de derecho a la tripulación, o por lo menos se le tenía prometido en una proclama de las autoridades chilenas que también firmó Cochrane.

San Martín se hallaba muy distante de negar las recompensas ofrecidas; pero, ¿podía realizarlas después de tantos gastos, en medio de tantas atenciones y cuando el tesoro estaba tan empeñado y desorganizado? Sin embargo, para contentar al Vicealmirante dio un decreto reconociendo las sumas reclamadas y prometiendo pagarlas sucesivamente con el veinte por ciento de la renta de aduanas, que sería lo primero que se separase. Ciertamente que estas proposiciones eran muy razonables y que podía contarse con su realización, sin embargo, Cochrane no quiso admitirlas, protestando que estaban subordinadas a los azares de la guerra; de lo cual se siguieron nuevas contestaciones que llegaron a envenenarse hasta tal punto que el Partido Español las aprovechó. Sordos manejos empezaron a agitarse en la ciudad y a exaltar a las personas influyentes, en quienes el sentimiento realista estaba encarnado cual verdadero principio de fe y de convicción. Porque es necesario decirlo: Perú como virreinato, gozaba una gran prosperidad. La nobleza que abundaba en Lima, pueblo alegre y acostumbrado a los placeres, no tenía ni quejas, ni agravios, ni males efectivos que sublevasen las pasiones nacionales para correr a un porvenir desconocido, que de seguro había de disminuir su fortuna y rebajar su alta posición. Tampoco la clase media estaba dispuesta a la revolución, porque vivía dichosa con las prodigalidades de los grandes y los ricos, y participaba de los placeres que con sus diarios regocijos ofrecía la capital. Aparte de algunos descontentos y ambiciosos, no hubo más que el populacho, esta clase flotante de la sociedad, que se lanzase resueltamente al movimiento, y aun ése menos por interés que por la novedad. San Martín procuró halagarlo con medidas que le eran muy ventajosas; amenazó a los españoles con todo el rigor de las leyes y hasta desterró al arzobispo de Lima y más tarde al arzobispo de Huamanga; pero todo esto no bastaba para refrenar las pasiones, y en tal estado se supo que un ejército de tres mil infantes y novecientos caballos a las órdenes de Canterac, marchaba sobre Lima, atraído probablemente por las noticias que tenía La Serna del desacuerdo entre los dos jefes patriotas.

Sin duda que San Martín podía esperar tranquilo al enemigo. No obstante, para más seguridad mandó preparar las embarcaciones de la escuadra a fin de que le sirviesen de tabla de salvación si le era adversa la fortuna, y embarcar en un buque de transporte una gran cantidad de dinero perteneciente en una pequeña parte al tesoro y el resto a particulares comprometidos. En cuanto supo esto *lord* Cochrane, sin cuidarse de las atenciones apremiantes del ejército, dio orden de que le llevasen el dinero a su bordo y no quiso devolver más que el que correspondía a los particulares.

Aparte de la irregularidad culpable de semejante conducta, este proceder era injurioso en sumo grado a San Martín y aun al gobierno chileno, que por sus generosos esfuerzos y por el sin número de sacrificios que la expedición le había costado, bien merecía todos los miramientos y consideraciones de un hombre tan inteligente y distinguido como *lord* Cochrane. ¿Cuál país, por más favorecido que sea de la fortuna, ve en medio de una guerra desoladora, funcionar su administración con la regularidad necesaria para atender puntualmente a todos los gastos?

Mucho menos puede esperarse esto de uno colocado en la posición de Chile, en el cual la guerra llegó a ser una especulación mercantil con la obligación respecto a los marineros, no sólo de pagarles sus sueldos sino de darles grandes premios y una parte en las presas. En el primer momento San Martín no pudo contener su indignación ni dejar de manifestarla con palabras severas, que fueron causa de nuevas y vivas contestaciones; pero viendo que el enemigo se acercaba, prefirió contemperizar para no comprometer el porvenir del país.

Canterac se hallaba en efecto a corta distancia de Lima. Su ejército era bastante imponente, pero lo era mucho más el de los patriotas, el cual se encontraba lleno de confianza y vigor. San Martín debió atacarlo, y todos los inteligentes, y *lord* Cochrane el primero, creyeron que iba a hacerlo al verlo tomar posición en Mirones. Pero vana esperanza. El ejército español pasó a su vista sin que le molestase en lo más mínimo y fue a encerrarse en la fortaleza de Callao, muy dichoso de haber escapado tan bien en su imprudente expedición. A los pocos días salió en dirección al norte para no encontrarse con el ejército de San Martín y pasar el Rímac por Bocanegra. El general en jefe del ejército, el valiente Las Heras, recibió la misión de perseguirlo, pero con orden de sólo picar su retaguardia, sin comprometerse en una batalla formal. Fiel San Martín a su política de prudencia, esperaba conseguir con el tiempo lo que no podían asegurarle los azares de la guerra. Las Heras fue detrás de los enemigos hasta la hacienda de los Caballeros, nueve leguas de Lima; pero cansado de hacer un papel que su desnudo no le permitía soportar más tiempo, se volvió dejando a Miller el cuidado de continuar la persecución con ochocientos infantes, ciento veinticinco caballos y quinientos montaneros que puso a sus órdenes. Las instrucciones que recibió fueron igualmente de no aceptar ningún combate, pero sí molestar al enemigo, empeñar escaramuzas y sobre todo proteger las desercciones, llaga del ejército realista, a pesar de las medidas sumamente rigurosas adoptadas para reprimirlas, hasta emplear muchas veces la pena de muerte como medio de terror. En una de estas excursiones a la cordillera se encontró el cadáver de don Francisco Sánchez, persona muy conocida en Chile por su brillante resistencia en el sitio de Chillán. No pudiendo soportar las fatigas del viaje ni los rigores del aire que se respira en la cordillera, acababa de expirar en una de las malas chozas que hay en el camino.

Se ha censurado a San Martín el que no se aprovechase de las dificultades que tuvo Canterac para entrar y salir de Callao, dificultades que antes y después lo obligaron a dar rodeos para ejecutar sus movimientos. Lo probable es que los patriotas, que eran en mucho mayor número, hubieran podido destruir la división de Canterac y terminar una lucha, cuyos resultados, sin ser dudosos, podían retardarse aún largo tiempo; pero San Martín, hombre conocedor e inteligente, veía elevarse delante de él un enemigo que le llamaba la atención casi tanto como el ejército de La Serna. Las acaloradas contestaciones que tuvo con *lord* Cochrane sacaron a plaza una cuestión del mayor interés. El Vicealmirante, contra la profesión de fe del director O'Higgins, quería apoderarse de la fortaleza de Callao y enarbolar en ella, por un tiempo dado, la bandera de Chile; San Martín, por el contrario, que no consideraba el ejército chileno más que como una fuerza mera-

mente protectora, quería ponerla desde luego bajo la dependencia inmediata del gobierno peruano provisionalmente establecido; y de esta doble pretensión nació una lucha de intrigas, de que fue blanco el general Lamar.

Este General continuaba de gobernador de dicha plaza como segundo jefe de Perú. Nacido en el país y habiendo perdido la confianza de muchos oficiales, principalmente por ciertos consejos que dio contrarios a los intereses del país cuando las reuniones de la junta consultiva de guerra, de que fue uno de los miembros más celosos, La Serna se vio en la necesidad de conservarlo para no despertar la susceptibilidad nacional. Aunque no se había manifestado ostensiblemente adicto al Partido Liberal, no era difícil conocer sus inclinaciones, y San Martín y Cochrane empezaron a trabajar cada uno por su lado, para conquistar esta alta influencia. Como debía esperarse, Lamar se decidió por quien representaba su nación, y las puertas de la fortaleza se abrieron a San Martín, el cual envió a su amigo el coronel Guido para que tomase posesión de ella. A los pocos días, *lord* Cochrane, viéndose burlado en sus esperanzas, se alejó de la costa con su escuadra en busca de las fragatas *Prueba* y *Venganza*, y San Martín, luego que se quedó solo, se dedicó exclusivamente a consolidar su gobierno y organizar los diferentes ramos de la administración.

Según ya hemos visto, apenas era posible dar a cada uno de ellos el mecanismo y regularidad que exigían. En los momentos solemnes de perturbación social, hay que andar a tientas y muy poco a poco para poner en ejecución las ideas nuevas. Las reformas demasiado precipitadas son generalmente muy peligrosas para el porvenir de las naciones, y en tales circunstancias el hombre prudente y discreto debe contenerse para conservar la tranquilidad, y no pensar en leyes orgánicas sino después de un maduro examen, y luego que la razón y el discernimiento hayan extinguido las pasiones inherentes a las grandes crisis. Cuando el 12 de febrero llegó San Martín a Huaura, publicó un reglamento provisional para establecer en los puntos ocupados por los patriotas un gobierno adecuado a las ideas que quería que prevaleciesen. Como era de razón, cambió las principales autoridades y además hizo algunas reformas, que más afectaban a los nombres de las cosas que a las cosas mismas. El título de subdelegado lo sustituyó por el de gobernador, con iguales atribuciones poco más o menos que las que aquél tenía. Estableció un tribunal de apelaciones para entender en los negocios de la Real Audiencia, menos las causas de mayor cuantía, es decir, las que pasaban de quince mil pesos, cuyo conocimiento reservó a tribunales especiales que se crearían en Perú. Para ser consecuente con sus principios liberales, abolió la esclavitud en favor de los hijos que naciesen en lo sucesivo; decretó la libertad de imprenta y casi al mismo tiempo creó una orden militar con el título de *Legión del Sol* para recompensar el mérito así militar como civil en todas las clases de la sociedad, incluidas las señoras. Una idea que siempre tenía fija San Martín en su imaginación era que se necesitaban dijes para contener la vanidad de los grandes, y quiso hacer de la condecoración el símbolo de una aristocracia hereditaria, conservando, sin embargo, lo altos títulos de Castilla, a cuyos poseedores autorizó para que pudieran poner sus emblemas sobre las puertas de sus casas juntamente con el del sol, escudo de armas de la nueva orden.

Pero a lo que más se dedicó fue a consolidar, modificar y cambiar lo que las circunstancias y la precipitación no habían hecho más que bosquejar. La administración de la guerra sobre todo le ocupaba una gran parte del día. Sumamente riguroso en la visualidad y disciplina de sus soldados, quería que fuesen en lo posible hombres inteligentes y capaces de figurar con ventaja al lado de los veteranos del ejército. La legión peruana de la guardia, formada en cuanto llegó a Lima, se presentó a poco tiempo tan brillante por el aseo y elegancia de sus diferentes uniformes, como por la precisión de sus evoluciones, siendo sus jefes Brandsen, Miller y Arenales. San Martín nombró general comandante de esta legión al marqués de Torre Tagle, y es necesario decir que cometió un desacierto en elegir para cargos de esta especie personas muy respetables sin duda por su fortuna y en su rango, pero poco aptas para cuidar de la instrucción de sus batallones y sobre todo para ponerse a su cabeza en momentos de dar una carga al enemigo. En esto como en otras cosas, se ve que San Martín conocía por instinto las extravagancias del corazón humano. Para él la habilidad era su arma de batalla, y colmando de honores lo altos personajes de otras épocas, esperaba fomentar más y más la defección y conseguir así la caída del Partido Realista en Perú.

Sin embargo, San Martín podía disponer entonces de mil hombres por lo menos contra un ejército debilitado por las enfermedades, las deserciones y la desmoralización. Además, aunque el interior del país estaba en poder de los realistas, los indios civilizados se sublevaban por todas partes y sus sublevaciones producían en el enemigo un estrago que le perjudicaba mucho, porque lo dividía y le quitaba la unidad de acción. En algunas ciudades se tramaban también grandes conspiraciones, y no había mucho tiempo que Lavín, enviado de Arequipa a Cuzco por una felonía que hizo, había cometido otras, que al fin pagó con su cabeza. Con no menos constancia se maquinaban iguales conspiraciones en el Alto Perú, de manera que el ejército realista, inquietado por todas partes, hubiera tenido que rendirse, de haber sabido San Martín aprovechar su posición. Pero dominado siempre por su política de prudencia y defección, prefirió dejar obrar al tiempo, y contra su costumbre, permitió que los oficiales viviesen una vida ociosa, lo cual unido a haber puesto en el ejército cierto número de jefes, que no tenían más títulos que su rango y su fortuna, acabó por viciar sus buenas disposiciones²⁰⁸. Así sucedió que al poco tiempo el general Tristán, uno de los agraciados, fue destrozado en Ica por una división de Canterac, y además de la pérdida de cuatro cañones y gran número de caballos, tuvo que deplorar la patria la de más de mil hombres, que pasaron a engrosar las filas de los realistas y más de tres mil fusiles que le vinieron muy bien a éstos. El número de muertos fue considerable y tuvo también muchos heridos que quedaron en poder del enemigo, contándose entre ellos el valiente y amable coronel Aldunate²⁰⁹.

²⁰⁸ Véanse las memorias del general Miller.

²⁰⁹ Como resultado de esta derrota, y para evitar la influencia tanto moral como material de los españoles establecidos en Lima, expulsó Monteagudo a más de seiscientos, obligando a unos a embarcarse en buques ingleses y enviando los demás hasta el número de quinientos en otros, en que sufrieron

Esta derrota la sintieron extraordinariamente los patriotas. San Martín procuró atenuar sus consecuencias publicando muchas proclamas, en que hablaba del estado miserable del ejército realista y de la imposibilidad de que resistiese mucho tiempo. Anunció a la vez la gran victoria de Pichincha, que aseguró para siempre la independencia de Colombia, y a poco la noticia de haber perdido España las dos únicas fragatas que le quedaban, la *Prueba* y la *Venganza*. Éstas se rindieron a lo agentes de Perú en Guayaquil, con gran sentimiento de *lord* Cochrane, que pretendía corresponder de derecho a Chile. La manera con que las reclamó a San Martín produjo nuevas y fuertes contestaciones, que determinaron al Vicealmirante a abandonar Perú y dirigirse a Valparaíso.

La provincia de Guayaquil, que se había declarado independiente, fue también un motivo de contestaciones entre las repúblicas peruana y colombiana. O'Higgins, a quien Guayaquil pidió protección, quería hacerla una ciudad libre como Hamburgo, y ya tenía bastante adelantado su proyecto, cuando la victoria de Pichincha y la consolidación de la república colombiana despertó la ambición de Bolívar, y fue reclamada como parte integrante de la audiencia de Quito en lo relativo a la administración de justicia. Perú alegaba por su parte que le pertenecía de derecho, porque en todos tiempos dependió en lo militar de su virreinato, y del debate entablado entre las dos repúblicas resultó la necesidad de una entrevista de los dos jefes en el mismo Guayaquil. San Martín y Bolívar marcharon, pues a esta ciudad, donde estaba de presidente el célebre poeta natural del país, doctor don J.J. de Olmedo. Las discusiones no fueron largas ni empeñadas en atención a que cuando Bolívar llegó el 14 de julio de 1822, declaró la provincia de Guayaquil parte integrante de la república de Colombia. Viendo San Martín que la cuestión estaba resuelta de hecho, se reembarcó a los dos días de su llegada, es decir, el 28 de agosto, y se hizo a la vela para Callao.

Durante su ausencia, el marqués de Torre Tagle, que había quedado encargado del poder protectoral como delegado, obligó a Monteagudo a que renunciase al ministerio, como resultado de una conmoción popular, a que el mismo Torre Tagle no fue del todo extraño. Lo hizo salir inmediatamente para Callao y muy poco después lo desterró a Guayaquil. Los habitantes en general se alegraron mucho de verse libres de un hombre de talento sí, pero duro, cruel, audaz, revoltoso, más apto para agitar que para consolidar, y que de buena gana hubiera tomado por norma de su conducta los actos de la más salvaje demagogia de la Revolución Francesa. Lo acusaban además de los más atentatorios delitos contra la propiedad de los habitantes, pues oprimía a los unos, perseguía a los otros y todos los días formaba listas de proscritos, en las que la cualidad de español era el medio y la riqueza el fin. Así que jamás estuvo de acuerdo con su colega Unanue, hombre no menos inteligente y muy instruido, pero débil, moderado y contrario al sistema de espionaje introducido lo mismo en los sitios públicos que en los privados.

considerablemente, tanto por el carácter brutal de los oficiales como por ir muy apiñados y darles poco alimento. Felizmente la generosidad chilena les hizo olvidar bien pronto los padecimientos de los cuarenta días de navegación que tuvieron.

San Martín, que había unido Monteagudo a su suerte y que lo necesitaba para instrumento de los actos de rigor y violencia, de que, mal que le pese, no puede prescindir un jefe de partido, quedó poco satisfecho con su destierro y con la manera con que se lo trató. No le fue dado contener su mal humor y vituperó encolezado la medida, como vituperó también la precipitación que hubo para convocar un congreso, cuya reunión tuvo lugar el 20 de septiembre, un mes después de su regreso de Guayaquil. Previendo las discordias que iban a suscitarse en el país y la ingratitud con que al cabo lo tratarían los habitantes de Lima, se dedicó a retirarse para conservar intacta la gloria de su triunfo. En su cualidad de protector de Perú se presentó a presidir la Asamblea, dirigió algunas palabras a los representantes de la nación y depositó sobre la mesa las insignias de la soberanía. A los pocos minutos salió del Congreso y fue a vivir a una casa de campo de la Magdalena inmediata a la que habitó Pezuela cuando abdicó el virreinato. Una comisión se le presentó a poco llevándole dos decretos, en uno de los cuales le expresaba su gratitud la nación y en el otro le nombraba generalísimo del ejército de Perú. San Martín aceptó el primero, rehusó el segundo y por la noche se embarcó para Chile, dirigiendo a los habitantes una proclama llena de buen sentido, de patriotismo y dignidad. Torre Tagle continuó desempeñando provisionalmente el alto poder del Estado por desgracia del país, que necesitaba más que nada de un hombre de armas, de un militar que contase sobre todo con el ejército, y aquel General era en él demasiado nuevo para tener gran confianza en su apoyo.

CAPÍTULO LIX

O'Higgins se prepara para organizar una segunda expedición contra Perú. Introduce mejoras en el sistema de hacienda. Estado del país respecto a las repúblicas confinantes. Auxilios que suministra a la de Buenos Aires para hacer frente a las tentativas de don José Miguel Carrera. Digresión sobre este General. Quiere dedicarse al comercio, pero no lo consigue. Pólemica entre él y los jefes del gobierno de Pueyrredón. Abandona a Montevideo y va a agitar las provincias en favor del sistema federal. Caída de Pueyrredón. Apoyo momentáneo que Sarratea da a Carrera. Éste levanta un pequeño ejército chileno con la intención de ir a reconquistar la autoridad en su país. Su influencia en las guerras anárquicas de la república Argentina. Abandonado por la victoria se ve en la precisión de refugiarse entre los indios de las Pampas. Marcha a San Juan. Lo atacan las tropas de Mendoza y es completamente derrotado. Unos oficiales suyos lo venden y lo llevan preso a Mendoza. Es condenado a muerte y fusilado juntamente con Álvarez. Su carácter revolucionario.

La expedición de Perú estaba rodeada de numerosos peligros. Aparte las vicisitudes de la guerra, había que sobrellevar los climas abrasadores de la costa, atravesar grandes desiertos de arena, y lo peor de todo, resistir las enfermedades endémicas que se padecen en todos los valles y que no perdonan ni aun a los mismos indígenas, arrebatando todos los años o debilitando de una manera cruel al que comete la imprudencia de ir a ellos en ciertas épocas.

Para hacer frente a tantas eventualidades y cubrir en lo posible las bajas en los diferentes cuadros del ejército, no cesaba O'Higgins de hacer nuevos reclutamientos con el doble objeto de preparar otra expedición, susceptible en todo caso de ir a completar los resultados de la primera. Se ocupaba al mismo tiempo de introducir grandes reformas en los diversos ramos de la administración y en arreglar el sistema de hacienda de modo que hubiese los fondos necesarios para no tener que recurrir a más empréstitos, ni a ninguno de los otros medios que hasta entonces había proporcionado recursos al tesoro. La guerra de Perú fue siempre para él el objeto principal de la cuestión que se debatía en toda América. Considerándola como la que había de conquistar definitivamente la libertad de Chile y consolidar su independencia, su pensamiento estaba fijo allí con perjuicio del ejército del sur, que como resultado de esto cayó en una especie de malestar, capaz de poner en

peligro la provincia de Concepción. Verdad es que entonces gozaba Chile en el interior del país, y aún más en el exterior, de una consideración muy elevada. Su iniciativa en la guerra de Perú y la importancia de su expedición a pesar de haber sido improvisada o poco menos, la habían hecho, sino la árbitra, la potencia tutelar de la mayor parte de las repúblicas nacientes. La junta gubernativa de México envió al diputado Stuart para que pidiese a O'Higgins los socorros que el estado precario del Partido Liberal necesitaba desde la sensible derrota de Guadalajara, y aquél, gracias al crédito que gozaba con los comerciantes ingleses establecidos en Valparaíso, le proporcionó armas, municiones y otros muchos objetos. Además le prometió auxiliarla de una manera más conforme a sus deseos en cuanto concluyese la guerra de Perú, anunciándole que acaso entonces podría garantizar el empréstito de un millón de pesos que la Junta quería levantar en Inglaterra y que no tuvo lugar por haber tomado a México los liberales.

No fue México el único país que recurrió a Chile. También lo hizo Colombia, y O'Higgins satisfizo sus deseos suministrándole una gran cantidad de municiones de todas clases, lo cual mejoró extraordinariamente la condición del país para continuar la guerra y conseguir triunfos, que la gloriosa victoria de Pichincha aumentó y consolidó para siempre. En fin, Buenos Aires mismo se vio en la necesidad de recurrir a su aliada para pedirle no sólo dinero sino soldados. O'Higgins, no obstante su penuria y sus incesantes atenciones, envió cuarenta mil pesos al ejército de Belgrano y una división a Buenos Aires de cerca de quinientos hombres, casi todo chilenos hechos prisioneros en la batalla de Maipú que estaban al servicio de la patria. Aunque muy resueltos estos antiguos realistas a defender la nueva bandera que habían abrazado, el gobierno no se atrevía a fiarse de ellos y menos a enviarlos a la frontera, donde aún se movía mucho el Partido Realista, y aprovechó la ocasión para alejarlos de Chile. Poco tiempo después y a petición del gobernador de Mendoza, otra división, compuesta de doscientos granaderos de la guardia y cien cazadores de la escolta directorial, marchó a las órdenes del teniente coronel Astorga a defender aquella provincia contra las facciones liberales, y especialmente contra la montonera de don José Miguel Carrera, que estaba entonces muy pujante. Estas tropas acamparon en la cordillera para ponerse en movimiento al primer aviso, y al mismo tiempo con el objeto de estar a la mira de las audaces tentativas de Carrera para penetrar en Chile, donde aún contaba con numerosos amigos.

Este célebre General, a quien vimos escaparse el 21 de abril de 1817 de un buque de Buenos Aires en que se encontraba prisionero, se refugió a Montevideo, donde ni él estaba bien con los brasileños ni los brasileños con él. La fortuna lo trató por entonces con excesivo rigor. Toda su familia andaba dispersa y casi sin apoyo: su mujer y sus hijos aislados en Buenos Aires eran el blanco de las vejaciones del gobierno; sus hermanos, presos en Mendoza; sus hermanas, abandonadas; su padre, que se había quedado en Santiago, atormentado por las mil angustias de su aislamiento y sus disgustos y con el continuo temor que le expropiasen lo que le quedaba y que acaso lo expulsasen del país; él, en fin, perseguido por enemigos poderosos, teniendo que vivir refugiado en una ciudad, donde apenas gozaba crédito y en vísperas de faltarle todo, porque pocos días antes de su fuga mandó Puey-

rredón quitarle mil quinientos pesos, único recurso que le quedaba para atender a sus necesidades y a las de algunos amigos fieles.

En tal conflicto y haciendo violencia a sus inclinaciones, se decidió a abandonar la política para entregarse al comercio, con la esperanza de hallar en esta nueva carrera la independencia que en vano había buscado en otra parte. El tráfico de maderas le pareció bastante lucrativo y se resolvió a emprenderlo como último recurso, para lo cual pidió a Buenos Aires a su amigo Manson un buque de doscientas a trescientas toneladas, pedido que igualmente hizo a su corresponsal en Estados Unidos Henry Didier, participando a uno y otro sus proyectos mercantiles y que su ánimo era trasladarse bien a la costa norte de Brasil o a Paraguay, donde confiaba obtener un permiso de paso. Desgraciadamente, el olvido es un compañero casi inseparable de la desgracia. Sus amigos, secundando su triste destino, no correspondieron a lo que esperaba de ellos y lo abandonaron a su malestar y a su desesperación. Al mismo tiempo supo de la muerte de sus dos hermanos asesinados, decía, más bien que sentenciados, por los alguaciles de Pueyrredón. Su alma ardiente llegó al último grado de la amargura y lo arrastró a una venganza inexorable. No pudiendo hacer la guerra a sus enemigos con las armas, se la hizo con la pluma y aprovechando los restos de una gran imprenta que llevó de Estados Unidos para enriquecer con ella a su país, publicó algunos escritos que fueron contestados con no menos acrimonia por las gacetas ministeriales, a que se siguió una polémica violenta y apasionada, en la cual los dos partidos se acusaron mutuamente de felonía, echando en cara a Carrera los satélites de Pueyrredón su correspondencia con el embajador español en Rio de Janeiro para entregar el país al rey de España y Carrera echando en cara a Pueyrredón y a todos los jefes de la famosa Logia, el proyecto de cederlo al príncipe de Luca o a cualquier otro, para enterrar el principio republicano bajo el pedestal de una monarquía. Algunas expresiones desconsideradas que se deslizaron en estas recriminaciones y ataques, envenenaron más y más el debate. De político se convirtió en personal y Pueyrredón se vio en la necesidad de recurrir a su aliado el emperador de Brasil para que su gobernador Lecor rompiera la pluma de Carrera y la de sus compañeros y les cerrase la imprenta que ellos mismos dirigían, por no haber encontrado un cajista bastante atrevido que lo hiciera.

Viendo don José Miguel Carrera que con esta nueva hostilidad no podía contestar a los ataques incesantes que contra él divulgaban en el público los periódicos de Buenos Aires y aun los de Chile, su vehemencia le hizo tomar la resolución de ir a agitar las provincias y fomentar las guerras civiles con el proyecto de servirse de ellas para destruir el poder de sus dos grandes antagonistas, el de Pueyrredón primero y el de O'Higgins después. Por entonces la discordia fermentaba en el interior del país. La provincia de Santa Fe había dado la primera señal de rebelión y otras muchas manifestaban ciertas tendencias a seguir su ejemplo. Persuadido Carrera de que bastaría su presencia para decidir las y atraerlas, salió furtivamente de Montevideo y corrió a poner su inteligencia y su espada a disposición del que quisiese consumir esta gran revolución. El sistema federal, que era la bandera levantada por la oposición, se avenía perfectamente con su carácter activo y aven-

turero y lo adoptó como medio de guerra general y conveniente a las provincias que quería revolucionar. Llevaba siempre consigo su pequeña imprenta y desde los más oscuros rincones de la república empezó a lanzar las proclamas más incendiarias, manifiestos contra la centralización y hasta folletos que él mismo escribía o hacía escribir en el *Hurón*, la *Gaceta* y otros periódicos, de los que algunas veces enviaba ejemplares gratis a las provincias. En ellos atacaba con violencia los actos del gobierno y los manejos pérfidos y antinacionales de la gran Logia, de esta especie de club mucho más poderoso que los clubes ordinarios, porque contaba con todas las autoridades superiores del Estado, incluso el Director y podía obrar a la vez que legalmente en las tinieblas. Por estos medios y otros de que se valieron los jefes con quienes se había unido, la administración de Pueyrredón fue batida en brecha en todas sus ramificaciones, el descontento penetró por todas partes, se sublevaron las provincias y Buenos Aires no tardó en seguir su ejemplo, producto de lo cual cayó el Director, que tuvo que ir a implorar a su vez la hospitalidad del gobernador de Montevideo.

Luego que salió Pueyrredón, la dirección de la república vino a ser una ciudadela que todos los jefes ambiciosos quisieron asaltar para apropiársela. Los directores se sucedieron con una rapidez pasmosa. Rondeau, Sarratea, Balcarce, Dorrego, Soler, etc., se apoderaron a su vez de la silla de la presidencia para cederla al cabo de una cuantas semanas a sus antagonistas, sin haber podido dejar el más mínimo recuerdo glorioso de su administración. Siendo impotente la guerra civil que los había elevado, para imprimirles la fuerza moral que es la que da solidez a todo gobierno, los directores tuvieron para sostenerse que continuar las intrigas y manejos, único dique que podían oponer a sus audaces adversarios.

En medio de este flujo y reflujo, esperaba obtener don José Miguel Carrera los socorros necesarios para ir a promover en Chile las mismas metamorfosis, a que tanto contribuyó en la república argentina. Cada nuevo director le prometía su cooperación, pero fuese impotencia o razones de Estado que los obligase a la reserva y la inacción, sólo Sarratea le cumplió la oferta, declarándose completamente hostil al gobierno de O'Higgins, permitiéndole levantar tropas, defendiéndolo de sus detractores y hasta expulsando de Buenos Aires al ministro chileno Zañartu a pesar de la inviolabilidad de su persona y de las vivas representaciones del Cabildo de la capital.

Ésta fue indudablemente la época de mayor prosperidad que tuvo don José Miguel Carrera, la que parecía prometerle un porvenir más afortunado, porque en poco tiempo se encontró a la cabeza de una pequeña división de seiscientos cuarenta hombres, no extranjeros a su patria, sino verdaderos chilenos, que Sarratea le permitió sacar de los diferentes regimientos y cuyo núcleo lo componían principalmente los chilenos realistas cogidos en la batalla de Maipú, que O'Higgins envió a Pueyrredón. Por otra parte, el batallón número 1, que había hecho las campañas de Chile y vuelto a la república Argentina, acababa de sublevarse en San Juan y de él esperaba poder alistar un buen número de soldados en su bandera. Por último, sus amigos y partidarios de Chile se preparaban a coadyuvar a su empresa y ya iban a lanzar el grito cuando el gobierno lo supo, por revelación de un conjurado,

a tiempo de poder tomar la iniciativa contra ellos, arrestar algunos y entregarlos al tribunal, por el que fueron confinados unos al interior de la república y desterrados otros, a países lejanos, principalmente a la costa del Choco, donde se alistaron en el ejército de Bolívar, no habiendo faltado quienes, como Vigil, llegasen a los grados superiores de la milicia.

El alma ardiente de Carrera no se intimidó por este contratiempo. Sin perder nunca la esperanza, sin renunciar jamás a su empresa, confiando en su destino y cada vez más dominado de ese vivo sentimiento de odio que frecuentemente forma los héroes, prosiguió su misión con la prodigiosa actividad que exigía la gran extensión del terreno, nuevo teatro de sus hechos. Tan pronto en una provincia, tan pronto en otra, fomentaba en todas estas partes la rebelión, favorecía a los ambiciosos y contribuía a levantar como por encanto ejércitos, que un soplo bastaba para dispersar o destruir.

Desgraciadamente olvidó en medio de algunos grandes triunfos, la prudencia y destreza que las desgracias pasadas debieran tener fijas siempre en su memoria. La influencia que supo conquistar entre sus compañeros, llegó a darle prestigio sobre ellos. En cualquier parte en que se presentaba ponía el peso decisivo de su voluntad y su talento en la balanza del destino del país, pero debía saber también que como extranjero estaba en el caso de contentarse con un papel un tanto secundario y esto fue lo que su fogosa imaginación no le permitió comprender, habituado a que todo se doblegase a sus miras y a su voluntad. Jefe de partido más bien que general y enemigo del reposo lo mismo en tiempo de paz que en el de guerra, tenía necesidad de estar en continuo movimiento, que era precisamente lo que no querían sus compañeros, los cuales cansados de la vida bulliciosa y agitada, aspiraban a consolidar sus triunfos por medios de negociaciones. De aquí el que frecuentemente se le viese pasarse al bando de los descontentos y asociar su pequeña división a las montoneras enemigas del Director que los azares de un combate elevaban a la presidencia, malquistándose poco a poco con todos sus amigos y con el mismo Sarratea, no mucho antes su poderoso protector, y viéndose en fin en la necesidad de refugiarse entre los indios de las Pampas. Con ellos hacía una vida casi salvaje, vistiéndose muchas veces de una manera fantástica como los héroes aventureros, cosa que les gustaba mucho y no tardó en cautivar su afecto, entusiasmar su barbarie, marchar a su cabeza y tener la fatalidad de ser cómplice, aunque indirectamente, de las matanzas, violaciones y sacrilegios que aquellos hombres feroces cometían en las ciudades conquistadas, crímenes que a pesar de todos sus esfuerzos no le era dado impedir. Ésta fue indudablemente una de las faltas más graves que le desaprobaron las personas de todos los partidos y que no puede justificarse ni aun con el estado de exaltación producido por tantas desgracias. Desde entonces su estrella sólo brilló con una luz lívida. Abandonado de los pocos jefes que podían ayudarle en sus proyectos, anduvo errante por las vastas Pampas sin renunciar a la esperanza ni dejar de agitarse, creyendo siempre la posibilidad de reconquistar la soberanía de su país ejercida por su enemigo don Bernardo O'Higgins. No pudiendo penetrar por la cordillera inmediata a Mendoza por hallarse acampadas en ella las tropas chilenas, se fue con sus ilusiones por el lado de San Juan con ánimo de entrar por

la provincia de Coquimbo, donde contaba con buen número de partidarios. Pero antes quiso tentar de nuevo la fortuna, yendo a reunirse con las montoneras enemigas de Buenos Aires. Continuaba en la persuasión de que por esta capital, es decir, por la influencia y protección de sus jefes, podría conseguir su objeto, pero desgraciadamente para él empezó su nueva campaña con grandes reveses, lo que hizo su posición más y más crítica. Esto unido a la ingratitude de todos los directores, a quienes había ayudado a elevar con su espada, lo decidió a renunciar a los auxilios extranjeros y a marchar sobre San Juan con los pocos soldados, casi todos los chilenos, que se mantenían fieles a su persona. El país que tenía que atravesar, era vasto y estaba lleno de peligros. Lo franqueó, no obstante, sin accidentes, pero al llegar cerca de San Juan y sitio llamado el Médano, se vio detenido por una corta división mandada por el coronel Gutiérrez, que había destacado el gobernador de Mendoza. Don José Miguel Carrera no se encontraba en estado de poder hacer frente a un enemigo muy superior a él, cuanto más que su reducido ejército estaba medio desmoralizado, sumamente cansado y muy mal montado. Pero no podía volver atrás y huir sin emprender algo. Aceptó, pues, la batalla y dio al punto las órdenes para tomar la iniciativa, que la esperó a pie firme en una posición excelente y la obligó a retirarse. Los soldados de Carrera volvieron muchas veces a la carga, pero otras tantas fueron rechazados por los de Gutiérrez, que cargándolos a su vez acabaron por derrotarlos completamente. Ésta fue la última acción que dio don José Miguel Carrera y la que cortó para siempre el vuelo tempestuoso que le trazó su carácter inconstante, ambicioso y turbulento. Obligado a huir con el resto de la división, tuvo el dolor de verse vendido en medio de la noche por algunos de sus oficiales, cansados sin duda de la vida aventurera y de emociones que llevaban hacía mucho tiempo. Se apoderaron de él a pesar de la resistencia que hizo y lo condujeron con las manos atadas a su implacable enemigo el gobernador Gutiérrez, quien al punto lo encerró en una prisión con don José María Benavente, este digno compañero de sus infortunios, el coronel Álvarez y otros muchos oficiales que permanecieron fieles a su causa. Entró en la prisión el 21 de septiembre de 1821 y a los dos días un consejo de guerra le condenó a muerte, cosa que no lo cogió por sorpresa. Lo único que sentía era no estrechar su corazón con el de su desgraciada familia y hasta tuvo el sentimiento de que no le permitiesen hablar con la suegra de su hermano don Juan José a la sazón en Mendoza, bajo el falso pretexto de que estaba en cama. Resignado con su desgraciada suerte, marchó al día siguiente 24 de septiembre al lugar de la ejecución con paso firme, sin que lo conmoviesen las impresiones de la multitud que se agolpaba a su paso y orgulloso por otra parte con un pasado que consagró a la felicidad de su patria y que tantas circunstancias habían arrastrado a la violencia y a la reacción. Fue fusilado con su amigo Álvarez en el mismo sitio en que sus dos hermanos recibieron la muerte y para mengua de sus enemigos, su cabeza fue expuesta a la vergüenza pública. A don José María Benavente, este amigo cuya fidelidad rayaba en entusiasmo, lo condenaron también a la pena capital, pero no la sufrió por las vivas instancias de un hermano que tenía establecido en Mendoza; a los demás oficiales lo diseminaron en diferentes puntos de la república y en Chile.

Tal fue el destino del ilustre chileno que ocupará sin duda algún día la inteligente perspicacia de los historiadores. Hoy están todavía los partidos bajo la influencia de las pasiones y del amor propio ofendido y no pueden juzgarlo convenientemente y a satisfacción de todo el mundo. Sin embargo, es innegable que prestó grandes servicios a la independencia, trazando a la revolución una marcha más segura y mucho mejor pronunciada, entusiasmando a la juventud para que se alistase en sus legiones y dando al ejército una organización de que distaba mucho antes que él regresase a su patria. A su prodigiosa actividad, a su carácter laborioso y a su genio sumamente fecundo en expedientes, debió también poder neutralizar los malos efectos de su aislamiento y proporcionarse recursos, por medios es cierto algunas veces violentos que la calma de hoy desaprobará quizá, pero que las circunstancias de entonces hacían inevitables. Porque en aquel nuevo período de vida y de creación, era imposible proceder con regularidad, sin pasiones y sin excesos, cuando había que producir un completo desarrollo y un país que era español convertirlo en americano.

Es condición inherente a toda revolución social, ser exagerada e impaciente en su principio, inquieta e impetuosa en su marcha. Basta una chispa de oposición para comunicar el incendio a toda la sociedad fuertemente conmovida entonces, si no impide su propagación el jefe de ella, obrando con el vigor de un déspota y el celo de un innovador que quiere despertar un pueblo al nombre de libertad. La naturaleza, es necesario confesarlo, había formado admirablemente a Carrera para destruir añejas preocupaciones. Era de carácter franco, dócil, decidido, muy seductor y persuasivo cuando se replegaba en sí mismo, capaz de atraerse los hombres y de hacer grandes cosas, porque comprendía el patriotismo en la grandeza de ánimo y no en la mezquindad y no contemporizaba con los enemigos del principio revolucionario para evitar que se enervase su fuerza. Pero si era muy apto para meter el hacha en una sociedad mal organizada y para minar sus viejos cimientos, no lo era para restablecerla y reconstruirla. Turbulento como todo revolucionario, pero más por naturaleza, que por egoísmo, enemigo del reposo y de trabajar en un gabinete, dominado siempre por el exceso de sus cualidades, lo que lo hacía un tanto inconstante, a veces caprichoso y hasta obstinado, no queriendo sufrir el predominio de nadie, fuese quien fuese, no buscaba en cierto modo, en la revolución más que el movimiento, no los principios, demostrando con esto, que tenía todas las cualidades de un jefe de partido, pocas de un hombre de Estado. Así es que en su partido representaba la fogosidad y la actividad, lo que le dio un gran ascendiente entre la juventud, ávida siempre de movimiento y de emociones, mientras que las personas de edad más avanzada no tardaron en desaprobare su turbulencia, porque para ellas, al contrario que para los jóvenes, el espíritu revolucionario debía estar casi todo en el alma y muy poco en el cuerpo. Las mismas personas veían en O'Higgins un atleta de la libertad del país, no menos apasionado y vehemente, pero de más calma, más reflexivo, que obraba con conocimiento y con cálculos. Veían también claramente que Carrera con su entusiasmo en el corazón y en la cabeza, era capaz para sublevar las masas, pero no para gobernarlas, porque siendo la primera condición del que aspire a elevarse al poder y sostenerse

en él, tener una cabeza y un corazón fríos, consideraban el entusiasmo la virtud de los que ejecutan y la calma y la sangre fría la de los que dirigen, y desde este último punto de vista, la naturaleza fue muy avara con Carrera. Por lo demás, lo repito, a las edades venideras, y a ellas solas, incumbe la tarea de discutir los actos de este genio de la revolución y de apreciarlos del modo que la historia tiene derecho a exigir. Los móviles de las acciones humanas se ocultan en profundidades tan oscuras, son tan parciales los escritos contemporáneos e influidos por tantas opiniones y tantos intereses diversos, que se necesita gran número de años y la reunión de muchas cartas confidenciales dictadas sin objeto determinado, para esclarecer los más sencillos sucesos de épocas muy modernas.

CAPÍTULO LX

Benavides se apodera de todos los buques extranjeros que tocan en la isla Santa María y alista los marineros en sus batallones. Uno de estos buques va a Chiloé en busca de refuerzos y a su regreso conduce al capitán Senosiaín. Deserción de las tropas en los dos ejércitos. Junta de Concepción para vigilar a los espías de Benavides. Éste marcha al norte y es perseguido por Prieto. Victoria de la Vega de Saldía. Dispersión de los realistas. Política de los patriotas para destruir los restos del enemigo. Sumisión de Bocardo y de casi todas las familias establecidas en Quilapalo. Toma de Arauco. Prieto marcha contra los indios de la costa. Benavides, reducido al último extremo, se embarca para Perú y lo arrestan en Topocalma. Llevado a Santiago es condenado a una muerte ignominiosa. Picarte, que queda de comandante de la Araucanía, consigue que regresen a Concepción las monjas trinitarias. Rebelión de las tropas de Valdivia y muerte del coronel Letelier. O'Higgins envía a aquel punto al coronel Beauchef. Castigo de los culpables. Expedición de Beauchef contra Palacio y su montonera. Este jefe es cogido y condenado a muerte.

Hemos dicho en el capítulo anterior que dedicado O'Higgins exclusivamente a la expedición de Perú, había descuidado el ejército del sur, causa por la cual se encontraba éste en una posición sumamente crítica y muy amenazado por los realistas. En efecto, Benavides se manifestaba cada día más audaz. Con su prodigiosa actividad y con los actos de vandalismo, que los jefes de partido pretenden siempre justificar con que la necesidad les obliga a ellos, se levantó del estado deplorable a que lo redujeron la derrota de Concepción y la de Pico en Chillán. Desde que se verificó la última, se hallaba refugiado en Arauco, poniendo en juego todos los recursos que su posición sugería a la imaginación fecunda de un hombre como él. Los indios de la costa y aun algunos del interior, continuaban siéndole afectos, pero esto no era bastante, porque necesitaba de más tropas disciplinadas con que emprender y sostener un combate, cosa que no sabían hacer aquellos bárbaros, útiles sólo para completar una victoria. En la imposibilidad de reclutarlas en número suficiente, se propuso apoderarse de cuantos buques que se aproximasen a la costa, para armarlos en corso contra todos los que navegaran en los mares del sur con otra bandera que no fuese la española.

Por entonces el comercio de Estados Unidos y de Inglaterra tomaba mucha extensión en estas nuevas y ricas comarcas. En la pesca de la ballena había gran

actividad y los barcos que la hacían, por la naturaleza misma de su industria, tenían necesidad de acercarse a las costas y muchas veces de entrar en las bahías. Así fue que el primer buque que conquistó Benavides en su nueva carrera, fue un ballenero, el *Hero*, que vino a anclar en la isla Santa María, al que siguieron poco después la *Ersilia*, el *Océano*, la *Luisa*, la *Perseverancia* y otros, y luego algunos de ellos armados y montados por hombres de confianza, fueron a ejercer la piratería en toda la extensión del océano. Los marineros de las tripulaciones de estos buques ingresaron en los regimientos que formó, y para que el terror les impidiese fugarse mandó fusilar a un capitán y a cuantos marineros manifestaron la menor tendencia a la desertión.

Los buques apresados no suministraron a Benavides soldados solamente. En uno de ellos, el *Océano*, se encontraron más de quince mil armas, entre fusiles, tercerolas, sables, etc., con las que hubo bastante para armar los nuevos reclutas y para formar un repuesto. Con este motivo despachó un buque a Chiloé para participar al gobernador Quintanilla sus presas y pedirle hombres y municiones, buque que regresó a los dos meses, conduciendo un excelente refuerzo al mando del capitán Senosiáin, dos cañones y la cantidad de municiones pedida.

Por estos medios, tan ilícitos como inhumanos, consiguió Benavides organizar un nuevo ejército, que al poco tiempo contaba cerca de tres mil hombres bien equipados, de ellos mil doscientos jinetes entre húsares y dragones, el regimiento de los últimos muy reciente y formado con el mayor esmero. Estas tropas repartidas en los diferentes puntos de la provincia y de la frontera, renovaban de cuando en cuando las guerras de destrucción, que constituían entonces todo el código de sus actos, siéndoles esto, por lo demás tanto más fácil, cuanto que la división de Prieto, única que pudiera hacerles frente, se encontraba sin caballos y falta casi de todo, así de víveres como de vestuario, lo que era causa de desertiones, algunas de las cuales se verificaban con armas y bagajes. Ciertamente que no era menor la desertión entre los realistas, con la circunstancia que no concurría en los patriotas, de que se les desertaban también muchos oficiales, especialmente desde que se publicó el bando de indulto del 30 de diciembre de 1820, pero esto no podía en ninguna manera compensar las pérdidas que tenía el ejército del sur, porque cercado en cierto modo por todos lados, no podía proporcionarse lo que necesitaba para su subsistencia.

Así las cosas, Freire, cuya división era la que estaba más descuidada, se decidió a ir a Santiago para obtener de viva voz lo que no había podido conseguir por una correspondencia muy seguida. Al marchar recomendó mucho a Prieto, a quien dejó de intendente subdelegado, que pusiese en juego todos los recursos de su astucia para desunir a los jefes enemigos y para atraerlos con promesas de honra y de provecho. Precisamente era la política que estaba siguiendo con buen éxito este digno brigadier, hombre sumamente humanitario, pues había hecho caer en emboscada a Turra, uno de los jefes de Pincheira, con algunos de su montonera y en el mes de marzo se hallaba ya en tratos con el mismo Pincheira, quien ofreció rendirse, después de haber pedido permiso para ir a vengarse de los pehuenches y quitarles el ganado vacuno y lanar que le habían robado. Estos preliminares

de negociaciones los paralizó desgraciadamente Bocardo, nombrándolo capitán efectivo de su montonera, nombramiento que lo halagó lo bastante para romper toda relación con Prieto, sin que lo detuviese el que muchos de los suyos se habían pasado ya a los patriotas y trabajaban fuertemente para inquietarlo. También el capitán de los dragones don Juan Bautista Espinosa, jefe de los huilliches, había conseguido que volviesen gran número de familias, soldados, toda la reducción de Trilalevu y además los dos padres franciscanos don Marcos Rodríguez y don Patricio Araneda, personajes de gran fama y que inmediatamente fueron destinados el primero con el capitán don Francisco Bulnes a Trilalevu, para avivar desde el púlpito el espíritu patriótico en aquella comarca y el segundo para destruir la poca influencia que les quedaba a los realistas en la credulidad de los habitantes de la parte sur del Biobío.

No procedía Benavides con menos inteligencia y actividad. Aparte sus numerosas montoneras, organizó un sistema de espionaje que se extendía a toda la provincia y alcanzaba a la ciudad de Concepción, donde funcionaba con gran actividad. Sabido esto por Prieto mandó que todos los agentes secretos fuesen vigilados por una junta, encargada además de velar por la tranquilidad de la ciudad y de cuidar que los inspectores de barrio cumpliesen con exactitud sus deberes. Las honradas personas que la componían, los señores Barnechea, Novoa y Binimelis, sentenciaban todas las causas de espionaje e infidencia y bastaba el informe de la intendencia, aprobado por el jefe, para ejecutar el fallo.

El año 1821 pasó en estos manejos y en pequeñas escaramuzas, todas de poca importancia, en que tan pronto era el uno como el otro partido el vencedor. Al fin Benavides, fiado en la superioridad numérica de su ejército, se decidió intentar una empresa en grande, que fue nada menos que marchar directamente sobre la capital, desguarnecida o poco menos de tropas regulares desde la expedición de Perú. El momento elegido era bastante favorable al proyecto para no dar grave inquietud a Prieto y forzarle a no moverse de Chillán y a renunciar a su viaje a la Florida, donde debía tener una entrevista con el comandante de armas de Concepción, el coronel Rivera. Escribió inmediatamente a éste, pidiéndole sus mejores tropas de infantería y caballería y los indios de Venancio acampados en Yumbel y esperó a pie firme a Benavides, que no tardó en presentarse a la cabeza de mil hombres, protegidos por dos cañones. Aunque los soldados que tenía para hacerle frente apenas eran seiscientos, no temió salir de la ciudad a provocar un combate que esperaba fuese decisivo, pero después de unos cuantos tiroteos, Benavides levantó el campo y se dirigió al norte. Ya había pasado el Ñuble, cuando la división patriota empezó a picarle la retaguardia, lo cual le obligó a repasar el río y marchando siempre en su persecución a pesar de la oscuridad de la noche y de una lluvia continua, fue a acampar a la hacienda de Coto con la esperanza de alcanzar pronto a su antagonista, que huía hacia Tucapel. Al llegar el día siguiente a orillas del río Chillán, supo por sus espías que las tropas enemigas se hallaban acampadas a corta distancia, en un sitio llamado la Vega de Saldía. Sin pérdida de tiempo reunió lo oficiales superiores, les dio las órdenes para los preparativos y a las dos de la mañana se puso en movimiento, marchó la caballería sobre los flancos

de la infantería y apoyando a ésta dos piezas. Desgraciadamente no se le ocultó al enemigo la aproximación de los patriotas y levantando el campo echó a huir. Iba a pasar el pequeño río de Chillán cuando los húsares, destacados por el General a todo escape, llegaron a tiempo de impedir el paso que los realistas quisieron forzar. Entonces se empeñó una pequeña acción, que los húsares no pudieron sostener largo tiempo por su reducido número, pero reforzados muy luego con las partidas de Arteaga y sobre todo con los cazadores del intrépido don Manuel Bulnes, dieron reunidos vigorosas cargas que introdujeron la confusión en las filas de los realistas, acabando por derrotarlos completamente con el auxilio de los demás escuadrones y del batallón número 3, que llegó todavía a tiempo de tomar parte en esta gloriosa victoria. Por una de esas casualidades, tan raras en semejantes circunstancias, la patria no tuvo que deplorar la pérdida de un solo hombre, mientras que el enemigo contó más de doscientos entre matados y ahogados, entrando en este número los famosos Rojas y Elizondo. Los prisioneros, entre los cuales se hallaban diecisiete ingleses de los presos por Benavides, ascendieron a muchos más, porque los fugitivos fueron perseguidos hasta la orilla del Laja. Los que pudieron salvarse, se dirigieron a la cordillera con Hermosilla y Pincheira, que no estaban ya en buena armonía, o bien en busca de los indios, los uno con Pico y Carrero y los otros, aunque muy pocos, con Benavides hacia Arauco. Algunos se presentaron a los patriotas y abasaron su causa, contándose entre ellos Neira, don José Antonio Sepúlveda, Peña, etc. Como éstos conservaban prestigio entre los realistas, el primero fue a Santa Juana a promover la desertión de los cazadores, que protegían unos cuantos soldados apostados en las inmediaciones y los demás a los alrededores de Arauco, centro principal de todas las combinaciones de Benavides.

Este sistema de guerra, que consistía en favorecer la desertión de los realistas y ganar los jefes de las montoneras, no tardó en ser la política de Prieto, como lo era ya la del intendente Freire. Salvo algunas excepciones, el partido contrario se componía de chilenos y era un deber de los oficiales superiores conservar la vida a sus desgraciados paisanos, a quienes una fidelidad mal entendida los comprometía a continuar defendiendo la bandera española. Con esta humanitaria intención organizó Prieto dos pequeñas divisiones y las envió a someter por medio de la persuasión los últimos restos de las montoneras. Una de ellas, fuerte de doscientos hombres, la puso al mando del capitán don Manuel Bulnes, que en la última refriega había dado brillantes pruebas de valor y de pericia y la otra, poco menos que insignificante, al de don Clemente Lantaño.

Éste, a quien hemos visto caer en poder de los patriotas en Huaraz y dedicarse desde entonces con celo a la defensa de su país, estaba de comandante de la frontera, para cuyo destino fue nombrado en reemplazo de don Santiago Urrutia. Su valor bien conocido y sus relevantes hechos mientras sirvió en el partido del Rey, le habían conquistado en éste, cierta superioridad y con ella algunas simpatías entre los soldados. Esto unido a que estaba emparentado con algunos jefes realistas, lo hacían muy apto para llenar las miras del gobierno en sus humanitarios proyectos de seducción. Luego que llegó a Valparaíso lo enviaron a Chiloé a que ganase al gobernador Quintanilla, su compadre, lo que de haberse conseguido hubiera

ahorrado las expediciones contra una provincia guerrera y muy adicta a su Rey, pero desgraciadamente Quintanilla, hombre honrado y de fe, lo recibió como a enemigo, obligándolo a que se devolviera, sin permitir que desembarcara y mucho menos oír las proposiciones de paz que iba encargado de llevarle. Este desgraciado principio de sus negociaciones no le impidió ofrecerse a entablarlas con otras personas, que le constaba eran menos incorruptibles que Quintanilla. Una de las que más importaba ganar era el famoso Bocardo, compañero suyo de la infancia, natural como él de la provincia de Concepción y jefe de la numerosa población de emigrados de Quilapalo, cuya mayor parte, cansados de la vida miserable que tenían, nada ansiaban más que volver a sus antiguos hogares. El general Prieto daba gran valor a la defección de este jefe y el principal objeto de la expedición de don Clemente Lantaño fue conseguirla. En sus negociaciones lo protegía el comandante Bulnes, el cual si bien tenía orden de proceder igualmente con política y moderación, estaba autorizado en caso de resistencia obstinada, para emplear los medios más rigurosos con objeto de obtener una sumisión completa. Su carácter bien conocido de militar valiente, justificado y leal, lo hacía muy apto para el desempeño de esta noble misión, por lo que Prieto lo eligió con preferencia, habiendo demostrado desde sus primeros pasos que era digno de ella.

Después de recorrer la extensa llanura del Laja, Bulnes fue a Nacimiento con su división muy aumentada y de allí salió el 22 de marzo para ir a dispersar en Mulchén un gran número de indios enteramente hostiles a la patria. Se hallaba don Clemente Lantaño en las orillas del río Biobío en tratos con Bocardo dispuesto completamente a rendirse, y Bulnes que lo supo, fue allá a unir su poderosa influencia en esta ventajosa negociación. A los esfuerzos combinados de estos dos respetables chilenos, la patria debió muy pronto poder contar aquel jefe realista entre sus hijos y en el número de sus defensores.

La defección de Bocardo produjo un efecto excelente. En primer lugar aumentó la desmoralización en el Partido Realista y además fue causa que la numerosa colonia de chilenos establecida en Quilapalo desde la retirada de don Francisco Sánchez, abandonase este lugar de destierro y volviese a sus casas, con la seguridad que todos serían mirados benévola y con indulgencia por el gobierno. Entre los nuevos pasados había muchos oficiales, soldados, curas, frailes y monjas. Hubo, sin embargo, algunos tan reacios que no quisieron rendirse y marcharon a refugiarse a Piule, adonde fueron a atacarles los soldados de Bulnes, viéndose precisados los unos a ganar la cordillera y los otros a reunirse a Pico, que estaba del otro lado de Purén.

Con esto la guerra quedó circunscrita al país araucano y sus habitantes hechos el juguete de los dos partidos, especialmente de los realistas, que no contaban más que con este débil recurso para sustraerse a la persecución activa e incesante de los patriotas. La influencia que ejercían en ellos los capitanes de amigos, afectos en general al principio monárquico y la no menor de los jefes europeos, que les habían inspirados un odio terrible contra los chilenos, tenía convertidas estas poblaciones en enemigos muy peligrosos, a quienes era necesario atraer, más con la astucia que con las armas. La política de Bulnes, que fue la que Freire y Prieto le recomen-

daron, consistió en introducir la perturbación en todas estas tribus y en procurar desunirlas y armar unas contra otras para someterlas a fuerza de cansancio y de arruinar su país. Hacía mucho tiempo que la patria contaba a su servicio al famoso Venancio Coyquepán, cacique de Malal, al que siguieron los caciques Ligenpi, Colimán, Cadín, Melipán, Paillaleb, Paylahuala y otros muchísimos. Oficiales tan valientes como Ibáñez, Salazar, etc., los llevaban en sus correrías para perseguir sin descanso a los caciques Colquemán, Maripil, Catrileu, Levilhuán y especialmente el famoso y temible Marilhuán, enemigo declarado de Venancio a quien siempre estaba desafiando, ya directamente, ya por conducto del intendente Freire²¹⁰, al que escribió muchas veces ofreciéndole una sumisión en que estaba muy lejos de pensar. Freire procuraba sostener correspondencia con los indios realistas para introducir en ellos la desconfianza y fomentar la desunión. Por este medio y con el auxilio de la poderosa espada de Bulnes, secundado por sus valientes oficiales, esperaba acabar con tantas rebeliones organizadas y destruir los últimos restos de los soldados y oficiales europeos.

Mientras eran perseguidos los fugitivos de la Vega de Saldía, el brigadier Prieto comunicó una orden al comandante de armas de Concepción para que hiciese una expedición contra Arauco y lo tomase. El coronel Rivero reunió al punto doscientos hombres al mando de Quintana y Ríos y los envió por mar en un bergantín mercante el *Brujo*, fondeado a la sazón en Talcahuano. Encontraron dificultades para el desembarque, por la mucha mar y porque algunas partidas de enemigos se presentaron a atacarlos, pero una vez vencidas, marcharon a Arauco, que encontraron casi desierto e incendiado. A los dos días llegó Benavides a las inmediaciones, acompañado solamente de algunos soldados y oficiales. Obligado a continuar su ruta, apostrofó al pasar al centinela, diciéndole que muy pronto habría noticias tuyas y en efecto volvió al cabo de una semana a la cabeza de una fuerte indiada con objeto de apoderarse de los caballos y hacer alguna tentativa para tomar la plaza. Pero Ríos, fortificado en el cerro Colocolo, resistió perfectamente todos sus ataques y viéndose Benavides en la imposibilidad de realizar su proyecto, se fue a Tucapel a convocar los indios con el fin de marchar otra vez sobre Arauco, punto que consideraba el de mayor importancia para sus operaciones futuras. Gracias a la habilidad que tenía para atraerlos pudo reunir bastantes, con los que sitió al comandante Ríos, lo estrechó por todos lados y probablemente lo hubiera obligado a rendirse a discreción, si la llegada de un buque mandado por el capitán Robinson, no lo hubiera sacado de una posición tan difícil y peligrosa.

Como Arauco había estado casi siempre en poder de los realistas, la perniciosa influencia de éstos se dejaba sentir en el alma crédula y vivamente interesada de los indios, razón por la cual, a pesar de las ventajas conseguidas por Ríos, era de temer que la presencia de Benavides en aquellos parajes y sus recursos tan ingeniosos como oportunos, hiciesen algún nuevo daño a la república. Para poner término

²¹⁰ El 23 de diciembre de 1822 le escribió que comprometiese a Venancio y a Ligenpi a reunir todos los indios y añadía. "Aunque es de tanta opinión eso es lo que yo solicito, pelear con un valiente como él y Ligenpi, aunque su campo de ellos es muy crecido, el mío es corto, pero gente aguerrida".

a este temor, se disidió el brigadier Prieto a ir a aquellos sitios a castigar a los indios, perseguirlos hasta Tucapel de la costa y reunirse con la división de Bulnes por Ilicura o Pangueco. Su división se componía de mil hombres aproximadamente, a saber, el regimiento de los cazadores de caballería, el batallón número 3 doscientos hombres del número 1 y cuatro piezas de montaña del número 4.

Esta expedición salió de Concepción en diciembre de 1821 y no tardó en llegar a Arauco, donde se detuvo algunos días para poner esta plaza en buen estado de defensa, yendo enseguida en socorro de Ríos, que estaba temiendo ser atacado por fuerzas muy superiores a las suyas. En el camino supo Prieto que los indios y montoneras estaban reunidos en un llano y en disposición de batirse. Su primer pensamiento fue sorprenderlos y para este efecto sus tropas marchaban a través de los bosques durante la noche, cuando al amanecer fueron ellas las sorprendidas, atacándolas en masa el enemigo en un momento en que la división no estaba preparada para hacer frente. Dos tenientes coroneles que seguían el ejército sin mando, Viel y Beauchef, se colocaron al punto el primero en la artillería y el segundo en el número 3 y gracias a algunas cargas, a algunos tiros de cañón bien dirigidos por el mayor Picarte y al fuego de los infantes, pudo contenerse aquella masa de indios y perseguirlos enseguida con intrepidez, a pesar de los peligros que ofrecía la configuración del terreno. El coronel Viel, sobre todo corrió un gran riesgo entonces, pero mucho mayor pocos días después, cuando lo engañaron unos indios que, con pretexto de negociar la paz, quisieron llevarlo del otro lado del río Lebu. Una mera casualidad hizo que en el momento de ir a pasarlo, retrocediese.

La división volvió a emprender la marcha y venciendo muchas dificultades y sosteniendo algunas pequeñas escaramuzas, fue a acampar a los llanos inmediatos a Tucapel, que estaban cubiertos de una hierba muy seca. Los indios, con su destreza acostumbrada, pusieron fuego a la hierba y a no ser por la presencia de ánimo del General en Jefe, que cortó el incendio mandando hacer fosos a toda prisa, su división lo hubiera pasado muy mal y acaso hubiese sido completamente derrotada. A través del espeso humo que se levantó, se veía a la masa de indios que avanzaba en orden y se preparaba para caer sobre los soldados, esperando sólo un momento de gran confusión, pero los fosos no sólo contuvieron el fuego sino, también, a los indios los cuales fueron despiadadamente metrallados y derrotados completamente. Sin embargo, viendo Prieto que no podía tener grandes resultados y que empezaban a escasearle los víveres dio orden de retroceder a Concepción y a su paso por Arauco dejó a Picarte de comandante de esta plaza y de toda la costa.

Benavides, que se retiró al Rosal se vio hecho el blanco de casi todo su partido. Uno de sus mayores enemigos era Carrero, a quien poco tiempo antes había querido fusilar y a quien perdonó la vida por la eficaz recomendación de su prima, que lo quería mucho y con quien iba a casarse. Desde sus últimas derrotas Carrero, entonces en Purén con Marilhuán, marchó a Tucapel para poder mejor desacreditarlo en el concepto de los suyos y deshacerse del él y gracias a un ardid de Ríos, arreció la desavenencia entre ambos con todo el odio de la felonía. Carrero lo acusaba de que estaba de acuerdo con los patriotas y para probarlo suplantó cartas

de Ríos que, conforme a los deseos de éste, cayeron en poder de los realistas. La credulidad de los indios, explotada por la ambición de Carrero, dio el último golpe a la autoridad de Benavides y si gracias a su previsor talento consiguió desarmar la cólera y escapar a los tiros de aquéllos²¹¹, no dejó de conocer que su presencia en aquel país, al cual por otra parte consideraba perdido para siempre, no podía durar mucho tiempo sin exponerse a los mayores riesgos. A cada momento descubría nuevos lazos tendidos por su enemigo Carrero o nuevas defecciones de sus soldados, que se pasaban a los patriotas. Las familias emigradas respondían al llamamiento afectuoso de éstos y abandonaban el destierro para volver a sus antiguos hogares. Un día, yendo el alférez Arévalo a Tubul a contener la salida de estas familias y llevarlas al campamento del Rosal, lo sedujo con todos sus soldados don Dionisio Aguayo y esta pequeña división retrocedió, no para ponerse a las órdenes de Benavides, sino para atacarlo y batirlo, debiendo éste a la casualidad el haber podido fugarse. Todo esto unido a la animosidad de los oficiales europeos y a la que le tenían los indios que lo acusaban de tantas desgracias, lo decidió a separarse de este teatro de discordia y a llevar su actividad y celo a un país mejor. En vez de ir a Chiloé, cuyo camino no ofrecía dificultad a pesar de que un buque estaba bloqueando el puerto de San Carlos, dirigió sus miras a Callao, prometiéndose poder incorporarse al ejército de La Serna, que estaba acampado en el interior de la cordillera. No teniendo ningún buque a su disposición, porque los que quedaban de los cogidos a los extranjeros habían sido quemados en Tubul inmediatamente después de la pérdida de Arauco, se confió a su buena estrella y se embarcó en una chalupa que había mandado arreglar, esperando tener la misma feliz suerte que tuvo Pico cuando hizo otro viaje en iguales circunstancias. Iban en su compañía su mujer, don Nicolás Artiga, su secretario el alférez don José María Jaramillo, tres soldados y el genovés don Mateo Martelli, que hacía de piloto. Aunque no grande la comitiva, la embarcación era tan pequeña que a los pocos días, al llegar a la altura de Topocalma, empezaron a escasear los comestibles y a faltar completamente el agua. En tal conflicto, resolvieron acercarse a la costa para proveerse de los artículos de primera necesidad. El soldado González fue enviado solo, yendo en una balsa hecha con los pellejos que servían para el agua. Llevaba orden de examinar la localidad y preparar los ánimos con el único objeto que les llevaba allí, pero sea que no le gustase la vida de aventurero, sea que estuviese ganando por algunos de los que iban a bordo, como todo induce a creerlo a pesar de la dificultad que tenían para tramar un complot, lo cierto es que en cuanto saltó a tierra, fue a declarar que Benavides estaba en la embarcación, manifestando al mismo tiempo la posibilidad de apoderarse de él.

El terror que este jefe realista había infundido en todo el país, reunió bien pronto en los alrededores muchos hacendados, dispuestos a intentar este gran gol-

²¹¹ Entre los lienzos cogidos en los buques, había uno en que estaban pintados unos soldados y unos turcos y cuando los indios se acercaron a Benavides les dijo que los engañaban, que muy pronto iban a llegar muchas tropas que le enviaba el Rey y enseñándoles la pintura les hizo creer que era aquél el uniforme que llevaban y el que debían darles a ellos.

pe de mano. De acuerdo con González, estuvieron escondidas todas estas personas en las inmediaciones de la playa y no salieron hasta que al llegar la víctima a la primera casa, cayeron sobre ella y la sujetaron. Benavides no pudo hacer ningún género de resistencia, a pesar que conocía su posición y la desgraciada suerte que le esperaba. Atado de pies y manos lo llevaron a Santiago en compañía de sus subalternos y a los pocos días fue entregado a la justicia. Convicto de los crímenes más atroces que las leyes de la guerra ni justifican ni toleran, fue condenado a la pena de horca y la sentencia se ejecutó el 23 de enero de 1822 en la gran plaza de la Independencia. Para intimidar a las numerosas montoneras que tenían infestada la Araucanía, su cabeza y miembros se pusieron a la expectación pública en los sitios en que había cometido sus mayores crímenes, es decir, en Concepción, Santa Juana, Tarpellanca, etc., y su cuerpo, reducido a cenizas, fue arrojado al viento en el llano de Portales. Tal fue el destino de este hombre, que de simple criado llegó a representar el poder real en los estrechos límites de su territorio, acabando con una muerte degradante, que la casualidad le había salvado muchas veces después de mil peripecias de una vida agitada y siempre rodeada de peligros. Su edad era entonces de cuarenta y cuatro años.

Después de la salida de Prieto, Picarte, que había quedado de único comandante de Arauco y toda la costa, se ocupó en poner en ejecución, lo mejor que pudo, las instrucciones de su General, reducidas a fomentar la desunión entre los indios y favorecer el regreso de los desterrados a sus hogares. Sobre todo le preocupó mucho la suerte de las monjas trinitarias e hizo los mayores esfuerzos para reducir las a que volviesen a Concepción, cuyos habitantes las llamaban con el mayor ahínco.

Hacia cuatro años que faltaban de esta ciudad. Salieron con Sánchez cuando éste huyó a Valdivia y no pudiendo llegar al término de su viaje tuvieron que volver por el lado del río Lebu y esperar allí su nuevo destino. Eran treinta con doce criadas y construyeron una gran cabaña, en la que, y al final de un largo corredor, estaba una hospedería servida por cinco hermanos que se habían quedado con ellas. Tenían además un provisor y hubo cuatro familias bastante afectuosas para vivir en su sociedad y hacerles más llevadero su triste aislamiento y el peligro continuo en que estaban, a pesar de las recomendaciones de Benavides y de que en un principio se les puso una guardia de dos oficiales, un cabo y cuatro soldados chilotes. Su posición era tan penosa como desgraciada. Aunque tenían hecho voto de no salir del convento, se veían en la necesidad de faltar a él para ir ya a misa, a la que asistían la mayor parte de las veces tapadas, ya a las chozas de los indios, únicos que podían suministrarles víveres en cambio de objetos que pedían prestados a sus vecinos, pues Benavides las abandonó a sus propios recursos, que eran cada día más escasos y difíciles. Afortunadamente no faltaron personas caritativas de Lima que hiciesen para ellas una cuestación, cuyo producto se setecientos pesos lo empleó el comisionado de la misma, don Pedro Hurtado en comprar zapatos, ropa para su uso, añil, chaquiras y otros objetos propios para excitar el deseo de los indios, que eran los que les suministraban algunos víveres. En este estado de miseria vivieron estas desgraciadas víctimas de las órdenes de Sánchez, cambiando de localidad con bastante frecuencia según los caprichos de Benavides, o según

el temor que volviesen a Concepción, o que se las llevasen los patriotas de Ríos. Últimamente vivían al sur del río Lebu y sitio llamado Manzanal del Rosal, pero después de la fuga de Benavides, Carrero las estableció en Pehué, desde donde empezaron a corresponderse con Picarte, reclamándole su protección y pidiéndole que favoreciese su regreso. Carrero mismo, a impulsos de su conciencia alarmada, habló en su favor a los caciques, haciéndoles comprender que puesto que no prestaban ninguna utilidad en aquellos contornos valía más dejarlas ir a Arauco. Al fin Picarte consiguió apoderarse de ellas y quitarlas del medio de los araucanos para llevarlas con todos los miramientos debidos a su edad y a su santa misión. Los habitantes de Concepción salieron en tropel a la orilla del Biobío a recibir las y acompañarlas a la ciudad, a la que llegaron en procesión y en medio del regocijo general de la población entera.

A poco tiempo se hizo otra buena conquista para la república, que fue la sumisión de Carrero, el cual se pasó a los patriotas, arrastrando tras sí otras muchas personas, dispuestas como él a volver sus armas contra el partido que abandonaron. El cura Ferrebú, a pesar de los consejos y esfuerzos de Carrero, no podía olvidar la muerte violenta de su hermano, para pasarse al partido de los que llamaba sus asesinos. Persistió, como otros muchos adversarios, en hacer la guerra a su país y conforme a los deseos del chilote Melchor Mansilla, se puso a la cabeza de los cortos restos de la división de la costa, con la firme resolución de sostener hasta el último momento la causa de su Rey.

Cuando el ejército caminaba a Arauco corrieron entre las tropas rumores de revolución en la provincia de Valdivia, rumores cuya verosimilitud se negó, pero que fueron confirmados en Concepción por un oficio del gobierno, reclamando al coronel Beauchef para que fuese a reparar los malos resultados de aquélla.

Beauchef, como hemos visto, había sido el pacificador de la provincia de Valdivia, primero con su magnífica victoria del Toro y después poniendo orden en los diversos ramos de la administración, así civiles como militares. A él se debió además la sumisión de los indios de las tribus de Moquegua, Boroa y sobre todo de Pitrufquén, cuyo cacique Calfullevu tenía gran reputación por la gordura y singular deformidad de su cuerpo, signo para ellos de sus relaciones con sus dioses y verdadero ideal de su gran machi. También se apoderó del famoso misionero Varela, religioso muy influyente entre los indios, así como en la gran montonera organizada por Palacio, tan perfectamente que por ella se comunicaban los ejércitos de Benavides y Quintanilla.

A pesar de tan importantes servicios que demostraban, no sólo valor y talento militar sino mucho tacto, el gobierno lo reemplazó con el teniente coronel Letelier, porque éste pertenecía al cuerpo de ingenieros y la importancia de la plaza y sus fortificaciones exigían un oficial de su clase. Beauchef obedeció con cierto despecho a las órdenes del Director y, aunque sus intereses lo llamaban entonces a Santiago, para donde pudo encaminarse inmediatamente, cedió a las instancias de su sucesor y se quedó algún tiempo para enterarlo de todo lo relativo a sus deberes y organizar en los llanos algunas compañías de milicianos con que hacer frente a las amenazas de Quintanilla, de quien se sabía por una carta interceptada, que iba



CAMINO DE VALPARAISO À SANTIAGO.

a invadir la provincia. El capitán Isla se había aproximado ya a las haciendas de Osorno y quitado gran número de bueyes, que pudieron recobrase, gracias a las diligencias que se hicieron para perseguirle.

Desgraciadamente los buenos oficios de Beauchef para con Letelier no pudieron ponerlo al abrigo de las justas recriminaciones que le dirigían tanto los habitantes como los militares a causa de su mal modo de proceder en todo, sugerido por el capricho de una mujer con quien vivía. Beauchef le hizo varias reflexiones y le contaba cuanto oía, pero viéndolo cada vez más sumiso a la voluntad imperiosa de aquella mujer, creyó que no debía insistir en sus observaciones y se embarcó en un buque extranjero que le llevó a Valparaíso.

Luego de que Letelier se quedó solo en Valdivia, no tardó en ser odiado por todos sus habitantes. Tanto como Beauchef era querido de las tropas, tanto era detestado el nuevo gobernador, y a tal punto subió el odio, que en un momento de terrible ira los sargentos lo asesinaron en una revolución, así como a los oficiales que quisieron defenderlo. Este crimen atroz, cometido en Osorno, era el que Beauchef tenía encargado de averiguar y castigar.

La empresa no se presentaba muy fácil, porque los sargentos autores de la revolución se habían nombrado a sí mismos oficiales y era de absoluta necesidad proceder con ellos más política que militarmente. O'Higgins al echar mano de Beauchef supo muy bien lo que hizo. Había tenido muchas ocasiones de apreciar su valor, su lealtad y su bello carácter, por lo que era el ídolo de sus soldados. Las comunicaciones de Valdivia coincidían en que toda la guarnición había tomado parte en el motín, por lo cual era de suponer que sostendría como hecho consumado los cambios verificados. Felizmente el Gobernador que los sublevados nombraron, don Jaime Guarda, perteneciente a las primeras familias del país, honrado, si bien ambicioso de gloria, consiguió a pesar de su carácter débil, conservar la tranquilidad de la provincia, prometiendo a todos los oficiales que se les conservarían sus grados y para que los soldados no se sublevaran, cosa que querían hacer a cada momento, reunió una junta, la cual acordó levantar un empréstito de cuatro mil onzas en plata de chafalonía, con que se acuñaron pesos de una cuarta parte menos del valor legal, lo que desaprobó el gobierno. Con la promesa de Guarda, que éste tuvo la candidez de creer, todo entró en orden. Las administraciones siguieron su marcha ordinaria, los soldados desempeñaron exactamente sus deberes y cuando Beauchef llegó, los principales jefes del motín fueron a visitarlo como lo hubieran hecho si fuesen oficiales nombrados legalmente. Beauchef procuró recibirlos de modo que no infundiese la menor sospecha sobre sus intenciones. Les hizo algunas reconvenciones por todo lo que había pasado, pero añadiendo que esperaba lavarían esta sensible mancha con su buena conducta en Chiloé, adonde iba a llevarlos para conquistar este último rincón del poder español. Contando con la gran influencia que ejercía en sus antiguos soldados, arrestó, antes de desembarcar a dos de los principales jefes, Silva y Rubio, que estaban dispuestos a rebelarse contra él y pocos días después de llegar a Valdivia hizo lo mismo con los demás. A los principales los sentenció el consejo de guerra a ser fusilados y a los otros los envió a Valparaíso a disposición del gobierno.

Con estas útiles medidas, la guarnición de Valdivia quedó casi limpia de todos los oficiales asesinos que fueron reemplazados por los que Beauchef llevó, los cuales bien pronto hicieron entrar en orden a algunos revoltosos, que aún se atrevían a levantar la cabeza. Con objeto de ocupar a los soldados, Beauchef proyectó una expedición contra Palacio, jefe de la montonera que tenía en movimiento todas las tribus del norte de Valdivia y el 15 de diciembre de 1822 se puso en marcha con quinientos infantes y cincuenta caballos. A medida que penetraba en la tierra de los indios, se le presentaban los caciques a hacer su sumisión franca o simulada. Hubo muchos encuentros de poca importancia, pero al llegar a Donguil le llevaron al famoso Caleufú, cacique de reputación, agente indispensable de los proyectos de Palacio, para quien fue grandísima pérdida. El mismo Palacio no tardó en ser víctima de su confianza en estos indios. En cuanto Beauchef se hizo dueño del Malal, de Boroa y de todo lo que allí había, envió a buscar por un machi al cacique Melalicán y le ofreció devolverle sus mujeres, hijos y propiedades si le entregaba a Palacio. Aceptada la proposición, este jefe fue entregado quince días después a la justicia, que lo condenó a muerte, junto con algunos de sus cómplices. Así acabó esta montonera que por mucho tiempo había ejercido sus estragos en los alrededores de Valdivia y servido de comunicación entre los ejércitos de Benavides y Quintanilla. Desde entonces pudieron establecerse las comunicaciones entre Valdivia y Concepción y los indios sometidos casi todos, sólo se manifestaron hostiles en las inmediaciones de Purén, donde los animaba la presencia de Pico, Ascencio y Senosiaín y otros jefes.

CAPÍTULO LXI

Espíritu de oposición a la administración ilegal de O'Higgins. Descontento contra el ministerio de don José Antonio Rodríguez y obstinación de aquél en conservarlo. Desavenencia entre los ministros Rodríguez y Zenteno. Es nombrado éste gobernador de Valparaíso, quedando aquél de jefe casi único de todos los ministerios. Exigencia del pueblo para la reunión de un congreso y manejos del gobierno a fin de que saliese nombrado a su gusto. Instalación del Congreso y censura que excita el nombramiento del suplente don Agustín de Aldea. Los miembros del Congreso traspasan sus atribuciones y promulgan una constitución favorable al gobierno. Los habitantes protestan contra esta Constitución. El general Freire vuelve a Concepción donde organiza una asamblea pronta a obrar. La provincia de Coquimbo sigue su ejemplo y toma la iniciativa armada. Don J.M. Irrarrázaval marcha sobre Santiago a la cabeza de algunos milicianos. Los habitantes de dicha ciudad se reúnen en Cabildo Abierto. O'Higgins, sin más que presentarse en los diferentes cuarteles, recobra el amor de sus soldados, que estaban medio sublevados y marcha a la plaza. Instado por sus amigos para que fuese al Consulado, donde se hallaba reunido el pueblo, se decide a ir y después de algunas contestaciones, abdica al poder. Parte para Valparaíso y llega al mismo tiempo que Freire, quien lo manda arrestar para sujetarlo a un juicio de residencia. A los seis meses sale para Lima. Digresión sobre su administración.

Mientras el furor de las guerras del sur tuvo ocupados los ánimos de las principales familias de Santiago, la autoridad de O'Higgins fue respetada y sus actos, recibidos sin ponerles obstáculos ni casi censurarlos, prepararon al país los elementos de una prosperidad, sino inmediata, al menos segura. Porque no es al día siguiente de una revolución social, que ataca todos los intereses y agita las pasiones, cuando un país puede reponerse y volver a su estado normal, especialmente si está aún en su infancia política y es del todo extraño a nuestras revoluciones y a las combinaciones que las dirigen. Las personas interesadas en el orden lo comprendieron muy bien y esperaron, pero los que tenían que vengar ultrajes o satisfacer una ambición, aprovecharon la calma que había en el teatro de la guerra, para minar el poder existente y revivir los antiguos partidos recordando actos de sensible serenidad y descorriendo el velo a conclusiones que desgraciadamente habían sido de demasiado bulto y bastante públicas para que pudiesen ser más tiempo toleradas.

Por otra parte, en el estado de continua crisis en que se encontraba el país, O'Higgins se creía el genio providencial de su destino y el único capaz de organizarlo y dirigirlo. Los seis años que llevaba en el poder sin una oposición formal, lo habían hecho concebir de sí mismo una opinión, confirmada por otra parte por los grandes e incontestables servicios que había hecho a la independencia y por el talento de que había dado pruebas, no sólo como general valiente y decidido sino, también, como administrador inteligente, laborioso y animado de las mejores intenciones. En este convencimiento y movido del deseo de los adelantos de su patria, llevó en su conducta de los seis años la mira de conservar el poder, sustituyendo alguna vez su voluntad a la autoridad de las leyes, que creía del todo impotente para la situación y para el nuevo estado constitutivo del país y haciendo que todo convergiese a él como eje central de una administración, que estaba muy mal organizada y cuya dirección quería asegurar por largo tiempo para sí.

Esta manera de proceder no podía convenir de manera alguna a un pueblo entregado todavía a los partidos y que habiendo conquistado la independencia política, le restaba conquistar la independencia civil, último término de toda revolución. A poco que O'Higgins hubiese reflexionado en que la desconfianza es compañera inseparable de la libertad cuando ésta es naciente y aun mal entendida, seguramente que no hubiera seguido semejante conducta y que se hubiera doblegado a las necesidades del momento. Por desgracia estaba muy pagado de sus servicios y que era muy necesario en el poder y creyendo posible fijar la opinión y dirigirla, se hizo sordo a los consejos de sus amigos, despreció las murmuraciones de verdaderos patriotas a quienes de ninguna manera podía confundir con sus enemigos los carreristas y usurpó más y más e instintivamente la soberanía, en la persuasión de que obraba en el círculo de sus atribuciones, al menos según el espíritu de la Constitución de 1818, hecha para él y conservada a despecho de casi todo el mundo.

Había pasado la época en que el pueblo era todo adhesión y amor al que le gobernaba. Discutidos los principios de libertad, como ya hemos dicho en los papeles públicos, en los campamentos, en las plazas, proclamados algunas veces desde el púlpito, cada habitante era un partidario de la causa pública y defensor acérrimo de cuanto podía interesar a la nación. Así fue que cuando se oyeron gritos contra el poder ilegal del dictador y contra la arbitrariedad de sus actos, el pueblo se asoció a ellos, creyendo como los promovedores, en una próxima era de los césares y pidiendo en alta voz y con vehemencia la abolición de la Constitución de 1818 o al menos que se modificara de modo que fuese la expresión de un derecho legal, establecido por la voluntad de todos.

Se encontraba entonces el gobierno bajo la influencia activa del Ministerio de Hacienda y este ministerio lo desempeñaba don José Antonio Rodríguez, hombre de un talento reconocido y positivo, que había representado gran papel en el Partido Realista, ya como principal consejero de Gaínza en el famoso tratado de Lircay, ya como fiscal de la Real Audiencia, etc., durante el mando de Marcó. Aunque aceptó lealmente la revolución, estaba tachado de realismo y esto le atrajo algunos enemigos hasta entre los partidarios mismos del gobierno.

O'Higgins tenía demasiada confianza en el poder de la revolución para formar juicio desde este punto de vista de los hombres de talento de su país. Además, ¿no había hecho Rodríguez algunos servicios a los patriotas, aun a riesgo de su persona en tiempo de la administración de Marcó²¹² y no era de suponer por lo tanto que jamás había abdicado su cualidad de verdadero chileno y que sólo un extravío le lanzó al partido contrario? Sea lo que quiera, al cabo de unos meses, O'Higgins estaba tan contento de su elección, que de interino que era, lo nombró propietario y Rodríguez no tardó en ser su amigo íntimo y el consejero de su mayor confianza.

Desgraciadamente Rodríguez, al lado de sus buenas cualidades de hombre laborioso y entendido, tenía un carácter terco e independiente además una afición al dinero que lo metió con algunos amigos suyos en un laberinto de especulaciones ilegales, de las que no tardó en enterarse el público y con lo que fue objeto de grandes y justas murmuraciones. Quizá las disidencias que a los pocos meses estallaron entre él y el ministro Zenteno tuvieron su principal origen en estas inmorales especulaciones, disidencias que de tal modo agravaron su posición que O'Higgins se vio obligado a separarlo del ministerio, al menos momentáneamente, diciendo que tenía necesidad de enviarlo a Lima a arreglar ciertos asuntos relativos a la marina chilena y a la guerra que continuaba en aquel poder. Esto no fue más que un pretexto para engañar a Zenteno, porque a los pocos meses nombró a éste gobernador de Valparaíso y Rodríguez volvió a su ministerio, encargándose además de la guerra, con lo que llegó a ser el eje principal de la administración de O'Higgins.

Fue éste un acto de doblez escandaloso. Todo el mundo se indignó y el nombre de Rodríguez se hizo aún más odioso a las poblaciones y al ejército. En todas partes se oía el clamor de una oposición amenazadora contra la administración presente y las quejas recaían sobre el Director, cada vez más obstinado en sostener a su Ministro, dando así pábulo a la maledicencia, que le acusaba de solaridad en los manejos de aquél. Con este motivo se dirigieron nuevos ataques a la legalidad de su poder, se le recriminó por el rigor que había usado en ciertas circunstancias y se exigió la pronta convocación de un congreso para salir, decían, del estado de incertidumbre en que se hallaban como resultado de todas sus arbitrariedades.

El ataque estaba fundado esta vez en razón. No eran sólo los carreristas los que pedían reformas y la reunión de un congreso sino los partidarios mismos de O'Higgins, deseosos como los demás de ver establecido en su país un verdadero gobierno representativo con todas sus garantías de libertad e intervención y basado en la soberanía del pueblo, única capaz de consolidar la independencia y organizar con acierto y moralizar las administraciones fiscales, que habían estado mucho tiempo a merced de los hombres y de las cosas.

En estas serias demostraciones vio O'Higgins que su autoridad empezaba a caer y conoció que si no cedía a los votos de la nación, acabaría por perderla. Ade-

²¹² “Marcó formó un sumario secreto de mi conducta con oficiales de Talavera y con él informó al Rey por triplicado de mi insurgencia y venalidad; pasó también un tanto a Abascal, pero felizmente fue arrojado al mar con toda la correspondencia cuando el buque cayó prisionero de la escuadrilla de Buenos Aires que bloqueaba el Callao”. Rodríguez, *Satisfacción pública*, p. 71.

más, le contentaba mucho dividir el peso y la responsabilidad de su gobierno con una asamblea de hombres patriotas y probos y para satisfacer este deseo que era el de todos los partidos, publicó un manifiesto el 7 de mayo de 1822, en que convocaba una convención preparatoria en orden a la creación y organización de una corte de representantes, haciendo notar entonces que el país estaba lleno de gloria y triunfos

“era necesario aplicar remedio a males envejecidos, pesar y aumentar nuestros recursos, consolidar el crédito, reformar nuestros códigos acomodándolos a los progresos de la ciencia social y al estado de la civilización del país, circunscribir útilmente la autoridad dentro de ciertos y seguros límites, que sean otras tantas garantías de los derechos civiles y den al poder público todas las facilidades de hacer el bien, sin poder dañar jamás”.

Enseguida, no teniendo la nación ninguna ley sobre el modo de constituir la asamblea y estando legalmente disuelto el Senado por ausencia y renuncia de la mayor parte de sus individuos, se consideró autorizado para disponer la forma de la elección. En consecuencia dio un decreto mandando que las municipalidades de las capitales o partidos de las provincias y en su defecto los tenientes gobernadores, reuniesen los principales habitantes para elegir por cada una un diputado, que había de ser precisamente oriundo o vecino del partido, tener más de veinticinco años y poseer una propiedad cualquiera, inmueble o industrial. Las mismas municipalidades debían conferir “a los electos poderes suficientes, no sólo para entender en la organización de la corte de representantes sino, también, para consultar y resolver en orden a las mejoras y providencias, cuyas iniciativas les presentara el gobierno”.

Desgraciadamente O’Higgins al mismo tiempo que reconocía la necesidad de una asamblea que satisficiera la expectativa de la nación y lo que ésta tenía derecho a esperar de ella, trabajaba, si no para eludir el principio, al menos para violarlo.

Persuadido siempre de los peligros que surgirían si abandonaba el poder en unos momentos en que la gran agitación de los partidos podía arrastrarlos a una guerra civil, procuró por medio de torcidos manejos, por desgracia muy comunes en todos los países y en semejantes circunstancias, dirigir las elecciones en utilidad de la administración existente, repartiendo circulares en que se designaban las personas que quería se nombrasen. Los gobernadores y los miembros de las municipalidades, deseando cumplir por simpatía o por deber las órdenes del Director, su jefe o su amigo, emplearon su no corta influencia en el nombramiento de los diputados y casi todas las personas recomendadas fueron elegidas con gran escándalo de los enemigos del gobierno y de la gente sensata, bastante sencilla en aquella época para creer en la posibilidad de una elección espontánea y sin influencia. A pesar de esto, la oposición no se movió y permaneció muda, esperando la apertura del Congreso a fin de presentarse robusta y atacar los primeros trabajos de una asamblea, que llevaba consigo el germen de una gran debilidad, tanto por la irregularidad de su origen como por la escasez de conocimientos de los diputados para alimentarla y defenderla.

La apertura se verificó el 23 de julio de 1822 con gran ceremonia y al ruido de las campanas y de las salvas de artillería. O'Higgins, ocupando la presidencia, abrió la sesión con un discurso en que excitó a los diputados a llenar con celo y exactitud su misión tan difícil como importante, manifestando al mismo tiempo la esperanza que abrigaba de ver desaparecer ante su experiencia y la armonía de sus trabajos, el espíritu de pasión que tanto había perjudicado al primer congreso. Enseguida hizo que se nombrasen un presidente y un vicepresidente, que fueron don Francisco Ruiz Tagle y don Casimiro Albano y entregando al primero una memoria, marchó a su palacio acompañado de algunos diputados, a esperar los resultados de lo que en ella proponía.

En la memoria hacía dejación O'Higgins de sus títulos de director y suplicaba al presidente que la Cámara nombrase otro para entrar de una vez en las vías de regularidad, que el estado del país y las circunstancias no habían permitido hasta entonces. Como todo el mundo esperaba, la Asamblea se apresuró a devolverle sus insignias, con gran satisfacción de los habitantes a pesar de que el partido de la oposición atacó este nombramiento, avanzando hasta decir que aquélla no tenía derecho para hacerlo y que además la dimisión de O'Higgins había sido una fingida modestia para engañar a sus conciudadanos y afianzar su poder.

Al estar el país bien constituido y funcionando las diferentes máquinas de las principales administraciones con arreglo a los principios legalmente establecidos y a las leyes escritas, sin duda que semejante renuncia hubiera sido ilegal y la Asamblea, como convención solamente preparatoria a todas luces incompetente para aceptarla y mucho más para hacer una reelección. Pero las circunstancias eran tan precarias, tan irregulares, la época lo era de una infancia tan turbulenta, que O'Higgins depositando sus insignias en manos del presidente, creyó ver en la Asamblea, sino la expresión de la voluntad del pueblo, al menos la del cuerpo municipal, órgano del mismo pueblo y tenido desde la conquista por el verdadero tutor de sus intereses. Partiendo de este principio, que hoy en que todo marcha con método gracias a las leyes orgánicas trabajosamente elaboradas no tendría un solo partidario, la Asamblea se creyó autorizada para abordar y discutir las cuestiones más graves y de mayor importancia, de manera que de provisional que era, se elevó al rango de legisladora y acabó siendo constituyente con asentimiento de casi todos los diputados. Sólo dos o tres protestaron contra este abuso y estuvieron firmes en su convicción, a pesar de los discursos que se pronunciaron por hombres de talento y especialmente por el célebre don Camilo Henríquez, alma de la revolución chilena y ahora uno de los más celosos promovedores de tamaña usurpación.

Pero si acerca de este punto hubo casi unanimidad en la Asamblea, no sucedió lo mismo con ciertas personas, que solo veían en todo esto el deseo de O'Higgins de aprovechar aquel cuerpo, compuesto de muchos amigos y protegidos suyos, para legalizar sus actos y perpetuar su presidencia a expensas de la soberanía nacional. La oposición, pues, levantó la cabeza, se presentó en actitud amenazadora y esperó un pretexto para lanzarse a la arena. Este pretexto, como sucede siempre, no tardó en ofrecerse.

Entre los suplentes de los diputados que por ausencia o renuncia faltaban del Congreso, vio el público con cierta repugnancia el nombre de don Agustín de Aldea, antiguo realista, oficial en otro tiempo de Benavides y acusado de muchos desmanes, entre otros, de haber tenido parte en el incendio de Los Ángeles de cuyo distrito era precisamente representante. Aunque había jurado hacía mucho tiempo sus pasados errores y demostrado o querido demostrar en un escrito su inocencia en el incendio de Los Ángeles y el amor patrio que lo dominaba así por inclinación como por principio, el parentesco inmediato que lo unía con el ministro Rodríguez lo hizo aún más odioso y atrajo sobre la Asamblea un descrédito que no tardó en revelarse en ataques apasionados y significativos. Esto no obstó para que continuase infringiendo su mandato y votando leyes orgánicas y hasta fundamentales, pues promulgó una constitución que no hubo tiempo ni de meditar ni de discutir.

Esta Constitución fue, como se esperaba, completamente favorable al gobierno y en particular a O'Higgins, que estaba elegido por seis años con una prórroga de cuatro, decretada por el mismo Congreso. Éste se componía de diputados cuya elección era de tres grados, en el primero el nombramiento se hacía directamente por los gobernadores y municipalidades, en el segundo a la suerte en la proporción de uno por cada mil almas y en el tercero en escrutinio secreto por los electores que designase la suerte. Con esta combinación, fruto de las vigilias de don Camilo Henríquez y algunos amigos suyos, el gobierno tenía casi asegurada la elección de los diputados por medio de la poderosa influencia de los gobernadores y alcaldes encargados de nombrar los primeros electores. A mayor abundamiento, para que el Congreso no pudiese ser arrastrado por las facciones y pasarse a la oposición, se le puso el contrapeso de un senado compuesto de siete diputados, elegidos en asamblea permanente con el nombre de Corte de Representantes, varios generales, el Obispo, los ministros y otros muchos funcionarios identificados con la causa del Director y por consiguiente dispuestos siempre a sostenerlo.

Aunque con motivo de esta Constitución se dio una amnistía que alcanzaba a casi todos los presos políticos y la ley fundamental recibió la sanción del pueblo, pues tuvo buen cuidado el gobierno de depositarla en las municipalidades para someterlas a la aprobación general, pareció tan incompatible con las ideas que se tenían de la soberanía del pueblo, que unas sencillas observaciones bastaron para despertar las pasiones y propagar el incendio por todo el país. Santiago tomó, como de costumbre, la iniciativa del levantamiento, pero mientras que en aquella ciudad sólo se oían murmuraciones, la provincia de Concepción se preparaba a obrar, dispuesta a echar por tierra la nueva Constitución y el poder arbitrario que le había inspirado.

Por entonces llegó a esta provincia el intendente Freire de vuelta de un viaje que había hecho a Santiago, en busca de recursos para su ejército, que se encontraba de mucho tiempo atrás desprovisto de todo. Antes de emprender este viaje no estaba ya, en muy buenas relaciones con el ministro Rodríguez y en el tiempo que se detuvo en la capital, su desvío se impregnó de todo el odio que tenía a aquél el público, siempre dispuesto a creer sus dilapidaciones. Por otra parte, fue testigo del descontento contra O'Higgins por la obstinación en conservar a su ministro, lo

cual unido a la arbitrariedad de sus actos le hizo entrever la próxima caída del Director y acaso despertó su ambición que ciertamente no tenía antes de su partida. Sea de esto lo que quiera, decidido, a su llegada a Concepción, a tomar parte activa en el gran pronunciamiento proyectado, provocó una asamblea popular que en representación de toda la provincia legalizase los actos subversivos que meditaba y el 8 de diciembre de 1822 esta Asamblea, completamente constituida, celebró su primera sesión bajo la presidencia de don Esteban Manzano²¹³.

Para darle cierto aire de justicia y legalidad se levantó un acta de la instalación, que se envió al Director, echándole en cara el estado de miseria en que se encontraba la provincia de Concepción y más particularmente el ejército, que había sufrido toda clase de privaciones, aunque siempre al frente de un enemigo, al que por motivos culpables se había tenido cuidado de dejar escapar. Se le censuraba además por el vicio de que adolecía el nombramiento de los diputados, hecho con el objeto de perpetuar su mando, razón por la cual era ilegal y nula la Asamblea y se concluía suplicándole que le disolviese y se nombrase otra, fundada en elecciones en que presidiera la libertad y la moralidad.

El brigadier Freire, instigador principal de esta cruzada, procedió como político hábil y respetuoso. Al día siguiente hizo su sumisión a la Asamblea y le envió todos sus despachos civiles y militares que los individuos de aquella le devolvieron,

“reservándonos, decían, al conocimiento de los grandes asuntos políticos que han motivado nuestra reunión, la facultad de nombrar el que debe sustituir a V.S. en el poder judicial y mando de la hacienda cuando haya de ausentarse de esta capital por asuntos de guerra y la de decidir en toda clase de asuntos que en grado de apelación se eleven a esta Asamblea”²¹⁴.

A los pocos días lo autorizaron para hacer un empréstito en víveres y dinero, recomendándole que lo exigiese de los enemigos de la independencia y de los de la causa actual. Esto fue comenzar el ataque por exacciones a los amigos y partidarios de O’Higgins y continuar la aciaga política de la época, origen de tantos y tan sensibles ejemplos de represalias que llevaron la desolación a todos los partidos, a los realistas como a los liberales de todos los matices, que contribuyeron poderosamente a sumergir las provincias en el estado de miseria en que se hallaban y que no aprovecharon ni para la consolidación de ningún partido ni para el porvenir del país.

En cuanto O’Higgins supo por los diferentes correos que desde Chillán le envió don Ramón Lantaño, la formación de la nueva asamblea y las hostiles intenciones que manifestaba contra su autoridad, escribió al presidente, expresándole su sorpresa por semejante conducta, cuyos motivos ignoraba. Tan lejos se hallaba

²¹³ Se componía don Esteban Manzano, don Francisco de Binimelis, don Pedro José de Zañartu, fray Pablo Rivas, don Julián Jarpa, don José Salvador Palma, don Félix A. Vásquez de Novoa, don Fernando Figueroa, don Gregorio Moreno, don Juan Castellón y don Pedro José del Río, secretario.

²¹⁴ Contestación de la Asamblea al mariscal don Ramón Freire. Archivos de Concepción.

de pensar en un proyecto de insurrección, que tres días después, es decir, el 30 de diciembre, le propuso el nombramiento por una y otra parte de plenipotenciarios para que se entendiesen y cesara el motivo de sus disensiones. Al mismo tiempo se quejaba que el capitán Borcosque había empezado las hostilidades apoderándose en la ribera norte del Maule del oficial Callejas y de varios útiles de guerra, queja que no fue atendida, porque el mismo Callejas fue el que, faltando a sus deberes, provocó la medida con sus intrigas. En cuanto a la proposición de los plenipotenciarios, fue aceptada y se señaló para su reunión el 22 de enero de 1823, pero no en Talca como había resuelto O'Higgins, sino en la isla de Duao en el río Maule. Los del Director fueron don José Gregorio Argomedo, don Salvador de la Cavareda y don José María Astorga, los de Concepción los individuos de la asamblea don Esteban Manzano, don Pedro José de Zañartu y don Pedro José del Río.

A pesar de todos estos preliminares de avenencia, la asamblea de Concepción se preparaba para oponer una resistencia firme y decidida a cualquier fuerza que quisiese atacarla o bien para tomar la iniciativa de la agresión. Con este objeto aumentó Freire las compañías de dragones de la frontera con otro escuadrón que denominó dragones de la libertad y para seguir una marcha regular, sometió el nombramiento de los oficiales a la aprobación de la Junta. Estas tropas fueron destacadas con algunas otras a las riberas del río Maule a fin de impedir el paso a las de O'Higgins y auxiliar a los subdelegados, encargados de vigilar a las personas influyentes del contorno, que pudieran entrar en comunicación con ellas y de enviarlas inmediatamente a Concepción. Así se practicó muy luego con el teniente gobernador del partido de Cauquenes don J. Antonio Fernández, a quien se le sorprendió en correspondencia con el sargento mayor don J.M. Boyle y después con el cura de Chanco don Baltazar Hernández, acusado del mismo delito. A los dos y a otros muchos los hicieron ir a Concepción, donde estuvieron bajo la vigilancia de la alta policía. A los pocos días fue destituido el gobernador de Talcahuano don José de la Cruz por considerárselo poco partidario del movimiento y por haber dejado marchar a un marinero del buque *Galvarino*, que fiel al gobierno bloqueaba en aquel momento el puerto, para no dejar salir de la bahía ninguna embarcación.

Pero lo que principalmente preocupaba a la Asamblea era que las demás provincias entrasen en la liga e hiciesen causa común con ella. Amalgamando sus miras particulares con los intereses comunes, esperaba con razón aumentar su fuerza moral e imprimir mucha más energía a sus actos; con este objeto se dirigió a algunos amigos de la provincia de Coquimbo y a Beauchef, comandante de las tropas de Valdivia y habiendo sido favorables las contestaciones de todos, se decidió a obrar, porque en aquel momento, de parlamentaria que era la revolución había tomado un carácter completamente activo. La provincia de Coquimbo, sobre todo, empezó a levantar compañías de milicianos para enviarlos a don José María Irrarrázaval, nombrado por su elevada posición y bizarría jefe del ejército de operaciones; escribieron a todas las subdelegaciones para reunir un congreso en la capital de la provincia, mantuvieron por tierra una correspondencia seguida con la asamblea de Concepción y enviaron muchos diputados a Mendoza para contraba-

lancear la influencia de Zañartu, a la sazón en esta ciudad y en vísperas de obtener un cuerpo de muchos miles de soldados para ir en socorro de O'Higgins, a quien Gutiérrez creía hecho el blanco de una gran facción realista.

Todo, pues, conspiraba contra O'Higgins, el espíritu de novedad o la poca firme adhesión de los unos, la infidelidad y también la ingratitud de los otros y, sin embargo, no era esto todo lo que la suerte le reservaba. La llegada del almirante Cochrane a Valparaíso lo puso en el mayor conflicto, pues tuvo que saldar, en momentos en que estaba casi vacío el tesoro, los muchos atrasos de los marineros, tropas compuestas por lo general de extranjeros mercenarios, dispuestas a todo para hacerse justicia. *Lord* Cochrane, que como su jefe estaba en la obligación de protegerlos, reclamó primero estos atrasos de una manera conveniente, aunque un tanto apremiante, pero no tardó en exigirlos en tono altanero e imperioso, lo cual contribuyó algo a un motín militar en Valparaíso, que O'Higgins en persona fue a apaciguar y que apaciguó en efecto, entregando una cantidad a buena cuenta. En medio de estas penosas ocupaciones sobrevino el terrible terremoto del 22 de noviembre, que destruyó la mayor parte de la ciudad y ocasionó un crecido número de muertos. El Director escapó milagrosamente de este horroroso peligro y la fuerte impresión que sufrió su alma le produjo padecimientos morales y físicos que lo obligaron a volver a Santiago, donde lo esperaban nuevas contrariedades. Porque entonces fue cuando supo la bien organizada insurrección de Concepción, habiendo sido su primer pensamiento, enviar tropas a las orillas del Maule para defender enérgicamente su política y su autoridad. A los pocos días supo también la llegada de San Martín a Valparaíso, cuya presencia, estando allí *lord* Cochrane, su terrible antagonista en Lima, podía tener graves inconvenientes y aun dar margen a serias recriminaciones por parte de los chilenos de la oposición, echándole en cara la parte que había tomado en favor de Perú con perjuicio de Chile.

O'Higgins recibió a Cochrane a su regreso de Perú con todos los miramientos debidos a su rango, a sus bellas cualidades y a los importantes servicios que había prestado a Chile y a la independencia americana. Fuera de algunos altercados que tuvo con él, con motivo de los atrasos de la escuadra y de haber usado medios ilegales para procurarse recursos con que pagar sus marineros, su buena amistad no se había enfriado y continuaba entre los dos la misma simpatía y la misma armonía que antes. Pero no fue lo mismo cuando Cochrane supo en su hacienda de Quintero la honorífica recepción que el Director hizo a su adversario, a quien miraba muy culpable contra Chile; desde aquel momento se declaró enemigo suyo y pidió diferentes veces su separación de la marina, que le fue concedida al fin.

Esto aumentó su irritación contra O'Higgins y lo indujo a trabajar sordamente en favor de la insurrección, por lo menos no cabe duda que un inglés llamado don Ricardo Casey, capitán de corbeta enviado a Coquimbo con proclamas y despachos de la asamblea de Concepción, tuvo con él largas conferencias a su paso por Valparaíso, lo que motivó una correspondencia muy seguida con el general Freire, pero no pasó de aquí, porque el 22 de enero partió para Brasil, adonde lo llamó el Emperador para utilizar su denuedo y su gran capacidad, confiándole el

mando de su escuadra²¹⁵. Casi al mismo tiempo se alejó San Martín de Chile para retirarse a la república de Buenos Aires, de donde pasó muy luego a Europa. Antes de despedirse de O'Higgins lo instó mucho, aunque sin fruto, para que separase a Rodríguez del ministerio, lo que probablemente hubiera calmado los ánimos. Cuando lo hizo más adelante fue a instancias de los amigos del mismo Rodríguez, pero desgraciadamente tan tarde que su caída no ejerció la menor influencia en los sucesos que sobrevinieron después.

La dimisión tuvo en efecto lugar el 7 de enero, cuando la revolución, por un concurso de extrañas disposiciones, había hecho rapidísimos y muy considerables progresos. Por todas partes manifestaciones, algunas de ellas armadas, sostenían los principios de la insurrección y preparaban nuevas conquistas a la asamblea del sur. Su propaganda se extendía a las demás provincias y con sus intrigas las tropas con que contaba O'Higgins empezaban a sublevarse contra él, incluso algunas de las que estaban en las orillas del Maule. Lo mismo sucedió con las enviadas contra don Miguel de Irarrázaval, quien marchaba a la cabeza de sus milicianos y de los que le envió la asamblea de Coquimbo. Antes de llegar al cerro Las Vacas se le pasaron, en momentos en que lo temía todo de la inexperiencia de sus soldados y de la poca firmeza de sus opiniones.

Reforzada la pequeña división con estos cazadores, menos los oficiales que se les detuvo como prisioneros, continuó la marcha atravesando las subdelegaciones que muchas veces salieron a su encuentro y aumentaron con algunos nuevos reclutas. Al llegar Irarrázaval a San Felipe se hallaba en disposición de ir a tomar parte en el movimiento que fermentaba en Santiago y realizar sus esperanzas por medio de un golpe de mano, de que era muy capaz, sin embargo, prefirió detenerse en aquella ciudad y esperar la decisión del cabildo de Santiago para seguir una marcha que, con los sucesos del 28 de enero de 1823, llegó a ser completamente inútil.

En este día se decidieron a obrar los principales jefes de la oposición, temerosos de que la insurrección se desviase de carril por donde se la quería llevar. Supieron que Freire había tomado una parte muy activa en el movimiento y sospechando en él miras ambiciosas, quisieron evitar la intervención militar de un general que, contra los intereses de la democracia, querría convertir la revolución en su provecho. Por eso adelantaron el movimiento y promovieron la agitación del pueblo, esta máquina que está siempre a disposición de los audaces²¹⁶. En un conciliábulo celebrado la noche antes en casa del intendente, tomaron las medidas

²¹⁵ La independencia chilena debe mucho a la bazarria de *lord* Cochrane y al acierto que tuvo en destruir la marina española. Pero justo es decir también que el mismo resultado se hubiera obtenido con mucho menos gasto si la llegada de este célebre marino no hubiese detenido la expedición que el contralmirante Blanco preparaba contra la escuadra peruana, que hubiera encontrado dispersada por toda la costa en puertos secundarios en Arica, etc., y en estado de no poder luchar contra él.

²¹⁶ O'Higgins reunió pocos días antes en su palacio muchas personas notables de la ciudad con objeto de terminar pacíficamente todas estas desidencias y es probable que lo hubiera logrado si el temor de ver llegar a Freire a la cabeza de sus tropas no hubiese movido a los jefes de la oposición a nombrar una junta. Conversación con O'Higgins.

necesarias y se acordó el plan de ataque y por la mañana aparecieron las murallas de la ciudad llenas de pasquines, llamando a los ciudadanos a un cabildo abierto para salir del estado de agitación en que se encontraba la sociedad. La reunión fue tan importante por su número, como por las personas que la componían. Se veían en ella hombres de todas opiniones, carreristas, ultraliberales y hasta o'higginistas, a quienes inquietaba el estado del país y el temor de una guerra civil. Los jefes de las tropas de guarnición en Santiago entraron también en el complot, por lo menos prometieron dar orden a los soldados de no hacer armas contra el pueblo, habiendo ofrecido obedecer todos los oficiales de guardias, excepto algunos afectos al Director, a los que por este motivo se les arrestó.

Enterado O'Higgins de esta orden por el capitán Caballero, que estaba de guardia en el palacio, se llenó de irritación y a pie y sin vestir, se fue al cuartel del escuadrón de guías de la guardia de honor y allí interpellando a su comandante el teniente coronel Merlo, éste por toda respuesta le presentó el papel que acababa de recibir, en que se le mandaba no disparar contra el pueblo y permanecer neutral en este importante debate. Poco satisfecho el Director con semejante excusa, tomó el papel, lo hizo mil pedazos, degradó al comandante arrancándole las charreteras y lo reemplazó con el teniente coronel don Agustín López, que fue recibido con entusiasmo y a los gritos de viva O'Higgins²¹⁷.

Apaciguado este semimotín, O'Higgins volvió al palacio, se puso sus insignias, montó a caballo y acompañado de sus ayudantes de campo, se dirigió por el lado del convento de San Agustín, donde estaba el cuartel de granaderos de la guardia de honor, también insurreccionados por su comandante, el coronel don Luis Pereira. Al llegar a media cuadra del cuartel, un centinela avanzado le pidió el quien vive y le mandó hacer alto; O'Higgins sin acobardarse corre hacia él, le pregunta si ahora ignora quién es y continuando su marcha se presenta delante de la plazoleta de San Agustín, donde se hallaban reunidos y sobre las armas un centenar de granaderos. Los oficiales que estaban a la cabeza de estas tropas fueron apostrofados por el Director, y como Merlo, contestaron con medias palabras, que aquél oyó con la mayor indignación, calificándolos de traidores; enseguida destituyéndolos de sus grados, dio el mando de la compañía al sargento primero y entró con ella en el patio del cuartel, en el que estaba reunido todo el batallón con mil doscientos hombres. Inmediatamente salió a su encuentro Pereira, quien no menos turbado que los demás, procuró excusar su modo de proceder con el estado de agitación en que se hallaba la ciudad y el no haberle dado parte de todo lo que había hecho, con la falta de tiempo. Mientras daba estas explicaciones, los soldados, como si hubiesen sido electrizados por un movimiento espontáneo de inteligencia y de respeto, prorrumpieron en gritos de exaltación en honor de O'Higgins y se pusieron a sus órdenes, lo que también hizo Pereira todo avergonzado por su derrota. Los oficiales que habían sido arrestados por precaución, entre ellos el sargento mayor don Manuel Riquelme, fueron a ocupar inmediatamente sus puestos en el batallón

²¹⁷ He oído decir, aunque no puedo asegurarlo, que O'Higgins repartió dinero a los soldados, antes de salir del cuartel.

en el cual se dirigió a la plaza de la Independencia, donde no tardó en reunírsele el escuadrón de guías.

Aunque O'Higgins era dueño de la fuerza armada, no se atrevió a atacar el Cabildo Abierto y disolverlo. Entregado a todos los resentimientos de la irritación y de la cólera, se paseaba en medio de sus soldados, a quienes tenía motivos para considerar como su guardia pretoriana y se negó tenazmente a presentarse en la asamblea popular, a pesar de que fue llamado a ella muchas veces y que a ruegos de la misma, le escribió Rodríguez, uno de los autores principales de todas sus desgracias, que no resistiese más tiempo porque se exponía a algún suceso desagradable. Renovada esta súplica por Cruz y otros amigos, cedió al fin y marchó allá con su escuadrón de guías, que dejó en la plazuela de la Compañía. Su alma en aquel momento estaba entregada a todas las iras del amor propio ofendido, y, sin embargo, pasó tranquilo y sin decir nada por medio del pueblo para ir a tomar asiento en el lugar que le correspondía. Después de algunos instantes de silencio dijo con tono firme, pero sin arrogancia, que, aunque victorioso de las tropas un momento descarriadas, no quería aprovecharse de su victoria para dispersar una asamblea, producto de una simple fracción, y que por el contrario, cansado de una dirección que mucho tiempo atrás le molestaba, se adelantaría a sus deseos, abdicando al poder ante el congreso que iba a convocar muy pronto. Esto es lo que yo debo hacer, añadió con tono de superioridad, porque cuando la nación me entregó estas insignias, no fue para que se pasasen a manos de unos cuantos habitantes de Santiago, sin autoridad y sin mandato. Al oír estas palabras quiso hablar don Agustín Eyzaguirre, pero no permitiéndoselo apenas su conmoción, se encargó de contestar don José Miguel Infante, quien lo hizo con la fogosidad democrática que el amor a la libertad le inspiraba en semejantes casos. Empezó elogiando las buenas cualidades del Director así como sus eminentes servicios; y habló enseguida de la necesidad de un congreso nombrado por el pueblo directamente y sin influencias de ninguna especie, puesto que el que funcionaba era ilegal a todas luces, y poco conveniente al país la Constitución que se había permitido promulgar. En cuanto a la reunión presente, procuró demostrar su legalidad con el gran número de personas notables que la componían, autorizadas por esta circunstancia para tomar las medidas que juzgasen oportunas contra la autoridad del Director.

Guardaba O'Higgins un silencio convulsivo mientras se pronunciaba este discurso; pero al oír que se le amenazaba, no pudo contener su ardiente susceptibilidad e interrumpió al orador, declarando con energía y nobleza que no reconocía por pueblo a una reunión en que no estaba ni la milésima parte de la nación. El calor con que pronunció estas palabras intimidaron a Infante de tal modo que se quedó turbado; pero salió en su ayuda don Fernando Errázuriz uno de los mayores adversarios de la Constitución, y contestó con tanta serenidad como energía haciendo ver la necesidad de la abdicación. Después dirigiéndose al pueblo, le preguntó su parecer, y todo el mundo contestó con entusiasmo que sí.

La sala resonaba con las voces de todos los asistentes. En medio de este gran tumulto, no pudiendo conseguir O'Higgins que le oyesen, se levantó de su asiento,

se adelantó al pueblo con semblante muy animado, y descubriendo el pecho dijo que si se deseaba su vida, estaba pronto a darla, pues no temía perderla en aquel momento más que en los numerosos combates a que había asistido. Añadió que deseoso de dejar una dignidad que tanto lo fatigaba, hacía renuncia de ella para evitar si era posible con su abnegación hecha en momentos en que aún disponía de las tropas, una guerra civil, fruto inevitable de esta clase de cambios. Acercándose enseguida a la mesa, depositó en ella la faja y el bastón con ademanes que no indicaban de ninguna manera despecho, y a las voces de viva O'Higgins²¹⁸.

No podía menos de conmover un hombre que llevaba a tal punto el desinterés por evitar a su patria los horrores de una guerra civil. Todo se hizo con una moderación y un decoro tan glorioso para el jefe que abdicaba, como para el pueblo que exigía este sacrificio. Los que estaban más inmediatos a él, fuese por deber o por deferencia, le preguntaron en alta voz qué clase de gobierno iba a establecer; a lo cual contestó que de ninguna manera quería mezclarse en tan importante asunto, pero que puesto que exigía de hecho una junta, podría continuar²¹⁹. Entonces todo el mundo proclamó con entusiasmo los nombres de don Agustín Eyzaguirre, don José Miguel Infante y don Fernando Errázuriz, personas las tres, de principios, de miras liberales y como el diamante inatacable por ninguno de sus lados.

Tal fue el resultado de esta sesión, origen quizá de todas las funestas revoluciones de que tan repetidos ejemplos daban las demás repúblicas, y de que Chile ha podido librarse al cabo de algunos años, por un favor excepcional de la Providencia. Desembarazado O'Higgins de sus ocupaciones del día, volvió al palacio acompañado de casi todas las personas, que lejos de censurar sus cualidades ni su administración, no cesaban de elogiarlo en alta voz, llamándolo el padre de la patria. Es cierto que muchas de estas personas eran amigos suyos, a quienes el poder de las circunstancias había arrastrado a la reunión, y otras muchas diferentes que no tenían ninguna queja de él. Por la noche fue la Junta a visitar a O'Higgins, y habiéndola hecho esperar un momento, se excusó con haber estado al lado de su hermana, que repentinamente se había puesto enferma. Tenía esta señora un alma muy sensible, y no pudiendo conservar la serenidad de una peripecia tan inesperada, fue atacada de violentas convulsiones nerviosas, que obligaron a O'Higgins a detenerse algunos días en Santiago, en cuyo tiempo recibió de todo el mundo, y especialmente del Cabildo, numerosas pruebas de afecto y liberalidad. Se puso al fin en camino, y fue a esperar a Valparaíso el resultado de lo que había pretendido, que era ponerse a la cabeza de cinco mil hombres, y con ellos ir a Perú a dar el último golpe al poder español, y añadir un nuevo y brillante florón de gloria a la corona de su amada patria. La Junta le dio de escolta una compañía de ciento cincuenta hombres de su antigua guardia, compañía que conservó en Valparaíso

²¹⁸ Mientras hablaba se oyó un cañonazo, lo cual le intimidó mucho, porque la artillería estaba contra él. A poco recibió una carta y pidió permiso para pasar a leerla a un gabinete inmediato. Aunque su contenido era insignificante, le hizo tal impresión, que volvió a entrar en la sala *manso como un cordero*. Conversación con don José Miguel Infante.

²¹⁹ Conversación con don Bernardo O'Higgins.

durante su permanencia en casa del gobernador Zenteno, y que le hacía los mismos honores que en sus más prósperos tiempos.

Mientras pasaba todo esto en Santiago, el general Freire preparaba en Concepción una expedición militar contra el Director, para el caso en que no abdicase el poder. Escribió a Beauchef, que mandaba en Valdivia, que fuese a reunirse a él con todas sus tropas; y este Teniente Coronel recibió a los pocos días una orden de O'Higgins para que marchase a Valparaíso, lo cual le puso en un gran compromiso. Su deber como súbdito del Director y jefe completamente independiente de la autoridad de Freire, era cumplir lo que aquél mandaba, y así lo exigía su honor y las leyes de la disciplina a que era tan sumiso, pero sabedor por Wilkinson, capitán del buque enviado por O'Higgins, de que muchas provincias se habían declarado contra su gobierno al que tachaban de arbitrario y déspota, reunió los oficiales y los miembros del Cabildo, y les manifestó su intención de ir a reunirse con Freire, que le parecía el más fuerte para impedir una guerra civil. Aprobado el pensamiento por los concurrentes a la reunión, dispuesto a defender sus derechos como ciudadanos, de la misma manera que los habían defendido como militares, embarcó sus tropas y además una brigada de artillería con cuatro piezas, dejando en Valdivia trescientos hombres que allí había de la guardia de honor, lo primero porque la plaza no podía quedar desguarnecida y lo segundo, porque los oficiales de esta fuerza no le inspiraban gran confianza de que fuesen adictos al movimiento²²⁰.

En cuanto las tropas de Beauchef llegaron a Concepción, donde fueron recibidas con salvas de artillería, Freire, que no esperaba más que este refuerzo para emprender la marcha, envió por tierra toda la caballería al mando del coronel Puga, y él se embarcó, con la infantería y la artillería, para Valparaíso. Cuando llegó, quedó sorprendido al saber lo que había pasado, y que O'Higgins estaba en casa del Gobernador. Ignorando la opinión reinante en la ciudad y las intenciones de las tropas que en ella había, dispuso que desembarcase un buen número de las suyas al mando de Tupper y Jiménez, con orden de formar en batalla en la plaza y de no responder a ninguna pregunta que les hiciesen. Enseguida previno a Beauchef que fuese a relevar con sus granaderos la guardia de O'Higgins, y él marchó a acampar al Almendral con su estado mayor y sus tropas. Aunque era muy desagradable la comisión confiada a Beauchef, la cumplió, sin embargo, por deber y quedó muy admirado al oír de boca de O'Higgins la aprobación de su conducta, con la cual, le dijo se había evitado quizá la guerra civil. Después de conversar un rato, le preguntó O'Higgins si quería acompañarle, pues iba con el gobernador a ver a Freire, a lo que accedió sin dificultad Beauchef, y los tres se dirigieron a caballo a la tienda en que estaba aquel General. O'Higgins quiso entrar en explicaciones sobre la revolución, pero Freire le suplicó que olvidase lo pasado y sólo hablaron de cosas insignificantes²²¹. A los pocos días lo arrestó este General en su casa y lo sometió a un tribunal de residencia, que era precisamente lo que había solicitado O'Higgins, persuadido de que nadie podría echarle en cara el acto más insignificante de infidelidad. En

²²⁰ Memorias manuscritas de Beauchef.

²²¹ Memorias manuscritas de Beauchef.

efecto, seis meses después quedó enteramente libre y abandonó a principios de julio su querido país, por el que tanto había hecho con la mira de elevarlo al rango de nación y que como Carrera no había de volver a ver, a pesar de los vivos deseos que siempre tuvo de regresar de simple ciudadano para trabajar por su prosperidad que fue el sueño de toda su vida. El general Freire, elevado ya al poder, le dio al partir un pasaporte sumamente honorífico, que venía a ser una carta de eficacísima recomendación para los gobiernos amigos de Chile, en que se decía que su ausencia sería sólo por dos años, debiendo volver pasado este tiempo a un país “que lo cuenta entre sus hijos distinguidos y cuyas glorias están tan estrechamente enlazadas con su nombre que las páginas más brillantes de la historia de Chile son el monumento consagrado a la memoria del mérito de V.E.”. Embarcado en la corbeta inglesa *Felis*, marchó a la ciudad que iba a ser su última residencia, Lima, llevando por toda fortuna los productos eventuales de la hacienda de la Cantera, completamente arruinada con las guerras de la Independencia. Por dicha suya, encontró en Perú otra hacienda, la de Montalván, que le había regalado aquel gobierno en prueba de reconocimiento por los grandes servicios que prestó a su independencia.

Así acabó la administración de este ilustre chileno que por la elevada posición que tuvo, suscitó necesariamente muchas envidias y ambiciones. O’Higgins cometió sin duda, faltas, ¿pero quién es el que en su puesto no las comete? Antes de juzgar al hombre es necesario juzgar las circunstancias en que obró y las influencias de todo género que le movieron a obrar. Querer condenar algunos actos arbitrarios a que son arrastrados los depositarios del poder cuando prefieren lo útil a lo justo, es querer desconocer los principios de las grandes revoluciones sociales, que son la energía, la audacia y alguna vez hasta el despotismo y la tiranía, a despecho de todas nuestras bellas teorías que la calma establece y cuya inoportunidad, ya que no su falsedad, demuestra frecuentemente la experiencia. La moderación no puede invocarse sino cuando la tempestad ha pasado, la tranquilidad se ha restablecido del todo y la ira de la discordia es impotente para arrastrarnos a las guerras civiles, compañeras inevitables de la debilidad de los gobiernos.

Por lo demás, cuando O’Higgins fue elevado sin oposición alguna a la supuesta magistratura, nadie había más digno que él de tan alto puesto, porque nadie había más valiente, ni más probo, ni más patriota y sus títulos eran también los más esclarecidos y legítimos. Desde el primer grito de independencia fue uno de los jefes influyentes de la revolución. En todas las batallas se distinguió por cualidades, que en una época en que le faltaba aún la madurez de la experiencia y los conocimientos teóricos, le valieron el nombramiento de general en jefe del ejército, cargo que desempeñó algunas veces con gloria, siempre con honra. En Mendoza tomó una parte muy activa en la creación e instrucción del ejército libertador y cuando San Martín, por motivo de gran prudencia, se lo asoció como segundo, el tiempo no tardó en justificar el acierto de la elección. Y si volvemos la vista al estado en que se encontraba Chile cuando se encargó de regenerarlo, veremos que la tarea que acometió era de las más penosas e ingratas y que al aceptar su ruda responsabilidad, lo hizo solamente movido por un vivo sentimiento de patriotismo y por la ambición, bien honrosa por cierto, de conquistar el título de bienhechor de su país.

En efecto, desde la invasión de Pareja los partidos estaban dominados por el odio y la venganza y no había seguridad ni para las cosas ni para las personas. Impuestos forzosos, contribuciones extraordinarias y lo que es más, despojos considerables de todo género, se sucedían con la misma rapidez que los acontecimientos, acabando por llevar la desolación al seno de las familias e introducir la perturbación más espantosa, así en sus propiedades como en sus rentas. Porque con la falta de brazos, las minas estaban casi abandonadas y la agricultura, esta riqueza natural e importantísima de Chile, se hallaba en un decaimiento tal, que apenas producía para las primeras necesidades de la vida.

En medio de tantas calamidades, tuvo que tomar O'Higgins enérgicas medidas para neutralizar las pasiones que excitaron los sucesos y las circunstancias y vigilar la madurez progresiva de la libertad y la ardiente lucha de todas las fuerzas que se despliegan en su infancia y que, convertidas en elementos de anarquía, hubieran favorecido las ideas subversivas de los enemigos interiores o bien exaltado y en desacuerdo a los verdaderos liberales, convirtiendo su celo en fanatismo. Tenía además una necesidad constante de inspirar, exaltar y por otra parte afirmar una nación joven, que acababa de salir de las mantillas y que no se había recobrado aún de la sorpresa de su conquista. Porque a pesar de todos sus triunfos, la independencia chilena distaba mucho de estar completamente asegurada. El virrey de Perú dominaba con todo su poder una gran parte de América del Sur, y la provincia de Concepción, siempre a merced de los restos de Maipú, organizados en bandas de montoneras, necesitaba una división numerosa que detuviese sus invasiones y pusiese coto a sus excesos. Y, sin embargo, en medio de todos estos motivos de inquietud y de todas estas escaseces, equipó O'Higgins la brillante escuadra que barrió de buques españoles el mar Pacífico, lo dominó con todo su poder y aseguró para siempre la independencia de Chile con el aislamiento completo de su obstinado enemigo. Puede decirse que la gloria de esta escuadra fue tan grande por sus resultados, como por haberla creado haciéndola salir de la nada. Sin disputa fue esta época la en que el genio de O'Higgins brilló con la bella aureola que sus mismos enemigos no han podido rehusarle jamás, pues en cierto modo improvisó la escuadra y esto se hizo en momentos en que la hacienda estaba en completo desorden, muy empeñadas las principales rentas, agotados los bolsillos de los particulares, reinando el desaliento por todas partes y siendo los recursos en hombres y en materiales casi nulos.

En vista de esto, ¿podrá esperarse que las libertades civiles, siempre asustadizas y exigentes, marchasen a la par de las libertades políticas? Si éstas piden audacia, energía y aun violencia, aquéllas por el contrario, exigen la calma prolongada necesaria para los trabajos elevados del entendimiento y además un caudal de conocimientos, muy raros en aquella época entre los chilenos. Por otra parte, el país acababa de salir del estado de servidumbre a que lo había reducido la política torcida y misteriosa de España y no podía sin un verdadero peligro, lanzarse de lleno en un sistema de libertad, porque careciendo del arte y de la discreción que se necesitan para dirigirlo, se exponía a ser el juguete de las pasiones y de los ambiciosos. O'Higgins lo comprendió así perfectamente y a riesgo de desmentir

su pasado, procuró restringir estas libertades con objeto de dar tiempo a que se formase y madurase la opinión pública y a que los principales chilenos adquiriesen instrucción e ideas antes de ser ciudadanos y legisladores. Éste fue también probablemente el motivo que tuvieron, primero los ciudadanos y luego los diputados, para no separarse mucho de esta manera de pensar, para no seguir más inspiraciones que la del momento y para no ocuparse sino de ensayos que naturalmente debían ser imperfectos y muy llenos de parcialidad, como todo lo que se hace sin la influencia del verdadero mérito.

Es necesario decirlo: en aquella época y después de que Rodríguez fue separado del ministerio, esta política era quizá la que más convenía a Chile, porque asegurado del desinterés y buenas intenciones de O'Higgins, lo que ya es de gran importancia para un Estado nuevo que exige siempre el sacrificio del interés privado en aras del interés público, la tranquilidad hubiera ganado mucho con el gobierno de aquél por ilegal que fuese, lo cual bien merecía transigir dos o tres años más con su ambiciosa y honrada vanidad. El país estaba demasiado agitado todavía para no seguir el gran principio político que todo lo que es necesario es legítimo, principio que desgraciadamente no quisieron comprender los habitantes, unos por espíritu de oposición, otros porque se dejaban llevar de los demás y muchos, y éstos eran los verdaderos liberales, temerosos de ver encadenada a una dictadura perpetua su libertad conquistada a tan caro precio. Y si en este punto las apariencias justificaban su conducta, sobre todo, cuando los miembros del Congreso cometían abusos de poder, traspasando más y más cada día sus atribuciones, es necesario también no olvidarse que en ello tenía mucha parte la inexperiencia y el candor de unos hombres que estaban persuadidos, como se lo aseguraba su oráculo don Camilo Henríquez, que su elección era nacional y la Constitución que dieron representativa, desde que ésta recibió la sanción de todo el país con el gran número de firmas aprobándola, que de todas las ciudades y pueblos llegaron al gobierno.

Esta Constitución, sometida en efecto a la aprobación del pueblo, al que se llamó a dar por escrito su voto, fue aprobada casi por unanimidad, lo cual, sin embargo, no prueba que estuviese exenta de defectos ni de vicios. Por el contrario, tenía muchos, pero es necesario no perder de vista que ninguna obra humana carece de imperfecciones y lagunas, mucho más se si emprende por vía de ensayo y en momentos en que la exaltación de los ánimos los lleva a destruir más bien que a edificar. Es necesario conocer también que las constituciones tienen que ser necesariamente transitorias y basadas, no en las de otros países, por más que los principios en que se funden sean los mismos, sino en los hábitos, costumbres y necesidades de aquél para que se hacen y que sólo el tiempo y la experiencia pueden formarlas de una manera, si no perfecta, al menos razonable. Cuando se reflexiona en los numerosos ensayos hechos en este punto por Inglaterra, Francia y Estados Unidos y en el tiempo que han empleado en la elaboración de las imperfectas que hoy rigen en estos países, hay que confesar la impotencia del hombre para producir una obra exenta de toda interpretación contradictoria y cuán necia presunción hubiese sido la de los chilenos, si en aquélla época de infancia, hubieran tenido la pretensión de hacer una mejor que los demás.

Esto no es decir que quiera excusar las faltas de O'Higgins. Por mucho respeto que me merezca este hombre, que tanto hizo por Chile, no puedo menos de desaprobar ciertos actos muy significativos de venganza y animosidad, que no fue bastante a saciar la muerte misma de sus enemigos políticos. Me refiero a las mezquinas sumas que se pagaron cuando la ejecución de las víctimas de los acontecimientos, pero de ninguna manera a la muerte de Rodríguez, en la que verdaderamente no puede precisarse lo que ocurrió y menos aún a la de los hermanos Carrera, respecto de los cuales se ha cuestionado muchas veces si su sentencia fue legal o un asesinato jurídico. Todo lo que el proceso arroja de sí es que la conspiración se descubrió en flagrante delito y que fue castigada con arreglo a las leyes, excesivamente rigurosas por desgracia en tales casos. Reflexiónese, antes de juzgar los hechos, en el estado de eferescencia febril que dominaba los ánimos en aquellos momentos de lucha política y en la especie de delirio que les arrastraba a todo sacrificio, sin que ningún rigor les detuviese ni hiciese volver atrás. Reflexiónese bien sobre todo, en que cuando la patria está en convulsión, algunas gotas de sangre para apaciguarla, son siempre muy dolorosas, especialmente si se vierten con pasión y la justicia procede con rigor excesivo, pero que ahorran al pueblo los funestos horrores de la guerra civil; en tal caso la humanidad, habituada a semejantes calamidades y a nuestras pasiones, pasa indiferente y sin detenerse y continua su misión, que es avanzar y jamás retroceder.

Triste y espantoso es confesar esto y que los grandes pensamientos sociales no pueden llegar a sus últimas evoluciones sino entre los excesos de la brutalidad y los destellos de la razón, pero lo mismo sucede con las revoluciones cuando están dominadas por teorías absolutas, las cuales no podrían dejarse guiar por la moderación sin perder su virilidad y su fecundidad. Por más que la historia registre todos estos extravíos del corazón humano, no por eso dejan de ser víctimas de ellos las generaciones que se suceden. Compadezcamos las debilidades y miserias de nuestras pasiones, echemos un velo sobre los errores de O'Higgins y aun sobre sus faltas, mientras dimanen de la necesidad del momento y de inexperiencia y no pensemos más que en sus buenas obras, que en último resultado son las que interesan a la generalidad de la nación.

Desde este punto de vista es necesario confesar que Chile debe una buena parte de su gloria y de su independencia a este ilustre chileno. En el curso de esta historia hemos visto con qué celo, con qué desinterés y con qué actividad trabajó, poniendo en juego todos los recursos intelectuales y materiales con que le favorecieron la naturaleza y el destino. Acabadas las guerras y aun en medio de ellas no olvidó nunca la suerte interior del país y procuró por todos los medios regenerar la sociedad protegiendo la instrucción, este motor principal de la felicidad pública. Con este objeto destinó fuertes sumas en medio de sus apuros, a dar más extensión a las enseñanzas del Instituto y a mandar comprar en Inglaterra con destino al mismo establecimiento, instrumentos de física y química, a fin de introducir el estudio de estas ciencias tan útiles a la industria y que eran completamente desconocidas en Chile. Para las clases inferiores hizo ir de Lima al profesor Thomson, con objeto que propagase en el país la enseñanza mutua, entonces muy en boga en toda

Europa y que aquel estimable inglés acababa de introducir en América. Para moralizar aún más la instrucción, hizo penetrar en ella el espíritu religioso, valiéndose de eclesiásticos virtuosos y por entonces, es decir, en 1821, restableció en su silla al señor Rodríguez, cuya primera entrada en la iglesia catedral fue celebrada con aclamación y aplausos de los ciudadanos de todas clases y de todas opiniones.

Como resultado del abandono en que se hallaba la policía de las mujeres de clase inferior, muchas se habían hecho perversas, corruptas e indignas del progreso moral que debía tener la nueva sociedad. Para remediar estos vicios creó una casa de corrección, en que no sólo estaban privadas de su libertad y apartadas de los sitios de desorden, sino que se habituaban al trabajo. Para este efecto puso a la cabeza de esta casa un suizo muy inteligente, que les enseñaba o les obligaba a hacer, una infinidad de cosas que el público compraba y cuyo producto era en beneficio de las detenidas. De la misma manera, para que no estuviesen ociosos los prisioneros españoles, se los ocupó en una multitud de trabajos públicos y particulares. Más de mil de estos antiguos soldados fueron empleados en el canal del Maipo, empezado hacía mucho tiempo y terminado al fin con gran utilidad de aquella vasta llanura casi estéril hasta entonces, debiéndose a él, el pequeño pueblo que con tanto acierto supo dirigir y gobernar el gran patriota don Domingo Eyzaguirre, el cual tuvo la feliz idea de ponerle el nombre de San Bernardo, en memoria de su ilustre fundador. La Alameda, este hermoso paseo que no tiene igual en América, fue también dibujada bajo su inspiración y hecha por los mismos prisioneros, como igualmente muchos monumentos provinciales con que hoy Chile se honra y envanece.

Ocioso sería ciertamente capitular aquí todo lo que O'Higgins hizo en favor de su país, inútil hablar de lo que trabajó para la reunión de un congreso americano, del banco de rescate que estableció en Huasco con gran utilidad de la casa de moneda de Santiago, de las medidas que tomó para destruir el mucho contrabando que hacían los ingleses y los americanos, de los útiles establecimientos de comercio que creó y que tanto han contribuido a la prosperidad del país, dando a Valparaíso la perspectiva de llegar a ser más tarde el depósito principal del mar del Sur. Procuró igualmente entablar relaciones amistosas con las diferentes naciones, cuya amistad podía ser útil a Chile. Para este efecto envió un ministro a Estados Unidos y otro a que negociase en Inglaterra un empréstito, que desgraciadamente no fue de grandes resultados para la felicidad pública y cuya primera remesa de ochenta mil onzas que llegó en los últimos días de su mando, acaso contribuyó mucho a su caída. El mismo ministro llevó la misión de promover la independencia de Chile, muy amenazada por la influencia de la Santa Alianza, cuyos individuos reunidos en congreso en Aix-la-Chapelle, se hubieran declarado decididamente contra América, si Inglaterra por un lado y Estados Unidos por otro, no se hubiesen opuesto con todas sus fuerzas a este acto de injusticia internacional. Por último fue a Roma el canónigo Cienfuegos a reanudar los lazos que deben unir a la iglesia cristiana con el jefe de la iglesia universal y neutralizar al mismo tiempo las intrigas de España, bastante poderosas para haber conseguido inclinar de su lado esta gran influencia. Mientras Cienfuegos negociaba sobre el destino de la iglesia chilena y

sobre sus pretensiones al concordato americano, hecho en otro tiempo en favor del rey de España, los publicistas de Santiago empezaron a discutir cuestiones de la más alta importancia. Se escribió sobre la tolerancia religiosa, sobre ciertos abusos de los curas y sobre la reforma de los conventos de frailes de diversas congregaciones: cuestiones que nunca había habido atrevimiento bastante para abordar y demasiado nuevas para haber sido apreciadas y sostenidas.

Pero en lo que más brilló el gobierno de O'Higgins fue como poder militar y desde este punto de vista y el de los resultados de sus grandes empresas este poder llegó a ser el preponderante, a consecuencia de algunas grandes crisis de las repúblicas hispanoamericanas. Diputados de México y de Colombia fueron en momentos de apuros a solicitar su protección. Buenos Aires, que lo había hecho todo por Chile, le debió también algunos auxilios y elevados personajes de Europa, sabedores de sus buenos servicios, no cesaron de alentarle en sus cartas y por medio de escritos. Por entonces, diferentes gobiernos, cuyos países disfrutaban completa tranquilidad, deseando tener relaciones amistosas y comerciales con Chile, favorecieron, si no oficial al menos secretamente, el comercio de sus súbditos y el rey de Suecia, adelantándose a las intenciones de la nación francesa, entonces sometida a los protocolos de la Santa Alianza, le ofreció encargarse a sus expensas de la instrucción de una docena de jóvenes chilenos que siguiesen los cursos de Mineralogía para que más tarde pudieran sus ricos países aprovechar tan útiles conocimientos.

Todo, pues, favoreció los deseos y buenas intenciones de O'Higgins. Desgraciadamente la civilización no consciente ni la monotonía ni una marcha geométrica y acompasada: avanza por el contrario a saltos y prefiere ante todo el movimiento y la variedad. Precisado O'Higgins a obedecer esta ley de nuestros adelantos, lo hizo sin murmurar, sin segunda intención y con resignación igual a la que tuvo en otro tiempo para someterse a la autoridad de don José Miguel Carrera. Y es que en él, el sentimiento del honor despertado por el peligro de la patria, lo conducía a toda clase de abnegación. Dirigió seis años la república, tiempo demasiado largo para momentos de ilusión, en que la conquista de la independencia hacía creer a los chilenos en un verdadero Edén y fue necesario sacrificarlo a sus sueños con la esperanza de encontrar mejor guía, a pesar de las bellas cualidades que lo caracterizaban a este respecto, todos los extranjeros residentes entonces en Chile hicieron de él los mayores elogios y el general Miller lo llama en sus memorias "uno de los hombres más grandes que ha producido la revolución de América del Sur", añadiendo que "su valor, integridad, patriotismo, desinterés y su capacidad, merecen los mayores elogios".

FIN DEL TOMO SEXTO

ÍNDICE DEL TOMO SEXTO

Presentación	v
De la historia natural a la historia nacional. <i>La Historia física y política</i> de Claudio Gay y la nación chilena por <i>Rafael Sagredo Baeza</i>	ix
CAPÍTULO XXXIII: Estado de los ejércitos y de la provincia de Concepción, cuando O'Higgins fue elevado al poder militar. Reformas que hace este jefe. Liberalidad del plenipotenciario Cienfuegos con los prisioneros de Carrera. Su vuelta a Talca. Tendencias sediciosas de los partidarios de los Carrera y disposiciones del gobierno con este motivo. Principio de federación en la provincia de Concepción y su fin. O'Higgins es nombrado intendente de la provincia. Desea separar a los hermanos Carrera del teatro de la guerra. Síntomas de mala inteligencia entre O'Higgins y Carrera y principio de los dos partidos a que éstos dieron nombre.	5
CAPÍTULO XXXIV: Posición de los dos ejércitos. José Miguel Carrera propone inútilmente la toma de Arauco. Llegada a Chile del brigadier don Gabino Gaínza y de un refuerzo de tropas. Parte para Chillán y después para Quinchamalí. O'Higgins se ve rodeado de realistas por todas partes. Principio desgraciado de su mando. José Miguel y Luis Carrera se dirigen a Santiago con varios amigos y son hechos prisioneros por los soldados de don Clemente Lantaño. Toma de Talca por Elorreaga. Muerte del coronel don Carlos Spano.	11
CAPÍTULO XXXV: Estado de los dos ejércitos de los patriotas. Mackenna atrincherado en el Membrillar solicita a O'Higgins que se le reúna. Salida de O'Higgins de Concepción después de haber nombrado una junta. Su llegada a la Florida. Combate del alto de Quilo. Gaínza ataca a Mackenna en el Membrillar y es completamente batido. El teniente coronel don Manuel Blanco Encalada sale de Santiago con una expedición a reconquistar Talca. Mala disposición de sus tropas, que son vencidas por Olate en Cancha Rayada.	21
CAPÍTULO XXXVI: Decide O'Higgins atacar al enemigo en Chillán, pero desiste de este propósito al saber sus movimientos hacia al norte. Lo sigue con objeto de pasar el río Maule antes que él. En Achibueno quiere atacarlo por sorpresa, pero el incendio de veintidós cargas de pólvora se lo impide. Su mala posición al llegar al vado de Duao por	

- la pérdida de la división Blanco y su estratagema para parar el de Queri. Acciones de Guajardo, río Claro y Quechereguas. Llegada de un refuerzo de hombres al mando de don Santiago Carrera. Salida de Mackenna y Balcarce para Santiago. Los realistas se apoderan de Talcahuano y Concepción, quedando dueños de toda la provincia. 29
- CAPÍTULO XXXVII: Preparativos de la Junta para separar del ejército a los hermanos Carrera. Revolución del 7 de marzo y concentración del poder en una sola persona. El coronel don Francisco de la Lastra, gobernador de Valparaíso, es nombrado director supremo de la república. Don Antonio José de Irisarri desempeña interinamente esta alta dignidad y manifiesta en sus actos la mayor energía, sobre todo contra los españoles no naturalizados en Chile. Recepción de Lastra y formación de un ministerio y de un senado consultivo. Recompensas concedidas a los antiguos miembros de la Junta. 37
- CAPÍTULO XXXVIII: Tratado de Lircay entre el gobierno y el comandante del ejército realista, el brigadier don Gabino Gaínza. 47
- CAPÍTULO XXXIX: Prisión de don José Miguel y don Luis Carrera en Chillán. Consiguen escaparse y se presentan a O'Higgins en Talca. Salen para la hacienda de San Miguel, desde donde escriben al Director. Alarma que este suceso causa a las autoridades de la capital. Rigor con que se los trata. Se deciden a atravesar la cordillera y se ven detenidos por un temporal de nieve. Don José Miguel Carrera no halla más medio de salvación que arrojarse decididamente a una revolución. Su gran actividad. Prisión de su hermano don Luis. Resuelto a poner en ejecución su plan de ataque, convoca a sus afiliados para el 22 de julio. La revolución se verifica el 23 a las tres de la mañana. 57
- CAPÍTULO XL: Formación de una nueva junta. Trabajos de organización militar que emprende. Oposición que encuentra en las municipalidades de Santiago y Talca y en el gobierno de Valparaíso. Consejo de guerra en el ejército del sur, en que se decide no obedecerla. Arresto del teniente coronel don Diego Benavente encargado de una misión de Carrera ante O'Higgins y Gaínza. Llegada de Osorio a la provincia de Concepción. A petición de los cabildos de Santiago y Talca marcha O'Higgins sobre Santiago. A la cabeza de su vanguardia ataca la división de don Luis Carrera y es completamente batido. Como resultado de este revés se reconcilian los dos jefes patriotas y se unen para combatir al enemigo común. 67
- CAPÍTULO XLI: Vuelve Gaínza a Chillán. Adversarios que allí encuentra como resultado del tratado que había hecho. Subterfugios que se vale para no salir de la provincia a pesar de lo pactado. El virrey Abascal se niega a firmar el tratado y envía una expedición a las órdenes de don Mariano Osorio. A su llegada a Chillán intima la rendición a los patriotas por el parlamentario Pasquel. Al saber de la llegada de esta expedición, los patriotas olvidan sus diferencias y se reconcilian para oponerse al nuevo enemigo. Actividad que despliega don José Miguel Carrera en la organización de su ejército. Salida de las primeras tropas

para Rancagua, punto elegido para la resistencia. Las tropas de Osorio se ponen en marcha y pasan el río Cachapoal por el vado de Cortés. Acción de Rancagua y derrota completa de los patriotas. Alboroto y huida de los habitantes de Santiago al otro lado de la cordillera. Don José Miguel Carrera reúne en la capital toda la plata posible, así labrada como acuñada, para organizar un nuevo ejército en el norte. Su decepción. Batalla de la ladera de los Papeles, en que pierde la mayor parte del tesoro. Atraviesa la cordillera con los restos del ejército, en dirección a Mendoza.

75

CAPÍTULO XLII: Gobierno del coronel don Mariano Osorio. Su entrada y su buena recepción en la capital. Distribución que da a su ejército. Su deslealtad con los patriotas emigrados. Los manda a arrestar y envía unos a Lima y otros a la isla de Juan Fernández, donde pasan una vida llena de privaciones y disgustos. Rehabilitación de algunos realistas. Envío de un refuerzo de tropas a Pezuela, que le imposibilita hacer una expedición contra Mendoza. Consejo de guerra permanente. Instalación de la nueva real audiencia. Organización de muchos tribunales políticos. Escasez de dinero y fuertes contribuciones impuestas para proporcionarlo. Restablecimiento del antiguo orden de cosas en la administración.

87

CAPÍTULO XLIII: Llegada a Chile del brigadier don Casimiro Marcó del Pont. Primeras impresiones favorables que produjo. Se deja influir por los ultra realistas y renueva las exacciones con más violencia que Osorio. Órdenes severas contra los patriotas. Construcción de las fortalezas de Santa Lucía. Tribunal de vigilancia bajo la presidencia de San Bruno. Rigor de este tribunal en Santiago y en las provincias, no sólo con los patriotas sino, también, con los militares y los ladrones. Muerte de Traslaviña y sus compañeros. San Bruno se hace muy odioso a la población. Indulto del Rey, eludido por Marcó. Aparición de una escuadrilla de Buenos Aires en el mar del Sur. Marcó dedica toda su atención al ejército. Pide un nuevo empréstito de 400.000 pesos. Su generosidad. Sus intenciones probables.

99

CAPÍTULO XLIV: San Martín, gobernador de Mendoza, recibe a los emigrados. Don José Miguel Carrera tiene altercados con él y es enviado a Buenos Aires, donde sabe el desafío de su hermano don Luis con Mackenna. Su salida para Estados Unidos. O'Higgins va a Buenos Aires a hablar al Director sobre una expedición contra el gobierno de Chile. Vuelve a Mendoza satisfecho y empieza a organizar y disciplinar un cuerpo de ejército a la órdenes de San Martín. Táctica de éste para operar una diversión en el ejército de los realistas, mayor que el suyo. Celebra en el fuerte de San Carlos una junta con los indios para que le permitan el paso del ejército por su territorio. Don Manuel Rodríguez va a Chile a agitar las provincias. Salen Freire para Planchón y Cabot para Coquimbo. San Martín se pone en movimiento, dividiendo su ejército en tres partes. Marcó del Pont cree al fin en la expedición de San Martín y toma las más vigorosas medidas. Pregona las cabezas de don Manuel Rodríguez y de Neira. Bando mandando presentar todas las caballerías existentes en el sur hasta Maule.

111

- CAPÍTULO XLV: El ejército de San Martín pasa la cordillera. Batalla de Chacabuco ganada por los patriotas. El capitán Velazquez lleva la noticia a Santiago y difunde el terror entre los realistas. Emigración de éstos. Gran desorden que la emigración produce en el camino y en Valparaíso. Hecho prisionero Marcó, es llevado a Santiago. 123
- CAPÍTULO XLVI: Entrada de San Martín en Santiago. Es nombrado director de la República y habiendo renunciado, recae la elección en O'Higgins. Estado del país cuando éste se puso al frente del gobierno. Son ejecutados el mayor San Bruno y el sargento Villalobos. Regreso de los patriotas prisioneros en Juan Fernández. Proyectos de una marina chilena. Vuelve de Estados Unidos don José Miguel Carrera y es mal recibido por de Pueyrredón y de San Martín, que se encontraba en Buenos Aires. Política de O'Higgins con los realistas y con los carreristas. Los tejedores y los antiargentinos. Medidas contra los realistas. Escuela militar. Talcahuano es el único punto en que no ondea la bandera de la libertad. Supresión de la nobleza y de todos sus blasones. O'Higgins sale para el ejército del sur. 129
- CAPÍTULO XLVII: Los fugitivos de Chacabuco van a Lima y Pezuela los envía a Talcahuano. Ordóñez ataca a Las Heras en Gavilán y es batido. Llega O'Higgins al campamento de los patriotas. Establece su cuartel de invierno en Concepción. Toma de Nacimiento por Cienfuegos y Urrutia. Acción de Carampangue y toma de Arauco por Freire. Institución de la legión de mérito. Declaración de la independencia. Se establece un tribunal de alta policía unido a la intendencia. Don Hilarión de la Quintana renuncia el supremo poder que ejercía interinamente, como resultado del descontento que existía en la capital. Nombramiento de una junta cuyos poderes se resumen a poco tiempo en una sola persona. Trabajos de esta Junta. 139
- CAPÍTULO XLVIII: Ordóñez fortifica Talcahuano. El teniente general Brayer llega a Chile y es nombrado mayor general. Marcha luego al ejército de O'Higgins. Asalto de Talcahuano funesto para los patriotas. O'Higgins se retira con su ejército y se reúne con el de San Martín. Llega una nueva expedición enviada por el virrey de Perú a las órdenes de Osorio. Se le incorporan las tropas de Ordóñez. Sale para el norte. Primo Rivera llega hasta Curicó con su división de vanguardia y repasa el río Lontué al aproximarse el ejército de San Martín. Escaramuza entre Freire y Primo Rivera en Quechereguas. Los dos ejércitos en marcha para Talca, acampan en Cancha Rayada. Derrota del ejército patriota. El coronel Las Heras salva el ala derecha del ejército. Su brillante retirada. Honorífico recibimiento de esta división en el campamento de Maipú. 149
- CAPÍTULO XLIX: La noticia de lo ocurrido en Cancha Rayada llega Santiago y sumerge a los patriotas en la mayor consternación. Don Manuel Rodríguez reanima los espíritus abatidos y les infunde esperanzas. Una asamblea celebrada en casa del Director, le asocia al gobierno de don Luis de la Cruz. Armamento del pueblo y creación del regimiento de húsares de la muerte. San Martín y O'Higgins llegan a Santiago y

toman medidas muy activas contra el ejército de Osorio. Celoso éste de Ordóñez descuida la persecución de los patriotas y les da tiempo de rehacerse. Batalla y victoria decisiva de Maipú ganada por San Martín. Regreso de este General y de O'Higgins a Santiago, donde son recibidos con delirantes demostraciones de alegría. San Martín marcha a Buenos Aires. Cambio en el ministerio. El ministro de Hacienda Infante introduce reformas en su departamento. Nombramiento de una junta de Hacienda. Se establece la navegación de cabotaje. Irissarri, ministro del Interior se ocupa también de algunas mejoras. Los principales prisioneros de Maipú son llevados a la punta de San Luis y los soldados al interior de la república. Se forma la alameda de la Cañada. Proyecto de erigir una iglesia y una pirámide en el campo de batalla de Maipú.

163

CAPÍTULO L: Cabildo Abierto para legalizar un gobierno. El periodismo toma nuevo giro. Arresto de don Manuel Rodríguez. Comisión para preparar un proyecto de constitución. La que se publica es en todo conforme con los deseos de O'Higgins, lo cual lo decide a proceder con gran severidad contra los enemigos del gobierno. Arresto de don Juan José y don Luis Carrera. En la cárcel de Mendoza conspiran contra el intendente. Condenados a muerte, son ejecutados. Don Manuel Rodríguez recibe orden de seguir al batallón de los cazadores que va de guarnición a Quillota. Al llegar a Til Til muere a manos del oficial Navarro, el cual es arrestado por disposición del gobierno. Muerte de los hermanos Prieto de Talca.

173

CAPÍTULO LI: Osorio lleva a Concepción la noticia de su derrota. Se sitúa en Talcahuano para reunir los fugitivos y defenderse. Las fortificaciones de Quiriquina son destruidas por los mismos que las estaban construyendo. Alarma que la derrota de Maipú produce en Perú y Nueva Granada. San Martín es considerado en Buenos Aires como el genio de la revolución. Los patriotas no saben aprovecharse de su victoria. Zapiola persigue a los fugitivos sin gran resultado. Osorio vuelve a Lima cumpliendo las instrucciones de Pezuela y con arreglos a lo determinado en un consejo de guerra. Deja de jefe del ejército a don Juan Francisco Sánchez.

183

CAPÍTULO LII: O'Higgins se dedica con actividad a la creación de una escuadra. Dificultades con que tropieza. Protege a los corsarios. La *Windhan* ataca sin éxito a la *Esmeralda* y el *Pezuela*. Muerte de su comandante O'Brien. El buque *San Miguel* es apresado. O'Higgins va a Valparaíso a activar el armamento de una pequeña escuadra. Visita la escuela de marina. Buques de que se compone la marina chilena. Sale de Cádiz una expedición militar contra Chile. Rebelión en la *Trinidad*, producto de lo cual este buque se dirige a Buenos Aires. El gobierno anuncia inmediatamente a O'Higgins este suceso y le revela los secretos de la expedición. Parte para el sur una división mandada por el capitán de navío don Manuel Blanco Encalada. En la isla Santa María sabe que ha llegado a Talcahuano la fragata *Reina María Isabel*. La ataca y se apodera de ella. Vuelve a la isla Santa María y apresa otros

- buques del convoy. Entusiasmo que produce este triunfo en Valparaíso y Santiago. Fiestas y ovaciones al comandante don Manuel Blanco. 189
- CAPÍTULO LIII: Simpatías de Europa en favor de la libertad americana. *Lord Cochrane* va a batirse como vicealmirante por la libertad chilena. Es muy bien recibido en Valparaíso. A la cabeza de una división de la escuadra chilena marcha sobre Perú. Ataca sin resultado a la *Esmeralda*. Salva unos prisioneros que había en la isla San Lorenzo. Arma en estas islas dos brulotes y un bergantín de explosión que tampoco dieron resultados. Va hacer provisión de víveres al puerto de Huacho. En éste se le incorpora Blanco, a quien envía a bloquear Callao con los principales buques. Se hace de nuevo a la vela y explora los puertos de Supe, Huarmey, Huambacho y Paita. Desmanes que se cometen en las iglesias de este lugar y castigo a los culpables. Blanco, falto de víveres vuelve a Valparaíso. Murmuraciones que esto produce. Se le juzga por un consejo de guerra y es absuelto por completa unanimidad. Regreso de *Cochrane* a Valparaíso. Escasos resultados de esta primera expedición. 199
- CAPÍTULO LIV: El ejército realista va a Talcahuano con los empleados y habitantes de Concepción. También abandonan esta ciudad las monjas trinitarias. Balcarce toma el mando del ejército y marcha contra Sánchez. Pasan los realistas el río Biobío cerca de Nacimiento. Se apodera Balcarce de esta plaza y vuelve a Santiago. Sánchez se dirige a Valdivia y deja algunas tropas en Angol al mando de Benavides. Digresión sobre este célebre jefe. La provincia de Concepción más realista que patriota. Dispersión de las familias en las orillas del Biobío. Benavides ataca a Rivero en Santa Juana y se apodera de esta plaza. Asesinato del plenipotenciario Torres y de los prisioneros de Santa Juana. Mal estado de la gran llanura del Laja y de Los Ángeles. Freire sale de Concepción para ir a atacar a Benavides. Éste va a Los Ángeles e intima a Alcázar la orden de rendirse. Regresa a Curali, donde es completamente derrotado por Freire. Éste le persigue hasta Arauco y vuelve a Concepción, donde se dedica a reformas administrativas. Benavides se repone de su derrota y lleva la desolación al llano del Laja. Llega Carrero, es apresada la fragata *Dolores* y son asesinados su comandante y parte de la tripulación. La montonera de Seguel es completamente destruida y muerto su jefe. Brillante resistencia de don Manuel Quintana al ataque de Bocardo contra Yumbel. Escaramuza en el Avellano. Benavides rehace sus fuerzas y se prepara a nuevos ataques. Campamento de las monjas trinitarias de Curapalihue. 209
- CAPÍTULO LV: Dificultades que encuentra O'Higgins para organizar una segunda expedición. Establecimiento de un depósito de comercio en Valparaíso. La nueva expedición parte contra Perú. Proyecto de incendiar la escuadra enemiga y mal resultado de los cohetes a la congreve y del brulote. El capitán Guise se apodera de Pisco. Muerte del teniente coronel Charles. *Lord Cochrane* entra en el río Guayaquil a atacar la fragata *Prueba* y captura la *Águila* y la *Begoña*. Regreso de la escuadra hacia Valparaíso y resolución del Almirante de ir a reconocer

el puerto de Valdivia. Se presenta él con pabellón español y se apodera de una chalupa con algunos marineros y del *Potrillo*. Decidido *lord* Cochrane a atacar la plaza, va en busca del intendente para hablarle de este proyecto y Freire le da doscientos cincuenta hombres. Ataque de los diferentes fuertes por Beauchef, que se apodera de ellos. Valdivia en poder de los patriotas. *Lord* Cochrane se hace a la vela para Chiloé y ataca el fuerte de Agüi. Mal resultado de este ataque. Vuelve Cochrane a Valdivia y después a Valparaíso. Batalla del Toro ganada por Beauchef.

227

CAPÍTULO LVI: Victorias de los patriotas, incompletas como siempre. Freire marcha a Santiago, dejando en su lugar a don Juan de Dios Rivera. Benavides va a Talcahuano, lo saquea y se lleva a Arauco algunas embarcaciones, en una de las cuales marcha Pico a Lima. Regreso de este jefe con algunos socorros. Derrota del escuadrón de Viel en Rere y del de O'Carrol en Pangal. Asesinato de este comandante. Acción de Tarpellanca y asesinato de Alcázar, don Gaspar Ruiz y los oficiales del batallón de Coquimbo. Freire se retira a Talcahuano y Benavides ocupa Concepción. Organización de la provincia. Estado desesperado de Freire, que lo obliga a atacar a Benavides. Victoria que aquél consigue en Concepción y derrota completa de éste. Pico incendia las ciudades de la frontera. Va a atacar a Prieto a Chillán y es derrotado. Muerte de Zapata e influencia que ejerce en el ánimo de los indios.

245

CAPÍTULO LVII: O'Higgins medita una tercera expedición contra Perú. Dificultades que encuentra por la falta de dinero y la anarquía de Buenos Aires. Síntomas de mala inteligencia entre el gobierno y *lord* Cochrane. Pide éste el mando de la expedición y O'Higgins se lo da a San Martín. Reunidas las tropas, se embarcan en presencia de miles de personas que acuden de todas partes a victorearlas. Llegan a Pisco, donde fija San Martín su cuartel general. El virrey Pezuela toma disposiciones para hacer frente al enemigo. Sabe con gran disgusto la revolución de España y la dispersión de las tropas destinadas a Buenos Aires. Trata de entablar con San Martín preliminares de paz. Reunión en Miraflores de los plenipotenciarios, que no produce resultado ninguno. San Martín destaca una división a las órdenes de Arenales para revolucionar el interior del país. Derrota de Quimper en Nazca. Deja San Martín a Pisco y establece su campamento en Ancón. Cochrane bloquea el puerto de Callao. Ataca la fragata *Esmeralda* y se apodera de ella. Sabe San Martín esta importante noticia casi al mismo tiempo que la revolución de Guayaquil. Marcha al valle de Huaura a proteger la revolución de Huanuco e interceptar las comunicaciones del norte con Lima. Valdés va a atacar a Reyes y es rechazado por Brandsen. Don Clemente Lantaño es hecho prisionero en Huaraz con la guarnición. El batallón de Numancia se subleva y pasa a los patriotas. El país se pronuncia más y más por la libertad. Arenales, después de revolucionar diferentes provincias, llega al cerro de Pasco, donde ataca al brigadier O' Neilly y lo derrota completamente. Suerte desgraciada de los indios que abrazaron su partido.

257

CAPÍTULO LVIII: Los habitantes de Lima presentan a Pezuela una exposición, apoyada por el Cabildo, pidiéndole que capitule con San Martín. Indignación que esto causa a los españoles. San Martín se retira a Huaura. Pezuela abdica al virreinato y lo reemplaza La Serna. Llega un plenipotenciario español encargado de tratar con los patriotas. Negociaciones de Punchauca, que no producen resultado. Motín de los oficiales de la escuadra. Expedición de Miller al sur de Perú. Toma de Arica. Victoria de Mirave. Miller regresa a Pisco. La Serna abandona Lima. Entrada del ejército libertador en esta capital. Pérdida del *San Martín* y del *Pueyrredón*. San Martín envía a Santiago las banderas chilenas cogidas en Rancagua. Proclamación de la independencia de Perú. Cochrane se apodera de los buques enemigos fondeados en el puerto de Callao. Acaloradas contestaciones entre San Martín y Cochrane. La Serna se aprovechó de ellas para enviar una expedición contra Lima. Lamar entrega a San Martín la fortaleza de Callao. Las fragatas *Prueba* y *Venganza* se rinden a las autoridades peruanas. Cochrane las reclama y como no se las entregan, regresa a Chile con la escuadra. Administración de San Martín. Derrota del general don Domingo Tristán en Ica. Entrevista de San Martín y Bolívar en Guayaquil con motivo de la incorporación de esta provincia a Colombia. Torre Tagle, delegado de San Martín en Lima, destierra a Monteagudo. Apertura de un congreso. San Martín depone el poder en manos de los representantes y se vuelve a Chile.

271

CAPÍTULO LIX: O'Higgins se prepara para organizar una segunda expedición contra Perú. Introduce mejoras en el sistema de hacienda. Estado del país respecto a las repúblicas confinantes. Auxilios que suministra a la de Buenos Aires para hacer frente a las tentativas de don José Miguel Carrera. Digresión sobre este General. Quiere dedicarse al comercio, pero no lo consigue. Pólemica entre él y los jefes del gobierno de Pueyrredón. Abandona a Montevideo y va a agitar las provincias en favor del sistema federal. Caída de Pueyrredón. Apoyo momentáneo que Sarratea da a Carrera. Éste levanta un pequeño ejército chileno con la intención de ir a reconquistar la autoridad en su país. Su influencia en las guerras anárquicas de la república Argentina. Abandonado por la victoria se ve en la precisión de refugiarse entre los indios de las Pampas. Marcha a San Juan. Lo atacan las tropas de Mendoza y es completamente derrotado. Unos oficiales suyos lo venden y lo llevan preso a Mendoza. Es condenado a muerte y fusilado juntamente con Álvarez. Su carácter revolucionario.

285

CAPÍTULO LX: Benavides se apodera de todos los buques extranjeros que tocan en la isla Santa María y alista los marinos en sus batallones. Uno de estos buques va a Chiloé en busca de refuerzos y a su regreso conduce al capitán Senosiáin. Deserción de las tropas en los dos ejércitos. Junta de Concepción para vigilar a los espías de Benavides. Éste marcha al norte y es perseguido por Prieto. Victoria de la Vega de Saldía. Dispersión de los realistas. Política de los patriotas para destruir los restos del enemigo. Sumisión de Bocardo y de casi

todas las familias establecidas en Quilapalo. Toma de Arauco. Prieto marcha contra los indios de la costa. Benavides, reducido al último extremo, se embarca para Perú y lo arrestan en Topocalma. Llevado a Santiago es condenado a una muerte ignominiosa. Picarte, que queda de comandante de la Araucanía, consigue que regresen a Concepción las monjas trinitarias. Rebelión de las tropas de Valdivia y muerte del coronel Letelier. O'Higgins envía a aquel punto al coronel Beauchef. Castigo de los culpables. Expedición de Beauchef contra Palacio y su montonera. Este jefe es cogido y condenado a muerte.

293

CAPÍTULO LXI: Espíritu de oposición a la administración ilegal de O'Higgins.

Descontento contra el ministerio de don José Antonio Rodríguez y obstinación de aquél en conservarlo. Desavenencia entre los ministros Rodríguez y Zenteno. Es nombrado éste gobernador de Valparaíso, quedando aquél de jefe casi único de todos los ministerios. Exigencia del pueblo para la reunión de un congreso y manejos del gobierno a fin de que saliese nombrado a su gusto. Instalación del Congreso y censura que excita el nombramiento del suplente don Agustín de Aldea. Los miembros del Congreso traspasan sus atribuciones y promulgan una constitución favorable al gobierno. Los habitantes protestan contra esta Constitución. El general Freire vuelve a Concepción donde organiza una asamblea pronta a obrar. La provincia de Coquimbo sigue su ejemplo y toma la iniciativa armada. Don J.M. Irrarrázaval marcha sobre Santiago a la cabeza de algunos milicianos. Los habitantes de dicha ciudad se reúnen en Cabildo Abierto. O'Higgins, sin más que presentarse en los diferentes cuarteles, recobra el amor de sus soldados, que estaban medio sublevados y marcha a la plaza. Instado por sus amigos para que fuese al Consulado, donde se hallaba reunido el pueblo, se decide a ir y después de algunas contestaciones, abdica al poder. Parte para Valparaíso y llega al mismo tiempo que Freire, quien lo manda arrestar para sujetarlo a un juicio de residencia. A los seis meses sale para Lima. Digresión sobre su administración.

307

FIN DEL ÍNDICE

